

# Karl Marx o el espíritu del mundo

# Jacques Attali



SUDOKU WITH HIDDEN PAIRS

The logo consists of the letters 'cfe' in a white, lowercase, sans-serif font, enclosed within a red square.

JACQUES ATTALI

KARL MARX  
O EL ESPÍRITU  
DEL MUNDO

Biografía



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA  
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición Argentina, 2007

---

Attali, Jacques

Karl Marx o el espíritu del mundo : biografía - 1a ed. -  
Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2007.  
450 p. ; 23x16 cm. (Obras de filosofía)

Traducido por: Víctor A. Goldstein

ISBN 978-950-557-708-8

1. Marxismo. 2. Marx Karl-Biografía. I. Goldstein, Víctor  
A., trad. II. Título  
CDD 320.531 5 : 923.1

---

Título original: *Karl Marx ou l'esprit du monde*

ISBN original: 2-213-62491-7

© Librairie Arthème Fayard, 2005.

D.R. © 2007, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S. A.  
El Salvador 5665 / 1414 Buenos Aires  
[fondo@fce.com.ar](mailto:fondo@fce.com.ar) / [www.fce.com.ar](http://www.fce.com.ar)  
Av. Picacho Ajusco 227; 14200 México D.F.

ISBN: 978-950-557-708-8

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

## INTRODUCCIÓN

NINGÚN autor tuvo más lectores, ningún revolucionario concitó más esperanzas, ningún ideólogo suscitó más exégesis y, fuera de algunos fundadores de religiones, ningún hombre ejerció sobre el mundo una influencia comparable a la que tuvo Karl Marx en el siglo xx.

Sin embargo, justo antes del amanecer del siguiente siglo, en el que nos encontramos ahora, sus teorías, su concepción del mundo fueron universalmente rechazadas; la práctica política construida alrededor de su nombre fue arrojada al tacho de basura de la Historia. Hoy en día, casi nadie lo estudia, y es de buen tono sostener que se equivocó al creer moribundo el capitalismo y a la vuelta de la esquina el socialismo. Muchos lo consideran el principal responsable de algunos de los mayores crímenes de la Historia, y en particular de las peores perversiones que marcaron el fin del anterior milenio, del naziismo al estalinismo.

Sin embargo, cuando se lee su obra de cerca, se descubre que, mucho antes que todo el mundo, vio en qué el capitalismo constituía una liberación de las alienaciones anteriores. Se descubre también que jamás lo consideró en agonía, y que nunca creyó posible el socialismo en un solo país, sino que, por el contrario, hizo la apología del librecambio y de la globalización, y previó que la revolución, si llegaba, sólo lo haría como la superación de un capitalismo universal.

Cuando se descubre su vida, también se toma conciencia de la increíble actualidad de este extraordinario destino considerado en todas sus contradicciones.

Primero, porque el siglo que atravesó se parece de manera sorprendente al nuestro. Como hoy, el mundo estaba dominado demográficamente por el Asia y económicamente por el mundo anglosajón. Como hoy, la democracia y el mercado trataban de conquistar el planeta. Como hoy, las tecnologías revolucionaban la producción de energía y de objetos, las comunicaciones, las artes, las ideologías, y anunciaban una formidable reducción del rigor y la dificultad del trabajo. Como hoy, nadie sabía si los mercados estaban en vísperas de

una ola de crecimiento sin precedentes o en el paroxismo de sus contradicciones. Como hoy, las desigualdades entre los más poderosos y los más miserables eran considerables. Como hoy, algunos grupos de presión, a veces violentos, hasta desesperados, se oponían a la globalización de los mercados, al ascenso de la democracia y a la secularización. Como hoy, alguna gente tenía esperanza en otra vida, más fraterna, que liberaría a los hombres de la miseria, de la alienación y el sufrimiento. Como hoy, una gran cantidad de escritores y de políticos se disputaban el honor de haber encontrado el camino para conducir a esa meta a los hombres, por las buenas o por las malas. Como hoy, algunos hombres y mujeres valientes, en particular periodistas como Marx, morían por la libertad de hablar, de escribir, de pensar. Como hoy, por último, el capitalismo reinaba como dueño y señor, influyendo en todas partes en el costo del trabajo, modelando la organización del mundo sobre la de las naciones europeas.

Y también porque su acción se encuentra en la fuente de lo que constituye la esencia de nuestro presente: fue en una de las instituciones que él fundó, la Internacional, donde nació la socialdemocracia; fue caricaturizando su ideal como se edificaron algunas de las peores dictaduras del siglo pasado, cuyas secuelas todavía padecen varios continentes. Fue a través de las ciencias sociales, de las que fue uno de sus progenitores, como se moldeó nuestra concepción del Estado y de la Historia. Es a través del periodismo, al que perteneció como uno de sus más grandes profesionales, que el mundo no cesa de comprenderse y, por tanto, de transformarse.

Y por último, porque se halla en el punto de encuentro de todo cuanto constituye al hombre moderno occidental. Del judaísmo, hereda la idea de que la pobreza es intolerable, y de que la vida no tiene ningún valor a menos que permita mejorar el destino de la humanidad. Del cristianismo, hereda el sueño de un porvenir liberador donde los hombres se amen unos a otros. Del Renacimiento, hereda la ambición de pensar el mundo racionalmente. De Prusia, hereda la certeza de que la filosofía es la primera de las ciencias, y de que el Estado es el corazón, amenazante, de todo poder. De Francia, hereda la certidumbre de que la revolución es la condición de la independencia de los pueblos. De Inglaterra, hereda la pasión de la democracia, del empirismo y de la economía política. Por último, de Europa, hereda la pasión de lo universal y de la libertad.

A través de esas herencias que asume y recusa alternativamente, se convierte en el pensador político de lo universal y en el defensor de los débiles. Aunque algunos filósofos pensaron antes que él al ser humano en su totalidad, es el primero que capta el mundo como un conjunto a la vez político, económico, científico y filosófico. A la manera de Hegel –su primer modelo de pensamiento–, pretende dar una lectura global de lo real; pero, a diferencia de él, sólo ve lo real en la historia de los hombres, y no ya en el reino de Dios. Manifestando una increíble sed de conocimientos en todas las disciplinas, en todas las lenguas, se desvela hasta su último aliento por abarcar la totalidad del mundo y de los resortes de la libertad humana. Es el espíritu del mundo.

En suma, la extraordinaria trayectoria de este proscrito, fundador de la única religión nueva de estos últimos siglos, nos hace comprender cómo nuestro presente se construyó sobre esos pocos hombres que, aunque los caminos del poder estaban abiertos para ellos, escogieron vivir como marginales desprovistos para preservar su derecho a soñar con un mundo mejor. Tenemos para con ellos un deber de gratitud. Al mismo tiempo, el destino de su obra nos muestra cómo el mejor de los sueños llegó a derrapar en la peor barbarie.

Lo digo sin énfasis ni nostalgia. No soy ni nunca fui "marxista" en ningún sentido de la palabra. La obra de Marx no me acompañó en mi juventud; por increíble que pueda parecer, ni siquiera oí casi pronunciar su nombre durante mis estudios de ciencias, de derecho, de economía o de historia. Mi primer contacto serio con él pasó por la lectura tardía de sus libros y por una correspondencia con el autor de *Pour Marx*,<sup>56\*</sup> Louis Althusser. A partir de entonces, el personaje y la obra jamás me abandonaron. Marx me fascinó por la precisión de su pensamiento, la fuerza de su dialéctica, la potencia de su razonamiento, la claridad de sus análisis, la ferocidad de sus críticas, el humor de sus agudezas, la claridad de sus conceptos. Cada vez con mayor frecuencia, con el correr de mis investigaciones, experimenté la necesidad de saber lo que él pensaba del mercado, de los precios, de la producción, del intercambio, del poder, de la injusticia, de la

\* Las llamadas indicadas con números no siguen un orden correlativo ya que no son notas, sino que remiten a las obras mencionadas en la bibliografía, que se encuentran ordenadas alfabéticamente en las pp. 417-434 [N. del E.].

alienación, de la mercancía, de la antropología, de la música, del tiempo, de la medicina, de la física, de la propiedad, del judaísmo y de la historia. Hoy en día, siempre consciente de sus ambigüedades, sin compartir casi nunca las conclusiones de sus epígonos, no existe un tema en el cual me haya internado sin preguntarme qué fue lo que él pensó. Y sin encontrar un inmenso interés en leerlo.

Se escribieron decenas de miles de estudios, decenas de biografías sobre este espíritu prodigioso, siempre hagiográficas u hostiles, pero que casi nunca conservan cierta distancia. No hay ni una sola línea de él que no haya suscitado centenares de páginas de comentarios rabiosos o deslumbrados. Algunos lo convirtieron en un aventurero político, un arribista financiero, un tirano doméstico, un parásito social. Otros vieron en él un profeta, un extraterrestre, el primero de los grandes economistas, el padre de las ciencias sociales, de la nueva historia, de la antropología y hasta del psicoanálisis. Otros, por último, llegaron ver en él al último filósofo cristiano.<sup>134</sup> Hoy, cuando el comunismo parece haberse borrado para siempre de la faz de la Tierra y su pensamiento ha dejado de ser un desafío de poder, por fin resulta posible hablar de él con serenidad, de manera seria y, por lo tanto, valiosa.

En consecuencia, ha llegado el momento de contar sin falsos pretextos, en forma moderna, su increíble destino y su extraordinaria trayectoria intelectual y política. De comprender cómo pudo redactar, cuando tenía menos de 30 años, el texto político más leído de toda la historia de la humanidad; de revelar sus relaciones singulares con el dinero, el trabajo, las mujeres; de descubrir también el excepcional panfletario que era. De reinterpretar al mismo tiempo ese siglo xix del que somos herederos directos, hecho de violencias y de luchas, de desamparos y de matanzas, de dictaduras y de opresión, de miseria y de epidemias, tan ajeno a los resplandores del romanticismo, a los aromas de la novela burguesa, a los dorados de la ópera y a los arcanos de la *belle époque*.

## I. EL FILÓSOFO ALEMÁN (1818-1843)

POR LEJOS que uno se remonte en la genealogía de Karl Marx, tanto por el lado de su padre como por el de su madre, lo que se encuentra son rabinos.

A comienzos del siglo xv, un tal Ha-Levi Minz abandona Alemania para huir de las persecuciones. Su hijo, Abraham Ha-Levi Minz, nacido alrededor de 1408, se convierte en rabino de Padua. Entre sus descendientes figuran Meir Katzenellenbogen, director de la Universidad Talmúdica de Padua, muerto en 1565, y Josef ben Gerson Ha-Cohen, muerto en 1591 en Cracovia.<sup>215</sup> A comienzos del siglo xvii, esta familia, con el nombre de Minz, vuelve a la tierra de sus orígenes y se instala en Tréveris, Renania.

Tréveris es entonces una ciudad muy pequeña, la más antigua de Alemania, fundada por el emperador Augusto en la confluencia de lo que más tarde se convertirá en las culturas alemana y francesa. Primero residencia imperial y una de las cuatro capitales del Imperio bajo Diocleciano, vinculada luego con el reino de los francos durante la división de Verdún (843), más tarde nuevamente germánica, permaneció católica cuando muchos Estados alemanes fueron convertidos por Lutero y los suyos.

Establecida allí en el siglo xvii, la familia Minz ya no se mueve. Los varones se hacen rabinos de padres a hijos; las chicas se casan con otros rabinos cuyos hijos a su vez se vuelven rabinos, en general en Tréveris y siempre en Renania. Y como no se puede vivir de ese sacerdocio, también son sastres, carpinteros o prestamistas. Así, a comienzos del siglo xviii, encontramos a Aron Lwów, rabino en Tréveris y luego en Westhoffen, Alsacia. Su hijo, Josua Herschel Lwów, también se hace rabino en Tréveris antes de ser nombrado, en 1733, *Landrabbiner* en Ansbach. Su hijo, Moses Lwów, lo reemplaza como rabino de Tréveris, y la hija de este último, Eva Lwów, se casa con otro rabino de la ciudad, un tal Mordejái Marx Levy, rabino desde 1788, a su vez hijo de otro rabino de la ciudad, Meier Marx Levy, procedente de Sarrelouis,

ciudad del Sarre que Vauban había transformado en fortaleza, y donde llevaba el nombre de Abraham Marc Halévy.<sup>215</sup> La transformación de "Marc" en "Marx", por lo tanto, sólo depende de los vagabundos ortográficos en la redacción de los documentos.

Tréveris es entonces tan católica que, de creer en Goethe, que vive allí,

en el interior de sus muros, está obstruida –no, oprimida– por iglesias, capillas, claustros, colegios, casas de orden y de caballería o comunidades monásticas; en el exterior, está bloqueada –no, asediada– por abadías, fundaciones religiosas, cartujas.<sup>216</sup>

La región es disputada por el reino de Francia y por algunos Estados alemanes. Allí, los judíos son poco numerosos y viven en una extrema pobreza; casi todas las profesiones, incluso la agricultura, todavía les están vedadas. Muchos son prestamistas, única profesión abierta de par en par y que a veces están obligados a ejercer.<sup>217</sup>

Mientras que en Francia se construye una nación moderna, el Sacro Imperio Romano Germánico todavía no es más que una confederación de principados independientes descuartizados por la rivalidad de los dos Estados más poderosos: Prusia y Austria. Ni el pueblo, mantenido en el analfabetismo, ni los príncipes, exclusivamente preocupados por la perpetuidad de su dinastía, se interesan en la idea de nación. Únicamente algunos comerciantes, filósofos y poetas sueñan con la unificación de Alemania.

Cuando comienza la Revolución Francesa, Tréveris se convierte en un refugio para los aristócratas, el puesto avanzado de la reacción, la vanguardia de Coblenza. Aquí, el ejército de Condé se cruza con los batallones blancos; los emigrados traman innumerables conspiraciones. Sin embargo, en 1794, los ejércitos de la Convención, que acaban de desbaratar a las tropas realistas al término de un contraataque fulminante, son recibidos en medio de un gran entusiasmo. Una juventud conquistada por los ideales de la democracia baila alrededor de un árbol de la Libertad. Tréveris se convierte en la cabeza de partido del departamento francés del Sarre; llegan funcionarios de París para administrarlo; algunos notables van a crear un club de los jacobinos.

Los judíos de la ciudad son entonces alrededor de trescientos. Con la llegada de los franceses esperan conseguir la emancipación

política que benefició a sus correligionarios franceses desde la Constituyente. En 1801, Francia confirma su dominio sobre la ciudad cuando Austria concede al primer cónsul Bonaparte la orilla izquierda del Rin.

Frente al Imperio napoleónico, los principados alemanes se derrumban unos tras otros. En 1806, una vez vencidas y ocupadas Prusia y Austria, Napoleón disuelve el Sacro Imperio.

Cuando se desarrollan estos acontecimientos, Samuel, uno de los dos hijos de Mordejái Marx Levy, se prepara para suceder a su padre como rabino de Tréveris. Meier Marx Levy muere en 1798. El otro hijo de Mordejái, Herschel, nacido en 1777 –su padre era entonces rabino en Sarrelouis– no se siente inclinado por el rabinato; incluso está muy alejado de la religión.<sup>277</sup> La Revolución Francesa lo marcó mucho en su adolescencia. En 1799, con el acuerdo reticente de su padre, parte –uno de los primerísimos entre los judíos de Renania– a realizar estudios jurídicos en francés en la Universidad de Estrasburgo.<sup>215</sup> Allí se impregna con el espíritu y el derecho de la Revolución. Quiere ser abogado, en particular para defender a los judíos contra toda forma de agresión. Es el primero de su ciudad. Desde hace poco tiempo, los judíos de Francia pueden ejercer ese oficio; todavía no los de Tréveris.

Como el resto de los judíos del Imperio napoleónico, los de Tréveris son llamados a designar delegados en la asamblea reunida en París por Portalis, ministro de Culto, el 26 de julio de 1806, para definir el estatuto de los judíos del Imperio.<sup>62</sup> Todavía estudiante en Estrasburgo, Herschel Marx Levy es entonces, como la mayoría de sus correligionarios, un admirador incondicional de Napoleón. Por la misma época, en septiembre de 1806, ¿no escribe el embajador de Austria en París, Metternich, al ministro de Relaciones Exteriores en Viena, el conde Stadion: "Todos los judíos ven en Napoleón al Mesías"?<sup>62</sup>

En 1807, cuando, en París, David culmina *La consagración de Napoleón* y, en Berlín, Hegel publica la *Fenomenología del espíritu*, el Código Civil es introducido en Renania. Tras un año de discusiones, los días 17 de marzo y 20 de julio de 1808 se dicta un estatuto de los judíos: la competencia de los tribunales rabínicos es restringida a las cuestiones religiosas, y los judíos se vuelven ciudadanos como los demás: deben llevar un apellido, pueden comprar tierras, casarse libremente, y, sobre todo –gran liberación que concierne esencialmente a Herschel– pueden ejercer el oficio de su elección.<sup>62</sup> Pero les está prohibido aban-

donar el país donde viven, así como está prohibido que los judíos extranjeros al Imperio se instalen allí, salvo que adquieran una propiedad agrícola o sean empleados. Más precisamente, ningún judío no domiciliado aún en el Alto o el Bajo Rin puede ir a establecerse en esos lugares, en la medida en que ya son demasiado numerosos. En cambio –¡catástrofe para los judíos de Tréveris!–, el oficio de prestamista, el único que les ofrecía un contacto con las otras comunidades, en adelante les está prohibido como a cualquiera, ya que a partir de ese momento la actividad de préstamo está reservada a los bancos.<sup>62</sup> En otras palabras, Herschel puede ejercer el oficio que quiere, pero sólo en Tréveris y en ninguna otra parte del Imperio. Herschel Marx Levy observa también que, al prohibir que los judíos presten plata, lo que equivale a privarlos de su medio de subsistencia, se corre el riesgo de alentar un espíritu de revancha, así como una desconfianza respecto de sus nuevos derechos de ciudadanos.

Algunos rabinos renanos, entre ellos Mordejái Marx Levy y su hijo Samuel, tratan de impedir que los miembros de su comunidad lleven sus conflictos ante los tribunales imperiales. En vano: el acceso al trabajo, la entrada en las universidades, las relaciones con los cristianos atropellan reglas y costumbres. Apasionados por la nueva era, fascinados por la ciencia, la democracia, la filosofía y la libertad, los más jóvenes temen más que cualquier otra cosa una derrota del Imperio que los privaría de sus nuevos derechos.

Por lo que a él respecta, Herschel Marx Levy puede tener la esperanza de ejercer el oficio de abogado con que soñó. Sin duda, se vuelve más abiertamente ateo. En todo caso, lo consideran como un excelente especialista del Código Napoleónico, que, poco a poco, en todas sus dimensiones, entra en vigor tanto en Renania como en el resto del Imperio. En 1810 –tiene 33 años–, finalmente se instala como abogado en Tréveris, donde su hermano Samuel se hizo rabino al morir su padre Mordejái. Es el primer judío que se establece como tal en la ciudad. Otros también lo hacen en Colonia, primera ciudad de Renania, donde los judíos son más numerosos, más ricos y mejor aceptados que en Tréveris. Algunos judíos renanos se les unen en el ejercicio de nuevos oficios: se vuelven periodistas, magistrados, oficiales, ingenieros, químicos, industriales, pintores, músicos, novelistas o poetas. Cuanto más nueva es una actividad, tanto más los atrae, porque ningún poder, ninguna casta ha podido todavía bloquear su

acceso, lo que ya no ocurre con la profesión de abogado.<sup>62</sup> Algunos, a pesar de las prohibiciones, logran abandonar Renania para ir a París, donde esos oficios nuevos son todavía más fácilmente accesibles.

En noviembre de 1812, cuando el Gran Ejército se hunde en la Berezina, los pueblos del Imperio protestan cada vez más contra el peso de los impuestos y contra la conscripción. Muchos campesinos de Mosella e hijos de artesanos treverinos mueren, como tantos otros, en las tribulaciones de los ejércitos imperiales. La llama revolucionaria corre el riesgo de apagarse; el soplo bonapartista se debilita; la indiferencia da paso a la hostilidad. Los judíos, por su parte, están entre los últimos sostenes del Imperio, y en ocasiones hasta son acusados de ser espías a sueldo de Napoleón. De hecho, algunos de ellos protegen la desbandada del Emperador y sus tropas durante la retirada de Rusia.

Y mucha razón tienen al sostenerlo: la caída de Napoleón anuncia tiempos tormentosos para los judíos de Europa. Durante todo este período, el rey de Prusia, Federico Guillermo III, en efecto mantuvo la obligación para los judíos de su país de convertirse para ejercer una profesión liberal o un cargo público. En cuanto al decreto prusiano que en principio abolía cierta cantidad de disposiciones discriminatorias, dándoles acceso sobre todo a escuelas y universidades, jamás fue aplicado. Por lo demás, otro tanto ocurre en Austria y en Rusia.

El 22 de noviembre de 1814, cuando Napoleón acaba de ser exiliado a la isla de Elba y se inaugura el Congreso de Viena, el abogado Herschel Marx Levy, entonces de 37 años, se casa en la sinagoga de Tréveris, ciudad todavía bajo administración francesa, con una judía holandesa de 26 años, Henrietta Pressburg.

Henrietta viene de una familia judía de origen húngaro instalada desde hace largo tiempo en las Provincias Unidas, donde, desde la partida de los españoles, los judíos se benefician con una libertad religiosa y económica única en Europa. Su abuelo materno fue rabino en Nimega; su padre todavía es un comerciante próspero; una de sus hermanas acaba de casarse con un banquero judío de la ciudad, Lion Philips, abuelo del fundador de la firma del mismo nombre. Henrietta sabe leer y escribir en holandés, cosa que, en esa época, no es muy corriente en una mujer; domina mal el alemán, aprendido a partir del yidish que también habla, como todas las familias de judíos procedentes del Este.<sup>215</sup>

Para su casamiento, Henrietta recibe una dote de 4.536 táleros, o sea, el equivalente de quince años de un salario honorable. La joven pareja se instala en Tréveris en una bella casa en Brückenstrasse 664 (hoy número 10).<sup>215</sup>

En enero de 1815, los 11 mil habitantes de la ciudad, que tanto habían aplaudido la llegada de los franceses, reciben a los aliados como liberadores. Tréveris es incorporada a Prusia. Los más felices son los cerca de trescientos luteranos de la ciudad, de la misma confesión que el nuevo jefe. Los prusianos tratan a la región con mesura; envían a funcionarios de alto nivel con la misión de respetar las particularidades locales: la venta de los bienes nacionales no es cuestionada; el Código Napoleónico permanece en vigor; los tribunales conservan el procedimiento público y oral. Prusia sólo reina a la distancia, en Renania. En junio de 1815, cuando culmina el Congreso de Viena, los vencedores crean una "Confederación Germánica", alianza principesca y no Estado nacional, que reemplaza al Sacro Imperio difunto. El único órgano común es una Dieta sin poderes que reúne en Fráncfort, bajo la presidencia austriaca, a emisarios comisionados por los treinta y nueve príncipes y soberanos de los diferentes Estados alemanes.

En todas partes, la Santa Alianza invalida las disposiciones relativas a la emancipación de los judíos: tanto en Florencia como en Fráncfort son devueltos al gueto. En Renania, una vez más prusiana, se les prohíbe comprar tierras, casarse libremente, elegir su lugar de residencia, ejercer los oficios de su elección. Los pocos judíos que, bajo el régimen francés, habían podido ejercer funciones oficiales deben abandonar el servicio estatal. Particularmente en Tréveris, tres judíos son víctimas de esta medida, entre ellos, Herschel Marx Levy.

Él lo preveía: desde que el Imperio francés se había puesto a vacilar, sabía que el sueño iba a terminarse y que iba a perder el derecho, tan difícilmente conquistado, de ejercer el único oficio que conoció y amó. No puede admitirlo, busca apoyos, quiere conseguir una derogación, golpea a todas las puertas.

Inmediatamente después de Waterloo, a fines del mes de junio de 1815, Herschel Marx Levy se dirige a la comisión encargada por los prusianos, en Tréveris, de organizar la transmisión de poderes entre viejos y nuevos jefes: en una memoria explica que es un ciudadano leal y que será fiel al rey; habla de su confianza en el espíritu de equidad de Prusia y solicita una derogación. El presidente de la comisión

transmite su pedido a Berlín; aconseja a las autoridades de ocupación que lo acepten, presentando a Herschel como "un hombre muy instruido, sumamente activo y perfectamente leal".<sup>248</sup> La respuesta se hace esperar, y luego llega: es un rechazo. ¡No hay tratamiento de favor! Todos los judíos de todas las provincias alemanas están excluidos de las profesiones liberales.

Como el resto de los judíos del antiguo Imperio francés, Herschel Marx Levy debe elegir entonces entre su profesión y su confesión.

Muchos judíos renanos enfrentados con el mismo dilema optan por la conversión. Herschel vacila: está casado desde hace poco, su mujer acaba de tener una hija y ya espera otra. No se imagina ejerciendo otro oficio entre aquellos que serán autorizados a los judíos. Es creyente, pero no en ese Dios del judaísmo, con todas sus particularidades, sino en un Dios abstracto que habla más a la gente sabia que a los sacerdotes. Hace mucho tiempo que sólo acude de manera esporádica a los oficios de su hermano, cuyo ritual encuentra arcaico. Se reconocería más en los judíos de Hamburgo, que dicen las plegarias en alemán y no evocan ya ni el retorno a Sión ni la venida del Mesías, ni los sacrificios del Templo, y en donde el oficio semanal hasta tiene lugar el domingo. Su hermano, el rabino de la ciudad, le suplica que no traicione a su pueblo, que no le cause esa pena a su madre enferma.

Herschel vacila, y luego toma una decisión: no se convertirá. Pide licencia en el tribunal y vive de los subsidios de su familia. Sigue en comunicación con sus amigos cristianos. Espera, intriga, se moviliza. Conoce a nuevos funcionarios llegados de Berlín para organizar la transición; el primero de ellos, el barón Ludwig von Westphalen, trata de ayudarlo, pero es en vano.<sup>215</sup> Este barón es un aristócrata atípico cuyo padre fue el ayudante de campo del duque de Brunswick durante la guerra de los Siete Años, y cuya segunda mujer era hija de un pastor escocés proveniente de una gran familia, los Argyll. Cultivado, carente de fortuna personal, este padre de siete hijos de los dos matrimonios recibe el más alto sueldo de la ciudad: 1.800 táleros anuales.

La situación material de Herschel se vuelve precaria. Su primera hija muere justo antes del nacimiento de su hermana, Sophie, el 13 de noviembre de 1816, o sea, algunas semanas después de la primera reunión en Fráncfort de la Dieta germánica. Por un momento piensa en partir a Francia, donde los judíos, por lo menos en apariencia, pudieron conservar sus derechos. Pero no lo autorizan. No ve ni dónde

ni cómo podría ejercer su oficio, y tampoco se imagina abandonando esa ciudad con la que tantos lazos lo vinculan. Ni se ve viviendo indefinidamente de la ayuda familiar.

El año siguiente, al morir su madre, Herschel no puede más. Decide dar el salto: renuncia al judaísmo y cambia el nombre de Herschel Marx Levy por el de Heinrich Marx. Sin embargo, no rompe con su comunidad, en particular con su hermano. Para mostrar claramente que su conversión sólo es de orden político, y que sin duda es provisional, no opta por la religión dominante de la ciudad, el catolicismo, sino por el luteranismo, la religión de los jefes berlineses, que sólo agrupa a casi trescientos miembros entre los 11.400 habitantes —por lo tanto, no son más que los judíos—. Entonces vuelve a ser abogado. Toda su vida seguirá garantizando la defensa de los judíos renanos<sup>248</sup> y protestando contra la injusticia de la que él mismo se siente víctima, a la manera de los otros judíos alemanes.

Su primer hijo nace en Tréveris el 5 de mayo de 1818. No es ni circuncidado ni bautizado según el rito luterano. Como por provocación, lleva, según la tradición judía, el nombre de su padre y el de su abuelo, ex rabino de la ciudad: Karl Heinrich Mordejái.

Ha nacido Karl Marx. Ese año, Schopenhauer publica *El mundo como voluntad y como representación* y Mary Shelley<sup>249</sup> su *Frankenstein*, cuya lectura, veinticinco años más tarde, impresionará tanto al joven Karl. Ese año, a la cabeza del gobierno, el canciller Hardenberg reorganiza Prusia en ocho provincias e instaura nuevas tarifas aduaneras que permiten hacer prosperar la vid en Renania. Por lo demás, Berlín alienta a que los habitantes de Tréveris vuelvan a recuperar los lazos con su pasado y subvenciona masivamente las investigaciones que médicos, abogados y profesores llevan a cabo durante su tiempo disponible: una manera de impedir que sacrifiquen demasiado en aras de la sed de libertad.

En otras partes, esta sed de libertad sigue siendo intensa: el año siguiente tiene lugar la primera travesía del Atlántico por un barco a vapor, el *Savannah*, en veintiocho días, mientras que una manifestación por la reforma y los derechos civiles junta a 60 mil personas cerca de Manchester; su represión provoca seis muertos.

Herschel es una vez más un abogado próspero; su familia vuelve a sentir el bienestar material y, en octubre, se muda a una vivienda confortable, en Simeonstrasse 1070 (hoy número 8), cerca de la Porta Nigra.<sup>215</sup>

En 1820 –año de la publicación de *Ivanhoe*, de sir Walter Scott, que se convertirá en uno de los libros preferidos de Karl– nace una tercera hija, Henriette. Heinrich Marx se convierte en abogado en la corte de apelaciones que acaba de instalarse en Tréveris. Apasionado por la cosa pública, enamorado de la democracia en una Alemania donde la policía es omnipresente y donde cualquier desvío de lenguaje corre el riesgo de conducir a la cárcel, Heinrich, con algunos amigos –entre los cuales se encuentra Hugo Wytttenbach, profesor de filosofía, director del gimnasio (liceo) Federico Guillermo de Tréveris–, funda el Club Casino, un círculo donde se reúne la burguesía cultivada de la ciudad. Allí estrecha vínculos con el barón Ludwig von Westphalen y con los más grandes negociantes católicos de la ciudad. Todos se convierten en sus clientes. Se diserta con prudencia de filosofía, literatura y hasta de política. Se discute sobre la fabricación de la primera pila termoeléctrica por parte de un físico alemán, Thomas Seebeck, y, al siguiente año, en 1821, sobre la creación en Manchester de la primera fábrica de tejidos impermeabilizados por un tal Macintosh.

Otros dos niños ven la luz del día en la familia: un varón, Hermann, en 1821, y otra niña, Émilie, en 1822. Al siguiente año, Heinrich discute en el Club Casino sobre un formidable movimiento de opinión en Inglaterra que acaba de lograr la adopción de un texto que legaliza las uniones o coaliciones de trabajadores y que autoriza las huelgas.

Dos años más tarde –en 1824, año de la fabricación en Londres del primer motor eléctrico–, Heinrich se decide y, a pesar de la oposición de su mujer, hace bautizar a sus cuatro hijos en un templo luterano de la ciudad. La ruptura con el judaísmo en adelante es total, tanto para él como para sus hijos: ya no cree en un retorno posible a la religión de sus ancestros. El absolutismo, piensa, ha venido para quedarse.

Apasionado por la literatura, la filosofía, la ciencia, se preocupa por aprovechar los raros intersticios de libertad de que puede disponer. En 1825 se entera, maravillado, de que una primera vía férrea acaba de ser instalada en Inglaterra. Debate con entusiasmo, en su club, sobre la creación, cerca de Nueva York, de una primera comunidad llamada “socialista”, a partir de una palabra inventada tres años antes por un tal Edward Oppen en una carta dirigida a Robert Owen, fundador de la mencionada comunidad.<sup>67</sup> Éste, nacido en el país de Gales, partió a los Estados Unidos en 1824 para fundar “New Harmony”, cuyos principios de base son la igualdad y la autonomía.

También discute acerca de la obra del conde de Saint-Simon, que fallece ese año. Está fascinado por su teoría de las "clases sociales", que opone una mayoría de trabajadores explotados a una minoría de explotadores, que son los ociosos, los propietarios rentistas y, más en general, todos aquellos que no llevan a cabo una empresa. Admira su idea de un "Consejo de las Luces" constituido de sabios, artistas, artesanos y jefes de empresa. Habla de ello incluso a Karl, su hijo, entonces de 7 años, con quien ya mantiene una relación muy fuerte, adulta. El niño parece dotado de una personalidad excepcional; ésta impacta igualmente a sus hermanas, que más tarde dirán que admiraron de entrada sus talentos de narrador.<sup>277</sup> La propia hija de Karl, Eleanor, referirá haber oído a sus tíos describir a Karl niño como un verdadero tirano, que las hacía descender la colina de Markusberg, con él a caballo sobre su espalda, y las obligaba a ingerir "tortas" confeccionadas con sus manos sucias a partir de una pasta sospechosa, cosa a la que ellas se sometían de mal grado, deseosas como estaban de seguir oyendo las historias que les narraba.<sup>277</sup> Provisto de un físico común, una tez mate, una salud más bien frágil, Karl demuestra una gran ternura a su madre. Acomodada, unida, la familia disfruta, por el momento, de una vida sin complicaciones...

En 1826, una grave crisis financiera, consecuencia de una superproducción agrícola, afecta a toda Europa. Por la misma época, Nicéphore Niépce toma la primera fotografía (una vista de su casa familiar). Los días en Tréveris transcurren apaciblemente. Los Marx y los Westphalen se visitan. Jenny von Westphalen, hija del barón, se hace amiga de Sophie Marx. Conoce a su hermano, Karl, compañero de clase de su propio hermano, Edgar. Él tiene 8 años, ella 12.

En 1827, un mes después de la muerte de Beethoven, un año antes de la de Goya, Heinrich aplaude la apertura de la primera línea de ferrocarril francés entre Saint-Étienne y Andrézieux. El mismo año muere Samuel Marx Levy, rabino de Tréveris, hermano de Heinrich y tío de Karl. Por primera vez desde hace siglos, el rabino de la ciudad no será ya un miembro de la familia. Heinrich, por su parte, ya es abiertamente deista.

El año siguiente, el Club Casino debate acerca de la abolición de la esclavitud en el estado de Nueva York y del fracaso de la comunidad estadounidense socialista de Owen, socavada por disensos internos. Heinrich, que admira a Francia y sigue todo cuanto allí ocurre, se

regocija de ver que retorna a la escena internacional: bajo Carlos X, diez navíos de guerra franceses atraviesan el Mediterráneo para ir a apoyar la rebelión de los griegos; aliada con los ingleses y los rusos, Francia logra una victoria naval en Navarín contra la flota otomana.

En 1829, Heinrich aclama la fabricación por parte de Stephenson de la primera locomotora destinada al transporte de viajeros. Como todos los miembros del Club Casino, adivina que el ferrocarril va a revolucionar a Europa. Acecha con pasión todo signo que anuncie el retorno de un clima de libertad: aplaude la creación, por los obreros de la porcelana de Limoges, de la primera sociedad de ayuda mutua; y se entera de la fundación, que pretendía ser secreta, por Auguste Blanqui y Eugène Cavaignac, de la Sociedad de los Amigos del Pueblo, que se atreve a militar por la república. También es el año de la aparición de *Los chuanes*, primer éxito de Honoré de Balzac, que más tarde se convertirá en el escritor francés preferido de Karl, a tal punto que éste proyectará consagrarse un libro.

En julio de 1830, como todos los liberales de Europa, Heinrich asiste con entusiasmo a la revolución de las Tres Gloriosas,\* que obliga a abdicar a Carlos X y convierte a Luis Felipe I en el "rey de los franceses". En Europa, las líneas se desplazan: Bélgica se separa del reino de Holanda; en Italia del Norte, en Polonia, en algunos Estados alemanes del sur, en la misma Colonia, estallan motines. Un comerciante de Aix-la-Chapelle, presidente del tribunal de comercio, Hansemann, pide a Federico Guillermo III de Prusia que instaure una hegemonía prusiana sobre Alemania e instale un Parlamento en el que estaría representada "la parte más activa de la nación"; llega a escribir: "¡Suprimamos los miserables vestigios del feudalismo!". Como muchos burgueses de Tréveris, Heinrich Marx cree que ha llegado para Renania la hora de una república burguesa sobre el modelo holandés, y lo dice de manera un poco imprudente. Al mismo tiempo, aplaude la inauguración de la línea de ferrocarril que une Liverpool con Manchester por parte del primer ministro británico, el duque de Wellington: la democracia, piensa, favorece de lleno el progreso económico.

\* *Les Trois Glorieuses* fueron las jornadas revolucionarias de los días 27, 28 y 29 de julio de 1830, que asistieron a la caída de Carlos X. [N. del T.]

Entonces, Karl tiene 12 años, la edad en que los jóvenes judíos, sus primos, preparan su *bar-mitzvá*. Conoce a la comunidad judía de la ciudad pero casi no la frecuenta desde la muerte de su tío. Sabe incluso que su padre tuvo que convertirse para no renunciar a su oficio y que su madre, que siempre se considera judía, sigue asistiendo a los oficios; él pretende asimilarse. Aunque lee el hebreo, que su madre le inculca, rechaza la imagen del judío usurero que denuncia su padre, de quien se reconoce heredero. No cree en el Dios de su madre, y un poco en el de su padre. En cambio, está fascinado por la familia Von Westphalen, esos aristócratas acomodados que gobiernan la ciudad sin trabajar realmente y para quienes el dinero no es un tema de conversación. El joven Edgar von Westphalen es su mejor amigo; y Jenny, cuatro años mayor, es para él la chica más linda del mundo. Ésta ama tiernamente a su joven hermano, de quien hablará más tarde como del "hermano único y bienamado, el ideal de mi infancia y de mi juventud, mi único y querido compañero".<sup>50</sup>

Ese año (1830), Tréveris padece una grave crisis social y condiciones económicas difíciles. La ciudad, que obtiene una buena parte de sus ingresos de la vid, asiste al derrumbe de los precios del vino: las cotizaciones bajan el 90% respecto de los precios de 1818. Heinrich Marx se compromete en las acciones de lucha contra la pobreza comprando partes en un depósito público de víveres, para vender el pan a precio reducido.<sup>248</sup>

Karl entra en el liceo Federico Guillermo de Tréveris y allí descubre las obras de Heinrich Heine, poeta judío alemán convertido que pronto va a exiliarse a París, así como las de Goethe y de Esquilo. Ejercita su memoria excepcional aprendiendo de memoria versos en lenguas que ignora.

En Francia, la monarquía vuelve a tambalearse bajo los golpes de la crisis económica. La muchedumbre desfila delante del Palacio Real y las Tullerías, reclamando "pan y trabajo"; en Lyon, 40 mil tejedores de seda se rebelan: ganan seis veces menos que bajo el Imperio. Ese mismo año de 1831, Victor Hugo publica *Nuestra Señora de París*. En Virginia estalla una insurrección de esclavos, mientras que la invención de la cosechadora mecánica por el estadounidense McCormick anuncia una commoción en la agricultura mundial. En Marsella, un ex revolucionario italiano en el exilio, Giuseppe Mazzini, funda la sociedad secreta Joven Italia antes de exiliarse en Londres. En Alemania,

una conspiración fracasa en Göttingen. En Berlín, en el momento en que muere Hegel, el gigante de la filosofía prusiana, el poder imperial, más autocrático que nunca, confisca su cátedra a un joven filósofo de Erlangen, Ludwig Feuerbach, que en sus *Pensamientos sobre muerte e inmortalidad*<sup>218</sup> acaba de atreverse a proclamar que únicamente la razón, y no el alma, es inmortal.

Como Francia, Alemania sigue estando sacudida por sobresaltos libertarios. El 27 de mayo de 1832, más de 20 mil personas manifiestan en Neustadt ante el castillo de Hambach para reclamar la democracia y la unidad alemana. El 28 de junio, el rey de Prusia prohíbe que los diarios hablen de política; únicamente la gaceta de Augsburgo, que se beneficia con un tratamiento de favor, está autorizada a publicar cartas de Heine, de Thiers o de Moltke. En París, en una serie de artículos aparecidos en *La Tribune*, Desjardins es el primero en utilizar la palabra "proletariado" para designar a la clase obrera. Ese año, refugiado en Francia desde la insurrección polaca de 1830, un joven pianista, Frédéric Chopin, deja estupefacta a París con su primer recital ofrecido en lo de Pleyel, mientras una epidemia de cólera provoca 18 mil muertos en la capital francesa, entre ellos el presidente del Consejo, Casimir Perier.

En 1833, el abogado Heinrich Marx recibe el título de "consejero de justicia" y se convierte en decano del tribunal de Tréveris. Sus actividades lo enriquecieron lo suficiente para permitirle adquirir dos pequeños viñedos en Mosela, como hacen los habitantes más ricos de Tréveris. La fortuna personal de su mujer está valuada en 11.136 táleros.<sup>215</sup>

Karl tiene entonces 15 años. Como siempre, sigue hablando con su padre de Francia, del judaísmo, de Dios, de la moral, de la libertad. El barón Von Westphalen se hace amigo del adolescente y lo inicia en Shakespeare. Hablan juntos de Homero, de Cervantes, de Goethe —que acaba de desaparecer— y del conde de Saint-Simon, el economista francés cuyas teorías ya alabó su padre y que al morir, ocho años antes, dejó una huella profunda en la sociedad intelectual europea.

Sophie, la hermana mayor de Karl, sigue siendo la mejor amiga de Jenny, el "mejor partido de Tréveris"; la joven es seducida por la insolencia y el espíritu de ese chico cuatro años menor que ella.

El 1º de enero de 1834, la entrada en vigor del Zollverein, unión aduanera creada a iniciativa de Prusia, marca la toma de conciencia de una comunidad de intereses económicos entre los treinta y nueve

Estados alemanes reunidos en el seno de la Confederación. En algunos de esos Estados, entre ellos Renania, la liberalización económica trae aparejado el inicio de una liberalización política: se eligen asambleas parlamentarias dotadas de poderes débiles.

Para festejar la elección de algunos diputados liberales en la asamblea renana, en una cena del Club Casino, Heinrich Marx brinda de manera sarcástica por el rey de Prusia, lo que es referido de inmediato a la policía. El Club es puesto entonces bajo vigilancia, y Heinrich Marx señalado como "promotor de disturbios";<sup>277</sup> su amigo Wytttenbach, director del liceo, es puesto bajo la tutela de un codirector nombrado por la administración prusiana.<sup>277</sup>

Karl y su padre difunden a lo largo y a lo ancho esas medidas, así como la agitación obrera en Francia: en Limoges, algunos obreros porcelanistas abandonan una vez más el trabajo para protestar contra la baja de los salarios, y algunos motines republicanos se convierten en matanza en momentos en que Balzac termina y publica *Papá Goriot*. También hablan de la abolición en Inglaterra de la vieja "ley sobre los pobres", que los destinaba a la prisión, y de la apertura de *workhouses* encargadas de recibir a los indigentes.<sup>67</sup> Por su parte, Heinrich se inquieta y se vuelve más prudente: quiere ser abogado, nada más.

Tras el fracaso en Hesse, en 1834, de la conspiración de la Sociedad por los Derechos del Hombre, afluyen a la capital francesa masas de refugiados que se unen a Ludwig Börne y Heinrich Heine, quien declara encontrarse en París "para practicar su arte en las condiciones de libertad que le son indispensables".<sup>132</sup> Pierre Leroux emplea el neologismo "socialismo" por primera vez en francés en marzo de 1834, en un texto titulado "De l'individualisme et du socialisme", publicado en *La Revue encyclopédique*. Leroux lo define como "la doctrina que no va a sacrificar ninguno de los términos de la fórmula Libertad-Fraternidad-Igualdad".<sup>219</sup>

En 1835, Alexis de Tocqueville publica la primera parte de *La democracia en América*,<sup>268</sup> mientras que Texas se proclama independiente de México y Colt inventa el revólver con tambor. Se abre a los viajeros una línea de ferrocarril Saint-Étienne-Lyon, y un decreto autoriza la construcción de una línea París-Saint-Germain-en-Laye. Karl está cada vez más fascinado por el desarrollo de ese modo de transporte, y Jenny, a quien acaba de declarar su amor –él tiene 17 años– se burla de él poniéndole el mote de "Señor Ferrocarril".<sup>277</sup>

Los primeros textos de Marx que se conservan son tres disertaciones escritas ese año, cuando frecuenta el liceo.<sup>248</sup> La tercera, "Reflexiones de un joven al elegir profesión", es la más esclarecedora sobre las direcciones que va a tomar su vida. Aquí ofrece un autorretrato sensible, tanto más interesante cuanto que no analiza sus preocupaciones personales a través del prisma de sus opiniones posteriores sobre la naturaleza de la experiencia humana.<sup>218</sup> Marx confiesa que el joven que se dispone a escoger una profesión debe estar guiado por "el deber, el sacrificio de sí, el bienestar de la humanidad, la preocupación por nuestra propia perfección",<sup>248</sup> y que es falso creer que esos tipos de interés se opongan entre sí. Relaciona su fe en el progreso de la humanidad con toda una serie de angustias referentes a su propio porvenir. Una mala elección profesional, sostiene, corre el riesgo de hacer desdichado a un hombre durante toda su vida. Por añadidura, en el momento de realizar esa elección, todo joven está sometido a coerciones personales, las primeras de las cuales son de orden social.<sup>248</sup> Nuestra constitución física, reconoce a disgusto Marx, también aporta una limitación a nuestras aspiraciones. Así, desde los 17 años plantea la existencia de un conflicto entre determinaciones "ideales" y determinaciones "materiales" de la vida humana.<sup>248</sup>

En octubre de ese mismo año, 1835, al completar estudios secundarios más que honorables donde aprendió latín, griego, francés y un poco de hebreo, Karl es enviado por su padre a Bonn a estudiar derecho. Es un destino natural: allí se encuentra la universidad más cercana, creada en 1786, donde trabajan cerca de setecientos estudiantes. Como también es natural, Heinrich destina a su hijo al oficio de abogado o de profesor de derecho. Algunos biógrafos<sup>123</sup> pretenden que Karl es enviado ahí para alejarlo de Jenny. No es así: por cierto, las dos madres se preocupan por una atracción demasiado precoz, pero en ningún caso por una unión desacertada que nunca se evoca, de no ser por Ferdinand, hermanastro de Jenny, que vive lejos de Tréveris y detesta a los Marx desde que supo que su padre frecuentaba a judíos convertidos.

En Bonn, donde Karl llega en octubre de 1835, la vida estudiantil está bien organizada y es relativamente más libre que en otras partes de Alemania. Para integrarse, los nuevos estudiantes deben adherir a una de las numerosas asociaciones que estructuran la vida universitaria. Éstas son de tres tipos: los *Korps* agrupan a los jóvenes de un

mismo origen social (como el Borussia Korps, que reúne a los herederos de la aristocracia prusiana); los *Landmannschaften* federan a los nativos de una misma ciudad (como el Treviraner Klub, que reúne a los procedentes de Tréveris); y los *Burschenschaften* son asociaciones politizadas, extremadamente vigiladas.

Significativamente, Karl no se inscribe de entrada en un club político, sino en el Treviraner Klub, que entonces cuenta con más de treinta miembros. De los siete de Tréveris que entran ese año en la Universidad de Bonn, cuatro van a estudiar derecho, y todos adhieren a ese club.

Karl se hace notar de inmediato por su capacidad de trabajo y su brillo personal.<sup>277</sup> Cuida su abundante cabellera y ya se deja crecer una barbita. De altura y corpulencia medias, se expresa con un leve ceceo y un acento renano marcado. Comienza por hacer todo de manera extrema: el trabajo, las noches blancas, las violencias verbales y físicas... y el alcohol.<sup>248</sup> Frecuenta los bares, las salas de baile; se pelea. Hasta adquiere una pistola para precaverse contra sus rivales. Sus únicos recursos son los que le envía su padre, que gasta sin freno en beber, comer, alojarse, comprar libros. En algunos meses contrae deudas por el monto considerable de 160 tálberos, que su padre debe rembolsar bajo una fuerte protesta.<sup>230</sup> Así comienza la relación eminentemente compleja de Karl con el dinero, hecha de fascinación y de odio, que pronto decididamente lo enfermará. Así comienza también su enjuiciamiento del trabajo obligado, para ganarse la vida. Del trabajo asalariado, del trabajo explotado. E incluso, como veremos, de toda extirpación de una obra de las manos de quien la produjo.

Mientras Karl se pasa el invierno y la primavera de 1836 estudiando derecho en Bonn, en Inglaterra se crea la Asociación de los Trabajadores Londinenses, que reivindica el sufragio universal. En Francia, los hermanos Schneider toman el control de los altos hornos del Creusot, Émile de Girardin lanza su diario *La Presse* y el ferrocarril París-Saint-Germain se pone en marcha. El obrero sastre alemán Weitling funda en París la Liga de Brennus.

Karl trabaja mucho: junto a los cursos de derecho y a los cursos de literatura latina sobre Propertio, descubre la filosofía. Es una revelación. Ése será su campo. Allí es donde mejor se siente. Y nunca la abandonará.

Descubre sobre todo a Hegel, maestro absoluto de la filosofía alemana de la época, para quien la Razón gobierna el mundo. Cada época de la historia de los hombres es para él un momento lógicamente necesario del desarrollo del Espíritu. "La muerte –lee en el prefacio de la *Fenomenología del espíritu*– es la cosa más temible, y enfrentar con firmeza lo que está muerto es lo que exige la mayor fuerza."<sup>131</sup> Sin embargo, prosigue, "la vida del Espíritu, no es esa vida que retrocede de horror ante la muerte y se preserva pura de la destrucción, sino la vida que lleva en su seno la muerte y se mantiene en la misma muerte".<sup>131</sup> Y añade: "Hay que mirar con el ojo de la Razón que penetra la superficie de las cosas y atraviesa la apariencia confusa de los acontecimientos". Karl se siente fascinado de encontrar en ese libro un sentido a la Historia que, llevada por el progreso de la racionalidad, de la moral y de la libertad, tiende hacia un objetivo que Hegel llama "Dios", o "Idea", o "Espíritu absoluto", o "Saber absoluto", realización de un derecho, lugar de la universalidad y de la libertad.<sup>131</sup> Para el filósofo, los individuos, formas de expresión de la libertad, sin quererlo ni saberlo, están al servicio de la Historia por lo que él llama una "astucia de la Razón". El papel del Estado, entidad ideal y absoluta, por encima de la Historia, es permitir que cada uno disponga de lo que es necesario para vivir "decentemente", velar porque "nadie esté privado de ello, nadie haga un uso abusivo", y poner fin a los conflictos. Al término de la Historia desaparecerá la "alienación", que para Hegel es, a la vez, *Entfremdung* (deshumanizarse, extrañarse de la esencia del hombre) y *Entäusserung* (salir de sí, devenir aquel que no se es).<sup>131</sup>

Este encuentro con Hegel marcará a Karl para siempre. A través de él descubre la importancia del pensamiento, que, según su manera de ver, se convierte en la primera de las actividades humanas, más importante incluso que la búsqueda del Bien. Uno de sus yernos, Paul Lafargue, dirá: "A menudo le oí repetir la frase de Hegel, su maestro de filosofía en tiempos de su juventud: 'Hasta el pensamiento criminal de un bandido es más grande y más noble que todas las maravillas del Cielo'".<sup>161</sup> La ciencia está antes que la ética. El análisis social debe ser racional y objetivo antes de ser moral. Karl ya no olvidará ese precepto.

Ese año se carteá mucho con su padre y con Jenny. Con el primero habla de derecho, literatura, política y hasta de filosofía; su padre le

responde con estudios y reducción de los gastos. En sus cartas, Heinrich hace el elogio de Kant y subraya que la fe en Dios –el Dios de “Newton, Locke y Leibniz”– es una ayuda preciosa y necesaria para llevar a cabo una vida moral. En una misiva fechada en 1836, Heinrich escribe a su hijo: “Si Dios quiere, tienes todavía por delante una larga vida para vivir por tu bien, por el de tu familia y –si mis presentimientos son exactos– por el de la humanidad”.<sup>248</sup> Henrietta Marx hace recomendaciones conmovedoras a Karl, exhortándolo a “no considerar nunca el orden y la limpieza como cosas secundarias”, porque “la salud y la felicidad dependen de ello”;<sup>248</sup> se preocupa porque no beba ni demasiado vino ni demasiado café, no coma demasiado picante, no fume, se acueste y se levante temprano, “[se proteja] del resfrió y no baile mientras [no esté] completamente restablecido”.<sup>248</sup>

Con Jenny intercambia cartas de amor; la joven está enamorada, pero es juiciosa: teme que la pasión de Karl para con ella sea fugaz, como un amor de primavera. Un hombre, piensa, no ama sólo una vez. Comprendiendo el interés de Karl por Hegel, la joven, que no tiene estudios, se pone a su vez a leer filosofía.

Karl lleva una vida tan agitada que en junio de 1836 lo condenan a un día de arresto por ebriedad y alboroto nocturno. Como ya le gusta mandar en todo cuanto emprende, en julio se convierte en presidente del Treviraner Klub; en una litografía de la época que representa a los miembros de esta asociación de juerga en la posada del Caballo Blanco, a Karl se lo reconoce contemplando la escena con la dignidad que corresponde al presidente de un club.<sup>250</sup> En agosto de 1836, cuando termina su primer año universitario, estalla una pelea entre los miembros del Borussia Korps y los del Treviraner Klub. ¿Primera lucha de clases...? Marx es herido en la ceja izquierda y toda su vida conservará una cicatriz. Su padre está furioso: el abogado debe consentir muchos sacrificios para pagar los estudios de su primogénito, y hete aquí que éste se gasta ese dinero en libaciones, peleas, ¡y termina en la cárcel! Inaceptable.

Sin embargo, Karl estudió suficiente derecho para recibir, el 22 de agosto de 1836, un certificado de fin de año de la Universidad de Bonn que alaba “la excelencia de su perseverancia y de su atención”, al tiempo que deja constancia de un arresto de una noche “por alboroto y embriaguez”.<sup>277</sup> Al leer esas observaciones, su padre decide cambiarlo de universidad, pero Karl desea proseguir sus estudios en

Bonn para estudiar allí filosofía, y ya no derecho; no se atreve a abrirse a su padre. De hecho, la filosofía sigue siendo mal vista, ese año, en todas las universidades alemanas: el gobierno prusiano rehúsa al joven profesor que ya provocó un escándalo algunos años antes, Ludwig Feuerbach, el derecho a enseñar en la universidad, lo que lo lleva a reunir a un grupo de jóvenes filósofos críticos, apodados "los jóvenes hegelianos",<sup>74</sup> para quienes el Estado prusiano tal y como es nada tiene de ideal y debe ser reformado: todavía no se atrevan a distinguirse de Hegel, pero se otorgan el derecho a interpretarlo; ser un "joven hegeliano" es creer en el papel de la acción política en la conquista de las libertades.

En septiembre de 1836, Karl vuelve a Tréveris para tomarse unas vacaciones. Todavía no sabe que su padre no quiere que siga estudiando en Bonn. Se encuentra con su madre, su padre, su joven hermano Hermann, enfermo, y sus cuatro hermanas: Caroline, Louise, Émilie y Sophie. Un principio de tuberculosis hace que lo eximan del servicio militar. Jenny y él, que mantuvieron una larga correspondencia, deciden comprometerse. Heinrich no ve ningún obstáculo: el matrimonio puede incluso traer un poco de tranquilidad en la vida de su hijo. Henrietta se muestra más reticente: Karl es demasiado joven –sólo tiene 17 años– y Jenny, que tiene 22, está acostumbrada a un tren de vida que Karl no podrá satisfacer.

Seduced by Karl, deslumbrado por su energía y su cultura, el barón Von Westphalen, por su parte, es favorable a la unión con Jenny. Pero Ferdinand, el hermanastro, entonces primer consejero del gobierno en Tréveris, hace todo lo posible para oponerse; pide a la policía berlinesa un informe sobre la vida y las actividades de su futuro cuñado y hace conocer al barón las calaveradas de Karl en Bonn.<sup>248</sup> Al barón lo tiene sin cuidado. Por lo tanto, se celebra el compromiso, al tiempo que se decide que el matrimonio sólo se llevará a cabo el día en que Karl encuentre un empleo estable. Mucho más tarde, una de las hijas de Karl y de Jenny escribirá: "Mi padre decía que en esa época era una especie de Orlando furioso. Pero la cuestión se arregló rápido y fue aceptado como novio antes de los 18 años".<sup>200</sup>

Como su padre sigue esperando que Karl se vuelva abogado como él en Tréveris, o, en el peor de los casos, profesor de derecho, lo envía a continuar sus estudios a Berlín. Allá tendrá por lo menos para cinco años. Se verá entonces qué ocurrirá con esa relación.

En esa ciudad austera, todavía rural, Heinrich piensa que su hijo estará expuesto a menos tentaciones que en Bonn. Lo que va a producirse es lo contrario: la intolerancia que allí reina va a convertirlo en un rebelde.

La capital del reino de Prusia cuenta entonces con 190 mil habitantes. Su universidad, creada en 1810 como reacción a la ocupación francesa, está ubicada entonces bajo una alta vigilancia, en particular en lo que concierne a las disciplinas del derecho y la filosofía.<sup>74</sup> La filosofía hegeliana sirve de caución ideológica a esa política autoritaria. Sin embargo, algunos filósofos jóvenes hacen una secesión: comparten con sus mayores el postulado fundador de la dialéctica hegeliana, según el cual "todo cuanto es real es racional y todo cuanto es racional es real".<sup>129</sup> Pero, mientras que los conservadores ponen el acento exclusivamente en la primera parte de la proposición, los jóvenes progresistas insisten en la segunda. Además, en Berlín la prensa está silenciada, y amordazadas las asociaciones estudiantiles.

El 22 de octubre de 1836, Karl alquila una habitación en Berlín en Mittelstrasse 61, a dos pasos de la universidad Friedrich-Wilhelm. Tiene muy poco dinero. La habitación es húmeda; se enferma. Lee, bebe, escribe poemas apasionados a Jenny (no menos de 152 en un cuaderno de 262 páginas enviado para la Navidad de 1836).<sup>248</sup> "Posee una imaginación poética de una riqueza incomparable", dirá uno de sus yernos: "sus primeras obras literarias fueron poesías. La señora Marx guardaba cuidadosamente esas obras de juventud de su marido, pero no se las mostraba a nadie".<sup>161</sup> A través de la correspondencia con su padre,<sup>50</sup> con quien sigue manteniendo una excepcional complicidad intelectual, se sabe todo de sus lecturas de ese año: Schiller; Goethe; el *Laocoonte* de Lessing; diversos escritores hoy olvidados para algunos (Heinsius, Thibaut, el *Erwin* de Solger); la *Historia del arte en la Antigüedad*, de Winckelmann; la *Histoire allemande*, de Ludenv. Traduce al alemán la *Germania* de Tácito, las *Tristia* de Ovidio, dos compendios de jurisprudencia latina. Estudia inglés e italiano solo, sin siquiera la ayuda de una gramática. Emprende la escritura de una novela histórica, *Escorpión y Félix*, que interrumpe al cabo de algunos capítulos, y una tragedia, *Oulanam*, de la que no compone más que una escena, que envía a su padre. Pretende ser escritor, filósofo, poeta; ante todo se ve famoso, conocido por todo el mundo. Duerme poco, trabaja sin descanso, tacha, vuelve a escribir. Sabe que

lo que escribe no es bueno, que la vida y la pasión están ausentes de sus páginas. Se desespera por no encontrar valor a su poesía. Termina por pensar que no está dotado para escribir.

Aquí aparece un rasgo de carácter que lo acompañará toda su vida e influirá profundamente en su obra. La imposibilidad de considerar un manuscrito como terminado, de permitir que le arranquen una obra. De allí sacará la conclusión de que todo trabajo es alienante.

Fue en el curso de sus años de estudios en Berlín cuando comenzaron a llamarlo corrientemente "el Moro", apodo que será su sobrenombre preferido. Por cierto, le viene de su tez mate, pero también encubre una referencia velada a su identidad judía.<sup>248</sup> Los berlineses de los años 1830 casi no conocían a los moros sino por la literatura, y Otelo era el más famoso de ellos: Shakespeare está entonces de moda y apasiona a Marx desde que su futuro suegro se lo hizo conocer.<sup>248</sup> También se encuentran moros en algunas piezas de Schiller, y un personaje de *Los bandidos*,<sup>247</sup> Karl von Moor (que sin embargo no es moro), es uno de los más grandes héroes románticos, suerte de justiciero de gran corazón condenado a la violencia por la traición de un hermano. La pieza, que Schiller escribió a los 22 años y que tiene resonancias de *Las desventuras del joven Werther*, de Goethe, otro drama de la rebelión adolescente,<sup>248</sup> tiene como moraleja que "los vicios de la sociedad le impiden aprovechar las virtudes de sus mejores miembros".<sup>247</sup> Karl se identifica con ese joven Karl von Moor que mantiene con su padre relaciones tormentosas y afectuosas a la vez, las cuales no dejan de evocar las suyas con Heinrich Marx.

El "Moro" tiene por profesores de derecho a Eduard Gens, Friedrich Carl von Savigny y, sobre todo, Bruno Bauer, teólogo protestante relacionado con los movimientos liberales y cuya vasta cultura, su sentido de las fórmulas, su ironía y su audacia lo catapultan naturalmente a la cabeza del movimiento de los "jóvenes hegelianos" de la ciudad, así como a la de un club muy cerrado, el Doktorklub, que agrupa a los jóvenes filósofos más combativos y dotados. Entre ellos no faltan los temas de discusión. Para algunos, como Bauer, primero hay que hacer la revolución en las conciencias, porque es a través del pensamiento como se ejercerá una influencia sobre el mundo. Para otros, como Adolf Rutenberg —que, apenas salido de prisión, apadrina la entrada de Karl al Doktorklub—, hay que abandonar la reflexión para pasar a la acción. Para algunos, la monarquía prusiana constituye

la realización ideal del Estado tal y como la definió Hegel.<sup>74</sup> Los otros, por el contrario, para quienes el hegelianismo es esencialmente una doctrina del movimiento, no pueden admitir que la Historia se haya detenido y haya alcanzado su culminación en esa monarquía. La izquierda hegeliana, pues, sostiene que de hecho hay dos Hegel: el auténtico, fundamentalmente ateo, crítico del orden existente, que se habría expresado únicamente para los iniciados, y un Hegel oficial, que habría multiplicado las concesiones al poder político de su tiempo.<sup>74</sup> Por supuesto, los jóvenes hegelianos pretenden que el Estado prusiano no se identifica en absoluto con el Estado ideal y racional, soñado por Hegel en Prusia. Su causa esencial es para ellos la omnipotencia de la religión, que traba el desarrollo de la libertad. El sentido profundo y oculto del pensamiento de Hegel es el ateísmo. Ante todo, dicen, hay que liberar al hombre y al Estado del dominio de la religión.<sup>74</sup>

Como Bauer y los "jóvenes hegelianos", Karl piensa que es necesaria y suficiente una nueva interpretación del mundo para transformarlo. Describe entonces a su padre su ambición literaria:

Una vez más, quería zambullirme en el mar, pero con la intención bien decidida de establecer que la naturaleza del espíritu es tan necesaria, concreta y sólidamente definida como la naturaleza del cuerpo. Mi objetivo no era ya entregararme a trucos de esgrimistas sino hacer que afloraran verdaderas perlas a la luz del día.<sup>2</sup>

En una carta del mismo año, a propósito de su madre, totalmente consagrada a su familia, escribe que es una "madre angelical".<sup>248</sup>

A fines del invierno de 1837, luego de seis meses de fiebre y de tos en su habitación berlinesa, Karl, aconsejado por un médico, alquila un cuarto en el campo, en la casa de uno de los habitantes de Stralow, pueblo de pescadores sobre la orilla derecha del Spree, que dista de la universidad una hora de marcha a través del bosque. Trata de profundizar en Hegel, pero esta vez está decepcionado por lo que encuentra:<sup>248</sup> su "melodía grotesca ya no [lo] inspira".<sup>2</sup>

Ese año, los progresos técnicos se multiplican, y el crecimiento económico vuelve a despegar en Europa. Los ingleses Cooke y Wheatstone ponen a punto el primer telégrafo con impulso eléctrico; el francés Engelmann registra una patente para un procedimiento de litografía en colores.

Karl sigue absorto con los libros de derecho para preparar sus exámenes: un estudio de Savigny sobre la propiedad; un tratado de derecho criminal de Grolmann Cramer; el *De verborum significatione*; las Pandectas, compendios del Código de Justiniano que agrupa extractos de obras de jurisconsultos romanos de la época clásica. Estudia los libros de Wenning-Ingenheim y de Mühlenbruch que comentan esas Pandectas. Se sume en los volúmenes de derecho civil y de procedimiento de Lauterbach, en el *Concordia discordantium canonum* de Graciano, en las *Institutiones* de Lancelotti. Estudia la historia del derecho alemán y se interesa en particular en los capitulares de los reyes de Franconia y en las bulas pontificias. Traduce en parte la *Retórica* de Aristóteles, devora el *De augmentis scientiarum* de Francis Bacon así como la obra de Hermann Samuel Reimarus sobre el instinto artístico de los animales.<sup>2</sup> Termina de desprenderse de Hegel, cuyas realizaciones ciertamente son “de una grandeza infinita”, en quien descubrió la importancia de la noción de “sociedad civil” para asentar su propia teoría materialista, pero a partir del cual sobre todo percibió la necesidad de ir más lejos, adquiriendo el dominio de una nueva ciencia: la economía política. Comienza entonces a descubrir a Adam Smith, Adam Ferguson, David Ricardo, François Quesnay, Boisguillebert...

En su cuarto, los libros se amontonan en gran desorden. Su yerno Lafargue escribirá:

Marx no permitía que nadie pusiera orden –o más bien desorden– en sus libros y sus papeles. Porque su desorden sólo era aparente: en realidad, todo estaba en su lugar, y siempre encontraba sin problemas el libro o el cuaderno que necesitaba. Incluso, en el curso de una conversación, a menudo se interrumpía para mostrar en el libro un pasaje o una cifra que acababa de citar. Él y su gabinete de trabajo no eran más que uno, donde libros y papeles le obedecían como los miembros de su propio cuerpo.<sup>161</sup>

Así, Karl comienza a descubrir los textos de Feuerbach, ese joven profesor de filosofía echado de la universidad a causa de haber escandalizado por su ateísmo y su crítica de Hegel. Está fascinado por aquel “que tiene el coraje de ser absolutamente negativo y la fuerza de crear algo nuevo”,<sup>116</sup> que se atreve a reprochar a Hegel haber planteado al

ser como una abstracción y haber sostenido que las contradicciones son necesarias para el nacimiento de lo nuevo, al tiempo que pretendía que la Historia culminará con un sistema sin contradicciones.<sup>116</sup>

Así pues, busca su camino entre Hegel y Feuerbach. Trabaja enormemente, escribe regularmente a su padre y a Jenny; pero también sale y cena con sus amigos, debate más de filosofía que de derecho, bebe mucho, sale con mujeres. Preocupado por medirse con los gigantes, Karl redacta un diálogo de 24 páginas, *Punto de partida y continuidad necesaria de la filosofía*, crítica radical de Hegel, el ídolo caído. Pero, luego de examinarlo, su propio texto le parece nulo; se pone rabioso, lo rompe y quema junto con sus comienzos de novelas. Durante varios días está tan molesto que es incapaz de reflexionar; camina a ciegas a través del bosque y llega incluso a acompañar al propietario de su alojamiento de Stralow a cazar, cosa que hasta entonces siempre había rechazado.<sup>2</sup>

Empieza a preguntarse si sus talentos realmente están a la altura de las ambiciones de su infancia. Se interroga sobre su carrera. ¿Y si renunciara a todo? ¿Y si se resignara a llevar una vida pequeña? Despues de todo, ¡tantos otros lo hicieron antes que él! Se cruza con un inspector de impuestos, llamado Schmidthanner, quien le aconseja entrar en la magistratura, cosa "que sería más de mi gusto, porque prefiero la jurisprudencia a cualquier ciencia administrativa",<sup>2</sup> escribe a su padre. Ese inspector del fisco le explica que eso le permitirá incluso entrar un día en la universidad por una puerta lateral, así careciera de todo talento. De ese modo, en Münster, en tres años él pudo alcanzar un grado administrativo que le dio la equivalencia del doctorado en derecho, lo que le abre la perspectiva de obtener un puesto de profesor de derecho; tal puesto obtuvo por la misma vía, en Bonn, un amigo que no tenía en su activo nada más que un mediocre trabajo sobre la legislación provincial.<sup>2</sup> Karl comienza a pensar que muy bien podría contentarse con ese tipo de vida.

En el verano de 1837, al término de su primer año universitario en Berlín, vuelve para las vacaciones a Tréveris, donde encuentra a su madre, a su hermano Hermann –muy enfermo– y a sus cuatro hermanas. Pasa el tiempo con Jenny, también doliente, y con el barón Von Westphalen, impresionado al ver a ese colegial medio convertido en un joven de 19 años cultivado, apasionado por la literatura y la filosofía, de una ambición sin límites. Ambos hablan de Berlín, disertan

sobre la democracia y el progreso científico, sobre el mundo venidero. Karl se pasa sobre todo muchas horas en compañía de su padre, que no está celoso de su relación con el barón. Heinrich sigue preocupándose por los gastos de su hijo en un momento en que él mismo, aquejado por una tuberculosis severa, no dispone ya de los mismos ingresos. Tampoco le gusta verlo hablar de política demasiado libremente y considera que se rebaja al interesarse en la economía política, ciencia que no es muy apreciada entonces en Alemania; exhorta a su hijo a ocuparse más del derecho y a no renunciar a hacer una bella carrera.

Después del verano, Karl vuelve a Berlín, llevando consigo un daguerrotipo de ese padre que volvió a infundirle confianza en su porvenir.<sup>230</sup> El Doktorklub, del que ahora es uno de los miembros más activos, se convierte en un lugar de reputación demoníaca. Bajo la influencia de Ludwig Feuerbach, el club ya no vacila en ostentar su ateísmo. Aunque es mucho más joven que sus otros miembros, Marx ejerce allí una verdadera fascinación, incluso sobre Feuerbach, cuando éste acude a encontrarse con sus émulos.

Karl sueña en adelante con ser profesor de filosofía, como su maestro Bruno Bauer y como el mismo Ludwig Feuerbach. Ya no quiere mentirse, ni sobre todo mentir a su padre. Por lo tanto, decide volver a Tréveris para Navidad y explicarle todo. Le escribe acerca de sus intenciones. Pero Heinrich le prohíbe que les dé curso: Karl debe terminar lo antes posible sus estudios. Por otra parte, no quiere que su hijo lo vea enfermo: su tuberculosis se agravó bruscamente.

El 10 de noviembre de 1837, Karl escribe a su padre una nueva y muy larga carta<sup>47</sup> en la que le reitera su pedido de ir a verlo cuanto antes. Le resume su año de trabajo y le deja entender que va a abandonar el derecho para pasar a la filosofía. La redacción de esta misiva le lleva toda la noche; a las cuatro de la mañana debe interrumpirla por falta de velas. Esas páginas tan enfáticas, reveladoras de la psicología del joven Karl —que aún no tiene 20 años—, merecen ser citadas ampliamente:

Querido padre, hay momentos en la vida de un hombre que son como puestos de frontera que marcan el fin de un período e indican claramente una nueva dirección. En tales momentos de transición, uno se siente obligado a mirar el pasado y el porvenir con ojos de águila para ser consciente de la realidad. En verdad, a la misma his-

toria del mundo le gusta mirar así hacia atrás, hacer el balance, lo que en ocasiones depara un sentimiento de retroceso o de estancamiento, cuando simplemente se trata de sentarse en un sillón para comprenderse a sí mismo y abarcar intelectualmente toda la actividad de su propio espíritu. En tales momentos de mutación, cada uno puede ceder al lirismo, porque toda metamorfosis es en parte como un canto del cisne, en parte como la apertura de un amplio y nuevo poema [...]. Cada uno tiene entonces la sensación de que debe elevar un memorial a lo que ha vivido, de tal manera que la experiencia encuentre en las emociones lo que fue olvidado en la acción. No hay mejor lugar para elevar tal memorial que el corazón de un padre, el más indulgente, el más empático, cuyo sol amoroso calienta todas nuestras acciones. ¿Y qué mejor perdón esperar para lo que es censurable que tratar de que se lo reconozca como la manifestación de una necesidad? ¿Y cómo hacer admitir por lo menos que aquello que, en cuanto a lo esencial, viene del azar o de errores intelectuales no merece ser criticado como el producto de la acción voluntaria de un corazón pervertido [...]? A fines de un año pasado aquí, soy vuelta la cabeza, mi querido padre, y le ruego me permita mirar mi vida como miro la vida en general, vale decir, como la expresión de una actividad intelectual que se desarrolla en todas las direcciones, en ciencias, en artes y en la esfera privada [...]. Entristecido por la enfermedad de Jenny y por mis vanos esfuerzos intelectuales para escapar a la idolatría que me animaba en un pensamiento que ahora execro, me enfermé, como ya te lo escribí, mi querido padre. Cuando estuve mejor, quemé mis poemas y mis comienzos de novelas, pensando en renunciar totalmente, porque, hasta hoy, nada me permite pensar que exista la menor prueba de mi talento [...]. Y hasta mi permanencia en Berlín, que habría debido gustarme infinitamente, incitarme a contemplar la naturaleza, me dejó indiferente [...] porque, en el fondo, ninguna obra de arte es tan bella como Jenny [...]. Pero, mi querido, mi muy querido padre, ¿no sería posible hablar de esto con usted personalmente? La salud de mi hermano, de mi querida mamá, su propia enfermedad (que espero que sea poco seria), todo eso me hace sentir el deseo de precipitarme hacia usted, y esto lo convierte casi en una necesidad. Ya estaría allí si no hubiera dudado de su permiso de dejar Berlín. Créame, mi querido, querido padre, no estoy animado por ninguna intención egoísta (aunque para mí

sería una bendición volver a ver a Jenny); pero hay un pensamiento que me conmueve y que no tengo el derecho de expresar. Y, aunque sea difícil admitirlo, como me lo escribe mi querida Jenny, estas consideraciones carecen de valor, comparadas con la realización de deberes sagrados. Le suplico, querido padre, no importa qué decida, que no muestre esta página de mi carta a mi madre: mi llegada de improviso podría ayudar a que esta mujer tan magnífica se restablezca [...], al tiempo que espero se alejen las nubes que se juntaron sobre la familia, y que me sea dado sufrir y llorar con usted, tal vez también darle pruebas de mi amor profundo y desmesurado que, como de costumbre, expreso tan mal. Con la esperanza de que también usted, querido, muy amado padre, tenga en cuenta el estado de turbación de mi espíritu para perdonarme los vagabundeo de mi corazón, sumergido por mi espíritu, y de que recupere rápido su salud de manera que pueda estrecharlo en mis brazos y decirle todos mis pensamientos. Su hijo siempre amante.<sup>47</sup>

Y añade como posdata:

Por favor, querido padre, disculpe mi mal estilo y mi escritura ilegible. Son casi las cuatro de la mañana, la vela llega a su fin, mis ojos están fatigados, una extremada excitación se apoderó de mí y no puedo calmar esos espectros turbulentos antes de estar con ustedes, que me son tan queridos. Por favor, haga participe de mis pensamientos a mi dulce y maravillosa Jenny. Leí su última carta doce veces y cada vez le descubro nuevas delicias, inclusive de estilo. En mi opinión, es la más bella carta jamás escrita por una mujer.<sup>47</sup>

Marx despacha su carta y espera la respuesta paterna. Que no llega. Se queda entonces en Berlín para Navidad y sigue estudiando durante el invierno, inquieto por lo que ocurre en Tréveris, de lo que nada le cuenta Jenny.

El 10 de febrero de 1838, por fin, su padre le responde: una carta perturbadora, seguida de dos posdatas, una de su madre y la otra de su hermana Sophie. Una carta que, en mi opinión, va a orientar toda la vida de Karl.

En ella, Heinrich se inquieta primero de la relación de Karl con el dinero; le pide que no vaya a verlo, que continúe sus estudios, y le da

alusivamente su aprobación sobre su cambio de orientación. Hay que citar esta carta casi íntegramente, debido a la importancia que va a adquirir luego.

Querido Karl, [...] hoy espero ser capaz de levantarme algunas horas y ver si soy capaz de redactar esta carta. De hecho, tiemblo, lo logro, pero... no tengo la fuerza de embarcarme en una discusión teórica contigo. Tanto mejor si tu conciencia se armoniza modestamente con tu filosofía y es compatible con ella. En un único punto has observado juiciosamente en tu carta un silencio aristocrático: sobre la mezquina cuestión del dinero cuyo valor, para el padre de familia, es grande, aunque tú no pareces reconocerlo. Me siento resentido contigo mismo por haberte dejado demasiado libre sobre este asunto. Estamos en el cuarto mes del año escolar y ya gastaste 20 táleros. Pero yo no gané tanto este invierno. Te equivocas al decir que te juzgo mal o que no te comprendo. Tengo una confianza total en tu corazón y en tu moralidad. Siempre te tuve confianza, incluso en tu primer año de derecho, cuando no te pedí explicaciones sobre ese tenebroso asunto [el duelo de Karl]. Justamente fue mi confianza en tu alta moralidad la que lo permitió. Y, a Dios gracias, sigue siendo así. Sin embargo, eso no me enceguece [...]. Debes creer que estás en lo más profundo de mi corazón y que eres una de las más poderosas palancas de mi vida. Tu última decisión [cambiar de objeto de estudio] es meritaria, juiciosa, y merece ser puesta en obra; si haces lo que prometiste, eso fructificará. Es verdad para todos nosotros. Pero la razón debe triunfar. Estoy fatigado, querido Karl, debo interrumpir [...]. Tu última proposición en lo que a mí se refiere [ir a verlo] tropieza con grandes dificultades. ¿Qué derecho tengo de rogártelo? Tu padre fiel.<sup>47</sup>

Contradicidiendo todo lo que algunos biógrafos malintencionados dirán de sus malas relaciones con su hijo y con Jenny, la madre de Karl agrega:

Mi querido Karl adorado, por el amor que te tiene, tu querido padre por primera vez ha vuelto a hacer el esfuerzo de escribirte. Tu buen padre está muy débil; Dios quiera que recupere rápido sus fuerzas. Yo estoy bien, querido Karl, y tranquila, resignada a mi situación. La

querida Jenny se comporta como una hija adorable para con sus padres, y nos reconforta por su estado de ánimo, como si fuera una hija de la familia que siempre trata de ver el lado bueno de las cosas. Escríbeme para decirme si estás bien. Yo soy la que está más disgustada de que no vengas para Pascuas. Dejo que mis sentimientos vayan más allá de la razón y lamento, querido Karl, que tú seas tan razonable. Debes tomar mi carta como una medida de mi profundo amor. Hay momentos en que uno siente mucho y dice poco. Por eso te digo hasta pronto, mi querido Karl, escribe rápido a tu querido padre, seguro que eso ayudará a su rápida curación. Tu madre que siempre te ama.<sup>47</sup>

Visiblemente, como se lo había pedido su hijo, Heinrich no mostró a su mujer el pasaje de la carta de Karl donde éste se proponía venir a Tréveris, y le hizo creer que el joven había decidido por propia voluntad quedarse en Berlín.

Sigue otra posdata de una de las hermanas, Sophie, que, con medidas palabras, le anuncia que la situación financiera de la familia es tan inquietante como la salud del padre:

Nuestro querido padre se siente mejor. Las cosas se arreglan. Pronto hará ocho semanas que está en la cama, de la que sólo salió hace unos días para que airearan la habitación. Hoy hizo un gran esfuerzo para escribirte esas pocas líneas con su mano temblorosa. Nuestro pobre padre ahora está muy inquieto. Nada sorprendente: estuvo todo el invierno sin ocuparse de sus asuntos. La necesidad que siente es ahora cuatro veces más grande que antes. Todos los días canto para él y le leo. Envíame de una vez la canción que me prometes desde hace tanto. Escribe rápido. Será una distracción para todos nosotros. Caroline no está bien. Louise está en cama; parece que tiene escarlatina. Émilie conserva la moral alta. En cuanto a Jette [Hermann, su hermano menor], no está precisamente con su mejor humor.<sup>47</sup>

Caroline, Émilie y Hermann morirán pronto.

Esta carta notable que concede a Karl el derecho a estudiar lo que quiere ("Tengo una confianza total en tu corazón y en tu moralidad. [...] Tu última decisión [cambiar de objeto de estudio] es meritaria, juiciosa, y merece ser puesta en obra; si haces lo que prometiste, eso

fructificará") también encubre, en mi opinión, una frase esencial: la que evoca "[tu] silencio aristocrático sobre la mezquina cuestión del dinero cuyo valor, para el padre de familia, es grande, aunque tú no pareces reconocerlo. Me siento resentido conmigo mismo por haberte dejado demasiado libre sobre este asunto". La manera en que el padre asimila la aristocracia a la facultad de no hablar del dinero permite augurar lo que éste será para Karl: una cadena de servidumbre, una fuente de dependencia. Y más tarde, en la denuncia de la explotación por Marx, habrá una idealización semejante de la nobleza. Explotación por el dinero de la que no hay que liberarse ni ganándolo, como un burgués, ni silenciándolo, como un noble, sino combatiendo su poder, como un proletario.

Obedeciendo a su padre, pues, Karl no vuelve a su casa y pasa las Pascuas en Berlín. No volverá a verlo: el 10 de mayo de 1838, Heinrich Marx fallece como consecuencia de la tuberculosis, en Tréveris, a los 61 años. A partir de ese día y hasta su propia muerte, Karl llevará en el bolsillo interior de su chaleco, contra su corazón, el daguerrotípico que le entregó su padre un año antes, la última vez que se vieron.

Esa muerte marca una ruptura: al parecer, Karl no vuelve a Tréveris para el entierro y su madre no le dará su parte de la herencia, o sea, la apreciable suma de 6.000 francos oro, porque para eso habría que vender la casa donde todavía vive la familia.

Para muchos biógrafos, Karl no asiste a los funerales de su padre por indiferencia, pero eso queda desmentido por su último intercambio epistolar. Su ausencia –si está probada– sólo se explica por el tiempo necesario para avisarle sobre deceso. Por añadidura, su padre, en su última carta, ¿no le pidió encarecidamente que se quedara a estudiar en Berlín? Además, si no recibe su parte de la herencia, no es porque su madre lo hubiera rechazado o no quisiera a Jenny –cosa que, como lo atestigua la misma carta, es igualmente falso–, sino porque las hermanas y el hermano, todos enfermos, deben sobrevivir con su madre con el patrimonio dejado por el padre. Por otra parte, Henrietta sigue abonando a su hijo su asignación mensual y reconoce formalmente que le debe su parte de la herencia.

De este modo, así como su propio padre había esperado la muerte de su madre para convertirse, Karl, que obtuvo la aprobación de Heinrich en su última carta, renuncia al oficio de abogado al morir éste y se lanza en pos de su nuevo sueño: convertirse en profesor de filosofía.

Lo cual también implica que se va a dedicar a la política. Porque, ese año, criticar a Hegel es otra manera de atacar al régimen prusiano. Entonces aparece la extraña expresión de "socialismo verdadero", inventada por Karl Grün (seudónimo de Ernst von Haide) para designar el movimiento de los jóvenes hegelianos, que entonces se expresa esencialmente en revistas como *Gesellschaftspiegel* [El espejo de la sociedad] o *La Gaceta de Tréveris*.<sup>74</sup> El Doktorklub, su refugio berlínés, se convierte en el lugar más vigilado de la capital. Ahí aparecen dos hombres que representarán un papel importante en la vida de Marx.

Primero desembarca Arnold Ruge, maestro asistente de filosofía en Halle, donde dirige la revista *Hallischen Jahrbücher* [Anales de Halle], punto de reunión de los jóvenes hegelianos y de la *intelligentsia* prerrevolucionaria, donde Feuerbach publica su corrosiva *Contribución a la crítica de la filosofía de Hegel*.

También pasa por ahí el obrero sastre alemán Wilhelm Weitling, refugiado en Viena y luego en París, que publica el manifiesto de una sociedad secreta, la Liga de los proscritos, fundada en París dos años antes. *L'Humanité telle qu'elle est et telle qu'elle devrait être* [La humanidad tal como es y tal como debería ser], texto en el cual denuncia la explotación de los asalariados por los poseedores del capital, y que propone la instalación, sin transiciones, a partir de un Estado fuerte, de una propiedad comunitaria: "Si se tiene el poder, hay que aplastar la cabeza de la serpiente [...]. No hay que conceder armisticio a los enemigos, ni abrir negociaciones con ellos, ni creer en sus promesas".<sup>75</sup>

Al mismo tiempo, Karl tiene el proyecto de escribir acerca de los últimos filósofos griegos en su conjunto. Escribe una carta (perdida desde entonces) a Bruno Bauer para que la transmita a un editor de Bonn, Marcus, para convencerlo de que edite su futuro texto. Bauer le responde que no puede entregar una carta tan insolente: "Supongo que puedes escribir a tu costurera más o menos de ese modo, ¡pero no a un editor a quien estás tratando de convencer!". Y le envía una serie de preguntas que con frecuencia se encontrarán formuladas a todo lo largo de la vida de Marx: "Primero debes escribirme lo que tendrías que haber debido mencionar desde hace tiempo a Marcus: si el libro existe, si está terminado, cuántos pliegos tendrá, qué suma pides...".

Poco después, Marx renuncia a este proyecto. Siguiendo los consejos de Bruno Bauer, se embarca entonces en la redacción de una tesis de un tema en apariencia extraño, mucho más restringido: el

materialismo antiguo de Demócrito y Epicuro.<sup>1</sup> El título (*Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro*) imita el de un ensayo de Hegel (*Diferencia entre los sistemas de filosofía de Fichte y Schelling*). A primera vista se trata de un ejercicio de estilo. En realidad, ya es la afirmación de su obsesión por la observación crítica de lo real de su materialismo. Las físicas de Demócrito y de Epicuro son muy cercanas, pero, a partir de premisas idénticas, los dos filósofos se encuentran "diametralmente opuestos por todo lo que concierne a la verdad, la certidumbre, la aplicación de esa ciencia, la relación del pensamiento con la realidad en general".<sup>1</sup> Mientras que Demócrito reduce la realidad sensible a la apariencia subjetiva, para Epicuro, por el contrario, nada puede refutar las percepciones sensibles: es un materialista. Mientras que, para Demócrito, la necesidad es determinista, para Epicuro el azar es una realidad "que no tiene otro valor que la posibilidad".<sup>1</sup> Marx explica que la muerte del pensamiento griego se pareció a su vida, y reanuda lazos de este modo con el tema hegeliano: el destino es el carácter. Todas las escuelas de pensamiento griegas utilizan la figura del *sophos* –el hombre sabio– para explicar la noción de sabiduría filosófica; ésta pertenece exclusivamente al mundo interior de algunos individuos, y no al mundo exterior de la vida empírica.<sup>248</sup> Fue Sócrates quien mejor personificó esa escisión entre razón y existencia. Dividido en el interior de sí mismo y condenado, su muerte figuró el destino del pensamiento griego en el sentido amplio. Karl muestra que la filosofía hegeliana, por el contrario, si es superada, permite descubrir el componente ideal de la existencia en la vida empírica, porque puso de manifiesto la manera en que la razón emergió de los combates del mundo real.<sup>248</sup> De allí surge el hecho de que no tiene que retirarse de la vida en nombre del pensamiento. Así, los filósofos modernos estarían protegidos del aislamiento destructivo que fue el destino de los griegos. El mismo Karl cree haber superado entonces esos síntomas de su idealismo hegeliano.

Al tiempo que hace sus primeras armas en filosofía, pone a punto de este modo las bases de su concepción del papel del filósofo en la sociedad, el cual, al decir lo verdadero, debe actuar sobre lo real. Al trabajar sobre los griegos, de hecho lo que hace es trabajar sobre el ateísmo y el materialismo; trabajar sobre Epicuro es también una manera de alejarse de lo religioso y acercarse a lo social.

Porque Karl se interesa cada vez más en la política. Se entusiasma cuando, en París, algunos motines desembocan en la ocupación de la Prefectura y del Ayuntamiento. Descubre un nuevo movimiento inglés, el cartismo,<sup>247</sup> que toma su nombre de la "Carta del pueblo" publicada en mayo del mismo año, 1838, y que reivindica la mejora de las condiciones de higiene en los suburbios obreros, el sufragio universal y secreto, el derecho a ser candidato sin ser propietario; la principal publicación del cartismo, *The Northern Star*, se vende desde el principio en varias decenas de miles de ejemplares.<sup>277</sup> Siempre apasionado por el ferrocarril, Karl se interesa también en la primera locotomora francesa salida de los talleres de Creusot, seguida algunos meses más tarde por el primer barco a vapor.

Su relación epistolar con Jenny continúa, siempre tan intensa. Decidieron casarse en cuanto él hubiera terminado su tesis: ¡tendrán que esperar por lo menos tres años! La joven le escribe:

Mi querido y único amado, [...] el amor de una chica es diferente del de un hombre. Una chica, evidentemente, no puede dar a un hombre más que su amor, y ella misma tal como es, y para siempre [...]. Pero Karl, piensa en mí: no tienes ninguna consideración, ninguna confianza en mí. Desde el comienzo sé que no conservaré por mucho tiempo tu amor romántico de hoy. [...] Tu amor magnífico, conmovedor, apasionado, las bellas cosas que me dices, me hacen desdichada, porque temo que un día se terminen. Las únicas cosas que me hacen feliz son los momentos en que pienso que podría ser tu mujercita. [...] Me gustaría ponerme al día con las lecturas y distraerme. Tal vez conozcas un libro un poquitín difícil del que no comprenda todo pero sí algo, un poco como esos libros que a todo el mundo le gusta leer. No un libro de cuentos ni de poesía, que no los soporto. Me haría bien ejercitar mi espíritu...<sup>47</sup>

Ella teme las perspectivas limitadas que ofrece la vida a las mujeres:<sup>248</sup> olvidarse de sí mismas ante el amor de un hombre. Tiende a hacerse ideas sombrías. Karl se muestra desconfiado: ella se siente perturbada constantemente cuando él sospecha la existencia de un rival. Ante la sequedad de los reproches que él le dirige en sus cartas, entonces teme que, de apasionado y atento, se vuelva frío y encerrado, compartiendo así la imagen que Heinrich tenía de su hijo: ardiente y

lírico, en ocasiones puede parecer seco e indiferente. Al tratar de conducir a Marx al mundo real, Jenny recupera el papel representado por sus padres. Sus cartas revelan una dependencia y un sentido del sacrificio mutuos: en una de ellas (de 1839), incluso se imagina que Karl ha perdido su mano derecha en un duelo y la conserva a ella para siempre a su lado para escribir sus textos.<sup>248</sup>

En 1839, Karl sigue trabajando en su tesis cuando Bruno Bauer debe dejar Berlín para ir a enseñar a Bonn. El joven profesor encierra prudencia a su alumno para que no lo prohíban; le aconseja que, llegado el día, sostenga su tesis en Jena, universidad un poco más liberal que la de Berlín. Le promete seguir su trabajo y luego tomarlo como su asistente en Bonn. De este modo, Karl ve que se le abre una carrera de profesor en la facultad. En el mismo momento, el 4 de noviembre de 1839, en Inglaterra, un millar de mineros que trataban de apoderarse de la ciudad de Newport son rechazados por los disparos del ejército.

Bauer redacta entonces un panfleto anónimo,<sup>248</sup> *La trompeta del Juicio final contra Hegel, el ateo y Anticristo*, cuya segunda parte supuestamente debe escribir Marx, al tiempo que trabaja en su propia crítica de Hegel.

Durante 1840 prosigue la radicalización del movimiento político. En Prusia, un nuevo monarca, Federico Guillermo IV, decepciona todas las esperanzas de liberalización al nombrar canciller a Schelling, instaurar la censura de la prensa y abolir las franquicias universitarias, cuando antes de su coronación el nuevo rey había comunicado su respeto por los principios democráticos, considerados por él compatibles con el patriotismo y la monarquía.<sup>74</sup> Federico Guillermo IV se convierte de entrada en el fiel relevo de Metternich para reprimir a los demócratas en todas partes de Europa.

La vida de los estudiantes berlineses se vuelve difícil. El Doktor-klub se radicaliza; sus miembros toman entonces el nombre de "Amigos del pueblo" o *Freien* (libertos).<sup>74</sup>

En Francia, el médico Louis-René Villermé denuncia la condición obrera en su *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers dans les fabriques de laine et de soie* [Cuadro del estado físico y moral de los obreros en las fábricas de lana y de seda]. Un obrero convertido en filósofo, Pierre-Joseph Proudhon, publica *¿Qué es la propiedad?*, que cristaliza las oposiciones más radicales a la sociedad capitalista que está na-

ciendo.<sup>228</sup> En Lens estallan "motines de papas".\* Aparece el vocablo "comunismo", para designar la doctrina económica del jurista francés Étienne Cabet;<sup>67</sup> un primer "banquete comunista" se celebra en París, mientras la transferencia de las cenizas de Napoleón I a los Inválidos desencadena una inmensa conmoción popular.

Karl está ahora lleno de proyectos, todos estrechamente relacionados con Bruno Bauer: hablan de enseñar juntos, de publicar juntos unos "Archivos del ateísmo", de luchar juntos contra sus adversarios. Ese año, Karl también accede a los mejores ámbitos de Berlín, entre ellos el salón de la poetisa Bettina von Arnim, Brentano de soltera, que fue amiga de Beethoven y de Goethe. En 1841 se cruza, tal vez sin verlo, con un hombre dos años más joven que él, que entonces pasa por Berlín para hacer ahí su servicio militar, y que representará un enorme papel en su vida: Friedrich Engels.

El bisabuelo de Friedrich, Jean Gaspard Engels, había fundado en Barmen, al lado de Wuppertal, un pequeño comercio de hilo que transformó en fábrica de encajes, cintas y ropa blanca; al morir, su hijo mayor le añadió un comercio de seda al por mayor. Tras él, los tres nietos, que no se llevan bien, echan a suertes a quién tocará la empresa. Uno de los dos perdedores tiene la audacia de fundar, con dos hermanos llamados Ermes, unas hilanderías de algodón, primero en Manchester (Inglaterra), donde se encuentran las mejores máquinas, luego en Barmen y en Engelskirchen. Su hijo Friedrich, educado –por una madre a quien venera– en un universo ultrarreligioso, está apasionado por la historia y la filosofía, las matemáticas, la biología, la química, la botánica, la física y hasta la estrategia militar (lo que le valdrá el apodo de "General"); él sueña con estudiar y no desea seguir los pasos de su padre. Pero en 1837, a los 17 años, éste lo obliga a abandonar el liceo para entrar en la empresa familiar. Esto le producirá una aversión tenaz por el mundo del trabajo. En 1841 desembarca

\* En 1840 comienza una terrible crisis de la papa en Irlanda: un millón de personas mueren a causa de la enfermedad que, producida por un hongo, afectó el cultivo de la papa, la base alimenticia de ese país. En el norte de Francia y de Bélgica también se cultivaba, y allí también era la base de la alimentación. Seguramente, la enfermedad de la papa afectó esa región de Francia, y se produjeron disturbios. Como siempre que había crisis de subsistencia, la escasez de alimentos, el hambre y la carestía eran los detonadores de los conflictos sociales. [N. del T.]

en Berlín para realizar un año de voluntariado en la artillería de la Garde –un pretexto para escapar de la fábrica y alimentar su pasión por la estrategia–, y lo aprovecha para frecuentar a los jóvenes hegelianos y a diversos miembros del Doktorklub, pero no a Karl.

Ese año, Karl lee desde su aparición *La esencia del cristianismo*,<sup>117</sup> de Feuerbach, pieza maestra de su obra, en la que sostiene que, para permitir el advenimiento de una sociedad realmente humana, la filosofía debe encontrar su prolongación en la política, única capaz de liberar al hombre de sus alienaciones por la abolición de la propiedad privada y, por tanto, del salariado. Es preciso, dice Feuerbach, reunir a la humanidad doliente que piensa y a la humanidad pensante que está oprimida, en otras palabras, a los obreros y a los intelectuales; hay que transformar radicalmente el Estado, porque éste no es, como lo creía Hegel, la encarnación de un absoluto por encima de las clases, sino el reflejo de las relaciones económicas, jurídicas y sociales de una época.<sup>117</sup> Ninguna clase social puede promover la emancipación general si no se ve confrontada con la necesidad a la que únicamente se enfrenta de manera absoluta el proletariado –única clase donde lo humano está totalmente negado–.<sup>117</sup>

Como muchos jóvenes alemanes de su época, Marx se siente profundamente impactado por ese libro. “Hay que haber experimentado uno mismo la acción liberadora” de esta lectura, escribirá más tarde aquel que se convertirá en su mejor amigo, Friedrich Engels, entonces todavía en Berlín. “¡Todos fuimos de entrada feuerbachianos!”<sup>74</sup>

Tras cuatro años de trabajo, finalmente Karl termina su tesis.<sup>1</sup> Texto difícil sobre la relación entre la filosofía y el mundo, sobre el lazo entre el pensamiento que accede al ser, y la materia que accede a la idea. La oposición entre Demócrito y Epicuro aparece aquí como un sistema de oposiciones de frentes invertidos: puesto que Demócrito es un “escéptico” y Epicuro un “dogmático”, es el escéptico quien se relaciona con las ciencias empíricas, mientras que el dogmático, que considera el fenómeno como real, “en todas partes no ve más que azar, y su modo de explicación más bien tiende a negar toda realidad objetiva de la naturaleza”. La originalidad del abordaje de Marx radica en que, al revés de los comentadores que hicieron de la física epicúrea una copia de la teoría de Demócrito, él muestra que este último era un puro materialista mientras que Epicuro vio a la naturaleza como un componente de la vida ideal. La principal contradicción de

Epicuro –la negación de una racionalidad de la naturaleza– es también, según Marx, su aporte más profundo y el aspecto más sabio de su sistema:<sup>248</sup> en él, la conciencia individual se afirma como el verdadero elemento principal. Así, Marx hace de Epicuro la figura del sabio griego por excelencia; con él, la filosofía griega conoce una muerte heroica. Por lo que respecta a Demócrito, se ve enfrentado desde el comienzo con una contradicción: el átomo es el elemento originario de la existencia, y, sin embargo, ningún fenómeno natural vuelve perceptibles los átomos en el mundo visible. Esto lo conduce a abandonar la filosofía por el estudio empírico de la naturaleza. En definitiva, mientras que Epicuro invierte la religión, "con Demócrito queda abierta de par en par la puerta para las supersticiones y el misticismo servil".<sup>1</sup> Sus concepciones los condujeron a predicar dos modos de vida opuestos: una vida de retiro y de pasividad, para Epicuro; una vida que transcurre recorriendo el mundo e iniciándose en todas las disciplinas para satisfacer una sed inextinguible de conocimientos, para Demócrito. Sin saber que evoca su vida venidera, Marx escribe:<sup>248</sup> "En los tiempos de gran crisis, la filosofía se ve en el deber de volverse práctica, pero la práctica de la filosofía es a su vez teórica".<sup>2</sup>

Karl dedica esta disertación al padre de Jenny: "No necesito rogar por su buena salud física. Se ha puesto usted en manos del Espíritu, que es un gran físico versado en la magia".<sup>277</sup> El 30 de marzo de 1841 obtiene de la Universidad de Berlín su certificado de fin de estudios. Tras diversas negociaciones,<sup>213</sup> el 6 de abril envía su tesis de doctorado a la Universidad de Jena, conocida en la época por la facilidad con que entrega los diplomas de doctor. A partir de la siguiente semana, el decano presenta en la Facultad de Filosofía al candidato Karl Heinrich Mordejái Marx; su grado de doctor lleva la fecha del 15 de abril. Se reúne entonces con Bauer en Bonn, tras un breve pasaje por Tréveris.

A comienzos del verano de 1841, Karl Marx y Bruno Bauer se dirigen a Colonia, capital de las ciudades renanas, dependiente de Prusia, convertida en un gran centro industrial y comercial gracias al desarrollo de la "Sociedad de remolque a vapor sobre el Rin" y a la construcción del primer ferrocarril Colonia-Aix-la-Chapelle. La mayoría de las grandes empresas modernas alemanas tienen allí su sede. La burguesía de Colonia, que incluye a algunos judíos, ¡entre ellos una familia Marx!, aboga por la unificación de los Estados alemanes

alrededor de instituciones democráticas que garanticen el derecho de las personas, la libertad de la prensa y la libertad religiosa.

Allí Karl conoce a un grupo de jóvenes comerciantes e industriales liberales que, descontentos con *Kölnischen Zeitung* [La gaceta de Colonia] (ultramontana y conservadora), fundan una sociedad en comandita para poner a flote otro diario, *Rheinische Zeitung* [La gaceta renana].<sup>215</sup> Entre ellos, Moses Hess, un joven judío de 28 años, escritor y sociólogo que se dice "comunista", de hecho animado por un ideal anarquista; Dagobert Oppenheim, hermano del banquero Salomon Oppenheim; Georg Jung, alto funcionario, casado con la hija de otro banquero de Colonia,<sup>215</sup> y algunos industriales como Ludolf Camphausen y David Justus Hansemann, de quienes volveremos a hablar.

Karl vuelve a Bonn, donde, en julio de 1841, Jenny y él finalmente encuentran un subterfugio para verse a solas. La joven, que debe dirigirse a Neuss, previene respetuosamente a su madre que se detendrá en Bonn para ver a Karl, cosa que la señora Von Westphalen acepta, a condición de que Edgar, su joven hermano, le sirva de chaperón.<sup>123</sup> Recordemos que entonces Jenny tiene 27 años y Karl 23...

De regreso en Tréveris, Jenny le escribe poco después:<sup>123</sup>

¡Ah! Mi querido corazón, ¡qué pesada carga hizo caer todo eso sobre mi alma! Y sin embargo, Karl, no experimento, no puedo experimentar ningún remordimiento. Cierro los ojos y veo tu mirada feliz. [...] Sé perfectamente lo que hice, cómo eso significaría para mí el destierro, la reprobación pública, y sin embargo no cambiaría el recuerdo de esas horas por ningún tesoro del mundo.

Él quería que volviera, pero ella no puede. Se lo escribe el 10 de agosto de 1841, en una carta que muestra sus esfuerzos por lograr compartir su cultura:

Mi osito salvaje, [...] lamento que no me felicites un poco por mi griego, y podrías haber consagrado un párrafo de alabanza a mi erudición. Pero ustedes, señores hegelianos, no reconocen nada, así sea excelente, si no está exactamente de acuerdo con sus opiniones; entonces debo ser modesta y contentarme con mis propios laureles [...]. Ahora, ¡también te mezclas con la política! Es la cosa más arriesgada que existe. Por lo tanto, debo dejarte diciéndote *Vale faveque*, ya que

me pediste que te escriba dos líneas [...]. Si no estuviera tan enferma, desde hace rato habría hecho mis bártulos para reunirme contigo [...]. Pienso en ti en mis noches de insomnio y te envío mis bendiciones... Pongo un beso sobre cada uno de mis dedos, que vuelen hacia mi querido Karl, que no sean los mudos mensajeros de mi amor, sino que le murmurén todas las lindas, dulces y secretas expresiones del amor... Adiós, mi único ser amado... Adiós, mi querido y pequeño Ferrocarril. Adiós, mi querido hombrecito. ¿No es cierto que es seguro que voy a casarme contigo?<sup>47</sup>

En el otoño, Karl sigue en Bonn, desde donde observa la rebelión que asciende y ruge en Europa. En París, mientras Guizot lanza su "¡Enriquezcanse con el trabajo y el ahorro!", los manifestantes desfilan al grito de "¡Viva la República!", mientras que una ley limita el trabajo de los niños en las manufacturas y fija en 8 años la edad mínima para el trabajo.

En septiembre de 1841, todos los sueños profesionales de Marx se ven amenazados: a pedido del rey Federico Guillermo IV, en efecto, Bruno Bauer es suspendido de su puesto en la universidad por haber participado en una manifestación liberal y haber pronunciado un discurso hostil a la censura. Pero Karl no pierde las esperanzas: la sanción no es definitiva.

Moses Hess propone a Marx participar en su futuro diario, *Rheinische Zeitung*, cuyo redactor en jefe será Adolf Rutenberg, el "mejor amigo de Karl en Berlín",<sup>230</sup> quien lo había apadrinado en el Doktor-klub. Karl acepta al tiempo que se queda en Bonn, donde todavía espera que Bauer y él sean autorizados a enseñar.

El periódico es vigilado incluso antes de existir. Un decreto del 24 de diciembre de 1841, en efecto, somete a los diarios a un control incrementado; en particular se censura a todos aquellos que critican los "principios fundamentales de la religión" y "ofenden la moral". Se llega a prohibir el anuncio de una traducción de *La divina comedia*, ¡debido a que "no se hace comedia con las cosas de la religión"!<sup>123</sup>

Como todos aquellos que lo conocen, Moses Hess está fascinado por la cultura vertiginosa, la impresionante inteligencia y sobre todo el aplomo del joven Marx. En enero de 1842, en el momento en que aparece el primer número del *Rheinische Zeitung*, que cuenta con menos de mil abonados, Hess confía a uno de sus amigos, Berthold Auerbach:<sup>248</sup>

Puedes prepararte para conocer al más grande –acaso el único verdadero– filósofo de la generación actual. [...] Imagínate a Rousseau, Voltaire, D'Holbach, Lessing, Heine y Hegel reunidos en una sola y misma persona –bien digo reunidos, y no yuxtapuestos–, y tendrás al doctor Marx.

En marzo, Hess le pide que escriba una serie de artículos sobre la libertad de prensa como reacción al “decreto de diciembre”. Karl redacta entonces seis artículos contra la censura, explicando que no tiene que mezclarse con la filosofía. Se publican. Karl propone luego un artículo sobre los matrimonios mixtos: allí sostiene que un matrimonio entre personas de confesiones diferentes debe ser laico. El redactor en jefe del *Rheinische Zeitung*, Rutenberg, rechaza el artículo; lo encuentra demasiado tolerante para con el tema religioso. Los dos hombres se enfrentan. Karl reprocha a Rutenberg el hecho de criticar la religión sin ver que no es más que el producto de las condiciones sociales. Además, piensa que Rutenberg se compromete peligrosamente con los extremistas que alzan las voces en un desprecio simplista de la religión y el Estado prusiano y que envían al diario textos confusos sobre la libertad.<sup>248</sup> El artículo de Marx finalmente es publicado por decisión de Hess.

En abril de 1842, siempre en Bonn, Karl no se muestra él mismo especialmente prudente. Manifiesta contra la censura para “irritar a los devotos, embestir a los filisteos, indignar a los burgueses”, y ayuda a Bruno Bauer a terminar *La trompeta del Juicio final contra Hegel, el ateo y Anticristo*, comenzado dos años antes, y que aparece bajo la firma ficticia de un cristiano biempensante.

Todo esto no ayuda a Bauer a conquistar la mansedubre del poder. En mayo es definitivamente apartado de la universidad. Los puestos de servicio público queda prohibido a cualquiera que pretenda poner en entredicho los fundamentos del Estado o de la religión. Ni Bauer, ni Marx, ni ningún otro joven hegeliano tienen ya la menor posibilidad de llevar a cabo una carrera universitaria.

Esto no cuestiona el matrimonio con Jenny, fijado para el mes de marzo siguiente. Karl raramente va a Tréveris; ve poco a su madre y a sus hermanas, con quienes las relaciones siguen siendo excelentes. Se preocupa por la enfermedad de su joven hermano, que se agrava.

Una parte de los jóvenes hegelianos, entre ellos Bauer, que vuelve a Berlín, se refugia entonces en el pesimismo filosófico y el renuncia-

miento político. Karl se niega a unirse a ellos: la ruptura del maestro y el discípulo no está lejos.

En julio de 1842, Marx es atacado en el *Kölnischen Zeitung* por el redactor en jefe, Karl Heinrich Hermes, por haber defendido en la revista de Hess la idea de un matrimonio laico; en respuesta, en ese mismo *Kölnischen Zeitung*, Karl aclara que es partidario de un Estado laico, libre y racional, sobre el modelo de la Revolución Francesa, y en esa ocasión utiliza por primera vez la noción de "fetichismo" para designar la obsesión, extraída de una obra de Charles Debrousses que había aparecido en 1760. En agosto la emprende con la escuela histórica del derecho dirigida por Friedrich Carl von Savigny, su ex profesor en Berlín. Al leer este artículo, los funcionarios berlineses le reprochan "difundir en Renania la francofilia y las ideas francesas".<sup>248</sup> En adelante, es puesto bajo extrema vigilancia policial. Ya no dejará de estarlo.

Karl inicia un largo proceso de alejamiento de la influencia de sus maestros. Luego de Hegel, Bauer y Savigny, le toca a Rutenberg experimentar sus ataques, a tal punto que Hess, patrón del *Rheinische Zeitung*, decide reemplazar al redactor en jefe por Karl, con un salario de 500 táleros. Su primer empleo, su último salario.

El joven se instala entonces en Colonia y toma el control de la publicación. Es el comienzo de una intensa relación con el oficio de periodista, que ejercerá hasta su muerte. Él pretende que la revista sea más rigurosa y exigente. En particular, rechaza algunos artículos demasiado radicales de jóvenes burgueses de Colonia, reprochándoles carecer de rectitud intelectual y despreciar los hechos. Hess se preocupa: esos jóvenes son a la vez sus amigos y sus abonados; ¿por qué no publicarlos? Karl responde a Hess con una carta perentoria donde ya se transparentan la violencia y el sentimiento de superioridad de este joven de 24 años:<sup>105</sup> "En efecto, Meyer y consortes nos dirigieron montones de mamarrachos incendiarios y carentes de ideas, escritos sin cuidado y vagamente mezclados de ateísmo y de comunismo (que esos señores jamás estudiaron). No me pareció que debía tolerar más tiempo que este diario sirva de muladar".<sup>47</sup> Sin apelación. ¡El jefe es él!

El 16 de octubre de 1842, cuando su joven hermano acaba de morir en Tréveris, Karl escribe su primer artículo político: "El comunismo y *Die Augsburger Allgemeine Zeitung*", donde explica que el "comunismo" es un movimiento cuyos orígenes se remontan a Platón, a

las sectas judías y a los primeros monasterios cristianos, y que está en marcha en Francia, en Gran Bretaña y en Alemania.

De este período data la muerte de su hermano y la ruptura con su madre y sus hermanas, a quienes abandona totalmente y que le reprochan tanto sus opiniones políticas como su indiferencia por su suerte. De hecho, no tiene nada más para decirles. Prácticamente nunca más pondrá los pies en Tréveris y sólo volverá a ver muy de vez en cuando a su familia. Tréveris era su padre, y nada más.

Exactamente en la misma época, en Berlín, la *Deutsche Jahrbücher* [Anales alemanes] de Arnold Ruge publica "La reacción en Alemania", texto político de un tal Jules Élysard, seudónimo de un joven intelectual ruso, Mijaíl Bakunin:

¡Oh! La atmósfera está cargada y lleva la tempestad en sus flancos; por eso gritamos a nuestros hermanos cegados [...]: ¡Abran los ojos del espíritu, dejen que los muertos entierren a sus muertos, y comprendan por fin que no es en el seno de las ruinas descalabradadas donde hay que buscar el espíritu eternamente joven, el eterno recién nacido!<sup>70</sup>

Treinta años más tarde, será el peor enemigo de Marx.

En ese mismo mes de octubre de 1842, una ley de Renania castiga la recolección de ramitas y ramajes en los bosques privados, delito pasible de prisión.<sup>277</sup> Para justificar ese texto, un aristócrata declara a la Asamblea renana: "Precisamente porque el hurto de madera no se considera un robo se produce con tanta frecuencia".<sup>277</sup> A lo que, en noviembre, Marx replica en un artículo iracundo:<sup>230</sup> "Por analogía, el legislador podría concluir: Precisamente porque una bofetada no se considera un homicidio se produce con tanta frecuencia. Por tanto, tendría que decretarse que una bofetada es un homicidio".

La preparación de este artículo sobre la propiedad le muestra que sus conocimientos en economía política todavía son muy pobres. Se hunde entonces en la lectura de los primeros socialistas franceses. Lee a Saint-Simon –de quien tanto le habló su padre–, que afirma la igualdad entre hombres y mujeres, la primacía de lo económico sobre lo político, y que también habla de clases: "Antes de la Revolución, la nación se dividía en tres clases, a saber: los nobles, los burgueses y los industriales [los trabajadores de la industria]. Los nobles gobernaban,

los burgueses y los industriales les pagaban. En la actualidad, la nación sólo está dividida en dos clases: los burgueses y los industriales".<sup>242</sup> Lee a Sismondi, para quien el trabajo produce más de lo que permite comprar el salario; allí descubre los términos de *mejor-valía* y de *plus-valía*, así como un primer análisis de la concentración del capital y la pauperización del proletariado; Sismondi propone que los asalariados accedan a la propiedad del capital y que los empresarios estén obligados a pagar los salarios, incluso en caso de paro técnico o de enfermedad.<sup>250</sup> Lee a James Mill, padre de John Stuart, quien sugiere la constitución de cooperativas obreras y –audacia extrema para la época– la limitación de la herencia en función de la fortuna del heredero. Lee a Robert Owen, el mecenas estadounidense que regresó a Inglaterra, para quien "el carácter del hombre es un producto cuya materia prima no es más que él", y que predica un sistema social donde estaría desterrada la propiedad privada. Lee a Louis Blanc, quien propone la apertura de talleres nacionales y preconiza la planificación. Lee a Charles Fourier, quien sugiere crear fálansterios donde todas las actividades humanas serían del orden de lo paradisíaco y sólo quienes trabajan tendrían acceso a la propiedad:<sup>67</sup>

El derecho individual de propiedad no puede estar fundado sino sobre la utilidad común general del ejercicio de tal derecho, utilidad que puede variar según la época [...]. Cuanto más se incrementa la propiedad, tanto más está obligado el obrero a aceptar a precio vil un trabajo demasiado disputado; y, por otra parte, cuanto más crece la cantidad de comerciantes, más llevados se ven al engaño por la dificultad de las ganancias [...]. Todo industrioso se encuentra en guerra con la masa y es malintencionado para con ella por interés personal.

Lee también a Proudhon, ese autodidacta del Jura, hijo de un tonelero arruinado, tipógrafo y corrector entre dos becas de estudios, que acaba de publicar, como dijimos, *¿Qué es la propiedad?*, obra en la que escribe: "Cinco mil años de propiedad lo demuestran: la propiedad es el suicidio de la sociedad",<sup>228</sup> y en la cual propone crear cooperativas donde todos los obreros serían propietarios de la herramienta de producción y elegirían a sus jefes.

Karl Marx piensa entonces que la economía es el basamento de todas las otras ciencias sociales. Y que nada puede escapar a sus leyes,

así como tampoco a las del materialismo. Abandona la utopía comunista para inventar el socialismo científico. En noviembre de 1842 escribe en *Rheinische Zeitung*: "El mismo espíritu que construye los sistemas filosóficos en el cerebro de los filósofos construye los ferrocarriles con las manos de los obreros". En adelante, incluso piensa que está en marcha una lógica materialista que hace depender el arte, la filosofía y el derecho de las estructuras socioeconómicas y de la propiedad.

¡El materialismo! La blasfemia es absoluta. El corte, total. El gobernador de la provincia, Herr Oberpräsident von Schaper, hace una advertencia a Karl, quien responde con prudencia y cortesía: ni hablar de poner en peligro el *Rheinische Zeitung*. La policía envía entonces de Berlín a Wilhelm Saint-Paul, un censor especial, para controlar y revisar todo artículo antes de despacharlo a la oficina de Colonia del Regierungspräsident, Karl Heinrich von Gerlach.

Es en ese momento exacto, el 16 de noviembre de 1842, cuando desembarca en Colonia, en la sede de la revista, un joven dos años menor que Karl –con quien se cruzó un año antes en Berlín–, Friedrich Engels, viene a proponerle un artículo, pero no encuentra al joven redactor en jefe. Segundo encuentro fallido entre Marx y Engels.

Bajo la dirección de Karl, el *Rheinische Zeitung* obtiene un éxito total, el número de sus abonados se triplica y la gente se precipita para escribir.

Karl sigue peleando en todos los frentes. Es ahora a su maestro, Bruno Bauer, a quien enfrenta abiertamente a propósito del estatus de los judíos. En efecto, Bauer sostiene que no hay que concederles derechos ni libertades políticas sino a condición de que se conviertan al cristianismo. Marx, que nunca olvidó la humillación padecida antes de su nacimiento por su padre, aunque éste le haya hablado muy poco de eso, piensa, por el contrario, como lo escribió en dos artículos del *Rheinische Zeitung*, que se les debe conceder la emancipación política sin obligarlos a cuestionar su identidad religiosa, como ya ocurre en los Estados Unidos y como ocurrió en la Renania ocupada por los franceses.<sup>62</sup> Esta emancipación política constituiría un formidable progreso para Alemania, y, a su manera de ver, no hay razón para privilegiar el cristianismo, que no es más aceptable que el judaísmo. No obstante, añade que esa emancipación política no bastará para garantizar el derecho de los judíos más débiles; porque la verdadera liber-

tad no es un simple estatus individual sino el resultado de una situación colectiva, y no existe libertad posible mientras no se hayan librado de toda religión, y no específicamente del judaísmo. De este modo, introduce una distinción entre la "emancipación política" y lo que él llama, en términos vagos, una "emancipación humana",<sup>248</sup> cuyo contenido todavía no aclara.

Así, habiendo roto en diciembre de 1842 con Bruno Bauer, en enero de 1843 Karl se pelea con Wilhelm Weitling, el sastre escritor, a quien decididamente encuentra demasiado estúpido y engréido. El único de sus viejos amigos del Doktorclub de Berlín con quien todavía se entiende es Arnold Ruge, el profesor de Halle, que sigue publicando, desde Berlín, la *Deutsche Jahrbücher*, única revista de lengua alemana que Karl admira, así como el periódico de Karl es el único que Ruge se aviene a respetar en Alemania.

Pero Karl comete un error: en el *Rheinische Zeitung* del 4 de enero de 1843 firma una violenta diatriba donde acusa a la Rusia zarista de ser el principal sostén de las dictaduras europeas.<sup>74</sup> Este odio por la dictadura rusa, por otra parte, será una de sus constantes, que lo llevará a juzgar siempre una política extranjera con el rasero de lo que reporta o cuesta al zar. Informado, Nicolás I exige inmediatamente a su aliado prusiano que "apriete" mejor a su presa. El 21 de enero, Federico Guillermo IV denuncia "la existencia y las actividades de esta comparsa de judíos"<sup>74</sup> que se atreve a publicar un órgano de prensa, cuyo cierre ordena antes del 31 de marzo siguiente. Los accionistas quieren negociar con el poder. Georg Jung propone a Marx una indemnización de 1.000 táleros si dimite, a lo que Karl accede con alegría: el *Rheinische Zeitung* es demasiado modesto para sus ambiciones.

Sin embargo, su partida no salva al diario. Así como tampoco a muchos otros: Federico Guillermo IV obtiene también del gobierno de Sajonia la suspensión de la *Deutsche Jahrbücher*, de Arnold Ruge, y del *Allgemeine Zeitung* [La gaceta universal], de Leipzig, dirigido por Gustav Julius. Salvo que estén a las órdenes del poder, en Prusia ya no es posible ser periodista o profesor de filosofía.

Karl no se sorprende, y en parte relaciona esta prohibición con su reciente toma de posición sobre el derecho de propiedad. Piensa que esta prohibición "hace avanzar la conciencia política en Alemania", y no está descontento de recuperar su libertad.

Es entonces cuando Arnold Ruge le propone fusionar sus dos periódicos en uno solo, que irían a publicar en conjunto y a difundir desde Ginebra.

Karl se siente tentado a aceptar. Tiene 24 años. Acaba de romper con su madre y sus hermanas, que no aprecian mucho los compromisos políticos, que ahora encuentran "vulgares", indignos de un burgués de Tréveris. Nada lo retiene en Renania, salvo Jenny, con quien pronto se casará. Y ella está dispuesta a seguirlo a cualquier lado.

El 25 de enero de 1843 escribe a Ruge, que ahora es su confidente:

Me enemisté con mi familia y, mientras viva mi madre, no tendrá ningún derecho sobre lo que me corresponde [...]. Es penoso cargarse con tareas serviles, incluso por la causa de la libertad, y combatir con alfileres a guisa de mazas. Estaba cansado de nuestras vueltas y revueltas, de nuestras contorsiones y de toda esa verborrea. En consecuencia, el gobierno me ha liberado.<sup>2</sup>

Y agrega: "Nosotros ofrecemos al mundo los principios que el mismo mundo desarrolló en su seno. Sólo le mostramos por qué combate, de manera precisa, y la conciencia de sí mismo es algo que deberá adquirir".<sup>2</sup> Esta última frase resume todo cuanto le queda por vivir.

¿Va a partir? Una gran cantidad de demócratas abandonan el país, pensando que ya nada es posible. Muchos parten hacia París, Bruselas, Londres o Nueva York. Hay que imaginar a esa masa de proscritos alemanes sobre las rutas del mundo. Entre ellos, Bakunin se instala en Berna, con la familia del profesor Wilhelm Vogt, de quien volveremos a hablar.

A comienzos de marzo de 1843, durante sus preparativos de casamiento y a pesar de los esfuerzos que despliega Ferdinand para convencer a su padre de que no permita que su hermanastra se case con ese judío revolucionario, Jenny y Karl hablan de abandonar Alemania, tal vez por Ginebra o Estrasburgo. Jenny piensa que no será por mucho tiempo: el autoritarismo no durará, los principios de la democracia terminarán por predominar. Es adicta a los ideales de Karl, a veces hasta más radical que él. Se prepara para vivir con mucho menos dinero del que tuvo hasta ahora. Envía a Karl, quien entonces se encuentra en Colonia, una carta llena de humor en la cual le reprocha hábilmente no haberle escrito desde su partida y gastar demasiado:

Aunque la última conferencia en la cumbre de las dos grandes potencias no haya sido clara en un punto, y ningún tratado haya estipulado la obligación de iniciar una correspondencia, y, por lo tanto, no existe ninguna medida de represalia, no obstante el pequeño escriba ensortijado se considera íntimamente obligado a abrir el baile.

Y continúa en el mismo tono: “¿Te acuerdas de nuestras brillantes conversaciones, de nuestras adivinanzas, de nuestras horas de dejadez?”. Luego, por primera vez, habla de dinero como si ya estuvieran casados:

Cuando te fuiste, el barbero vino a reclamar su deuda. Y yo no supe reclamarle el vuelto sobre lo que le di [...]. De manera general, querido mío, no compres nada sin mí, de modo que si alguien nos roba, que sea juntos [...]. Hasta pronto, mi único amado, mi negro y dulce maridito. ¿Qué? ¿Cómo? ¡Ah, tu aspecto bribón! ¡Tralalá, tralalá, hasta pronto, escribe rápido, tralalá, tralalá!<sup>47</sup>

El 13 de marzo de 1843, Karl Marx habla a Arnold Ruge de la inminencia de su casamiento, previsto para la siguiente semana: “Puedo asegurarle sin ningún romanticismo que estoy perdidamente enamorado [...]. Estoy comprometido desde hace más de siete años y mi novia casi arruinó su salud librando por mí las batallas más duras”. En la misma carta reitera su punto de vista sobre la emancipación de los judíos, añadiendo una precisión esclarecedora:

Acabo apenas de recibir la visita del jefe de la comunidad judía de aquí [no dice que se llama Raphaël Marx], que me pidió que haga una petición a la Asamblea provincial en favor [de la emancipación] de los judíos, y estoy dispuesto a hacerlo. Por mucho que deteste la fe judía, el punto de vista de Bauer de obligar a los judíos a convertirse me parece demasiado abstracto. Lo importante es hacer tantas brechas como sea posible en el Estado cristiano e introducir tanto como podamos, de contrabando, lo racional.<sup>47</sup>

El judaísmo es para Karl un medio de introducir lo racional en el Estado cristiano. Por primera vez se atreve también a declarar que detesta el judaísmo; pronto va a explicar por qué. Ante la sorpresa gene-

ral, inclusive la de Marx, la Asamblea accede a esta petición que eleva a los judíos, por primera vez en la historia de Alemania, al rango de ciudadanos ordinarios.

Pero, algunos días después de esta carta, muere el padre de Jenny; el casamiento se difiere tres meses. La baronesa Von Westphalen envía a Jenny a su casa de Bad Kreuznach, ciudad balnearia renana, para liberarla de la influencia de su hermanastro, que, en los funerales de su padre, hace todo lo posible para convencerla de que renuncie a ese mal casamiento.<sup>248</sup>

Karl se reúne con Jenny en Bad Kreuznach, donde se encuentra con la poetisa Bettina von Arnim, cuyo salón berlinés frecuentó an-  
taño, y que lo monopoliza durante largos paseos, para el gran perjuicio de Jenny.

Tres meses más tarde, el 19 de junio de 1843, Karl Marx se casa con Jenny von Westphalen en el templo protestante de Bad Kreuznach. Una vez más, es después de la muerte de un pariente –esta vez, la del padre de Jenny– cuando se deciden las bifurcaciones importantes. Un contrato los pone bajo el régimen de la comunidad de bienes, al tiempo que estipula que “cada uno de los cónyuges es el único responsable de las deudas que pudo contraer o que pudo heredar antes del matrimonio”.

Los biógrafos harán cantidad de comentarios sobre esta unión, sobre la atracción de Karl por una aristócrata (vale decir, como le escribía su padre, por aquellos que pueden no hablar de dinero), sobre su deseo de liberarse del trabajo, de desalienarse. Sobre esto ya se dijo todo en la última carta de Heinrich a su hijo, cinco años antes.

Mucho más tarde, una de las hijas de la pareja, Laura Marx, escribirá:

Habiendo jugado juntos, de niños, y habiéndose puesto de novios muy jóvenes, permanecieron juntos en la batalla de la vida. ¡Y qué batalla! Años en la necesidad, incesantemente sospechados, calumniados, víctimas de una indiferencia helada. A través de todo eso, dicha y desgracia, jamás flaquearon, fieles hasta la muerte, que no los separó. Marx estaba enamorado de su mujer.<sup>200</sup>

Mucho más tarde también, Charles Longuet, marido de Jenny, otra de sus hijas, hablará en el diario *La Justice* de la oposición a ese matrimo-

nio por parte del hermanastro mayor de Jenny, Ferdinand, y agregará la de un tío llamado Georg. Al leer esto, un año antes de su muerte, Karl (a quien le gustaba mezclar todas las lenguas al escribir) protestará ante Jenny, entonces muy enferma, con su crueldad y su mala fe habituales: "Toda esta historia *is a simple invention. There was no prejuicios por vencer.* No me equivoco al poner en la cuenta del genio inventivo del señor Charles Longuet este adorno literario. El señor Longuet me haría un gran favor si nunca más mencionara mi nombre en sus escritos".<sup>2</sup>

Una vez casados, Karl y Jenny parten de luna de miel a las cataratas del Rin. Gastan a manos llenas, de posada en posada,<sup>248</sup> y pasan el verano de 1843 en la casa de Bad Kreuznach. Él tiene 25 años; ella, 29. Karl se llevó cuarenta y cinco volúmenes y lee a Rousseau, Montesquieu, Maquiavelo, Diderot, a quien pone en un pináculo, y también a Feuerbach, cuyas *Tesis provisionales para la reforma de la filosofía* acaban de ser publicadas. No ha renunciado a ninguna de sus ambiciones de adolescente, y se fija un programa para los años venideros: ser el más grande de los filósofos, relacionar todos los saberes y, a diferencia de los otros pensadores que lo precedieron, producir una crítica del orden existente hablando el lenguaje de su tiempo, accesible a obreros sagaces. Todo se decide en esos dos meses de primera felicidad conyugal.

No están mucho tiempo solos: Arnold Ruge viene a discutir acerca de su proyecto común. ¿Dónde desplazar la sede de la revista? ¿A Suiza, que se somete cada vez más a las órdenes de Berlín? ¿A Bruselas, donde la colonia alemana es muy poco numerosa? Se deciden por París, donde se encuentra refugiada la mayor parte de la *intelligentsia* alemana. Jenny aplaude: ¡París!... Se preparan para partir. Vivirán juntos en casa de Georg Herwegh, famoso poeta, amigo de Arnold, Enriquecido por su matrimonio, que acaba de instalarse.

Marx propone un título para su futuro periódico mensual *Deutsche-Französische Jahrbücher* [Anales francoalemanes], para hacer el lazo entre la filosofía alemana y la práctica revolucionaria francesa. El editor de Dresde, Fröbel, financiado por Ruge, acepta distribuir su periódico en Alemania.

Sin embargo, los dos amigos no están ya de acuerdo en las perspectivas: Ruge tiene esperanzas en un movimiento de la burguesía alemana. Marx, en cambio, ya mucho más radical, no cree en una revolución burguesa y apuesta a la intervención popular, y denuncia

"el sistema de la industria y el comercio, de la propiedad y la explotación del hombre", que conduce "a una ruptura en el seno de la sociedad actual".

Ese verano, en Bad Kreuznach, Karl trabaja también en dos textos: *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* y *La cuestión judía*. Tanto en uno como en otro presenta al proletariado como una fuerza histórica capaz de invertir las relaciones sociales y realizar esa "emancipación humana" de la que ya habló.

Al escribir, descubre que puede discutir con Jenny acerca de sus ideas, lecturas, manuscritos. Ella se convierte en su primera lectora, y será la única capaz de descifrar perfectamente su escritura;<sup>161</sup> él le hará incluso pasar en limpio sus textos antes de enviarlos al impresor.<sup>161</sup>

En *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Marx, en línea recta con Feuerbach, propone "invertir la dialéctica hegeliana para volver a ponerla sobre sus pies",<sup>16</sup> vale decir, partir no ya de un principio teórico sino de las condiciones de vida reales de los hombres. Para él, son los hombres los que crearon a Dios a su imagen, y la plegaria los aleja de la reivindicación social. Por primera vez formula la idea de que la función histórica del proletariado es derrocar el capitalismo.<sup>16</sup> A diferencia de Hegel, repite que no es el Estado el que administra la Historia sino la Historia la que moldea el Estado; y que los hombres sólo pueden liberarse por su propia acción, no por el capricho de un mecenazgo o la voluntad de un dictador esclarecido. La revolución sólo puede venir de una "clase liberadora por excelencia",<sup>16</sup> en oposición a la "clase opresora por excelencia".<sup>16</sup> Reprocha a Feuerbach no comprender que los hombres, que necesitan la fraternidad, son sensibles a la religión, que les da el sentimiento de pertenecer a una comunidad.<sup>248</sup> En contra de sus ex compañeros del Doktorklub, afirma que la religión no es más que el producto y el reflejo deformado de las condiciones sociales en que viven los hombres. "La religión es el suspiro de la criatura oprimida, los sentimientos de un mundo sin alma, es el espíritu de condiciones sin espíritu. Es el opio del pueblo."<sup>16</sup> Religión "opio del pueblo": fórmula que oyó pronunciar a Moses Hess. El hombre es la finalidad de la acción humana. Afirma: "El hombre es el ser supremo para el hombre".<sup>16</sup> Preocupado por recordar su naturaleza de sabio, escribe: "Traemos al mundo los principios que el mismo mundo desarrolló en su seno".<sup>16</sup> Contra los hegelianos de izquierda, lanza esta famosa y amenazadora exhortación: "El arma de la crítica

no puede reemplazar la crítica de las armas. La fuerza física debe ser aniquilada por la fuerza física; pero la teoría también puede convertirse en una fuerza física en cuanto entra en posesión de las masas".<sup>16</sup> Por último, en oposición a Ruge, que cree en la imminencia de una revolución burguesa en Alemania, Marx concluye:

Si Alemania sólo puede consagrarse a una liberación humana radical, es precisamente porque la vía de una revolución burguesa le está prohibida debido a su mismo retraso político [...]. Alemania, que gusta ir al fondo de las cosas, no puede hacer una revolución sin cambiarlo todo de arriba abajo. La emancipación del alemán es la emancipación del hombre [...]. Cuando todas las condiciones interiores hayan sido cumplidas, el día de la resurrección alemana será anunciado por el canto clamoroso del gallo galo.<sup>16</sup>

De ahí proviene su fascinación por la situación política francesa, vanguardia de la reforma en Europa, que se regocija en ir a observar de cerca. Francia, tan adorada por su padre, será toda su vida su punto de referencia. Habla por primera vez de "revolución proletaria", e identifica la causa de la clase trabajadora europea con esa voluntad de integrar ideal racional y vida real. Escribe a Ruge su alegría de partir: "A París, la vieja escuela de filosofía, *absit omen*, y la nueva capital del nuevo mundo".

Al mismo tiempo afina, en otro texto sobre la "cuestión judía", su respuesta a Bruno Bauer sobre la compatibilidad de la emancipación política y de la identidad religiosa, así como sobre su concepto de "emancipación humana".<sup>25</sup> Para él, ésta supone poner fin a la alienación religiosa y pasa por una liberación del trabajo.

La emancipación completa de los judíos, pues, no implica su conversión, tal como se la impusieron a su padre y a él mismo, sino la desaparición de todas las religiones, entre las cuales el judaísmo no es más que una expresión entre otras: "La emancipación política del judío, del cristiano, del hombre religioso, en una palabra, es la emancipación del Estado respecto del judaísmo, del cristianismo, de la religión en general".<sup>25</sup>

Acabar con el judaísmo es también acabar con el dinero. Y aquí llegamos a lo esencial, al lazo entre el judaísmo y el dinero: "El dinero es el dios celoso de Israel, ante el cual ningún otro dios debe subsis-

tir". Su propia historia le enseñó a identificar a los judíos con la figura del comerciante. Marx escribe:

¿Cuál es el fondo profano del judaísmo? La necesidad práctica, la utilidad personal. ¿Cuál es el culto profano del judío? El comercio. ¿Cuál es su dios profano? El dinero. [...] La nacionalidad quimérica del judío es la nacionalidad del comerciante, del hombre de dinero.

Al terminar con el judaísmo se terminará con el dinero, que "rebaja a todos los dioses del hombre y los transforma en mercancía. El dinero es el valor general y constituido en sí de todas las cosas". En la sociedad burguesa, "el único lazo que une es la necesidad natural, la necesidad y el interés privado, la conservación de su propiedad privada y de su persona egoísta".<sup>25</sup>

Terminar con el judaísmo permitirá al mismo tiempo que se derriben el cristianismo y el capitalismo, cuyo fundamento está constituido por el judaísmo.

Como la identidad judía es fundadora, al librarse de ella se librará uno del cristianismo que de allí se desprende y del capitalismo, que tomó el relevo [...]. El judaísmo sólo alcanzó su apogeo con la perfección de la sociedad burguesa, pero la sociedad burguesa sólo alcanza su perfección en el mundo cristiano.

Para emancipar a los creyentes, pero también a los nacionalistas, hay que acabar con todas las religiones; pero también con todas las naciones, con el capitalismo que ellas fundan, con los derechos del hombre que "sólo conciernen al hombre egoísta, al hombre en cuanto miembro de la sociedad burguesa, es decir, un individuo separado de la comunidad, únicamente preocupado por su interés personal y que obedece a su arbitrariedad privada".<sup>25</sup> Por eso, "sólo cuando el hombre haya reconocido y organizado sus fuerzas propias como fuerzas sociales [...] se consumará la emancipación humana".<sup>25</sup>

Así, para Marx, judaísmo, religión, individualismo y dinero son indisociables. Para liberarse del dinero hay que liberarse de todas las religiones, y en particular del judaísmo, que las funda. Al liberar al judío de toda identidad religiosa, se suprimirán las bases de toda religiosidad, y las del capitalismo, del cual es la matriz. Se abrirá el ca-

mino a la emancipación de todos los hombres y a la transformación de los Estados "teológicos" en sociedades civiles, donde el hombre será un "ser profano".

Así, luego de su matrimonio en un templo protestante y su ruptura con sus enemigos berlineses, Karl vuelve la espalda a su juventud, preparándose a partir hacia París, dejando tras él a su madre, cuatro hermanas, las tumbas de su padre, de su hermano, de dos de sus hermanas y de todos sus ancestros. Por lo menos eso cree. Porque, mucho más tarde, escribirá: "La tradición de todas las generaciones desaparecidas se impone como una pesadilla sobre el cerebro de los seres vivos".<sup>20</sup>

## II. EL REVOLUCIONARIO EUROPEO (octubre de 1843-agosto de 1849)

El 3 DE OCTUBRE de 1843, justo antes de dejar Tréveris y Prusia, Karl pide a Feuerbach que escriba para su futura revista parisina un artículo contra Schelling, importante filósofo idealista que reina entonces en la universidad berlinesa.

Sólo a su llegada a París se entera de la negativa de Feuerbach, para no comprometerse con sus admiradores en el debate político, indigno de su rango. En consecuencia, el lugar de "filósofo comprometido" en política está vacante: Karl lo ocupará. Primero como filósofo, luego como economista, después como pensador global, hasta convertirse él mismo en un dirigente revolucionario. Este deslizamiento se realizará precisamente en París, durante los dos vertiginosos años en que reside allí.

La ciudad donde desembarcan Jenny y Karl el 11 de octubre de 1843 es todavía la capital intelectual del mundo. Económicamente, la industria comienza a desarrollarse en Francia sobre la base del modelo inglés, alrededor de la siderurgia y la industria textil; una lucha severa opone a los propietarios terratenientes, dueños de la agricultura y del ejército, y la nueva burguesía, dueña del dinero y de las fábricas. Sin duda, el capitalismo industrial francés está menos avanzado que su homólogo británico. Pero su desarrollo no deja de afectar al conjunto de la sociedad francesa. Frecuentemente estallan motines en el sur del país, en reacción a las condiciones que los empleadores imponen a los obreros.<sup>74</sup> La corrupción generalizada en la cumbre del Estado y en el seno de la administración alimenta una profunda desconfianza respecto del poder, que permite augurar una crisis inminente.<sup>74</sup>

La situación política está paralizada por la inercia de Luis Felipe, las intrigas de Guizot y las ambiciones de Thiers. El sistema institucional sigue siendo el de una monarquía autoritaria, pero infinitamente menos policial que en cualquier otra parte del continente. Se cuentan entonces en Francia 750 diarios, ¡230 de ellos en París! Allí los soñadores hablan abiertamente de "revolución", utilizando indife-

rentemente en sus discursos y artículos las palabras "demócratas", "socialistas" y "comunistas" para designar a aquellos que están a favor del sufragio universal, de la educación gratuita para todos, de la mejora de las condiciones de vida de los más pobres. En ocasiones, los propietarios de las empresas son llamados "capitalistas". Y si bien en 1840 Proudhon fue perseguido y luego absuelto por haber escrito *¿Qué es la propiedad?*, Lamartine puede indignarse sin riesgos cuando en 1843 escribe: "En vez de trabajo e industria libres, ¡Francia es vendida a los capitalistas!".

En consecuencia, junto con Ginebra, Bruselas y Londres, París es uno de los refugios de los emigrados, que afluyen en oleadas de toda Europa Central, en particular de Alemania, para escapar a la censura política y a las persecuciones policiales. Algunos llegan tras un desvío por Suiza, como el sastre Wilhelm Weitling, o directamente de Prusia, como los hijos de los banqueros Ludwig Bamberger, Jakob Venedey y el entonces famoso poeta alemán Georg Herwegh.

Los alemanes de París tienen varios diarios, entre ellos el *Pariser Horen* [Horas parisinas] y, sobre todo, el *Vorwärts* [¡Adelante!], semanario fundado por Heinrich Bernstein, única publicación de izquierda en lengua alemana no censurada en Europa. Se reúnen en muchos clubes en cuyas fachadas puede leerse, por lo general en varias lenguas: "Todos los hombres son hermanos". Las sociedades secretas pululan; entre ellas, la Liga de los Proscritos, fundada en París en 1836 por Weitling y organizada de manera piramidal, con secciones locales, círculos y autoridad central. Todos estos movimientos son objeto de una estrecha vigilancia por parte de la policía de Luis Felipe.

Cuando Karl, a los 25 años, desembarca en París, piensa en su padre que durante un tiempo fue ciudadano francés, estudiante en francés de derecho francés, perdidamente enamorado de la Revolución Francesa que le había permitido ejercer su oficio como judío, luego separado de Francia en 1815. Ese padre en cuya opinión Francia era el principal cantero del progreso social, y la clase obrera francesa la vanguardia de la revolución mundial. Ese padre con tres culturas mezcladas –judía, alemana, francesa–, que tan bien había sabido transmitir a su hijo el gusto por la libertad y el universalismo. Piensa en todas las conversaciones que tuvo con él, y que tanto le hubiera gustado retomar ahí, en París. Lleva todavía encima –y con frecuencia mira– el retrato que le había dado en su último encuentro en el verano de 1837.

Heinrich Marx sólo ha muerto cinco años antes, pero, desde entonces, ¡tantas cosas han pasado! Todo cuanto rodeaba entonces al joven ha desaparecido. Perdió a su segundo padre, el barón Von Westphalen. Perdió a su hermano y a dos hermanas. Renunció a toda esperanza de convertirse en profesor, como confiaba su padre. Se alejó de su madre y de sus cuatro hermanas.

Dispone de un poco de dinero entregado por su madre y la madre de Jenny —que lloraba tanto en su partida—, al que se agregan los 1.000 táleros de indemnización pagados por los socios comanditarios de la revista de Colonia, Dagobert Oppenheim, Moses Hess y Georg Jung. Arnold Ruge, que lleva las finanzas de su revista común, le prometió un salario mensual de 550 táleros, más 250 táleros de derechos por número. Lo cual, en París, constituye un ingreso más que honorable. Pero sobre todo está Jenny, la mujer de su vida, con la que ni en sueños se imaginaba casado, y que está ahí, con él, ya encinta. Ya nada enojoso puede ocurrirle.

Como todos los alemanes que desembarcan en ese momento en París, él espera que el exilio sea de corta duración, aunque allí encuentre a compatriotas instalados desde hace más de veinte años. Como estaba previsto, los Marx se alojan primero con los Ruge en casa de los Herwegh —llegados poco antes que ellos—, en una vivienda confortable. Si Georg Herwegh es un poeta desgreñado, su mujer, hija de un rico banquero berlines, tiene la costumbre de vivir con holgura y hasta quiere llevar adelante su propio salón literario. No se siente transportada de entusiasmo ante la invasión de los recién llegados: a su juicio, “jamás esa pequeña sajona [la señora Ruge] y la muy inteligente y muy ambiciosa señora Marx podrán vivir juntas”.<sup>23</sup> Y no se equivoca: al cabo de algunos meses, la pareja Marx se muda y se instala en la calle Vaneau 30, en un apartamento conveniente. Toman una criada a quien Jenny abona el equivalente de 4 táleros por día, lo que es un buen pago.<sup>24</sup>

Karl comienza a frecuentar las agrupaciones de refugiados alemanes. Vuelve a tratarse con Wilhelm Weitling, con quien se cruzó en Berlín, primer trabajador manual con el que tropieza; asiste a las reuniones de la Liga de los Proscritos, el grupo de emigrados que fundó el sastre siete años antes. Se relaciona con el poeta Heinrich Heine, veintiún años mayor que él, primo lejano por la rama materna de su familia, cosa que entonces ambos ignoran. El poeta está fascinado

por la inteligencia de ese joven filósofo caído del cielo, y viene casi todos los días a la calle Vaneau para discutir sobre política y literatura. Comparten un mismo gusto por los utopistas franceses. Heine habla de Saint-Simon a Karl, quien lo exhorta a poner su genio poético al servicio de la libertad: "Deje de una vez –dice Karl– esas eternas serenatas amorosas, y muestre a los poetas cómo se maneja el látilgo".<sup>123</sup> Heine solicita las observaciones del joven sobre una gran sátira política y social en la que está trabajando (*Allemagne: conte d'hiver*),<sup>132</sup> aunque por lo general detesta las críticas; por lo demás, se queja a menudo con Karl de los ataques de los periodistas contra su obra. Eleanor, una de las hijas de Karl, largo tiempo después recordará haber oido contar a sus padres: "Era Jenny la que hacía entrar en razón al poeta desesperado, gracias a su encanto y a su espíritu. Jenny lo embrujó; ella tiene tanta gracia, humor, elegancia, un espíritu tan penetrante y fino".<sup>253</sup> Paul Lafargue, que se convertirá en el marido de Laura, una hermana de Eleanor, confirma el hecho sin tampoco haber sido testigo de las relaciones parisinas entre los dos hombres: "Heine, el satírico despiadado, temía la mordacidad de Marx, pero tenía una gran admiración por la inteligencia fina y penetrante de su mujer".<sup>161</sup>

Karl descubre entonces las ideas del mundo obrero francés; no visitando talleres –que no se visitan–, sino frecuentando al comunista Étienne Cabet, que acaba de publicar su *Viaje por Icaria*, y al socialista Louis Blanc, de quien aprecia la idea de utilizar un Estado poderoso para preparar el advenimiento de una sociedad sin clases ni aparato represivo. Estima su inteligencia política y su cultura teórica, pero se irrita por sus constantes referencias religiosas. Entonces trata de conocer a Proudhon: desde que lo leyó en Berlín, admira en él al hijo pródigo, de padre obrero cervecero y madre cocinera, boyero a los 6 años antes de entrar, a los 10, como becario en el colegio real de Besanzón, donde sus brillantes estudios fueron interrumpidos por falta de dinero. Pero el autor de *¿Qué es la propiedad?* vive en Lyon, y el encuentro tarda en producirse.

Karl visita París con entusiasmo. Está deslumbrado por la Exposición industrial que acaba de inaugurararse y por la iluminación por arco eléctrico de la plaza de la Concordia. La electricidad, que apenas está surgiendo, lo fascina: ve en ella el símbolo del advenimiento de una sociedad nueva donde todo será abundante, accesible y dife-

rente. Frecuenta el salón de la condesa de Agoult, donde se cruza con Ingres, Liszt, Chopin, George Sand y Sainte-Beuve. Nada indica que se haya relacionado particularmente con alguno de ellos. Devora las novelas de Balzac, de Hugo y de Sand. Balzac es su preferido. También lee *Le vampire*, el libro de John Polidori (amigo de Mary Shelley, autora de *Frankenstein*),<sup>249</sup> que le produce una fuerte impresión<sup>277</sup> y del que extraerá una metáfora acerca de la monstruosidad del capital, "chupador de sangre". Lee con pasión *El judío errante*, de Eugène Sue, toma notas sobre cualquier volumen que le cae entre manos y piensa a su vez en escribir, pero no logra escoger un tema. Algunos meses más tarde, Ruge, a quien ve cotidianamente, observa al respecto:<sup>250</sup> "Marx quería criticar el derecho natural de Hegel desde el punto de vista comunista, luego escribir una historia de la Convención, y también una crítica de todos los socialistas. Siempre aspira a escribir sobre lo que leyó en último lugar, pero prosigue sus lecturas sin descanso y reproduce nuevos extractos". Esta observación, ya hecha a propósito de sus primeras obras, será una de sus constantes: no soltar nunca los textos. Veremos que hasta inconscientemente hará de eso uno de los ejes de su análisis del trabajo y la alienación.

Su personalidad se sigue afirmando sin cambiar. Consciente de su valor, trabajador, íntegro, naturalmente violento, peleador, sigue fumando mucho y también, con frecuencia –testimonian algunos de sus visitantes de la calle Vaneau–, bebe demasiado vino, que le gusta mucho.

Ruge y él trabajan febrilmente en su revista, pero pronto se dan cuenta de que partieron de un malentendido: Arnold quiere convertirla en el punto de reunión de los liberales de Alemania y de Francia, mientras que Karl, por el contrario, pretende hacer de ella un instrumento revolucionario para difundir una "crítica implacable de todo lo que existe"<sup>10</sup> y hacer valer "la conciencia de clase contra la conciencia política".<sup>10</sup> Arnold cree en la existencia de una "conciencia política y moral universal", independiente de las condiciones materiales en que se constituye, mientras que Karl piensa que no existe una moral absoluta y que los intereses de los grupos sociales son necesariamente antagónicos. Día a día, los debates entre los dos hombres se ponen más ásperos.

Otra preocupación viene a añadirse a estos disensos: todos los autores franceses solicitados para escribir en la revista se evaden. Cabet,

Leroux, Considérant y los fourieristas no quieren asociar sus nombres a los de esos dos alemanes que se dicen abiertamente ateos; además, tienen miedo de que ese nuevo periódico llame a la lucha armada. Louis Blanc, Lamennais y Lamartine aceptan, y luego se retractan por las mismas razones. Marx hace que Ruge conozca a Heine, quien está dispuesto a escribir en su revista, aunque no le gusta el asociado de Karl, cuyo conformismo denuncia utilizando esa curiosa fórmula típica del estilo del poeta:<sup>248</sup> "Sea cual fuere su entusiasmo por la desnudez helénica, ¡no puede decidirse a renunciar al bárbaro pantalón moderno, o incluso al calzón germano-cristiano de la moralidad!".

Karl recibe entonces de Moses Hess las pruebas de un libro que éste piensa publicar pronto y que va a marcarlo mucho: *De l'essence de l'argent* [La esencia del dinero]. En él, Hess aplica las nociones hegelianas de alienación y de inversión a la relación entre desarrollo social y desarrollo económico. Escribe: "El dinero es la riqueza alienada de los hombres". Predice el fin de la especulación filosófica y religiosa, el fin de la especulación comercial, y hasta el fin del reino del dinero, reemplazado por "intercambios inmediatos y humanos entre individuos".<sup>136</sup>

A fines de diciembre de 1843 llega el fracaso: Arnold y Karl sólo obtuvieron contribuciones a su revista de los alemanes de París, así como de Engels, que desde Barmen envía una "contribución a la crítica de la economía política", texto corto del que Karl dirá más tarde que lo marcó mucho.<sup>248</sup> En él, Engels fustiga la hipocresía y la inmoralidad de un sistema económico que se desprende del interés privado y el librecomercio. Plantea que "el valor es la relación entre los costos de producción y la utilidad, tal como se expresa en la competencia".<sup>110</sup> Denuncia a los economistas que no hablan del valor de las cosas "por miedo a que la inmoralidad del comercio se vuelva demasiado visible",<sup>110</sup> y que por tanto hacen descansar la economía sobre su cabeza y no sobre sus pies. Gracias a esos dos textos de Hess y de Engels, Marx comienza a vislumbrar que puede tenderse un puente entre la filosofía y la economía.<sup>248</sup>

A falta de artículos franceses, el proyecto de la revista queda desnaturalizado. Su mismo título (*Deutsche-Französische Jahrbücher*) pierde todo su sentido. Ruge está decepcionado, y tarda en pagar su salario a Marx.

En febrero de 1844 aparece sin embargo el primer número, en cuya apertura Karl escribe:

La existencia de la humanidad doliente que piensa, y de la humanidad pensante que está oprimida, se volverá necesariamente insopor-table e indigesta al mundo animal de los filisteos, que goza pasiva-mente, incapaz de pensar. Y cuanto más permitan los acontecimientos que la humanidad pensante se vuelva consciente, y que la humanidad doliente se reúna, tanto más perfecto nacerá el fruto que el pre-sente lleva en sus flancos.

A su manera de ver, la emancipación del hombre sólo es posible si se transforman radicalmente las bases de la sociedad civil por una revo-lución cuyo instrumento sólo puede ser el proletariado.

Heinrich Heine firma una oda satírica a Luis II de Baviera. En el mismo número se publican los dos textos de Karl redactados en el cur-so del verano precedente: *La cuestión judía* y *Crítica de la filosofía del de-recho de Hegel*. Karl vaciló en dar esos dos textos: no los siente perfec-tos; como en su infancia y su adolescencia, como durante toda su vida, le cuesta mucho trabajo considerar un texto como terminado y dejarlo ir. Todavía le agrega un pasaje al artículo sobre los judíos,<sup>25</sup> donde dis-tingue la simple emancipación política de lo que llama la "emancipa-ción humana", y subraya el papel positivo representado por los judíos en la historia moderna. Allí donde Bauer identificaba a los judíos con la "masa" por oposición a él mismo, que supuestamente encarnaba el Espíritu, Marx reivindica su pertenencia a los judíos "de masa" y hace la diferencia entre "un socialismo absoluto", idealista e ilusorio, y "un socialismo y un comunismo de masa, profanos".<sup>248</sup>

Casi totalmente redactados en alemán, los *Deutsche-Französische Jahrbücher* no tienen muchas repercusiones en París. Casi no tienen lectores franceses y son muy mal recibidos en los países germanófonos.<sup>277</sup> En Viena, Metternich promete pesadas sanciones a los libreros que intenten vender ese "documento repugnante y asqueroso".<sup>74</sup> En Berlín, el gobierno prusiano incauta los ejemplares que pasaron el Rin y hasta da la orden de detener a los fundadores de la revista si llegan a presentarse en el suelo alemán.<sup>277</sup>

De pronto, Karl, que había partido de Prusia por propia voluntad, ya no puede volver. Pero los dos amigos no renuncian y trabajan en el segundo número.

Incluso, es hora de la alegría, porque el 1º de mayo de 1844, en la calle Vaneau, Jenny da a luz a una niña a la que Karl pone el mismo

nombre de pila que ella, y a quien en seguida apodarán "Jennychen". Algunos días más tarde, a la niña le sobrevienen violentas convulsiones. Karl y su mujer se enloquecen, máxime cuando en esa época tres de cada cuatro niños mueren en el curso de su primer año. La leyenda familiar dice que Heinrich Heine está ahí y que, viendo que Jennychen tiembla, exclama: "¡Hay que bañar a esta pequeña!", luego él mismo prepara el baño y sumerge a la niña, salvándole la vida.<sup>277</sup>

Arnold se aleja de la revista y, en ese mismo mes de mayo, publica en el diario de los alemanes de París, el *Vorwärts*, un artículo muy duro contra la Prusia que acaba de cerrarle sus puertas, titulado "El rey de Prusia y la reforma social". Por su lado, Karl trabaja mucho en otro texto que todavía no decidió si va a publicar; quiere sacar las conclusiones de lo que piensa de la filosofía alemana, en particular del concepto que está en el centro del pensamiento de Hegel, la *alienación*, y relacionarlo a su manera con la economía. Si todavía ve en Feuerbach "al único pensador que haya realizado una verdadera revolución teórica",<sup>14</sup> es a Hegel a quien vuelve. Relee algunos pasajes olvidados del maestro de su juventud y profundiza dos términos claves de su filosofía, que hasta entonces dejó sin cultivar: "alienación" e "inversión". Se hace cargo de la idea de que la "alienación" es un proceso por el cual el espíritu se separa de sí para tratar de encontrarse y volver sobre sí mismo, actuando contra sí para tomar conciencia de sí. Por otra parte, como Hegel, piensa que la filosofía se define como la "inversión" del sentido común, y que por lo tanto establece la proximidad entre la razón y su contrario, la locura.<sup>248</sup> La unidad verdadera, en consecuencia, es inseparable de un proceso de fragmentación: la locura es la condición de la verdad del ser. Eso es lo que experimenta Karl en ese momento. Y, como lo había hecho Hegel cuando trabajaba en la *Fenomenología del espíritu*, Karl se hunde en *El sobrino de Rameau*, de Diderot, en la traducción de Goethe; se siente reflejado en ese ser original, excéntrico, en los márgenes sociales e intelectuales de las Luces francesas, que perturba la moral ordinaria y los valores del sentido común. Mucho más tarde, Marx enviará a Engels un ejemplar de *El sobrino* con muchos de sus pasajes subrayados.<sup>248</sup>

En una carta a Feuerbach del 15 de mayo de 1844, Arnold vuelve a inquietarse por el comportamiento de Karl:

Lee mucho. Trabaja de una manera extraordinariamente intensiva. Tiene un talento crítico que a veces degenera en un mero juego dialéctico, pero no termina nada, interrumpe cada búsqueda para hundirse en un nuevo océano de libros. Está más enervado y violento que nunca, sobre todo cuando se ha enfermado a fuerza de trabajar y no se ha acostado durante tres o cuatro noches.

Y agrega: "Por sus disposiciones eruditas, pertenece por completo al mundo germánico; pero, por su manera revolucionaria de pensar, se excluye de él".

Karl se interesa en todo, en particular y cada vez más en el progreso técnico. Apasionado por los primeros usos de la electricidad (que sirve para la iluminación de algunas calles), se siente igualmente fascinado al saber que, el 24 de mayo de 1844, Samuel Morse ensayó una línea telegráfica entre Washington y Baltimore. Ve en ello el anuncio de una mutación del capitalismo que acelerará las comunicaciones y aumentará la productividad del trabajo.

Como varios de sus contemporáneos, se siente impactado, el 6 de junio de ese mismo 1844, por la matanza de tejedores silesianos que se habían rebelado contra sus empleadores. A él como a muchos en Europa, el acontecimiento le hace comprender que los obreros pueden sublevarse por sí mismos sin necesidad alguna de inspirador ni de guía. Balzac habla<sup>248</sup> de "esos modernos bárbaros a los que un nuevo Espartaco, mitad Marat, mitad Calvino, conduciría al asalto de la infame burguesía a quien cayó en suerte el poder". En el mismo momento, Engels proclama su admiración por los obreros irlandeses, agregando: "¡Con algunos centenares de muchachos de su temple se podría revolucionar Europa!". A Ruge, que niega la importancia del episodio, Karl le repite: "Sin revolución, el socialismo no puede convertirse en una realidad".<sup>249</sup>

A comienzos del verano de 1844, Karl envía a su mujer a Tréveris para que su madre conozca a su hija. Allí se encuentra con Edgar, su querido hermano, que acaba de tomar en la ciudad un modesto empleo de funcionario tras haber obtenido un diploma de derecho en Bonn. Karl, que se quedó solo en París, lee, escribe, toma notas sin decidirse todavía a encontrar un tema para su libro. Tras los acontecimientos de Silesia, quiere relacionar las luchas sociales y políticas locales con los desafíos económicos mundiales. Por lo tanto, poco a

poco se aleja del materialismo “crítico” de Feuerbach y se aplica a comprender mejor la condición obrera. Pero, para eso, se da cuenta de que su cultura filosófica no basta, que los conceptos hegelianos no le son de ninguna utilidad y que lo que leyó de economía para redactar su artículo sobre los ladrones de madera en los bosques de Prusia es excesivamente somero. Se embarca entonces en un estudio sistemático de aquellos grandes teóricos de la economía clásica que todavía no había estudiado.

Lee a William Godwin, que considera que nuestras sociedades están enfermas por la propiedad privada:<sup>67</sup> “Los vicios que son inseparables del sistema actual de la propiedad desaparecerían en una sociedad donde todos compartieran en igual medida los dones de la naturaleza”. Lee a Thomas Spencer y a William Ogilvy, para quienes la propiedad privada inmobiliaria,<sup>67</sup> “durante siglos, ha menoscabado y constituido un obstáculo para la felicidad de la humanidad mucho más que, todo junto, la tiranía de los reyes, la impostura de los sacerdotes y los ardides de los hombres de ley”. Descubre a François Quesnay, quien, en su *Tableau économique*,<sup>\*</sup> desarrolla una teoría de la división de la sociedad en clases en función de las fuentes de ingresos y de su papel en el incremento del “producto neto”: “La nación está reducida a tres clases de ciudadanos: la clase productiva, la clase de los propietarios y la clase estéril”. Lee a Oray, quien ve en la ganancia industrial una parte del valor sustraído a los trabajadores: “El trabajo es el único fundamento de la propiedad, y, de hecho, toda propiedad no es nada más que trabajo acumulado”.<sup>229</sup> Lee a John Stuart Mill, quien también considera que la distribución de las riquezas es injusta, aunque, a su manera de ver, “la explicación de esta injusticia se encuentra en un accidente histórico y no en la misma naturaleza del capitalismo”.<sup>207</sup> Lee sobre todo a David Ricardo, quien demuestra que el trabajo del asalariado de la industria es la verdadera fuente de la riqueza, y que los terratenientes y los financieros se enriquecen sin trabajar, en detrimento de los capitalistas y los asalariados.<sup>67</sup> Se interesa en particular en su idea –retomada de Smith– de *valor trabajo*, que define el salario como el *precio natural del trabajo*, vale decir, como la suma, variable en el tiempo y el espacio, de los bienes y las

\* La edición en español de este libro se llama *El Tableau économique*.

riquezas "que permiten que los trabajadores perpetúen su especie". Vuelve a leer a Saint-Simon, para quien, si la historia de las sociedades es la de la lucha de clases, la humanidad debe alcanzar su salvación precisamente a la luz tan sólo de la Razón y de los progresos técnicos que ella permite. Una tecnocracia virtuosa bastaría para liberarla.<sup>242</sup> Saint-Simon, aristócrata terrateniente arruinado por la Revolución, que comprende y enuncia la necesidad de la supresión de su clase, hace de este modo el papel de profeta de la burguesía progresista.

Karl estudia una vez más al economista suizo Sismondi, el primero que percibió una especificidad decisiva del capitalismo respecto de los modos de producción anteriores.<sup>67</sup> El desarrollo espectacular de los medios mecánicos de producción pone a los capitalistas en la necesidad de encontrar plazas para dar salida a una producción cada vez más creciente. Entonces se entregan a una lucha a muerte para conquistar los mercados y para disminuir el costo de la producción, reduciendo los salarios y aumentando el tiempo de trabajo para alcanzar a contendientes más competitivos o reforzar su avance sobre rivales que lo son menos.<sup>250</sup> En consecuencia, la pobreza se incrementa a medida que crece la producción, lo que conduce a crisis agudas y al caos social. Para prevenir ese caos y proteger a las clases trabajadoras de la miseria, Sismondi se remite a un Estado regulador que estaría encargado de controlar la acumulación del capital.<sup>250</sup>

Por último, Marx vuelve a leer a Proudhon –al que sigue sin conocer–, para quien el hombre se realiza gracias al trabajo social, a la justicia social y al pluralismo social,<sup>74</sup> y que sueña con "una ciencia de la sociedad metódicamente descubierta y rigurosamente aplicada".<sup>226</sup> Proudhon reivindica a la vez el anticapitalismo ("negación de la explotación del hombre por el hombre"), el antiestatismo ("negación del gobierno del hombre por el hombre") y el antiteísmo ("negación de la adoración del hombre por el hombre"). Para Proudhon el anarquista, dos fuerzas se oponen a la justicia: la acumulación del capital, que acrecienta continuamente las desigualdades, y el Estado, que, bajo la capa de instituciones democráticas, legaliza y legitima la apropiación de las riquezas únicamente por parte de los capitalistas; lo que reprocha al Estado es organizar la desposesión de los individuos más frágiles de su derecho natural a la propiedad.<sup>226</sup> En

consecuencia, está contra el capital y contra el Estado. Karl considera entonces que es "el pensador más audaz del socialismo francés".<sup>74</sup>

También lee la obra de Lorenz von Stein, *Der Sozialismus und Kommunismus des heutigen Frankreichs* [Socialismo y comunismo en la Francia actual], aparecida en Prusia en 1842 y que difundió en Alemania las ideas de los grandes utopistas franceses. Estudia las primeras tentativas –fracasadas– de sociedades comunistas en los Estados Unidos en forma de modestos establecimientos agrarios, donde el trabajo rural es organizado colectivamente sin que el dinero circule en el interior de la comunidad. En los libros de Thomas Hamilton también descubre la existencia, en Nueva York, de un grupo de radicales, los *Worckies*, para quienes la democracia parlamentaria terminará en el caos, y que reclaman una redistribución periódica de las fortunas y las tierras:<sup>67</sup> "La democracia necesariamente desemboca en la anarquía y la confiscación; la longitud del camino que conduce a una sociedad distinta carece de toda importancia".

Karl comienza entonces a trabajar en su propio proyecto: una teoría global de la sociedad. En adelante, su ambición es ilimitada. Se piensa como un analista global, un espíritu del mundo. Bosqueja una distribución de los individuos en dos clases sociales según la naturaleza de los bienes que poseen: trabajo o capital. Las relaciones de propiedad entre las clases constituyen la infraestructura de la sociedad, observa, "sobre la cual se alza una superestructura jurídica y política, y a la que corresponden formas definidas de conciencia social".<sup>14</sup> En otras palabras, el individuo sólo existe y sobrevive a través de la clase a la que pertenece, y la que actúa es esta clase. En contra de Hobbes y de Hegel, pero a la manera de los Carnot padre e hijo, cuyos trabajos sobre la energía acaba de descubrir, Marx habla la lengua del progreso, de la evolución a lo largo del tiempo, de la Historia. Por lo demás, describe ya el conflicto de clases como el "motor" de la Historia.<sup>14</sup>

Sigue trabajando con Arnold en el segundo número de su revista, todavía difícil de cerrar, cuando, en julio de 1844, el gobierno prusiano hace presión sobre París para que las autoridades francesas prohiban ese periódico escandaloso. Guizot vacila: tiene muchas otras dificultades que enfrentar y prefiere esperar que ese periódico recién nacido, que no se mezcla con la política francesa, se apague solo por falta de lectores y subsidios. Y es cierto que la empresa no

anda bien, que el diario se vendió muy mal y que Ruge está pensando en suspenderlo.

El 31 de julio de 1844, Karl está todavía solo en París cuando recibe de Berlín un ejemplar del último número de la nueva revista mensual de Bruno Bauer, *Allgemeine Literatur-Zeitung* [Gaceta general literaria], convertida en el órgano de los jóvenes hegelianos berlineses. Al leer que Bauer niega la importancia de la rebelión de los tejedores de Silesia, Karl deja estallar su indignación en un correo a sus amigos de Colonia. Uno de ellos, Georg Jung, le sugiere desarrollar y publicar sus quejas:<sup>248</sup>

Sería bueno que transforme sus observaciones sobre Bruno Bauer en una crítica para un diario, de manera de obligar a Bauer a salir de su reserva enigmática. Hasta ahora no expresó ninguna opinión franca y clara sobre ningún tema; Bauer está tan encaprichado con la manía de criticarlo todo él mismo que recientemente me escribió que no se debería criticar simplemente a la sociedad, los privilegios, los propietarios, sino también –cosa en la que nadie había reflexionado hasta entonces– a los proletarios; como si la crítica de los ricos, de la propiedad, de la sociedad, no resultara de la crítica a la condición inhumana e indigna del proletariado.

Esta sugerición de Jung no desembocará en un artículo dirigido contra Bauer, su ex profesor, pero constituirá la trama de toda la obra venidera de Karl Marx, y él tratará de responderle en particular en *El capital*, veintitrés años más tarde.

Pone manos a la obra de inmediato. Durante ese verano en que se encuentra solo en París, reúne, para clarificar sus conceptos, en un manuscrito<sup>23</sup> que no destina a la publicación (y que sólo será publicado en 1932, en la Unión Soviética estalinista, bajo el título *Manuscritos de 1844*), sus primeras ideas sobre la filosofía y la economía. Se trata de un ensayo para uso personal, del que su autor no pretende separarse. Algunos querrán ver en él posteriormente al "verdadero Marx", y lo utilizarán para establecer que no tiene nada que ver con las monstruosidades cometidas más tarde en su nombre. Otros criticarán ese texto "superado y refutado", según ellos, por sus obras posteriores, reprochando a quienes ven en él el pensamiento auténtico de Marx, el hecho de buscar el "cráneo del niño Voltaire".<sup>56</sup> En verdad,

este texto extraordinario constituye una etapa esencial en la formación de un pensamiento que evolucionará incesantemente sin contradecirse jamás, y que siempre conservará como base el doble principio aquí planteado: el hombre debe estar en el centro de toda reflexión y de la acción política; ninguna revolución vale la vida de un hombre porque su finalidad es liberarlo.

En este trabajo, Marx desea situarse respecto de la filosofía de Hegel, y en particular reflexionar sobre la alienación. Así, dice, quiere "superar el subjetivismo y el objetivismo, el espiritualismo y el materialismo, el idealismo y el materialismo".<sup>23</sup> ¡Nada menos! Para él, la alienación no es un concepto abstracto, como lo es para Hegel, sino una producción de la sociedad: el hombre está alienado por el trabajo, y por ninguna otra cosa.

Al mismo tiempo, sin quererlo, habla de sí mismo en ese texto: él, que ahora rechaza todo empleo asalariado, concentra su análisis sobre la alienación por el trabajo; él, que ya vivió muy mal la condición de asalariado como redactor en jefe de dos revistas sometidas al capricho de sus socios comanditarios, va a hacer de su propia relación con el dinero la base de una teoría universal; él, a quien le cuesta una enormidad legar un manuscrito a un editor, justamente ve el fundamento de la alienación en la separación del hombre de su obra; él, que no tiene otro oficio que escribir, piensa que una sociedad ideal sería aquella donde cualquiera pudiera dedicarse gratuitamente a todos los oficios que se sintiera capaz de ejercer.

Marx comienza por dirigir un reproche fundamental a los economistas que acaba de leer: todos, piensa, consideran la propiedad privada como un dato de la condición humana, y ninguno explica históricamente su aparición. Para él, sin embargo, todo es trabajo y producto del trabajo, comenzando por el hombre mismo: "El trabajo es el acto de engendramiento del hombre por sí mismo",<sup>23</sup> y es en "el trabajo donde [...] el hombre se realiza". Todo objeto no es sino trabajo (o casi): "El valor de las cosas les viene casi en su totalidad del trabajo". El capital no es más que "trabajo cristalizado", "trabajo acumulado", "trabajo muerto que, semejante al vampiro, sólo se anima chupando el trabajo vivo",<sup>23</sup> escribe, refiriéndose implícitamente al vampiro de Polidori.<sup>277</sup> Y la misma Historia, como las diversas formas de sociedad y de religión, así como los regímenes de propiedad, no es más que el producto del trabajo.

Luego, Marx hace el elogio de Feuerbach, "con quien comienza un discurso crítico positivo, humanista y naturalista".<sup>23</sup> En su opinión, la teoría económica no es de ninguna utilidad para comprender el desarrollo humano desde un punto de vista filosófico. Y es para paliar esta laguna que desarrolla entonces un análisis del "trabajo alienado": "Cuanta más riqueza produce el trabajador, cuanto más aumenta su producción en poder y en volumen, tanto más pobre se vuelve el trabajador".<sup>23</sup> A su juicio, sin embargo, no es la propiedad privada la que está en el origen del trabajo alienado: a la inversa, es su consecuencia. A su manera de ver, la alienación está íntimamente ligada con el trabajo mismo. A diferencia de Hegel, que la define como la exterioridad del hombre con respecto a sí mismo, y de Feuerbach, que la identifica con las religiones, Marx sitúa la alienación en la relación del hombre con la realidad a través del trabajo, del que se desprenden las organizaciones sociales y las religiones.

A partir de entonces distingue tres niveles de alienación, y relaciona los tres con el trabajo:

– La "objetivación": el hecho de que el hombre produce por su trabajo una realidad exterior a sí mismo en forma de objetos que luego tienen una existencia propia. "Su trabajo se convierte en un ser separado, exterior, que existe fuera de él, independientemente de él, ajeno a él, y se vuelve una potencia autónoma frente a su persona; la vida que prestó al objeto se le opone, hostil y ajena".<sup>23</sup> El trabajo es una carga, un sufrimiento que "arruina su espíritu y lastima su cuerpo", "su actividad se le aparece como un tormento [...], su vida es el sacrificio de su vida".<sup>23</sup> Así, Marx expresa ya la idea de que todo trabajo es sufrimiento, porque todo trabajo crea algo que está consagrado a separarse de su autor. Sin duda, hay que ver aquí también una observación autobiográfica punzante, una explicación de la dificultad que, a lo largo de su vida, experimentará para separarse del menor texto y considerarlo terminado. Como para subrayar mejor que, para él, poner la palabra "fin" abajo de un manuscrito constituye un desgarramiento, lo describe en el amanecer de su propio trabajo, mediante una reflexión sobre la misma naturaleza de todo trabajo y sobre la relación íntima entre un individuo y toda obra.

– El "desposeimiento": el hecho de que, en la sociedad capitalista, el asalariado es desposeído por el capitalista del fruto de su trabajo.

"El obrero consagra su vida a producir objetos que no posee ni controla",<sup>23</sup> "no se pertenece a sí mismo sino que pertenece a otro".<sup>23</sup> Una vez más, se trata de una evocación de lo que él mismo vivió en su relación con los editores de quienes antaño fue asalariado –como redactor en jefe de una revista en Colonia– y que lo llevaron a producir un objeto –un diario– "que no poseyó ni controló".

– Por último, la "servidumbre": el hecho de que el asalariado no puede escapar al engranaje que lo conduce a comprar él también, para sobrevivir, bienes mercantiles fabricados por otros asalariados, y de que termina por no conceder a las cosas ningún otro valor que el dinero que cuestan o que reportan. La economía de mercado lleva al individualismo del consumidor, se diría en la actualidad. "El móvil de aquel que practica el intercambio no es la humanidad sino el egoísmo",<sup>23</sup> escribe Marx. "En el lugar de todos los sentidos físicos e intelectuales [...] apareció la alienación de todos esos sentidos, el sentido del tener."<sup>23</sup> También aquí hay como una alusión a su propia relación con el dinero, que le gusta gastar, y analiza muy bien cómo uno se vuelve dependiente de él: "La propiedad privada nos hizo tan estúpidos y limitados que un objeto no es nuestro sino cuando lo poseemos, cuando por tanto existe para nosotros como capital o cuando es inmediatamente poseído, comido, bebido, llevado sobre nuestro cuerpo, habitado por nosotros, cuando nosotros lo utilizamos".<sup>23</sup> Hasta el capitalista resulta incitado, por la competencia y la racionalización del trabajo, a cultivar un ideal absurdo, hecho de privación: "Su verdadero ideal es el avaro ascético pero usurero, y el esclavo ascético pero productor [...]. Cuanto menos comes, bebes, compras libros; cuanto menos vas al teatro, al baile, al cabaret; cuanto menos piensas, amas, haces teoría; cuanto menos cantas, hablas, haces esgrima, etc., tanto más ahorraras, tanto más aumentas tu tesoro".<sup>23</sup> ¿No hay que ver también en esto un eco de su propia atracción por el gasto, al mismo tiempo que una expresión de su aversión para con aquellos que predicen el ahorro y la frugalidad? Sin duda, también hay que leer esta frase como una reminiscencia de lo que tanto oyó durante toda su infancia de boca de sus padres, que le reprochaban hablar demasiado, amar demasiado, beber demasiado, disertar demasiado, comprar demasiados libros y tener inclinación a pelearse demasiado.

El asalariado se convierte entonces en una mercancía como cualquier otra, producido él también por el trabajo, y entra entonces en el

juego general de la servidumbre. Así, la naturaleza y la vida del asalariado están determinadas por la misma ley que rige el precio de las cosas: "La demanda de hombres regula necesariamente la producción de los hombres como la de cualquier otra mercancía. Si la oferta es mayor que la demanda, una parte de los obreros cae en la mendicidad o la muerte por inanición. Por tanto, la existencia del obrero está reducida a la condición de existencia de cualquier otra mercancía".<sup>23</sup> El alimento del obrero es el equivalente del mantenimiento de la máquina, porque "el salario tiene [...] totalmente la misma significación [...] que el aceite que se pone sobre los engranajes para mantenerlos en movimiento". El capitalista es omnipoente porque puede escoger diferir la valorización de su capital, mientras que el obrero debe vender absolutamente su fuerza de trabajo para sobrevivir: "El capitalista puede vivir más tiempo sin el obrero que el obrero sin el capitalista".<sup>23</sup>

En esta descripción radicalmente nueva de la relación del hombre con el trabajo y el mercado, surgida de una confesión/reflexión personal sobre su propia relación con el dinero, Marx pasa así del concepto, filosófico, de alienación, a aquel, económico, de explotación. Una parte importante de la revolución que producirá más tarde su teoría económica ya está en su lugar. Quedan por elaborar las leyes que permitirán medir esta explotación y seguir su evolución. Lo que pasa por la puesta a punto del concepto de "plusvalía", que verá la luz del día once años más tarde.

Con su teoría de la alienación, Marx cree haber probado la superioridad de la filosofía sobre la teoría de los economistas. Al mismo tiempo, hace de la filosofía una ciencia social influída por el entorno del filósofo: "La actividad y el Espíritu, cada cual según su contenido y su modo de existencia propios, son sociales: la actividad social y el Espíritu social".<sup>23</sup>

Marx continúa reflexionando sobre la sociedad que podría terminar con esa alienación, y define el "comunismo" como un sistema social que permite la desalienación, la reapropiación de las cosas, la liberación del goce y del trabajo por una libre asociación de los productores. "El comunismo es [...] apropiación real de la esencia humana por el hombre",<sup>23</sup> se reduce a

la abolición de la propiedad privada y [a] la liberación total de todos los sentidos [...]; es esa emancipación precisamente porque esos

sentidos [...] se han vuelto humanos [...]. La necesidad o el goce, por ello, han perdido su naturaleza egoísta, y la naturaleza ha perdido su lisa y llana utilidad, pues la utilidad se ha vuelto utilidad humana.<sup>23</sup>

Entonces, según Marx, el trabajador alienado encuentra su placer en el trabajo, al tiempo que produce lo que es útil a otros, y cada cual se vuelve plenamente humano:

Sólo gracias a la riqueza desplegada objetivamente de la esencia humana [...] un oído se vuelve musical, un ojo percibe la belleza de la forma [...]. El ojo humano goza de otra manera que el ojo grosero no humano, el oído humano de otra manera que el oído grosero, etc. [...]; los sentidos del hombre social son diferentes a los del hombre no social.<sup>23</sup>

A partir de entonces, individualidad y colectividad pueden confundirse en una naturaleza humana trascendida: "La esencia ontológica de la pasión humana alcanza tanto su totalidad como su humanidad".<sup>23</sup> Es también el fin de la soledad, y hasta la victoria sobre la muerte: "La muerte aparece como una dura victoria del género sobre el individuo determinado", mientras que "el comunismo es la verdadera solución del antagonismo entre el hombre y la naturaleza".<sup>23</sup>

Este comunismo mesiánico se realizará por el juego de la Historia, no por el de la sola política. No puede ser instaurado sino en el fin de la Historia, no en su lugar. "El comunismo [...] es el enigma resuelto de la Historia [...]. El movimiento de la Historia en su totalidad es [...] el acto de procreación de ese comunismo."<sup>23</sup>

Ese verano, mientras él toma estas notas que constituirán el material de base de toda su obra, Marx tiene varios encuentros determinantes.

A comienzos de julio conoce al joven revolucionario ruso Bakunin, perseguido por un pedido de extradición del gobierno zarista y que acaba de llegar a París para encontrarse con Arnold Ruge, quien, como vimos, ya publicó uno de sus artículos bajo seudónimo en su diario alemán. Ruge le pide un texto para los *Deutsche-Französische Jahrbücher* y se lo presenta a Marx. El encuentro transcurre de buen modo: contrariamente a lo que luego se dirá, en esa época, Marx no

experimenta ninguna aversión por aquel que veinticinco años más tarde se convertirá en su peor enemigo.

A fines de julio, por fin, se produce el encuentro en París con Proudhon, a quien Karl trata de conocer desde su llegada a Francia y su lectura de *¿Qué es la propiedad?*. Karl intenta –vanamente, según la propia confesión de Proudhon<sup>248</sup>– explicarle Hegel; aterroriza al más famoso de los socialistas franceses exponiéndole que hay que conquistar el poder estatal, por la violencia allí donde la democracia no existe, para convertirlo en el instrumento de una transformación económica y social. Proudhon le responde que es posible realizar una redistribución equitativa de las riquezas por la vía de la reforma. No quiere una “San Bartolomé de los propietarios”, que produciría mártires. Los dos hombres vuelven a verse a menudo, ese verano, para discusiones que a veces se prolongan toda la noche. No obstante, su influencia recíproca será limitada, salvo que se pretenda<sup>248</sup> –lo que es poco plausible– que la noción de “plusvalía” tal como Marx la concebirá once años más tarde haya encontrado su origen en el concepto vago de “error de cuentas” por el cual Proudhon reprochaba al capitalista no pagar “la fuerza inmensa que resulta de la unión y la armonía de los trabajadores, de la convergencia y la simultaneidad de sus esfuerzos”.<sup>226</sup>

Tras este encuentro, Marx escribe a Feuerbach para volver a expresarle su admiración por los obreros franceses, admiración que heredó de su padre y que jamás abandonará. Por otra parte, comienza a interesarse en el materialismo en cuanto tal. Tomando préstamos de Feuerbach y de Hegel, hace del proletariado humillado e indignado el protagonista de la emancipación futura y de la revolución.

Karl también escribe sin cesar a Jenny, todavía en Tréveris en casa de su madre. Ella le responde, alrededor del 15 de agosto, para transmitirle un poco del clima de su ciudad natal, que le está vedada desde que el rey prohibió que los editores residieran en Prusia:

Mi muy querido, recibí tu carta en el momento en que todas las campanas sonaban, en que los cañones retumbaban, y en que la muchedumbre piadosa se apretaba en las iglesias para enviar aleluyas al Dios del Cielo por haber salvado tan milagrosamente a su Dios terrenal. Puedes imaginarte con qué sentimiento particular leí los poemas de Heine durante esa ceremonia donde repicaban los hosannas.<sup>47</sup>

Llega entonces una mala noticia: el editor Julius Fröbel, uno de cuyos financieros es Ruge, suspende su participación en los *Deutsche-Französische Jahrbücher*. Ruge se retira entonces, negándose siempre a abonar a Marx los salarios prometidos y abandonando ejemplares no vendidos a su asociado. Éste pide ayuda a un amigo de Colonia, Georg Jung, que le envía otros 250 táleros a manera de sostén, pero es el fin de los *Deutsche-Französische Jahrbücher*: Karl no tiene el dinero suficiente para hacer aparecer otros números. No tiene ni apoyo financiero ni contribuyentes franceses; tampoco, sobre todo, suficientes lectores.

Su instalación en París ya no tiene razón de ser. Pero no puede volver a su casa porque, precisamente a causa de ese periódico efímero, ahora está desterrado de Prusia.

Como los *Deutsche-Französische Jahrbücher* se detienen, escribe en el diario de los alemanes de París, el *Vorwärts*. El 10 de agosto de 1844 entrega un artículo sobre Weitling, refugiado como él en París. Califica un pequeño texto presuntuoso de este sastre (titulado "Las garantías de la armonía y de la libertad") "de inmensos y brillantes comienzos literarios de los obreros alemanes".<sup>10</sup>

El 28 de agosto, acontecimiento mayor: Friedrich Engels, con quien se había cruzado dos años antes en Colonia, desembarca en la calle Vaneau procedente de Barmen, cerca de Wuppertal, donde trabaja en la fábrica de su padre; viene a proponer un nuevo artículo a los *Deutsche-Französische Jahrbücher*, pensando que la revista sigue viva. Quiere describir en él el desarrollo del capitalismo, desde el mercantilismo hasta el sistema industrial inglés. Karl está deslumbrado por el conocimiento del mundo obrero del joven autodidacta que, más tarde, podrá ufanarse de saber leer y escribir veinticuatro lenguas (una de las hazañas de que se jactará será haber aprendido el persa en el espacio de tres semanas).<sup>215</sup> Del 28 de agosto al 6 de septiembre de 1844, los dos jóvenes no se separan y, según una leyenda que ellos mantendrán, se pasan diez días en borracheras y discusiones interminables.

Karl explica a Friedrich cómo piensa alejarse de la filosofía alemana, a la que consagró tantos años de estudios, porque desdeña el papel de las relaciones de fuerza sociales en el análisis de los conceptos; le expone cómo pretende explicar la historia de los hombres y los Estados por su relación con la economía y la propiedad. Friedrich relata a Karl sus contactos con el cartismo inglés y lo hace partícipe de su proyecto de escribir una historia de la situación de la clase obrera –tema

del artículo que vino a proponer—mezclando sus propias observaciones en las manufacturas familiares y las informaciones que sacó de las comisiones parlamentarias y de las relaciones de funcionarios de la Salud, de cuya existencia informa a Karl. “¡Encuentro mi felicidad en el testimonio de mis adversarios!”, explica a su compañero deslumbrado. ¡Por fin, se dice Karl, alguien que conoce el mundo del trabajo, que puso los pies en una fábrica y que, con palabras de autodidacta, puede hablar tan bien de filosofía como de la vida concreta de los hombres!

Karl jamás vivirá como la clase obrera —aunque compartirá su peor indigencia— ni pondrá alguna vez los pies en una fábrica; por lo tanto, utilizará el mismo material que Friedrich para comprenderla: los informes, la prensa, el testimonio de otros.

Mucho más tarde, Friedrich describirá de este modo su encuentro:

Cuando visité a Marx en París durante el verano de 1844, resultó que estábamos totalmente de acuerdo en todos los aspectos de la teoría, y a partir de ahí nace nuestra colaboración. Marx no sólo había llegado a la misma opinión que yo, también la había generalizado ya en los *Deutsche-Französische Jahrbücher*: en suma, no es el Estado el que condiciona y gobierna a la sociedad burguesa, sino la sociedad burguesa la que condiciona y gobierna al Estado; por lo tanto, hay que explicar la política y su historia partiendo de las condiciones económicas y de su desarrollo, y no la inversa.<sup>112</sup>

De hecho, los dos jóvenes se parecen y se complementan. Uno y otro necesitan un blanco para escribir, un adversario que, a la vuelta de una frase, les permita proceder a realizar avanzadas teóricas. Uno y otro necesitan apoyarse en hechos: son periodistas de alma. Pero también son notablemente diferentes. Uno es pobre, inclinado hacia la teoría, y cortó los lazos con su madre tras la muerte de un padre venerado; el otro es rico, de espíritu práctico, y muy unido a su madre en su odio al padre. Uno es doctor en filosofía; el otro, obligado y forzado, tuvo que interrumpir sus estudios antes de entrar en la universidad. Uno está casado; el otro no está interesado en cargar con una familia (más tarde vivirá con una obrera, Mary Burns, pero también tendrá numerosas relaciones pasajeras, inclusive con la propia hermana de su compañera). Y Karl encuentra en Friedrich al hermano desaparecido demasiado pronto y que tenía la misma edad.

Tanto en la vida como en la reflexión y la acción, Friedrich y Karl serán en adelante inseparables. Un testigo privilegiado de su relación, Paul Lafargue, observará: "Marx y Engels realizaron en nuestro siglo el ideal de la amistad que describieron los poetas de la Antigüedad".<sup>161</sup>

Sobre todo descubren que tienen muchos enemigos en común. Lo esencial de sus conversaciones durante los diez días de su encuentro en París, por otra parte, debió consistir en hablar mal de los filósofos alemanes que detestaban o que los decepcionaron: Hegel, Bauer, otros menos conocidos en la actualidad. En particular, Karl acaba de leer *El único y su propiedad*,<sup>259</sup> de un tal Max Stirner, seudónimo de Johann Kaspar Schmidt, joven filósofo que enseña en Berlín y que pretende ser "hegeliano anarquista", ¡oxímoron que dice todo sobre la audacia de su pensamiento! La pretensión de Stirner carece de límites; entre otras cosas, escribe: "Yo soy Único", "No hay nada por encima de Mí", "Fundé Mi causa sobre la nada". Sostiene que toda institución es una abstracción, que lo único real es la conciencia individual que determina libremente sus necesidades. Marx prefiere que tras la verborrea de Stirner va a surgir un movimiento político mayor: el anarquismo. Hay que combatirlo a cualquier precio, piensa, porque no está fundado en ninguna realidad social. Sin contar con que Karl está furioso de ser presentado en el libro, en el medio de una frase, como un "discípulo" de Feuerbach.<sup>259</sup> ¿Él, discípulo de alguien? ¡Jamás!

En el mismo momento en que se desarrolla este encuentro, el 29 de agosto de 1844, Arnold Ruge, que acaba de romper con Karl, escribe de manera profética:<sup>105</sup> "Todavía creo posible que Karl Marx escriba un gran libro no demasiado abstracto en el cual meterá todo lo que acumuló".

Al cabo de diez días, Engels debe volver a Alemania a la fábrica familiar de Wuppertal. Los dos hombres deciden permanecer en contacto y trabajar juntos, a distancia, en artículos comunes. Y ante todo en un proyecto común contra los filósofos alemanes de su época.

En octubre de 1844, en Barmen, Friedrich redacta veinte páginas en alemán que despacha a Karl, de quien recibe algunas semanas más tarde, para su gran estupor, otras trescientas páginas también en alemán que retoman y aclaran los borradores del verano anterior sobre la alienación. Pronto el libro está listo; piensan titularlo *Crítica de la*

*crítica*, pero se llamará *La sagrada familia*.<sup>43</sup> Al releerlo trece años más tarde, Marx escribirá a Engels: "Me sorprendí agradablemente de ver que no tenemos que ruborizarnos de esa obra, aunque el culto que allí rendimos a Feuerbach ahora sea muy gracioso".<sup>46</sup>

Es un texto virulento y en ocasiones cómico. En él, los dos autores rinden homenaje a Diderot, a Helvétius, a Fourier (por la emancipación de las mujeres) y a Proudhon (a quien acreditan "un progreso científico que revoluciona la economía política").<sup>43</sup> En su opinión, una gran parte del proletariado inglés y francés es consciente de la tarea histórica que le incumbe. Subrayan los límites de la posición de Proudhon, que, a su juicio, critica la economía política "desde el punto de vista de la economía política",<sup>43</sup> y que, siendo obrero, sólo puede expresar su opinión desde el interior mismo de las condiciones de la alienación, sin lograr superarla. Al hacer referencia al materialismo de Fourier, Owen y Cabet, infieren que "el materialismo francés conduce directamente al socialismo y al comunismo".<sup>43</sup> Pasajes enteros de los borradores de Karl del verano se encuentran retomados casi literalmente en la obra: "La clase poseedora y la clase proletaria representan la misma alienación humana de sí [aunque] la primera se sienta satisfecha [...] por esa alienación de sí que toma como el testimonio de su propia potencia, y que le da la apariencia de una existencia humana".<sup>43</sup>

En noviembre de 1844, Karl propone el libro al Comptoir littéraire, la editorial que dirige Fröbel, el editor de su difunta revista; pero Ruge, coaccionista con la gente de Colonia de este editor, se opone al proyecto: "Mientras yo esté interesado en el Comptoir littéraire, deben rehusar la edición de cualquier libro de Marx". Karl solicita entonces a Börnstein, director del *Vorwärts*, que someta el manuscrito al editor de ese diario: sin éxito. Luego se dirige al doctor Löwenthal, codirector de la Editorial literaria de Fráncfort, que acepta publicarlo y que, en una carta del 27 de diciembre de 1844, le sugiere otro título:<sup>230</sup> "Le ruego que me permita dar a su libro el título más corto y más impactante de *La sagrada familia* [en lugar de *Crítica de la crítica*]. Es mucho más contundente, y es dable esperar que el contenido a menudo muy humorístico del libro lo justifique".

El título queda, pero el libro no resulta exitoso: en Alemania nadie se interesa en esas polémicas filosóficas llevadas a cabo por desconocidos.

Al filo de 1845, el capitalismo triunfa en toda Europa, y las rebeliones son sometidas. En París, Enfantin, Laffitte y Rothschild Asociados fundan una compañía destinada a construir un ferrocarril París-Lyon. En Corrèze, los campesinos se oponen al desmembramiento y la venta de tierras comunales. En Prusia, las revueltas obreras son aplastadas.

Cuando el *Vorwärts*, en París, aplaude un atentado perpetrado contra Federico Guillermo IV, eso colma la medida. El 7 de enero de 1845, el rey de Prusia envía a Alexander von Humboldt en misión especial ante Luis Felipe. Es portador de un regalo y una larga misiva a propósito de los artículos "regicidas" del diario parisino de los emigrados alemanes. El *Vorwärts* es suspendido el 25 de enero. Guizot promete incluso pensar en la expulsión de sus responsables.

Marx no se siente amenazado: aunque escriba en él, no tiene nada que ver con la dirección del *Vorwärts*. Ahora trata de reunir sus borradores del año transcurrido para confeccionar a partir de ellos una historia crítica de la economía política, y con ese fin, antes de escribir, hace una recorrida por los editores alemanes. El 1º de febrero de 1845 firma con Karl Leske, de Darmstadt, un contrato para la publicación de una *Critica de la política y de la economía política*, que se compromete a entregarle antes del fin del verano. El primer pago, previsto para la entrega del manuscrito, será de 1.500 francos (o sea, 420 táleros), lo que corresponde más o menos a tres meses de salario obrero; recibirá otro tanto al término de la impresión. En realidad, Marx cobra el primer anticipo a la firma del contrato, pero los acontecimientos le impedirán entregar el manuscrito a tiempo; de hecho, nunca lo entregará ni rembolsará al editor. Sin embargo, publicará algunos capítulos de ese libro, pero mucho más tarde. Incluso, uno de ellos será publicado veintidós años después: será *El capital*.

Apenas transcurren cuarenta y ocho horas cuando Guizot ordena la expulsión de todos los redactores y colaboradores del *Vorwärts*: Börnstein, Bernays, Bürgers, Ruge, Bakunin, Heine y... Marx. En el mismo momento llega de Rusia una orden intimando a Bakunin a volver a su país. El torno se aprieta alrededor de los refugiados.

Cuando le anuncian que debe abandonar Francia sin demora, Karl queda anonadado. Se organiza una movilización. Ante las protestas queeman de los liberales franceses y de los medios periodísticos, el alcance del decreto es limitado: los colaboradores del diario no son expulsados. Salvo Marx, por ser el más violento, el más polé-

mico, el mejor de todos, y porque ya es blanco de la furia prusiana desde el mes de julio anterior.

¿Dónde ir? Karl vacila. No puede volver a Prusia, donde es objeto de una orden de comparecencia desde la prohibición de su propia revista. Podría dirigirse a otras regiones de Alemania, pero la presión policial es en ellas igualmente fuerte. ¿A Londres? No maneja bien su lengua. Quedan Suiza y Bélgica: Suiza es hostil; Bélgica, dividida entre los Países Bajos y Francia, que codician en igual medida su territorio, le interesa. Gobernada por un príncipe de origen alemán, Leopoldo I, da una buena recepción a los refugiados a condición de que se comprometan a renunciar a toda actividad militante. Pero Karl sólo quiere escribir, no militar. Habla de esto con Jenny, que se muestra decidida a seguirlo adonde él quiera con su hija, que ahora tiene 2 años. Será entonces Bruselas.

Para cubrir los gastos de viaje y de instalación, Engels envía a Marx, de Barmen, 50 táleros, que pronto completa con otros 750 como resultado de la colecta que organizó entre amigos y simpatizantes de Colonia. Es la primera contribución conocida de Friedrich a la vida material de Karl.

Antes de dejar la calle Vaneau, Marx escribe a Heine:<sup>248</sup> "De todos aquellos que aquí abandono, es a usted a quien dejo con más pesar. Me gustaría mucho llevarlo en mi equipaje". Ya no volverán a verse.

El 3 de febrero de 1845, Karl llega a Bruselas acompañado de Jenny, embarazada de dos meses, y de la pequeña Jennychen, enferma. No obtiene la autorización definitiva de instalarse en Bélgica sino tras haber firmado, el 22 de marzo, el compromiso, exigido a todos los emigrados, de no hacer política. Como no piensa buscar un empleo asalariado –condición que aborrece–, proyecta vivir sólo de su pluma. Mientras tanto, el dinero de la colecta financia una casa espaciosa y confortable.

Ante la sorpresa general, Edgar, el joven hermano de Jenny, también él declarado ahora un demócrata, se une a los Marx en su exilio de Bruselas. Es un muchacho inestable e indeciso. Después de sus estudios en Bonn y años de indolencia, hizo una licenciatura en derecho y consiguió un puesto de pasante en el tribunal civil y penal de Tréveris. Flanqueado por su novia, una tal Lina Schöler,<sup>248</sup> desembarca en la capital belga, donde consigue un pequeño empleo en una agencia de prensa dirigida por un emigrado, Sebastian Seiler. Jenny lo aloja, así

como a un joven oficial de artillería prusiano, Joseph Weydemeyer, que Karl conoció en Colonia en tiempos de la primera revista; Joseph acababa de abandonar el ejército para adaptarse a sus convicciones comunistas.

En marzo, la madre de Jenny les envía una criada, Hélène Demuth, entonces de 25 años, cuyo sueldo queda convenido que ella pagará. Hélène (o Lenchen, o Nim) tiene dos años menos que Karl y seis menos que Jenny. Es originaria del Sarre y habla francés. Está al servicio de los Westphalen desde 1837, y Jenny la conoce muy bien. Compartirá toda su vida. Paul Lafargue, que la conoció más tarde, escribirá:

La señora Marx consideraba a Hélène como una amiga muy cercana, y Marx le testimoniaba una amistad muy particular: jugaba al ajedrez con ella, y a menudo él perdía. El amor de Hélène por la familia Marx era ciego: todo cuanto hacían los Marx estaba y no podía estar más que bien. Cualquiera que criticaba a Marx tenía que vérselas con ella. Tomaba bajo su protección maternal a cualquiera que era admitido en la intimidad de la familia. [...] Todo formaba parte de sus intereses: cocinaba, se ocupaba de la limpieza, vestía a las niñas, cortaba la ropa que cosía con ayuda de la señora Marx. Era a la vez la económica y el mayordomo de la casa, que ella dirigía [...]. La familia jamás careció de lo estrictamente necesario gracias a su espíritu de orden y de economía, a su ingeniosidad.<sup>161</sup>

En Bruselas, Karl encuentra a otros refugiados que acaban de huir de Alemania; entre ellos, Moses Hess, su amigo de Colonia, y otros obligados, por distintas razones, a dejar París en el mismo momento, como el sastre Wilhelm Weitling.

El 15 de marzo de 1845, Engels publica en Barmen su primera obra, de la cual conversó seis meses antes con Marx: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.<sup>110</sup> Se trata de un formidable reportaje que toma (que saquea, dirán algunos) los informes de la Factory Enquiry Commission de 1833, del Enquiry into the Sanitary Condition of the Labouring Population de 1842, de la Children's Employment Commission de 1842-1843 y de la Commission for Inquiring into the State of the Large Towns de 1844. El propio Engels visitó el Lancashire industrial, la región de Manchester y las principales ciudades industriales del Yorkshire: Leeds, Bradford, Sheffield.<sup>110</sup>

Nuevo gesto de Friedrich: abandona los derechos de autor de su libro a Karl, con quien sueña volver a trabajar. Tres meses después de la instalación de los Marx en Bruselas, al no soportar más, excedido por el ambiente que reina en Barmen y por el oficio que le obligan a ejercer –que califica de “filisteo” (uno de los insultos preferidos de Friedrich, que pronto Karl hará suyo)–, finalmente se atreve a desafiar a su familia. Abandona la fábrica, negocia una pequeña renta y parte a establecerse a Bruselas, en abril de 1845, como escritor y periodista de tiempo completo. Engels describirá de este modo ese tercer encuentro:

Cuando nos encontramos en Bruselas, en la primavera de 1845, Marx ya había extraído de esas bases una teoría materialista de la Historia que estaba acabada en sus grandes líneas, y nos creímos en el deber de elaborar en detalle y en las direcciones más diversas nuestra nueva manera de ver las cosas.<sup>112</sup>

Marx se muda entonces a la calle de la Alianza 5, en el suburbio de Saint-Josse ten Noode, a la casa vecina a la de Engels, con el dinero de Engels. Jenny –que se hallaba en Tréveris cuando Karl se había encontrado con Friedrich primero en Colonia, luego en París– por fin conoce a aquel de quien tanto oyó hablar. Se convierte en su amiga, aunque siempre conservará cierta prevención para con él, un poco por celos, otro poco porque le choca verlo vivir, sin estar casado, con mujeres que se suceden sin cesar.

Los dos amigos hablan en seguida de la obra que su antiguo ídolo, Feuerbach, acaba de publicar en Berlín, *La esencia de la religión*, en la cual abandona el humanismo para orientarse hacia un naturalismo cada vez más empobrecido, en el que Dios no es más que un reflejo de la naturaleza. Como Karl no sabe resistir el llamado de la polémica, a partir de mayo de 1845 decide demorar la redacción del libro de economía prometido a su editor para escribir con Friedrich, sin intención de publicarlo (también para evitar un desgarramiento), un texto que apunta a “ajustar cuentas con su conciencia filosófica de antaño”,<sup>113</sup> esta vez únicamente con Feuerbach.

Karl y Friedrich pisotean entonces la crítica de la religión de Feuerbach, que rechazan por el hecho de que no está fundada sino en una concepción individualista del hombre:

La esencia del hombre no es una abstracción inherente al individuo aislado. En su realidad, es el conjunto de las relaciones sociales [...]. Toda vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que llevan la teoría hacia el misticismo encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de dicha práctica.<sup>16</sup>

Critican el “antiguo materialismo” de Feuerbach, un “materialismo intuitivo”:

El más alto punto al que llega el materialismo intuitivo, vale decir, el materialismo que no concibe lo sensible como actividad práctica, es la intuición de los individuos aislados y de la sociedad burguesa [...]. El objeto, la realidad, el mundo sensible no deben ser captados en la forma de objeto o de intuición [sino] en cuanto actividad humana concreta, de manera objetiva.<sup>16</sup>

Resumen todo eso en una serie de once tesis con un enunciado muy condensado, de las cuales la más conocida e importante es la última: “Hasta ahora, los filósofos no hicieron sino interpretar el mundo de diversas maneras; lo que importa es transformarlo”,<sup>16</sup> lo cual define la agenda de todo su trabajo venidero.

Una vez a punto este texto, los dos amigos lo hacen a un lado: para ellos no fue más que una manera de poner en claro sus ideas. Karl se siente feliz: por fin encontró a alguien a quien, como a él, no le gusta separarse de su obra y que, como él, vive la alienación del trabajo, en sus tres formas, como un sufrimiento intolerable.

En julio de 1845, Marx acompaña a su amigo a Inglaterra, donde pasan seis semanas. Jenny, que debe dar a luz en septiembre, sin duda habría preferido que su esposo se quedara junto a ella. Pero este viaje es para Karl un deslumbramiento: tiene la revelación de la libertad que reina en la monarquía británica y del poderío del capitalismo inglés. En Londres se encuentran con numerosos refugiados alemanes, entre ellos, Ferdinand Freiligrath, poeta bastante famoso, que se volvió contra Federico Guillermo IV y que trabaja ahora en un banco de la City; se convertirá en uno de sus compañeros más cercanos. Engels presenta a Marx a diversos dirigentes obreros, entre ellos, George Julian Harney, líder de una Liga de los Justos que pretende ser “revolucionaria e internacional”; la organización, diezmada año en París,

se reconstituyó en Londres en 1840 con diversos sobrevivientes: el relojero Moll, el sastre Eccarius, Schapper y Heinrich Bauer. Está compuesta por algunos artesanos londinenses y un grupo de socialistas alemanes exiliados en Londres; dispone de albergues clandestinos en una decena de ciudades alemanas, bajo la protección de una respectable Asociación Educativa de los Obreros Alemanes, consagrada a la educación popular.<sup>277</sup> Harney propone a los dos amigos que escriban para el diario de los cartistas, el *Northern Star*, cosa que ellos aceptan, pero para más adelante. También se dirigen a Manchester, donde la familia de Engels posee una fábrica. Éste explica a Karl cómo buscar información en los recursos insospechados de la biblioteca de la ciudad. De regreso en Londres son asociados a las discusiones preparatorias para la creación de una Sociedad de los Demócratas Fraternos, que será fundada justo después de su partida, el 22 de septiembre de 1845, entre miembros de la Liga de los Justos y emigrados de todas las nacionalidades.

A Marx y Engels les parece que la idea de una organización internacional que reúna a todos los revolucionarios europeos es interesante en sí, pero que su concreción en la Liga de los Justos, la Asociación Educativa de los Obreros Alemanes o la Sociedad de los Demócratas Fraternos es excesivamente mediocre. En el curso de sus bien regadas veladas, sueñan con reunir a su alrededor al conjunto de los revolucionarios, obreros e intelectuales de Francia, Alemania, Inglaterra, Rusia e Italia. Se imaginan una sociedad de los demócratas de todas las naciones que organizaría un intercambio de informaciones entre los actores de movimientos democráticos y revolucionarios de todos los países, y trabajaría en la ampliación de los derechos políticos y sociales de los trabajadores.

Vuelven a Bruselas en vísperas del nacimiento de la segunda hija de Karl, Laura, el 26 de septiembre de 1845, en el momento en que aparecen una crítica de *El único* de Stirner por Feuerbach y la réplica de Stirner.

Con dos niñas, la situación material de los Marx se degrada. Karl no dispone de ninguna fuente de ingresos; sus flacas reservas se agotan. Su madre sigue sin poder abonarle su parte de la herencia paterna que confirmó adeudarle. En cuanto a Engels, que lo ayuda como puede, no tiene acceso a las riquezas de su familia y pide cuentas a su amigo cada vez que éste le pide prestada alguna suma.

Como muchos otros alemanes de la época, Karl piensa entonces en exiliarse en los Estados Unidos, donde la economía es próspera y la colonización progresiva, en particular con la anexión de Texas, que entonces provoca una guerra con México.

El 17 de octubre de 1845, Karl dirige al burgomaestre de Tréveris una solicitud de pasaporte prusiano para poder emigrar del otro lado del Atlántico.<sup>213</sup> Siempre bajo los efectos de una orden de comparecencia, se la rechazan. En una carta del 10 de noviembre de 1845, entonces, renuncia a su nacionalidad. En adelante, es un apátrida. Decide no abandonar Bruselas.

En consecuencia, su vida estará anclada en Europa. Se pone a trabajar de nuevo en la *Critica de la política y la economía política*, el libro encargado por Karl Leske, el editor de Darmstadt, justo antes de su partida de París, cuatro meses antes.

Pero, una vez más, incapaz de dejar que una obra terminada se separe de él, no se consagra realmente a ella y decide terminar previamente con la filosofía alemana, con su propio pasado. Durante mucho tiempo encontrará aun otros pretextos para no terminar con esa obra que sólo aparecerá en varios episodios –el primero, doce años más tarde–, y que dejará inconclusa al morir. Sus prójimos se lo reprocharán: “Marx nunca estaba satisfecho con su trabajo, siempre le aporataba cambios, y siempre encontraba que la expresión era inferior a la concepción”.<sup>161</sup>

A menudo, sus biógrafos omiten señalar que, a comienzos de 1846, Marx publica un ensayo sobre el suicidio<sup>248</sup> en una revista dirigida por Moses Hess, *Gesellschaftspiegel*. Luego de la Segunda Guerra Mundial, cuando publiquen en Alemania oriental las obras completas de Marx, ese texto será olvidado.<sup>248</sup> ¿La razón de esto será que plagia la traducción de un libro del francés Jacques Peuchet, archivista de la policía, muerto en 1830? De hecho, Marx transforma ese texto al traducirlo y citarlo. Peuchet evoca suicidios consecutivos a quiebras provocadas por conflictos individuales o pasiones descontroladas, de una manera que no deja de evocar al escritor francés que Karl prefiere: Honoré de Balzac. Probablemente Marx haya leído a Peuchet en 1844, cuando proyectaba escribir sobre la Revolución Francesa. Tacha en el texto de Peuchet los desarrollos religiosos y los sustituye por elementos de su propio análisis social.<sup>248</sup> También da un giro mucho más revolucionario al original. En cam-

bio, no minimiza la importancia que concede Peuchet a la experiencia familiar en la calidad de vida de un individuo. Y aprovecha para añadir una observación sobre la "autoridad paterna absoluta", que compara con la subordinación y la dependencia que prevalecen en la sociedad civil.<sup>248</sup> Sin embargo, nada de todo eso permite inferir ni por asomo que el propio Marx haya tenido en mente el suicidio, aunque varias veces sucumbirá a la depresión. En el prefacio de este ensayo, Marx lo presenta "como un ejemplo de la manera en que la crítica social moderna en Francia revela las contradicciones y las monstruosidades presentes en todos los aspectos de la vida moderna".<sup>249</sup>

De septiembre de 1845 a agosto de 1846, Karl y Friedrich redactan un nuevo texto contra Feuerbach y Stirner. Más duro que *La sagrada familia*, más preciso: será *La ideología alemana*,<sup>14</sup> una de sus obras más importantes pero que no encontrará editor. Un poco más tarde, con mucha lucidez, Karl explicará las motivaciones de ese trabajo:

Resolvimos trabajar en común para deslindar el antagonismo existente entre nuestra manera de ver y la concepción ideológica de la filosofía alemana: de hecho, ajustar cuentas con nuestra conciencia filosófica de antaño [...]. Friedrich Engels había llegado por otro camino (véase *La situación de la clase obrera en Inglaterra*) al mismo resultado que yo, y cuando también vino a establecerse a Bruselas en la primavera de 1845, decidimos exponer la diferencia fundamental que separaba nuestras concepciones de las concepciones de la filosofía alemana, vale decir, de hecho, romper con nuestro propio pasado filosófico. Este proyecto encontró su concreción en la forma de una crítica de la filosofía poshegeliana.<sup>15</sup>

Como crítica de la ideología alemana, su libro la emprende todavía principalmente con Stirner (a quien se le consagran 499 páginas sobre las 596 de la edición original!). Marx y Engels le reprochan contentarse con denunciar las instituciones sin estudiar su génesis en situaciones sociales específicas. Proponen evaluar las ideas y las instituciones con el rasero de los intereses materiales que expresan. Reprochan a los socialistas alemanes –sus viejos amigos de Berlín, reunidos alrededor de Bauer, y a quienes designan con el nombre de “socialistas verdaderos”– ignorarlo “todo de las condiciones reales

de la producción y el consumo”,<sup>14</sup> pensar el comunismo como un sistema abstracto, independiente de las necesidades de una época determinada. Los comunistas –dicen en un resumen impactante– “piensan y actúan para el tiempo; los alemanes, para la eternidad”.<sup>14</sup> Como la Historia obedece a una lógica que constituye su “fuerza motriz”,<sup>14</sup> el comunismo sólo será posible cuando la conciencia de los trabajadores, en circunstancias históricas determinadas, les permita volverse revolucionarios.

Los proletarios [...] se encuentran [...] en oposición directa con la forma que los individuos de la sociedad escogieron hasta el presente como expresión de conjunto, es decir, en oposición con el Estado; y deben derrocar al Estado para realizar su personalidad (1A).

*La ideología alemana* constituye una perturbación mayor del pensamiento político y social europeo. Por cinco razones:

Ante todo, allí se encuentra por primera vez una formalización del concepto de ideología y el enunciado de las condiciones sociales e intelectuales necesarias para una revolución: los factores económicos son los factores explicativos “en último análisis”, y toda idea debe ser explicada por el contexto histórico en el que fue formulada. “En toda la ideología, los hombres y sus relaciones se nos aparecen colocados cabeza abajo como en una *camera oscura*.<sup>14</sup> Marx y Engels utilizan también el concepto de alienación –para, dicen, “que nuestra exposición siga siendo inteligible a los filósofos”<sup>14</sup> y lo convierten en la base de su análisis de las ideologías: la “superestructura” de la sociedad (la religión, el arte, las ideas) apunta a justificar su “infraestructura” (la economía, lo real). En otras palabras, la superestructura organiza la alienación determinada por la infraestructura.<sup>14</sup> Karl y Friedrich añaden a este punto otras cuatro conclusiones esenciales que aparecerán a menudo en la obra de Marx, pero que la mayoría de sus epígonos más o menos desdénaron.

Primero, aunque la ideología dominante es la de la clase dirigente, la de los dueños de la economía, no por ello la acción y el pensamiento humanos son prisioneros de los factores económicos o sociales; los oprimidos pueden rebelarse abriéndose a una “conciencia de clase”. De igual modo, puede haber obras de arte libres, sin conexión con la relación de fuerzas económica, aunque “no hay historia

de la política, del derecho, de la ciencia, etc., del arte, de la religión, etc.”,<sup>14</sup> que sea independiente de la historia de la producción.

Luego, el capitalismo es un requisito previo obligado del comunismo:

El capitalismo es una condición previa [del comunismo] absolutamente indispensable, porque, sin él, lo que se volvería general es la escasez, y, con la necesidad, lo que volvería a empezar es también la lucha por lo necesario, y fatalmente se volvería a caer en el viejo barro.<sup>14</sup>

Después, el comunismo no es una sociedad ideal de contornos fijos de una vez y para siempre, sino un “movimiento” hacia la libertad individual, que incesantemente debe conquistarse e inventarse:

El comunismo no es para nosotros un estado que debe ser creado ni un ideal sobre el cual la realidad deberá ajustarse. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que deroga el estado actual. [...] En la sociedad comunista, donde nadie tiene una esfera de actividad exclusiva sino que puede perfeccionarse en la rama que le gusta, la sociedad reglamenta la producción general, lo que crea para mí la posibilidad de hacer hoy determinada cosa, mañana tal otra; cazador por la mañana, pescador al mediodía, criador durante la tarde, hacer crítica después de la cena, según las ganas que tenga, sin jamás convertirme en cazador, pescador o crítico.

Por eso, por ejemplo,

en una sociedad comunista, ya no habrá pintores, sino a lo sumo gente que, entre otras cosas, hará pintura. [...] Por la revolución comunista [...] y por la abolición de la propiedad privada que es indisoluble de ella [...], cada individuo [...] estará [...] en condiciones de adquirir la capacidad de gozar de la producción de todo el mundo en todos los terrenos.<sup>14</sup>

(Aquí encontramos una recomendación de Heinrich Marx cuando exhorta a su hijo a no cultivar tan sólo sus capacidades intelectuales sino también sus aptitudes físicas, morales, artísticas y políticas.)

Por último, el comunismo sólo puede ser mundial:

Empíricamente, el comunismo no es realizable sino a través de la acción inmediata y simultánea de las poblaciones mayoritarias, lo que presupone el desarrollo universal de las fuerzas de producción y las relaciones internacionales que le están vinculadas [...]. El proletariado, así, no puede existir sino en el seno de la historia mundial; como el comunismo, sus actividades sólo pueden tener una existencia "histórico-mundial".<sup>14</sup>

En resumen, para Marx y Engels, el capitalismo mundial es una condición previa necesaria para el comunismo, y éste sólo puede instalarse como sistema planetario; estará incesantemente en transformación hacia más libertad individual, y sólo podrá resultar de una rebelión contra la ideología dominante en la fase de culminación del capitalismo mundial.

En la escritura de este texto se adivina el júbilo del descubrimiento, la alegría de haber encontrado una manera de enfrentar al gigante Hegel y librarse de una buena vez de todos sus discípulos, de Feuerbach a Stirner.

Sin embargo, este libro fundamental, que marca un giro sin precedentes en la reflexión del hombre sobre sí mismo, no es publicado por falta de editor.

Los dos amigos no lo lamentan. Más tarde, Marx escribirá con serenidad:

El manuscrito, dos grandes volúmenes en octavo, estaba desde hace mucho tiempo en manos del editor, en Westfalia, cuando nos enteramos de que nuevas circunstancias ya no permitían su impresión. Abandonamos con el mayor gusto el manuscrito a la crítica roedora de las ratas en la medida en que habíamos alcanzado nuestro objetivo principal: ver claro en nosotros mismos.<sup>15</sup>

Una vez más el rechazo al desgarramiento. Friedrich, que no tiene el mismo temple, parece más decepcionado que Karl al ver que su trabajo en común se queda sin salida.

La acción viene a distraerlos de ese fracaso. Para ellos ha llegado el momento, como lo soñaron desde su estadía en Londres, de pasar a

la acción política, de colocarse en el corazón de la red revolucionaria europea, e incluso, por qué no –tienen plena confianza en ellos–, de tomar su control. Luego de lo que vieron en Londres, ni hablar de contentarse con la teoría, ni siquiera con una teoría de la acción. Hay que actuar. Y no temer la competencia de los grupúsculos londinenses.

A fines de marzo de 1846, Marx asiste a un congreso de periodistas comunistas en Bruselas.<sup>248</sup> Allí sostiene la idea de que, antes del advenimiento de la revolución comunista, la sociedad deberá pasar por una fase en cuyo transcurso será la burguesía la que conservará el poder. Pretende proceder a una “purificación” del comunismo combatiendo a los “artesanos” y a los “filósofos” a la vez. Según Wilhelm Weitling, que representa a una de esas dos corrientes y que participa en el mitin, en él Marx se muestra tan excitado como vehemente. El congreso culmina en medio de un gran tumulto, con Marx y otros auillando y gesticulando en la sala.<sup>248</sup>

En el comienzo de la primavera de ese mismo año, cuando culminan la redacción de su obra, los dos amigos fundan en Bruselas una institución copiada de la Liga de los Justos de Londres y de la Liga de los Proscritos de Weitling disuelta en París, a la que llaman Comité de Correspondencia Comunista. Si el objetivo oficial del nuevo grupúsculo (¡que cuenta con catorce miembros!) no es más que “mantener un intercambio continuo entre la Liga de los Justos y todas las organizaciones socialistas de Europa”, en realidad su ambición es reemplazar a la Liga londinense para ubicarse en el centro de la acción revolucionaria en Europa. Karl y Friedrich proponen entonces a los principales refugiados de Bruselas figurar entre los miembros fundadores de su grupo. Los hay de todo tipo: un sastre alemán, Wilhelm Weitling; un burgués judío de Colonia, Moses Hess; un ex oficial de artillería prusiano, Hermann Kriege; un escritor ruso, Pavel Annenkov; un noble prusiano, el hermano de Jenny, Edgar von Westphalen. Éste es el primer núcleo de lo que se convertirá en la organización comunista internacional. Se le añade un periodista alemán instalado en Nueva York, Karl Grün.

Rápidamente experto en el arte de organizar maquinarias de poder, Karl dota a este Comité de Correspondencia Comunista de reglas que le permiten excluir a cualquiera que transgreda la línea que él mismo haya fijado. Las exclusiones no van a tardar.

El primero en partir es Weitling, que ahora saca de sus casillas a Marx por su suficiencia. Desde la primera reunión, en efecto, Karl

exige de los miembros de su Comité que refuten el "socialismo verdadero", vale decir, la idea de un bien común a todos los hombres. Weitling y Grün no están de acuerdo: a la manera de Proudhon, creen que existe algo así como un "bien de la humanidad", que la victoria de la burguesía y de la democracia parlamentaria constituiría en sí un formidable progreso del que se beneficiarían los obreros. Weitling añade que los obreros deben leer el opúsculo que acaba de hacer publicar en Suiza, ¡donde se compara con Jesucristo! Según Annenkov, encargado de redactar el informe detallado de la velada, entonces Marx levanta presión:

Díganos, Weitling, usted, que tanto ruido armó en Alemania con sus prédicas comunistas, ¿cuáles son los fundamentos teóricos de sus actividades sociorevolucionarias? ¿En qué teoría espera fundarlas en lo venidero? ¡Sin una doctrina clara, el pueblo no puede hacer nada, salvo ruido y revueltas condenadas al fracaso, que socavan nuestra causa!

Y cuando Weitling explica que los obreros no tienen más que leer sus propios textos, Karl explota, golpeando con el puño sobre la mesa y vociferando: "¡La ignorancia jamás ayudó a nadie!". Entonces, Weitling sale pegando un portazo, seguido por Grün en un gesto de solidaridad.

Un mes más tarde, en una carta a Hess, que asistió a la reunión, Weitling da su propia versión de su ruptura con Marx:<sup>230</sup> "Llegué a la conclusión de que en la actualidad no se puede hablar de la realización del comunismo en Alemania; ante todo, la que tiene que adueñarse del poder es la burguesía".

Tras Weitling y Grün, el que abandona el Comité es Hess, asustado por el giro que toma el asunto y atraído por otras aventuras: luego de haber inspirado a Marx, en su primer texto sobre Hegel, la fórmula que denuncia la religión como el "opio del pueblo", pronto se convertirá en el primer partidario del nacionalismo judío y el inventor del sionismo.

Marx trata entonces de dar una dimensión internacional a su Comité. El 2 de mayo de 1846 escribe a Proudhon, que acaba de publicar una *Filosofía de la miseria*,<sup>227</sup> para proponerle que sea su correspondiente en París. En su nuevo libro, Proudhon escribe que la Historia

es un "trabajo de nivelación" que atraviesa cuatro edades: la edad del lenguaje, la edad psíquica, la edad revolucionaria –"donde el género humano busca la teoría de sus leyes morales y económicas y se esfuerza por realizarla mediante la política y la religión"–<sup>227</sup> y, por último, la edad social, en la que el principio económico se apoya "en los dos grandes principios anteriores de religión y de gobierno".<sup>227</sup> Distingue la "propiedad" de la "posesión" para garantizar la libertad individual contra la coerción social: "Supriman la propiedad conservando la posesión y, por esta única modificación en el principio, cambiarán todo en las leyes, el gobierno, la economía, las instituciones".<sup>227</sup>

En una posdata de su carta al más famoso de los socialistas franceses, Karl no puede dejar de prevenirlo contra Grün, que acaba de seguir de cerca a Weitling. Pero Grün es un amigo de Proudhon.

El cuarto excluido, el 11 de mayo de 1846, es el oficial Kriege, a quien Marx excluye al mismo tiempo que acepta la dimisión de Grün, bajo el pretexto de un desacuerdo sobre el financiamiento del Comité.

La historia de esta exclusión merece ser contada. Hermann Kriege, instalado en Nueva York, fundó allí la *Volks-Tribune*. Karl lo nombró pomposamente "corresponsal" de la moribunda Liga Comunista; Kriege tuvo la desdichada idea de proponer la división del territorio norteamericano en lotes iguales, cedidos en total propiedad a los campesinos. ¡Sacrilegio! Karl convoca a una reunión de la autoridad de la Liga para denunciar a Kriege por apología de la propiedad privada; redacta una *Circular contra Kriege*, donde los presentes deciden la exclusión del periodista y lo hacen saber a todo el mundo. El 17 de mayo, Proudhon se niega a unirse al Comité, a menos, explicará más tarde, que Marx consienta, con "una buena y leal polémica, a dar al mundo el ejemplo de una tolerancia juiciosa y previsora".<sup>225</sup> Y añade: "¡Por Dios! ¡Tras haber demolido todos los dogmatismos *a priori*, no pensemos a nuestra vez en adoctrinar al pueblo!".<sup>225</sup> Las posiciones de los dos hombres parecen inconciliables.

Así, Karl encuentra un nuevo blanco para sus sarcasmos. Luego de *La ideología alemana*, en vez de dedicarse nuevamente al libro de economía prometido a su editor para el mes de julio del año anterior, se embarca en la redacción de una respuesta a la *Filosofía de la miseria* de Proudhon. En un texto irónicamente titulado *Miseria de la filosofía*,<sup>24</sup> comienza con un análisis de la venidera democracia sin clases:

¿Significa esto que, tras la caída de la vieja sociedad, habrá una nueva dominación de clase que se resume en un nuevo poder político? ¡No! [...] La clase trabajadora, en el curso de su desarrollo, reemplazará la vieja sociedad por una asociación que excluirá las clases y su antagonismo, y ya no habrá poder político propiamente dicho, porque el poder político es precisamente el resumen oficial del antagonismo en la sociedad civil [...]. No digan que el movimiento social excluye el movimiento político. No existe el movimiento político que no sea social al mismo tiempo. Sólo en un orden de cosas donde ya no haya clases y antagonismos de clases las evoluciones sociales dejarán de ser revoluciones políticas.<sup>24</sup>

Luego, Marx demuele a aquel que unos días atrás todavía admiraba, haciendo alarde de una extremada crueldad y una infinita mala fe:

En Francia, él [Proudhon] tiene derecho a ser un mal economista porque es considerado como un buen filósofo alemán. En Alemania, tiene derecho a ser un mal filósofo porque es considerado como un economista de los más fuertes. Nosotros, en nuestra calidad de alemán y economista, quisimos protestar contra ese doble error.

Un poco más tarde, Marx declarará incluso, todavía más ferozmente: "Quiere planear como hombre de ciencia por encima de los burgueses y los proletarios; no es más que un pequeño burgués que se debate constantemente entre el capital y el trabajo, entre la economía política y el comunismo".<sup>24</sup>

Marx jamás renegará de este texto, declarando en 1880 que "la lectura de la *Miseria de la filosofía* y del *Manifiesto comunista* podrá servir de introducción a la lectura de *El capital*. [...] *Miseria de la filosofía* contiene los gérmenes de la teoría desarrollada, tras veinte años de trabajo, en *El capital*".

En junio de ese mismo año 1846, cuando el Parlamento inglés deroga las *Corn Laws* que gravaban las importaciones de trigo extranjero, anunciando así los comienzos del librecambio, Karl se dedica a reemplazar a los excluidos del Comité. Conoce a Wilhelm Wolff, personaje patético que se convertirá en su sostén más fiel. Hijo de obreros agrícolas silesios, Wolff creció en la miseria y el miedo, víctima de las burlas de los vástagos de los castellanos; con la ayuda de un eclesiástico logró

entrar en el liceo, luego en la universidad, realizar estudios de filología y convertirse en el animador de la corporación estudiantil de Breslau. Tras cuatro años de prisión por propaganda comunista, pudo exiliarse en Bruselas. "Un hombre raro bajo una apariencia insignificante", juzga Engels desde su primer encuentro. Wolff, a quien Karl apoda "Lupus" –traducción latina de su nombre alemán–, entra desde el vamos en el Comité de Correspondencia Comunista de Bruselas. Más tarde, Marx dedicará *El capital* a este fiel compañero.

A partir de los 28 años, Marx pretende ser al mismo tiempo hombre de acción y escritor. Según un visitante de esa época,<sup>248</sup>

es el tipo de hombre que está hecho de energía y de una convicción inquebrantable [...]. Hablaba siempre de una manera perentoria que no admitía ninguna contradicción. Su tono brutal, sin apelaciones, definitivo, expresaba la certeza de que su misión era dominar todos los espíritus y suministrarles leyes. Veía ante mí la encarnación de un "dictador democrático".

En octubre de 1846, Marx pierde al anteúltimo de los miembros fundadores de su grupo: Edgar, el hermano de Jenny, decide partir para América. Habiendo reunido algún dinero que pidió prestado en parte a su hermanastro Ferdinand (que tiene el mayor de los éxitos en Berlín, en los medios más reaccionarios), se va para Texas, abandonando a su novia en Bruselas. Jenny se siente muy apenada por la partida de su hermano. Karl más bien está aliviado de la partida de aquel al que ya no llama de otro modo que "ese holgazán de Edgar".

A fines de noviembre, algunos obreros de Cracovia se rebelan contra sus patrones y desatan motines, lo que acarrea una intervención de Austria, que anexa la ciudad. Gran conmoción en Europa. En París, Frédéric Chopin, enfermo, compone entonces su más bella barcarola en homenaje a sus compatriotas. Marx escribe varios artículos que sostienen la causa de los obreros polacos tironeados entre los ocupantes rusos y austriacos y sus patrones polacos. Muchos dirigentes socialistas evocan entonces la necesidad de crear una verdadera solidaridad internacional obrera para hacer frente a tales situaciones. Karl piensa más que nunca que su Comité de Correspondencia debe asumir ese papel. Para eso, hay que tejer una red internacional y tomar el poder en el seno de la Liga de Londres.

A fines de año envía a Engels a París para formar, con los militantes franceses y los refugiados alemanes, un Comité parisino vinculado con el suyo. Con el pretexto de sustraerlos a la influencia del "comunismo artesanal y filosófico" de Grün y Proudhon, Engels crea en París un grupúsculo, se hace designar su jefe y vuelve a Bruselas.

En enero de 1847, en Londres, la autoridad central de la Liga de los Justos comienza a interesarse en ese Comité de Bruselas, tan dinámico; despacha a uno de sus miembros a Bélgica para proponer que el Comité se vincule con ella. Marx y Engels aceptan, convencidos de que podrán tomar el poder en la Liga cuando sean admitidos. En marzo, el Comité de Bruselas, pues, se afilia oficialmente a la autoridad central de la Liga de los Justos y cambia su apelativo por el de Comuna de Bruselas. En el mismo momento, Karl se pone a escribir para un diario alemán editado en Bruselas, el *Deutsche-Bruüsseler Zeitung* [Gaceta alemano-bruselense]. De paso, él, que para establecerse en Bélgica se había comprometido a abstenerse de hacer política, comienza a ser vigilado por las autoridades policiales.

Ese año, la situación económica general se degrada. Las malas cosechas, en parte debidas a una enfermedad de la papa y a las malas condiciones meteorológicas, acarrean un alza en los precios de los productos agrícolas; las hambrunas producen en Europa más de medio millón de muertos. Esta nueva crisis ya no se parece totalmente a las crisis agrícolas del pasado, porque se añaden una superproducción de los productos industriales, quiebras de fábricas, el agravamiento de la desocupación obrera. En Inglaterra, la industria del algodón y las compañías ferroviarias están en crisis. Por todas partes en el continente estallan conflictos con carácter social: atentados contra los transportistas de grano en Francia, huelgas de hambre en Württemberg, revueltas del pan en Génova, saqueo de las panaderías vienesas...

En París, mientras que Abel Niépce de Saint-Victor, sobrino de Nicéphore, realiza la primera fotografía sobre placa de vidrio, la izquierda se manifiesta. Marx publica en el *Vorwärts*, autorizado a reaparecer, un artículo en ocasión del tercer aniversario de la revuelta de los tejedores silesios, que está al lado de un poema de Heine sobre el mismo tema:

Ni una lágrima en sus ojos oscuros.  
Sentados al telar, aprietan los dientes.

Alemania, estamos tejiendo tu mortaja.  
A la trama mezclamos la triple maldición.  
Tejemos, tejemos.

El 1º de junio de 1847, el congreso de la Liga de los Justos ratifica en Londres la afiliación del Comité belga y absorbe a la Sociedad de los Demócratas Fraternos. Engels participa en ese congreso como delegado de la sección parisina de la Comuna de Bruselas; Wolff representa a esta última. Por falta de dinero, Marx se queda en Bélgica, pero su influencia se ha vuelto considerable porque sus hombres están en situación de fuerza en el seno de la Liga, y él ayuda a Joseph Moll a preparar la reunión. Se trata de "reemplazar la mezcla de comunismo franco-inglés y de filosofía alemana, que constitúa la doctrina secreta de la Liga",<sup>248</sup> por una visión científica que pueda servir al combate de la vanguardia obrera. La Liga de los Justos debe abandonar su forma de sociedad secreta de conspiradores.<sup>248</sup> Por iniciativa de Marx, cambia de nombre y se convierte en el Bund der Kommunisten (Liga de los Comunistas) para diferenciarse de los socialistas "verdaderos" o "falsos". También cambia de divisa: en vez del "Todos los hombres son hermanos", del poeta Robert Burns, en adelante será: "Proletarios de todos los países, ¡unidos!", eslogan surgido de las revueltas obreras parisinas. Engels es el encargado de redactar la profesión de fe de la nueva organización.

Para explicar el ascendiente de Karl, uno de sus colaboradores posteriores, que todavía no lo conoce, refiere haber oído decir a sus viejos compañeros:

Los miembros de la Liga de los Comunistas lo llamaban el "tío Marx", aunque todavía no hubiera alcanzado la treintena [...]. En efecto, Marx estaba sólidamente construido: una altura por encima de la media, los hombros anchos, el pecho bien desarrollado, tenía el cuerpo bien proporcionado, aunque el tronco fuera un poco demasiado largo respecto de las piernas, lo que es frecuente entre los judíos. Si hubiera hecho gimnasia en su juventud, se habría vuelto extremadamente fuerte. El único ejercicio físico que practicaba regularmente era la marcha; podía caminar o trepar colinas durante horas, charlando y fumando, sin experimentar la menor fatiga [...]. Puede afirmarse que, en su despacho, trabajaba caminando, sentán-

dose sólo por cortos momentos para escribir lo que su cerebro había elaborado mientras iba y venía por la habitación. Incluso conversando, le gustaba caminar, deteniéndose cada tanto cuando la discusión se animaba o la entrevista adquiría importancia.<sup>161</sup>

Para engrosar las filas de sus partidarios y adquirir una posición de fuerza en el interior de la nueva Liga de los Comunistas, Marx funda en Bruselas, en agosto de 1847, una Asociación de los Obreros Alemanes sobre el modelo de la que vio funcionar en Londres, y en la que piensa desde hace dos años. Es una organización de masas que propone a los trabajadores alemanes no politizados establecidos en Bélgica espacimientos que van de la instrucción general y cívica a los juegos, el canto y formas de iniciación al arte dramático. Presidida por Moses Hess, que todavía conserva ese lazo con Marx, con Wilhelm Wolff como tesorero, los miércoles organiza un debate sobre las cuestiones obreras, y los domingos, una discusión política (las mujeres pueden asistir). La Asociación de los Obreros Alemanes se relaciona con sociedades obreras flamencas y valonas, y destaca a sus miembros más activos y más políticamente motivados a la Comuna bruselense de la Liga.

A comienzos de septiembre de 1847, cuando aparece en Bruselas *Miseria de la filosofía*, su libro contra Proudhon redactado directamente en francés, la ruptura de Marx con los padres franceses del socialismo está consumada. La obra es tenida en cuenta, pero no produce ningún ingreso a su autor. Entonces Karl pide prestado a derecha e izquierda para sobrevivir, y escribe –quejándose de esto con Pavel Annenkov, que entonces le sirve de secretario– que “los ingresos de mi mujer no son suficientes”, lo que permite sobreentender que todavía recibe algún subsidio de Tréveris.

En París, las aspiraciones republicanas parecen recuperar algo de vigor tras diecisiete años de letargo. El 9 de julio de 1847, una “campaña de banquetes” reúne en Francia a toda la oposición republicana alrededor de una reivindicación única: la reforma electoral. El banquete es un medio de desbaratar la prohibición policial de hacer propaganda.

En septiembre de 1847, en el mismo momento en que, en Londres, la Liga hace aparecer el primer número de su revista con el epígrafe de la divisa “Proletarios de todos los países, ¡unidos!”, Karl participa

en Bruselas de un banquete para celebrar la fraternización universal de los trabajadores. Se cuentan ciento veinte invitados: belgas, alemanes, suizos, franceses, polacos, un italiano y un ruso. En esa ocasión, se decide la creación de una Asociación Democrática para la unión de todos los países. Entre los alemanes: Karl Marx, Moses Hess, Georg Weerth, los dos Wolff, Stephan Born, Bornstaedt. La primera manifestación importante de esta sociedad es la conmemoración de la insurrección polaca del 29 de noviembre. Marx afilia la Asociación Democrática, estructura belga, a la Liga, y pretende convertirla en un partido político belga donde se encontrarían los "revolucionarios proletarios".

Entonces le llega la mejor noticia que podía esperar: le ha nacido un hijo, que Jenny decide llamar Edgar en honor a su hermano, que había partido a Norteamérica. Karl esperaba desde hacía mucho tiempo un hijo con quien pudiese tener las mismas relaciones que él con su padre.

En octubre, en un artículo muy importante publicado por el diario alemán de Bruselas, el *Deutsche-Brüsseler Zeitung*, bajo el título "La crítica moralizadora", Marx expone una idea que ya desarrolló sin haberla publicado todavía: la revolución socialista sólo ocurrirá mucho después de la revolución burguesa. Si "el proletariado derroca la dominación política de la burguesía, su victoria sólo constituirá una etapa en el proceso de la propia revolución burguesa, y favorecerá la causa de ésta". El proletariado sólo podrá lograr una verdadera victoria sobre la burguesía cuando "la marcha de la Historia haya elaborado los factores materiales que crearán la necesidad de poner fin a los métodos burgueses de producción y, en consecuencia, a la dominación política de la burguesía".<sup>28</sup> Al tomar partido contra el Terror, Marx escribe magníficamente:

El reino del Terror en Francia sólo sirvió para borrar, como por milagro, bajo sus terribles mazazos, todas las ruinas del feudalismo de la superficie de Francia. Con su circunspección timorata, la burguesía no habría podido acabar con ese trabajo en varios decenios. Por consiguiente, los actos sangrientos del pueblo sólo sirvieron para nivelar la ruta de la burguesía.<sup>28</sup>

Es en el marco de la democracia parlamentaria donde nacerá el debate político necesario para la emergencia de la conciencia política del proletariado:

Así como en Inglaterra los obreros constituyen un partido político bajo el nombre de *cartistas*, en América del Norte constituyen un partido político bajo el nombre de *reformadores nacionales*; su grito de guerra de ningún modo es "monarquía o república" sino "dominación de la clase obrera o dominación de la clase burguesa". Es precisamente en la sociedad burguesa moderna, con sus formas políticas correspondientes –Estado representativo, constitucional o republicano–, donde la "cuestión de la propiedad" se ha convertido en la "cuestión social" más importante.<sup>28</sup>

Lejos estamos, en este texto, del uso que se hará de su pensamiento: Marx está contra el Terror, que a su juicio sólo sirvió a la burguesía; es hostil a toda revolución en los países donde capitalismo y democracia todavía no están suficientemente desarrollados; piensa que sólo en el marco de la democracia parlamentaria podrá nacer la conciencia revolucionaria de la clase obrera. Al leer este texto, puede comprenderse por qué jamás creerá en el éxito de una revolución comunista únicamente en Rusia.

En octubre de 1847, por intermedio de su cuñado Schmalhausen, de Maastricht, Karl negocia con su madre la restitución de su parte de la herencia paterna.<sup>101</sup> En vano.

El 15 de noviembre de 1847 acepta la vicepresidencia de la Asociación Democrática, cuyo presidente es el belga Lucien Jottrand y cuyo objetivo de ahora en adelante es abiertamente crear "de manera progresiva un partido democrático fuerte, unido y organizado en Bélgica". Marx se encuentra ahora en ruptura completa con el compromiso que asumió, a su llegada a Bruselas, de no mezclarse en política. Sin embargo, el poder belga todavía no se lo reprocha, aunque la vigilancia de que es objeto se estrecha.

El 29 de noviembre, en París, en el curso de un banquete conmemorativo que celebra a la vez el primer aniversario del aplastamiento de la insurrección de Cracovia y la revuelta polaca de 1830, Bakunin, que todavía se encuentra en la capital francesa, exhala a polacos y a rusos "a unirse contra el yugo extranjero". Es expulsado de Francia, a solicitud del embajador ruso Kiselev, y se refugia en Suiza.

El mismo día se abre en Londres el II Congreso de la Liga de los Comunistas. Se ha organizado un mitin para conmemorar la revuelta polaca de 1830. Marx y Engels están ambos presentes: éste en nombre

de la Comuna de París, aquél en el de la Asociación Democrática de Bruselas (pero no en nombre de la Comuna de Bruselas). Karl declara:

Comparado con otros países, Inglaterra es el país donde el antagonismo alcanzó el más alto nivel de desarrollo. Por eso la victoria de los proletarios ingleses sobre la burguesía inglesa tiene una importancia decisiva para la victoria de todos los oprimidos sobre los opresores. ¡Por eso hay que liberar a Polonia en Inglaterra, y no en Polonia!<sup>4</sup>

Al término de largos debates se decide, a partir de una propuesta de Engels, reemplazar la "profesión de fe" prevista en el precedente congreso por un "manifiesto comunista" que Karl es encargado de redactar sobre la base del borrador de la profesión de fe esbozado por Friedrich, que no había logrado ir más allá de una lista de doce puntos.

En diciembre, Engels todavía se encuentra en Londres, donde asiste a la reunión del comité central de la Liga. Allí se estipula que el objetivo de la organización es "derrocar a la burguesía, establecer la dominación del proletariado, abolir la vieja sociedad burguesa fundada en el antagonismo de clase, e instaurar una nueva sociedad sin clases ni propiedad privada".

Engels llega a París en enero de 1848, y en los camaradas de la Liga no descubre sino desmoralización, rivalidades internas y mezquindades. Comprueba la persistencia de la influencia de Proudhon y de Weitling sobre los medios obreros franceses. Vuelve a Bruselas el 31 de enero, desanimado.

Mientras tanto, Marx, nuevamente en Bruselas, no ha comenzado a redactar el manifiesto que la Liga le reclama no sin impaciencia. Ocurre que está ocupado preparando dos importantes discursos que pronunciará a comienzos de enero de 1848 y que, tanto uno como otro, marcan un giro en su pensamiento.

Uno trata sobre el librecambio. Mientras todavía se debate acerca de la abolición de las *Corn Laws* que protegen la agricultura inglesa, Karl pretende explicar a los obreros por qué el librecambio y la universalización de los mercados son deseables: al acelerar el desarrollo del capitalismo, la universalización abrirá el camino al socialismo. El 9 de enero de 1848, en Bruselas, ante la Asociación Democrática, pronuncia esa alocución capital sobre el librecambio, tan alejada, una vez más, de lo que muchos, incluso hoy, le hacen decir:

La situación más favorable para el trabajador es la del crecimiento del capital, hay que admitirlo [...]. En general, el sistema proteccionista de hoy es conservador, mientras que el librecambio es destructor. Rompe las viejas naciones y lleva al extremo el antagonismo entre el proletariado y la burguesía. En una palabra, el librecambio acelera la revolución, ¡y es con un objetivo revolucionario, señores, que voto en favor del librecambio!<sup>31</sup>

El espíritu del mundo concibe el socialismo como desenlace de la universalización del mercado.

El otro discurso se refiere a la explotación: en este texto pronunciado en la misma época, esta vez en Bruselas, pero siempre ante la Asociación de los Obreros Alemanes, y que más tarde será conocido con el título de *Trabajo asalariado y capital*, Karl describe por primera vez las grandes líneas de su teoría de la plusvalía. En esta suerte de curso inaugural de economía dispensado a obreros, en efecto, se encuentran bosquejadas sus ideas sobre la manera en que los capitalistas se apropián del valor creado por los obreros, remunerándolos tan sólo por lo que cuestan para reproducirse y no por lo que producen:

En consecuencia, el salario no es una parte del obrero en la mercancía que produce. El salario es la parte de las mercancías ya existentes con que el capitalista adquiere una cantidad determinada de fuerza de trabajo productiva. La fuerza de trabajo, por lo tanto, es una mercancía que su poseedor, el asalariado, vende al capital. ¿Por qué la vende? Para vivir.<sup>35</sup>

Sin embargo, un poco por todas partes en Europa, las autocracias comienzan a resquebrajarse. El 12 de enero de 1848, en Palermo y en Nápoles, un motín obliga a Fernando II a conceder una constitución. El acontecimiento señala el comienzo de las revoluciones de 1848.

El 26 de enero de 1848, el comité central de la Liga de los comunistas se enoja: comunica de Londres al comité regional de Bruselas una decisión del 24 de enero exhortando a Marx a entregar su manuscrito del *Manifiesto* para impresión antes del 1º de febrero o a restituir los documentos puestos a su disposición para escribirlo. Karl se decide y, en una semana, la última de ese mes de enero de 1848, redacta el *Manifiesto comunista*.<sup>41</sup>

Para él, se trata de un texto circunstancial, no de una obra personal. Por eso lo escribe al correr de la pluma, sin siquiera releerlo, y lo suelta con facilidad, a diferencia de lo que habría hecho con un texto firmado por él.

Por eso, ¡extraordinario mes de enero de 1848, donde habrá producido tres de sus textos mayores! Tres textos que permite divulgar: los dos primeros porque se trata de discursos, el último porque no lo firma.

En consecuencia, Marx retoma los doce puntos enumerados el año anterior por Engels, los condensa en diez y redacta la primera exposición completa del materialismo histórico, el primer texto también donde el proletariado aparece como una clase condenada a "pauperizarse", como se dice en la época, una clase "radicalmente desprovista de ilusiones": el *Manifiesto comunista*. Este texto, que emana de un joven filósofo alemán desconocido, de menos de 30 años, refugiado en Bruselas, se convertirá en el texto no religioso más difundido hasta nuestros días.

Para muchos biógrafos de Marx, el *Manifiesto* marcaría una ruptura con sus escritos precedentes, en la medida en que en él renunciaría al individualismo de los *Manuscritos de 1844* y de *La ideología alemana*. Algunos hablan incluso de un "antihumanismo teórico".<sup>56</sup> No es así: en la continuidad de los textos precedentes, el *Manifiesto* avanza hacia una concepción más completa del materialismo, en la cual la lucha de clases es el motor principal de la Historia, y el proletariado, el creador en marcha de una sociedad nueva. Es el comienzo del socialismo científico, el pasaje a la acción política para la conquista del poder.

El *Manifiesto* se abre con un llamado que centenares de millones de personas a través del mundo leyeron, a lo largo de un siglo, y que incluso muchos de ellos aprendieron de memoria:

Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada para acosar a ese fantasma: el papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes. ¿Qué partido de oposición no ha sido motejado de comunista por sus adversarios en el poder? ¿Qué partido de oposición a su vez no ha lanzado, tanto a los representantes más avanzados de la oposición como a sus enemigos reaccionarios,

rios, el epíteto infamante de comunista? De este hecho resulta una doble enseñanza. Que el comunismo está ya reconocido como una fuerza por todas las potencias de Europa. Que ya es hora de que los comunistas expongan a la faz del mundo entero sus conceptos, sus fines y sus aspiraciones; que opongan a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto del propio Partido. Con este fin, comunistas de diversas nacionalidades se han reunido en Londres y han redactado el siguiente manifiesto, que será publicado en inglés, francés, alemán, italiano, flamenco y danés.<sup>41</sup>

Y continúa de este modo:

La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes [...]. La moderna sociedad burguesa, que ha salido de entre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido las contradicciones de clase. Únicamente ha sustituido las viejas clases, las viejas condiciones de opresión, las viejas formas de lucha por otras nuevas. Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose cada vez más en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado.<sup>41</sup>

Una lucha entre dominantes y dominados, explotadores y explotados. En el origen, dice Marx, la sociedad primitiva permitía que cada uno fuera libre de ejecutar el trabajo necesario para su supervivencia. La división del trabajo acarreó el enriquecimiento de la humanidad y la aparición de las clases sociales. Hoy en día, el capitalismo simplifica los antagonismos entre éstas: en vez de los múltiples estratos de castas y de clases que marcaron a las sociedades anteriores, el capitalismo se caracteriza por una situación que no puede ser más sencilla: "Dos clases enemigas, la burguesía y el proletariado". Todo, inclusive la naturaleza del Estado, se explica desde entonces en términos de lu-

chas de clases: "El poder político, hablando con propiedad, es el poder organizado de una clase para la opresión de otra".<sup>41</sup>

En el capitalismo, la misma burguesía representa un papel revolucionario al desquiciar el potencial productivo de la humanidad, quebrar el aislamiento nacional, crear vastas metrópolis y aniquilar el feudalismo. A juicio de Marx, se trata aquí de un papel positivo. De este modo, escribe las más bellas páginas jamás publicadas a la gloria de la burguesía, que aún hoy en día conviene leer una y otra vez:

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incessantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales [...]. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma [...]. Y la libre competencia derriba todas las fronteras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros [...]. Ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, lo que constituye un formidable progreso porque, de ese modo, sustrajo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural.<sup>41</sup>

Marx continúa con el más bello elogio profético de la globalización venidera:

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. Y lo que es cierto de la producción material no lo es menos de las producciones del espíritu [...]. Las ideas de libertad religiosa y de libertad de conciencia no hicieron más que reflejar el reinado de la libre concu-

rrencia en el dominio de la conciencia [...]. Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras.<sup>41</sup>

Ninguna vuelta atrás es posible porque “¡no se puede volver atrás la rueda de la Historia!”.<sup>41</sup>

Pero, al mismo tiempo, el *Manifiesto* constituye una feroz denuncia de la explotación de la clase obrera:

El obrero no vive sino para acrecentar el capital, y tan sólo en la medida en que el interés de la clase dominante exige que viva [...]. La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Masas de obreros, hacinados en la fábrica, están organizados en forma militar. Como soldados rasos de la industria, están colocados bajo la vigilancia de una jerarquía completa de oficiales y suboficiales. No son solamente esclavos de la clase burguesa, del Estado burgués, sino diariamente, a todas horas, esclavos de la máquina, del capataz y, sobre todo, del patrón de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante cuanto mayor es la franqueza con que se proclama que no tiene otro fin que el lucro [...]. De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar. Las capas medias: el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino, todas ellas luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales capas medias. No son, pues, revolucionarias, sino conservadoras. Más todavía, son reaccionarias, ya que pretenden volver atrás la rueda de la Historia. Son revolucionarias únicamente cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, cuando abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado.<sup>41</sup>

La respuesta a la explotación no reside en el “socialismo verdadero” de los prudhonianos, que no es más que “una especulación [...]”

sobre la realización de la esencia humana" y que, hablando de la "alienación de la naturaleza humana" para criticar el régimen del dinero, profiere un "absurdo filosófico".<sup>41</sup> No, conviene llamar al proletariado internacional a no considerar más que sus propios intereses y a derrocar a los regímenes tanto autoritarios como "burgueses", vale decir, parlamentarios. Pero no para "tomar" el poder: mientras que, hasta entonces, cada clase oprimida que se adueñó del poder impuso "sus" propias formas de propiedad y de explotación a toda la sociedad, la clase obrera, por su parte, no tiene propiedad; su tarea histórica, por tanto, es abolir a la vez las clases, la propiedad privada y la explotación.

El proletariado debe, en primer lugar, conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse a sí mismo como nación. Mediante este acto sigue siendo sin duda nacional, pero de ninguna manera en el sentido de la burguesía.<sup>41</sup>

En el comunismo, los bienes necesarios para la satisfacción de las necesidades elementales de la vida serán producidos y distribuidos gratuitamente. Convertido en propiedad colectiva de todos, el capital no fabricará ya un nuevo antagonismo de clases sino una sociedad sin clases, en la cual todos los hombres serán realmente iguales.

Marx evaca entonces la cuestión del ejercicio del poder en la sociedad comunista y la del papel del Estado en el período de transición entre capitalismo y comunismo:

Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y se haya concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político. El poder político, hablando propiamente, es violencia organizada de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se constituye indefectiblemente en clase, si mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto clase dominante, suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, suprime, al mismo tiempo que estas relaciones de producción, las condiciones para la existencia del antagonismo de clase y de las clases en general, y, por tanto, su propia dominación como clase.<sup>41</sup>

En la misma época, el 28 de enero de 1848, en París, en la tribuna del Palacio Borbón, un diputado liberal, Alexis de Tocqueville, anuncia su temor por la inminencia de una revolución. A su juicio, resultará del desgaste del régimen, del conservadurismo de los partidarios del orden, de la ira de los partidarios del sufragio universal, de la miseria popular y del retorno de la idea de revolución en las sociedades obreras.

En efecto, algunos días más tarde estalla esta revolución, precisamente cuando el texto del *Manifiesto* está siendo encuadrado en Londres y listo para su publicación en alemán en las prensas de la imprenta Burghard, por medio de caracteres góticos comprados allende el Rin. El folleto aparece sin mención de autor: es atribuido a la Liga de los Comunistas.

Simultáneamente, el 2 de febrero de 1848, se firma en Norteamérica el tratado de Guadalupe Hidalgo, en cuyos términos México cede a los Estados Unidos los territorios de Texas –donde se encuentra Edgar, el hermano de Jenny–, California y varios otros.

El 10 de febrero de 1848, en Bruselas, Marx recibe por fin de su madre una parte de la herencia paterna, o sea, la suma bastante considerable de 6.000 francos oro (1.700 táleros). Intrigada por la importancia de esta suma, la policía belga pide a las autoridades de Tréveris que interroguen a la anciana señora; ésta confirma que realmente se trata de un pago que su hijo había reclamado desde hacía tiempo para subvenir al mantenimiento de su familia.<sup>230</sup>

En París, el 12 de febrero, Guizot y la mayoría de la Cámara rechazan una modesta enmienda parlamentaria que solicita al gobierno que inicie reformas "juiciosas y moderadas".<sup>163</sup> El 14, Guizot prohíbe la celebración de banquetes republicanos, luego moviliza a la tropa y ordena a la Guardia Nacional parisina que reprima las perturbaciones, cosa que ésta se rehúsa a hacer. Juntos, estudiantes y obreros –el "Infinito inferior" del que habla Hugo y la "vil multitud" de la que habla Thiers– se rebelan.<sup>163</sup> Por la tarde del 23 de febrero, la Guardia Nacional se pasa al campo de los insurgentes, que toman el Ayuntamiento y el palacio de las Tullerías. Dieciséis de ellos caen bajo las balas de la tropa. Luis Felipe debe abdicar. Se forma un gobierno republicano provisional, en el que figuran Ferdinand Flocon, redactor en jefe de un diario liberal, *La Réforme*, y dos demócratas socialistas, Louis Blanc y el "obrero" Albert, a quien el rumor presenta como el

jefe indiscutido de una sociedad secreta.<sup>163</sup> Este gobierno proclama la Segunda República, el derecho al trabajo, y deroga la pena de muerte en materia política.

El 26 de febrero se produce el acontecimiento que Marx espera desde hace dos años: en Londres, a sugerencia de Engels, los dirigentes de la Liga de los Comunistas, apostando a una extensión de la insurrección en Bélgica, deciden transferir la autoridad central de Londres a Bruselas, lo que equivale a entregar a Marx las llaves de la organización. Por otra parte, es elegido de inmediato presidente de un nuevo comité directivo de la Liga, compuesto esencialmente por sus amigos: Friedrich Engels, Wilhelm Wolff, Heinrich Bauer, Joseph Moll y Karl Wallau; Karl Schapper es su secretario. Inquieto al ver que ese movimiento que no puede ser más prusiano acerca su sede a sus fronteras, el gobierno de Berlín presiona a las autoridades belgas para que expulsen a esos exaltados.

En París, el 2 de marzo, el gobierno limita la jornada de trabajo a diez horas; afirma el principio del sufragio universal, la libertad total de la prensa y el derecho de reunión. Para dar un contenido al derecho al trabajo que acaba de ser proclamado, se crean talleres nacionales que supuestamente emplearán a todos aquellos que aspiran a trabajar.

El 3 de marzo, el rey de los belgas, inquieto ante una agitación semejante y cediendo a las presiones prusianas, decide echar del reino a los refugiados alemanes que infringieron su promesa de neutralidad. Marx, en particular, es expulsado de Bélgica, así como Engels, que narra el episodio en su estilo ya estereotipado:

Las autoridades belgas la emprendieron con los elementos más revolucionarios de la Asociación, y, como era de esperarse, los demócratas pequeñoburgueses belgas no supieron ponerse a la cabeza de las masas belgas. En tales condiciones, la actividad de la Asociación Democrática se apagó progresivamente y cesó por completo a partir de 1849.<sup>112</sup>

El mismo día, el periodista Ferdinand Flocon, miembro del gobierno provisional de la Segunda República, refiere el destierro que afecta a Marx en 1845 e invita a su colega para que vuelva a instalarse en París. El comité central de la Liga da plenos poderes a Marx para que la recree en París. No habrá pasado más de un mes en Bruselas...

Karl llega el 5 de marzo con Jenny, Hélène y los tres niños, tras un viaje penoso, ya que los rieles del ferrocarril habían sido arrancados en varios sitios. Engels, Freiligrath y algunos otros los acompañan. Bakunin también vuelve a París desde Ginebra, donde se había exiliado. Las señales de la Revolución están por todas partes: barricadas levantadas, tiendas despojadas, Palacio Real y Tullerías saqueados. Las ideas son un hervidero y circulan por doquier: ¡doscientos diarios aparecen cada día en la capital! En *Le Peuple constituant*, Lamennais propone la creación de mutuales: "Por lo tanto, para que el trabajo futuro se convierta en una prenda real, es necesario que sea seguro, y lo será por la asociación".<sup>67</sup> Louis Blanc sugiere "destruir el monstruo espantoso de la competencia"<sup>67</sup> y generalizar los "talleres especiales, cuyas ganancias servirán para el mantenimiento de los ancianos, los enfermos, los inválidos, y el alivio de las crisis". Proudhon recomienda la apertura de un Banco del Pueblo, sin capital ni ganancias, que haga circular bonos de intercambio prendados sobre el producto del trabajo de cada miembro, por el cual el dinero sería prestado sin interés a los pequeños propietarios y a los obreros.<sup>67</sup> También sugiere la creación de un Banco Hipotecario, "instrumento de revolución con respecto a las deudas y usuras, para permitir que el campesino se libere de la explotación". La nacionalización se convierte entonces en uno de los temas más frecuentemente evocados. Cabet propone que "los medios de producción y las materias primas estén centralizados, que las profesiones sean atribuidas por concurso, y los salarios según las necesidades".<sup>67</sup> Laponneraye, Lahutière, Pillot, Dézamy, herederos de Babeuf, predicen la "comunidad de las propiedades, del trabajo y de la educación".

En París cunde el desorden. Bakunin corre de un lado para el otro. Según un testigo,

ya no abandona los puestos de los miembros de la Montaña; allí pasa sus noches, come con ellos y no se cansa de predicarles el comunismo y la igualdad de salario, la nivelación en nombre de la Igualdad, la emancipación de todos los eslavos, la abolición de todos los Estados análogos a Austria, la revolución permanente y la lucha implacable hasta el exterminio del último enemigo.<sup>230</sup>

A partir de su llegada a París a comienzos de febrero de 1848, Marx es abordado por un periodista estadounidense, Charles Dana, corres-

ponsal del *New York Tribune*, entonces el periódico más grande del mundo, que posee el mejor equipo de redactores y puede jactarse de un nivel político y literario elevado. Dana trata de saber qué está preparando. Los dos hombres simpatizan. Prometen volver a verse. Es el comienzo de una larga colaboración.

Karl, por su parte, se interesa por lo que pasa en Alemania y trata de organizar a los obreros alemanes presentes en París para integrarlos a la Liga, a cuyos órganos dirigentes instala en su casa.

Ocurre que todo se mueve muy rápido en el resto de Europa. En todas partes, los obreros van a la huelga por mejores salarios, los campesinos reclaman más tierras y una reducción de las tasas. En Viena estalla una insurrección el 13 de marzo. En Prusia, el 17, las manifestaciones se multiplican, sobre todo en Berlín, para impedir la celebración de elecciones muy limitadas previstas para el mes siguiente. Retrocediendo ante el motín, Federico Guillermo IV retira la tropa de Berlín y acepta el reclutamiento de un ejército de ciudadanos. Cantidad de príncipes alemanes siguen su ejemplo, nombran ministros liberales, prometen la libertad de prensa y el derecho de reunión, dicen ser favorables a un parlamento nacional alemán. En Fráncfort en particular, se autoconstituye un "parlamento" surgido de los movimientos revolucionarios, al que una mayoría liberal impide transformarse en "comité ejecutivo revolucionario permanente".

En París, los emigrados alemanes se pavonean; muchos aspiran volver a su país para pelear o entrar en la política. El que había acogido a los Marx en París a fines de 1843, el poeta Georg Herwegh, forma una Legión Democrática, suerte de brigada internacional de casi quince mil hombres que se pone en marcha, el 18 de marzo, en dirección a Alemania. Karl es muy hostil a todo esto: no cree que los movimientos sociales en Alemania puedan desembocar en mucho más que una república parlamentaria, porque la opinión pública no está lista para una revolución comunista. Los emisarios que envía para apreciar la audiencia de las tesis comunistas ante los obreros alemanes se lo confirman: el comunismo suscita en todas partes indiferencia o aversión. Por lo tanto, el momento es más para la propaganda política que para la acción militar. "La Revolución —piensa Karl— es un asunto demasiado serio para que se lo debilite con gestos heroicos románticos que sirven al enemigo."<sup>210</sup> En consecuencia, hace todo lo posible para convencer a Herwegh de que no haga partir a su

Legión y para impedir que Engels, que adora la guerra, se una a ellos. El proyecto de Herwegh obtiene el apoyo de una mayoría en el gobierno francés, que acepta financiar el proyecto a partes iguales con la suscripción. Como la mayoría de los pequeños artesanos alemanes refugiados en París padecieron en toda su extensión la crisis y fueron despedidos sin consideraciones, financiar la partida de los inmigrantes para la reconquista de su país de origen es una solución mucho menos onerosa que ayudarlos a encontrar trabajo.<sup>248</sup> Durante un inmenso mitin que reúne a los exiliados, Marx toma la palabra. "Esta aventura –dice– permitirá que los ejércitos prusianos aplasten la revolución y que los burgueses liberales franceses se liberan con pocos gastos de una gran parte de los revolucionarios auténticos. Por lo tanto, es una necesidad."<sup>248</sup> Friedrich renuncia, como todos los comunistas, pero la Legión se pone en movimiento. Sus miembros tratan a Marx de "cobarde" y de "traidor", antes de ser detenidos y diezmados, el 10 de abril, apenas franqueada la frontera del gran ducado de Bade. Herwegh, por su parte, se salvará.

Marx parte también en el mismo momento para Colonia en compañía de Engels y de Freiligrath, no para pelear sino para preparar las elecciones, cuya celebración acaba de ser anunciada para fines de abril en toda Alemania. Los tres se instalan el 11 de abril en Colonia, entonces gobernada por un Comité de Salvación Pública que les entrega un permiso de residencia. Karl se encuentra con los dirigentes de la izquierda local, animada por un jefe muy popular, Andreas Gottschalk. Comienzan a discutir acerca de lo que conviene hacer para las elecciones. Marx es favorable a una alianza con la burguesía, aunque piensa que sólo conducirá a la instauración de una democracia parlamentaria. Gottschalk, por su parte, se muestra desfavorable: la democracia no es su objetivo. Los primeros ejemplares del *Manifiesto* llegan a Alemania; algunos diarios difunden extractos. Unos y otros se movilizan para convencer a los electores: Bakunin desembarca en Fráncfort, luego se dirige a Colonia, Berlín y Leipzig; Marx también recorre las ciudades de Renania para amotinar a los partidarios.

En Düsseldorf conoce a un joven de 23 años proveniente de una gran familia de Wroclaw, Ferdinand Lassalle, que se propone para ayudarlo en Alemania.<sup>74</sup> Tienen una cantidad de puntos en común: Lassalle es judío, nacido en una familia burguesa; sueña con ser so-

cialista, filósofo, y trabaja sobre... ¡Heráclito! Marx le explica que los alemanes, a diferencia de los franceses, sólo son revolucionarios en espíritu, en la esfera del puro pensamiento. En consecuencia, no supieron subvertir el orden aristocrático prusiano para reemplazarlo por instituciones democráticas burguesas.<sup>44</sup> Por poco que le guste a Gottschalk, una revolución puramente proletaria en Prusia –explica Marx– no tiene la menor significación histórica ni la menor posibilidad de éxito. La necesidad del devenir histórico no autoriza que se puedan quemar sus etapas alegremente. Por tanto, más vale sostener las reivindicaciones burguesas para tratar de imponerse, llegado el momento, como la vanguardia del movimiento. Lassalle está de acuerdo.

En algunos días, entonces, Marx redacta con Engels su primer programa político concreto con miras a definir lo que podría constituir una plataforma común con la burguesía: *Les demandes du Parti communiste en Allemagne* [Las peticiones del Partido Comunista en Alemania].<sup>45</sup> El artículo primero proclama: "Toda Alemania es declarada república una e indivisible", de lo cual la burguesía acepta hacerse cargo, así como de la dieta abonada a los diputados. Pero, así como lo había previsto Marx, no quiere ni oír hablar de sus otras proposiciones: un impuesto progresivo sobre el ingreso, la gratuitud de la educación, la nacionalización de los medios de transporte y la creación de un banco central. Una vez más, contrariamente a lo que luego se dirá, Marx no es favorable a una nacionalización total de los medios de producción, sobre todo en un país donde el capitalismo no se desarrolló plenamente.

A fines de abril, como lo había previsto, el centro liberal gana las elecciones. El 18 de mayo de 1848, el Parlamento abre solememente sus sesiones en la iglesia Saint-Paul de Fráncfort. Su doble tarea: redactar una Constitución e instalar un gobierno.

En el mismo momento, como ya lo hizo en dos oportunidades, Marx funda en Colonia, ciudad de sus comienzos como periodista, un periódico, esta vez un diario: el *Neue Rheinische Zeitung* [Nueva gaceta renana].<sup>46</sup> A este diario, escribe Karl, "no se podía dar más que una bandera, la de la democracia, pero una democracia que pondría de manifiesto en toda ocasión la índole específicamente proletaria que todavía no podía enarbolar".<sup>47</sup> Fiel a su idea de una alianza entre demócratas liberales y socialistas contra las dictaduras, busca finan-

cistas entre los liberales, y lo logra con creces: Ludolf Camphausen, rico industrial, y David Justus Hansemann, presidente de la Cámara de Comercio de la ciudad, se convierten en sus socios comanditarios.

El 31 de mayo sale el primer número del *Neue Rheinische Zeitung*, donde Karl se ocupa de todo, desde la redacción hasta los pedidos de papel. Elige los títulos y garantiza el cierre al fin de la tarde. Engels describirá la redacción como "una pura dictadura de Marx". Al comienzo, el diario concentra sus ataques contra la monarquía. Pero, muy rápido, debe asumir intereses contradictorios porque sus comanditarios entran en el gobierno.

En efecto, a comienzos de junio, un primer gobierno imperial se constituye bajo la tutela del archiduque austriaco Johann; Camphausen y Hansemann, ambos accionistas de la *Nueva Gaceta*, se convierten respectivamente en primer ministro y ministro de Finanzas! El ministerio de Relaciones Exteriores es confiado a un prusiano. Camphausen propone a Marx que se una a su gabinete. Karl declina el ofrecimiento y se concentra en su diario, que no tarda en criticar al gobierno, el cual, advierte, "deja el campo libre a un contraataque de los aristócratas y la gran burguesía".<sup>45</sup> De hecho, la burguesía alemana escoge la alianza con los grandes terratenientes y con el Estado prusiano contra el liberalismo político. El gobierno también está paralizado por el rechazo austriaco a abandonar su soberanía, recientemente reforzada, sobre territorios no germanófonos.

Mientras tanto, del 2 al 9 de junio de 1848, se celebra en Londres el III Congreso de la Liga de los Comunistas. Por falta de dinero, Marx, que sigue siendo su líder, tuvo que quedarse en Colonia para ocuparse de su diario. Wilhelm ("Lupus") Wolff representa a la Comuna de Bruselas; Engels, a la de París. Para mantener la unidad de la organización en este período de disturbios, se aportan dos modificaciones a los estatutos de la Liga, que prefiguran el "entrismo" de las organizaciones revolucionarias ulteriores: "Consideramos un error político prohibir que los miembros de la Liga pertenezcan a una asociación política o nacional, porque de este modo nos privamos de toda posibilidad de acción sobre tales asociaciones". De igual modo se tacha el artículo 21 de los estatutos, que estipulaba democráticamente que "todas las decisiones del Congreso, con fuerza de leyes, son presentadas para la aprobación o el rechazo de las comunas", bajo el pretexto de que "en un período revolucionario esta restricción quitaría toda

energía al Congreso. Recordemos que, en 1794, los aristócratas exigieron lo mismo para paralizar toda acción".

En el mismo momento, en París, se dibuja una evolución paralela a la de allende el Rin: una Asamblea Constituyente elegida en abril, donde una fuerte mayoría de notables provinciales ocupan escaños, proclama la Segunda República. El gobierno provisional es reemplazado por una Comisión Ejecutiva. El 21 de junio, pretextando que no suministran suficiente trabajo, o sólo trabajos de desmonte sin relación con la formación de los obreros, la Comisión cierra los talleres nacionales, esperando de ese modo sofocar la agitación obrera. La reacción es violenta: de 120 mil obreros despedidos por los talleres nacionales, 20 mil van a la calle el 23 de junio. Se erigen cuatrocientos barricadas en el Este parisino.<sup>163</sup> Los insurrectos gritan: "¡Trabajo o pan! ¡Pan o plomo!".

El gobierno se rehace, manda arrestar a los conductores y confía plenos poderes al general Cavaignac, que, del 23 al 26 de junio de 1848, domina la sublevación. La represión ocasiona 5 mil muertos; 11 mil obreros son arrestados, 4 mil deportados a Argelia.<sup>163</sup> El 3 de julio, los talleres nacionales son cerrados definitivamente. Proudhon se exilia. "Ya no creo en una República que comienza por degollar a sus proletarios",<sup>164</sup> escribirá George Sand.

En Colonia, Marx solicita su reintegración a la nacionalidad prusiana, perdida en 1845 cuando había solicitado partir para América. El gobierno prusiano se la niega el 3 de agosto. Karl apela esta decisión el 22. En vano.

En París, Louis Blanc redacta un anteproyecto de Constitución que proclama explícitamente el derecho al trabajo:

La República tiene el deber de proteger al ciudadano en su persona, su familia, su domicilio, su propiedad, de proveer la asistencia o el trabajo a quienes no pueden procurarse los medios de vida, de difundir la instrucción gratuita de manera de dar a cada uno los conocimientos indispensables a todos los hombres y de fecundar la inteligencia.

Alexis de Tocqueville denuncia lo que llama una "guerra social, una suerte de guerra civil", y el 12 de septiembre de 1848 se opone a la inscripción de ese derecho al trabajo en la nueva Constitución. Su *Dis-*

*cours sur le droit au travail* [Discurso sobre el derecho al trabajo]<sup>267</sup> es el primer texto importante contra el socialismo:

El primer rasgo característico de todos los sistemas que llevan el nombre de socialismo es un llamado enérgico, continuo, inmoderado, a las pasiones materiales del hombre [...]. La prosperidad material es un gran peligro, sobre todo porque conduciría a una pérdida democrática; la pasión por el bienestar material se vuelve obsesiva e impide consagrarse a sus deberes de ciudadano.

A la manera de ver de Tocqueville, la búsqueda de una igualdad universal acarrea la negación de la libertad, y el socialismo es "una nueva forma de la servidumbre". En su opinión, la igualdad debe combinarse con la libertad: "La democracia y el socialismo sólo se sostienen por una palabra, la igualdad, pero observen la diferencia: la democracia quiere la igualdad en la libertad, el socialismo quiere la igualdad en el malestar y la servidumbre". También rechaza la idea de un Estado protector porque, según dice, basta con "incrementar, consagrarse, regularizar la caridad pública".<sup>267</sup>

El mismo día, en Colonia, Marx comprueba que la alianza con los demócratas liberales es imposible. Debe cambiar de estrategia. De hecho, los fracasos de las cooperativas de Owen, de los fálanstérios de Fourier y de los talleres nacionales de Louis Blanc, la casi desaparición de las cooperativas de producción constituidas a comienzos de siglo y la decepción de las revoluciones nacionales dejan el campo casi libre a su nuevo proyecto: la guerra absoluta contra el capital.

Entonces, por primera vez, bosqueja el concepto de "dictadura provisional", que pronto se convertirá en el de "dictadura del proletariado". El 16 de septiembre escribe en el *Neue Rheinische Zeitung*:

Toda situación provisional del Estado tras una revolución reclama una dictadura, y hasta una dictadura enérgica. Desde el comienzo reprochamos a Camphausen no actuar con medios dictatoriales, no haber inmediatamente destruido y reprimido los restos de las antiguas constituciones. Precisamente cuando el señor Camphausen se dejaba acunar por ensueños constitucionales, el partido derrotado reforzaba sus posiciones en la administración y el ejército.<sup>45</sup>

Ante tales ataques, los comanditarios liberales del *Neue Rheinische Zeitung* se retiran. Tanto el gobierno como la Asamblea carecen de poder frente a la monarquía. Para defender la esperanza democrática, el 19 de septiembre se desencadenan motines un poco por todo el país, en particular en Fráncfort. Loco por la estrategia militar, Engels se siente como pez en el agua para describirla:

La sublevación más sangrienta que exista estalló en Fráncfort; el honor de Alemania, vendido por la Asamblea Nacional a un ministerio prusiano despedido en la vergüenza y la infamia, será defendido, al costo de su vida, por los trabajadores de Fráncfort, de Offenbach y de Hanau, y por los campesinos de la región. La lucha todavía es incierta. Los soldados parecen no haber progresado mucho desde ayer a la tarde. El pueblo, la mayoría de las veces desarmado, debe no sólo luchar contra el poder, recuperado por la burguesía, del Estado organizado de los militares y los funcionarios, sino que también debe luchar contra la propia burguesía armada. El pueblo no organizado y mal armado tiene frente a él a todas las otras clases de la sociedad, bien organizadas y bien armadas. Y por eso, hasta ahora, el pueblo sucumbió y sucumbirá, hasta que sus adversarios estén debilitados ya sea porque sus tropas estén ocupadas en la guerra o porque se desunán, o hasta que algún gran acontecimiento empuje al pueblo a un combate desesperado y desmoralice a sus adversarios.<sup>45</sup>

Al día siguiente, Engels hace algo más que escribir: se prepara para pasar a la clandestinidad.

Marx endurece su oposición a medida que la burguesía retrocede frente a la reacción. El 25 de septiembre de 1848, en Colonia, se decreta la ley marcial, y se suspende la publicación del *Neue Rheinische Zeitung*. El 27, el Parlamento de Fráncfort, cada vez más aislado frente al poder monárquico, todavía encuentra la manera de promulgar los “derechos fundamentales del pueblo alemán [...] que expresan la voluntad de derogar los privilegios e instaurar la igualdad de los derechos de cada ciudadano, a la manera de las revoluciones francesa y norteamericana”.

El 12 de octubre reaparece el *Neue Rheinische Zeitung*, mientras se atasca la revolución y los revolucionarios se hacen pedazos entre sí. El diario de Marx acusa a Bakunin de ser un agente zarista, basándose

—dice— en un testimonio de George Sand.<sup>244</sup> Pero la escritora francesa niega haber puesto en duda la lealtad del revolucionario ruso, y Marx publica su desmentida.<sup>45</sup> Una carta del 18 de octubre de Georg Jung a Arnold Ruge describe la impresión producida por Marx: “Un revolucionario absolutamente desesperado”.<sup>248</sup>

Pronto se producirá la desbandada. El 22 de noviembre, el joven Ferdinand Lassalle, que se ha entregado con alma y vida a la revolución, es detenido en Düsseldorf, con otros, por haber llamado a la resistencia armada contra el Estado. Engels, que también se ha comprometido en la lucha armada, es buscado por la policía y huye a Francia, luego a Suiza, mientras sus camaradas son hostigados penalmente.

En París, la evolución es exactamente paralela: el poder reaccionario surgido de las urnas instala, como en Berlín, los instrumentos de retorno a la dictadura. El 10 de diciembre de 1848, Luis Napoleón Bonaparte es elegido primer presidente de la República Francesa frente al general Cavaignac, desacreditado por las matanzas de junio. Adolphe Thiers, líder monárquico, ha convencido a sus colegas para que sostengan al futuro Napoleón III —“Es un cretino al que llevaremos de la nariz”—, máxime cuando la Constitución de la Segunda República prohíbe que el presidente en ejercicio solicite un nuevo mandato, y cuando las nuevas elecciones son para dentro de dos años. Luis Napoleón Bonaparte presta juramento ante la tribuna y jura, “en presencia de Dios y del pueblo francés, representado por la Asamblea Nacional, ser fiel a la República democrática, una e indivisible, y cumplir con todos los deberes que [le] impone la Constitución”.

El 15 de diciembre, Marx echa pestes contra la burguesía europea, que “no levantó ni el dedo meñique: apenas permitió que el pueblo luchara por ella”.<sup>45</sup> Lo había previsto, sin por ello haber deseado que ocurriera —era excesivamente temprano—, pero ahora había que sacar las lecciones: ¡al proletariado le correspondía organizarse por y para sí mismo!

En medio del tumulto de estos acontecimientos se produce un descubrimiento que Marx va a calibrar de entrada en su totalidad: el alemán Gustav Kirchoff demuestra que los fenómenos asociados a las corrientes eléctricas son de la misma naturaleza que los fenómenos electroestáticos, y de tal modo abre el camino a la constitución de circuitos eléctricos. Aquí Karl ve el anuncio de una revolución mucho más importante que la de la máquina a vapor, y, *a fortiori*, más

determinante que la revolución política, en la que está llegando a un punto muerto.

En enero de 1849, Engels continúa refugiado en Suiza, mientras que Marx sigue dirigiendo y publicando su diario contra viento y marea. Escribe contra el rey, contra el gobierno, contra el ejército, contra los jueces, contra los funcionarios del fisco, contra los diplomáticos. Perseguido por ultraje a un magistrado y por incitación a no pagar los impuestos, él mismo se ocupa de su defensa, los días 7 y 8 de febrero, sosteniendo que el gobierno violó las leyes sobre las cuales pretende apoyarse el tribunal. El jurado pronuncia su absolución y el presidente del tribunal lo felicita por la calidad de su defensa.

El 10 de febrero publica el primero de una serie de artículos que denuncian las ilegalidades cometidas en contra de su nuevo amigo Ferdinand Lassalle, que sigue encarcelado: "En este momento hace once semanas que Lassalle está pudriéndose en la prisión de Düsseldorf, y sólo ahora se cierra la investigación sobre hechos simples, que nadie negó jamás".<sup>45</sup> El 3 de marzo, Marx y Engels van a ver al fiscal general de la ciudad, Nicolovius, para protestar contra el aplazamiento del proceso a una fecha posterior.

El 28 de marzo de 1849, los 568 miembros de la Asamblea de Fráncfort elevan por una pequeña minoría al rey de Prusia Federico Guillermo IV a la dignidad imperial, en los términos de una Constitución que es adoptada por veintiocho de los treinta Estados alemanes. Cuando el emperador de Austria protesta contra este cuestionamiento de su predominio tradicional, el rey de Prusia, que no quiere una "corona recogida en la calle", rechaza tanto el título como la Constitución. El Parlamento, abandonado por los liberales, se muda entonces a Stuttgart, de donde pronto es echado por el ejército de Württemberg.

Se reanudan los disturbios para imponer la Constitución. Y son reprimidos a sangre y fuego. A fines de abril de 1849, en Dresden, durante los motines, un joven músico, Richard Wagner, conoce a Bakunin, que reside allí en secreto desde mediados de abril. El 6 de mayo, cuando el ejército prusiano viene a restablecer el orden, Wagner guía a través de las calles de la ciudad a destacamentos de guardias comunales e informa al gobierno provisional sobre el avance de las tropas prusianas. Apenas el ejército logra penetrar en la ciudad, Bakunin es capturado y Wagner huye. El primero inspirará al segundo, se dice, el personaje de Sigfrido.

Engels se une a las tropas insurrectas en el Bade y el Palatinado bajo la conducción de Willich. Inquieto ante la idea de ver que sus amigos parten con las manos desnudas, Marx consagra casi la totalidad de su parte de la herencia paterna (5.000 de los 6.000 francos oro) a adquirir armas para ellos.<sup>201</sup> Los combates son severos, y Moll, uno de los fundadores de la Liga en Londres, convertido en uno de los fieles de Marx, deja la vida en ellos. Engels desaparece sin dejar huellas; nadie sabe si está vivo o muerto. El manto de plomo monárquico cae sobre el reino de Prusia.

En Francia, el 13 de mayo, las elecciones legislativas dan 490 bancas al partido del orden, contra 180 de los miembros de la Montaña y 80 de los republicanos moderados. El manto de plomo bonapartista cae sobre la República Francesa.

En Colonia, el 16, Karl recibe la orden de abandonar el territorio prusiano "por haber violado vergonzosamente el derecho de hospitalidad", según especifica el decreto de expulsión.<sup>213</sup> El 18 publica el último número del *Neue Rheinische Zeitung*, impreso en caracteres rojos, con un poema de adiós en primera plana de Ferdinand Freiligrath, que huye a Londres:

Adiós entonces, adiós el trueno del combate  
 Adiós compañeros de batalla  
 Y también vosotros, campos sucios de polvo  
 Adiós las espadas y las lanzas  
 Adiós entonces, pero no para siempre.  
 No matarán nuestras ideas, oh hermanos míos.  
 Llegará la hora y yo renaceré  
 Vivo siempre y una vez más:  
 Sobre el Danubio y el Rin, con las palabras, con la espada  
 En todos lados formaré parte del pueblo insurrecto  
 La compañía fiel sobre los campos de batalla  
 Sublevada, perseguida, viva.

En total, el diario habrá costado 7.000 táleros a Karl, quien habrá empeñado a la vez el resto de su herencia y todos los bienes familiares, inclusive el conjunto de libros que guardó en Alemania. Jenny, que encuentra refugio en Tréveris en casa de la señora Von Westphalen, su madre, presenta a sus hijos a la madre y a las hermanas de Karl, ho-

rrorizadas de saber que su hijo y hermano se ha convertido en un dirigente revolucionario.

En cuanto a Karl, parte para Fráncfort, luego para Mannheim, Ludwigshafen, Karlsruhe, Spire y Kaiserslautern, donde se pone en campaña. No se siente echado. Declara a un periodista de *Die Presse* [La Prensa]: "Tras la prohibición de residir en Prusia, primero me retiré en el gran ducado de Hesse, donde no me estaba de ningún modo prohibido residir, así como tampoco en el resto de Alemania". Pero de nuevo es detenido y luego puesto en libertad en Hamburgo, donde recibe un pasaporte válido exclusivamente para París. Debe abandonar Alemania, esta vez en serio, con un destino impuesto.

Marx llega a la capital francesa el 3 de junio de 1849. Se muestra confiado en su porvenir. El 7 de junio escribe que ahora espera tener a su disposición al conjunto de la prensa revolucionaria francesa. No se da cuenta de que está en camino de ser sofocada por la censura.

Entonces París es víctima de una epidemia de cólera. El revolucionario ruso Alexandre Herzen escribe: "El aire era oprimente. Un calor sin sol agobiaba a los hombres. La epidemia producía innumerables víctimas".<sup>213</sup> El clima político también se vuelve sofocante. Como el presidente Luis Napoleón Bonaparte ha enviado a Italia a un cuerpo expedicionario para ayudar al Papa a combatir a los republicanos, el 11 de junio, el jefe de la Montaña, Ledru-Rollin, pide a la Cámara que lo acuse por violación de la Constitución, ya que ésta estipula que "la República Francesa jamás empleará sus fuerzas contra la libertad de ningún pueblo". El discurso de Ledru-Rollin, escribirá Marx, es "desnudo, sin maquillaje, basado en hechos, concentrado, vigoroso";<sup>21</sup> pero la Cámara aplaza la discusión sobre su propuesta.

El 13 de junio, fracasa una manifestación de protesta organizada por los miembros de la Montaña. El 19, la libertad de asociación es suspendida por un año; la libertad de prensa es suprimida. Todos los diarios con que contaba Marx están cerrados. Ledru-Rollin huye a Inglaterra, al igual que Louis Blanc. Otros son detenidos. El mismo día, Bakunin es entregado por Alemania a Austria y luego extraditado a Rusia, donde pasará ocho años en prisión antes de ser deportado a Siberia y desaparecer en la noche de las mazmorras rusas.

El 19 de julio, el príncipe-presidente asigna a Marx por tiempo indeterminado al departamento de Morbihan, "pantano Pontins de la Bretaña". Karl vacila. En el curso del terrible mes de agosto de 1849,

Cabet, también expulsado, deja Francia y parte para Texas a unirse con una comunidad de icarios, antes de morir un año después en Saint Louis.

Todos sienten que se ha cortado en seco el sueño de una democracia europea reunida. Sin embargo, ese sueño todavía es magníficamente narrado, el 21 de agosto, por Victor Hugo, diputado de París en la Asamblea Nacional, en su discurso de apertura de un Congreso Internacional de la Paz en esa ciudad:

¡Llegará un día en que tú, Francia, tú, Rusia, tú, Italia, tú, Inglaterra, tú, Alemania, todas vosotras, naciones del continente, sin perder vuestras cualidades distintas y vuestra gloriosa individualidad, os fundiréis estrechamente en una unidad superior, y constituiréis la fraternidad europea!

Marx vacila: ¿a dónde ir? ¿A Suiza? ¿A Norteamérica? Recordando su viaje de 1845, decide: será Londres. El 27 de agosto deja Francia y se embarca para Inglaterra, país cuya lengua habla mal y donde nadie lo espera. Tiene 31 años. No tiene ni un céntimo, ni un aliado, ni un sostén, ni un oficio. No tiene noticias de su mujer ni de sus tres hijos; su mejor amigo tal vez ha muerto en los últimos sobresaltos de una revolución fallida. El peso de la nada se derrumba sobre él.

### III. EL ECONOMISTA INGLÉS (agosto de 1849-marzo de 1856)

GRAN BRETAÑA, donde Karl Marx desembarca el 26 de agosto de 1849, observa con desdén los sobresaltos del continente. En la crisis que entonces reina en Europa, sigue siendo el país más rico, el más avanzado, el más prometedor. La revolución industrial, iniciada allí a fines del siglo XVIII al poner el carbón al servicio de la máquina, sigue modificando en profundidad la economía. La industria, primero textil, ahora encuentra un nuevo desarrollo con el ferrocarril, que se convierte en el principal consumidor de carbón, de hierro, y por tanto de acero, cuya producción va a ser estremecida pronto por la invención del convertidor por Bessemer, y luego por la del horno a fogón abierto. Con 6.000 millas de vías férreas, la red de base del país está instalada; comerciantes y mercancías pueden circular de una ciudad a otra. Aparecen patrones de un nuevo género, en su mayoría originarios de la clase media. Si lord Elcho produce el carbón y el hierro, es Thomas Brassey el que construye viaductos y ferrocarriles, son los hermanos Brass los que producen la cerveza, es un tal Samuel Morley el que se convierte en el rey de la mercería. Se abren las bolsas de Manchester, Liverpool y Glasgow, completando la de la City y favoreciendo la emergencia, en todo el país, de una nueva categoría de accionistas, rentistas o comerciantes; su ahorro, demasiado importante para ser en su totalidad movilizado al interior, es exportado, sobre todo hacia América del Norte y Europa continental, para financiar la construcción de ferrocarriles con materiales y equipamientos británicos. Thomas Brassey, por ejemplo, edifica en un cuarto de siglo 7.000 kilómetros de líneas y de viaductos a través de cuatro continentes, entre ellos la mitad de las líneas francesas. Tendrá hasta 10 mil asalariados y edificará una fortuna personal de más de 3 millones de libras. Primer gran capitalista.

Entonces, Gran Bretaña no se mezcla mucho con los asuntos políticos del mundo, prefiriendo dejar que los otros gobiernos del continente se preocupen por mantener el orden sin intervenir casi nunca

en las guerras que allí se libran, reservando a sus soldados para las conquistas coloniales y la protección de sus líneas comerciales. En la India, sobre todo, gracias a su potencia militar y a la corrupción de los príncipes locales, el Imperio Británico anexa el Pendjab.

Si el prestigio social de la aristocracia británica permanece incólume, esa burguesía británica instala una nueva ideología, característica del reino de Victoria que comenzó diez años antes: represión de la sexualidad, sentido del deber, apología de la familia, glorificación del ahorro y el trabajo.

Cuando llega Marx, Londres alberga 2,4 millones de habitantes. Es la ciudad más lujosa del mundo y a la vez un infierno para los pobres, cuyas condiciones de alojamiento y de higiene son espantosas. En los barrios obreros no se cuenta más que con un sanitario por cada 125 habitantes; menos de un niño de cada dos sobrevive después de los 5 años.

Contrariamente a los Estados del continente, todos los cuales, uno tras otro, están volviendo a caer en la dictadura, Inglaterra sigue siendo un país relativamente poco autoritario. Dos grandes partidos se constituyen en el seno de la burguesía: uno liberal, el otro conservador, herederos de los *whigs* y los *tories*. Los hombres ricos, únicos electores, eligen parlamentarios con poderes muy amplios, pese a las veleidades autoritarias de Victoria y de su esposo, el príncipe Alberto, de origen alemán. El derecho de voto es progresivamente extendido a algunos obreros, pero las mujeres y los pobres siguen siendo excluidos. En el mundo obrero, el movimiento cartista –sobre el cual Marx había fundado tantas esperanzas durante su primera estadía en Londres en 1845– queda sofocado por la competencia con el movimiento sindical, partidario del librecambio, del diálogo con los patrones y el reformismo.

Estos primeros sindicatos obtienen de algunos industriales la satisfacción de dos de sus principales reivindicaciones: el *sábado inglés* –vale decir, la interrupción del trabajo obrero el sábado a las 14 horas– y la instalación (por lo menos teórica) de un control de las condiciones de trabajo en fábrica por inspectores nombrados por el Estado. Las condiciones de vida de los obreros no dejan de ser menos espantosas: la duración semanal media del trabajo sigue siendo de sesenta y cuatro horas, con una remuneración apenas suficiente para garantizar la supervivencia del trabajador y los suyos.

La prensa británica es mucho más libre que sus homólogas del continente. En Gran Bretaña –en este caso incluso es el único país del mundo junto con los Estados Unidos– los diarios se venden al aire libre, al pregón y por ejemplar. En Londres, el órgano de prensa más grande, el *Times*, es más o menos independiente de los partidos; en las provincias existen incluso diarios abiertos a las ideas socialistas, como el *Manchester Advertiser*. Por todas partes aparecen numerosas publicaciones más radicales, que no son perseguidas sino en caso de declaraciones difamatorias respecto del rey o de los ministros ingleses. Señal de fracaso de los socialistas: el diario de los cartistas, el *Northern Star*, fundado en 1837, que tiraba 42 mil ejemplares en 1839, cayó a 6 mil ejemplares en 1849.

Cuando ese año se cierra en el continente el paréntesis liberal entreabierto doce meses antes, una gran cantidad de militantes demócratas, franceses, alemanes, polacos, austriacos e italianos, echados por las policías y los príncipes, se refugian en Inglaterra por oleadas sucesivas. Allí, esos proscritos son acogidos sin dificultades, con tal que no amenacen a la Corona. Pero las condiciones de vida que tienen son exorbitantes: pagan más caro su alquiler que los ingleses y pueden ser expulsados sin preaviso.<sup>215</sup> Los que no llegaron con suficiente dinero deben tomar empleos miserables y vivir en tugurios a menudo muy alejados del centro de Londres.

Los más famosos líderes liberales del continente desembarcan a menudo en la mayor indigencia. Entre ellos, el italiano Mazzini, el francés Louis Blanc, el alemán Kinkel –espectacularmente evadido, como veremos, de la prisión prusiana de Spandau–, el húngaro Kos-suth, pesadilla de los austriacos. Con ellos afluyen otros miles, desconocidos, que vinieron a unirse a los que están instalados a veces desde 1830 y que fundaron, como vimos, la Liga de los Justos, entre una miríada de otras organizaciones. En todas las tabernas se reúnen comités revolucionarios, se constituyen gobiernos en el exilio; los golpes de Estado más sofisticados se fomentan y se desarrollan de un inmueble al otro. Se debate acerca de democracia, de socialismo, de comunismo –palabra que, desde el *Manifiesto comunista* del año anterior, ya no es utilizada solamente para designar a pequeñas comunidades utópicas sino que también implica una toma del poder estatal por la clase obrera–.

El 26 de agosto de 1849, cuando Karl llega a Londres, ha rodado por todos los escalones de la decadencia material. No tiene casi ni un

centavo; sus últimos bienes, hasta sus libros, fueron prendados para financiar su diario en Colonia. Su mujer y sus tres hijos –Jenny, Laura, Edgar–, a quienes logró avisar en Tréveris, pronto deben unírsele con Hélène Demuth, sin que él tenga los medios para alquilarles un alojamiento decente. Engels, cuya ayuda era tan generosa, todavía está desaparecido –salvo que esté muerto– en los últimos combates de Suabia.

Sin embargo, ni por un momento Karl piensa en renunciar a escribir, a actuar; ni por un momento, tampoco, piensa en buscar un empleo asalariado. Además, si habla correctamente el inglés, apenas lo escribe, y no puede pensar en un trabajo en esa lengua, salvo como obrero, y momentáneo. Doctor en filosofía, ni puede imaginarlo. Y aunque lo imaginara, no conseguiría empleo.

En consecuencia, va a seguir publicando desde Londres, en lengua alemana, su diario, *Neue Rheinische Zeitung*, destinado a lectores alemanes. También va a retomar sus actividades políticas con la Liga de los comunistas, si por lo menos puede reconstituir algo desde que la desplazó y olvidó en París un año atrás.

Todavía cree en la inminencia de la revolución debido a la crisis económica y a una próxima intervención rusa, según su presunción, en los asuntos alemanes. Pero no la espera, porque las masas obreras, piensa, todavía no tienen una conciencia revolucionaria suficiente, así como él mismo acaba de experimentar con amargura. En particular, ya no pone ninguna esperanza en la clase obrera inglesa: la caída de las ventas del diario de los cartistas y la poca gente que logran juntar en sus reuniones lo convencen de que, pese a la desocupación, los trabajadores británicos de hecho están unidos al capitalismo y a la burguesía; presiente incluso que en Londres el antagonismo entre fuerzas proteccionistas y partidarios del libremercado, entre campesinos y comerciantes, pronto hará volver al poder a la derecha inglesa, por el momento en la oposición a un gobierno liberal. Observa entonces: "Todo esto creará un conflicto considerable, y los *tories* van a volver al poder en lugar de los *whigs*". Sólo cree en Francia y piensa, incluso, que pronto volverá a instalarse en la calle Vaneau. Sabe que en París el presidente de la República, Luis Napoleón Bonaparte, recién elegido, pronto deberá ceder el lugar porque su mandato no prorrogable es de sólo dos años. Cuando "Plon-Plon" (así lo llama) haya dejado el poder, los proscritos podrán volver. Karl está convencido de

que la revolución europea, que primero restablecerá la democracia y luego instaurará el comunismo, partirá precisamente de la capital francesa. Más tarde, Engels escribirá:

Marx no sólo estudiaba con una predilección especial la historia del pasado francés, sino que incluso seguía en todos sus detalles la historia corriente, reunía los materiales destinados a ser utilizados más tarde, y en consecuencia nunca se vio sorprendido por los acontecimientos [...]. Francia es el país donde las luchas de clases fueron llevadas a cabo cada vez, más que en cualquier otra parte, hasta su total desenlace, y donde, por lo tanto, las formas políticas cambiantes, en cuyo interior se mueven y en las cuales se resumen sus resultados, adoptan los contornos más claros.<sup>112</sup>

Karl tiene 31 años, no se siente hecho ni para ese exilio británico ni para esa miseria proletaria. Así como el socialismo sólo puede tener éxito, él mismo no puede fracasar. Incesantemente, tanto para lo mejor como para lo peor, relaciona su propia situación con la de su entorno.

El 17 de septiembre, ayudada por Hélène Demuth, Jenny se une a él, agotada y enferma, flanqueada por sus tres hijos y encinta, le anuncia, de un cuarto. En Tréveris pudo obtener un poco de dinero de su madre, recuperar también una pequeña parte de la herencia de su padre y recobrar su maravilloso servicio de plata, heredado de su familia escocesa, que ni hablar de vender pero que, ocasionalmente, se podrá empeñar. Eso les permite a los seis instalarse en una sola habitación de una casa del barrio de Chelsea, en Anderson Street 4, cerca de King's Road. El barrio elegido es cómodo, pero el alojamiento exiguo. Como el alquiler es exorbitante, Karl ya sabe que no podrá pagarla mucho tiempo. Pero no se inquieta con exceso: todo eso no puede durar, y por tanto no durará.

Desde su llegada, para tener una base de trabajo incluso provisinal, repatría de Bruselas, en un solo local, en Great Widmill 20, la sede de su diario, la de la Liga de los Comunistas y la de la Asociación Educativa de los Obreros Alemanes, que habían abandonado Londres por Bruselas dos años atrás. La redacción del diario se reduce a él mismo; en cuanto a las dos organizaciones, se han vuelto fantasmales. Por eso Karl intenta acercarse a aquellos que lo aceptan: el poeta banquero Freiligrath y el obrero Wolff, llamado "Lupus", que antaño lo

siguieron a Bruselas o a Colonia y volvieron a Londres con él, compartiendo las mismas vejaciones. Encuentran juntos a algunos refugiados franceses, en su mayoría blanquistas, y a los miembros de un comité de ayuda a los refugiados alemanes que Marx acerca al suyo; allí ofrece cursos gratuitos de filosofía, de lengua alemana y de economía política, lo que le permite tejer algunas redes personales.

Como lo temía, su vida material se vuelve rápidamente difícil, y Jenny debe realizar prodigios para calmar a los proveedores. Pero en octubre, cuando Karl no tiene siquiera los medios de pagar ni el alquiler, ni el alimento de sus niños, ni el médico para su mujer, que está por dar a luz, Friedrich Engels reaparece.

El joven –tiene 29 años– pudo abandonar Alemania, dejando a muchos de sus compañeros muertos en los combates, entre ellos uno de los primeros miembros del comité directivo de la Liga que conoció en Londres durante su primera estadía en 1845: el relojero prusiano Joseph Moll. Friedrich está flanqueado por varios camaradas de lucha, entre ellos Wilhelm Rotheker, Conrad Schramm y August von Willich, un oficial que presenta a Karl como su comandante durante la campaña de Bade, especie de viejo decrepito que se cree un gran estratega militar y político.

Friedrich se instala en Londres para trabajar con Karl en el relanzamiento del *Neue Rheinische Zeitung*, para el gran perjuicio de su familia, que querría verlo en Manchester, en la fábrica textil paterna, ya que en adelante está desterrado de Prusia. Sin embargo, aunque rechaza la jaula dorada de Manchester, sus padres le abonan regularmente pequeñas sumas, lo que le permite reducir un poco las deudas de Karl. Los dos hombres se encuentran todos los días, ya sea en la oficina del diario o en casa de Karl o de Friedrich, quien vive de manera cómoda y a menudo invita a la familia Marx a cenar. Mucho más tarde, el escritor Paul Lafargue –que será el yerno de Karl– escribirá que entonces “las hijas de Marx lo llamaban su segundo padre. Era el *alter ego* de Marx”.<sup>161</sup>

El 5 de noviembre de 1849, Jenny da a luz a un segundo varón llamado Henry (la traducción inglesa de Heinrich, el nombre del padre de Karl) Edward Guy. Le buscan un apodo. Es el juego preferido de la familia. Cada miembro está provisto de un mote: Jennychen es “Qui-Qui”, emperador de la China, por su fascinación por el Oriente; Laura es “Hottentot” o “Kakadou”.<sup>248</sup> En cuanto a Karl, sus hijas “no lo lla-

maban 'Padre' sino 'Moro', sobrenombre que le habían dado a causa de su tez oscura, su barba y su pelo de un negro azabache".<sup>161</sup> Según otro testigo, que pronto llegará, Wilhelm Liebknecht, a veces Jenny también lo llama "Mi gran bebé". El recién nacido, por su parte, rápidamente es apodado, a partir de su tercer nombre, "Guido", o incluso "Fox" (zorro), como consecuencia de un juego de palabras sobre Guy Fawkes, el rebelde ejecutado en 1605 por haber querido volar el Parlamento inglés durante una visita del rey Jacobo I. En adelante, los Marx viven siete en una sola habitación.

Karl logra que Friedrich financie su diario, el *Neue Rheinische Zeitung*, pero a un ritmo de aparición solamente mensual; lo hará distribuir en Fráncfort por la *Neue Deutsche Zeitung* [Nueva gaceta alemana], la revista de su amigo Joseph Weydemeyer, que pudo permanecer en Prusia, hostigado permanentemente por la policía, en condiciones cada vez más precarias.

La crisis económica sigue causando estragos. Marx teme que estalle una revolución demasiado pronto. En una carta a Weydemeyer –ese ex oficial refugiado en su casa en Bruselas y convertido en editor en Colonia–, escribe en diciembre de 1849:

Comienza una crisis industrial, comercial y agrícola. Si el continente demora su revolución hasta esta crisis, Inglaterra puede convertirse en una aliada del continente revolucionario. Si la revolución estalla más temprano –salvo que esté motivada por una intervención rusa–, será un desastre, porque el comercio está en plena expansión y la masa de los trabajadores de Francia, de Alemania, etc., no son revolucionarios más que en palabras.<sup>4</sup>

Sin embargo, en su fuero interno, está convencido de que pronto tendrá que volver a la acción política: "Creo que antes de que aparezca el tercer número mensual [de mi revista] ocurrirá una deflagración mundial, y ya no tendré tiempo de trabajar en la economía política".<sup>4</sup> No soporta ese silencio, esa miseria, esa inacción. Tiene 31 años y se niega a estar emparedado en el exilio.

No obstante, en ese momento, la Historia escoge por él: habiendo comenzado dos años antes, la crisis económica se corta en seco. Tras haber alcanzado su punto más bajo en 1849, los precios vuelven a subir, favorecidos por el descubrimiento de minas de oro en Califor-

nia y en Australia, y por el desarrollo de las redes ferroviarias. Con los precios, levantan vuelo la producción y el empleo. Los conflictos sociales se apaciguan. Con el mercado se instalan las dictaduras. Todavía falta para la revolución.

Entonces, Karl se da cuenta de que la democracia va a hacerse esperar, tanto en Francia como en otras partes. Comprende que tendrá todo el tiempo que quiera para trabajar en la economía política, en Londres, si está dispuesto a dedicarse y si sus condiciones materiales se lo permiten. Pero ¿dónde y cómo llevar a cabo sus investigaciones cuando vive sin un centavo, con seis personas a su cargo, en una sola habitación?

En un texto hagiográfico, que marcará la fundación del "marxismo-leninismo", Lenin escribirá mucho más tarde –en 1914– para resumir esa fase de la vida de Marx: "Cuando se cerró la época de las revoluciones de 1848-1849, Marx se alzó contra toda tentativa de jugar a la revolución, exigiendo que se trabajara en la nueva época que, bajo una 'paz' aparente, preparaba nuevas revoluciones".<sup>169</sup> Finalmente, no da órdenes ni instrucciones más que a sí mismo.

Retomando con coraje su papel de redactor en jefe de un periódico del que ignora si alguien lo leerá alguna vez, Marx pide a Weydemeyer que tenga a bien "describir para nuestra revista, brevemente, en sus grandes rasgos, las condiciones de Alemania del Sur".<sup>204</sup> Él también decide escribir, para publicarlos, algunos artículos, y ante todo una historia de la Segunda República de la caída de Luis Felipe hasta el acceso de Luis Napoleón Bonaparte a la presidencia. Pretende aplicar por primera vez su teoría de la lucha de clases a un acontecimiento histórico reciente y concreto.

Curiosamente, no escribe sobre el extraordinario año que acaba de vivir en Alemania, sino sólo sobre lo que vivió fugitivamente en París. Porque sigue creyendo que todo, en Europa, se jugará en Francia y no en Prusia. Y porque piensa que todavía es posible asistir a la restauración de las libertades de la Segunda República; sin embargo, no espera nada de la situación allende el Rin.

Entre enero y octubre de 1850, cuando sobrevive en la extrema miseria gracias a las liberalidades de Engels, Marx logra redactar y publicar cuatro números de su *Neue Rheinische Zeitung*.<sup>45</sup> Éstos contienen principalmente cuatro artículos de Karl consagrados a la revolución de 1848 en Francia: "La derrota de junio de 1848", "El 13 de junio

de 1849", "Consecuencias del 13 de junio" y "Napoleón y Fould". Una vez más, Jenny discute, comenta, transcribe sus manuscritos ilegibles, y los envía a Fráncfort al editor a cambio de un poco de dinero. Esos artículos sólo serán publicados en libro mucho después de la muerte de Marx, bajo el título *Las luchas de clases en Francia*.<sup>21</sup>

Constituyen una gran primicia: es la primera vez que se aplica a hechos históricos la teoría de la lucha de clases expuesta en el *Manifiesto*. Es la primera vez que se analiza de tal modo una tentativa de toma del poder.<sup>210</sup> Lo que permite a Marx dar explicaciones económicas y sociales a la revolución de 1848 y a la elección de Luis Napoleón Bonaparte, en particular al voto masivo de las campañas en su favor. Karl deduce de esto que el poder autoritario se reforzará en todas partes en Europa y sobre todo que Luis Napoleón Bonaparte tratará de permanecer en el poder tras el fin de su mandato, dentro de dieciocho meses. Para evitarlo, sería preciso que se entablara una alianza entre la clase obrera, todavía tan reducida, y los campesinos, tan numerosos –por tanto, entre ciudades y campo–; y no ya, como Marx lo había deseado en 1848 en Colonia, entre la burguesía y los obreros, de intereses tan contradictorios. Este acercamiento, no obstante, le parece poco probable, ya que los campesinos bonapartistas no se dan cuenta de que también ellos son víctimas de la explotación capitalista, de que

su explotación no se distingue sino por la forma de la explotación del proletariado industrial. El explotador es el mismo: el capital. Los capitalistas tomados aisladamente explotan a los campesinos tomados aisladamente a través de las hipotecas y la usura. La clase capitalista explota a la clase campesina a través del impuesto estatal.<sup>21</sup>

De ahí en adelante, durante toda su vida, Marx estará obsesionado por esa cuestión rural, tan importante entonces debido a la cantidad de habitantes de las campañas, y tan difícil de integrar en su modelo del capitalismo en virtud de su ideología y de la misma índole del trabajo que allí se efectúa. Para él, sin embargo, sin tal alianza de clases, Luis Napoleón Bonaparte intentará seguramente prolongar su permanencia en el Elíseo, donde acaba de instalarse y de donde gobierna de manera cada vez más autoritaria.

En los artículos segundo y tercero, Karl da entonces un nuevo nombre a esa alianza, que tanto desea, entre todas las víctimas del

capital. Ese nombre, que utiliza por primera vez, es la "dictadura del proletariado".<sup>21</sup> Hasta ahora no hizo más que evocar una sola vez, como vimos, en una carta del año anterior, la "dictadura provisional", transición necesaria hacia la democracia. Esta dictadura es de un género particular porque, en su espíritu, se adapta perfectamente al mantenimiento de las instituciones de la democracia parlamentaria, ya que la alianza de clases que desea ver tomar el poder es mayoritaria. La palabra "dictadura" que emplea, y que, como veremos, se prestará a tantos contrasentidos, simplemente significa que esa vasta mayoría no deberá vacilar en gobernar según sus intereses, sin compromisos. Volverá a aclararlo más tarde, en circunstancias dramáticas.

Los cuatro números de la *Neue Rheinische Zeitung* no tienen ninguna repercusión. La revista se vende muy mal. En Alemania, su distribución sólo es garantizada por algunos raros libreros (evidentemente vigilados por la policía), y por suscripción a un precio elevado. En Londres, poca gente la compra porque, como de costumbre, al atacar a otros proscritos, disuade a una buena cantidad de ellos de leerla. No es así como va a encontrar con qué subvenir a las necesidades de su familia y hacer conocer mejor sus ideas.

También retoma los temas de estos artículos en algunos discursos pronunciados ante los últimos sobrevivientes de la Liga de los Comunistas, y luego, en marzo de 1850, en un texto pomposamente titulado *Petición a la autoridad central de la Liga de los Comunistas*. Allí evoca por primera vez la idea de una "evolución-revolución", "revolución permanente" que sería mundial, conducida por "partidos" que representan a los obreros y que describe como distintos de los partidos burgueses. Y, por primera vez, insiste en la necesidad de constituir un partido autónomo, propio de la clase obrera, para ganar las elecciones:

El partido del proletariado debe diferenciarse de los demócratas pequeñoburgueses que quieren terminar con la revolución lo más rápido posible [...], y debe hacer la revolución permanente hasta que todas las clases más o menos poseedoras hayan sido echadas del poder [...] en todos los países principales del mundo [...]. En lugar de rebajarse una vez más a servir de sostén a los demócratas burgueses, los obreros y sobre todo la Liga deberían trabajar para constituir una

organización distinta, secreta y pública, el partido obrero, y hacer de cada "Comuna" el centro y el núcleo de los agrupamientos obreros, donde la posición y los intereses del proletariado serían discutidos en forma independiente de las influencias burguesas.

En adelante, Marx hablará sin cesar de ese "partido" como de una entidad, aunque todavía no existe. Un partido universal, presente en todas partes, que reúna a todos los combatientes de la libertad: el partido-mundo de un espíritu del mundo. Posteriormente, Marx dirá por qué necesita esgrimir ese concepto para cristalizar las aspiraciones y la acción de todos, para hacer de tal manera que veinticinco años más tarde se vuelva realidad. Como si hubiese querido crear lo real utilizando palabras: por la fuerza del espíritu. Otros lo verán como un mitómano que se inventa un poder, discípulos, organizaciones a su servicio. De hecho, en su mayoría, se convertirán en realidades muy alejadas de las que imagina y describe.

Su estrategia –¿su sueño, quizás?–, de tal modo, se pone en su lugar: hacer surgir en todas partes partidos que representen a los obreros, pero partidos abiertos, no clandestinos, y allí donde sea posible inscribirse en el juego democrático. Su reflexión es claramente planetaria, y poco importa si él mismo está obligado a residir en Londres: "Soy un ciudadano del mundo, y trabajo donde me encuentro",<sup>161</sup> dirá.

Queda por elaborar el cuerpo doctrinal que permita convencer a los obreros, allí donde estén, de la validez de esta estrategia, e impedir que adhieran a la clase media, como los ingleses. A eso va a dedicarse Marx durante el resto de su vida.

Coincidencia extraordinaria: exactamente en el mismo momento, en marzo de 1850, cuando, siendo uno de los revolucionarios más buscados de Europa, vive en Londres como un miserable proscrito, en Berlín, su cuñado, el hermanastro de Jenny, Ferdinand von Westphalen, se convierte en ministro del Interior de un gobierno particularmente reaccionario nombrado luego de una nueva tentativa de asesinato que apuntaba a Federico Guillermo IV, el "romántico en el trono", de quien se hizo amigo.<sup>213</sup> Karl había previsto este nombramiento cuando, en el pasado, en varias oportunidades había hecho rabiar a su mujer diciéndole que "su hermano era bastante bestia para ser ministro de Prusia".<sup>213</sup>

De hecho, Ferdinand jamás mitigó el odio que sentía por su cuñado, a quien sin embargo apenas conoce, si bien hizo todo lo posible para alejarlo de Jenny antes de que se casaran. Una de las primeras decisiones del nuevo ministro, por otra parte, es mandar a sus mejores agentes a vigilar a los súbditos alemanes en el extranjero, muy particularmente a los proscritos de Londres. Ferdinand escribe incluso a su homólogo británico, sir George Grey, ministro del Interior de Su Graciosa Majestad, para ponerlo en guardia específicamente contra su propio cuñado, "un hombre peligroso y amenazador para la vida de la reina". El ministro británico le responde con una carta llena de un humor socarrón: "Bajo nuestras leyes, una simple discusión sobre el regicidio, mientras no afecte a la reina de Inglaterra y mientras no haya un proyecto específico, no constituye una razón suficiente para arrestar a los conspiradores".<sup>277</sup>

Observando el endurecimiento de la situación tanto en Prusia como en Francia, Marx comprende que sin duda va a quedarse mucho tiempo en Londres. Aunque en su casa y en la Liga sólo práctica en cuanto a lo esencial el alemán, trata de mejorar su inglés para poder escribirlo, incluso emplearlo un día en diarios ingleses: el oficio de periodista sigue siendo el único cuyo ejercicio se puede imaginar no bien su inglés se lo permita. "Buscó y clasificó todas las expresiones propias de Shakespeare; hizo otro tanto con una parte de la obra polémica de William Cobbett, a quien tenía en muy alta estima."<sup>161</sup> (Cobbett es entonces un periodista comprometido que surca a caballo las campañas inglesas para denunciar su miseria en textos publicados por lo general a cuenta del autor.) El escocés Robert Burns se convierte en uno de sus poetas favoritos. También lee el *Tom Jones* de Henry Fielding y el *Old Mortality* de Walter Scott.<sup>161</sup> Como Jenny es bilingüe por su madre escocesa (que se quedó en Tréveris), deciden que en adelante se hablará inglés en la casa con los niños, a quienes se les hace aprender de memoria a Shakespeare desde los 4 o 5 años.

Aunque cada vez les da menos importancia, Karl todavía se dirige cada tanto a reuniones de proscritos donde prosperan polémicas e ilusiones. Así, en abril de 1850 participa en la fundación de una fantasmal Sociedad Universal de los Comunistas Revolucionarios, desvanecida en septiembre sin que su verdadera existencia haya sido atestiguada.

También querría poder ocuparse seriamente de su revista, y consagrarse por fin al gran libro de economía que tiene en mente desde hace ocho años y para el cual firmó un contrato y embolsó un anticipo tres años atrás. Para eso necesitaría desmenuzar la dinámica de la inversión, el trabajo, la innovación, en particular el impacto de ese extraño descubrimiento que, está seguro, pronto revolucionará el mundo, y que él llama la "chispa eléctrica". Para trabajar en eso necesitaría un mínimo de comodidad. Pero no hay ninguna en el apartamento minúsculo donde se amontonan siete personas. Ni siquiera puede hacer frente a los gastos corrientes de una familia tan numerosa; no tener los medios de garantizar a sus hijos una vida decente lo tortura. Pide prestado para pagar la comida, ropa, juguetes, una cuna, medicamentos, papel, libros, tabaco. Las deudas se acumulan, aderezadas de intereses exorbitantes. Los acreedores vienen cada vez con más frecuencia a tocar a la puerta del reducto de Chelsea; entonces Marx debe inventar excusas, pretextos, prometer, pagar algo a cuenta, tratar de pedir prestado a Engels, a su editor, a su madre –a la que escribió varias veces al respecto– o a sus amigos. Por lo general en vano.

Como era de esperarse, el 15 de mayo de 1850, solamente diez meses después de haberse mudado, los Marx, incapaces de pagar su alquiler, son expulsados de la exigua habitación que ocupan en Chelsea. Camas, sábanas, ropa, juguetes y hasta la cuna del pequeño Guido, que sólo tiene seis meses y no está bien de salud, son requisados y luego vendidos "a los apurones para pagar farmacéutico, panderero, carnicero y lechero que, como sus temores fueron despertados por el estrépito de los ujieres, repentinamente nos habían asaltado con sus facturas",<sup>47</sup> escribe Jenny a Joseph Weydemeyer, el 20 de mayo, pidiéndole con mucha flema y dignidad que le envíe lo más rápido posible el producto de las ventas de la revista, si hay.

Engels cubre las deudas más acuciantes y la familia se muda a un tugurio de uno de los barrios de peor fama de la ciudad, Soho, sobre Dean Street, que un biógrafo de Jenny apodará la "calle de la Muerte".<sup>221</sup> El mismo Karl escribirá más tarde que fue en esta calle donde "su vida se quebró".<sup>46</sup> Pronto comprenderemos por qué.

Algunos días después de esta mudanza, Jenny escribe de nuevo a Weydemeyer para reclamar otra vez la recaudación de la revista. Le suplica que, sin pasar por ningún intermediario, envíe

todo, aquí, aunque se trate de la suma más pequeña [...]. Aquí las condiciones no son las de Alemania; vivimos de a seis [no cuenta a Hélène, que sin embargo está ahí con ellos] en una pequeña habitación y un pequeño cuchitril por los cuales pagamos más que por una gran casa en Alemania, y hay que pagar cada semana. Por lo tanto, puede imaginarse en qué posición nos encontramos si un solo tálero llega con un día de retraso. Para todos nosotros, aquí, es una cuestión de pan cotidiano.<sup>47</sup>

También le ruega que hable de la revista y de los artículos de su marido en su propio diario, "aunque sea para criticarlos",<sup>47</sup> porque eso permitirá que lo conozcan y tal vez se vendan algunos números.

Karl se endurece; sabe que en adelante va a padecer y hacer soportar a su familia la condición de la clase obrera, cuando no forma parte de ella. Y, como para precaverse contra las consecuencias de la miseria, trata de alejar todo sentimentalismo de su vida y de su trabajo. No quejarse jamás. Pero tampoco compadecerse. Estudiar objetivamente. En la medida de lo posible, ser indiferente tanto a su propia indigencia como a la de los otros. Uno de sus próximos observa:

"Trabajar para la humanidad" era una de sus expresiones favoritas. No había llegado al comunismo a través de consideraciones sentimentales, aunque fuera profundamente sensible a los sufrimientos de la clase obrera, sino por el estudio de la historia y de la economía política. Afirmaba que cualquier espíritu imparcial que no estuviera influido por intereses privados ni cegado por prejuicios de clase necesariamente debía llegar a las mismas conclusiones que él.<sup>161</sup>

Karl sale entonces cada vez menos de su casa, salvo para ir a la minúscula oficina del diario o dirigirse a una de las reuniones de la Asociación Educativa de los Obreros Alemanes. Es allí, a mediados de 1850, en ocasión de una fiesta de verano de lo que queda de esa asociación, donde conoce a un nuevo refugiado alemán de 25 años recién llegado, Wilhelm Liebknecht, salido de una prisión suiza. Como a todo recién llegado, Karl le hace padecer un examen de pasada, observándolo de la cabeza a los pies con un aspecto severo, temiendo estar tratando con un espía como tantos que pululan por la ciudad. "Sostuve la mirada de este hombre de cabeza de león y mi-

rada negra como el carbón", recordará Liebknecht.<sup>253</sup> El joven le interesa, pero Karl –que no es mucho mayor que él– se pregunta si puede tenerle confianza. Entonces, como muchas veces ocurre, desea recabar la opinión de Friedrich. Al día siguiente de este primer encuentro, pues, Marx convoca al nuevo inmigrante a su oficina. Allí Liebknecht se encuentra a Engels, con quien se había cruzado en Ginebra el año anterior, cuando éste se había refugiado allí brevemente antes de tomar las armas. Liebknecht debe entonces defenderse ante los dos jóvenes de una acusación de espionaje, luego de "democratismo pequeñoburgués", por último de "sentimentalismo sudalemán". Una vez pasado el examen, la conversación se desvía hacia los progresos técnicos. Marx se inflama y, cuando se lee lo que más tarde dirá Liebknecht, se adivina cómo seducía con la palabra a todos aquellos que se le acercaban:

Se burló de la reacción triunfante en Europa, que se imagina haber terminado con la revolución y no se da cuenta de que las ciencias preparan una nueva. El reino de Su Majestad el Vapor llegó a su fin y va a ser reemplazado por un revolucionario todavía más poderoso, ¡la Chispa eléctrica! Cuando Marx hablaba de ese progreso en las ciencias y en la mecánica, su visión del mundo [sobre todo lo que más tarde se llamó la concepción materialista de la Historia] surgía con tanta claridad que las pocas dudas que todavía subsistían en mí se fundían como la nieve al sol primaveral.<sup>253</sup>

En el mismo momento, en Berlín, Clausius enuncia el segundo principio de la termodinámica, que funda toda la teoría de las máquinas que utilizan la energía y suministra una base teórica a la idea de que toda realidad organizada está condenada a degradarse. Marx, que todavía no tiene conocimiento de ella, trabaja ya sobre lo que se convertirá en la teoría paralela del ocaso ineluctable del capitalismo. La idea de una degradación irreversible de las sociedades aparece así al mismo tiempo que la de la degradación irreversible de la materia.

Pasó tan bien el "examen" que Wilhelm Liebknecht, privilegio raro, es invitado a conocer a la mujer, las dos hijas y los dos hijos de Karl en su tugurio de Soho. "A partir de entonces, por así decirlo, fui de la familia",<sup>253</sup> escribirá, sirviendo incluso ocasionalmente de *babysitter* a los niños, que lo adoran:

La señora Marx tuvo sobre mí una influencia quizá tan fuerte como el mismo Marx. Mi madre murió cuando yo tenía 3 años [...], y de pronto encontraba una mujer bella, de gran sensatez e inteligencia, que fue para mí una madre y una hermana a la vez.<sup>253</sup>

A mediados de agosto de 1850, Jenny parte con los cuatro niños a la casa de su madre, en Tréveris, para hacerles tomar un poco de aire, pero también para buscar un dinero que dejó allí y que no pudo recuperar a pesar de todos sus esfuerzos. Su hermanastro, el ministro del Interior de Prusia, le consigue una visa y la protege. Por lo demás, Ferdinand siempre conservará un ojo protector sobre su hermanastra. No se puede excluir que se detuviera de paso en casa de una de las tías de Karl, que vive cerca de Maastricht con su marido, el banquero holandés Lion Philips. Atea como Karl, socialista como Karl, dispuesta a todo para ayudarlo a proseguir su combate, Jenny está entonces absolutamente decidida a seguir viviendo en Londres.

Karl se queda allí solo con Hélène Demuth. Jenny sólo vuelve en septiembre con un poco de dinero. Cuenta que vio en Tréveris a la madre y las hermanas de Karl, y que cualquiera, en Prusia, presiente que se anuncia una guerra entre Austria y Prusia. De hecho, tanto Federico Guillermo IV como el nuevo emperador de Austria, el joven Francisco José I, quieren mientras tanto unificar Alemania en su provecho, y se resignaron a restablecer la fantasmal Confederación Germánica, presidida simbólicamente por Austria. Resulta claro que no habrá una real unificación de los principados alemanes sino cuando la rivalidad entre Berlín y Viena haya sido purgada por una guerra.

Al mismo tiempo que redacta sus artículos sobre la revolución de 1848 en Francia, y que batalla para hacer publicar y difundir su revista, Karl pasa todavía un poco de su tiempo, impaciente y rabioso, en las reuniones semanales de la autoridad central de la Liga, en el tugurio iluminado con modestas velas. Allí se encuentra entre otros con Schramm, Wolff, Freiligrath y Engels. Éste siempre está flanqueado por August von Willich, su ex comandante militar en la campaña de Bade. Karl echa pestes en particular por tener que soportar a ese falso rebelde, verdadero matamoros que incita a los emigrados alemanes a volver de contrabando a Prusia y fomenta complots imaginarios, lo que permite que la policía prusiana, que infiltró espías en el seno de la Liga, haga detener en Colonia a amigos de Karl que Willich pre-

sentó como sus "contactos". Marx la emprende contra él en un artículo de su *Neue Rheinische Zeitung*, y, el 1º de septiembre de 1850, en el curso de una de esas reuniones donde imperaba el humo de los cigarrillos, trata al oficial de "cretino iletrado y cuatro veces cornudo".<sup>277</sup> Willich salta y lo desafía a un duelo, Engels se interpone. Karl se niega a batirse. Conrad Schramm toma su lugar y es gravemente herido en la cabeza por Willich.<sup>278</sup>

En el número de octubre de 1850 de la *Neue Rheinische Zeitung* —que publica su cuarto artículo consagrado a la revolución de 1848— repite, como réplica a Willich, que es estúpido apurarse a partir al asalto de Europa porque la revolución sólo podrá ocurrir cuando termine la crisis económica. Pero volverá: "[La revolución] sólo es posible en períodos donde las fuerzas de producción modernas y las burguesas entran en conflicto [...]. Una nueva revolución sólo será posible como consecuencia de una nueva crisis. Una es tan segura como la otra".<sup>45</sup>

En el mismo momento, a fines del verano de 1850, el poeta Kinkel, que había combatido bajo las órdenes de Willich y que había sido capturado y condenado a prisión perpetua por una corte marcial, se evade de la cárcel, logra abandonar el territorio prusiano y llega a Inglaterra (donde se convierte en un ferviente partidario de Willich contra Marx). El poder prusiano reacciona endureciendo la represión contra los medios liberales y progresistas. En una carta del 11 de noviembre de 1850, el mismo Federico Guillermo IV exige del canciller que un proceso público, ejemplar y resonante castigue a los conspiradores.<sup>248</sup> Policías y magistrados del reino, entonces, son intimados a descubrir un complot, y, si no detectan ninguno, a inventarlo.<sup>248</sup>

Durante la pesquisa efectuada en el domicilio de un tal Nothjung se descubren un ejemplar del *Manifiesto comunista* (cuya posesión no constituía un delito, y que se podía conseguir muy legalmente en una librería) y una lista de gente que inmediatamente es arrestada y perseguida por conspiración.<sup>248</sup> A pesar de una búsqueda muy meticulosa, no se encuentra ningún documento comprometedor, máxime cuando el objetivo perseguido por la Liga de los Comunistas es la constitución de un movimiento político lícito y público.

Dos años más tarde, como veremos, Karl tratará de intervenir en el proceso incoado a sus amigos de Colonia arrestados en ese momento.

En noviembre de 1850, la única buena noticia es la aparición en Nueva York de la primera traducción inglesa del *Manifiesto comunista*;

ocupa varias páginas de un modesto diario socialista neoyorquino, el *Red Republican*, y lleva el nombre de dos autores: Karl Marx y Friedrich Engels. Es la primera traducción extranjera de Marx. Antes de veinte años no aparecerá ninguna otra. Los coautores no cobran ningún derecho sobre ella.

Como algunos años antes, Marx piensa entonces nuevamente en emigrar a Estados Unidos y transportar su periódico. Un amigo de Engels, Rotheker —uno de aquellos que participaron con él en la insurrección de Baden, y que volvieron a Londres con él—, parte a Nueva York a preparar el terreno.

Luego, como Karl y Jenny lo temían, la miseria hace su obra: a pesar de todos sus esfuerzos, el 19 de noviembre de 1850, en su tugurio insalubre y helado de Soho, su segundo hijo varón, Henry, llamado "Guido", sucumbe a una neumonía cuando todavía no ha cumplido un año. Es el primer hijo que pierden. Habrá otros, en esa misma calle. De nuevo encinta, Jenny habla de una "desdicha que me esperaba, frente a la cual todo se hundió en la nada".<sup>123</sup> Karl traslada entonces todo su afecto sobre Edgar, que tiene un poco más de 2 años. Se imagina que pronto encontrará con él la relación intensa que tenía con su propio padre. Así como se da cuenta de que está reconstituyendo con Friedrich la relación que habría podido tener con Hermann, su hermano muerto, el que habría tenido exactamente la misma edad que Friedrich.

Algunos días después del deceso de Guido, todavía en el colmo del dolor, Karl recibe la respuesta de Rotheker: la situación material de los refugiados es todavía peor en Nueva York que en Londres. Ni hablar de fundar allí un diario en alemán, a menos que se desembarque con mucho dinero. En consecuencia, deben quedarse en Londres y esperar, allí, que algo pase en Francia o en Alemania.

Perturbado por la miseria de su amigo y, sobre todo, por la muerte de Guido, Engels consiente entonces en realizar un enorme sacrificio: renuncia a vivir en Londres para ir a trabajar en la fábrica familiar de Manchester. Sin duda, Friedrich piensa que la vida en Londres es demasiado difícil, y demasiado lejana la revolución. Pero con seguridad también se da cuenta ya de que jamás será el par intelectual de Karl, y lúcidamente decide ponerse a su servicio; de tal modo, va a ganar un poco más de dinero y hacer que Karl aproveche una parte de su salario y de sus gastos de representación. Esta decisión ejercerá una in-

fluencia mayor sobre la vida de ambos. Aunque sus epígonos, más tarde, traten de equipararlos, Friedrich percibe que no está dotado de las monstruosas capacidades intelectuales de su amigo. Al abandonar Londres para ir a ocupar una función de patrón, que detesta, Engels renuncia a ser un autor entre otros para financiar a uno, sabiendo que éste es único. Convertido en un "caballo de Troya en la ciudadela capitalista",<sup>277</sup> por añadidura suministrará a Karl informaciones de primer orden para su trabajo teórico, y con mucha frecuencia volverá a Londres a discutir con él. En adelante, los dos hombres van a escribirse casi todos los días, y esto a lo largo de veinte años. No hay otro ejemplo, en la historia de las ideas, de un sacrificio semejante. Friedrich jamás lo cuestionará, pese a lo mucho que debió costarle.

A partir de diciembre, desde Manchester, donde vive mucho mejor que en Londres, Friedrich asegura a Karl una media de 15 libras por mes, o sea, mucho más que el salario medio de un obrero manual, lo que permite sobrevivir a los miembros de la familia Marx y a Hélène Demuth.<sup>204</sup> Es un cambio de condición notable por el hecho de que garantiza a la familia cierta estabilidad; ya no hay que temer la expulsión, la comida está garantizada. De hecho, el poeta Freiligrath, que abandonó Colonia en el mismo momento que Karl y que, en una situación familiar comparable a la suya, gana como empleado de banco menos de 200 libras por año, afirma "no haber carecido jamás de lo mínimo necesario".<sup>204</sup> Pero Karl no quiere ya que sus hijos se contenten con lo "mínimo necesario". Por eso, en enero de 1851, gracias a lo que le envía ahora regularmente Friedrich –en la forma de billetes cortados por la mitad y deslizados en sobres diferentes<sup>248</sup> y a lo que Jenny trajo de Tréveris, los Marx se mudan a un apartamento de dos ambientes un poco más cómodos en el número 64 de la misma Dean Street. No por eso Karl deja de calificar esa situación de "*horifying enough*"<sup>47</sup> ("todavía bastante horrible").

Máxime cuando, si Jenny una vez más está embarazada, ¡Hélène Demuth también lo está! ¡Y nadie está en condiciones de hacerle confesar el nombre del padre! Karl, por su parte, sigue trabajando y escribiendo sin pensar en otra cosa. Uno de sus visitantes de enero de 1851 escribe a Engels: "¡Cuando uno lo visita es recibido no por saludos sino por categorías económicas!"<sup>204</sup>

Para trabajar mejor en su libro de economía para el cual firmó un contrato cerca de seis años antes, Marx, aconsejado por Engels, descu-

bre la biblioteca del British Museum, donde aprovecha la tranquilidad y el calor de que está desprovisto su minúsculo domicilio, donde las relaciones entre las dos mujeres encintas sufren algunas fricciones. Allí encuentra otros proscritos, también ellos en busca de fuentes que permitan escribir lo que cada uno cree será "el libro que cambiará el destino del mundo".

Allí Karl estudia la moneda, el salario, el capital, la inversión, las condiciones de vida de los obreros: "Se encamina temprano de mañana, se queda hasta las 19 horas, vuelve a su casa, cena, trabaja en su oficina mientras fuma".<sup>161</sup> Jenny jamás se quejará de no verlo tomar un empleo de asalariado en alguna parte. Está cada vez más apasionado por la economía, cada vez menos interesado en la acción política. Por eso, cuando recibe, en la sede de la Liga, cada vez más desierta, la visita de Jones, el líder cartista, que vino a hablarle de los Demócratas Fraternos, que desea convertir en una Asociación Internacional Socialdemócrata, él no le presta casi ninguna atención. Está mucho más cautivado por la lectura, en el *Times*, de la descripción del viaje del *Blazer*, nave a vapor que pone el primer cable telegráfico submarino entre Douvres y Calais. ¡Ahí está la verdadera revolución!, piensa. ¡Ah! Si él pudiera conversar por telégrafo con Engels, ¡cuánto tiempo ganado!

El 28 de marzo de 1851, en el nuevo pequeño alojamiento nace Franziska, quinto vástagos de la pareja. Según el censo del 30 de marzo, allí viven entonces cuatro adultos (Karl, Jenny, Hélène y su hermana Marianne, que acaba de llegar para ayudarlos, también ella remunerada por la madre de Jenny) y cuatro niños (las tres hijas y el hijo sobreviviente de los Marx); pagan 22 libras por año como sublocatarios. Hélène sigue sin develar el nombre del padre del hijo que está esperando.

Al día siguiente, o sea, tres días después del nacimiento de su hija, Karl, a manera de participación, escribe a Friedrich para anunciarle que terminó de leer todo lo que podía haber en materia de economía, y que ya está cansado de trabajar en eso:

Estoy en el punto en que, dentro de cinco semanas, habré acabado con toda esta mierda de economía. Hecho lo cual, elaboraré mi libro de economía en casa. En el Museo me pondré a estudiar otra ciencia. La economía empieza a aburrirme. En el fondo, esta ciencia dejó de

progresar desde Adam Smith y David Ricardo, a pesar de todo cuanto se hizo en estudios aislados, a menudo ultradelicados.<sup>46</sup>

En esta carta menciona un "misterio", en el cual, dice, Engels representa un papel. No vuelve sobre ello en su carta siguiente, pero dice a Friedrich que le hablará de eso en persona cuando su amigo venga a visitarlo, en abril.<sup>47</sup> Pronto veremos de qué misterio se trata.

Engels le responde con ironía, pero también con mucha ternura y lucidez: "Mientras tengas todavía un libro que consideres importante, no podrás ponerte a escribir".<sup>48</sup> ¡Porque lo conoce bien! De hecho, Karl continúa leyendo y sigue sin consagrarse a la escritura.

El 1º de mayo de ese año 1851, en Londres, Karl, acompañado por Jenny y sus dos hijas mayores, en medio de innumerables curiosos, divisa a la distancia a la reina Victoria y al príncipe Alberto, que vinieron a inaugurar la primera Exposición universal bajo las majestuosas vidrieras del Palacio de Cristal, construido especialmente en Hyde Park. Allí, Karl descubre las enormes prensas hidráulicas, la prensa para imprimir capaz de tirar en una hora 5 mil ejemplares del *Illustrated London*, la locomotora que puede rodar a más de 100 kilómetros por hora, y la cámara fotográfica de Daguerre. Ese verano, 6 millones de visitantes se apretujan en la Exposición. Un grupo de neoyorquinos viene incluso de viaje organizado por la primera "agencia de turismo", creada ese año en Leicester por un desconocido, Thomas Cook.<sup>65</sup>

Aprovechando la muchedumbre que arrastra la Exposición, el hermanastro de Jenny envía a Londres a su mejor agente, Wilhelm Stieber, futuro jefe de los servicios secretos de Bismarck, policía austero que, como veremos, perseguirá a Marx con su odio durante todo el cuarto de siglo siguiente. El hombre está ahí para infiltrar las reuniones de la Liga de los Comunistas; desembarca en Great Windmill 20, y se hace pasar por un simpatizante. Desbarata tan hábilmente los controles que hasta logra hacerse invitar a casa de Marx, al miserable dos ambientes de Soho donde sólo son admitidos los fieles.

Sin embargo, Karl sabe que es espiado, porque, en una carta abierta dirigida en ese momento al director del *Spectator*, denuncia la vigilancia de los "espías prusianos en Londres".<sup>48</sup> Pero se deja engañar por Stieber y lo recibe en su casa como a un militante. El espía entrega entonces en sus informes secretos enviados a Berlín una des-

cripción detallada de la vida de los Marx en esa época. Descripción muy crítica que tal vez apunta a complacer a su comanditario:

En la vida privada, [Marx] es muy desordenado, cínico, y es un anfitrión detestable. Lleva una vida de bohemio. Raramente se lava y se cambia de ropa interior. Se emborracha con facilidad. A menudo se arrastra durante toda la jornada; pero, si tiene trabajo, se consagra a eso día y noche. No tiene horarios para dormir ni para levantarse. A menudo se queda en pie durante toda la noche y la mañana, después se acuesta a eso del mediodía sobre un canapé, todo vestido, y duerme hasta la tarde sin importarle las idas y venidas a su alrededor. En su apartamento no hay un solo mueble. Todo está roto, cubierto de polvo, en gran desorden. En medio del salón, una gran mesa cubierta por una suerte de mantel. Encima manuscritos, libros, diarios, pedazos de tejido rotos procedentes de la costura de su mujer, tazas de té melladas, cucharas sucias, cuchillos, tenedores, velas, tinteros, vasos, pipas, cenizas de tabaco; todo eso en desorden sobre la misma mesa.

Y añade:

Cuando se penetra en casa de los Marx, los ojos son invadidos por el humo del carbón y el tabaco como si se tratara de un sótano, hasta que uno se habitúa a la oscuridad y comienza a discernir los objetos a través del humo [...]. El visitante es invitado a sentarse, pero la silla de los niños no está limpia y uno corre el riesgo de mancharse el pantalón. Todo eso no provoca ninguna molestia ni a Marx ni tampoco a su mujer.

El espía infiere que el hombre sigue siendo peligroso y que está rodeado de compañeros dispuestos a todo para servirlo; entre ellos cita a Friedrich Engels, que vive en Manchester y viene a menudo a ver a Karl, y a Lupus Wolff.

Una imagen muy distinta de la hospitalidad de los Marx será ofrecida más tarde por quien se convertirá en uno de sus yernos:

Una gran cantidad de obreros de todos los países gozaron de su amable hospitalidad, y estoy convencido de que ninguno de ellos sospe-

chó jamás que aquella que los recibía con una cordialidad tan sencilla y franca descendía, por la rama materna, de la familia de los duques de Argyll, y que su hermano había sido ministro del rey de Prusia.<sup>161</sup>

En ese momento, la situación empeora para los últimos demócratas prusianos: muchos son detenidos, a menudo vegetan en prisión durante años sin ser juzgados. Joseph Weydemeyer, amigo de Bruselas, su editor de Fráncfort, amenazado con la misma suerte, renuncia entonces a su revista, abandona Alemania y se instala en Nueva York para crear allí un nuevo periódico, al que quiere titular *Die Revolution*. Esto pone fin a la distribución de los ejemplares restantes de la *Neue Rheinische Zeitung*. Es la partida de defunción de esa revista creada en Fráncfort en plena batalla, tres años atrás. Karl ya no tiene un periódico donde expresarse.

El 23 de junio de 1851, Hélène Demuth trae al mundo a un varón. ¡Sorpresa! Friedrich Engels reconoce al niño, que es llamado Frédéric Lewis y puesto a criar por una nodriza a su costa. Muchos años después, Louise Freyberger-Kautsky (última ama de llaves de Engels, que, como veremos, representará un papel considerable en la disputa por el control póstumo de los manuscritos de Marx), sostendrá que Engels le habría confesado en su lecho de muerte que el padre del niño no era otro que Karl Marx. Hélène guardará silencio toda su vida al respecto. Marx jamás hará nada por el niño, que Engels siempre se negará a ver y que los hijos de Karl, tras la muerte de su padre, terminarán por considerar como su hermanastro, aunque él mismo, convertido en obrero y militante socialista, jamás sabrá nada de su origen. En sus breves notas autobiográficas, Jenny se limita a escribir: "A comienzos del verano de 1851 ocurrió un acontecimiento sobre el que no me extenderé".<sup>201</sup> De hecho, Jenny jamás dirá nada. Si el niño fue concebido a fines de septiembre de 1850, eso abogaría por la paternidad de Marx, ya que Jenny se encontraba entonces en Tréveris. Engels no podría ser su padre, salvo que se tratara de un prematuro concebido a fines de octubre, puesto que él mismo estaba entonces en Londres. Hélène retoma su servicio en cuanto el niño es destetado.

Los rumores sobre un nacimiento ilegítimo dan la vuelta con gran rapidez al pequeño mundo de los proscritos. "¡Indescriptibles infamias!", escribe Marx, apenas un mes más tarde, a Weydemeyer, instalado en Nueva York, que ya está al tanto. Al mismo tiempo, Karl de-

nuncia todas las calumnias propaladas por "mis enemigos en el seno de la izquierda democrática. ¡Ni siquiera deben ser mencionadas!".<sup>248</sup> Porque este rumor no es más que uno de los innumerables chismes que lo agobian en esa época:<sup>248</sup> es acusado de despreciar al proletariado, de admirar la aristocracia, de tramar todo tipo de complots estafalarios, de desviar fondos para llevar una vida burguesa. Gran cantidad de estas acusaciones adoptan una tonalidad antisemita, y varias retoman incluso el apodo que le pusieron sus amigos y sus hijos, "el Moro", para convertirlo en una manera de designarlo como judío.<sup>248</sup> Llegan incluso a acusarlo de colaborar con el *Neue Preussische Zeitung* [Nueva gaceta prusiana], diario conservador de Berlín de cuyo comité de redacción es miembro Ferdinand von Westphalen, siempre ministro del Interior.<sup>248</sup> ¡Otros dicen incluso que es un agente prusiano infiltrado en los medios revolucionarios! Esas fantasías son retomadas por los diarios alemanes de Londres, que también regularmente abundan en alusiones sobre las excelentes relaciones que Karl mantendría con su cuñado. En cuanto las oye, Marx reacciona con violencia<sup>277</sup> y reta a duelo, ese año, sin tener el menor entrenamiento en el manejo de las armas, a tres de sus detractores, entre ellos el editor de un diario que lo criticó. Los tres piden mil perdones y los dueños no se llevan a cabo.

Por todas partes en Europa, los acontecimientos de fines de 1851 confirman la predicción de Karl en sus artículos sobre 1848: la revolución no es inminente, ni mucho menos.

En Prusia, la Constitución liberal es revocada; los opositores, desterrados; las libertades de prensa y de asociación, anuladas; los derechos fundamentales concedidos en 1848 son suprimidos. Ni hablar de esperar una amnistía que permitiría que Marx regresara al país.

La última esperanza de retorno al continente se desvanece cuando, en París, en la noche del 1º al 2 de diciembre de 1851, Luis Napoleón Bonaparte disuelve la Asamblea Nacional, "foco de complots", porque se niega a revisar la Constitución para autorizarlo a que se vuelva a presentar para la presidencia de la República.<sup>163</sup> El 3 de diciembre se levantan barricadas en la capital francesa; un diputado del Ain es muerto en el suburbio Saint-Antoine mientras grita: "¡Van a ver cómo se muere por 25 francos!",<sup>163</sup> suma que corresponde al monto de la dieta diaria de los parlamentarios. La tropa tira sobre una muchedumbre de manifestantes: alrededor de 200 muertos

sobre los Grandes Bulevares. Estallan motines también en la Nièvre, el Hérault, el Var y los Alpes Bajos,<sup>163</sup> pero son marginales, ya que los campesinos se sienten identificados con el recuerdo napoleónico.

Karl sigue esos acontecimientos con pasión. En ellos ve la confirmación de lo que escribió: sin una alianza sólida entre obreros y campesinos, una revolución no puede sino fracasar. Y ésta fracasa como la precedente.

La mayoría de los diputados republicanos, como Victor Hugo, son detenidos y desterrados en medio de otras 27 mil personas detenidas, 4 mil de las cuales son deportadas. Hugo abandona Francia. El 20 de diciembre de 1851, el pueblo rural aprueba masivamente el golpe de Estado y delega en Luis Napoleón el poder de redactar una nueva Constitución, que le confía el poder por diez años.

Karl ve en esto una última confirmación de lo que había previsto en su serie de artículos sobre la revolución de 1848: tanto en Francia como en Prusia, como los obreros no supieron aliarse con los campesinos, un poder autoritario pone punto final a las últimas veleidades liberales. Su júbilo intelectual no le impide comprender que ahora está bloqueado durante un tiempo indeterminado en un país cuya lengua todavía habla mal y en el que literalmente se muere de hambre.

De Joseph Weydemeyer, instalado en Nueva York, recibe en enero de 1852 la propuesta de escribir, para el semanario político que éste está a punto de lanzar con el título de *Die Revolution*, el relato de ese golpe de Estado de 1851, como hizo antaño él de la revolución de 1848 en el diario que distribuía Weydemeyer. Se fija una remuneración muy escasa. Karl acepta. Cada semana, hasta el comienzo de marzo de 1852, hace llegar a Nueva York un artículo; de hecho, los siete serán reunidos para publicación por Weydemeyer en uno solo, bajo el título *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*.<sup>20</sup> Como siempre, Jenny se ocupó de despacharlo –a costa del editor– tras haberlos pasado en limpio y haber discutido sobre ellos. A manera de artículos de prensa, una vez más es un texto teórico mayor.

Como en su serie de artículos anterior, Karl quiere explicar el golpe de Estado mediante la lucha de clases. Comienza con esa frase tan famosa:

En un pasaje de sus obras, Hegel observa que todos los grandes acontecimientos y los grandes personajes de la historia universal se pre-

sentan por así decirlo dos veces. Pero se ha olvidado de añadir: la primera como tragedia, la segunda como farsa.<sup>20</sup>

Muestra luego que, así como la crisis mundial de 1847 había debilitado a la burguesía, la prosperidad recuperada en 1849 la reforzó; que la manera en que fracasó la revolución prueba incluso, de ser necesario, que el Estado no es, como lo pensaban Hegel y los "socialistas verdaderos" alemanes –sus primeros compañeros–, el poseedor y el garante de un "interés general" sino el instrumento de las clases dominantes; que los campesinos cuya defeción aseguró la derrota de la República un día serán decepcionados por el mismo a quien llevaron al poder; que comprenderán que tienen los mismos intereses que los obreros, que son los adversarios de los notables rurales aliados a los del capital:

Los intereses de los campesinos no se confunden ya con los de la burguesía y el capital, como ocurría con Napoleón I; por el contrario, se oponen a ellos [...]. Por eso, los campesinos encuentran un aliado natural y un guía en el proletariado de las ciudades, cuyo destino es derrocar el orden burgués.<sup>20</sup>

"Un aliado y un guía": en estas palabras se anuncia el papel de dirigente atribuido a la clase obrera, clase minoritaria, entonces en el vértice de la inteligencia industrial pero esencialmente explotada. Marx pensará siempre que a esa minoría debe corresponder la dirección de la revolución, aunque no volverá a decirlo. Y aunque jamás piense que la clase obrera, y mucho menos el partido que la representa, debe monopolizar el poder. Más tarde, Engels y luego Lenin harán esa elección.

Si prevé que un día el Imperio será derrocado, teme que el proletariado obrero no permita que se confisque su victoria por no haber sabido aliarse con los campesinos. Más precisamente, explica que cuando caiga el Imperio, primero se instalará una república parlamentaria que recuperará el Estado y lo pondrá al servicio de la burguesía; y que una revolución obrera no podrá luego prevalecer a menos que los obreros de las ciudades se alien con los pequeños propietarios del campo, con los campesinos y los comerciantes, para "concentrar contra el Estado todas esas fuerzas de destrucción"<sup>20</sup> y

"quebrar la maquinaria estatal que todas esas revoluciones políticas no hicieron más que perfeccionar".<sup>20</sup> La tarea del dirigente proletario, pues, consiste en engendrar en los obreros la conciencia de su destino mediante la creación de partidos de masa con miras a la constitución de una vasta alianza, de una mayoría de gobierno que englobe las otras fracciones explotadas de la población.

Así, Marx procede al análisis, luminoso y premonitorio, de lo que efectivamente pasará veinte años más tarde en Francia: la caída del Segundo Imperio, el advenimiento de una república burguesa, la sublevación de los obreros parisinos y el fracaso de su revolución por no haber podido incorporar a tiempo a los campesinos y a las élites provinciales. Será la Comuna.

Proféticamente, escribe: "El día en que el manto imperial caiga sobre los hombros de Luis Bonaparte, la estatua de bronce de Napoleón se derrumbará desde lo alto de la columna Vendôme".<sup>20</sup> En efecto, se necesitarán veinte años para que se realice con mucha exactitud esta predicción, y para que luego, exactamente como él lo había predicho, nazcan los primeros partidos de masa, todavía inconcebibles en 1852.

Y luego está esa frase bella y misteriosa, inmensa incluso por lo que anuncia: "No es en el pasado, sino únicamente en el porvenir donde la revolución social del siglo XIX podrá encontrar la fuente de su poesía".<sup>20</sup>

Karl es consciente del valor de lo que aquí escribe. En la última de sus entregas, el 5 de marzo de 1852, describe lo que él sabe que puede aportar de nuevo al análisis social:

No es a mí a quien corresponde el mérito de haber descubierto ni la existencia de las clases en la sociedad moderna ni su lucha mutua. Mucho tiempo antes que yo, algunos historiadores burgueses habían descrito el desarrollo histórico de esta lucha de clases, y algunos economistas burgueses habían expresado su anatomía económica. Lo que yo hice de nuevo fue: 1) demostrar que la existencia de las clases sólo está relacionada con fases de desarrollo histórico determinado de la producción; 2) que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado; 3) que esta misma dictadura no constituye más que la transición a la abolición de todas las clases y a una sociedad sin clases.<sup>20</sup>

La totalidad de *El dieciocho brumario* aparece el 20 de mayo de 1852 en alemán, en Nueva York, en el primer número de *Die Revolution* que Weydemeyer logra publicar gracias a un mecenas que permaneció en el anonimato.<sup>248</sup> Ni un solo diario en el mundo menciona entonces su publicación.

Diecisiete años más tarde –o sea, un año antes de la Comuna–, Marx contará, en el prefacio a una segunda edición de este texto, la historia del fracaso de esos artículos; aprovechará para criticar a Hugo y a Proudhon, que habían escrito, con mucho más éxito que él, sobre el mismo tema:

Algunas centenas de ejemplares fueron enviadas entonces a Alemania, pero sin embargo sin poder ser colocados en librería. Un librero alemán que se consideraba como radical avanzado, y a quien propuso su difusión, respondió manifestando su virtuoso espanto por una proposición tan “inopportuna” [...]. Entre las obras que, más o menos en la misma época, trataban el mismo tema, solamente dos merecen ser mencionadas: *Napoleón el pequeño*, de Victor Hugo, y *Le Coup d'État*, de Proudhon. Victor Hugo se contenta con invectivas amargas y espirituales contra el autor responsable del golpe de Estado; el mismo acontecimiento le parece como un rayo en un cielo sereno; no ve más que el movimiento de fuerza de un individuo. No se da cuenta de que lo hace crecer en vez de disminuirlo [...]. Proudhon transforma la construcción histórica del golpe de Estado en una apología del héroe del golpe de Estado [...]. Por lo que a mí respecta, en cambio, yo muestro cómo la lucha de clases en Francia creó circunstancias y una situación tales que permitieron que un personaje mediocre y grotesco haga las veces de héroe.<sup>20</sup>

Justo después de la muerte de Marx, a propósito de este texto, Engels escribirá con un énfasis por una vez perfectamente justificado:

Era un trabajo genial. Inmediatamente después del acontecimiento que sorprendió a todo el mundo político como un rayo en el cielo sereno [la frase de Marx a propósito de Hugo], que fue maldecido por unos con gritos de indignación virtuosa y recibido por otros como el acto que ofrecía la salvación fuera de la Revolución y como el castigo del trastorno provocado por ella, y que fue un objeto de asombro y de

incomprensión para todos, Marx lo convirtió en una exposición corta, epigramática [...]. Para ello se necesitaba el conocimiento profundo de la historia de Francia que tenía Marx.<sup>112</sup>

Lafargue añadirá: "Sólo escribía [...] con la firme voluntad de dar una base científica al movimiento socialista que, hasta entonces, vagaba en las brumas de la utopía".<sup>161</sup>

Karl sabe que su exilio en adelante llevará mucho tiempo. Habla de esto largamente con Jenny: tienen que prepararse para permanecer en Londres en la miseria, en ese país donde todo les resulta extranjero, con cuatro niños que no merecieron vivir tan mal y corriendo el riesgo de que uno de ellos padezca la suerte de Guido. ¿Está dispuesta? ¿No prefiere volver a casa de su madre, a Tréveris, con los niños? Aprovecharían la comodidad de un entorno familiar seguro con un hermano ministro. Ella se niega, furiosa de que haya siquiera considerado esa solución. Sólo tiene que escribir más, publicar más, y continuar el combate. Ahora es su propio combate también. Está dispuesta. No debe renunciar. Ella está presente, a su lado. ¿La necesita? Ella no pide otra cosa.

Algunos días más tarde hace tanto frío, se encuentran en una miseria tan grande que Marx escribe a Engels que ya no puede salir de su casa porque su abrigo está empeñado,<sup>248</sup> y que ya no puede comprar carne para los niños porque el carnicero no le da más crédito.<sup>46</sup> Ya tampoco puede enviar a sus dos hijas mayores a la escuela o recibir alguna ayuda para cuidar a los dos más pequeños, ni comprar libros, ni siquiera una cuna, pañales y medicamentos para Franziska, la más reciente, enferma al igual que Edgar, quien ahora tiene cerca de 5 años y a quien Karl empezó a enseñarle versos en griego, en alemán y en inglés. Incansablemente inventa recursos para alejar a los acreedores, usando incluso a sus hijos como señuelos, tratando sin descanso de obtener una ayuda de su madre o de sus amigos. Únicamente Engels está presente, regular pero poco generoso, teniendo en cuenta su fortuna.

En esos momentos terribles, ni hablar de escribir, leer o reflexionar. La Liga ya no le interesa. Lo único importante es sobrevivir y garantizar la supervivencia de sus niños.

Ese año –1852–, como lo previó Karl, Luis Napoleón Bonaparte, convertido en Napoleón III, tiene suerte: la economía se desarrolla;

los patrones dan trabajo a los obreros; los comerciantes se enriquecen; los campesinos se tranquilizan. El poder tiene maniatada a la prensa; los sansimonianos se adhieren al régimen y crean el Crédito Hipotecario de Francia; Boucicaut funda Le Bon Marché. Los republicanos son tan mal vistos que Napoleón III prohíbe el uso de una barba no cortada, signo de adhesión a los revolucionarios.

La miseria es tan grande, el frío tan intenso que, el 14 de abril de 1852, Franziska muere a los trece meses: es el segundo hijo de los Marx que muere en esa calle, dieciocho meses después de Guido. Karl ni siquiera tiene los medios de ofrecerle un ataúd y, luego de mucho tiempo y esfuerzos, debe recurrir a la generosidad de un vecino francés que permaneció en el anonimato. En sus breves recuerdos, siempre digna y sobria, Jenny observa: “[Franziska] no tuvo cuna cuando vino al mundo, y hasta su última morada se le negó durante largo tiempo”.<sup>201</sup>

En su carta de condolencias del 20 de abril, Engels se aflige de la indigencia de la familia Marx, de las condiciones de higiene deplorables que acarrearon la muerte de la niña, al tiempo que lamenta no poder hacer más por ellos.<sup>46</sup>

Karl no puede soportarlo y se enferma, por primera vez seriamente. “Las crisis de furunculosis, de hígado, los dolores de dientes, las infecciones oculares y luego pulmonares se multiplican.”<sup>161</sup> Luego se repone, refuerza el caparazón con que supo dotarse y tiene un cuidado infinito con los hijos que le quedan, en particular con su último hijo, con quien reproduce la relación que había anudado antaño con su padre: “Se ocupa de sus dos niñas y de su hijo, que tiene 5 años y al que adora. Lo apoda *coronel Musch* (“mosca”, en alemán) en homenaje a su pequeña altura y a su gran sentido táctico para desconcertar a los acreedores”.<sup>161</sup> Jenny está confiada; cuando Karl está mal, es ella la que lleva la casa. Sólo vuelve a su depresión, a sus vómitos y a sus angustias cuando Karl está bien.<sup>248</sup>

En el fondo de su miseria, Marx recibe entonces una proposición maravillosa: ser el corresponsal en Londres del primer periódico de los Estados Unidos, el *New York Daily Tribune*, que es incluso, con 200 mil ejemplares vendidos, el diario más vendido del mundo. Charles Dana –con quien se ha encontrado brevemente en París tres años antes, cuando era el corresponsal en Francia del mismo diario– acaba de ser nombrado su redactor en jefe en Nueva York; decidió interesarse en la

clientela de los alemanes, que, piensa, pronto van a emigrar en masa a los Estados Unidos en virtud de la represión política y del marasmo económico de Prusia. Por eso, recordando la muy fuerte impresión que le había dejado Marx en París, le propone ser su corresponsal en Londres: Karl podrá escribir sobre lo que quiera, cuando quiera, y será remunerado cuando menos por un artículo por semana; y más si esos textos se publican. Dana le explica que los honorarios que el *New York Daily Tribune* le pagará no corresponden a la estima que el diario testimonia por su "*most highly valued contributor*"; pero que no obstante recibirá una libra por cada uno de sus primeros artículos, luego dos, más tarde tal vez incluso tres libras.

A todas luces, Marx está seducido: por fin un ingreso regular —que duplica lo que le da Engels— por un verdadero trabajo de periodista, en inglés. Nunca lo hubiera creído posible, aunque es lo que Jenny siempre le había pedido que tratara de hacer. Por añadidura, el *New York Daily Tribune* es el órgano de prensa más liberal de los Estados Unidos, y para él no es deshonroso escribir allí. El diario fue fundado diez años antes por un ex tipógrafo convertido en periodista, Horace Greeley, adepto de Fourier, de Hawthorne y de Emerson, que sostuvo la breve experiencia del falansterio de Brook Farm, cerca de Boston. En ese periódico trabaja el mejor equipo de periodistas de los Estados Unidos, de un nivel político y literario muy elevado, con excelentes corresponsales en Europa. No obstante, Karl vacila un poco: todavía no habla lo bastante bien el inglés para escribir directamente en esa lengua. Engels —una vez más él— le propone revisar y corregir gratuitamente sus artículos. El amigo de Manchester es tan entusiasta que hasta suplica a Karl que le deje escribir, bajo el nombre de Marx, artículos de estrategia militar —su manía— sin que le pague. Karl acepta y pone manos a la obra, aunque echa pestes contra el carácter superficial y alimenticio de lo que le piden, esperando secretamente —además del dinero que va a producirle— interesar en su causa a una parte de los alemanes de los Estados Unidos.

De hecho, en un año (del verano de 1851 a la primavera de 1852), como Charles Dana lo había previsto, medio millón de alemanes atraviesan el Atlántico, empujados por la miseria y la represión política.

Los sinsabores que conoció (sobre todo la muerte en pocos meses de dos de sus hijos) endurecieron todavía más el carácter de Karl. Ya no es el joven alegre, ambicioso y optimista de Berlín, de París o in-

cluso todavía de Bruselas. Ya no es el jefe combativo y sombrío del primer diario de izquierda de Alemania. Se exaspera, se impacienta, olfatea espías por todas partes –ja menudo con sobrada razón!– y tiene la sensación –justificada, también– de estar perdiendo el tiempo con imbeciles. Así, se pasa varios meses con Engels derramando una carretada de injurias sobre los exiliados alemanes en Londres, y sobre uno de ellos en particular: Kinkel, el famoso evadido de Spandau. Todo eso da como resultado *Los grandes hombres en el exilio*, cuyo manuscrito, enviado a un editor alemán, cae en manos de la policía prusiana y no es publicado. Una vez más, ¡meses de trabajo en balde!

En agosto de 1852, el *New York Daily Tribune* publica el primer artículo de Marx, y éste cobra su primera libra de ingresos. En la casa es una fiesta. Como le pagan por artículo, a partir de entonces no dejará de escribir sobre todos los temas: la vida política inglesa, el cartismo y las huelgas, España, Rusia, la cuestión de Oriente, la India, China, Argelia. A menudo, como veremos, serán textos muy importantes, mucho más legibles que sus libros. Y como, con relación a sus artículos, no alimenta las mismas reservas que para sus textos filosóficos o económicos, se separará de ellos sin dificultad, sin retrabajarlos hasta el infinito.

En noviembre de 1852, Karl está cansado de perder el tiempo en política. Entonces decide hacer lo que está pensando desde hace tiempo: disolver los últimos restos de la Liga de los Comunistas y consagrarse exclusivamente a su obra teórica. La Liga de los Comunistas es a tal punto inexistente que su disolución pasa inadvertida.

Retoma entonces el proyecto del libro de economía prometido ocho años antes a un editor de Darmstadt. Tiene ahora en mente una obra monumental, a la vez crítica de la economía política y análisis científico del modo de producción capitalista. De esta manera pretende reunir, para finalmente publicarlas, todas las reflexiones que realizó, desde su llegada a París en 1843, sobre la alienación, la explotación, la naturaleza del capitalismo, sus crisis y la manera en que los movimientos de la Historia pueden explicarse por las relaciones de propiedad. Para ello utiliza las notas que ha acumulado durante años sobre la "propiedad burguesa", que ahora define como "el poder de someter, apropiándose de lo que es de otro".<sup>1</sup>

Sobre todo, quiere explicar por qué el capitalismo, en su opinión, está condenado a derrumbarse, una vez que se haya vuelto mundial;

y por qué la revolución no puede sostenerse si permanece confinada a un solo país. Lo que leyó entre los economistas –cree que lo leyó todo– finalmente no le sirve casi para nada, porque no encuentra en ellos ninguna explicación de la índole profunda de la producción de riquezas ni del lazo entre economía y política.

Reflexiona en lo que será, una vez desaparecido el capitalismo, la sociedad "comunista". La define como la "abolición de la propiedad burguesa" para constituir una sociedad de "seres libres e iguales", "hombres nuevos", "libres", "ricos en necesidades". En ella, el trabajo será "no sólo un medio de existencia sino la primera necesidad vital [...], esta vez creativo gracias a la reducción de su duración y su libre elección".<sup>38</sup> Marx retoma aquí una idea ya presente en su *Ideología alemana* de 1844: "El comunista será libre de hacer hoy determinada cosa, mañana tal otra; cazador por la mañana, pescador al mediodía, criador durante la tarde, sin jamás convertirse en un cazador, un pescador o un pastor".<sup>38</sup>

Las condiciones de la transición del capitalismo al comunismo no le parecen en sí un tema de estudio urgente. Para él, dependerán de las circunstancias económicas y políticas; por tanto, del momento y el lugar. No pueden ser objeto de una teoría general. Marx dice tan sólo que se accederá a esa sociedad ideal por un "salto" del "reino de la necesidad" al "reino de la libertad", que ahora llama "dictadura revolucionaria del proletariado", sin especificar su contenido, de no ser afirmando, como lo hizo en sus artículos sobre la revolución de 1848, que será necesario, allí donde sea posible, utilizar las instituciones de la democracia para establecer el poder de la mayoría por el juego de los partidos. En este punto, como en muchos otros, nunca cambiará de opinión, pese a las tragedias políticas y personales que habrá debido atravesar: periodista antes que todo, la libertad de pensamiento le parece el más sagrado de los derechos; para él, la democracia parlamentaria debe ser protegida sin importar qué ocurra, aunque la mayoría social no tenga la mayoría política.

En la misma época, por otra parte, se convierte públicamente en el abogado de dos dimensiones esenciales de la democracia liberal: la libertad de prensa y la independencia de la justicia. En particular, el 12 de noviembre de 1852, protesta cuando varios de sus amigos comunistas alemanes, compañeros de la aventura de 1848 detenidos a fines del siguiente año –algunos por la denuncia involuntaria de Wi-

llich- antes de haber podido escapar, son juzgados en Colonia como "comunistas" por haber sido sus amigos en 1849 y haber luego mantenido correspondencia con él. Uno de los acusados, Ferdinand Freiligrath, evitó por poco el arresto al huir de Londres y es juzgado en rebeldía; los otros no tuvieron esa suerte y corren un gran riesgo. El 20 de noviembre, Karl envía a varios diarios británicos y estadounidenses, en inglés y en alemán, un largo artículo que aparece el 29 de noviembre en el *Morning Advertiser*, y luego, en su versión final, el 10 de diciembre en el *New Yorker Criminal-Zeitung*, para protestar contra las violaciones de los derechos de la defensa que mancillan ese proceso:

Dieciocho meses fueron derrochados tratando de obtener pruebas en este proceso. Mientras tanto, nuestros amigos fueron secuestrados, sin libros ni tratamiento médico, y sin condiciones para poder aprovecharlos. No tuvieron el derecho de ver a sus abogados, en violación a la ley. [...] Se amañó un jurado hecho de seis nobles reaccionarios, cuatro miembros de las altas finanzas y dos de la administración. Se les traían pruebas, en particular una prueba procedente de Londres, actas de las reuniones de una sociedad secreta presidida por el doctor Marx con el cual los acusados mantenían correspondencia [...]; estas actas resultaron un fraude. La escritura de Marx había sido imitada. Y sin embargo, ¡fueron considerados como culpables de alta traición en aplicación retroactiva de una nueva ley penal!<sup>111</sup>

La condena cae, pesadamente: los amigos de Marx pasarán largos años en prisión. Karl echa pestes y decide entonces sacar un librito de este episodio con el título *Révélations sur le procès des communistes* [Revelaciones sobre el proceso a los comunistas], y hacerlo circular en Alemania. Para que este texto no sea considerado como un llamado a la revolución inmediata, en un prefacio Engels advierte a sus amigos contra el peligro de precipitar la acción, de verse

obligados a entregarse a experiencias comunistas y de dar saltos hacia adelante de los que sabemos mejor que nadie hasta qué punto son inconducentes. En estos casos se pierde la cabeza —esperemos que no sea físicamente hablando— y [...] a uno lo consideran no sólo como un animal feroz [...], sino, además, como un estúpido, lo que es mucho peor.<sup>112</sup>

Una vez más, el librito, impreso en Basilea, será totalmente incautado por la policía desde su llegada a Alemania, en diciembre de 1852. Nadie se enterará.

El 10 de enero de 1853, cuando se inaugura en Londres la primera línea de subterráneo, Karl está enfermo otra vez y siempre corto de dinero. Ni siquiera puede pagar el envío de sus cartas. Para proveer lo mínimo a su familia, debe "dar el rollo", como dice, para la prensa. Artículos circunstanciales, a menudo visionarios, en el *New York Daily Tribune*, que en adelante le producen unas 150 libras por año. Artículos que Jenny discute palmo a palmo con él antes de pasarlos en limpio y enviarlos.

Karl también lucha contra la prensa de izquierda, a menudo de manera anónima y gratuita. Por ejemplo, responde a Ruge, su amigo y asociado de París, autorizado a volver a Berlín, y que le reprocha no sostener la memoria de Bakunin, de quien nadie tiene noticias desde que fue arrestado tres años antes en Prusia y transferido a Austria, luego a Rusia. Karl escribe también en los órganos más diversos: el *People's Paper* de los cartistas, diarios en lengua alemana (el *Volk*, el *Neue Oder Zeitung*, el *Augsburg Allgemeine Zeitung*, la *Reform*); contribuye en una enciclopedia (la *New American Encyclopaedia*, que dirige Dana); e incluso en un diario sudafricano, el *Zuid-Afrikaan*, lanzado por un periodista holandés, Jan Karl Juta, que acaba de casarse con su hermana Louise, con la que viene a verlo ese año a Londres, camino hacia El Cabo. Un participante en una cena con Louise y Karl refiere<sup>77</sup> que "ella no podía soportar que su hermano fuera el jefe de los socialistas e insistía en mi presencia en el hecho de que pertenecían a la familia de un abogado respetado y apreciado por todos en Tréveris".

Así, al escribir para tantos diarios diferentes, Marx se da cuenta de que habría podido ganar dinero creando una agencia de prensa de habersele ocurrido antes; pero, piensa, los lugares están tomados. Lo lamenta y escribe a Engels: "¡Si lo hubiéramos hecho en el momento oportuno, tú no estarías acorralado en Manchester, torturado por tu oficina, y yo aquí, torturado por mis deudas!".<sup>46</sup> Veremos que se equivoca y que otro judío alemán, Julius Reuter, pronto se embarcará en esa aventura, desde Londres, con éxito.

En el mismo momento, el 20 de enero de 1853, Napoleón III se casa con Eugenia de Montijo, que, como católica ferviente, también lo incita a enviar tropas para garantizar la protección de los Lugares San-

tos, entonces bajo protección otomana.<sup>163</sup> El zar Nicolás I, que también pretende ocuparse de eso, propone una alianza a Inglaterra para repartirse el Imperio Otomano, el “enfermo de Europa”, según la fórmula del diplomático ruso Alexandre Gorchakov. Dirigido entonces por el conservador Aberdeen, luego por Palmerston, el gobierno británico vacila. Por su parte, Karl es hostil a esa alianza anglo-rusa, como lo es desde siempre a todo cuanto puede reforzar el poder zarista, al que considera como el primer sostén de las dictaduras alemanas. No cree en una alianza anglo-francesa contra Rusia, porque ni el “falso Napoleón” ni el nuevo ministro inglés de Relaciones Exteriores, Palmerston –piensa– tienen realmente la intención de golpear en el corazón del coloso ruso. De un examen minucioso de los documentos del Foreign Office, de las actas del Parlamento inglés editadas desde el siglo XVIII y de los informes diplomáticos que fue a consultar en el British Museum, saca la convicción de que, desde la época de Pedro el Grande, ingleses y rusos no dejaron de entenderse en secreto.<sup>161</sup>

En abril de ese año, 1853, Marx firma un artículo sobre este tema para el *New York Daily Tribune*, redactado todavía en parte con Engels: “Si Rusia entra en posesión de Turquía, su fuerza se verá aumentada en el cincuenta por ciento, y predominará sobre toda la Europa coaligada. Un acontecimiento semejante sería una desgracia indescriptible para la causa revolucionaria”.<sup>11</sup> Éste será uno de los últimos artículos que los dos amigos redactarán juntos. Porque, a partir de junio de 1853, Karl practica lo suficiente el inglés para escribir directamente sus artículos en esa lengua, y Friedrich no hace más que releerlos. Lafargue observará que, para Karl, “una lengua extranjera es un arma en las luchas por la vida”.<sup>161</sup> Lee entonces en inglés la terrible descripción de la vida de la clase obrera inglesa que Charles Dickens acaba de dar en *Tiempos difíciles*, en particular la de Coketown, arquetipo de la ciudad obrera, donde encuentra sus propias condiciones de miseria.<sup>161</sup>

Mientras la tensión entre Rusia y Turquía se agrava, Marx se documenta –siempre en la biblioteca del British Museum– sobre la colonización de la India para algunos artículos destinados al *New York Daily Tribune*. Para él es también una manera de comprender mejor el espíritu de los campesinos, que lo desorienta, y aproximarse a las sociedades antiguas para captar la dinámica del nacimiento del capitalismo. Así, el 25 de junio escribe un primer artículo sobre la coloniza-

ción, titulado "La dominación británica en la India", texto muy importante sobre las sociedades precapitalistas:

Desde tiempos inmemoriales, en Asia no existían más que tres departamentos administrativos: el de Finanzas, o saqueo del interior; el de la Guerra, o saqueo del exterior; por último, el de Trabajos Públicos [...]. En Egipto y en la India como en la Mesopotamia y en Persia, las inundaciones sirven para fertilizar el suelo; se aprovecha el alto nivel del agua para alimentar los canales de irrigación. Esta necesidad primaria de utilizar el agua con economía y en común (que, en Occidente, lleva a los empresarios privados a unirse en asociaciones voluntarias, como en Flandes y en Italia) impuso en Oriente, donde el nivel de civilización era demasiado bajo y los territorios demasiado vastos para que pudieran aparecer asociaciones de ese tipo, la intervención centralizadora del gobierno. De aquí procede una función económica que incumbe a todos los gobiernos asiáticos: la función de garantizar los trabajos públicos.

Ya tenemos aquí la descripción de lo que más tarde, bajo la pluma de Marx, se convertirá en el "modo de producción asiático", donde el Estado arranca a los trabajadores su fuerza de trabajo. El artículo continúa con una crítica en regla –única en su época– de la colonización británica: "Inglaterra destruyó los fundamentos del régimen social de la India sin manifestar hasta la actualidad la menor veleidad de construir cualquier cosa". Y este pasaje tan famoso:

El telar manual y el torno, que producían mirfadas de tejedores e hilanderos, eran el pivote de la estructura de esta sociedad. Desde tiempos inmemoriales, Europa recibía los admirables tejidos de fabricación india, enviando a cambio sus metales preciosos y proveyendo así la materia prima a los orfebres, esos miembros indispensables de la sociedad india [...]. Los invasores ingleses rompieron los telares de los indios y destruyeron sus tornos. Inglaterra comenzó por eliminar las cotonadas del mercado europeo, luego se puso a exportar a Hindustán el hilado, y por último inundó de cotonadas la patria de las cotonadas. De 1818 a 1836, las exportaciones de hilado de Gran Bretaña a la India aumentaron en la proporción de 1 a 5.200.<sup>29</sup>

Tras esto, visionario, Marx se lanza hacia el porvenir y, un mes más tarde, en otro artículo fechado el 22 de julio de 1853, explica que en la India el capitalismo un día será un sistema social mucho mejor que la actual sociedad arcaica. Redactado en la miseria absoluta, este texto mayor, que emana de un ciudadano del mundo, muestra una vez más que, para él, el comunismo sólo puede venir *después* del capitalismo, y no en su lugar, porque el capitalismo libera a los hombres de la superstición y la esclavitud:

Por triste que sea, desde el punto de vista de los sentimientos humanos, ver disolverse esas miríadas de organizaciones sociales patriarciales, inofensivas y laboriosas, disgregarse en sus elementos constitutivos y verse reducidas al desamparo, y sus miembros perder al mismo tiempo su vieja forma de civilización y sus medios de subsistencia tradicionales, no debemos olvidar que tales comunidades pueblerinas idílicas, a pesar de su aspecto inofensivo, siempre fueron un fundamento sólido del despotismo oriental, que encerraban la razón humana en un marco extremadamente estrecho, convirtiéndola en un instrumento dócil de la superstición y la esclava de las reglas admitidas, despojándola de toda grandeza y de toda fuerza histórica. No debemos olvidar el ejemplo de los bárbaros, que, aferrados de manera egoísta a su miserable parcela, observaban con calma la ruina de los imperios, las cruelezas innominables, la matanza de la población de las grandes ciudades, no prestándoles más atención que a los fenómenos naturales, víctimas a su vez de todo agresor que se dignara a observarlos [...]. No debemos olvidar que esas pequeñas comunidades llevaban la marca infamante de las castas y de la esclavitud, que sometían al hombre a las circunstancias exteriores en vez de convertirlo en el rey de las circunstancias, que convertían a un estado social en desarrollo espontáneo en una fatalidad omnipotente, origen de un culto grosero de la naturaleza cuyo carácter degradante se traducía en el hecho de que el hombre, amo de la naturaleza, caía de rodillas y adoraba a Hanuman, el mono, y a Sabbala, la vaca.<sup>30</sup>

Y luego esta frase profética: "Se trata de saber si la humanidad puede realizar su destino sin una revolución fundamental en el estado social del Asia; de otro modo, cualesquiera que hayan sido los

crímenes de Inglaterra, fue un instrumento inconsciente de la Historia al provocar esa revolución".<sup>30</sup> Y también esta otra: "No está muy lejos el día en que, por una combinación de ferrocarriles y barcos a vapor, la distancia entre Inglaterra y la India, medida en tiempo, será reducida a ocho días, y en que esa comarca antaño fabulosa será prácticamente anexada al mundo occidental".<sup>31</sup> El espíritu del mundo, una vez más, piensa la globalización e inicia la entrada del Asia a su seno, convirtiendo al capitalismo en una liberación de los pueblos.

En noviembre de 1853, Rusia invade el Imperio Otomano para adueñarse de las provincias del Danubio, basándose en la alianza con Gran Bretaña y la neutralidad de las otras potencias europeas. Temiendo un apoyo de Londres al gobierno del zar, Karl vuelve en el *New York Daily Tribune* sobre la existencia de los "lazos secretos"<sup>11</sup> que habría descubierto entre las grandes burguesías inglesa y rusa, denuncia a Palmerston, entonces ministro de Relaciones Exteriores, como "vendido" a Petersburgo. Critica a uno de sus amigos olvidados, Ferdinand Lassalle, ese joven profesor de filosofía que conoció en Düsseldorf en 1849, a quien ayudó a salir de prisión y que acaba de publicar un largo artículo alabando los méritos del mismo Palmerston. Karl enviará en total ocho artículos contra este último al *New York Daily Tribune*, que no editará más que cuatro. Publicará los ocho en el *People's Paper* del 22 de octubre al 24 de diciembre de 1853, que luego reunirá en un fascículo titulado *The Life of Lord Palmerston*, que se venderá muy bien pero del que no sacará ningún provecho financiero por haber negociado mal su contrato.<sup>248</sup> Nada apoyará nunca históricamente la seriedad de sus sospechas, que no son corroboradas por los archivos que consultó.

Mientras que Inglaterra todavía vacila en escoger su campo, Karl tiene un encuentro extraño: David Urquhart, un aristócrata escocés, parlamentario *tory*, convertido en partidario de los turcos y enemigo de los rusos tras haber combatido del lado griego.<sup>277</sup> Este Urquhart es el autor de *Turkey and its Resources*, apología del Imperio Otomano, donde la emprende violentamente contra Palmerston y el zar a la vez, al tiempo que solicita insistentemente a Gran Bretaña que se comprometa del lado de los turcos. Marx señala a Engels una obra de ese "celta escocés que considera a Palmerston como vendido a los rusos".<sup>46</sup> Escribe incluso a Friedrich, el 2 de noviembre de 1853:

Por curioso que esto pueda parecerse, siguiendo exactamente las huellas del noble vizconde (Palmerston, tercero de su nombre) en el curso de los veinte últimos años, llegué a las mismas conclusiones que ese monomaníaco de Urquhart; Palmerston está vendido a Rusia desde hace decenas de años.<sup>46</sup>

Feliz de poder contar por una vez con el apoyo de un parlamentario, Marx se muestra con él. Hasta que, en enero de 1854, Urquhart cree complacer a Karl afirmándole que sus artículos del *New York Daily Tribune* son "casi tan buenos como si hubieran sido escritos por los turcos"<sup>47</sup> Y añade que él, Urquhart, pronto será primer ministro británico, y que logrará echar a los rusos de las tierras otomanas porque tiene "una superfluidez específica del cerebro".<sup>47</sup> Marx comprende que está frente a un loco, se enloquece de ver asociados sus nombres, y el 6 de febrero de 1854 escribe a Ferdinand Lassalle, a quien acaba de reprochar el hecho de haber tomado partido por Palmerston:<sup>48</sup> "¡No quiero que me tomen por un partidario de ese loco! No tengo en común con él más que mi punto de vista sobre Palmerston". Para convencer a Lassalle de la legitimidad de su punto de vista, en esta carta agrega nuevas "pruebas" de la traición de Palmerston, que descubrió en el British Museum y que establecen su extraordinario sentido del detalle policial:

Palmerston es un agente ruso. La princesa Lieven pagó sus deudas en 1827, el príncipe Lieven lo hizo entrar en el Foreign Office en 1830, y en su lecho de muerte, Canning puso en guardia contra él. Llegué a este resultado tras haber examinado muy concienzudamente y con inucho cuidado toda su carrera, y esto en los *Libros azules*, en los debates parlamentarios y las declaraciones de sus propios agentes diplomáticos. [...] Su hazaña no es tanto servir a Rusia como saber afirmarse en su papel de "ministro auténticamente inglés" al tiempo que la servía. Su única diferencia con Aberdeen [primer ministro en esa época] es que Aberdeen sirve a Rusia porque no la comprende, y Palmerston la sirve aunque la comprenda. Por eso el primero es un partidario confeso, y el segundo un agente secreto de Rusia; el primero la sirve gratis, el segundo contra retribución.

El 27 de marzo, cuando *Las bañistas* de Courbet escandalizan en el Salón en París, cuando el barón Haussmann es nombrado prefecto del

Sena, cuando Victor Hugo publica en el exilio *Les Châtiments* y Nadar instala su primer taller fotográfico, el emperador de los franceses consigue el apoyo de Inglaterra y del Piamonte para ir a defender el Imperio Otomano y los Lugares Santos contra Rusia. La flota francesa, que pronto será dirigida por Mac-Mahon, zarpa para los Dardanelos con la Armada inglesa del almirante Raglan. Contrariamente a lo que había previsto Marx, pues, Londres se compromete militarmente contra Rusia. En un artículo del *New York Daily Tribune* del 15 de abril de 1854, llama la atención sobre las condiciones miserables de los 8 mil judíos de Jerusalén, entonces ocupada por los turcos.<sup>11</sup>

En junio, el médico pone mala cara por tener que desplazarse para atender a Jenny, de nuevo embarazada, por la razón de que los Marx le deben 26 libras, o sea, el equivalente a un año de alquiler. Una vez más Friedrich viene en su ayuda. En julio, Jenny vuelve a partir para pasar el verano en Tréveris con sus tres hijos sobrevivientes: Jennychen, Laura y Edgar, cuya tuberculosis se agrava. Antes de su partida, gasta 8 libras –o sea, un tercio del alquiler anual del apartamento de Dean Street– para la compra de "todo un equipo nuevo, porque evidentemente no podía ir a Tréveris en harapos",<sup>46</sup> escribe Marx a Engels, el 23 de julio, para justificar el gasto ante su mecenas. El ministro del Interior en Berlín, su hermanastro, una vez más hace que entreguen a Jenny un pasaporte, sin el cual la mujer de un jefe comunista expulsado de Prusia y vigilado por todas las policías no habría podido viajar.

El 26 de septiembre –en el momento en que, en París, un joven empleado del empaquetador de la corte imperial, recién desembarcado de su Jura natal, Louis Vuitton, funda su propia empresa–,<sup>80</sup> 185 mil soldados franco-ingleses sitian Sebastopol, alrededor de la ciudadela ocupada por las tropas rusas del coronel Franz Todleben.

A fines de 1854, Marx escribe a Engels que deberá recurrir a "medios extraordinarios" para pagar los gastos relacionados con el parto de Jenny y los cuidados que exige Edgar, cada vez más enfermo.<sup>46</sup> No especifica cuáles medios.

El 16 de enero de 1855 nace Eleanor, cuarta niña y sexto vástagos de los Marx, pero el cuarto vivo entonces. Eleanor, que manifestará el mismo interés que su hermana Jenny por la China, se convertirá en "Quo Quo", sucesor del emperador de China; también la apodarán "Gnomo Alberich", por el nombre de uno de sus héroes mitológicos,

luego "Tussy". La alegría familiar es de muy corta duración, ya que entonces sobreviene el peor drama que haya conocido Karl Marx.

En abril de 1855, menos de tres meses después del nacimiento de Eleanor, Edgar, su hijo adorado, aquel a quien apoda "coronel Musch", sucumbe a la tuberculosis a los 8 años de edad. Karl, que jamás manifiesta sus sentimientos, al punto de parecer para muchos insensible, queda a la deriva. ¡Había puesto tanto en su relación con este niño, reconstruyendo en ella la que había anudado con su propio padre; tenía tanto amor para dar a este niño frágil y gracioso, a quien había enseñado largos pasajes de *Hamlet* para distraerlo de su mal! Escribe entonces a Engels: "Ya pasé por todo tipo de adversidades, pero sólo en este momento sé lo que es una real desgracia. Me siento totalmente quebrado".<sup>46</sup> También escribe a Ferdinand Lassalle, en Berlín, en respuesta a sus condolencias:

Bacon dijo que los hombres verdaderamente importantes tienen tantas relaciones con la naturaleza y el mundo que fácilmente se restablecen de cualquier pérdida. Yo no soy de esos hombres realmente importantes. La muerte de mi hijo afectó tan duramente mi corazón y mi cerebro que su pérdida me hace sufrir tanto como el primer día. Mi pobre mujer está completamente destruida.<sup>47</sup>

Diez años más tarde, Jenny escribirá que tal vez habrían podido salvar a su hijo dejando Londres para vivir a la orilla del mar. El sentimiento de culpa ya no los abandonará.

Entonces Karl no tiene más que 37 años, pero, bruscamente, parece mucho más. Su barba encanece. Además de sus crisis de hemorroides, ahora lo aquejan violentas dolencias de hígado, de furunculosis, dolores de muelas, afecciones respiratorias, reumatismos, fuertes migrañas y conjuntivitis. Carece de recursos y ha perdido a su segundo y último hijo varón. Nadie lee sus textos. Ya no tiene una organización política. Todo se le escapa. Carece de la energía necesaria para escribir y para actuar.

Al mismo tiempo, ve con amargura que el movimiento socialista retrocede allí donde debería ser más fuerte: en Gran Bretaña. En junio de 1855, dos meses después de la muerte de Edgar, los dirigentes de los sindicatos firman acuerdos con los partidos liberales, y Marx pierde las esperanzas en el proletariado británico, que, piensa, al fin y

al cabo aspira más a parecerse a los burgueses que a derrocar su poder. Por añadidura, comprueba que el sitio franco-británico de Sebastopol, tan difícil y mortífero, refuerza la alianza de las monarquías europeas: mientras que una Exposición Universal en los Campos Elíseos marca un triunfo para el Imperio, al recibir a 5 millones de visitantes –entre ellos la reina Victoria–, el general de Mac-Mahon y el almirante Raglan, el 8 de septiembre de 1855, se apoderan de la torre Malakoff, que domina la ciudadela de Sebastopol. Rusia está vencida, el Imperio Otomano salvado. El sitio habrá durado un año y producido centenares de miles de muertos. Europa le tomó el gusto al mar abierto: la conquista militar tiene el campo libre en África.

La miseria de los Marx es tan grande que, para sobrevivir, Karl debe escribir en todos los diarios que tienen a bien aceptar sus artículos, inclusive la *Sheffield Free Press* que dirige Urquhart, con quien sigue compartiendo la misma obsesión de una alianza anglo-rusa.<sup>277</sup> Como para justificar *a posteriori* sus temores previos,<sup>277</sup> Karl revela en ese diario haber descubierto en el British Museum –donde cada vez pasa más tiempo– documentos del siglo XVIII que demuestran una colaboración secreta entre Londres y Petersburgo con miras a una “expansión universal”. “Todavía hoy, es la política rusa”, escribe Marx, que no puede afirmar que es todavía la política de la Corona, ¡porque los soldados británicos acaban de morir en masa frente a las tropas del zar!

Marx está entonces totalmente absorbido por su duelo y sus preocupaciones financieras. Y cuando, en el mismo momento, algunos refugiados políticos franceses, alemanes, polacos, belgas, así como algunos militantes ingleses, fundan en Londres una Asociación Internacional Obrera para tomar el relevo de la difunta Liga de los Comunistas que liquidó tres años antes, él está escondido en casa de Engels, en Manchester, para escapar a la prisión por deudas de la que sólo se salva por una herencia providencial, la de un tío escocés de Jenny.

Antes de volver a Londres, Karl, según su hija menor, escribe de Manchester a su esposa una carta apasionada.<sup>200</sup> Como si las sucesivas defunciones reforzaran la solidaridad de los vivos, entonces pasa cada vez más tiempo con las tres hijas que le quedan, jugando con ellas durante horas, fabricándoles, dirá un testigo,

flotas enteras de barcos de papel que luego arroja a las llamas, para la gran alegría de las niñas, en un caldero [...]. Era un padre dulce,

tierno e indulgente. "Los niños deben educar a sus padres", acostumbraba decir. Jamás hizo sentir a sus hijas, que lo querían con locura, el peso de la autoridad paterna.<sup>61</sup>

Otro testigo cuenta también los *picnics* tradicionales del domingo: toda la familia se pone en marcha a eso de las once para estar en Hampstead, a una hora y media de camino, para la hora del almuerzo. El menú, cuando tienen un poco de dinero: asado de ternera, té, azúcar y en ocasiones frutas.<sup>248</sup> Tras la comida, hablan, leen el diario, corren y, cuando tienen dinero, hacen paseos a lomo de mula.

En esos momentos, los dolores se apaciguan y las penas se alejan un poco, aunque la vida material sigue siendo miserable. Para no pensar en eso, Karl vuelve a instalarse en el British Museum, toma notas y trabaja en el que todavía tiene la intención de que sea su gran libro de economía.

Es en medio de su desesperación cuando, ese año –1855–, hace su descubrimiento mayor. El que va a relacionar su análisis de la alienación por el trabajo, que se remonta a 1848, con su análisis de la Historia en la lucha de clases, que llevó a cabo en 1850. El que va a asegurarle su lugar en la historia de las ideas. El que va a permitir que decenas de millones de asalariados clarifiquen sus luchas y que se resume muy simplemente: *el asalariado produce más valor del que gana*.

En lo más profundo de la pena causada por la muerte de Edgar, Karl construye así su teoría de la *plusvalía*, la que sustenta y acarrea la dinámica de los poderes y las luchas. Él distingue entre una "forma absoluta" y una "forma relativa" de esta plusvalía; entre un "capital constante" y un "capital variable". Conceptos que, con otros nombres, forman todavía hoy una parte del armazón del pensamiento económico moderno, incluso entre sus partidarios más liberales.

Karl adivina que tiene aquí un concepto mayor que relaciona la teoría económica, hasta entonces tan estática, con el movimiento de la Historia. Pero no ignora que esto todavía no es más que una intuición: ¡hay tantas cosas que todavía deben aclararse!

Nueva pena, el 17 de febrero de 1856: se entera de la muerte de Heinrich Heine, que había hecho un retorno a la fe. Los dos hombres no se habían vuelto a ver desde que Karl fue expulsado de París, once años antes. Se escribieron a menudo desde entonces. Heine es incluso uno de los pocos, junto con Engels, con quien Karl jamás se enojó.

Como si éste hubiese visto en él al tío rabino perdido demasiado pronto, y como si viera en adelante en Engels a su joven hermano, también desaparecido demasiado pronto.

La situación política tampoco lo incita al optimismo. Después del tratado de París del 30 de marzo de 1856, que ratifica la derrota rusa, un nuevo zar, Alejandro II, emprende vastas reformas: emancipa a 50 millones de siervos, humaniza la justicia, abre universidades a la pequeña burguesía.<sup>163</sup> Pero eso en nada apacigua la rebelión. Poetas y novelistas reflejan sus gritos o expresan sus aspiraciones, como León Tolstói, Fiódor Dostoievski o Iván Turgueniev. Para designar el movimiento revolucionario que ve la luz del día, populista, nacionalista y suicida a la vez, Turgueniev inventa el término de "nihilismo".

Inglatera se retira en un "espléndido aislamiento" para conducir su extraordinario desarrollo económico y consolidar sus amplias conquistas coloniales. Las industrias textiles se desarrollan gracias al algodón procedente del sur de los Estados Unidos, donde un número creciente de esclavos lo cosechan a muy bajo precio; gracias también a los nuevos mercados abiertos en las colonias por la destrucción de las industrias textiles locales y, sobre todo, gracias a las innovaciones técnicas.

Es también la época en que, en París, Gustave Flaubert es perseguido por inmoralidad por haber escrito *Madame Bovary*.

Karl recae en la depresión y vuelve a pensar: "¿Para qué?". La revolución es imposible; él, en su tugurio de exiliado, lejos de su tierra, acaba de ver morir a tres de sus hijos en tres años. Se considera responsable. Ya no tiene esperanzas, ya no tiene razones para escribir ni para hacer política. Una vez más presiona a Jenny para que lo deje y vuelva con los niños a Alemania. Ella se niega. En consecuencia, ya no tiene más que esperar la muerte de sus últimos hijos, la de Jenny y la suya.

Todavía no sabe que pronto todo va a cambiar para él.

#### IV. EL JEFE DE LA INTERNACIONAL (abril de 1856-diciembre de 1864)

EN EL ESPACIO de algunos meses, entre 1856 y 1857, cuando Marx está aislado de todo, sin dinero ni energía, sumergido por el dolor y la miseria, su destino da un vuelco: llega el dinero, cambian sus condiciones de vida, la revolución vuelve a aparecer en el horizonte, se encuentra en el centro de la acción mundial, sus conceptos se despliegan, su teoría se desarrolla. A los 38 años, la vida para él va a recuperar un sentido.

En la primavera de 1856, al saber que su madre está moribunda, Jenny se precipita a Tréveris; su hermanastro, todavía ministro del Interior, le hace otorgar otra vez un título de estadía.<sup>248</sup> Con un orgullo evidente, Marx escribe a Engels, el 10 de abril de 1856: "Mi mujer recibió un pasaporte de Berlín por orden especial y suprema de Su Majestad. Partirá para Tréveris en el mes de mayo con toda la familia, y se quedará tres o cuatro meses".<sup>46</sup>

Karl no dice –pero sin duda lo piensa, y mucho– que una herencia los sacaría de la miseria. Se siente mejor. Como si, una vez más, una muerte –o su anuncio– viniera a ayudarlo a liberarse de una coerción.

El 14 de abril, solamente cuatro días después de haber escrito a Engels para avisarle del viaje de Jenny, reaparece por primera vez, luego de cuatro años, en la vida oficial de la izquierda y de la emigración al pronunciar un discurso en el banquete anual del diario de los cartistas, el *People's Paper*. El texto de esta intervención está impregnado de un gran lirismo, de una energía que no manifestaba ya desde hacía largo tiempo, como si volviera a ver despuntar la posibilidad de la acción, tanto para él como para toda la clase obrera.<sup>173</sup> Como si previerá el fin a la vez de su propio confinamiento y de la inercia del proletariado. Recupera el tono de sus años de juventud. La amargura se ha alejado. Sin duda, al expresarse esa noche, piensa en Guido, en Franziska, en Edgar: ellos no asistirán a las convocatorias que se anuncian y que, dice, nada tienen que ver con la política: "Esta revolución no es un descubrimiento de 1848. ¡El vapor, la electricidad y las invenciones di-

versas tienen un carácter revolucionario mucho más peligroso que los burgueses Barbès, Raspail y Blanqui!”. Sigue con un homenaje a la clase obrera inglesa, de la que esa noche es el invitado: “Los obreros ingleses son los primeros retoños de la industria moderna. Y seguramente no serán los últimos en aspirar a la revolución social, que también es hija de esa misma industria; esa revolución será la liberación de toda su clase, en el mundo entero; será tan internacional como lo son hoy la dominación del capital y la esclavitud del asalariado”. Luego sigue con una suerte de profecía política de una gran fuerza poética:

En la Edad Media había en Alemania un tribunal secreto, la “Santa Vehme”, que vengaba todas las fechorías cometidas por los poderosos. Cuando se veía una cruz roja sobre una casa, se sabía que su propietario tendría que vérselas con la Santa Vehme. En la actualidad, la misteriosa cruz roja marca todas las casas de Europa. La misma Historia imparte la justicia, y el proletariado ejecutará la sentencia.<sup>4</sup>

Texto magnífico, pronunciado con una voz monocorde, con un fuerte acento renano, y que desencadena ovaciones.

El jefe de la difunta Liga de los Comunistas está de vuelta. Hasta su muerte, y mucho más allá, ya nada se hará sin él en el seno de la izquierda mundial.

En el momento en que Jenny, con sus tres hijas, llega a Tréveris a la cabecera de su madre, un joven desconocido, el príncipe Otto von Bismarck, en Berlín, expone ideas que ya no abandonará: en Alemania no hay lugar para dos grandes potencias; tarde o temprano, Prusia enfrentará a Austria; debe prepararse para ello armándose y buscando alianzas, y ante todo la de Francia. “En política exterior –escribe el 21 de mayo de 1856– estoy libre de todo prejuicio [...]. Francia sólo me interesa por su incidencia sobre la situación de mi patria.”

Este hombre va a representar un papel destacado en la historia de Europa; en particular, ejercerá una influencia decisiva en el destino de Marx y en aquello que, luego de Marx, contra Marx, se convertirá en el “marxismo”. Al construir el Estado prusiano, lo convertirá en el recurso de aquellos que pretenden oponer un socialismo nacionalista al socialismo internacionalista de Marx. La bifurcación que conducirá a las dos grandes perversiones del siglo siguiente pasará precisamente por él.

Jenny llega justo a tiempo a Tréveris: a fines de mayo de 1856 muere la señora Von Westphalen. Temiendo que su unión con un revolucionario le signifique la privación de sus derechos a la sucesión, Jenny escribe a su hermanastro a Berlín, quien le responde afectuosamente del ministerio de donde reina sobre el país: "No caben dudas de que tú y Edgar son los herederos; en caso de que existan problemas financieros momentáneos, escríbeme rápido, yo te enviaré lo necesario".<sup>50</sup> Esta carta deja constancia de que sus lazos jamás se rompieron, y corrobora el hecho de que Jenny tal vez habría podido recibir, de haberla pedido a su familia, una ayuda que tanto le faltó en los peores momentos de los cinco años precedentes.

En junio, Jenny sale de Tréveris con una herencia de 120 libras y una fracción de la de su padre, depositada en lo de un banquero de Tréveris y que estaba bloqueada allí desde su partida, trece años antes. Nadie sabe dónde encontrar a Edgar, siempre en Norteamérica, para entregarle su propia parte. Jenny cree que su hermano ha muerto.

Puesto al corriente de esta herencia por una carta de Jenny, Karl le ruega que recupere las decenas de libros que había dejado empeñados en Colonia en julio de 1849, cuando carecía de dinero para financiar su diario.

En adelante, la familia tendrá con qué vivir: acumulando los ingresos de su trabajo de periodista, lo que podrá sacar de esa herencia y lo que le entrega Engels, Karl calcula que ahora ganará por año entre 150 libras (o sea, el ingreso de la clase media inferior) y 500 libras (o sea, el de la *upper middle class*); y, de hecho, el monto será con frecuencia más cercano al segundo que al primero. Por otra parte, el propio Karl escribe en ese momento que con 300 libras por año se puede vivir dignamente en Londres. Lo cual no impide que, para llegar a esa cifra, todavía y sin descanso deba mendigar ante Friedrich –por encima de lo que regularmente obtiene de él–, explicando cada vez sus necesidades con gran lujo de detalles.

Karl ya no puede soportar Dean Street. Allí, la muerte es omnipresente. Sobre todo, no puede ya hacerse a la idea de que sus hijos sobrevivientes habiten más tiempo bajo ese techo. Por lo tanto, decide mudarse lo antes posible. Sin esperar siquiera el retorno de Jenny con el dinero de la herencia, el 22 de septiembre de 1856 pide prestado a Engels para instalarse en una casa amueblada de cuatro pisos, por un alquiler anual de 36 libras –vale decir, el 50% más que el alojamiento

anterior– en Grafton Terrace 9, sobre Maitland Park, Haverstock Hill, cerca de Hampstead Road, barrio de Londres donde comienza a establecerse la clase media, precisamente allí donde los domingos va de paseo. Con su mobiliario rococó de ocasión, la casa le parece un palacio tras los tugurios que conoció.

Y como él mismo puede salir de la miseria, la revolución, piensa, va a poder salir de su hibernación.<sup>473</sup> No sólo se encuentra en condiciones de reflexionar en otra cosa que en la subsistencia de los suyos, sino que es la izquierda en su totalidad la que debe despertarse con él. Una vez más, Karl enlaza su situación personal con la del mundo en general; en tal sentido escribe a Engels, el 26 de septiembre: "El simple hecho de que finalmente esté en condiciones de reinstalar mi casa y haga venir mis libros me prueba que la movilización de nuestras personas está al alcance de la mano";<sup>474</sup> y, más lejos: "No creo que la gran crisis financiera se produzca después de 1857".<sup>475</sup> Las ideas de ambos están tan cercanas que Friedrich, en una carta del 27 de septiembre que se cruza con la de Karl, también apuesta al retorno de la izquierda en el paisaje político europeo: "Cuando me enteré de que estabas en casa propia declaré que el asunto estaba resuelto, y ofrecí apostar sobre eso".<sup>476</sup> Dicho de otro modo: la revolución no podía comenzar sin Marx; basta con el retorno a la escena de Marx para que comience. Él, piensa, es el espíritu del mundo...

A fines de septiembre de 1856, Jenny y las tres niñas vuelven de Tréveris. Pasaron por París, donde admiraron los Grandes Bulevares, que acaban de ser iluminados a gas. Jenny aprueba la mudanza al tiempo que lamenta que Karl no la haya esperado para escoger su nueva residencia. El dinero que trae representa cinco años de su nuevo alquiler, aunque sirva sobre todo para enjugar deudas. La vida de la familia va a cambiar.

El 29 de septiembre, por lo tanto, los Marx abandonan Dear Street, la "calle de la Muerte", que en seis años vio nacer a dos de sus hijos y morir a otros tres. Hélène Demuth los sigue, cada vez más indispensable; el enigma de su hijo ha sido olvidado.

Dos meses más tarde, y aunque ningún acontecimiento en Inglaterra ni tampoco en otras partes de Europa dé la señal, ni ninguna crisis financiera o económica parezca anunciarse –salvo algunas dificultades en los ferrocarriles–, Friedrich escribe nuevamente a K para hablar de su fe en la revolución: "No será tan fácil para la re-

lución encontrar una tabla rasa tan bella [como en 1848] [...]. Felizmente [...], sólo con mucho valor y la determinación más resuelta se podrá hacer algo, porque ya no habrá que temer un reflujo tan rápido como en 1848".<sup>160</sup>

Por su parte, Karl teme que la revolución se desencadene antes de que haya terminado su gran libro. Entonces vuelve a poner manos a la obra más seriamente todavía.

No se ocupa de ningún reportaje, de ninguna investigación directa sobre la miseria obrera. Él mismo acaba de salir de la miseria, y la conoce mejor que ninguno de los que escribieron sobre ella antes que él. Ninguna necesidad tiene de ir a darse cuenta sobre el terreno de las condiciones de vida de los obreros de las fábricas de Manchester. Trabaja según sus recuerdos personales y las observaciones de otro. En un librero de viejo de Long Acre, donde acude cada tanto para escarbar entre libracos y papelotes, encuentra en particular toda una biblioteca compuesta de actas de comisiones de investigación y de inspectores de fábricas de Inglaterra y de Escocia.<sup>161</sup>

Muchos miembros tanto de la Cámara de los Comunes como de la Cámara de los Lores a quienes se las distribuían no utilizaban [esas actas] sino como blancos sobre los cuales se dispara para medir, por la cantidad de páginas que atravesó la bala, la fuerza de percusión del arma. Otros las vendían al peso. [...] Karl las leyó del principio al fin, como lo muestran las numerosas marcas de lápiz que hizo. Las incluía en la serie de los documentos más importantes, los más considerables para el estudio del régimen de producción capitalista, y tenía una opinión tan alta de quienes las habían redactado que dudaba de que se pudiera encontrar entonces en otro país de Europa hombres tan competentes, tan imparciales y tan claros como los inspectores de fábricas de Inglaterra.<sup>161</sup>

Fuera de estos hallazgos, cada vez se pasa más tiempo en la biblioteca del British Museum, con tanto mayor placer porque acaban de inaugurar una nueva sala. Iluminada por amplias cristaleras, coronada por una cúpula más imponente que la de la catedral Saint-Paul –la más grande del mundo–, su construcción costó 150 mil libras. Sin embargo, ¡los arquitectos se olvidaron de las estanterías, y hay que instalarlas a los apurones poco antes de que el público sea admitido!

La creación de este espacio magnífico, que coincide con su propia mudanza, es para Karl un signo más. Como si la mejora de sus condiciones de alojamiento necesariamente debiera traer aparejadas condiciones de trabajo más favorables. Como si todo debiera ir mejor al mismo tiempo.

Ahora Karl va casi todos los días, y se instala prácticamente siempre en el mismo lugar. Se cruza con Louis Blanc, que trabaja en su monumental *Histoire de la Révolution française*.<sup>77</sup> Allí estudia especialmente los informes sobre las condiciones de vida de los obreros, pero no sólo en Gran Bretaña. Descubre entonces en particular unos informes oficiales belgas sobre los cuales toma notas muy detalladas que se encontrarán tal cual en *El capital* doce años más tarde; páginas que revelan en él una extraña mezcla de ímpetu novelesco, rigor científico y militarismo político:

Entre los capitalistas ingleses está de moda describir a Bélgica como el "paraíso de los trabajadores" porque la "libertad de trabajo" o, lo que equivale a lo mismo, la "libertad del capital" es allí excepcional; no hay ni "despotismo ignominioso" de *trade-unions*, ni "curatela opresiva" de inspectores de fábricas. Si existió alguien bien iniciado en todos los misterios de la felicidad del trabajador "libre" belga fue sin duda el difunto señor Duceptiaux, inspector general de las prisiones y establecimientos de beneficencia belgas, y al mismo tiempo miembro de la Comisión Central de Estadística belga. Abrimos su obra *Budgets économiques des classes ouvrières en Belgique* [Presupuestos económicos de las clases obreras en Bélgica], Bruselas, 1855. Allí encontramos, entre otras, una familia obrera belga, empleada normal, cuyos gastos anuales calcula primero el autor, así como sus ingresos, según datos muy exactos, y cuyo régimen alimentario compara luego con el del soldado, del marino estatal, y del prisionero [...]. Vemos que pocas familias obreras pueden alcanzar, no diremos la alimentación corriente del marino o del soldado, sino siquiera la del prisionero.<sup>12</sup>

En los artículos que redacta en esa época para los diarios en los que sigue colaborando, Marx evoca los temas más variados, inclusive aquellos a los que es perfectamente ajeno. Así, ese año habla del Afganistán, "término meramente poético para designar diversas tribus y

Estados, como si se tratara de un país real. El Estado afgano no existe".<sup>11</sup> ¿Quién, incluso en la actualidad, diría algo mejor de ese país en tan pocas palabras?

También ese año, su viejo maestro, su primer ídolo y su primer adversario, Feuerbach, publica su última gran obra: *La Théogonie d'après les sources de l'Antiquité classique hébraïque et chrétienne* [La teogonía según las fuentes de la Antigüedad clásica hebrea y cristiana], en la que se propone conciliar el humanismo de su *Esencia del cristianismo* y el naturalismo de su *Esencia de la religión*. "El hombre convierte en su Dios, o erige en su Dios, aquello que no es realmente, sino que desea ser." El libro no tiene el menor éxito. ¡Pobre Feuerbach! Su hora ha pasado sin haber sonado jamás.

Karl sigue tomando notas tan rápido como puede, porque el tiempo urge: la crisis, lo sabe, lo escribe, es inminente...

De hecho, en la primavera de 1857, esa crisis que está aguardando, en la que tiene esperanzas, que acaba de anunciar, que va a impulsar la máquina revolucionaria, finalmente ocurre: la explosión de la burbuja especulativa sobre las acciones de las compañías ferroviarias y la insuficiente producción mundial de oro acarrean un derrumbe de todos los valores bursátiles en Nueva York, luego en Londres, París y Viena. Esto ocasiona graves dificultades de tesorería en muchas empresas tanto en los Estados Unidos como en Europa. En París, el Crédito Hipotecario, obra de sansimonianos adheridos al Imperio, está en grave peligro. En Inglaterra, en el sector textil, muchas empresas tienen problemas, en particular la de la familia Engels. Por añadidura, en las Indias, una revuelta de los cipayos, soldados indios que sirven en el ejército británico, amenaza privar al Imperio de mercados esenciales.

Karl se muestra jubiloso: todo ocurre exactamente como él lo previó.

Luego otra buena noticia, como si todo siempre debiera ir a la par, para lo malo o lo bueno: Jenny de nuevo está embarazada.

El 11 de julio de 1857, en una primera carta eufórica a Engels, Marx observa:

La revolución se acerca, así como lo muestran la marcha del Crédito mobiliario y las finanzas de Bonaparte en general. [...] Al capitalismo le costará mucho más trabajo restablecer la situación que hace diez años porque, en el campo socialista, muchas ilusiones han desaparecido, lo que permitirá una acción más enérgica y más clara.<sup>12</sup>

Siempre su obsesión de que vuelva a cometerse el error de 1848, su preocupación de aliarse sólo con los campesinos y no con los burgueses, incluso demócratas.

Creyendo que ha llegado la última hora del capitalismo, Friedrich Engels reincide con su tropismo guerrero y, desde Manchester, se embarca en preparativos militares para vengar a los muertos de 1849. Karl modera su fogosidad: ¡es la hora de la propaganda, no de las armas!

De hecho, todo vuelve a invertirse y las malas noticias van a acumularse durante algún tiempo. Como consecuencia de la crisis, el redactor en jefe del *New York Daily Tribune*, Charles Dana, decide no pagar a Karl sino por los artículos publicados, sin garantizarle un artículo por semana. Esta decisión acarrea una baja notable en sus ingresos: pierde por lo menos 60 libras por año. Y de pronto, en julio de 1857, Jenny tiene un aborto. Decididamente, puede pensar Karl, las vejaciones siempre llegan de a pares, aliando vicisitudes privadas y frustraciones públicas.

Pero Marx no se desespera por eso; todavía cree en la inminencia del derrumbe del sistema capitalista. El 23 de agosto prosigue la redacción de su libro de economía. Entre la Historia y él, estima, es una carrera contra reloj. En octubre escribe a Engels: "Trabajo como loco para terminar mi libro sobre la economía política porque, de otro modo, ¡el sistema va a derrumbarse antes de que haya terminado mi libro!".<sup>46</sup>

Ahora piensa titularlo *Introducción general a la crítica de la economía política*. El contrato firmado con el editor alemán de Darmstadt trece años antes está olvidado. ¿Acaso existe todavía? Karl lo ignora. Llegado el momento, elegirá otro. Define su propio método, redacta un resumen introductorio, tacha:

Suprimo una introducción general que había bosquejado porque, pensándolo bien, me parece que anticipar sobre resultados que primero hay que demostrar sólo puede ser enojoso; y el lector que tenga a bien seguirme tendrá que tomar la decisión de elevarse de lo singular a lo general.<sup>46</sup>

En otras palabras, nada de resumen de sus conclusiones en el encabezamiento del libro: el lector deberá hacer un esfuerzo. Curiosa exi-

gencia para alguien que se pasa el tiempo escribiendo artículos sintéticos sobre todos los temas. De hecho, sigue concibiendo sus libros de manera muy diferente que sus artículos: estos, alimenticios, pueden ser simplificaciones; aquellos lo comprometen y, por tanto, deben contener todos los matices posibles, aunque en ocasiones caigan en lo ilegible.

De octubre de 1857 a marzo de 1858, trabajando por lo general de noche en su nueva vivienda finalmente en condiciones, llena siete cuadernos que obedecen a un plan en dos grandes partes: el Dinero y el Capital. Todos los días, Jenny copia sus pliegos indescifrables para cualquier otro. Creyendo haber elucidado desde hace dos años el problema central, el de la plusvalía, vale decir, el nexo entre el capital y el trabajo, entre la economía y la historia, entre lo político y lo social, entre la alienación filosófica —que lo ocupó durante diez años— y la explotación económica —que también lo ocupa desde hace diez años—, al presente Karl intenta ordenar y clarificar el conjunto de lo que forma —ahora lo discierne con total claridad— una teoría del capitalismo. Del capitalismo mundial.

Parte de un análisis de la moneda, mercancía particular, a la vez medida del valor y medio de intercambio, y pone en claro sus notas sobre la propiedad del suelo, el comercio exterior, el mercado mundial. Todo eso forma ya un manuscrito de 800 páginas.

Y por otra parte, decididamente, la crisis no parece profundizarse tan rápido como estaba previsto. Incluso, cambia de dirección rápidamente sin haber hecho mella en el capitalismo, que cobra todavía más fuerzas. Aún falta para la revolución. En consecuencia, el libro de Karl puede esperar. Ya nada lo apura.

Por lo demás, como cada vez que uno de sus manuscritos va camino de terminar, todos los pretextos son buenos para no ponerle la palabra "fin". Una grave crisis de furunculosis lo obliga a volver a detenerse durante tres meses. Cada vez que está a punto de dejar un texto parece surgir un obstáculo, como si el miedo a publicar lo pusiera enfermo. En la actualidad, un psiquiatra diría que la conciencia de la alienación provoca en él una somatización. Sobre esto lo había dicho todo en *La ideología alemana*, en ese pasaje tan importante, citado más arriba, sobre el drama que acarrea el arrancamiento de toda producción a su autor, sin percibirlo, en esa época, de que ante todo hablaba de sí mismo.

Sin embargo, ese manuscrito –que sólo será editado mucho después de la muerte de Marx, bajo el título de *Grundrisse*– habría merecido ser hecho público desde su redacción, en 1857. Ahí se encuentra lo esencial de su teoría del mercado y el valor, una diferenciación de las sociedades primitivas en tres tipos (asiática, antigua y germánica) tal como es bosquejada en sus artículos del *New York Daily Tribune* sobre la India, una explicación de la desaparición del feudalismo también inspirada en su análisis de las sociedades coloniales y justificada por el papel representado por "la industria moderna, el comercio y la agricultura modernos, y algunas invenciones tales como la pólvora y la imprenta".<sup>19</sup> También se encuentra un primer análisis de la caída ineluctable del capitalismo: así como la aristocracia feudal terminó por sucumbir bajo los golpes del capitalismo, este último pronto representará un obstáculo para el desarrollo económico y no podrá mantenerse sino al precio de crisis, guerras y un empobrecimiento de la gran mayoría de la población mundial. Eso hará nacer en los obreros una conciencia política que los incitará a la revolución, que, tras un período de transición, desembocará en una sociedad comunista donde la individualidad será "universal en su producción".<sup>19</sup>

Marx volverá en varias ocasiones sobre todo esto, y mucho más precisamente en dos libros que por fin se decidirá a publicar.

A comienzos de 1858, cuando su cuñado abandona el gobierno prusiano, Karl otra vez está mal física y moralmente. La revolución no está ya a la vuelta de la esquina. La diáspora socialista, de la que se alejó, sigue siendo un hervidero de chismes y calumnias; perdió una parte importante de sus artículos en el *New York Daily Tribune*. Demasiado ocupado en Manchester por su trabajo y su vida de patrón, Engels viene a verlo sólo de vez en cuando, y lo que le entrega no es suficiente para garantizarle un tren de vida correcto; tiene miedo de no poder ya abonar su alquiler, de haberse mudado muy imprudentemente y tener que volver al Soho.

Su arte de hablar mal de cualquiera, su complejo de superioridad se inclinan al delirio paranoico.<sup>215</sup> Trata de "basura" a su amigo Ferdinand Freiligrath, el poeta que lo acompaña desde su primer encuentro en Londres en 1845; insulta a Wilhelm Liebknecht, tan cercano a sus niñas, calificándolo de "cretino notorio" y de "incompetente". Por fin rompe definitivamente con Urquhart. Como siempre, la fero-

cidad se alimenta en él de un humor negro; así escribe a Engels a propósito de "ese loco [de Urquhart]", que está tan enamorado de Turquía que "metió a su bebé de trece meses en un baño 'turco', lo que contribuyó a su congestión y a su muerte".<sup>46</sup>

De hecho, la razón de esta crisis moral está en otra parte, mucho más profunda: sus investigaciones se empantanán. No logra relacionar su teoría del valor del trabajo con los datos de la economía. Porque, para él, la principal variable de la economía es el trabajo, y no, como piensan los economistas de su época, los precios. Pero como no son cantidades de trabajo las que se intercambian en los mercados, sino mercancías con precios marcados en moneda, tendría que poder relacionar las cantidades de trabajo necesarias para la fabricación de los objetos con su valor en moneda, su precio, única magnitud que se puede medir. Garabatea, no encuentra nada, adivina que se necesitarían largos cálculos que no sabe cómo llevar a cabo. Se pone entonces a estudiar álgebra, que le es totalmente ajena. Por lo demás, más tarde Engels confirmará que él mismo puso a punto el texto (en el plano literario) recurriendo a un cuaderno de matemáticas dejado por Marx y sin duda iniciado en 1858.

El 22 de enero de ese año, Ferdinand Lassalle –el joven que Karl apenas cruzó en Düsseldorf un día de campaña electoral diez años antes, en 1849, que apoyó cuando estaba en prisión y con quien acaba de polemizar a propósito de Palmerston– solicita su opinión sobre un libro que acaba de consagrar a Heráclito. Al salir de algunos meses de prisión, ahora el joven abogado forma parte del mejor ambiente gracias a su nueva compañera, la condesa Hatzfeld, una mujer casada, mucho mayor que él, a quien ayudó a divorciarse y que vive sola, y rica, para el gran escándalo de la buena sociedad berlinesa.

Karl, que considera a Lassalle como uno de sus "corresponsales" en Alemania, miembro de ese "partido" abstracto que, en su imaginación, agrupa a los revolucionarios de todo el mundo, donde quiera que estén, lee su libro, que considera detestable, pero se contiene de manifestarlo a su autor, a quien felicita en una carta del 2 de febrero, al tiempo que le pide ayuda para encontrar a un editor en Prusia para su propio libro, titulado: *Contribución a la crítica de la economía política*. Desafío difícil: ¿cómo encontrar en la Prusia autocrática a un editor lo bastante valiente para publicar un libro de teoría

económica del autor del *Manifiesto comunista*, prohibido en ese país, aunque olvidado desde 1850? Pero, puesto que hay que describir ese libro para el cual busca un editor, Karl, por primera vez, en esa primera carta a Lassalle, expone el plan de su futura obra como si ya estuviera escrita:<sup>81</sup>

Está dividido en seis libros: 1. *Del capital* (con algunos capítulos preliminares); 2. *De la propiedad terrateniente*; 3. *Del salariado*; 4. *Del Estado*; 5. *El comercio internacional*; 6. *El mercado mundial*. [...] En el conjunto, la crítica y la historia de la economía política y el socialismo deberían ser objeto de otro trabajo. Por último, un breve bosquejo histórico del desarrollo de las categorías y las relaciones económicas deberían ser objeto de un tercero.

El "con algunos capítulos preliminares" oculta el hecho de que lo que Karl en realidad decidió publicar, sin decirlo, no es más que una pequeña fracción del libro anunciado: solamente el capítulo sobre la moneda. Ni siquiera comenzó la redacción de los otros capítulos. Y también que la moneda, vale decir, los precios, engloba todo el resto. Y que, en esto, se siente listo. En cambio, sobre las relaciones entre precio y trabajo, y en todo cuanto figura además en su plan, dista de estarlo. Será para otro libro: *El capital*. Y la continuación, que tiene que ver con su obsesión de contar la historia de las ciencias, ni siquiera está bosquejada.

En suma, ninguno de los libros proyectados está escrito todavía. Pero, como debe suministrar una fecha aproximada de culminación del manuscrito que desea publicar, Karl está obligado a evocar sus dificultades. El empantanamiento de su investigación se deja ver en esa misma carta a Lassalle del 2 de febrero, aunque no lo diga en términos precisos. Así, habla del supuesto libro en curso de terminación:<sup>81</sup>

La cosa avanza muy lentamente; en cuanto uno quiere terminar con temas que durante años fueron el objeto principal de sus investigaciones, no dejan de aparecer bajo nuevos aspectos y producirle escrúpulos [...]. No tengo la menor idea de la cantidad de pliegos de imprenta que se necesitarán para la totalidad. Si tuviera el tiempo, el ocio y los medios para poner a punto el conjunto antes de someterlo al público, lo condensaría mucho...

Siempre ese rechazo a soltar un texto, ese deseo contradictorio de condensar una idea y de entregar todo un lujo de detalles. Siempre, como lo escribió en 1844, el mismo miedo a permitir que una obra se le escape, exista fuera de él.

Lassalle le responde que le agradece por sus cumplidos, que estaría encantado de ayudarlo a encontrar un editor, y que por otra parte piensa en su propio editor berlínés, Franz Duncker, que justamente acaba de publicar su *Héraclite*. ¿Qué le parece a Marx?

El 11 de marzo, este último, entusiasta, informa a Lassalle que el primer fascículo podría estar listo para fines de mayo, y le encarga que negocie su contrato por él con Duncker.

El 26 de marzo, o sea, menos de dos meses después de que Karl se lo pidiera, Lassalle le anuncia que consiguió un buen contrato: Duncker pagará 3 friedrichs de oro (o sea, 17 táleros) por hoja de imprenta, lo que es considerable, explica, ya que los profesores de universidad no perciben más que 2 friedrichs.

Marx está loco de alegría; el 2 de abril de 1858 escribe a Engels para anunciarle la noticia y hablarle no de ese libro que, dice, pronto va a publicar, sino... ¡del siguiente! Esta obra —que se convertirá en *El capital*— estará a su vez, según lo previsto, dividida en cuatro capítulos: "A. el capital en general; B. la competencia; C. el crédito; D. el capital por acciones. El primer capítulo se subdividirá a su vez en: 1) el valor; 2) el dinero: a) el dinero como medida, b) el dinero como medio de intercambio o la circulación simple, c) el dinero como moneda; 3) el capital".<sup>46</sup>

De hecho, ése es el plan de todo cuanto escribirá a lo largo de los veinte años que le quedan por vivir. Y que, en cuanto a lo esencial, dejará en el estado de manuscritos.

Algunos días más tarde, las noches de insomnio, las inquietudes financieras, su trabajo de corresponsal del *New York Daily Tribune*, la angustia de escribir y sobre todo de publicar vuelven a provocar en él una grave crisis hepática.

El 9 de abril está tan mal que es Jenny la que escribe a Berlín a Lassalle —a quien no conoce— para informarle que si su marido no puede tomar la pluma él mismo es porque "sufre del hígado como cada primavera",<sup>47</sup> que está muy agitado, que debe consagrarse el tiempo a ganarse el pan cotidiano (vale decir, a escribir artículos), pero que espera terminar a tiempo el manuscrito prometido. Le agra-

dece haber ayudado a la firma del contrato con Duncker y lo felicita por ser tan "hábil agente".<sup>47</sup> De hecho, Jenny está muy inquieta: Karl ya no puede escribir, y los ingresos que los artículos y ese libro permitían esperar se alejan. Ella lo sabe mejor que nadie porque copia cada página que él escribe.

Y además, como otro signo de que el capitalismo triunfa en todas partes, el movimiento de rebelión en la India es aniquilado ese año al término de terribles represalias.

Del 6 al 20 de mayo, sin embargo, Marx está suficientemente repuesto para partir en convalecencia a la casa de Engels en Manchester. Pronto está tan bien que come y bebe mucho, e incluso, por primera vez, al parecer, monta a caballo.<sup>81</sup> Naturalmente, no escribe, pero aprovecha para pedir dinero a su amigo, que acepta prestarle, pero que, al no poder liberar el dinero antes de seis meses, le entrega un pagaré. El 31 de mayo, de regreso en Londres, Karl escribe a Friedrich que se siente "en forma" y que va a volver a poner manos a la obra. Agrega: "Me darás la absolución por los elogios que tuve que conceder a Heráclito el oscuro",<sup>46</sup> vale decir, a Lassalle.

El mismo día, Marx escribe a Lassalle para que avise a su editor que, en virtud de una hepatitis, no pudo todavía acabar el primer cuaderno del libro prometido.

Luego, la enfermedad de hígado está sin lugar a dudas de vuelta con los calores, y su situación financiera sigue siendo precaria. Algunos artículos al *New York Daily Tribune*, diversas líneas en otros periódicos y la enciclopedia de Dana son ahora sus únicas y exclusivas fuentes de ingresos, además de lo que le entrega Engels. Ese verano, Karl se pasa mucho tiempo buscando bancos que aceptasen descontar el préstamo de Engels. Sigue sin escribir. Sólo en septiembre lo logra y vuelve a trabajar en el manuscrito prometido a Duncker.<sup>81</sup> Entonces piensa terminarlo "en dos semanas". Hasta se lo confirma a Engels, el 21 de septiembre de 1858: "Mi manuscrito sólo ahora partirá (en dos semanas), pero dos fascículos de una sola vez. Aunque no haya tenido ninguna otra cosa que hacer que poner en buen estilo cosas ya escritas, a veces necesito horas antes de lograr que se mantengan en pie algunas frases".<sup>46</sup>

De hecho, pasan quince días y nada. Lassalle, que se comprometió ante el editor, se inquieta y va a pedir informes sobre la situación.<sup>81</sup> En vano.

Cerca de dos meses más tarde, el 12 de noviembre, Karl le escribe una carta de excusas patética que debe ser citada en extenso:<sup>81</sup>

Tenía la materia ante mis ojos, sólo se trataba de la forma. Pero en toda la escritura sentía que la enfermedad de hígado se transparentaba a través del estilo. Y tengo dos razones para no permitir que esta obra se arruine por causas que tienen que ver con la medicina: 1) es el resultado de quince años de estudio, por tanto, de la mejor época de mi vida; 2) representa por primera vez de un modo científico una importante manera de ver las relaciones sociales. En consecuencia, es mi deber para con el partido que la cosa no se desigure por esa forma de escribir desabrida y rígida que es lo propio de un hígado enfermo. No aspiro a la elegancia de la exposición, sino tan sólo a escribir a mi manera común, lo que, durante estos meses de sufrimiento, me fue imposible [...], por lo menos sobre este tema [...]. Creo que si esta situación es presentada al señor Duncker, incluso por alguien menos hábil que tú, sólo podrá aprobar mis procedimientos que, por lo que le concierne como editor, simplemente se reducen al hecho de que trato de darle por su dinero la mejor mercancía posible. [...] Es verosímil que la primera sección (el capital en general) lleve en seguida dos fascículos; al ponerlo a punto, en efecto, me parece que aquí, donde hay que exponer la parte más abstracta de la economía política, demasiada concisión haría la cosa indigesta para el lector. Pero, por lo demás, la segunda sección debe aparecer al mismo tiempo. El encadenamiento interno lo exige, y todo el efecto depende de esto.

Las excusas que Marx inventa para justificar su demora son fascinantes: no quiere que "la cosa se desigure por esa forma de escribir desabrida y rígida que es lo propio de un hígado enfermo"; ¡y pretende ser irreprochable para con un "partido" que no existe!... Como si él, observador tan lúcido de los otros, viviera en otra esfera: el "partido" y la "plusvalía", conceptos abstractos, sólo se vuelven realidades en su manera de leer el mundo, así como su libro sólo existe por su manera de hablar de él a los otros...

Nuevo signo de una globalización ya en marcha: exactamente en el mismo momento, otro judío alemán, convertido al cristianismo, refugiado en Londres desde 1848, Paul-Julius Reuter, hace lo que Marx lamentó no haber hecho: crea su agencia de prensa quince años des-

pués de aquella fundada en París por otro judío, Charles Havas.<sup>65</sup> Extrañamente, Marx y Reuter, dos periodistas judíos alemanes que viven en Londres, jamás se encontrarán.

Una vez más, la crisis económica es superada. Una vez más, por tanto, no era la "crisis final", aunque fue la primera de un nuevo género, y la industria de las ciudades fue tan severamente afectada como la agricultura.

Algunas semanas más tarde, todavía, en una nueva carta a Engels, Marx muestra que ya no cree en un ocaso rápido del capitalismo sino que siente venir un largo período de universalización, ciertamente portador de una revolución, pero de una revolución demasiado débil para resistir frente al resto del mundo si permanece localizada en un solo país. Destaquemos en esa carta estas frases magníficas:

La burguesía conoce un nuevo Renacimiento. Ahora, en verdad, el mercado mundial existe. Con la apertura de California y de Japón al mercado mundial, ya está, tenemos la universalización. Por tanto, la revolución es inminente; tendrá de inmediato un carácter socialista. El único problema, y te pregunto tu opinión, lo que piensas, es ¿cómo la revolución podrá resistir en un rincón del mundo tan pequeño como Europa?<sup>46</sup>

Este último interrogante –"¿cómo la revolución podrá resistir en un rincón del mundo tan pequeño como Europa?"–, tan alejado, como muchos otros, del uso que se hará posteriormente de su obra, confirma el escepticismo de Marx sobre la perspectiva de una revolución que permaneciera confinada a un solo país. Lo dirá una y otra vez, en toda ocasión.

Karl vuelve a poner manos a la obra, de manera rápida e intensa. El libro se termina de una vez por todas. Todo el dinero que puede ganar, como todos sus domingos, siguen siendo consagrados a sus niñas. Transfiere a Eleanor, ahora de 3 años, toda la pasión que consagraba a Edgar. Como había hecho con éste, le enseña los mismos fragmentos de Shakespeare. Pero no por ello abandona a las dos mayores, y nada es demasiado hermoso para ellas: en adelante van a la escuela privada –lo que produce gastos de guardarropa– y toman cursos de música y de teatro.<sup>248</sup> A comienzos de enero de 1859, Marx compra incluso un piano de ocasión que cuesta hacer entrar en el apartamento.

El 15 de enero, Karl anuncia a Friedrich que su obra sobre la moneda finalmente está terminada y que aparecerá mucho antes que su bro sobre el trabajo y el capital. Siente que su teoría del valor del trabajo todavía no está a punto. Así pues, se decide a soltar aquella sobre a moneda, más clásica. La confusión con el libro siguiente sigue siendo total:<sup>81</sup>

El manuscrito tiene más o menos 12 hojas de imprenta (tres fascículos) y –agárrate fuerte–, aunque lleve por título *El capital* en general, esos fascículos todavía no comprenden nada sobre el capital sino solamente los dos capítulos: 1) La mercancía, 2) El dinero o la circulación simple. Ya ves, entonces, que la parte elaborada en detalle (en mayo, cuando fui a verte) todavía no aparece. Pero eso es bueno desde dos puntos de vista. Si la cosa funciona, el tercer capítulo, "Del capital", podrá seguir rápidamente.<sup>46</sup>

"Si la cosa funciona": es decir, si Marx escribe y si el primer libro es bien recibido a la vez. Con una visión increíblemente cínica de los críticos de prensa, prosigue:<sup>81</sup>

Por la naturaleza de las cosas, esos cerdos no podrán reducir sus críticas, por la parte publicada en primer lugar, a simples injurias tendenciosas; como, además, el conjunto tiene un aspecto extremadamente serio y científico, eso obligará luego a que esos canallas tomen más bien en serio mis concepciones acerca del capital.<sup>46</sup>

Como estaba previsto, retomando lo que se encuentra en los borradores precedentes (los *Grundrisse*),<sup>19</sup> allí trata acerca de la moneda, apenas de la mercancía, y anuncia de paso, como para fijar una cita, su descubrimiento mayor de donde pronto se desprenderá su teoría de la plusvalía, de la crisis y del funcionamiento del capitalismo: el obrero no vende su *tiempo* de trabajo sino su *fuerza* de trabajo. El motor de la Historia es el desarrollo de las fuerzas productivas, y por tanto, la ciencia. De paso, Marx aclara la distinción que hace entre los cuatro modos de producción bosquejados en los borradores precedentes y en los dos artículos de 1853 destinados al *New York Daily Tribune*: el asiático, definido por la subordinación de todos los trabajadores al Estado (como en China); el antiguo, por la subordinación del

esclavo al patrício (como en el Imperio Romano); el feudal, por la subordinación del campesino al señor a través de la servidumbre (como en la Edad Media en Europa); por último, el burgués, por la subordinación del asalariado al propietario del capital. Karl lo escribe en ese estilo complicado, surtido de matices y precauciones, que caracteriza sus libros pero del que están exentos sus artículos:

Las relaciones de producción burguesas son la última forma antagónica del proceso de producción social, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que nace de las condiciones de existencia social de los individuos [...]. Con esta formación social, pues, se acaba la prehistoria de la sociedad humana.<sup>15</sup>

Como ya lo había hecho quince años antes en *La ideología alemana*, Marx reafirma que ese determinismo histórico no concierne a la creación artística, que permanece independiente del desarrollo económico y político: "Las épocas determinadas de floración artística en ningún modo están en relación con el desarrollo general de la sociedad ni, por consiguiente, con el de la base material que es su osamenta".<sup>15</sup> Una vez más, contrariamente a las ideas que le adjudicarán más tarde, nunca pensará que el estado del arte exprese las relaciones de fuerza de la época en que vivió el artista.

Esta reflexión sobre el arte también lo lleva a hablar de la música.<sup>64</sup> Es la oportunidad para él de dejar aflorar su principal inquietud a propósito de su teoría del valor: el valor de las cosas no se reduce tal vez al tiempo de trabajo necesario para producirlas. Porque aquí tropieza con una contradicción mayor: según su análisis (que todavía no publica aquí en detalle), un trabajador no es "productivo" (vale decir, productor de un valor de cambio) a menos que sea asalariado y fabrique un objeto material o dé un servicio vendido con ganancia por los capitalistas. Un intérprete musical, por tanto, no es "productivo" a menos que sea el asalariado de un empresario capitalista, y un compositor no lo es salvo que sea el asalariado de un editor de partituras. Marx escribe:

No se puede presentar el trabajo del pianista como indirectamente productivo, ya sea porque estimula la producción material de pianos, por ejemplo, o porque imprime más energía y vivacidad al tra-

bajador que escucha el recital de piano. Porque únicamente el trabajador creador de capital es productivo, y por tanto, cualquier otro trabajo, por útil o perjudicial que sea, no es productivo para la capitalización.<sup>15</sup>

De manera totalmente honesta, observa: "En consecuencia, el intérprete de música es improductivo. En cambio, el productor de tabaco es productivo, aunque el consumo del tabaco sea improductivo". ¡Embarazoso!... Y agrega: "Una cantante que canta como un jilguero es un trabajador improductivo. Cuando vende su canto, es asalariada o comerciante. Como cantante contratada para dar conciertos y producir dinero, es un trabajador productivo porque produce capital directamente".<sup>15</sup> Un compositor, por su parte, es improductivo, salvo que sea el asalariado de un editor.<sup>64</sup>

En otras palabras, si nos fiamos en la teoría de Marx, mientras que los intérpretes, los constructores de instrumentos, los editores de partituras y los organizadores de conciertos crean riqueza, el compositor, trabajador independiente, remunerado, por ejemplo, por derechos de autor percibidos sobre su obra impresa y representada, no sería "productor" de una riqueza que sin embargo no existiría sin él. ¡Evidentemente es absurdo! Todo eso choca al sentido común, y en consecuencia sólo es admisible si se decreta que la economía de la música escapa a la economía.<sup>64</sup> "En consecuencia, [los músicos] no entran ni en la categoría de los trabajadores productivos ni en la de los improductivos, aunque sean productores de mercancías. Pero su producción no está subsumida en el modo de producción capitalista." Marx, que se percata de la incoherencia de lo que aquí escribe, se tranquiliza considerando que la música, el arte y la información en general son producciones marginales, sin influencia sobre la dinámica global del capitalismo.<sup>64</sup>

Por último, habla largamente en este libro de la tecnología y de cómo acelera la universalización,<sup>81</sup> y termina con una nueva oda al capitalismo:

Por un lado, la producción capitalista crea la industria universal, vale decir, el sobretrabajo, el trabajo creador de valor; por el otro, crea un sistema de explotación global de los recursos naturales y humanos, un sistema de utilidad general cuyo fundamento es la ciencia así

como todas las otras cualidades físicas y espirituales [...]; ésta es la gran influencia civilizadora del capital: alza a la sociedad a un nivel frente al cual todas las fases anteriores hacen las veces de evoluciones locales de la humanidad y de idolatría de la naturaleza.<sup>5</sup>

Marx hace preceder el conjunto de un magnífico prefacio:

Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar.<sup>15</sup>

El libro, *Contribución a la crítica de la economía política*, está terminado. Ahora, Marx no encuentra ya el menor pretexto para conservarlo todavía en su posesión.

Salvo que, como gasta todo lo que gana en sus hijas y sus libros, Karl está tan desprovisto que ni siquiera tiene con qué despachar el manuscrito a Berlín, ¡y mucho menos con qué asegurarlo en caso de pérdida! Porque, evidentemente, el seguro no cubre más que la pérdida de los derechos de autor. En consecuencia, seis días más tarde, escribe otra vez a Engels para pedirle una vez más dinero, una vez más una pequeña suma, al tiempo que una vez más debe justificarse en detalle: "El desdichado manuscrito está terminado pero no puede ser despachado, porque no tengo un farthing para franquearlo y asegurarlo. Es necesario, porque no tengo ninguna copia. Por eso me veo obligado a rogarte que me envíes un poco de dinero de aquí al lunes".<sup>81</sup> Y aquí agrega con un humor helado esta frase, que será famosa: "¡No creo que alguna vez se haya escrito sobre el dinero careciendo a tal punto de él! La mayoría de los autores que trataron este tema se llevaban bien con el objeto de sus investigaciones".<sup>46</sup>

Como de costumbre, Engels adelanta los fondos necesarios y el manuscrito parte el 25 de enero. El editor tarda en acusar recibo del envío.<sup>81</sup> Karl se enloquece —tantos paquetes se pierden, ya sea por mar, por tren o por las rutas—; luego envía el prefacio, que data de enero de 1859. Esta vez, Jenny volvió a copiar todo para que el texto sea legible. La *Contribución a la crítica de la economía política* tarda en aparecer, ya que el editor está ocupado en promover una nueva obra de Lassalle: un drama histórico, *Franz von Sickingen*, en el cual el joven dandi socialista celebra la unidad alemana. Karl echa pestes.

Para armarse de paciencia, vuelve a escribir en el diario de los cartistas, el *People's Paper*, y hasta se encarga de la dirección del *Volk*, boletín muy episódico de la Asociación Cultural de los Obreros Alemanes de Londres, que había abandonado ocho años antes. En el mismo momento escribe a Lassalle, preocupándose tanto por la demora en la publicación de su libro como por las posiciones de su correligionario en el acercamiento que se dibuja entre Francia y la Rusia zarista, su enemiga de siempre.

Toda Europa, en efecto, no habla de otra cosa que de los movimientos que ahora tienden a promover las unidades alemana e italiana: Rusia está dispuesta a ayudar a ambas; Austria, a ponerles trabas. Lassalle está a la vez por la unidad alemana bajo la bandera prusiana y por la unidad italiana contra el invasor austriaco; piensa incluso que una alianza entre Prusia y Rusia contra Austria arreglaría los dos problemas. Para Karl, por el contrario, la alianza entre Prusia y Rusia no haría más que reforzar al zar y, por tanto, sería un desastre para la clase obrera mundial. Y, a su juicio, esta consideración debe prevalecer sobre cualquier cuestión de interés nacional. Uno, Lassalle, se pone así en el punto de vista de Prusia; mientras que el otro, Marx, se coloca en el de la revolución mundial. Tanto uno como el otro especulan con la actitud de París en caso de guerra en Italia: Lassalle desea que Francia se una a los piemonteses para acelerar la independencia italiana; Marx teme esta eventualidad porque una derrota austriaca no haría más que reforzar a Rusia. Ni uno ni otro saben que en el curso de una entrevista secreta en Plombières, el primer ministro piemontés, Cavour, acaba de convencer a Napoleón III de que envíe tropas en su ayuda en caso de agresión austriaca.

El 4 de febrero de 1859, Marx vuelve a escribir a Lassalle para preguntarle por la publicación de su libro:<sup>81</sup> "Rusia está detrás del adve-

nedizo de las Tullerías y lo urge [para que haga la guerra en Italia]. [...] Si Austria se empantana en una guerra en Italia, Rusia estaría casi segura de quebrar la resistencia que Austria sigue oponiéndole".

Ayudado por Engels, Marx resume incluso su punto de vista a Lassalle, el 25 de febrero, entrando en detalles tácticos ínfimos y relacionándolos con su disputa mayor: "Austria tiene un fuerte interés en poseer la línea del Mincio [río que atraviesa el lago de Garda], mientras que Alemania, por su parte, como potencia unida, no tiene ninguno".<sup>18</sup>

En abril, el manuscrito de Marx, en posesión del editor desde cuatro meses atrás, sigue sin imprimirse, y Karl sin recibir el anticipo previsto por contrato a su entrega. Su furor se expresa en una carta a Engels:<sup>81</sup> "Ese cerdo de Duncker está encantado de tener un nuevo pretexto [la publicación de la pieza de Lassalle, *Franz von Sickingen*] para retrasar el pago de mis honorarios. ¡El pequeño judío puede estar seguro de que no voy a olvidar esa artimaña!".<sup>46</sup> A partir de ese momento, en sus cartas a Engels, ya no llamará a Lassalle sino como "Itzig", "Efraim Gescheidt", "un verdadero judío", "el negro", hasta "el negro germano-judío". De hecho, en él no es más que un rasgo de humor chirriante. Más tarde llamará tiernamente a su futuro yerno, Paul Lafargue, "nuestro negrito".<sup>248</sup>

También es una manifestación del odio a sí mismo que en ocasiones se apodera de él, imagen invertida de su complejo de superioridad; porque, en esa época, él mismo padece innumerables ataques antisemitas, ya que es considerado como judío y moreno por todos aquellos –entre ellos sus hijas– que lo designan, amablemente o no, como "el Moro".

Mientras tanto, invocando una imaginaria agresión austriaca, los patriotas italianos de la Sociedad Nacional por la Independencia se apoderan de la Toscana, de la Romaña pontificia, de Módena y de Parma. Como consecuencia del acuerdo secreto de Plombières, el 10 de mayo de 1859, Francia entra en guerra junto al Piamonte. El juego de las alianzas automáticas, que desencadenará la Primera Guerra Mundial, encuentra aquí un terreno de experimentación.

Entonces, Engels toma partido contra esta guerra en artículos de estrategia militar altamente técnicos ("El Po y el Rin"; "Saboya, Niza y el Rin"; "La cuestión de la unidad italiana"), publicados de manera anónima. Por lo que respecta a Lassalle, hace aparecer –siempre en

Duncker— un panfleto en el cual aconseja a Bismarck que aproveche el empantanamiento austriaco en Italia para echar mano del Schleswig-Holstein y realizar la unidad alemana. Como el editor se hace cargo de la promoción de ese panfleto, todavía retrasa otro tanto la salida del libro de Marx, que no es de ninguna actualidad.

El 18 de mayo de 1859, en una carta a Engels, Marx se inflama contra ese panfleto de Lassalle, a quien presenta todavía como el corresponsal del "partido":<sup>81</sup>

El panfleto de Lassalle es un enorme desatino [...]. Si Lassalle se toma la libertad de hablar en nombre del partido, o bien debe estar preparado en el futuro a ser abiertamente desaprobado por nosotros, en la medida en que la situación es demasiado importante para que andemos con paños calientes, o bien, en vez de seguir sus inspiraciones entre inflamadas y lógicas, deberá empezar por informarse sobre la opinión que tienen los otros, además de él. Ahora debemos procurar una disciplina de partido, de otro modo todo se va a ir al demonio.<sup>46</sup>

De hecho, su ira está motivada sobre todo por la manera en que lo trata Lassalle: tras haber prometido ocuparse de la publicación de su libro, lo olvidó para ocuparse del suyo.

A fines de mayo de 1859, finalmente, la *Contribución a la crítica de la economía política* aparece en Berlín, en una tirada de mil ejemplares.

En ese momento, un tal Karl Vogt, zoólogo alemán comprometido en el campo demócrata en 1848 y que desde entonces vive en Suiza, donde recibió a Bakunin diez años antes, toma partido contra Marx. Karl da fe a los rumores que acusan a Vogt de estar a sueldo de Napoleón III. Hace partícipe de sus sospechas a Elard Biskamp, redactor en jefe del *Volk*, quien las publica. Vogt replica en un diario helvético. Wilhelm Liebknecht, que recibe un panfleto anónimo que sostiene esas acusaciones, lo envía a un diario alemán más importante, conservador y proaustriaco, el *Augsburg Allgemeine Zeitung*, lo que les garantiza mucha más repercusión.<sup>248</sup> Pronto Vogt representará un papel importante en la evolución de Marx.

Poco después, el 4 de junio, los aliados franco-piamonteses vencen en Magenta, donde Napoleón III está a punto de ser hecho prisionero. La batalla deja 9 mil muertos en el terreno. Tres días más tarde,

el ejército francés entra victorioso a Milán; Mac-Mahon es hecho mariscal y duque de Magenta. Austria cede la Lombardía al Piamonte, en el que se incorporan Parma, Módena, la Toscana y la Romaña. Francia anexa Niza y Saboya.

Mientras se desarrolla esta guerra, Jean-François Millet pinta *El ángelus* y los primeros yacimientos de petróleo son descubiertos en Pensilvania.

Anunciada por el mismo Marx como un aporte fundamental, su *Contribución a la crítica de la economía política* decepciona a sus discípulos más fieles. En Londres, Wilhelm Liebknecht escribe a un amigo que "nunca un libro lo había decepcionado tanto". No aparece ninguna crítica en la prensa alemana y Lassalle no hace nada para provocarlas. En el mismo Londres sólo aparecen dos reseñas, las dos en el diario de los refugiados alemanes, el *Volk*, y las dos firmadas por... ¡Engels!

Karl Vogt, que identificó el entorno de Marx como el origen del rumor propagado contra él, redacta entonces un libro en el que acusa a Karl de falsificación de moneda, de tiranía ejercida sobre sus discípulos, de calumnias para con sus adversarios políticos, de extorsión de fondos a ex comunistas bajo la amenaza de divulgar su pasado.<sup>248</sup> Pretende que se encuentra a la cabeza de organizaciones misteriosas que llama *Schwefelband* o incluso *Bürstenheimer* (por el nombre peyorativo dado a un club de trabajadores suizos).<sup>249</sup> La obra de Vogt es objeto de muchos informes; aparecen algunos extractos en el *National Zeitung* de Berlín y hasta en el *Daily Telegraph* de Londres, que dice que Marx ¡sería el jefe de una organización secreta titulada la "Banda de fuego y azufre"! Marx reacciona primero encogiéndose de hombros.<sup>248</sup>

Ese año, Proudhon observa: "Marx es la lombriz solitaria del socialismo".<sup>250</sup> "El comunismo ante todo debe librarse de ese traidor", escribe Marx a Weydemeyer.

Ese mismo año, 1859, aparece *El origen de las especies por la selección natural*,<sup>251</sup> de Charles Darwin, que Engels lee de inmediato, fascinado de descubrir allí un sentido de la evolución. Habla con entusiasmo del libro a Marx: Darwin es de los suyos, le dice, porque como ellos cree en una suerte de historia laica de la humanidad, y porque describe una batalla por la vida (*struggle for life*) que desde todo punto de vista se parece a la competencia que impone el mercado. Habría

que conocerlo, sugiere Friedrich: viven tan cerca unos de otros. Más tarde, como veremos, Marx tratará de conocer a Darwin, que nunca responderá a las señales del autor de *El capital*.

Ese verano, Jenny y Karl deciden enviar a las niñas a "respirar el buen aire" durante varias semanas a la orilla del mar, como comienza a ponerse de moda. Jenny piensa que el pequeño Edgar habría sobrevivido si hubieran podido llevarlo allí; y, desde la muerte de tres de sus hijos, nada es demasiado bueno para las tres sobrevivientes. Sin embargo, el gasto es tan pesado y tan poco medido de antemano que, en el otoño de 1859, los Marx corren el riesgo de que una vez más les corten el agua y el gas, y Karl, salvo por un milagro, no ve cómo podría pagar las facturas atrasadas. Una vez más habrá que pedir prestado, lo que aumenta en igual medida los costos porque habrá que pagar intereses exorbitantes.

A fines de 1859, Karl está tan enfermo, tan falto de dinero, tan decepcionado por la acogida que tuvo su libro, que vuelve a interrumpir sus investigaciones y se concentra en los artículos que hacen vivir a su familia. Ese año habrá publicado sólo treinta y siete en el *New York Daily Tribune*, por un arancel de 3 libras por artículo, o sea, 100 libras en total, lo que corresponde al tercio de su ingreso anual, el resto procedente de los desembolsos de Engels.

A partir de 1860, la ayuda financiera de este último aumenta un poco: convencido de los talentos administrativos de su hijo, Engels padre lo convierte en asociado. Friedrich —que conserva una relación de desconfianza y hostilidad con su padre, mientras que venera a su madre (a la inversa de Karl)— envía entonces cada vez con más frecuencia a su amigo sumas de 2 a 5 libras, siempre en billetes cortados en dos metidos en dos sobres separados. Ese año, una vez incluso le envía 100 libras de golpe para sacarlo de un gran apuro: el servicio de plata adornado con escudos de armas que Jenny recibió de sus ancestros escoceses y que una vez más acaba de empeñar provoca el arresto de Karl porque el prestamista, viendo su atuendo modesto, ¡sospecha que lo robó!<sup>248</sup>

Ese año –1860– también se abre el complejo del Creusot, que, con 10 mil obreros, se convierte en la más importante planta industrial del mundo. También ese año Baudelaire publica *Los paraísos artificiales*. En Italia, Garibaldi, republicano sostenido en secreto por Cavour, se apodera del reino de las Dos Sicilias a la cabeza de mil voluntarios; con el

pretexto de impedir que ocupe Roma y allí proclame la república, el ejército piamontés ocupa la Marca y la Umbría, quitadas al Papa, y así culmina la unidad italiana alrededor del soberano milanés.

A Karl le gusta leer novelas. En 1860, descubre *La obra maestra desconocida*, de Balzac, historia de un pintor que, a fuerza de añadidos y retoques a su cuadro, no llega a terminar su tela ni a hacer legible para los otros su propia visión interior.<sup>248</sup> Para escapar a su dilema, el pintor decide viajar, en busca de modelos, para enfrentar su obra con la naturaleza en sus diferentes formas. Este libro commueve infinitamente a Marx. Esa imagen le recuerda a Demócrito, a quien consagró en parte su tesis, que también se embarca en el empirismo y el aprendizaje de todas las disciplinas, y viaja para resolver el contraste entre su iluminación y el pálido reflejo que el mundo ofrece de su visión.<sup>248</sup> Si Karl no viaja a través de todo el mundo, aprende varias lenguas y lee centenares de obras. Si no se priva de la vista, como Demócrito, se infinge numerosas enfermedades al término de una evolución claramente autodestructiva.

En enero de 1860, Lassalle lo convence de que las acusaciones devastadoras de Vogt corren el riesgo de encontrar eco entre aquellos que no lo conocen, y le aconseja que responda.<sup>248</sup> Marx escribe entonces a Engels para decirle que está decidido a demandar al *National Zeitung*, que divulgó las calumnias de Vogt. Ahora tiene la impresión de que se ha fomentado una conspiración contra él; Vogt, dice, "falsifica todo [mi] pasado". En febrero se lanza a la batalla, envía cartas, solicita testimonios de apoyo y redacta un libro de 200 páginas contra Vogt: *Herr Vogt*. Los ejemplares son incautados por la policía y Marx debe pagar al impresor.<sup>248</sup> El 3 de marzo de 1860 despacha a Weber, el abogado que lo defiende contra Vogt, una carta de doce páginas en la que explica los sacrificios financieros que tuvo que hacer para publicar el *Rheinische Zeitung* en Colonia. "Como yo mismo soy el hijo de un jurista (el difunto abogado Heinrich Marx, de Tréveris, que durante largo tiempo fue decano de esa corte y que se distinguió por la pureza de su carácter y por su talento jurídico), conozco la importancia para un jurista concienzudo de estar completamente seguro del carácter de su cliente." Extraordinario recuerdo de su padre, siempre presente, siempre venerado, y que revela en Marx a alguien muy atado a los valores más tradicionales del respeto por los derechos de la defensa y el papel de los abogados. Engels le ofrece su apoyo, de-

clarando que *Herr Vogt* es su mejor obra polémica, aunque hubiera deseado no ver que la querella adoptara tal importancia.

En realidad, a Engels le parece que Karl pierde el tiempo en esas polémicas indignas de él.

Diez años más tarde, como veremos, los archivos de la policía francesa incautados por la Comuna revelarán que ese Vogt era en verdad un agente de Napoleón III.

En esa misma época, el movimiento obrero europeo vuelve a estremecerse. El 18 de mayo de 1860, un movimiento de huelga de los trabajadores de la construcción lleva a Londres a la creación de una Unión Sindical. Marx se niega a asociarse, pero entonces escribe a su viejo amigo Freiligrath, el socialista-banquero-poeta, para hablarle otra vez —al igual que a Lassalle— del "partido" como entidad abstracta ideal. Carta importante en la que explica que su trabajo teórico constituye la mejor contribución que pueda proveer a la causa de la revolución:<sup>47</sup>

Te hago notar que, desde 1852, fecha en la que la Liga fue disuelta a mi proposición, nunca más pertenecí ni pertenezco a ninguna asociación secreta o abierta, y, por lo tanto, hace ya ocho años que, en ese sentido totalmente efímero del término, el partido dejó de existir para mí [...]. Tengo la convicción profunda de que mi trabajo teórico es mucho más útil para la clase obrera que una participación en organizaciones que pasaron a la historia en el continente [...]. Si tú eres poeta, yo soy crítico, y, a decir verdad, la experiencia de 1850 a 1852 me basta. La Liga [...] no fue más que un episodio en la historia del partido, que nace en forma espontánea, en todas partes, del fondo de la sociedad moderna [...], del partido en el gran sentido histórico moderno.

En efecto, como lo escribe Marx en esa magnífica fórmula, el partido "nace en forma espontánea, en todas partes, del fondo de la sociedad moderna": en Francia, algunos obreros proudhonianos, conducidos por un tal Tolain, lanzan el *Manifiesto de los Sesenta* para exigir el reconocimiento de los derechos sindicales; otro tanto ocurre en Alemania, en Austria, en Inglaterra, en España, en Italia.

En el verano de 1860, Friedrich Engels dirige a Jenny una carta exasperada: "Escribe las cosas más bellas del mundo, pero se toma el trabajo para que no salgan en el momento oportuno, y todo queda en agua de borrajas".

Siempre en el curso de ese mismo año, una de las cuatro hermanas de Karl, Sophie, la segunda, a los 44 años, se casa con un abogado holandés llamado Schmalhausen y se instala en Maastricht. Allí coincide con una de sus tías, la señora de Lion Philips, en el clan holandés de su madre, Henrietta, que sigue viviendo en Tréveris con su última hija, casada con un ingeniero local. La cuarta, como vimos, partió al África del Sur.

En noviembre de 1860, una nueva prueba agobia a los Marx:<sup>105</sup> Jenny es atacada por una forma severa de viruela que casi la mata y que la desfigura para siempre. Para ella es un inmenso traumatismo. Karl manda entonces a sus tres hijas a casa de Liebknecht, que todavía le sirve de secretario, e interrumpe todo trabajo para cuidar a su mujer. Una vez que ésta se cura, se impone un aislamiento de diez días para preservar a sus hijas de un eventual contagio.<sup>105</sup>

Luego reanudan los esparcimientos con sus hijas, sobre todo el *picnic* dominical.

En diciembre, cuando Jenny se repone lentamente y se hunde en la depresión por causa de las marcas sobre su rostro, Karl recupera el gusto por el trabajo. Lee *El origen de las especies*, un año después de su aparición. Encuentra en Darwin su propia manera de trabajar, de pensar el mundo como una historia. Está impactado por la analogía entre las leyes de la competencia, que está estudiando, y las de la selección natural que Darwin puso de manifiesto. Luego de un año de interrupción, piensa en volver a ocuparse de su gran libro.

En ese momento sobreviene una gran noticia: el 12 de enero de 1861, en ocasión de su ascenso al trono, Guillermo I de Prusia, rey desde hace tres años, promulga una amnistía que permite que los proscritos de 1849 vuelvan al país bajo ciertas condiciones. Lassalle escribe a Marx para incitarlo a solicitar una amnistía y a reunirse con ellos en Alemania para desarrollar juntos el movimiento obrero; se compromete a obtener la gracia del nuevo monarca, de quien está cerca y hasta frecuenta, según deja entender. “¡Juntos –escribe– haremos un diario, un partido, grandes cosas!” Karl desconfía de Lassalle, pero está tentado; Jenny no tanto. No se imagina transigiendo con sus ideas y se asombra de que su marido piense en eso. La profunda transformación de su cara, por añadidura, le quita toda ambición de brillar en el mundo. Sin embargo, Karl entrega su solicitud de amnistía.<sup>215</sup>

Entonces, Lassalle publica una *Théorie systématique des droits acquis* [Teoría sistemática de los derechos adquiridos] que sugiere reforzar el Estado, único en condiciones, dice, de oponerse a la burguesía. Marx echa pestes al barruntar que, al escribir eso, de hecho Lassalle propone una alianza con la monarquía prusiana contra la modernización capitalista, que, por su parte, es lo que más desea. ¡Decididamente, ese Lassalle no entendió nada!

El 2 de febrero de 1861, once de los treinta y cuatro Estados norteamericanos del sur hacen secesión y fundan los Estados Confederados de América, eligen presidente a Jefferson Davis mientras Abraham Lincoln ocupa la Casa Blanca: es la guerra de Secesión. Karl teme que los ingleses entren en esta guerra junto a los sudistas para proteger su acceso al algodón, materia prima estratégica, y en algunos artículos apoya las enormes manifestaciones pacifistas de los sindicatos británicos.

En el mismo momento, el gobierno prusiano le niega la amnistía: el recuerdo de 1849 es todavía demasiado candente, y la policía pretende poseer "demasiados documentos que establecen que es hostil a la monarquía". Sin lugar a dudas se trata del informe de Stieber ya citado... Por añadidura, Marx vivió más de diez años fuera del país y, de tal modo, se volvió jurídicamente un "extranjero". No obstante, obtiene una visa provisional –algunos dirán que se trata de un pasaporte falso– y, en marzo de 1861, parte hacia Alemania. En la ruta se detiene en los Países Bajos para encontrarse en Maastricht con su hermana, que acaba de contraer nupcias, y en Zalt-Bommel con su tía materna casada con el banquero Lion Philips, que administra la fortuna de su madre; tal vez espera encontrar ahí un poco de dinero.

Karl y Lion sólo se conocían de manera epistolar y a través de Jenny, que pasó por ahí dos años antes. El banquero está intelectualmente fascinado por Karl, y le adelanta –en forma de un préstamo acompañado por un reconocimiento de deuda a su madre– 160 libras prendadas sobre su parte de la herencia paterna todavía bloqueada por su madre, que sigue sin vender la casa familiar.<sup>105</sup> Este pago permite que Karl salde la mayor parte de sus deudas de la época.

Marx se interesa en el hijo del banquero, un joven depresivo, y sobre todo cae bajo el encanto de la hija de la casa, Antoinette Philips (apodada "Nanette"), joven y linda prima de 24 años. Él tiene ahora

43. Se pasa cuatro semanas en Zalt-Bommel, sobre todo en compañía de Nanette, a quien sin duda corteja platónicamente. Tras su partida para Alemania, se entabla una correspondencia entre "Mi querido pachá" (sobrenombre que Nanette dio a Karl) y "Mi cruel hechicera" (así la llama él, por su lado).<sup>123</sup> Jenny, que se debate en Londres en las dificultades financieras habituales, se ve reducida a preguntar a Engels si tiene noticias de su marido. Escribe: "Esta vez, las cartas enviadas por mi querido amo y señor experimentan un estilo particularmente lacónico".<sup>123</sup>

En abril de 1861, cuando el rey del Piamonte, Victor Emmanuel, se vuelve rey de Italia, Karl llega a Berlín, la ciudad de su juventud, que dejó hace cerca de veinte años. Allí es recibido por un Ferdinand Lassalle en plena forma, tan abiertamente socialista como apasionadamente mundano, que vive en casa de la condesa Sophie von Hatzfeld, su rica amante arrancada diez años antes a su esposo; ella lo presenta a aristócratas y a "bellos espíritus profesionales". En una carta a Jenny, Karl describe a esa condesa "de una gran inteligencia, profundamente interesada por el movimiento revolucionario". Jenny se descompone de celos (sobre todo después de la enfermedad que la desfiguró) y se niega a reunirse con él en Berlín, donde podría ir sin problemas, aunque su hermano ya no es ministro desde hace tres años. "Mi mujer se opone particularmente a ir a Berlín porque no quiere que nuestras hijas sean introducidas en el círculo Hatzfeld",<sup>46</sup> escribirá poco después a Engels. Conoce a los miembros de un pequeño "partido progresista", uno de cuyos dirigentes es ahora Lassalle. Se cruza también con un delegado de un grupo de obreros de Düsseldorf –que se presenta a sí mismo con el nombre de Levy–, quien acusa a Lassalle de utilizar la organización de los trabajadores para defender sus propios intereses así como los de su amante. Karl debe luego abandonar Berlín porque, según algunos, la policía está a punto de arrestarlo; según otros, porque su visa está por expirar y todavía tiene que hacer otra visita.

En el camino de regreso, en efecto, se detiene algunos días en Tréveris, en casa de su madre, a quien no ve desde hace catorce años; se arroja en sus brazos, obtiene sin dificultad que anule el reconocimiento de deuda firmado ante el banquero Philips, va a recogerse a la tumba de su padre y vuelve a pasar algunos días por los Países Bajos, para que su bella prima Nanette le cure un nuevo ántrax.

Una vez en Londres, escribe a Lion Philips para agradecerle su recibimiento y evocar la depresión de su joven primo, "enfermedad que se explica fácilmente por el hecho de que, a diferencia de la mayoría de los hombres, es muy crítico sobre sí mismo y todavía no construyó un sólido punto de vista político que lo satisfaga". O sea, la antítesis de lo que quería ser él mismo. Y lo que es en realidad.

En el curso de ese año de 1861, Marx se ocupa mucho de sus hijas, como para que le perdonen su ausencia. La menor, Eleanor, contará más tarde<sup>253</sup> que, cuando sólo tenía 6 años, su padre dedicaba mucho tiempo a ocuparse de su educación literaria, así como lo había hecho antaño con sus dos hermanas y su hermano desaparecido. Como si quisiera ver en ella la reencarnación de Edgar, muerto tres meses después de su nacimiento, Karl dice por otra parte a cualquiera ¡que Eleanor se parece a un muchacho y que su mujer se equivocó al traerla al mundo!<sup>161</sup> Por lo demás, Eleanor un día le hará pagar el hecho de no ser realmente amada por sí misma. También aquí, este relato familiar lo dice todo sobre la personalidad de Karl:

Mi padre me leía Homero, los *Nibelungos*, *Gudrun*, *Don Quijote*, los *Cuentos de las mil y una noches*. Y como Shakespeare era la Biblia de nuestra casa, siempre estaba en nuestras manos o nuestras bocas. Desde los 6 años yo sabía muchas escenas de Shakespeare de memoria. Para mi sexto aniversario, el Moro [sobrenombre que gustaba particularmente a sus niños] me regaló mi primera novela, *Peter Simple*, una novela de aventuras del escritor inglés Frederick Marryat. Mi padre me dio un curso sobre Marryat y Cooper, después me leyó todos los cuentos, y los discutió conmigo. Cuando yo le expliqué que quería ser un "Post-Captain" (sin dar un sentido a ese neologismo) y le pregunté si podía vestirme de varón y alistarme en el ejército, me aseguró que era totalmente posible, pero que había que guardar eso en secreto hasta que nuestros planes estuvieran a punto.<sup>253</sup>

Desde la primavera de 1861 al año 1863, Marx garrapatea 1.500 páginas apretadas, volviendo a dar vida a su proyecto inicial de redactar toda su obra antes de publicarla: 750 páginas son consagradas a la historia y a la crítica de las teorías económicas anteriores; 500, al capital en general (del punto en que Karl quedó en 1859); las siguientes páginas, a los temas que luego componen el tercer volumen. Los

temas del segundo volumen, por lo tanto, parecen de menor importancia a Marx.<sup>248</sup>

El 21 de julio de 1861 comienza la guerra de Secesión. Los confederados, que se benefician con la adhesión de excelentes oficiales, deben hacer frente a la superioridad numérica de la Unión, que se apoya en una población de 22 millones de habitantes, mientras que el Sur sólo cuenta con 9 millones (de los cuales 3,7 millones son esclavos). La Inglaterra de Palmerston no sabe qué actitud adoptar: no quiere perder ni los mercados del Norte ni las materias primas del Sur. La cuestión de la esclavitud le es indiferente. No sabe con certeza si debe hacer la guerra ni en qué campo. Sin embargo, parece atraída al conflicto cuando, el 8 de noviembre, el *USS Jacinto*, nave de guerra del Norte, apresa un paquebote postal británico, el *Trent*, que unía La Habana e Inglaterra, y descubre a dos diplomáticos confederados y su secretario en misión diplomática. El gobierno federal los hace detener y encarcelar en Boston. Londres protesta, exige su liberación, y luego despacha 14 mil soldados al Canadá. Ese dominio teme transformarse en campo de batalla en un conflicto entre Londres y Washington, y ser invadido de manera preventiva por las tropas federales. Los sindicatos protestan violentamente contra ese engranaje militar y cuantiosas manifestaciones tienen lugar en Londres, apoyadas y fomentadas por los artículos de Marx.

El 7 de diciembre de 1861, en su artículo semanal en el *New York Daily Tribune*, diario del Norte, Karl toma partido contra una alianza de Inglaterra con los confederados, y se dedica a realizar un análisis extremadamente particularizado de la actitud británica, que hay que citar largamente por lo que revela de su conocimiento detallado de las realidades políticas de su época:<sup>47</sup>

El deseo que prevalece entre los esclavistas y sus instrumentos del Norte es arrastrar a los Estados Unidos, el Norte, a una guerra con Inglaterra porque, si esta guerra estallara, la primera diligencia de Inglaterra sería reconocer la Confederación del Sur, y la segunda, poner fin al bloqueo que encierra al Sur. [...] En cualquier otra circunstancia, los medios de negocios de Gran Bretaña habrían considerado con espanto una guerra semejante. Pero, desde hace meses, una importante e influyente fracción del mundo de negocios empuja al gobierno a quebrar el bloqueo (impuesto al Sur por el Norte) por la

fuerza para aprovisionar la rama principal de la industria inglesa en materias primas indispensables (el algodón). El temor a una disminución de las exportaciones inglesas hacia los Estados Unidos (en caso de guerra con el Norte) perdió su fuerza debido a que ese comercio, de hecho, ya es limitado. Así, el *Economist* afirma que los Estados del Norte "son malos clientes, poco interesantes". El gigantesco crédito que el comercio inglés consentía habitualmente a los Estados Unidos, sobre todo aceptando las letras de cambio sobre China y la India, ya fue reducido a un quinto de lo que era en 1857. Lo que es más, la Francia bonapartista, en bancarrota, paralizada en el interior y acosada de dificultades exteriores, se precipitaría sobre una guerra anglo-americana como sobre un maná celestial. Para comprar el apoyo inglés sobre el continente, ¿no está muy dispuesta a movilizar todas sus fuerzas para ayudar a la "pérvida Albión" más allá del Atlántico? Palmerston busca un pretexto legal para embarcarse en una guerra contra los Estados Unidos, pero tropieza, en el seno del gabinete, con la más firme oposición de Gladstone. Si el gabinete de Washington debiera suministrar el pretexto deseado, el actual gabinete inglés saltaría y sería reemplazado por un gobierno de *tories*. Los primeros contactos con miras a un cambio de escena semejante ya tuvieron lugar entre Palmerston y Disraeli. Esto explica los violentos llamados a la guerra del *Morning Herald* y del *Standard*, esos lobos hambrientos que aúllan a la espera de que caigan algunas migajas de la caritativa caja del Estado.<sup>11</sup>

Texto preciso, simple y claro a la vez; tan diferente, como todos sus artículos, de la redacción a menudo tan opaca de sus textos teóricos.

El 26 de diciembre de 1861, Washington suelta a los dos diplomáticos sudistas capturados; la tensión con Londres vuelve a caer. Karl ve en esto un éxito de las manifestaciones obreras en las que participó. En efecto, es la primera vez que una acción sindical ejerce una influencia sensible sobre la manera de conducir la política exterior de un gran país europeo.

Al día siguiente, ¡enorme sorpresa! Un disidente desaparecido desde hace doce años, que todavía es recordado por todos, desembarca en Londres: el anarquista ruso Bakunin, el jefe de la revuelta de Düsseldorf, el Sigfrido de Wagner, el protegido de Vogt detenido en Alemania en 1849, despachado a Austria, transferido y encarcelado

en Rusia, después exiliado en Siberia, llega a Londres al término de un viaje pasmoso: ¡tras ocho años de prisión, más cinco de exilio en Siberia, logró evadirse, llegó a Yokohama, luego a San Francisco y por fin a las orillas del Támesis! ¡Viene a ver a Karl para expresarle su admiración y anunciarle que su prioridad, luego de tantas tribulaciones, será traducir el *Manifiesto comunista* en ruso!

El año siguiente (1862), otro viejo amigo de Marx se manifiesta en Bruselas: Moses Hess, que habría podido formar un trío con Karl y Friedrich, publica un "llamado a la reunión de los judíos en Palestina" titulado *Roma y Jerusalén*.<sup>135</sup> Este acta de nacimiento del sionismo ve la luz del día en el mismo momento en que italianos y alemanes también se dedican a llevar a cabo la unidad de su propia entidad nacional. La Palestina no es entonces sino el nombre de una parte de la "Gran Siria" otomana, y se necesita mucha imaginación para pensar que una nación judía podrá alguna vez volver a existir.

Ese año, Victor Hugo, entonces en Guernesey tras haber dejado Waterloo, hace publicar en París *Los miserables*, y Flaubert, *Salambó*. Se dice que los correctores de Lacroix, el editor de *Los miserables*, lloraron al descubrir las pruebas de los cinco tomos del libro.

El 12 de abril de 1862, en Berlín, Lassalle, que cree que todo le está permitido, exhorta con mucho coraje a los miembros de su "partido progresista" a protestar contra la falta de libertad que caracterizó las elecciones en el Landtag. El rey lo hace detener por haber "comprometido la paz social".

La prolongación de la guerra de Secesión tiene consecuencias desastrosas para Karl: si pone por las nubes el precio del algodón, sumiendo a la industria británica textil en una grave crisis, también pone un término definitivo, en virtud de las dificultades financieras del diario, a su colaboración en el *New York Daily Tribune*, privándolo de su única fuente profesional de ingresos y poniéndolo una vez más en aprietos de dinero. Ya no vive sino de los subsidios de Friedrich, cuando los gastos que debe asumir crecen con la edad de sus hijas: cursos privados, actividades artísticas (adoran el teatro). El mes siguiente, compadece a sus hijas por no estar lo bastante presentables para seguir sus cursos y para visitar la Exposición Internacional de la Industria, para la cual consiguió un pase de prensa permanente. Está desesperado y siente que lo invade el pánico: ¿una vez más tendrá que mudarse? La depresión lo vuelve a acechar.

El 18 de junio escribe a Engels para mendigarle otra vez algunas libras, enumerando sus necesidades. Carta patética:

La idea de derramar mi miseria sobre ti me enferma. Pero ¿qué hacer? Todos los días, mi mujer me dice que preferiría estar en la tumba con nuestros niños, y no puedo culparla en virtud de las indescriptibles humillaciones de una situación semejante. Como sabes, las 50 libras se fueron en saldar deudas; todavía queda por pagar más de la mitad, más 2 libras para el gas. [...] No diré nada de la situación de estar en Londres sin un penique durante siete semanas, cosa que nos sucede con frecuencia. [...] Sobre todo, estoy desolado por mis infelices hijas, porque es el período de las fiestas.<sup>46</sup>

Karl explica a Friedrich que si no encuentra recursos deberá declararse insolvente, dejar que el propietario de su alojamiento venda sus muebles, dejar a Hélène Demuth para que encuentre otro empleador, mudarse con Jenny y Eleanor a una pensión por 3 chelines a la semana, y colocar a Laura y a Jenny, de 18 y 19 años, respectivamente, como gobernantas. Luego, en la misma carta, pasa a otra cosa distinta y vuelve al debate de ideas; como acaba de leer a Darwin, observa: "Me siento sorprendido de ver que Darwin vuelve a descubrir en los animales y las plantas las características de la sociedad inglesa, con su división del trabajo, su competencia, la apertura de mercados, la innovación y la 'lucha por la vida'".<sup>46</sup>

Engels lo tranquiliza y cubre sus gastos. Una vez más, Karl logra no franquear la frontera del amueblado, el *model lodging house*, símbolo de la proletarización.

En el mismo momento, Lassalle, amnistiado por el rey, decide dirigirse a Londres para una "gira diplomática", invitándose a casa de los Marx. Imposible negarse. Karl escribe entonces a Friedrich: "Para preservar cierta fachada, mi mujer tuvo que empeñar entre los prestamistas todo lo que se podía".<sup>46</sup> De hecho, Lassalle se impone y se instala en casa de los Marx durante alrededor de un mes. Hay que sacarlo, alimentarlo; les cuesta una fortuna. Una vez más, es Engels el que cubre los gastos, al tiempo que exige conocer el detalle. Jenny está fuera de sí. Quiere que se vaya y a fines de julio lo echa.

El 5 de agosto de 1862, en el British Museum –donde Karl prácticamente no volvió desde que entregó el manuscrito de su último

libro, tres años atrás-, Louis Blanc pone punto final al doceavo tomo de su monumental *Histoire de la Révolution française*; en el mismo momento se abre en Londres una nueva Exposición Universal. Karl la visita como periodista acreditado.

Para asistir a la exposición desembarca en Londres una delegación de obreros franceses financiada por el príncipe Napoleón, primo del emperador; sobre todo está presente para garantizar la promoción de la "generosidad" bonapartista. La delegación es recibida primero por un comité de recepción constituido por parlamentarios liberales, sin ningún representante de las organizaciones obreras. Luego, fuera de las reuniones oficiales, algunos de esos obreros franceses logran encontrarse con sindicalistas ingleses. De esta reunión, de la que Marx no es informado, nacerá dos años más tarde la primera Internacional Socialista. Él se pondrá a la cabeza.

Mientras tanto, la guerra de Secesión se empantana. El 22 de septiembre, Lincoln proclama la emancipación de los esclavos del Sur con efecto al 1º de enero siguiente; cosa que descarta el riesgo de un reconocimiento de la Confederación por las grandes potencias, sin por ello poner fin a la guerra. En Inglaterra, las tres quintas partes de las empresas textiles están ahora en quiebra, y tres cuartos de los obreros de dicho sector, en paro. La firma de Engels atraviesa grandes dificultades, y a Friedrich le cuesta sostener su ayuda a Karl.

En Berlín, exactamente el mismo día, el rey, en conflicto con el Parlamento por la cuestión de los créditos militares, nombra a Bismarck –entonces embajador en París y cuya firmeza conoce– como ministro de Estado sin cartera y ministro-presidente interino. El 30, Bismarck ataca de frente al Parlamento: "Alemania no se interesa en el liberalismo de Prusia sino en su fuerza [...]. No es con discursos y votos por mayoría [en el Parlamento] como serán resueltas las grandes cuestiones de nuestra época, como se creía en 1848, ¡sino con el hierro y la sangre!". Enorme escándalo. El soberano vacila; ¿va a conservar a Bismarck? El 8 de octubre decide nombrarlo ministro-presidente permanente con la cartera de Relaciones Exteriores. La hora del enfrentamiento con Austria, vencida en la guerra contra Italia, se acerca. Después, piensa Marx, vendrá la hora de la unidad alemana alrededor de Prusia.

En el otoño de 1862, Karl asiste en Londres con Liebknecht a una serie de seis conferencias de Thomas Huxley, el propagandista de la

teoría de la selección natural, apodado el “bulldog de Darwin”. Está fascinado. Vuelve a pensar en encontrarse con Darwin, que sólo vive a veinte millas de su casa. Algunos días más tarde, Liebknecht, amnistiado, vuelve a Alemania para reunirse con Lassalle y representar a Marx, que ya no tiene confianza en aquel que ahora apoda “Lorry”. Liebknecht se pasó diez años en Londres. Para Jenny y las chicas es un desgarramiento perder a quien está tan cerca de ellos desde los años negros. Lo volverán a encontrar casi quince años más tarde; se habrá convertido –lo que entonces es inconcebible– en el jefe del primer partido socialista representado como tal en un Parlamento de Europa.

Durante el invierno de 1862-1863, particularmente riguroso, la situación material de los Marx, que no tienen otros recursos que lo que les entrega parsimoniosamente Engels, es crítica. Karl vuelve a hablar de ir a “vivir al hotel amueblado donde Wolf el Rojo [que no es Lopus Wolff, sino un extraordinario personaje, custodio de Garibaldi] vivió en una época con su familia”. A escondidas de Karl, Jenny envía incluso un pedido de auxilio al viejo amigo Lopus, el otro Wolff, precisamente, que sobrevive en Manchester dando clases. Lopus le hace llegar 2 libras. Más tarde sabrán que la fortuna del anciano le habría permitido una dádiva muy superior.

Karl encara incluso la posibilidad de buscar un trabajo asalariado. Se postula a un empleo de oficina en el ferrocarril, pero su escritura (quizá, ese día, ¿voluntariamente?) ilegible hace fracasar ese proyecto. Eso lo alivia. Será su única tentativa en la materia.

En ese tiempo de desesperación, Karl recibe una carta de un desconocido, un tal doctor Ludwig Kugelmann, ginecólogo judío reputado de Hannóver, quien se dice “un ferviente adepto de las ideas comunistas desde sus años estudiantiles, y uno de los raros lectores de la *Contribución a la crítica* que se interesó en ella en profundidad”.<sup>221</sup> Su hija, Franzisca Kugelmann, entonces de 9 años, dirá mucho más tarde:

Mi padre era todavía un joven estudiante entusiasta de Karl Marx cuando le escribió su primera carta. Había conocido su dirección en Londres por Johann Miquel, un político alemán miembro de la Liga de los Comunistas que, como él, pertenecía a la corporación de estudiantes Normannia. Para la gran alegría de mi padre, Marx le respondió, y poco a poco, se estableció una correspondencia.<sup>223</sup>

En su primera respuesta a ese ferviente admirador, fechada el 28 de diciembre de 1862, cuando está sumido en la miseria y la angustia del mañana, Marx escribe a propósito del fracaso de su libro anterior, dos años antes, que Kugelmann leyó con pasión:<sup>81</sup>

En el primer fascículo, el modo de exposición era ciertamente muy poco popular. Eso radicaba [...] en la naturaleza abstracta del tema [...]. Las tentativas científicas para revolucionar una ciencia nunca pueden ser realmente populares [...]. No obstante, en cambio, estaba preparado para que los especialistas alemanes, aunque más no fuera por decencia, no ignorasen tan totalmente mi trabajo.<sup>49</sup>

Sin embargo, habla de su certeza de que un día las menos populares de sus obras encontrarán el camino del gran público.

Engels hace lo que puede para ayudarlo, pero en adelante tiene otras preocupaciones: fuera de las dificultades de su empresa, relacionadas con la guerra de Secesión, Mary Burns, una de sus dos compañeras, muere el 6 de enero de 1863 en Manchester, dejándolo solo con Lizzy, hermana de la difunta, porque vivía abiertamente con las dos, para la mayor condena de la buena sociedad. Marx le envía entonces una carta que empieza por las condolencias triviales, y que prosigue con... ¡las deudas que lo agobian y su situación financiera desesperada! En su respuesta, Engels muestra que está afectado y que esperaba más consuelo de un amigo tan cercano, pero sin embargo prodiga consejos financieros y despacha rápidamente dinero. Diez días más tarde, Karl envía a Friedrich una larga carta de disculpas en la que le dice cuán afligido estuvo por la muerte de Mary; expone todo cuanto va a emprender para remediar sus propias dificultades materiales y repite aquello en lo que está pensando desde hace algunos meses, y que ya escribió: colocar a sus dos hijas mayores como gobernantas, despedirse de Hélène Demuth, vivir con Jenny y Eleanor en una pensión. Engels acepta las disculpas de Marx, intenta separar para él bastante dinero en efectivo para cubrir sus deudas, y, como no logra hacerlo, le hace cobrar en su lugar la factura de un cliente: es la única manera que encuentra de desviar dinero de su empresa, entonces en dificultades.

Aunque por el momento la urgencia se haya disipado, las dos mayores piensan seriamente en buscar trabajo. Jennychen piensa en

volverse actriz y trata de conocer a intérpretes famosas a espaldas de sus padres, en vano. Laura, por su parte, quiere hacer política y se convierte en asistente –no remunerada– de su padre, que, después de casi dos años de interrupción, decidió volver a trabajar en el British Museum.

Sin embargo, en ese momento preciso –el 22 de enero de 1863–, cuando finalmente Karl parece resuelto a dedicarse otra vez a la redacción de su tan anunciado libro sobre el capital, un acontecimiento marginal va a desencadenar toda una serie de consecuencias que otra vez demorarán la escritura de su gran obra y la encaminarán para siempre hacia la política: al protestar contra su enrolamiento forzado en el ejército zarista, unos jóvenes polacos son víctimas de severas represalias, con ejecuciones públicas y deportaciones a Siberia. Intensa conmoción en Europa. Los obreros franceses e ingleses solicitan la intervención de sus gobiernos y reflexionan en la mejor manera de coordinar sus luchas políticas y sindicales y su apoyo a los trabajadores oprimidos de los otros países.

Simultáneamente,<sup>231</sup> el secretario general del Consejo de los Sindicatos de Londres, el zapatero George Odger, también piensa en organizar una cooperación internacional entre sindicatos obreros, pero por una razón muy distinta: en la competencia con los obreros del continente (mal pagos y poco organizados), los obreros ingleses temen por sus ventajas. En vez de reclamar el restablecimiento del proteccionismo y una limitación de la mano de obra inmigrante, Odger sugiere ayudar a los asalariados extranjeros a organizarse y a obtener el aumento de sus propios salarios. Lanza entonces, en tal sentido, una *Apelación de los trabajadores de Inglaterra a los trabajadores de Francia*, proponiendo una estrecha cooperación entre los trabajadores de los dos países.

En Prusia es la hora de la acción política obrera. Algunos días más tarde, en febrero de 1863, en Leipzig, ante un comité de obreros, Lassalle –que tiene 39 años– enuncia un programa de tipo prouldhoniano y preconiza la fundación de una asociación general de los trabajadores alemanes, nuevo partido político cuyo doble objetivo sería obtener el sufragio universal directo con escrutinio secreto y la creación de cooperativas con el apoyo estatal. Naturalmente se vería muy bien como presidente de ese nuevo partido, el primero en Europa que se atreve a reivindicar su color, sin afirmarse sin embargo como socialista.

En marzo, Marx asiste en el Saint James' Hall a una manifestación de solidaridad con Lincoln por la abolición de la esclavitud, y contra Palmerston, siempre tentado de comprometer a Gran Bretaña junto a los sudistas.

El 23 de mayo de 1863, en Leipzig, Lassalle funda el partido cuya creación anunció tres meses antes: la Asociación de los Trabajadores Alemanes, con 600 miembros procedentes de todas las regiones de Alemania.<sup>74</sup> Lo eligen presidente, y rompe con la clandestinidad. Organiza entonces vastas giras, arenga a los obreros al tiempo que se preocupa de que la prensa dé cuenta de su vida y milagros. Es demasiado: Bismarck lo acusa de alta traición por haber incitado a los obreros a "trabajar para socavar la Constitución prusiana". Lassalle se atemoriza, busca un convenio con el canciller y, en el curso de un encuentro secreto, le propone una alianza que le confirma por escrito en una carta inaudita fechada el 8 de junio de 1863: allí explica al nuevo amo de Prusia que aprobaría su dictadura a condición de que adopte la forma de una suerte de "dictadura social",<sup>74</sup> ¡cuando su partido justamente acaba de ser creado para reclamar la república y el sufragio universal!

La clase obrera –escribe– se siente instintivamente inclinada a la dictadura si legítimamente puede ser convencida de que ésta será ejercida en su interés, y por tanto [...] sería proclive, como le dije recientemente, a despecho de todos sus sentimientos republicanos, o tal vez por esa misma razón, a ver en la Corona el sostén natural de la dictadura social, por oposición al egoísmo de la sociedad burguesa.<sup>74</sup>

Fiel a las ideas que ya expresó, de este modo Lassalle propone a Bismarck sellar una alianza entre el proletariado, el campesinado, la aristocracia y el ejército contra la burguesía. Naturalmente interesado, el canciller emprende con este fin una correspondencia secreta con Lassalle, y los dos hombres se encuentran incluso en varias oportunidades en el curso de las siguientes semanas. Esta situación complace a Bismarck.

Esa idea de "dictadura social" les cae bien a ambos. Por lo demás, es casi consustancial a la sociedad prusiana desde que Hegel hizo allí la apología del Estado como lugar de verdad absoluta. Se la verá resurgir a todo lo largo de la historia alemana, y no es excesivo consider-

rarla como un jalón en el camino que conduce de Hegel al nacional-socialismo, pasando por esa "dictadura social" imaginada por Lassalle.

En el mismo momento, en Francia se inicia también la adhesión de una parte de la clase obrera al poder bonapartista y a la ideología dominante. La economía anda mejor, muchos aspiran a percibir sus dividendos: ya que no se puede abolir la propiedad privada, ¡más vale tratar de aprovecharla! Ya sin fuerzas, Proudhon toma nota de esto con lucidez:

Diga lo que diga, el pueblo quiere ser propietario; y, si me permiten citar aquí mi propio testimonio, diré que tras diez años de una crítica inflexible, en este punto encontré que la opinión de las masas sobre este asunto era más dura, más resistente que sobre cualquier otra cuestión [...]. Cuanto más terreno ha ganado el principio democrático, tanto más he visto a las clases obreras de las ciudades y el campo interpretar ese principio en el sentido más favorable a la propiedad.<sup>225</sup>

En el curso del verano de 1863, Karl se siente cada vez peor. Un forúnculo degenera en infección y está a punto de matarlo, dejándolo clavado en la cama durante más de un mes. Ántrax, migrañas, patologías pulmonares y hepáticas se suceden a un ritmo acelerado. Una vez más, deja de trabajar.

El 22 de julio de 1863, en el momento en que Henri Dunant, en Ginebra, funda lo que va a convertirse en la Cruz Roja, y en que la atención, en París, está centrada en el escándalo del *Desayuno campestre* de Manet, la iniciativa de Odger toma forma en Londres: se reúnen allí militantes obreros franceses e ingleses para tratar de coordinar las luchas sociales de los dos países; aprueban el principio de la creación de una asociación obrera internacional y designan un comité encargado de preparar su lanzamiento.

Enfermo, Marx, que no está en relación con los organizadores de esta reunión, ni siquiera se entera. Sin embargo, sigue recibiendo la literatura de Lassalle. El 24 de noviembre de 1863, Jenny escribe a Engels: "[Karl Marx] no puede dormir. Le envía una circular de la 'Sociedad de los Trabajadores' y una carta de la 'Presidencia'".<sup>47</sup> De hecho, aunque haya roto todo contacto personal con Lassalle desde hace un año, éste sigue dirigiéndole los folletos de su partido, que Jenny apoda por ironía la "Sociedad de los Trabajadores" y del cual él es

"presidente". Marx apenas los mira, luego se los pasa a Engels. Desde que Lassalle pasó por Londres, Jenny no puede reprimir su odio hacia él, pero sobre todo hacia la pelirroja señora Hatzfeld, su "protectora", decididamente mayor que él, como pérfidamente lo hace notar en la misma carta:

Esa pequeña cosa [la Sociedad de los Trabajadores] transformará al hombre [Lassalle] que, 'durante quince años, ha sufrido por la clase obrera', como lo dice de sí mismo (¡sin duda bebiendo champaña con la pelirroja que nació en 1805!), haciéndolo pasar de un destino aceptable por la policía a uno inaceptable por la policía.<sup>47</sup>

Decididamente, Jenny tiene los colmillos tan afilados como Karl, y su estilo, nada que envidiarle. Ósmosis de dos espíritus a los que todo reúne desde hace más de treinta años, cuando ninguno de los dos tiene todavía 45.

Pero de pronto, la situación de Marx y de su familia mejora en gran medida. Primero, un viejo amigo de la Liga en Londres, Ernest Dronke, pretende presentarle a un prestamista y le entrega 250 libras que pidió prestadas... a Engels, cosa que éste acepta en una carta a Karl de abril de 1863: Dronke sólo se hará cargo de los gastos bancarios...

Después, la primera de dos herencias que, ese año, van a cambiar la vida de Marx y hacerlo salir, esta vez en forma duradera, de la miseria en la que se hundió catorce años antes.

El 30 de noviembre de 1863, en Tréveris, rodeada de dos de sus hijas procedentes de Holanda y de la tercera casada en Tréveris, muere, en el aniversario y la hora exacta de su matrimonio, como se asombra Karl, Henrietta Marx, su madre, a los 73 años. Nada deja transparentar en Karl más que una tristeza mínima. Los legados de sus dos padres son entonces desbloqueados al mismo tiempo, y a Karl le conceden un poco más de 1.100 táleros, o sea, alrededor de 1.000 libras; en otras palabras, más de tres años de sus ingresos. Decide ir a buscarlos lo más rápido posible, sin duda de manera clandestina: ¡ese dinero es tan necesario!

El 15 de diciembre desembarca en Tréveris, donde vuelve a ver a sus hermanas y a viejos amigos. Escribe a Jenny que incluso hace peregrinajes cotidianos a la casa de los Westphalen, que "me importa más que toda la Antigüedad romana, porque me recuerda mi infancia

feliz y porque allí vivió lo más querido que tengo".<sup>47</sup> Siguen muy largos desarrollos sobre el contenido del testamento de su madre y lo que deja a unos y otros. Karl es entonces reconocido en la calle: "La gente de Tréveris me interroga todos los días sobre la 'más bella mujer de Tréveris' y la 'reina del baile'. Es maravilloso para un hombre descubrir que su mujer vive en la imaginación de toda una ciudad como una princesa de ensueño".<sup>47</sup> Sin embargo, prefiere no demorarse y vuelve a Londres en febrero de 1864, tras haber pasado otra vez por Holanda.

En marzo decide una vez más gastar el dinero que acaba de recibir sin preocuparse demasiado por el porvenir ni rembolsar sus deudas: gracias a la herencia de su madre, la familia deja Grafton Terrace por una linda casa vecina, en Modena Villas 1, sobre Maitland Park, barrio encopetado donde viven médicos y abogados. Karl piensa primero en los cursos de sus hijas, en sus lecciones de piano y de teatro. Cada una tendrá ahora su cuarto. Él mismo dispondrá de una oficina, vasta habitación de cinco ventanas que los primeros amigos que invita llaman el "Olimpo", porque algunos bustos de dioses griegos se yerguen todo alrededor, con un Zeus que los domina y que, dicen, se parece a Karl. Lafargue, que la describirá un poco más tarde, añade:

Esa habitación del gabinete de trabajo de Maitland Park se volvió histórica, y hay que conocerla para penetrar en la intimidad de la vida intelectual de Marx. Estaba situada en el primer piso, y la amplia ventana por donde entraba la luz, abundante, daba al parque. De ambos lados de la chimenea y frente a la ventana se encontraban estantes repletos de libros, arriba de los cuales los paquetes de diarios y de manuscritos llegaban hasta el techo. Enfrente de la chimenea, y de uno de los lados de la ventana, había dos mesas cubiertas de papeles, libros y diarios. En medio de la habitación, en el lugar mejor iluminado, se encontraba una mesita de trabajo, muy sencilla, de tres pies de largo y dos de ancho, con un sillón de madera. Un diván de cuero estaba ubicado entre el sillón y la biblioteca, frente a la ventana, en el que Marx se extendía cada tanto para descansar. Sobre la chimenea, más libros se mezclaban con los cigarros, los fósforos, las cajas de tabaco, los pesacartas, las fotografías de sus hijas, de su mujer, de Wilhelm Wolff y de Friedrich Engels.<sup>161</sup>

¿Por qué, en ese cuarto, la foto de Wilhelm Wolff, el viejo amigo Lupus? Porque el fiel compañero de tantas aventuras, desde París, va a morir de una meningitis en Manchester, en ese mes de mayo de 1864, legando a Karl 840 libras en efectivo –una pequeña fortuna– y 50 libras en especies.<sup>277</sup> Por lo tanto, el amable Lupus, uno de los pocos con que Karl nunca se peleó, no era tan pobre como lo dejaba creer. En sus funerales en Manchester, Karl (que detesta los sepelios y jamás va a uno) pronuncia una oración fúnebre ante algunos raros amigos, en su mayoría proscritos, como él, desde hace quince años en Londres.

Para los Marx, el conjunto de las dos herencias corresponde a más de cinco años de su tren de vida de la época. Es la holgura.

Ese año, el Segundo Imperio se liberaliza un poco; una ley autoriza la coalición de los obreros y legaliza el derecho de huelga; de inmediato, en Limoges, un millar de obreros dejan el trabajo. La Santa Sede pone en el *Index: Los miserables*, de Victor Hugo; *Madame Bovary*, de Flaubert; la obra de Balzac y la de Stendhal. En Prusia, Lassalle es absuelto y publica un folleto exponiendo su concepción del socialismo.

Decididamente, 1864 es un año de herencias: algunos meses más tarde, en efecto, es el turno de Engels de heredar de su padre –a quien habrá detestado toda su vida– y de volverse propietario de la empresa familiar. En adelante, notable de la ciudad de Manchester, preside el Albert Club y el Schiller-Anstalt, y participa en una famosa caza de montería, la Cheshire Hunt. Puede aumentar notablemente su ayuda financiera a Marx y, de ahí en más, garantizarle un mínimo de 200 libras por año sin por ello menoscabar su propio tren de vida.

Así, para Karl, que tiene 46 años, las preocupaciones materiales forman parte del pasado. Hace un año aún no tenía con qué dar de comer a su familia. Ahora puede ofrecer a sus niñas un poco de solaz: "El domingo, cuando estaba lindo, toda la familia partía para un gran paseo a través del campo. Se detenían en ruta en una posada para tomar cerveza de jenjibre y comer pan y queso",<sup>161</sup> contará Lafargue, que pronto va a conocerlo. Por primera vez en su vida, incluso, Karl se toma vacaciones. Recibe a los amigos de Jennychen y de Laura. En una carta del 25 de junio de 1864 a su tío Lion Philips, deja entender que hizo algunas operaciones en la bolsa, pero no queda ninguna huella de esto, y es muy poco verosímil.

Friedrich viene cada vez con más frecuencia a verlo. Lafargue escribe:

Era una verdadera fiesta para los Marx cuando, de Manchester, Engels les anunciaaba su llegada. Hablaban largo tiempo de antemano de su visita y, el día de su llegada, Marx estaba tan impaciente que no podía trabajar. Los dos amigos se pasaban la noche fumando y bebiendo mientras se contaban todos los acontecimientos acaecidos desde su último encuentro. A Marx le interesaba la opinión de Engels más que la de cualquier otro: reconocía en él a un hombre capaz de ser su colaborador. Engels era para él todo un público. Para persuadirlo, para ganarlo a sus ideas, ningún trabajo le parecía demasiado largo. Así, lo vi recorriendo otra vez libros enteros para encontrar los hechos que necesitaba para modificar la opinión de Engels sobre un punto secundario, que ya he olvidado, de la cruzada política y religiosa de los albigenenses [...]. Estaba lleno de admiración por la extraordinaria variedad de conocimientos científicos de Engels e incesantemente temía que fuera víctima de un accidente. "Tiemblo siempre —me decía— de que le ocurra una desgracia en el curso de una de esas cañas de montería en las que toma parte con pasión, galopando a rienda suelta a través del campo y franqueando todos los obstáculos."<sup>161</sup>

En la misma época —o sea, en el comienzo del verano de 1864— se interrumpe brutalmente, a los 40 años, el destino fulgurante de Ferdinand Lassalle. De regreso de un viaje triunfal en los distritos obreros de la región renana, el dirigente socialista alemán, ahora famoso, que se expresaba abiertamente, sin temer ya la prisión en virtud de su acuerdo secreto con Bismarck, parte en viaje de descanso a Suiza. Allí —sin duda no por azar— se encuentra con la hija de un diplomático bávaro, Hélène de Doenniges, de quien había pedido la mano algunos años antes, sin haberla obtenido de su padre. (Ella misma había escrito entonces: "Ayer conocí a un hombre a quien seguiría hasta el fin del mundo, si me aceptara a su lado".) Ahora está comprometida con un aristócrata valaco, Janko de Rakowitz, que no le pierde pisada. Los dos hombres se pelean. El 28 de agosto, en Ginebra, Lassalle provoca a ese Janko a un duelo con pistola en el Bois-Carré, cerca de Veyrier. Supuestamente, el árbitro debía contar hasta tres, pero el novio tira en "uno"; herido en el vientre, Lassalle muere tres días tarde en

medio de sufrimientos abominables. Al enterarse de la noticia, Engels declara: "Sin duda, era uno de los políticos más importantes de Alemania". Bismarck escribe: "Era uno de los hombres más encantadores y divertidos que me haya sido dado conocer, y no lamento las tres o cuatro ocasiones en que lo encontré. Ambicioso con estilo, era un hombre con el que era enriquecedor hablar". Marx reconoce:

Después de todo, era uno de los nuestros, un enemigo de nuestros enemigos. Es difícil pensar que un hombre tan ruidoso, tan invasor, tan perentorio ahora está más muerto que una rata, y debe morderse la lengua. Bien lo sabe el diablo, pero nuestro grupo se restringe y ninguna sangre nueva se anuncia.

Y, como no deja escapar ninguna ocasión de decir alguna frase terrible, añade: "Ese pretexto de morir es una de las numerosas faltas de tacto típicas de Lassalle a lo largo de su vida".

Esta vez, Karl pretende consagrarse de una buena vez a su gran libro sobre el capital, interrumpido desde hace cerca de cuatro años, mediante el cual espera "asestar a la burguesía, en el plano teórico, un golpe del que jamás pueda recuperarse".<sup>46</sup> Ha recobrado toda su energía. Para él es cosa de meses, hasta de semanas. Al respecto escribirá:

Tenía que aprovechar cada instante que pudiera trabajar para terminar mi obra en la que sacrificué salud, felicidad y familia [...]. Me río de la gente supuestamente práctica y de su sabiduría. Si uno quisiera conducirse como un animal, a todas luces podría volver la espalda a los tormentos de la humanidad y no ocuparse más que de su propio pellejo. Pero realmente no me habría considerado nada práctico si hubiera reventado sin haber terminado mi libro.<sup>46</sup>

Curiosa expresión: para él, no sería "práctico" no terminar su libro. Incoherente, sí, ¡pero también "nada práctico"!

Sin embargo, al mismo tiempo, una vez más varios acontecimientos van a desviarlo de esta tarea decididamente imposible de llevar a buen término. Y va a tomar la decisión "nada práctica" de diferirla.

Primero, el adjunto de Lassalle, Bernhard Becker, designado provisionalmente para reemplazar al difunto a la cabeza de la Sociedad de los Trabajadores, propone su presidencia a Marx, que se niega. No

puede instalarse en Alemania, ¿para qué? El partido es víctima entonces de una guerra fratricida de sucesión de la que J. B. von Schweitzer finalmente sale vencedor. Es un hombre carismático, decidido y competente.<sup>231</sup> Schweitzer no comparte el tropismo bismarckiano de su mentor, y si cree que un Estado fuerte es necesario para instaurar el socialismo, no aboga de ningún modo por una alianza del proletariado con la aristocracia prusiana. Marx transfiere la antipatía que le inspiraba Lassalle sobre su heredero. Rompe toda relación con el partido de Schweitzer. Liebknecht, que acaba de llegar a Alemania y a su vez experimenta una gran aversión por Schweitzer, continuamente aviva la antipatía de Marx a su respecto.<sup>231</sup> Luego, vuelve a ver a Bakunin, pero eso tampoco despierta su interés por la acción política. En sus libretas,<sup>70</sup> Bakunin traza un retrato de Marx como un déspota que no puede tener amigos (salvo Engels) ni mantiene relaciones sino con subordinados temerosos.<sup>248</sup> Deduce la personalidad y las artimañas de Marx de su judaísmo:

Cuando ordena perseguir a alguien, no hay límites a su bajeza y su infamia. Es judío, tiene a su alrededor, en Francia, en Londres y sobre todo en Alemania, a ese tipo de judíos que se puede encontrar en todas partes, gente de letras especializada en el arte de la cobardía, de las insinuaciones odiosas y pérpidas.<sup>70</sup>

Si Karl vuelve a interrumpir su trabajo de escritura, el pretexto esta vez será de lo más serio y "práctico": un joven emigrado francés que vive en Londres desde hace algunos años, un profesor llamado Le Lubez, viene en el verano de 1864 a invitarlo a participar, como representante de los obreros alemanes, en una reunión de trabajadores de diversos países, que es la continuación de la que se hizo el año pasado, donde se creó la nueva organización de la que Marx ni siquiera fue avisado. ¿Por qué él?, se asombra. La asociación, explica Le Lubez, no tiene vocación de recibir a intelectuales, y eso es lo que la distingue de un club progresista cualquiera, pero Marx, insiste el francés, es para ellos una referencia absoluta por sus libros y artículos. Habrá que redactar estatutos, un llamamiento. ¿Quién sabría hacerlo mejor que el autor del *Manifiesto*?

Karl todavía vacila. Para él, el *Manifiesto* sigue siendo un texto mayor, aunque lo escribió en solamente cuatro días, dieciséis años

antes. Es bueno que aún se acuerden, aunque todavía no haya sido traducido al francés. Pero debe concluir su libro y hacer saber finalmente lo que descubrió en 1855, casi diez años atrás, el año de la muerte de Edgar: la plusvalía y la naturaleza del capitalismo, que él va hacer tambalear con más seguridad que con sus reuniones.

Luego, cuando Le Lubez le cita los nombres de aquellos que asistirán a esa reunión constitutiva (estarán presentes los más grandes revolucionarios y sindicalistas ingleses, alemanes, italianos, suizos, belgas y franceses), acepta, pero en calidad de observador, y deja que un viejo aliado de la antigua Liga de los Comunistas, Johann Georg Eccarius, antaño ya a su lado en Bruselas, represente a los obreros alemanes. Marx explica a Engels, que se asombra de ese retorno a la política: "Sabía que, tanto por el lado londinense como por el parisino, figuraban 'potencias' reales, y por eso me decidí a desistir de mi regla habitual".<sup>46</sup>

La reunión se efectúa el 28 de septiembre de 1864 en el Saint Martin's Hall de Covent Garden, demasiado amplio para la dispersa asistencia. Es presidida por el inglés Edward Spencer Beesly, un universitario liberal, escogido por Odger, el jefe de los sindicatos. Karl es instalado en la tribuna, pero permanece en silencio. Los discursos se suceden, primero en honor a Polonia; luego en honor "a una nación oprimida todavía más grande, el proletariado". Los participantes confirman el proyecto del año anterior de fundar una Asociación Internacional de los Trabajadores, o International Working Men's Association, rápidamente denominada la "Internacional".

A su cabeza es elegido un "Consejo Central", que rápidamente se convertirá en el "Consejo General", con un "secretario general" y "corresponsales" que representan a las organizaciones obreras inglesa, alemana, francesa, italiana, española, norteamericana, suiza y belga que participan en la reunión. El primer secretario general es Eccarius, lo que testimonia la influencia inmediata de Marx sobre los nombramientos clave.

La composición del primer Consejo General es heteróclita:<sup>215</sup> 82 miembros; entre ellos, 40 sindicalistas reformistas ingleses, 12 socialistas alemanes, 12 proudhonianos y blanquistas franceses, 9 mazzinianos italianos, 5 patriotas polacos, 2 suizos, 1 húngaro y 1 danés. Los franceses son nueve emigrados instalados en Londres (Denoual, Le Lubez, Jourdain, Morisot, Leroux, Bordage, Bocquet, Talandier,

Dupont), a los que se añaden otros tres franceses llegados de París para la reunión: un cincelador, Tolain; un montador de bronce, Perrachon; y un pasamanero, Limousin.

Karl es nombrado para el Consejo General; uno de sus pocos miembros que no salió del proletariado es designado como "secretario corresponsal" para Alemania. Y también para un subcomité encargado de elaborar, para el 1º de noviembre siguiente, el manifiesto y los estatutos de la organización. Este subcomité está constituido por nueve miembros: Odger, Marx, Whitlock, Weston, Le Lubez (secretario corresponsal para Francia), Holtorp, Pidgeon, Cremer, Wolf (apodado "el Lobo rojo", ese sorprendente polaco ayudante de campo de Garibaldi, mazzinista convertido en anarquista, que, como vimos, no tenía nada que ver con Lupus).

En los primeros días, Karl no concurre a esas reuniones, cuya importancia todavía no adivina y que lo alejarían de su trabajo. Pero, cuando los anarquistas están a punto de tomar el control, Eccarius lo convence de participar. Y recién un mes después de la creación de la Internacional, a la que sólo asistió como observador distraído, Karl va a tomar el poder.

El 20 de octubre de 1864, arrastrando los pies, se dirige a la reunión del subcomité encargado de redactar el llamamiento y los estatutos: unos quieren hablar de revolución; los otros de derecho, de moral, de justicia. Es el caos. ¡Los textos, que deben ser entregados diez días más tarde, ni siquiera están bosquejados! "Viejas ideas", se enoja Karl, quien se arroga la presidencia de la reunión y parte esa noche a la conquista de un poder que ya no abandonará.

Comienza por hacer que se empantane la discusión hasta la una de la mañana; después, cuando todo el mundo no quiere otra cosa que ir a acostarse, difiere los debates ocho días, proponiendo, a los apurones, en el zafarrancho de la partida, redactar él mismo, hasta entonces, un proyecto de llamamiento a las clases obreras y un proyecto de estatuto. Todo el mundo aplaude el coraje del militante sacrificado, que levanta la sesión. Por lo tanto, la responsabilidad de los textos que deben ser discutidos en sesión plenaria, en diez días, está en sus manos.

Y Karl escribe. En cuatro días, el llamamiento y los estatutos están listos. Los ha elaborado con la misma comodidad con que había puesto en el papel en algunos días, dieciséis años antes, el *Manifiesto comunista*.

Y, como hace dieciséis años, es una nueva obra maestra. No es el acto magistral de un manipulador "cínico" —como escriben algunos biógrafos indignados<sup>105</sup> u otros, igualmente numerosos, pero admirativos—,<sup>277</sup> sino un modelo de habilidad intelectual y política.

Por lo demás, y a propósito de la capacidad de síntesis de que hizo alarde ese día, Marx escribirá: "Me vi obligado a admitir [...] pasajes sobre el deber, el derecho, la verdad, la moral y la justicia. Hará falta tiempo antes de que el despertar del movimiento permita la vieja franqueza de lenguaje".

Porque su proyecto de llamamiento es ante todo un modelo de equilibrio entre los diversos puntos de vista de la izquierda de su época. En él, Karl afirma la necesidad de derrocar el orden social al tiempo que vela por las susceptibilidades reformistas. Explica que la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los propios trabajadores, pero que la Internacional en vías de creación debe convertirse en el punto central de la cooperación entre las asociaciones obreras, la difusión de las ideas y la elevación de la conciencia de clase; que la lucha económica debe encontrar su prolongación en la lucha política, pero constituyendo al proletariado como partido autónomo y ayudando a la ejecución de una política exterior pacífica.

Y para oponerse a franceses y alemanes, que quieren contentarse con un programa que preconice el sistema de las cooperativas, Marx hace la apología de ellas al tiempo que las ridiculiza con una fórmula terrible:

Las manufacturas cooperativas mostraron con hechos que la producción en gran escala podía abstenerse de una clase de patrones que emplean a una clase de asalariados. Pero la experiencia de este período probó sin lugar a dudas que, por excelente que haya sido en principio, por útil que se haya mostrado en la práctica, el trabajo cooperativo jamás podrá detener el desarrollo del monopolio ni liberar a las masas. La conquista del poder político, por tanto, se ha convertido en el primer deber de la clase obrera.<sup>1</sup>

En otras palabras: el movimiento cooperativo es una muralla irrisoria contra el capitalismo, y la economía sólo puede estar dominada por la política.

El texto del llamamiento prosigue explicando que las modalidades de la toma del poder difieren según las tradiciones nacionales, y

que, en consecuencia, hay que hacer gala —como bien lo comprendieron los sindicatos ingleses— de pragmatismo y no precipitarse en inútiles proezas. Ni hablar aquí de “dictadura del proletariado” ni de recetas estereotipadas.

¿Quién podría estar en contra?

El proyecto de estatuto provisional es igualmente hábil, y sin duda también sincero. En él, Marx escribe:

Considerando que la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la propia clase obrera [...]; que la emancipación económica de la clase obrera es por consiguiente el gran objetivo, al que todo movimiento político está subordinado como un medio; que la emancipación del trabajo es un problema que no es ni local ni nacional sino social, que abarca a todos los países en los cuales existe la sociedad moderna, y para su solución depende de la acción solidaria, práctica y teórica de los países más avanzados; que el actual despertar de las clases obreras en las naciones más industriales de Europa, si engendra nuevas esperanzas, debe servir de advertencia solemne para no volver a caer en los viejos errores, y reclama el entendimiento inmediato de los movimientos todavía aislados; por todas estas razones fue fundada la Asociación Internacional de los Trabajadores.<sup>1</sup>

Karl somete esos dos textos a la reunión del subcomité del 27 de octubre. Atónitos, los nueve miembros discuten, se increpan, luego aceptan transmitir sus proposiciones, sin ningún cambio o casi, al Consejo General, que, como estaba previsto, las debate tres días más tarde, el 1º de noviembre. La discusión es severa: a los ingleses, el llamamiento les parece excesivamente revolucionario; los italianos consideran que los estatutos no lo son lo suficiente, y proponen convertir a la Internacional en una sociedad secreta; los anarquistas rechazan el predominio de lo político y quieren que se refuerce la importancia del movimiento cooperativo; los francmasones —que los hay— ponen el acento en la idea de Razón. Marx defiende sus textos palmo a palmo; finalmente son adoptados, con algunas modestas enmiendas, y Karl incluso logra que se nombre a tres de sus fieles en el Consejo General.

Así, por una extraordinaria hazaña política, él, que desde hace doce años había renunciado a cualquier acción pública, en algunos días toma el poder en el seno de una organización creada por otros,

dando así una nueva demostración de su formidable ascendiente sobre todos aquellos que se le acercan.

A los cuarenta y seis años, finalmente, todo parece abrirse ante él: dispone de una herramienta política mundial, vive de manera decente, no tiene ya problemas para llegar a fin de mes, no ha vuelto a enfermarse, vive en una casa agradable. Pero ha dejado de escribir...

En adelante, todas las semanas, durante largos años, asistirá a las reuniones del Consejo General de la Internacional; controlará el trabajo del secretario general; animará el pequeño grupo que, a su alrededor, constituirá un comité permanente, verdadero ejecutivo que preparará todas las reuniones importantes. Nunca estará visible;<sup>68</sup> su nombre no aparecerá jamás en la transcripción de los debates, que se contentará con orientar mediante la redacción de las actas del Consejo General y la elaboración detallada del orden del día del congreso anual, al que sólo asistirá una vez, en circunstancias dramáticas, como veremos.

Su comportamiento se resume en la divisa latina que emplea en una carta a Engels del 4 de noviembre de 1864, al día siguiente de esa primera reunión fundadora: *suaviter in modo, fortiter in re* –suave en la forma, pero atrevido en el fondo–. Una mano de hierro en un guante de terciopelo.

Marx va a hacer de la Internacional un órgano político mundial extraordinario, elaborando, a partir de las situaciones locales, “una táctica única para la lucha proletaria de la clase obrera en los diversos países”.<sup>69</sup> Tan rápido se convierte en el jefe que es él quien, menos de un mes después, el 22 de noviembre de 1864, envía, en nombre del Consejo General, felicitaciones a Abraham Lincoln por su reelección a la presidencia de los Estados Unidos: “Desde el comienzo de la lucha titánica que lleva a cabo Norteamérica, los obreros de Europa sienten instintivamente que la suerte de su clase depende de la bandera estrellada [...]. La guerra contra el esclavismo inaugurará una nueva era para la clase obrera”.<sup>47</sup> Lincoln responde con una carta que el embajador estadounidense viene a entregarle en mano, afirmando que no es una simple fórmula de cortesía como el resto de las que entrega.

Y de pronto, después de cuatro años de interrupción, como si la energía política fuera a nutrir su energía intelectual, Marx vuelve a consagrarse a la redacción de su gran libro, al que en definitiva decide titular *El capital*.

Por una vez, la acción ya no es un pretexto para dejar de escribir. El 29 de noviembre de 1864 informa a Ludwig Kugelmann, en Hannóver: "Creo que mi libro sobre el capital (sesenta hojas de impresión) estará listo a fines del año que viene".<sup>49</sup> Naturalmente, no mantendrá esa promesa, porque sigue buscando e invocando todas las buenas razones para demorar la entrega de su trabajo. Y como si deseara todavía que algún obstáculo lo interrumpa, añade: "Temo que a mediados de la próxima primavera o a comienzos del próximo verano estalle una guerra entre Italia, Austria y Francia. Será un desastre para el movimiento en Francia y en Inglaterra, movimiento que crece significativamente".<sup>49</sup>

Una vez más, el miedo de terminar demasiado tarde, de haber escrito para nada, reforzado por la loca búsqueda de un pretexto para no publicar...

En una carta del mismo día dirigida a Nueva York a su amigo el editor Joseph Weydemeyer, que se sorprende por su regreso a la política, Karl lo justifica por la importancia y la seriedad de los iniciadores de esta nueva asociación:<sup>205</sup>

Los miembros ingleses, en efecto, en su mayoría están reclutados entre los jefes de las *trade-unions* locales, los verdaderos reyes de los obreros de Londres, los mismos que [...], para el mitin monstruoso de Saint James' Hall, impidieron que Palmerston declarara la guerra a los Estados Unidos, cosa que estaba a punto de hacer.

La Internacional se desarrolla rápidamente. En Alemania, donde los obreros entran en lucha abierta contra Bismarck, está representada por Liebknecht, ya en conflicto con el movimiento heredado de Lassalle. En Francia, los obreros también entran en lucha contra Napoleón III en nombre de la Internacional, cuya sección francesa está dirigida primero por Le Lubez y luego por Varlin, tras una pelea en la que están mezclados los francmasones. En todas partes, los empleadores imputan el éxito de las huelgas a los fondos "enormes" que, según su propaganda, estarían puestos a disposición de los huelguistas por la Internacional, presentada como una nueva sociedad secreta.

En realidad, ésta es tan transparente como desgarrnecida. Ni siquiera tiene los medios para pagar los gastos de impresión de las actas de sus propias reuniones. El pago de una contribución regular

por cada miembro es tan difícil que Karl se queja de que sea "más fácil organizar un motín que obtener de los obreros una cuota de afiliación".<sup>46</sup> De hecho, en caso de huelga, la Internacional sólo interviene con montos irrisorios recaudados para la ocasión.

Para esa época, Bismarck pide al jefe de su policía, Stieber –el mismo que, quince años antes, había ido a esppiar a Karl a su domicilio londinense–, que comience a tramar una maniobra maquiavélica destinada a desacreditar a Marx...

Escribir y hacer política siguen sin impedir que Karl se pase todos los domingos sin excepción en compañía de Jenny y de sus tres hijas, y que les cuente historias, en casa o en el curso de sus paseos.

Lafargue contará que oyó decir a las hijas de Marx que,

para que el camino les pareciera menos largo, les narraba cuentos de hadas que no terminaban nunca, cuentos que inventaba mientras caminaba y cuyo desenlace demoraba o precipitaba según la longitud de la ruta restante. Y las pequeñas, al escucharlo, olvidaban su fatiga.<sup>161</sup>

Y agregará:

Marx había prometido a sus hijas que les escribiría un drama sobre los Gracos. Por desgracia, no pudo mantener su palabra; hubiera sido interesante ver cómo aquel a quien llamaban el "caballero de la lucha de clases" habría tratado ese trágico y grandioso episodio de la lucha de clases en el mundo antiguo.<sup>161</sup>

Gracias a Eleanor, entonces de 9 años, disponemos de algunos preciosos detalles sobre los cuentos que Karl imaginaba para sus hijas ese año. Esas largas historias, narradas mientras caminaban, en mi opinión hablan más sobre su personalidad y la inspiración de su obra que miles de páginas de comentarios sesudos:

Esas historias se miden en miles, y no en capítulos [...]. Por mi parte, la más bella de todas las que contaba el Moro era *Hans Röckle*. Es una historia que avanzaba de mes en mes. Por desgracia, no había nadie que escribiera esas historias llenas de poesía, de espíritu, de humor. *Hans Röckle* era una suerte de mago a la Hoffmann, que tenía una

tienda de juguetes y que siempre era muy severo. Su negocio estaba lleno de las cosas más magníficas: muñecas de madera, gigantes, enanos, reyes, reinas, obreros, dueños, animales tan numerosos como los del Arca, mesas, sillas, carros. Pero, aunque fuera un mago, Hans nunca podía pagar sus deudas al diablo o al carnicero, y estaba obligado a vender sus juguetes al diablo. De donde resultaban aventuras que siempre terminaban en su tienda. Algunas eran terribles, otras eran muy graciosas.<sup>253</sup>

El fabricante de juguetes mágicos –juguetes maravillosos y raros que los clientes, que no tienen la menor noción, desdeñan al punto que, para sobrevivir y pagar al carnicero, está obligado a venderlos al diablo– evidentemente es él, Karl Marx, creador de los más bellos conceptos; obligado, para sobrevivir, a abandonar sus ideas a cualquiera: suprema forma, para él, de la alienación.

Esas ideas que un día –tal vez lo presente– serán acaparadas y malversadas por los diablos.

## V. EL PENSADOR DE *EL CAPITAL* (enero de 1865-octubre de 1871)

CUANDO muere Proudhon, en enero de 1865, con la certeza de haberse equivocado, la globalización –la "universalización", para emplear el nombre que le dio Marx en 1848, cuando presintió su advenimiento– se acelera. El ferrocarril, el telégrafo, la navegación a vapor reducen las distancias, incitan al desarrollo de los mercados, facilitan la colonización de África y la India.

En Londres, Karl lleva una doble vida. De día es oficialmente el "secretario corresponsal para Alemania" de la Internacional y, de facto, el jefe de una organización política que pronto reunirá a decenas de miles de obreros, empleados e intelectuales a través de Europa. De noche, vuelve a trabajar en ese gran libro que empezó veinte años antes –del que no publicó más que un gran capítulo bajo el título de *Contribución a la crítica de la economía política*– y que, piensa, va a contribuir a derribar el capitalismo, que será *El capital*.

La policía británica vigila a ese apátrida con relaciones planetarias, pero no se interesa especialmente en él. Sabe que, desde su llegada, quince años antes, el Imperio británico no es su principal tema de preocupación, ni la Corona su principal enemiga. La organización internacional que dirige, y en la que los sindicatos británicos están tan ampliamente asociados, no es considerada como hostil a la monarquía; en cuanto a sus libros, tan escasos, no se venden. Y aunque criticó violentamente, en la prensa estadounidense, a Palmerston y la política de Londres, nunca hace la menor apelación a la violencia ni cuestiona las instituciones del país.

En su nueva residencia, mucho más acogedora, recibe más y mejor. Ni un solo republicano o socialista viene del continente o de Norteamérica sin pasar a verlo, ya sea para recibir sus instrucciones como para escuchar al oráculo. Habla con ellos indiferentemente en inglés, francés, alemán, español, y hasta ruso, que ahora aprende para distraerse, en particular cuando sufre por sus forúnculos. Con los franceses diserta sobre Balzac; con los rusos, sobre Turgueniev;

con los españoles, sobre Cervantes y Calderón. Un delegado español en una reunión de enero de 1865 de la Internacional, Anselmo Lorenzo, cuenta por ejemplo que la primera vez que fue a su casa, una noche, muy tarde, Karl le sirvió el té y le habló en español de los problemas logísticos de la Internacional en España, antes de continuar con un brillante paralelo entre Cervantes, Calderón, Lope de Vega y Tirso de Molina.<sup>47</sup>

A veces, Jenny y las tres hijas se mezclan en esas conversaciones; es así como algunos jóvenes se acercan a las tres hijas del doctor Marx.

Entre esos visitantes, en febrero de 1865, llega de París un joven que pronto representará un papel muy importante en la vida de la familia Marx: Paul Lafargue. Ya citamos varias veces el relato<sup>161</sup> que hará mucho más tarde de la vida de Marx, según lo que vio y oyó. Entonces tiene 24 años; es uno de los delegados de la sección francesa de la Internacional que acaba de ser creada en la calle Gravilliers 44, en casa de M. Fribourg. Nacido en Santiago de Cuba, descendiente de esclavos negros y colonos españoles a la vez, ciudadano español, que llegó de niño a vivir a Burdeos, donde reside su familia, comenzó a estudiar en la Facultad de Medicina de París, de la que fue excluido en virtud de su compromiso republicano y del papel que representó en un Congreso Internacional de los estudiantes reunido en Lieja; luego pudo retomar sus estudios en París. Vino a Londres a informar a Marx de los progresos de la asociación francesa, y a entregarle una carta de Henri-Louis Tolain, el secretario de la sección francesa de la Internacional. Muchos años más tarde, Lafargue contará este primer encuentro:

Nunca en toda mi vida voy a olvidar la impresión que me produjo ese primer encuentro. Marx estaba enfermo y trabajaba en el primer volumen de *El capital* [...]. Tenía miedo de no poder llevar a buen término su obra y siempre recibía a los jóvenes con simpatía porque, afirmaba, “es necesario que prepare a aquellos que, después de mí, continuarán la propaganda comunista”. Pero no fue el agitador socialista incansable, incomparable, sino el sabio, el que se me apareció primero en ese gabinete de trabajo de Maitland Park Road, donde los camaradas afluían de todos los rincones del mundo civilizado para interrogar al maestro del pensamiento socialista.<sup>161</sup>

Como Karl lo recibe en su casa, Lafargue conoce a Jenny y a sus hijas, y de inmediato cae bajo el encanto de la segunda, Laura. Observa:

La más joven, Eleanor, era una niña encantadora con un carácter vernal. Marx decía que su mujer se había equivocado de sexo al echar al mundo a una niña. Las otras dos formaban el contraste más encantador y armonioso que se pudiera admirar. La mayor, Jenny, como su padre, tenía la tez tostada que indica la salud, los ojos oscuros y el pelo de un negro de azabache. La que le seguía [Laura] era rubia y rosada, su opulenta cabellera rizada tenía el brillo del oro; hubiérase dicho que el sol poniente había encontrado allí su refugio: se parecía a su madre...

Está enamorado.

Desde que, dos años antes, Wilhelm Liebknecht partió para Alemania, Karl ya no tiene secretario. Por eso, convierte de entrada a ese joven inteligente y servicial, decidido a proseguir sus estudios de medicina en Inglaterra, en su compañero de trabajo y de paseo; y, a partir de esa fecha, es a través de Lafargue como aprendemos mucho, desde un punto de vista siempre favorable, sobre la manera de trabajar de Marx en el momento en que culmina la escritura de *El capital*:

Aunque se acostara a una hora muy avanzada de la noche, siempre estaba en pie entre las ocho y las nueve de la mañana; se bebía su café negro, recorría los diarios y pasaba a su gabinete de trabajo, donde trabajaba hasta las dos o tres de la mañana. Sólo se interrumpe para comer y, a la tarde, cuando el tiempo lo permitía, dar un paseo por el lado de Hampstead Heath; durante la jornada dormía una hora o dos sobre su diván. Fue en el curso de esas caminatas a través de las praderas cuando se ocupó de mi educación económica. Desarrollaba frente a mí, sin acaso reparar en ello, todo el contenido del primer volumen de *El capital* a medida que lo escribía. Cada vez, apenas volvía, anotaba lo mejor posible lo que acababa de oír. Al comienzo debía hacer un esfuerzo muy grande para seguir el razonamiento de Marx, tan complejo y profundo. [...] Su cerebro era como una nave de guerra todavía en el puerto, pero bajo presión, siempre lista para partir en cualquier dirección sobre el océano del pensamiento. [...] Para él, el trabajo se había convertido en una pa-

sión que lo absorbía al punto de hacerle olvidar la hora de las comidas. A menudo había que llamarlo en varias oportunidades antes de que bajara al comedor, y apenas había tragado el último bocado volvía a subir a su despacho.<sup>161</sup>

Karl cree que está tan cerca de terminar su manuscrito que hasta comienza a buscar a un nuevo editor. Ni hablar de Duncker, en Berlín, el de Lassalle, que tan mal había tratado su libro anterior. El 30 de enero de 1865, Wilhelm Strohn, ex miembro de la Liga de los Comunistas que vivía en el exilio en Manchester, le habla de un editor hamburgués, Meissner, conocido por publicar literatura de inspiración democrática. Acaba de editar a Arnold Ruge, compañero de Marx en París veinte años atrás, ahora vuelto a Prusia. Como cada vez que tiene que tomar una decisión práctica, Karl solicita la opinión de Friedrich, quien le responde el 5 de febrero desde Manchester enumerándole el detalle de las cláusulas que deben figurar en su contrato para preservar sus intereses, y que concluye: "Naturalmente, sería necesario que vayas a verlo tú mismo, provisto de tu manuscrito".<sup>162</sup> Marx sugiere entonces a Engels que pague el derecho de piso y utilice a ese editor para publicar el panfleto que escribió el año anterior y que desea que se difunda en Alemania, *La cuestión militar prusiana y el Partido Obrero alemán*.

Pero Karl, en realidad, no está listo. Y en Manchester, Engels, un poco celoso de ver que su amigo vuelve sin él a la acción, y escéptico con respecto a esa miniorganización que se titula presuntuosamente la Internacional, le reprocha consagrarse demasiado tiempo en vagas reuniones y no terminar con su libro. El 13 de marzo de 1865, Karl le responde que es algo muy importante y que él lo controla: "De hecho, estoy a la cabeza de este asunto".<sup>163</sup>

Engels también se inquieta por los gastos de Marx: por cierto, las herencias permitieron rembolsar las deudas acumuladas y acondicionar la casa (a un costo de 500 libras),<sup>164</sup> pero su nuevo tren de vida es muy superior a las 200 libras anuales que le concede Friedrich. El estado de sus finanzas es tan desastroso que, en el verano de 1865, Karl escribe que acaba de vivir dos meses gracias al empeño de lo esencial de sus bienes, en particular de la platería de Jenny.<sup>165</sup>

Ésta comparte la inquietud de Friedrich: la casa es "un verdadero palacio, demasiado grande y demasiado caro". Karl escribe entonces

a su amigo: "Es cierto que vivo en una morada que supera mis medios",<sup>46</sup> pero "es la mejor manera, no sólo de indemnizar a las niñas por todo lo que sufrieron, sino también de permitirles que establezcan relaciones y amistades que garanticen su porvenir".<sup>46</sup> El dinero que parece dilapidar, por lo tanto, nada tiene que ver con gustos sumptuosos. No gasta por pasión burguesa, sino por remordimientos, para compensar la miseria en la que dejó pudrirse a su familia y morir a tres de sus hijos.

En busca de recursos complementarios, Marx vuelve el 19 de marzo de 1865 a Zalt-Bommel, en Holanda, a casa de su tía y su tío Philips. De ahí trae un nuevo préstamo, y al mismo tiempo se asegura de que su prima Nanette "no lo ha olvidado del todo". El 1º de abril juega incluso con ella al juego llamado de la "confesión", cuestionario de moda en esa época; se adivina un juego amoroso por su manera de responder:

¿La cualidad preferida? La sencillez. ¿En el hombre? La fuerza. ¿En la mujer? La debilidad. ¿Su principal rasgo de carácter? La terquedad. ¿Su ocupación preferida? Mirar a Nanette. ¿El defecto que más detesta? La servidumbre. ¿El defecto que más disculpa? La credulidad. ¿Su idea de la felicidad? Combatir. ¿Su idea de la miseria? Someterse. ¿Sus poetas preferidos? Esquilo y Shakespeare. ¿Su escritor en prosa preferido? Diderot. ¿Su máxima? "Nada humano me es ajeno." ¿Su divisa? "Dudar de todo." ¿Su color preferido? El rojo. ¿Sus nombres favoritos? Jenny y Laura.<sup>47</sup>

En el mismo momento, a la definición de la felicidad, Karl responde: "Château Margaux 1848", y a la de la desgracia: "tener que ir al dentista".<sup>248</sup>

A su regreso a Londres, a fines de abril, Karl escribe a la joven una carta muy explícita que termina de este modo: "Y ahora, mi pequeña hechicera, adiós, y no olvides del todo a tu caballero andante".<sup>277</sup>

Ese mismo año, 1865, Lewis Carroll escribe *Alicia en el país de las maravillas*; Claude Bernard expone su *Introducción al estudio de la medicina experimental*; Jules Verne publica *De la Tierra a la Luna*. En Mulhouse, los industriales textiles Dollfuss y Koechlin construyen una ciudad de varios centenares de casas destinadas a sus obreros. En Biarritz, Napoleón III se encuentra con Bismarck y le confirma la

neutralidad de Francia en caso de conflicto –en adelante muy probable– entre Prusia y Austria. En Alemania del Sur se funda un Partido Popular de Alemania que pretende oponerse a la hegemonía de Prusia en Alemania mediante la instalación de una república federal descentralizada.

Liebknecht se establece ese año en Leipzig y se une con reticencias a la Asociación General de los Trabajadores Alemanes dirigida por los sucesores de Lassalle; allí se encuentra con August Bebel, joven obrero con quien se asociará en lo sucesivo y que pronto va a fundar su propio partido, más cercano a las ideas de Marx. De hecho, ese año, Marx explica en una carta a tres obreros berlineses que reprocha a Lassalle haber “injertado el cesarismo en los principios democráticos”.<sup>4</sup>

La influencia de la Internacional se extiende ahora a España, al imperio de Austria y a los Países Bajos; en Francia, Varlin, el dirigente de las huelgas del año anterior, obtiene de la Internacional que, en ciertos casos, intervenga para impedir la importación de mano de obra extranjera en empresas paralizadas por los paros y para hacer oír la voz del pacifismo mediante manifestaciones enormes en favor de la independencia italiana o irlandesa. La Internacional crea también varios diarios en los diferentes países donde está implantada. De reunión en reunión, Marx dibuja los contornos de la nueva organización de la que acaba de tomar el control, y él mismo se ocupa de la educación económica y política de sus miembros. Así, cuando, en la primavera, la guerra de Secesión termina con la capitulación de Robert E. Lee, Karl redacta en nombre del Consejo General un llamamiento a Abraham Lincoln recordando que un siglo antes la idea de una “gran república democrática”<sup>47</sup> había surgido por primera vez en Norteamérica, impulsando la Revolución europea.

Los días 2 y 8 de mayo, Marx pronuncia dos discursos ante el Consejo General de la Internacional (publicados tras su muerte con el título *Precios, salarios y ganancias*), donde explica por primera vez su concepción de los lazos entre el trabajo, la explotación y la ganancia: “Por naturaleza, el trabajo está en situación de debilidad ante el capital. El trabajo es de naturaleza más perecedera que las otras mercancías. No puede ser acumulado”.<sup>34</sup> Para él, la explotación se caracteriza por el uso del tiempo: a diferencia del capitalista, que puede permitirse almacenar los productos de sus fábricas, el obrero que no

vendió su fuerza de trabajo de una jornada pierde definitivamente el valor. De esto Marx deduce, contra las tesis de los sindicalistas ingleses, que la acción política prevalece sobre la sindical: "Si la clase obrera desertara en su conflicto cotidiano con el capital (vale decir, si renunciara a la acción sindical), ciertamente se privaría de la posibilidad de emprender tal o cual movimiento de mayor envergadura";<sup>34</sup> pero "los obreros no deben exagerar el resultado final de esa lucha cotidiana que pelea contra los efectos y no contra las causas. En consecuencia, deben inscribir en su bandera la consigna revolucionaria: '¡Abolición del asalariado!', que es su objetivo final".<sup>34</sup> En otras palabras, el sindicalismo no basta, la acción política es necesaria para cambiar radicalmente la sociedad y salir del orden mercantil. Los sindicatos ingleses, que sin embargo están en el origen de la Internacional, ya no se reconocen en la organización que Karl y sus amigos literalmente birlaron. Pronto van a abandonarla.

Marx se convierte en su amo absoluto, como cada vez que posee la menor onza de poder. Se impone a todos por su ascendiente, como lo hizo en esa noche en que tomó el control de la Internacional. Fija el orden del día de las reuniones, redacta los textos, define la línea sin tolerar ninguna contradicción ni resistir jamás el placer de fusilar a su contradictor con una frase. Como desea "tener un conocimiento exacto y positivo de las condiciones en las que trabaja y se mueve la clase obrera", lanza varias encuestas sobre la condición obrera mundial, convirtiendo así a la Internacional en un instrumento de documentación al servicio de su trabajo teórico.

Frente a su poder invasor, los complots se multiplican en el seno de esa organización todavía muy modesta. A partir del verano de 1865, con el apoyo de sus compatriotas que ocupan un lugar en el Consejo General, el italiano Mazzini intenta reunir una mayoría de delegados para el primer congreso anual de la Internacional, que, según los estatutos, debe desarrollarse en septiembre. Sintiendo el peligro, Karl —en violación de los mismos estatutos que él redactó— logra que el primer congreso sea reemplazado por una "conferencia preparatoria" reunida en Londres, en la que no se admiten sino a los elegidos del Consejo General, donde Karl es mayoritario.

Un poco más tarde ese mismo año, a Bakunin, el aparecido de los presidios rusos, le tocará el turno de ser su rival más feroz y de manifestarse en su contra. De hecho, todo los opone. Marx es comunista:

desea la toma de control del Estado por partidos comunistas a través de las urnas, allí donde sea posible y gracias a la solidaridad internacional de los trabajadores. Bakunin es anarquista: él aspira a abolir el Estado y todos los poderes; hasta rechaza la existencia de la Internacional; por añadidura, quiere imponer el ateísmo a los socialistas, lo que excluiría de la Internacional a la mayoría de sus adherentes británicos, muchos de los cuales apoyan a Karl. Por último, Karl es judío –ateo, pero judío–; Bakunin es antisemita.

También ese año, enorme sorpresa: ¡un telegrama anuncia a Jenny el regreso a Europa de su hermano, a quien no ve desde hace diecisésis años! Edgar von Westphalen vuelve de los Estados Unidos “tan cambiado, tan enfermo, tan miserable que casi no lo reconocí”, escribe a su amiga Ernestine, la mujer de Wilhelm Liebknecht, que ahora vive en Dresde.<sup>248</sup> Edgar explica a su hermana que hizo la guerra tres años en Texas, donde sufrió mucho; que luego vivió haciendo pequeños trabajos al servicio de grandes terratenientes; que al final perdió todo en la guerra de Secesión. Sobre todo perdió sus sueños. Lo único que quiere es volver a Prusia y obtener, a través de su hermanastro Ferdinand, un empleo de funcionario. Vive seis meses con los Marx, como un “huésped dispendioso”,<sup>46</sup> confía Karl a Friedrich: “¡Qué extraña ironía del destino que ese Edgar (que nunca explotó a nadie más que a sí mismo y que siempre ‘trabajó’ en el sentido más estrecho del término) haya padecido los horrores de la guerra trabajando a cuenta de explotadores esclavistas! ¡Y qué ironía que los dos cuñados se hayan visto momentáneamente arruinados por la guerra norteamericana!”.<sup>46</sup> En efecto, así como Edgar quedó arruinado por los combates en los Estados del Sur, Karl lo estuvo por la interrupción de su colaboración en el *New York Daily Tribune*. Edgar, agrega Karl, “vegeta. Ni siquiera se interesa ya en las mujeres. Su instinto sexual se transfirió al estómago”.<sup>46</sup> Para Jenny, tras la felicidad del encuentro, es un gran alivio verlo partir en noviembre para Berlín, donde Ferdinand le ha encontrado un modesto empleo de cagatintas.<sup>221</sup>

En 1866, a instancias de Friedrich, Karl acepta consagrarse menos tiempo a la dirección cotidiana de la Internacional para terminar su “gran libro”. Pero, como cada vez que decide dedicarse seriamente a él, una crisis de hígado o una gripe vienen a bloquearlo. De hecho, cada vez es más enfermizamente perfeccionista. Lafargue, que de ahora en más lo ve todos los días, observa:

Jamás se habría apoyado en un hecho del que no estuviera totalmente seguro. Jamás tampoco se habría permitido tratar un tema sin haberlo estudiado a fondo. No publicaba nada que no hubiera dado vuelta del derecho y del revés, hasta encontrarle la forma que más le convenía. La idea de dar al público un estudio insuficientemente trabajado le resultaba insoportable. Mostrar sus manuscritos antes de haberle dado la última mano habría sido para él una tortura. Este sentimiento era tan fuerte que habría preferido —me lo dijo un día— quemar sus manuscritos antes que dejarlos inconclusos.<sup>161</sup>

Con los otros pensadores, Marx sigue teniendo los colmillos igual de afilados. En particular, cuando lee ese año el *Curso de filosofía positiva* de Auguste Comte, treinta años después de su publicación, decreta que la obra es mala, que la lee solamente "porque los ingleses y los franceses arman tanto bochinche a propósito de ese personaje", pero que no sacó nada de esa lectura. En cambio, cuando aprecia a un autor, lo cita y tiene una atención maníaca por la exactitud de sus citas. Lafargue agrega: "Creía que debía nombrar al escritor que había sido el primero en expresar una idea o que había encontrado su expresión más exacta, aunque fuera un escritor de poca importancia y apenas conocido. Su conciencia literaria era tan severa como su conciencia científica".<sup>161</sup>

De hecho, todo eso le sirve de pretexto para releer, verificar, corregir, hacer notas al pie de página, volver a releer.

Y luego llega un momento en que es imposible hacer nada más. Imposible no comprobar que el libro está terminado. No hay más pretextos para soltar el manuscrito de *El capital*. Entonces Karl vuelve a leerlo una última vez.

El libro comienza con un análisis del concepto de "mercancía", retomado del final de su obra precedente. Para Marx, la economía no se explica por el intercambio sino por la producción; no por lo visible sino por lo invisible. Es preciso, escribe, abandonar "la plaza ruidosa del mercado, verdadero Edén donde se realizan la compra y la venta",<sup>12</sup> para bajar a los talleres donde se fabrican las mercancías.

Más precisamente, para que haya *mercancía*, es necesario que haya a la vez mercado y división del trabajo. En otras palabras, los productos del trabajo sólo se convierten en "mercancías" cuando son reconocidos como tales a través del intercambio. Es la *ley del valor*, o *ley general de las equivalencias*.

Toda mercancía tiene a la vez un *valor de uso*, un *valor de cambio* y un *precio*.

El *valor de uso* de un objeto radica en su utilidad para su poseedor; no es reductible a su escasez o a los materiales que lo componen.

Su *valor de cambio* garantiza la equivalencia de las mercancías entre sí; se mide en la producción en tiempo de trabajo.

La realidad se explica no por los precios sino por las relaciones entre valores de cambio. El *precio*, por su parte, es fijado por el mercado; varía alrededor del *valor de cambio* e incita a las empresas a fabricar más o menos según la demanda de *valor de uso*.

Karl Marx toma en préstamo entonces de Adam Smith y de David Ricardo la idea de que el valor de cambio de una mercancía se mide por el *tiempo de trabajo* necesario para producirla (vale decir, a la vez el "trabajo pasado", el que hizo falta para fabricar las máquinas que utilizan los obreros, y el "trabajo presente", el de los obreros que fabrican directamente el objeto). Es el *valor trabajo*.

Éste incluso termina por ser considerado como el valor intrínseco de los objetos y por reemplazar su valor de uso, cuando los hombres olvidan que los objetos fueron fabricados por otros hombres y que tienen una utilidad propia. Es lo que Marx llama ahora el "fetichismo de la mercancía",<sup>12</sup> concepto cercano a una de las dimensiones de lo que veinte años antes llamaba la "alienación".<sup>14</sup> Así, su pensamiento forma un todo en perpetua evolución, sin solución de continuidad.

Entonces anuncia su descubrimiento mayor, hecho doce años antes, que todavía no ha publicado: el obrero no vende el producto de su trabajo (los objetos que fabrica), sino la facultad que tiene un patrón de disponer de su fuerza del trabajo durante cierto tiempo (cierta duración de trabajo). Por tanto, el trabajador es el socio de un contrato leonino, suerte de ficción jurídica, con el capitalista: fuerza de trabajo contra salario. Marx lo escribe de una manera muy impactante: "Con sus escudos, el hombre pagó el valor diario de la fuerza de trabajo; por lo tanto, su uso durante el día, el trabajo de una jornada entera, le pertenece". El tiempo, entonces, es el verdadero patrón del intercambio.

Marx enuncia aquí lo que para él es la clave del capitalismo, la manera como se crea la riqueza, y lo que conecta a la economía y la política: el trabajador es una mercancía como cualquier otra, pero que presenta esa particularidad de que sus valores de cambio y de uso se miden en cantidad de trabajo. El *valor de uso* del trabajador es igual a

lo que es capaz de producir por su trabajo; su *valor de cambio* es igual a lo que cuesta para reproducirse, o sea, la cantidad de horas de trabajo necesarias para fabricar aquello que necesita para vivir. Su valor de uso es su fuerza de trabajo. Su valor de cambio es lo que recibe para reconstituirla. Por cierto, "el trabajador hace su consumo individual para su propia satisfacción y no para la del capitalista",<sup>12</sup> pero no por placer: ante todo, el trabajador se alimenta para vivir. O si no, saca de esto un placer elemental: por lo demás, "a los animales de carga también les gusta comer".<sup>12</sup>

Aquí viene lo esencial que nadie había expresado de este modo antes de Marx: un trabajador puede producir más de lo que cuesta para producir. Su valor de uso es entonces superior a su valor de cambio. La diferencia –medida en horas de trabajo– entre lo que cuesta al capitalista el trabajo del obrero y lo que le produce es la *plusvalía*, de la que se apropiá el capitalista. Ella mide la amplitud de la explotación. Marx también la llama "sobrtrabajo" o incluso "sobrevalor", traducción literal del alemán *Mehrwert*. También, según una metáfora matemática insistente, la describe como el "diferencial de incremento del capital-dinero".<sup>12</sup> El capitalista se apropiá de esta plusvalía en forma de ganancia industrial, de margen comercial, de interés o de renta inmobiliaria. La distribución de estas diversas formas depende de las relaciones de fuerza entre los sectores industrial, comercial, agrícola y financiero. Pero la plusvalía nace de la producción de riqueza por parte de los asalariados y de ninguna otra parte.

Marx lo resume en una fórmula impactante: el capitalista "compra mercancías en su justo valor, luego las vende en lo que valen, y sin embargo, al final, retira más valor del que había adelantado".<sup>12</sup> Todo esto tiene algo de novela –hasta de novela policial-.<sup>71</sup> Así, el hombre es una máquina, la única cuya tasa de rendimiento es superior a la unidad. Si nadie lo percibió antes de Marx es porque "todas las partes del capital sin distinción aparecen [equivocadamente] como la fuente del excedente de valor (ganancia)".<sup>12</sup>

Marx sabe que ningún teórico antes que él pudo explicar cómo el capitalismo en su conjunto produce ganancia; por lo tanto, su teoría en sí misma es una "crítica de la economía política": ése será el subtítulo de *El capital*.

Distingue entonces dos maneras de aumentar la plusvalía. Una es alargar la duración del trabajo; pero su límite es el agotamiento de la

clase obrera. El otro es reducir la cantidad de trabajo necesaria para la reproducción de los asalariados, o sea, aumentar la "productividad del trabajo de fabricación de esos bienes"; ésta es casi ilimitada, y pasa por el reemplazo de los trabajadores por máquinas. La primera está limitada por la fatiga del trabajador; la segunda, por el progreso técnico. La primera exige más trabajo; la segunda, más capital.

Esta última, que, al sustituir al hombre por la máquina, permite aumentar la plusvalía sin otro límite que el de la inteligencia humana, es evidentemente la más importante:

Al hacer superflua la fuerza muscular, la máquina permite emplear a obreros sin gran fuerza muscular, pero cuyos miembros son tanto más flexibles cuanto menos desarrollados son [...]. Así es como la máquina, al aumentar la materia humana explotable, al mismo tiempo eleva el grado de explotación.<sup>12</sup>

Esta forma de plusvalía es también, para Marx, una fuente de problemas teóricos, porque el trabajo de quien concibe las máquinas no es ya medible solamente por su duración: una hora de trabajo de un ingeniero, sin discusión, produce más valor que la de un obrero, pero ¿cómo medir en horas de trabajo el valor de uso del que concibe una máquina? Marx plantea el problema sin extenderse en detalles.

A la apropiación económica de la plusvalía la llama "*explotación*" del trabajador, y tiene el cuidado de distinguirla bien de la *alienación*, que es un concepto filosófico. La explotación es la consecuencia económica de la alienación. No es natural ni definitiva sino política, y se explica históricamente: si hay "trabajadores que sólo poseen su fuerza de trabajo es porque fueron despojados de todos sus medios de producción [...]. La historia de su expropiación no es materia de conjeturas, está escrita en los anales de la humanidad con letras indelebles de sangre y fuego".<sup>12</sup>

El Estado monárquico, explica Marx, representó un papel mayúsculo en esta expropiación; es cómplice, hasta responsable del nacimiento del capitalismo: "Durante la génesis histórica de la producción capitalista [...], la burguesía naciente no puede abstenerse de la intervención constante del Estado; lo utiliza para regular el salario [...], para prolongar la jornada de trabajo".<sup>12</sup> Marx describe entonces ampliamente, en términos de una gran violencia, cómo los reyes de

Inglaterra obligaron a los campesinos a abandonar sus tierras y a trabajar como asalariados:<sup>12</sup>

La expoliación de los bienes de la Iglesia, la alienación fraudulenta de los dominios del Estado, el saqueo de los terrenos comunales, la transformación usurpadora y terrenal de la propiedad feudal o incluso patriarcal en propiedad moderna privada, la guerra a las chozas, esos son los procedimientos idílicos de la acumulación primitiva [...], eso es lo que costó [...] para consumar el divorcio del trabajador con las condiciones de trabajo, para transformar a éstas en capital y a la masa del pueblo en asalariados [...]. [Esta] expropiación de los productores inmediatos se ejecuta con el vandalismo más despiadado y bajo el impulso de las pasiones más infames, las más sordidas, las más mezquinas y las más odiosas. La propiedad privada, adquirida por el trabajo personal (del campesino y del artesano), y fundada, por así decirlo, en la fusión del trabajador aislado y autónomo con sus condiciones de trabajo, es suplantada por la propiedad privada capitalista, que descansa en la explotación del trabajo del otro, que sólo formalmente es libre.<sup>12</sup>

Sigue entonces una espléndida descripción de la universalización del capitalismo:

Correlativamente a esta centralización o a esta expropiación de la mayoría de los capitalistas por un puñado de ellos, se desarrollan la forma industrial, en una escala cada vez mayor, del proceso de trabajo, la aplicación consciente de la ciencia a la técnica, la explotación metódica de la tierra, la transformación de los instrumentos particulares de trabajo en instrumentos de trabajo utilizables solamente en común [...], la entrada de todos los pueblos en la red del mercado mundial.<sup>12</sup>

Porque, a la manera de ver de Marx, el capitalismo constituye hasta hoy el mejor de los sistemas y representa un formidable progreso respecto de las formas anteriores de explotación. Por lo tanto, tiene un "derecho histórico a la vida"; hasta es "respetable"<sup>12</sup> por el hecho de que desarrolla la producción, crea un mercado mundial, estimula el ardor por el trabajo y saca a los individuos de la mediocridad. Marx

retoma aquí todo lo que ya dijo, en otros términos, en el *Manifiesto comunista* de 1848. Pero, como también lo anunció en el *Manifiesto*, el capitalismo no es otra cosa que un sistema transitorio. Con él desaparecerán un día el conjunto de las categorías económicas mercantiles. Porque capitalismo y mercado son una sola y misma cosa.

Estos desarrollos están redactados en un estilo infinitamente menos elegante que el de los artículos de prensa o de los llamamientos políticos de Marx. Como si sus textos empeoraran con el tiempo que se pasa trabajándolos. Como si en sí mismos contradijeran su propia teoría, según la cual una obra sólo vale por el tiempo que se consagra en producirla...

Ejemplo de esta forma a veces abstrusa: "El proceso de producción capitalista, considerado en su continuidad, o como reproducción, por tanto, no produce solamente mercancías ni solamente sobrevalor; produce y eterniza la relación social entre capitalista y asalariado".<sup>12</sup> O, peor todavía:

En la cooperación simple, e incluso en la cooperación caracterizada por la división del trabajo, la sustitución del obrero individual por el obrero colectivo siempre es más o menos accidental. El maquinismo, fuera de algunas excepciones de las que hablaremos más tarde, sólo funciona en manos de un trabajo directamente socializado o común. El carácter cooperativo del proceso de trabajo, pues, ahora se convierte en una necesidad técnica impuesta por la misma naturaleza del medio de trabajo.<sup>12</sup>

El libro es de tan difícil acceso que, cincuenta años más tarde, cuando un diputado socialista prusiano, Julian Borchardt, dé una versión abreviada y vulgarizada muy ampliamente traducida, escribirá en el prefacio: "No era posible mantener una cantidad bastante considerable de pasajes tal y como fueron redactados por Marx. De otro modo habrían sido incomprensibles, y por así decirlo fue necesario 'traducirlos' al alemán".<sup>9</sup> De hecho, Borchardt traducirá el pasaje citado más arriba de la siguiente manera:

En la cooperación simple, e incluso en la cooperación caracterizada por la división del trabajo, la sustitución del obrero individual por el colectivo siempre es más o menos accidental. El maquinismo (fuerza de algu-

nas excepciones de las que hablaremos más tarde) exige por fuerza un trabajo socializado (vale decir, el trabajo en común, metódicamente organizado, de varios). La misma naturaleza del medio de trabajo transforma desde entonces la cooperación metódica en necesidad técnica.<sup>9</sup>

Lo que a mi manera de ver no es mucho más inteligible y se puede resumir mucho más simplemente, sin perder nada del sentido, por: "La innovación tecnológica, a menudo fruto del azar, lleva a la concentración del capital". Idea profunda que relaciona azar y necesidad, el papel de los hombres y el de las estructuras en la Historia, como Marx ya lo había hecho en su tesis sobre Heráclito y Demócrito; pero idea ahogada en una inútil complejidad del vocabulario, aunque, una vez más, a despecho de esa oscuridad, su obra muestra su unidad, desde su tesis berlinesa, veinticinco años antes.

Relee una y otra vez, no se atreve a terminar, piensa añadir un prefacio. Vuelve a copiar, matiza, completa. El 15 de enero de 1866 envía dos cartas a Alemania: una a Kugelmann, la otra a Liebknecht, para contarles que trabaja doce horas por día pasando en limpio su manuscrito y que tiene la intención de llevarlo en propias manos a Otto Meissner, el editor de Hamburgo con quien está relacionado.

Mientras relee ese manuscrito donde se acumulan más de veinte años de trabajo, no frecuenta tanto la sede de la Internacional en Bouvier Street 18. Entonces, los reformistas y los prouthonianos intentan una vez más arrancarle el control de la organización. El 6 de marzo de 1866, aprovechando su ausencia en una reunión del Consejo General, hacen votar, como el año anterior, una resolución que les garantiza el control de la preparación del II Congreso de la Internacional, que debe desarrollarse en Ginebra, siempre en el mes de septiembre. El 14 de marzo, Marx retrasa un viaje a Margate para asistir a la reunión del Consejo General, reunir a todos sus allegados y hacer anular la decisión tomada una semana antes. A diferencia del año pasado, el congreso no es anulado: ¡se realizará y habrá pelea!

Sus amigos, entre ellos Eccarius, le sugieren entonces crear para él mismo una "presidencia del Consejo General" destinada a reforzar el control que ejerce sobre la organización, lo que rechaza por el motivo de que es "un trabajador intelectual y no un trabajador manual", y que impuso en los estatutos que cada sección nacional de la Internacional cuenta por lo menos con dos tercios de obreros.

Mientras tanto, Bismarck comprende que la neutralidad de Napoleón III finalmente le deja las manos libres para realizar la unidad alemana. Se prepara entonces para la guerra contra Austria, debilitada a partir de su derrota italiana. Las fábricas prusianas de armamento funcionan a todo vapor. Marx todavía espera una victoria de Austria, que suscitaría una revolución en Alemania, aunque reforzaría a Napoleón III. El 2 de abril de 1866 escribe a Engels:

¿Qué me dices de Bismarck? Casi se diría ahora que va camino de la guerra y que de tal modo va a ofrecer a nuestro Luis Bonaparte la mejor ocasión de adquirir sin esfuerzos un trozo de la orilla izquierda del Rin, y, al hacerlo, de establecerse para siempre en el trono. [...] El primer deseo que tengo es que los prusianos reciban una terrible paliza.<sup>46</sup>

Dos días más tarde, el 4 de abril, un estudiante, Dimitri Karakosov, dispara sobre el zar Alejandro II, errándole por poco. Se acabaron las reformas liberales: Rusia vuelve al régimen más feudal y a la neutralidad en los conflictos de Europa Central.

Más allá del Atlántico, la guerra de Secesión sigue haciendo subir el precio del algodón y, de contragolpe, disminuyendo la producción textil en el Viejo Continente y acarreando bancarrotas como en Manchester y Londres. Una de las más importantes casas de agentes de cambio, Overend Gurney, de la que Marx hablará largamente más tarde, quiebra el 11 de mayo de 1866, día de pánico mayor en la City, que quedará en los anales como el primer *Black Friday*.

Esto refuerza la convicción de Karl de que el capitalismo, por el juego de la competencia y la acumulación de plusvalía, se deshace, se transforma y se concentra hasta autodestruirse. Lo cual lo lleva a reescribir algunos pasajes que creía terminados, para analizar mejor esta crisis, y todas las crisis. Comprende que el capitalismo sólo puede sobrevivir, debido a la competencia entre los capitalistas, por el incremento y el aumento de la productividad, por la continua sustitución del hombre por la máquina; la historia del capitalismo, en suma, se reduce a la de la acumulación del capital,

motor y finalidad de la producción [...]. El monopolio del capital se convierte en una traba para el modo de producción, que creció y

prosperó con él y bajo sus auspicios. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que ya no pueden caber en su envoltorio capitalista. Ese envoltorio se rompe en pedacitos. La hora de la propiedad privada capitalista ha sonado. Los expropiadores, a su vez, serán expropiados.<sup>12</sup>

Así, cuando todo el mundo, o casi, se haya convertido en "proletario", será tanto más fácil para los proletarios destruir el orden capitalista, apoderarse de la propiedad de los medios de producción y confiar el poder a cuadros asalariados, no propietarios: "el modo de producción capitalista llegó a ese punto en que el trabajo de dirección, completamente separado de la propiedad del capital, es por todos conocido [...]. Los capitalistas se volverán tan superfluos, en el nivel de la producción, como los prestamistas y los terratenientes". Después viene esa frase, tan luminosa: "Un director de orquesta en modo alguno debe ser el propietario de los instrumentos de música, y no le corresponde ocuparse del salario de sus músicos".<sup>13</sup>

El 3 de julio de 1866 estalla la esperada guerra entre Prusia y Austria. Karl sigue teniendo esperanzas en una victoria austriaca que debilita la dictadura prusiana, pero no cree mucho en esa posibilidad: las fuerzas son demasiado desiguales. De hecho, los prusianos aplastan a los austriacos en Sadowa, cerca del Elba. El nuevo Landtag, elegido el mismo día, aclama a Bismarck. El 7 de julio, en nombre de la Internacional, Karl toma posición en esta guerra y llama a la neutralidad de los obreros:

El Consejo Central de la Asociación General de los Trabajadores considera la actual guerra en el continente como una guerra entre gobiernos. Aconseja a los obreros que permanezcan en la neutralidad y se unan entre sí con el objeto de utilizar la fuerza nacida de esta unión para conquistar su emancipación política y social.<sup>14</sup>

La guerra termina entonces por una derrota austriaca. La paz que prefigura –en la que Napoleón III intenta inmiscuirse– privará a Austria de todo papel en la unificación de Alemania.

Mientras tanto, instalado en Londres para terminar sus estudios de medicina, Paul Lafargue corteja a Laura con un apremio que disgusta al padre, aunque, cediendo a las instancias de su hija, se resigna

a su noviazgo. Escribe al joven: "Si usted acusa a su temperamento criollo, mi deber es interponer mi razón entre su temperamento y mi hija. Si, a su lado, no sabe amar de una manera que cuadre con el meridiano de Londres, tendrá que resignarse a amarla a la distancia". Y añade:

Antes de aceptar definitivamente sus relaciones con Laura, necesito serios esclarecimientos sobre su posición económica [...]. La observación me ha convencido de que no es trabajador por naturaleza. En tales circunstancias, necesitará soportes exteriores para embarcarse con mi hija. En cuanto a su familia, no sé nada de ella. Suponiendo que posea cierta holgura, eso no prueba su disposición para hacer sacrificios por usted.

De hecho, las cuestiones monetarias están en el corazón de las reservas y los reproches que Marx le formula a Lafargue. El 7 de agosto de 1866 escribe a Engels:

Desde ayer, Laura está comprometida a medias con el señor Lafargue, mi médico criollo [...]. Es buen mozo, inteligente, enérgico, con cuerpo de atleta. Su situación económica es vacilante, es el hijo único de una familia de propietarios de una plantación [...]. Tendrá una buena pasantía en los hospitales de Londres, me las arreglé para que un amigo le facilitara su admisión.<sup>46</sup>

Después agrega: "Constantemente me interrumpen las preocupaciones domésticas y pierdo mucho tiempo. Así, el carnicero hoy dejó de proveernos carne; y el sábado habré agotado mi provisión de papel".<sup>46</sup>

Cuando, de Burdeos, los padres de Paul prometen 4.000 libras de dote –¡suma enorme!–, Karl se tranquiliza y Jenny se entusiasma:<sup>188</sup> "Es raro encontrar a un hombre que comparta tus maneras de pensar y que al mismo tiempo tenga una posición social y cultura".

A comienzos de agosto, Napoleón III reclama a Bismarck que le dé Bélgica a manera de agradecimiento por sus buenos oficios frente a Austria. El canciller se rehusa: no tenía ninguna necesidad de París para imponer su paz a Viena. El 10 de agosto, como lo hace con tanta frecuencia, Friedrich interroga a Karl:

Esa nota de Bonaparte parece probar que entre él y Bismarck se produjo un obstáculo. De no ser así, esa reivindicación por cierto no habría sido presentada de manera tan brutal y repentina, y justamente en el momento más inoportuno para Bismarck. A Bismarck le sería indiferente satisfacerla, eso es seguro, pero ¿cómo puede hacerlo ahora? ¿Qué va a decir el ejército victorioso todavía en pie de guerra? ¿Y el Parlamento alemán, y las Cámaras, y los alemanes del Sur? ¿Y el viejo asno [Guillermo II] que justamente, a estas alturas, debe tener un aspecto tan estúpidamente feliz como mi perro blanco y negro, Dido, cuando está repleto, y que dijo: ¡Ni una pulgada de tierra alemana!<sup>46</sup>

Marx le responde que una guerra entre Francia y Prusia es ahora inevitable porque esos dos países son ahora los únicos rivales en el continente. Y, de hecho, mientras que Inglaterra se enriquece, sus dos competidores continentales se agotan aumentando sus armamentos.

El 13 de agosto de 1866, en uno de los muy escasos momentos en que abre su corazón, Marx escribe a Lafargue para confesarle que, si pudiera volver a empezar su vida, no se casaría y dedicaría todo su tiempo a la lucha revolucionaria;<sup>248</sup> lo que sin duda es también, en él, una manera de tratar todavía de alejar de su hija al joven demasiado apremiante.

Máxime cuando Lafargue indirectamente va a quitarle a otra de sus hijas: uno de sus amigos franceses, Charles Longuet, periodista entonces fugado a Bélgica, de visita en Londres, un día lo acompaña a casa de los Marx y se enamora... ¡de Jennychen!

El 23 de agosto de 1866, la paz de Praga finalmente consagra la derrota austriaca y aporta a Prusia el Hesse-Cassel, Nassau, Fráncfort, el Schleswig-Holstein y Hannover. El doctor Kugelmann, corresponsal de Marx en Hannover, es ahora prusiano. Karl sigue pensando que, después de Austria, Prusia va a atacar a Francia. Una vez más, preferiría una derrota prusiana, porque una victoria de Bismarck sofocaría en Alemania la idea revolucionaria. De hecho, el Partido Popular de Sajonia, que Liebknecht y Bebel acaban de fundar sobre una base obrera, se fusiona entonces con el Partido Popular de Alemania, constituido por empleados, se convierte en su ala izquierda y predica la unificación alemana sobre fundamentos democráticos y federales.

Se acerca septiembre y, con él, la fecha del II Congreso de la Internacional. Karl se pasa mucho tiempo ultimando los detalles, una vez más sin estar dispuesto a concurrir. El 23 de agosto escribe al doctor Kugelmann, a quien hizo nombrar como uno de los delegados alemanes en el próximo congreso:

Aunque consagro mucho tiempo a los trabajos preparatorios para el congreso de Ginebra [de la Internacional], no puedo ni quiero concurrir, porque me resulta imposible interrumpir mi trabajo durante un tiempo tan largo. Con este trabajo considero que estoy haciendo algo mucho más importante para la clase obrera que todo cuanto podría hacer personalmente en un congreso cualquiera.<sup>27</sup>

De hecho, está dando la última mano al prefacio de *El capital*:

La obra cuyo primer volumen entregó al público forma la continuación de un escrito publicado en 1859 con el título de *Crítica de la economía política*. Este largo intervalo entre ambas publicaciones me fue impuesto por una enfermedad de varios años. Para dar a este libro un complemento necesario, le adjunté, resumiéndolo en el primer capítulo, el escrito que lo había precedido".<sup>12</sup>

*El capital*, libro primero, está entonces terminado. Marx va a publicarlo. Es un gran momento. Karl cree ser el primero en presentar el socialismo de manera científica, el primero en exponer la historia de las formas sucesivas del valor, el primero en develar la verdadera fuente de la riqueza y el poder. Sin duda, no percibe que *El capital* también es una obra literaria, una suerte de novela victoriana,<sup>277</sup> de novela policial,<sup>71</sup> de manual de iniciación a la magia de las cosas, que da vida a los objetos, dejándolos vivir –como en las sociedades más antiguas– de la sustancia vital de quienes los fabricaron.

Del 3 al 8 de septiembre se reúnen en Ginebra 60 delegados, 45 de los cuales representan veinticinco secciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores y 14 representan otras once sociedades adherentes. Una resolución, redactada por Marx una semana antes en Londres, define el papel de los sindicatos como diferente al de los partidos, concentrado en la lucha contra la competencia entre asalariados. Los prudhonianos siguen predicando la instalación de un

sistema de crédito mutuo con tasa de interés nula –clave, para ellos, de la emancipación obrera–; Karl hace que se vote en contra. Otra resolución del Congreso especifica que el trabajo de los niños, entonces violentamente combatido por los sindicatos, podría ser admitido, pero con ciertas condiciones protectoras:

La industria moderna requiere el trabajo productivo de los niños, limitado a dos horas por día a partir de los 9 años, cuatro a partir de los 13 años, y seis a partir de los 16 años [...]. Nosotros consideramos esta tendencia de la industria moderna de hacer cooperar a los niños y adolescentes de ambos sexos en el gran movimiento de la producción social como un progreso y una tendencia legítima y razonable, aunque el reino del capital lo haya convertido en una abominación.

Por último, Karl logra hacer entrar a varios de sus fieles, entre ellos Paul Lafargue, el novio de Laura, y Charles Longuet, que corteja a Jennychen, en el Consejo General, vale decir, en el gobierno de la Internacional.

Dos meses después, en una carta del 9 de noviembre de 1866 dirigida al doctor Kugelmann, decididamente convertido en su confidente casi tanto como Engels, Marx aclara el papel que desempeñó entre bambalinas en ese congreso: "Redacté el programa de los delegados de Londres, lo limité a propósito a los puntos que permitían un acuerdo inmediato y una acción concertada inmediata de los trabajadores, que respondían de manera directa a las necesidades de la lucha de clases".<sup>27</sup>

Siempre en noviembre, todavía redacta febrilmente, para publicarla más tarde, una magnífica descripción de la crisis financiera del mes de mayo anterior tal como fue informada por la prensa inglesa:

El comienzo fue señalado en Londres, en mayo de 1866, por la quiebra de un banco gigantesco, seguido por el derrumbe general de una multitud innumerable de sociedades financieras turbias. Una de las ramas de la gran industria, particularmente aquejada en Londres por la catástrofe, fue la de los constructores de barcos acorazados. Los peces gordos de la partida no sólo habían llevado la producción a ultranza durante el período de alta prosperidad, sino que también se habían comprometido a realizar entregas enormes con la esperanza de que la fuente del crédito no se agotaría tan rápido.<sup>1</sup>

Como siempre, el estilo de Marx, tan oscuro cuando habla de economía y tan límpido cuando habla de política o de hechos de actualidad, se vuelve resplandeciente cuando vuelve a la filosofía. Así, retoma e integra a su manuscrito viejas notas sobre Hegel:

Para Hegel, el movimiento del pensamiento [...] es el demiurgo de la realidad [...]. Para mí, por el contrario, el movimiento del pensamiento no es más que el reflejo del movimiento real [...]. En Hegel, la dialéctica camina sobre la cabeza; basta con volver a ponerla sobre los pies para que recupere su fisonomía totalmente razonable.<sup>1</sup>

En el mismo momento, el 15 de diciembre de 1866, Bismarck ve realizarse el primero de sus sueños con el nacimiento de la Confederación de Alemania del Norte, cuyo territorio, de ahora en más de una sola pieza, se extiende del Sarre al Niemen.

Napoleón III, que combatió a Austria aliándose con Prusia, comprende su error; el verdadero peligro está en Berlín, no en Viena. Prusia, adulada en París durante cerca de dos siglos, se convierte en el nuevo enemigo hereditario de Francia. París pone el grito en el cielo cuando Berlín le impide recuperar el Luxemburgo. Entre las dos monarquías, la guerra se vuelve inevitable. No queda más que encontrar el pretexto.

Sin embargo, mientras los ejércitos prusianos se dedican a armarse a pasos agigantados, los franceses, por su parte, sólo piensan en su trajín cotidiano. Zola publica *Teresa Raquin*, Ingres y Baudelaire fallecen, y Napoleón III organiza, para su mayor gloria, la tercera Exposición Universal, donde más de seis millones de visitantes descubren los *bateaux-mouches*, el ascensor hidráulico y la rotativa de Mari- noni, capaz de tirar 20 mil diarios por hora.

Durante la tercera semana de enero de 1867, Karl toma nota de algunos artículos de prensa para utilizarlos más adelante:

En cuanto a la situación de los trabajadores, se puede juzgar por el siguiente pasaje, tomado del informe muy detallado de un corresponsal del *Morning Star* que, a comienzos de enero de 1867, visitó las principales localidades en paro. Al este de Londres, en los distritos de Poplar, Milwall, Greenwich, Deptford, Limehouse y Canning Town, 15 mil trabajadores por lo menos, entre ellos más de 3 mil

obreros de oficio, se encuentran con sus familias literalmente en una situación ruinosa. Una desocupación de seis a ocho meses agotó sus fondos de reserva.<sup>1</sup>

A fines de enero, Karl, que cubrió de regalos a sus hijas, nuevamente está endeudado, hostigado por los comerciantes de su barrio y por su propietario. El peso de las deudas que debe contraer vuelven a ser insoportables. Tiene una grave furunculosis y confía a Engels, en una frase famosa, que considera al capitalismo como responsable de sus males: "¡Espero que la burguesía se acuerde de mis forúnculos durante el resto de su vida!".<sup>46</sup>

Un mes más tarde realmente pone punto final a su libro, dedicándolo a ese "inolvidable amigo", Wilhelm Wolff, que murió dos años antes dejándole con qué salir de la miseria. Ironías de la Historia: así, *El capital* es un tributo a una herencia...

El 2 de abril de 1867, Karl escribe a Friedrich que seguirá su consejo y él mismo llevará el manuscrito de su libro a Otto Meissner, en Hamburgo, porque irá a Hannover a visitar a ese corresponsal desconocido que parece admirarlo tanto: el doctor Kugelmann. Engels lo felicita y le envía 35 libras para el viaje.

El 10 de abril, Marx parte para Hamburgo, provisto de un pasaporte falso. El trayecto, que dura dos días, es agitado; los pasajeros están espantosamente enfermos. A su llegada, Karl se pasa la tarde del 12 con Meissner discutiendo acerca de la publicación. A partir del día siguiente deja Hamburgo para dirigirse a Hannover y se instala un mes en casa de Ludwig Kugelmann. Para su gran sorpresa, descubre que el joven médico tiene en su biblioteca "una más bella colección de nuestros propios trabajos que nosotros dos juntos",<sup>46</sup> escribe a Engels. Sin duda, es uno de los meses más felices de toda su vida. Todos los males que por lo general lo aquejan se desvanecen como por sortilegio. Se encuentra bajo el encanto de la dueña de casa y juega con los niños; entre ellos, la joven Franziska, entonces de 9 años, que más tarde recordará la llegada de ese personaje tan esperado:

Mi madre fue saludada no por el sombrío revolucionario que esperaba ver sino por un señor elegante y jovial cuyo agradable acento renano le recordó de inmediato su lugar natal. Bajo una es-

pesa cabellera gris brillaban unos ojos negros juveniles, y también se sentía un ardor muy juvenil en sus gestos y palabras.<sup>253</sup>

Agrega que su padre y él hablan de Goethe, de Shakespeare y de poesía griega. "Mi padre pensaba que Marx se parecía a Zeus, y mucha gente compartía su opinión."<sup>253</sup>

Allí es donde recibe las primeras galeras de *El capital*; y modificará las pruebas hasta fines de abril de 1867.

Habla con el médico de sus forúnculos, que Kugelmann imputa a su mala alimentación anterior, pero ambos evocan también un acontecimiento considerable: ¡Liebknecht y Bebel acaban de ser elegidos diputados en el Reichstag! Son los primeros parlamentarios comunistas en el mundo, por cierto enmascarados en un partido apenas reformista. Decididamente, el camino de la revolución es inútil, piensa Marx; el advenimiento de la dictadura del proletariado puede pasar en Alemania por la vía de las urnas. Pero a condición de que Bismarck no utilice una guerra contra Francia para reforzar más aún su poder...

Al dejar Hannover, una vez releídas las últimas pruebas de su libro, Karl vuelve a pasar por Hamburgo para entregárselas a Meissner. La impresión comienza el 29 de abril de 1867 en las prensas de la imprenta de Otto Wigand, en Leipzig.

Justo antes de regresar a Londres, el 1º de mayo, Karl, aconsejado por Kugelmann, escribe a uno de sus amigos, también médico alemán, a quien no conoce pero uno de cuyos libros fue traducido al francés: "Aunque sea para usted un total desconocido [...], sé que hizo editar en francés su obra; ¿podrá ponerme en relación con la persona adecuada? Porque deseo hacer publicar la mía en Francia [...], país de las revoluciones y la *intelligentsia* progresista".

A su regreso a Londres, a mediados de mayo de 1867, Karl se ocupa de preparar las resoluciones del próximo congreso de la Internacional, que esta vez debe celebrarse en Lausana, siempre en septiembre, como todos los años. Habló largamente de él con Kugelmann, a quien hizo nombrar como uno de los delegados alemanes.

El 1º de junio, Alejandro II se dirige a París en ocasión de una nueva Exposición Universal. Para Napoleón III, la invitación apunta sobre todo a sellar una alianza con el zar contra Prusia. En el hipódromo de Longchamp, un refugiado polaco atenta contra el visitante imperial, lo que hace fracasar el acercamiento entre París y Petro-

grado. La ausencia de esa alianza se hará sentir pesadamente en Francia cuando llegue la hora de la guerra con Berlín.

El 24 de agosto de 1867, en Londres, Marx envía a Engels un lúmido resumen en pocas líneas de su libro: "Lo mejor que hay en mi libro es: 1) haber demostrado desde el primer capítulo el doble carácter del trabajo según se exprese como valor de uso o de cambio (toda comprensión de los hechos descansa en esta tesis); 2) haber analizado la plusvalía independientemente de sus formas particulares, la ganancia, el interés, la renta inmobiliaria, etcétera".<sup>46</sup> Está todo dicho.

Simultáneamente, Karl controla con minucia los últimos preparativos del III Congreso de la Internacional, que se abre el 2 de septiembre de 1867 en Lausana, todavía en su ausencia, pero bajo el control de sus hombres. Los mutualistas franceses, los reformistas ingleses y los comunistas alemanes se vuelven a enfrentar. Entre los 71 delegados se observa en el grupo de los alemanes la presencia del doctor Kugelmann; en el de los franceses, de Lafargue y Longuet; entre los otros hombres de Marx figuran el secretario general, Eccarius, y el suizo Becker. En una moción final, los hombres de Karl hacen constar en actas, contra los sindicalistas ingleses y los prouthonianos franceses, que "la emancipación social de los trabajadores es inseparable de su emancipación política". A pesar de la solicitud de algunos alemanes y franceses, que desean su transferencia al continente, el secretariado de la Internacional permanece en Londres, donde seguirán celebrándose las reuniones del Consejo General.

Al día siguiente del congreso, Marx explica a Engels que la implantación del secretariado y del Consejo General en Londres es esencial para su poder. Engels aprueba: "Mientras el Consejo General permanezca en Londres, ¡todas esas resoluciones del congreso no son más que trabajo inútil!".<sup>46</sup> Es la primera comunicación entre los dos hombres donde Friedrich parece admitir la importancia de la Internacional, tres años después de su creación. Aquellos que ulteriormente quisieron hacer de Engels el gemelo de Marx ocultaron esa ausencia de Engels en el nacimiento del movimiento obrero.

Una semana más tarde, Bakunin, que todavía no es miembro de la Internacional, hace su aparición en la escena política. Comprendió que ya nada puede hacerse a la izquierda de la Internacional y pretende conquistarla. Agrupa a su alrededor a los prouthonianos (divididos en camarillas rivales desde la desaparición de su maestro, tres

años antes) y a los utopistas. Entonces hace furor la batalla entre socialismo libertario y socialismo dirigista, de actualidad todavía hoy.

Bakunin se hace elegir miembro del comité directivo de una fantasmal Liga por la Paz y la Libertad, grupúsculo anarquista de Ginebra presidido por Vogt, el enemigo jurado de Marx que albergó al joven ruso diez años antes, y pide su inscripción como "sociedad adherente" a la Internacional. En vano: Karl comprendió que Bakunin es un general sin tropa y no quiere anarquistas en su organización, y mucho menos a Vogt. Tiene bastante con los proudhonianos –entre ellos Tolain–, que figuran en todos los complots dirigidos contra él. Hace largo tiempo, leyendo a Stirner, comprendió que el anarquismo no tenía ninguna base histórica.

El 14 de septiembre de 1867, mil ejemplares de *El capital* aparecen en Hamburgo. Temiendo que padezca el mismo fracaso que su libro anterior siete años atrás, Karl moviliza a la red de la Internacional para que hablen de él. Logra que Schweitzer, el sucesor de Lassalle, publique una serie de artículos "para dar a conocer *El capital* al público obrero". Fuera de eso, el recibimiento es glacial: el libro es de un abordaje demasiado arduo. Con todo el respeto y la prudencia que explica su naturaleza de futuro yerno, Lafargue escribe: "Por cierto, *El capital* revela una inteligencia de un vigor magnífico y un saber extraordinario, pero, para mí, como para todos aquellos que conocieron a Marx de cerca, ni *El capital* ni ninguno de sus otros escritos revelan toda la envergadura de su genio y de su saber. Él estaba muy por encima de sus obras".<sup>161</sup>

El libro se vende mal, y, en Alemania, el partido de Liebknecht no lo difunde activamente, cosa que apena mucho a Marx. Ni siquiera saca, dice, "con qué pagar el tabaco que fumó al escribirlo". Una vez más se enferma. Y como el dinero vuelve a faltar, en octubre, Engels nuevamente debe salir de garante para un préstamo de 100 libras.

En febrero de 1868, Karl obtiene el reemplazo a la cabeza de la sección francesa de la Internacional de Henri-Louis Tolain por Eugène Varlin, más cercano a él.

Luego de tres años de noviazgo, el 2 de abril, Laura Marx se casa en Londres con Paul Lafargue, que acaba de terminar sus estudios de medicina. En el casamiento, Jennychen vuelve a ver a Charles Longuet y le explica que quiere volverse periodista como él, o, en su defecto, actriz. Charles le pide que se case con él.

Entonces, una enésima crisis de furunculosis paraliza a Karl durante tres meses. A Laura, que la extraña y está en su viaje de bodas, le escribe, para disculparse por haber entorpecido su infancia con todos sus libracos, esta frase terrible: "Soy una máquina de devorar libros para luego vomitarlos, en otra forma, en el montón de estiércol de la Historia".

En París, donde van a instalarse los Lafargue, la situación social se tensa. Napoleón "el Pequeño" es atacado de todas partes. "Francia –dice el *Almanaque imperial*– contiene 36 millones de sujetos; eso sin contar los sujetos de descontento",\* escribe el 30 de mayo, en el primer número de *La Lanterne*, Victor-Henri de Rochefort-Luçay –llamado Henri Rochefort–, antes de fundar otro diario, *La Marseillaise*, en el que escribirán tanto Karl como su hija Jennychen. Ésta ve cada vez más seguido a Charles Longuet y se subleva en *La Marseillaise* contra la suerte de los prisioneros políticos irlandeses del Sinn Féin, detenidos en condiciones inhumanas en las cárceles inglesas. Algunas semanas después de sus artículos, una de sus líderes, Rosa O'Donovan, y la mayoría de ellos serán liberados y expulsados hacia los Estados Unidos.

Considerándolos demasiado débiles para derrocar a "Plon-Plon", Marx desaconseja a sus amigos franceses que tomen la iniciativa de una revolución. No olvidó ni el desastre de mayo de 1849 ni la catástrofe de las clases obreras alemana y francesa de entonces.

En julio, Mijaíl Bakunin, apoyado por otro anarquista ruso, Serguéi Nechaiev, intenta otra vez penetrar la Internacional fundando un nuevo grupúsculo, la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, sobre la base de un programa explícitamente anarquista: ateísmo, supresión de la propiedad privada y de la herencia, instrucción gratuita para todos los niños de ambos性, rechazo de toda alianza reaccionaria y de toda acción política "que no tenga por objetivo inmediato y directo el triunfo de la causa de los trabajadores contra el capital",<sup>70</sup> disolución del Estado "en la unión universal de las asociaciones libres, tanto agrícolas como industriales", y solidaridad internacional de los trabajadores. Esta vez propone no adherir a la In-

\* En el original: "La France contient 36 millions de sujets; c'est sans compter les sujets de mécontentement." Juego de palabras: en francés, *sujet* significa tanto "súbdito" como "tema". [N. del T.]

ternacional sino, con más aplomo todavía, fusionar a ella su grupúsculo, en paridad, ¡reivindicando para sí el título de vicepresidente de la nueva organización! Por supuesto, el Consejo General de la Internacional rechaza la fusión con la Alianza Internacional de la Democracia Socialista del mismo modo que, anteriormente, había rechazado la admisión de la Liga por la Paz y la Libertad. Bakunin disuelve entonces su nuevo grupúsculo para crear de inmediato un tercero, esta vez denominado Alianza por la Democracia Socialista, el que, respetando escrupulosamente los estatutos, ahora hace admitir a cada miembro como adherente a título individual a la sección de Ginebra de la Internacional. Imposible sustraerse a esa infiltración. Pero Karl no está demasiado preocupado: con el nombre de "sección de la Alianza", esa sección ginebrina es una de las más poderosas y mejor custodiadas; acaba de llevar a cabo una gran huelga en la construcción y su dirigente, un sindicalista sólido, Becker, se convirtió en un incondicional de Marx.

Sin embargo, apenas admitido en esa sección, Bakunin sumerge a los miembros de la Internacional en misivas en las que se presenta como víctima de "una siniestra conspiración de judíos alemanes y rusos fanáticamente consagrados a su mesías-dictador, Marx". Su influencia no tardó mucho en extenderse en su sección, cuyos efectivos aumentó sensiblemente. Hasta se hace designar como delegado en el III Congreso de la Internacional, que se abre en Bruselas el 6 de septiembre de 1868.

Allí se debate por primera vez un programa. Entre las cincuenta proposiciones que expone Bakunin, treinta votos contra cuatro se inclinan por el principio de la nacionalización del suelo, el subsuelo, los ferrocarriles y las vías de comunicación. Las otras son rechazadas. Entusiasmado al salir de la reunión, Bakunin parece totalmente integrado a su nueva casa y escribe a Gustav Vogt, presidente de su grupúsculo, a quien no logró hacer admitir:

No podemos ni debemos desconocer el inmenso y útil alcance del congreso de Bruselas. Es un gran, es el mayor acontecimiento de nuestros días, y si nosotros mismos somos demócratas sinceros, debemos no sólo desear que la Liga Internacional de los obreros termine por incluir a todas las asociaciones obreras de Europa y de América, sino también cooperar en ello con todas nuestras fuerzas,

porque hoy puede constituir la verdadera potencia revolucionaria que debe cambiar la faz del mundo.<sup>70</sup>

De hecho, Bakunin no está en absoluto fusionado con Marx. En el II Congreso de esta Liga por la Paz y la Libertad, en Berna, a fines de septiembre, no oculta su odio por lo que representa, para la gran alegría de Vogt:<sup>127</sup>

Detesto el comunismo porque es la negación de la libertad, y no puedo concebir nada humano sin libertad. No soy comunista porque el comunismo concentra y aspira todos los poderes de la sociedad en el Estado, porque necesariamente desemboca en la centralización de la propiedad en las manos del Estado. [...] Yo quiero la organización de la sociedad y de la propiedad colectiva o social de abajo hacia arriba, por el camino de la asociación libre, y no de arriba hacia abajo, por medio de cualquier autoridad, sea la que fuere. En este sentido soy colectivista, ¡y de ningún modo comunista!<sup>127</sup>

En noviembre de 1868, Engels se inquieta al ver que una vez más Marx queda agobiado bajo las deudas. Le pregunta si, una vez pagado todo lo que debe, la familia podría vivir con 350 libras anuales, que él se compromete a enviarle por pagos trimestrales regulares a partir de febrero de 1869. Evidentemente, Marx acepta; en cuanto al resto, ¡más tarde se verá!

El 22 de diciembre, Marx recibe una carta de fidelidad de Bakunin, característica de su doble lenguaje:<sup>127</sup> "No conozco ninguna otra sociedad ni otro medio que el mundo de los trabajadores. Ahora, mi patria es la Internacional, de la que tú eres uno de los principales fundadores. Como ves, por lo tanto, querido amigo, soy tu discípulo, y estoy orgulloso de serlo".

El año siguiente, el progreso técnico se acelera en los Estados Unidos mientras que en Europa se anuncia la guerra. El freno automático de aire comprimido de George Westinghouse reduce en nueve décimas la distancia de frenado en las locomotoras; la vía férrea transcontinental Nueva York-San Francisco es terminada; un primer cable submarino une directamente a Francia con los Estados Unidos. Mientras Napoleón III propone a Austria y a Italia una extraña alianza de los enemigos de ayer contra la amiga de ayer, Prusia

—proyecto que Bismarck hace fracasar—, la emperatriz Eugenia inaugura el canal de Suez.

En Francia se endurecen los conflictos sociales. Una huelga de 1.500 mineros en La Ricamarie se transforma en motín, el ejército dispara sin avisos y mata a 13 personas. Son perseguidos y detenidos 37 miembros de las secciones parisinas de la Internacional, entre ellos, Varlin y el húngaro Leo Franckel. Una vez liberado, Varlin realiza la unión de todas las organizaciones sindicales de la capital y funda la Caja del Centavo, que acude en ayuda de los obreros curtidores de París y de los obreros de la construcción de Ginebra. Su restaurante cooperativo, La Marmite, en la calle Mazarine, tiene un éxito colosal.

Sintiendo que la situación en Francia se tensa, Marx prepara la reedición de sus artículos sobre el golpe de Estado de 1851. El 15 de febrero de 1869 escribe de Londres a Paul y a Laura Lafargue, que acaban de tener un hijo —a quien él apodará “Fouchtra”—, una carta reveladora del placer que experimenta hablando mal de cualquiera. Seis víctimas vituperadas en quince líneas:

Querido Paul y adorada Cacadou [uno de los sobrenombres que da entonces a Laura], ustedes conocen la opinión de Falstaff sobre los viejos: son todos cínicos. Entonces no se asombren de verme pasar por una situación recalcitrante: mi prolongado silencio [...]. Odilon Barrot es una *nullité grave* [...]. En cuanto a Émile de Girardin, hay algo que *cloche* en su permanente tentativa de reivindicar, de una manera hábil, que es una mezcla de caballero de industria, utopista y crítico. No es mi hombre [...]. Hablando de esa *vieille cocotte*\* de Daniel Stern, un amigo me preguntó si Blanqui no era uno de esos tipos “irrespetables” como Bradlaugh [el primer diputado inglés que se negó a prestar juramento sobre la Biblia]. Yo le pregunté si su héroe, Catilina, había sido “respetable”.<sup>47</sup>

Es la única alusión conocida a la homosexualidad en los textos de Marx.

Después pasa a los asuntos políticos para hablar mal todavía de otras dos personas:

\* Todas las palabras en bastardilla se encuentran en francés en el texto. Respectivamente: “absoluta nulidad”, “falla, no funciona” y “vieja puta”. [N. del T.]

Un viejo conocido, el ruso Bakunin, comenzó una encantadora conspiracioncita contra la Internacional. Como fracasó con la Liga por la Paz y la Libertad, entró en la sección suiza de lengua francesa de nuestra Asociación, en Ginebra. Engatusó al viejo Becker, siempre al acecho de algo de acción pero no demasiado despierto.

Luego Marx entra en la logística: "Nuestra Internacional funciona muy bien en Alemania. Nuestro nuevo plan, que propuse yo, de permitir las adhesiones individuales y de vender las tarjetas de solicitud a un penique con uno de nuestros principios impreso en alemán, francés e inglés, funciona bien".<sup>47</sup> De hecho, las cajas del Consejo General de la Internacional no contienen más que 50 libras, y sólo una pequeña cantidad de las tarjetas de adhesión enviadas por Marx a Alemania fueron devueltas en debida forma con el monto de la adhesión.

Por otra parte, en esa misma carta, Karl hace partícipes a Paul y a Laura de su intención de ir pronto a visitarlos a París, donde tiene la estadía prohibida y es particularmente buscado desde que anunció la próxima reedición en Londres de su libro de 1852 sobre el golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte. Desea discutir acerca de la traducción francesa de *El capital* con los dos traductores que propuso, Charles Keller y Élie Reclus, y también conocer a su nieto. Pide a los Lafargue que no hablen de ese proyecto de viaje en sus cartas, que pueden ser interceptadas. Y, de hecho, es su propia carta la que es interceptada. De inmediato, un inspector de policía se presenta en casa de los Lafargue, en la calle Saint-Sulpice, para preguntarles si el señor Marx ha llegado.<sup>146</sup>

En Londres, el 23 de junio de 1869, aparece la reedición de su *Dieciocho brumario de Luis Bonaparte* con el siguiente prefacio:

Espero que esta obra contribuya a descartar el término corrientemente empleado hoy en día, particularmente en Alemania, de "cesarismo". En esta analogía histórica superficial se olvida lo más importante, a saber, que, en la antigua Roma, la lucha de clases sólo se desarrollaba en el interior de una minoría privilegiada, entre los libres ciudadanos ricos y los libres ciudadanos pobres, mientras que la gran masa productiva de la población, los esclavos, sólo servían de pedestal pasivo a los combatientes. [...] Teniendo en cuenta la completa diferencia entre las condiciones materiales, económicas,

de la lucha de clases en la Antigüedad y en los tiempos modernos, las formas políticas que se desprenden de ella no pueden tener más semejanza entre sí que el arzobispo de Canterbury con el gran sacerdote Samuel.<sup>20</sup>

En ese mismo mes de junio, Marx solicita la nacionalidad británica, que le es negada.

En julio, un tal Alan Williams pasa seis días en casa de los Lafargue sin ser molestado ni por la aduana ni por la policía. No es otro que Karl Marx, que una vez más visita la capital francesa, donde no había vuelto a poner los pies desde hace veinte años. No escribe nada sobre el impacto que debió experimentar al atravesar la París transformada por Haussmann. Claro que está preocupado por otras cosas.<sup>146</sup>

A pesar de la decepción que le produjo el fracaso de la edición alemana del libro primero de *El capital*, ya reflexiona en la continuación de ese libro. Allí pretende detallar su visión de la autodestrucción del capitalismo, y expone entonces a algunos confidentes su teoría general de la Historia y de la crisis. Como a Lafargue, quien referirá su entrevista en estos términos:

Sobre todo lamento la pérdida de las notas escritas una noche en que Marx, con esa riqueza de pruebas y reflexiones que le era particular, me había expuesto su teoría genial del desarrollo de la sociedad humana. Tenía la impresión de que un velo se había desgarrado ante mis ojos. Por primera vez sentía claramente la lógica de la historia mundial, y podía llevar a sus causas materiales los fenómenos, en apariencia tan contradictorios, del desarrollo de la sociedad y el pensamiento humanos. Estaba como deslumbrado, y durante años conservé esa impresión. [...] El cerebro de Marx estaba armado de una multitud de hechos sacados de la historia y de las ciencias naturales, así como de teorías filosóficas, conocimientos y observaciones amasadas en el curso de un largo trabajo intelectual, y que sabía utilizar admirablemente.<sup>161</sup>

Esa noche, lo que expone a Laura y a su marido es su teoría de la crisis: el capitalismo va a desaparecer por el juego de lo que él llama la “baja tendencial de la tasa de ganancia”, vale decir, la baja de la rela-

ción entre la plusvalía y la suma de todos los trabajos utilizados para producirla, que es análoga al rendimiento de una máquina térmica. En efecto, debido a la competencia, las empresas utilizan cada vez más capital, sin sacar proporcionalmente más ganancia, lo que significa que la relación entre la cantidad de capital y la cantidad de trabajo utilizadas en la producción, la "composición orgánica del capital", aumenta, acarreando en forma mecánica una baja de la "tasa de ganancia". Entonces resulta económicamente imposible garantizar a los propietarios del capital la plusvalía que pueden exigir políticamente. Sobreviene la crisis. La clase capitalista se reduce entonces en cantidad, mientras que la clase obrera incrementa sus efectivos por los capitalistas arruinados y los campesinos echados de sus tierras.

Esto no acarrea necesariamente el derrocamiento del capitalismo, que dispone de varios medios para restaurar la tasa de ganancia: por la baja del nivel de vida de los obreros, por la exportación, por las conquistas coloniales, por el progreso técnico y por la acción del Estado. Pero entonces las crisis serán ininterrumpidas, y la lucha de clases, exacerbada a su vez por esas crisis, vendrá a apresurar el fin del capitalismo.

Karl no dice que está afligido por un problema muy difícil que descubrió hace quince años y que le resulta insoluble: la verificación empírica de su teoría es imposible, porque supondría poder medir el valor trabajo, la plusvalía y la composición orgánica del capital. Pero esas magnitudes, en su opinión, se miden en duraciones de trabajo, que no son ni iguales ni proporcionales a los precios de esos bienes, en virtud de los monopolios y de todo cuanto falsea la competencia. La ganancia, entonces, no es idéntica a la plusvalía; la composición orgánica del capital tampoco es igual a la rentabilidad del capital, y el salario no es igual al valor de cambio de la fuerza de trabajo. Nada de cuanto escribe Marx puede ser corroborado de manera empírica.

Para tratar de medir esa distancia entre precio de mercado y valor de cambio borronea ecuaciones e imagina dos magnitudes intermedias entre el valor de cambio de un bien y su precio de mercado: su "valor social" y su "precio de producción". Se da cuenta entonces de que el "precio de producción" no es proporcional al "valor social", y que los bienes producidos en las industrias que más capital utilizan tienen un precio de producción más elevado que su valor social.<sup>66</sup> Por añadidura, comprueba que los precios de mercado difieren

de los precios de producción porque el mercado no tiene una competencia perfecta. En consecuencia, jamás puede haber proporcionalidad entre el precio de mercado de un bien y su valor trabajo. Y los precios, únicas magnitudes medibles, carecen en consecuencia de una relación directa con los valores trabajo, únicas magnitudes que obedecen a las leyes económicas enunciadas por Marx. Por lo tanto, no se puede encarar ninguna verificación experimental de sus conceptos ni de sus leyes, salvo por la Historia venidera. Entonces, lo que construyó ¿es una teoría científica? ¿No sería más bien una conjectura filosófica?

Otra decepción: en París descubre que Reclus es un adepto de Bakunin. Por consiguiente, no lo quiere como cotraductor de *El capital*.

De regreso en Londres, el 27 de julio, Karl sigue buscando; se aflige, se desespera, se agota. Sufre de bronquitis crónica y de una úlcera en el pulmón. Se pasa la mayor parte del tiempo preguntando por remedios contra la tos e imaginando soluciones a su problema sin tener tiempo de irse a hacer una cura, al sol, como se lo recomiendan los médicos. (Entonces, la moda en Inglaterra es enviar a los enfermos de los pulmones a Italia, hasta a Argelia.)

Cuando se siente mejor, según su hija menor, Eleanor, que sigue viviendo con ellos en la casa grande, Jenny y él parecen ser otra vez unos jóvenes tortolitos...

En agosto de 1869, en vísperas del IV Congreso de la Internacional, que debe celebrarse esta vez en Basilea, el Partido Popular de Sajonia, de Bebel y Liebknecht, se separa de los demócratas burgueses y participa en Eisenach en los trabajos de fundación de un Partido Socialdemócrata Obrero Alemán, el SDAP, también conocido con el nombre de partido de Eisenach. Bismarck repara entonces en Marx, creyendo ver en él al verdadero jefe del partido de Eisenach y a un posible aliado, como lo había sido Lassalle; le propone un encuentro. Marx se siente halagado, pero no da curso a la invitación: desde su juventud, con seguridad, ¡el Estado prusiano no es su ideal político!

Liebknecht denuncia entonces que Bakunin es un agente ruso, y Marx habla a Engels de él de la peor manera: "Ese ruso, esto es evidente, quiere convertirse en el dictador del movimiento obrero europeo. ¡Que se cuide, de otro modo será excomulgado!".<sup>46</sup>

Una vez más, el congreso de Basilea es motivo de una enfrentamiento entre los representantes de Marx y los otros. Contra Bakunin

—que esta vez acude como improbable representante de los “obreros socialistas de Lyon y de los mecánicos de Nápoles”, y que se considera “colectivista revolucionario” y “partidario de la destrucción del Estado”—, Karl hace imponer el principio de partidos comunistas organizados para la conquista del Estado. Contra los sindicalistas ingleses, obtiene que el Congreso sostenga la “lucha de los pueblos explotados por las burguesías nacionales” (inclusive en la cuestión irlandesa). Contra los proudhonianos, que querían excluir de la Internacional a todos aquellos que no sean obreros manuales, hace incorporar a los trabajadores intelectuales revolucionarios al movimiento obrero. Ante una proposición de su fiel Johann-Philipp Becker —de quien, sin embargo, como vimos, acaba de hablar mal en una carta—, obtiene incluso que el Congreso adopte una moción llamando la atención de los socialistas de todos los países sobre *El capital*, que el mismo Becker, en un texto redactado bajo cuerda por el propio Marx, llama ¡“la Biblia de la clase obrera”!

A pesar de todos estos esfuerzos, las acciones de la Internacional pasan más bien inadvertidas. El 15 de septiembre de 1869, justo después de su IV Congreso, Jenny, que se encarga de la revista de prensa de su marido, escribe a Ludwig Kugelmann, que vuelve de Basilea: “La prensa impuso un silencio de muerte sobre el Congreso, salvo un artículo confuso en el *Pall Mall*. Hoy, el *Times* rompió el hielo por primera vez con un artículo elaborado y conciso, muy favorable, que suscita un gran interés en Francia”.<sup>49</sup> Luego habla mal de quien tanto tiempo fue su amigo en Londres pero que, en el Congreso, no siempre tomó partido por las proposiciones de Marx: “Liebknecht escribió dos artículos que quedan bien con Dios y con el diablo, y que más vale no leer”.<sup>50</sup>

El 28 de octubre, Mijaíl Bakunin —que, dice, firmó un contrato para traducir *El capital* en ruso— escribe a un compatriota refugiado en Londres, Alexandre Herzen, que fue su asociado en un diario, *La Cloche*, para hablar bien esta vez de su peor enemigo:

No podemos desconocer, por lo menos yo, los inmensos servicios que hizo Marx a la causa del socialismo, al que sirve con inteligencia, energía y sinceridad desde hace cerca de veinticinco años, en lo cual indudablemente nos superó a todos. Fue uno de los primeros fundadores y con seguridad el principal de la Internacional, y ése, a mi ma-

nera de ver, es un mérito enorme que siempre reconoceré, no importa qué haya hecho contra nosotros [...]. Podría ocurrir, e incluso en un plazo muy breve, que yo emprenda una lucha con él por una cuestión de principio, a propósito del comunismo de Estado. Entonces será una lucha a muerte.<sup>70</sup>

Exactamente eso es lo que va a ocurrir.

Marx comienza a inquietarse por las condiciones en que Bakunin traduciría *El capital* en ruso. Lleva a cabo su investigación, sigue las ramificaciones, juega a la policía. Dos años más tarde, esto desembocará en un enorme escándalo.

El comienzo del año 1870 está marcado en Francia por numerosas revueltas que testimonian la fragilidad del poder. En Creusot, 7 mil obreros van a la huelga para obtener una jornada de trabajo de ocho horas y un jornal diario de 5 francos. En la prensa bonapartista empiezan a decir que esas perturbaciones están inspiradas desde el extranjero por esa "organización secreta" llamada la "Internacional", que financia a "mercenarios para llevar a cabo las huelgas". El 10 de enero, uno de los periodistas de *La Marseillaise*, Victor Noir, es asesinado de un tiro por el príncipe Pierre Bonaparte, primo del emperador. Cien mil parisinos asisten a sus funerales. El asesino, juzgado por la Corte Suprema, es absuelto. El caso desquicia al régimen. Rochefort, el director de *La Marseillaise*, escribe: "Tuve la debilidad de creer que un Bonaparte podía ser otra cosa que un asesino". Las grandes ciudades y, más grave aún, una parte del ejército son ahora abiertamente hostiles a Napoleón III, que cree restablecer su legitimidad al obtener el apoyo masivo del campesinado mediante un plebiscito.

A fines de febrero de 1870, en París, en la calle Saint-Sulpice, Laura Lafargue pierde una hijita al nacer.

En esa época, Karl se opone al desplazamiento de la sede de la Asociación Internacional de los Trabajadores a Suiza, propuesta por los partidarios de Bakunin, de ahora en más llamados los "jurásicos",\* en virtud de la instalación en Ginebra de su jefe. Marx explica

\* Si bien el origen es el mismo, en francés, a diferencia de lo que sucede en español, existe una distinción entre *Jurassien* (palabra utilizada en el texto: habitante del cantón del Jura, en Suiza) y *jurassique* (jurásico). Difícilmente haya aquí

que "la situación en el continente no es favorable a un cambio", y que Inglaterra sigue siendo "el único país donde la gran mayoría de la población consiste en obreros asalariados. Inglaterra no debe ser tratada como un país entre otros países. Debe ser tratada como LA metrópolis del capital". Sin embargo, Karl lo sabe bien y lo dice: no cree que haya una revolución en Inglaterra, donde los obreros están domesticados; pero ni hablar de permitir que la Internacional se aleje de Londres, o sea, ¡de él! Entonces no le preocupa dar pruebas de mala fe, si eso puede hacer triunfar su causa.

El 4 de marzo, bajo la protección de una resolución del Consejo General, Marx responde a la acusación de "conspiración" que ya se dedica a difundir contra él una parte de la prensa continental:

Si hay conspiración por parte de la clase obrera, que forma la gran masa de las naciones, crea todas las riquezas, y en cuyo nombre todo poder, incluso usurpador, pretende reinar, es en público, como el sol contra las tinieblas, con la plena conciencia de que fuera de su campo de actividad no hay ningún poder legítimo.

En abril de 1870, Bakunin declara que "toda participación de la clase obrera en la política burguesa gubernamental no puede tener otro resultado que la consolidación del orden de cosas existente".<sup>70</sup> El Consejo General le responde que los estatutos de la Internacional consideran la acción política como un medio de emancipación. Ni hablar de renunciar a la vida parlamentaria allí donde es posible.

Nechaiev persuade entonces a Bakunin de que abandone la traducción rusa de *El capital*, que se comprometió a hacer, para consagrarse a los asuntos revolucionarios.

Él, Nechaiev, se compromete a arreglar las cosas con el editor.

Llegan las primeras cuentas de la venta de *El capital*: el libro no dio ganancias, y Karl vuelve a quejarse de los "profesores alemanes" de los que tanto hubiera querido formar parte treinta años atrás. El 27 de junio de 1870 escribe a Ludwig Kugelmann:

---

un juego de palabras, que parece descartado por la explicación que aparece después de este término, lo que habría sido muy posible si se hubiera empleado *jurassique*. [N. del T.]

El año pasado anticipé una segunda edición de *El capital* y, en consecuencia, que recibiría los derechos de la primera, pero eso dista mucho de ocurrir. Recientemente, los señores profesores alemanes fueron obligados a hablar de mí de tanto en tanto, incluso de manera estúpida. En fin, entre nosotros, me gustaría una nueva edición del volumen I antes de dar el volumen II, porque sería molesto si la crisis llegara al finalizar el volumen II.<sup>27</sup>

Una vez más, todos los pretextos son buenos para no escribir, y son las mismas palabras con que machaca Marx desde hace cerca de treinta años: esperar, para escribir la palabra "fin", el epílogo de la crisis... De hecho, no se engaña a sí mismo y, a fines del invierno, cae enfermo. Entonces vuelve a leer y se interesa en la cuestión de la propiedad del suelo, descubriendo una serie de informes –"Libros azules"– que el gobierno inglés acaba precisamente de publicar sobre la propiedad inmobiliaria a través del mundo. Él lo sabe: esa cuestión inmobiliaria y la relación entre el valor y los precios constituyen las dos lagunas mayores del libro primero de *El capital*. Marx va a pasar el tiempo que le queda de vida tratando de subsanarlas.

A fines de la primavera de 1870, como si presintiera que los acontecimientos iban a precipitarse, Engels vende su parte en la firma paterna, abandona su vida de industrial y va a instalarse a Londres justo al lado de la casa de Marx, en Regent's Park Road 122. Karl y Friedrich ahora se ven todos los días: por tanto, ya no tienen necesidad de escribirse, y no hay tantas huellas de sus conversaciones.

En el mes de mayo de 1870, los Marx también conocen a un joven singular, Gustave Flourens, profesor de historia natural de los cuerpos compuestos en el Collège de France, donde –a los 20 años!– ocupó la cátedra de su padre, el famoso fisiólogo francés Pierre Flourens. Blanquista, impedido de impartir enseñanza por Victor Duruy, Flourens viajó a Bélgica, Italia, Turquía, Grecia; participó en Creta en la sublevación contra los turcos de 1866, y hasta fue representante de los cretenses en Atenas. De regreso en Francia, colabora en *La Marseillaise* de Rochefort, igual que Jennychen. Karl, Jenny, Eleanor y Jennychen quedan encantados con él.

A comienzos del verano, Flourens vuelve a París dejándoles una foto y prometiendo volver. Jennychen, que ama a Charles Longuet, también está prendada ahora de Gustave Flourens; le encarga que

llevé una carta de su parte a su hermana Laura Lafargue, que sigue viviendo en la calle Saint-Sulpice, en París, y recibe de él otra que nunca la abandonará.

A fines de junio de 1870, mutilando deliberadamente un correo del rey de Prusia al emperador de los franceses (el famoso "despacho de Ems"),\* Bismarck transforma una disputa menor referente a la sucesión al trono de España en una afrenta mayor a Francia. Seguro de su superioridad militar (frente a los 500 mil hombres reunidos por Prusia y sus aliados alemanes, Francia dispone de menos de 240 mil), el canciller quiere la guerra, y rápido, para acabar con su único rival en el continente y tomar la Alsacia, en su opinión provincia alemana.

A pesar de los temores de los diputados de la oposición, entre ellos Thiers, sobre el estado real del ejército, Napoleón III declara la guerra a Prusia, el 19 de julio, sin haber podido activar su alianza con Rusia. Italia ofrece su ayuda a Francia a condición de que evague Roma. Napoleón III se rehúsa: ¡ni hablar de dejar de proteger al Papa contra esos horribles republicanos!

Karl urge a Laura y Paul Lafargue, que viven en París, para que vuelvan a Londres. Ellos se niegan. La Internacional anula su congreso, previsto para septiembre en la capital francesa, y lo reemplaza por una simple conferencia del Consejo General, en Londres.

Marx se siente tironeado. Primero está preocupado por su hija. No sabe que se prepara para dejar París por Burdeos, donde se encuentra la familia de su marido. Políticamente, más bien desearía la victoria de Prusia, no sólo por antipatía personal para con Luis Napoleón Bonaparte, sino también porque la derrota de Francia suscitaría en ese país el retorno energético de la clase burguesa. Pero teme que un éxito de Bismarck endurezca el régimen allende el Rin y cuestione el débil espacio de libertad conquistado por el Partido Socialdemócrata de sus amigos Liebknecht y Bebel, miembros del Parlamento. Prevé

\* El rey Guillermo había tenido una serie de encuentros en Ems, ciudad balnearia de la Baja Sajonia, con el embajador de Francia, Benedetti, referentes a la candidatura de un príncipe prusiano al trono de España. Gracias a mutuas concesiones, la paz parecía asegurada. Pero en Berlín, Bismarck recibió un telegrama del rey en el que decía que no había podido obrar con libertad, y su negativa a continuar con las entrevistas. Bismarck difundió su contenido mutilado, lo cual suscitó tal indignación que obligó a Napoleón III a declarar la guerra a Alemania. [N. del T.]

que, sea cual fuere la suerte de las armas, el Segundo Imperio se va a derrumbar. Piensa que Rusia no va a intervenir en el conflicto porque militarmente no está lista para eso.

En consecuencia, el mismo día de la declaración de guerra, redacta un *Llamamiento de la Internacional sobre la guerra franco-prusiana* que apela al proletariado de cada país beligerante para que el conflicto no se transforme en guerra de agresión contra el otro en "una nueva sociedad que está naciendo". El 10 de agosto, el Consejo General recibe por ese texto las felicitaciones inesperadas de John Stuart Mill, que sigue viviendo en Londres (antes de ir a instalarse en Avignon). El ilustre sociólogo y economista se declara "altamente satisfecho por el *Llamamiento*. No había una sola palabra que no debiera figurar, y no podía haber sido dicho en menos palabras". Algunos días más tarde, Bakunin toma partido por Francia en "Cartas a un francés sobre la crisis actual".<sup>70</sup>

En una epístola fechada el 3 de agosto de 1870, Marx escribe a Engels que en el seno de la Internacional algunos comienzan a considerarlo un agente prusiano:

Lopatin dejó Brighton, donde se moría de aburrimiento, para ir a instalarse a Londres. Es el único ruso "sólido" que conocí hasta ahora, y no perderé tiempo en quitarle lo que le queda de prejuicio nacional. De él supe que Bakunin difunde el rumor según el cual yo soy un "normal agent" de Bismarck: ¡cosa sorprendente! Realmente es gracioso, la misma noche (el martes pasado), Serrailler me comunicaba que Chatelain, miembro de la rama francesa y amigo particular de Pyat, había informado a la rama francesa, reunida en asamblea general, del monto que Bismarck me había pagado: ¡nada menos que 250.000 francos! Si se considera, por un lado, la idea que se hacen en Francia de una suma semejante, y, por la otra, la tacañería prusiana, ¡por lo menos se trata de una estimación de alta calidad!<sup>46</sup>

Pronto la acusación va a prosperar. Porque es una verdadera campaña lo que preparó Bismarck con mano maestra, a través de su jefe de policía Stieber.

Los ejércitos se enfrentan. El 1º de septiembre, la derrota de Sedán provoca manifestaciones antiimperiales en París, Marsella, Creusot y Lyon. El 4, el Palais-Bourbon es invadido y Gambetta proclama la Re-

pública. Se forma un gobierno provisional de defensa nacional bajo la presidencia del general Trochu, gobernador militar de París. Entre sus miembros: Adolphe Thiers, Jules Favre, Jules Grévy, Jules Simon, Jules Ferry, Adolphe Crémieux y Léon Gambetta. Victor Hugo y Louis Blanc vuelven del exilio.

Bismarck reclama entonces Alsacia y Lorena, cosa que Liebknecht y Bebel denuncian en el Reichstag de manera profética:

La casta militar, profesoral, burguesa y mercantil pretende que [la anexión] sería un medio de proteger eternamente a Alemania de Francia [...]. Por el contrario, es el medio infalible de transformar la paz en un simple alto el fuego hasta que Francia sea lo suficientemente fuerte para reclamar lo que haya perdido. Es el medio infalible de arruinar a Alemania y a Francia haciendo que se despedacen entre sí.

Los dos diputados son detenidos inmediatamente por traición.

El 9 de septiembre, Marx, en un segundo *Llamamiento*, también denuncia el expansionismo alemán y, como Liebknecht y Bebel algunos días antes, prevé que ese conflicto engendrará una nueva guerra, que explícitamente considera mundial, con el involucramiento de Rusia, hasta entonces neutral:

Alemania, llevada por la fortuna de las armas, la arrogancia de la victoria, la intriga dinástica, comete una expoliación territorial en Francia. Una de dos: o deberá convertirse abiertamente en el instrumento de la política conquistadora de Rusia, o bien, tras un corto armisticio, tendrá que arrostrar una nueva guerra defensiva, una guerra que, en vez de parecerse a esas guerras "localizadas" de invención moderna, será una guerra contra las razas eslava y románica combinadas [...]. ¿Se creen los patriotas teutones que en realidad van a garantizar la libertad y la paz arrojando a Francia a los brazos de Rusia?<sup>1</sup>

Así, allí donde Liebknecht y Bebel prevén una nueva guerra franco-alemana, Marx ve formarse una alianza franco-rusa y el desencadenamiento de una confrontación planetaria. A menudo es lo que hace la diferencia entre Marx y los otros analistas de su época: aunque ellos vean bastante lejos, como Liebknecht, no ven tan lejos como él.

En París, el pueblo empieza a armarse para resistir el sitio de los prusianos. El 13 de diciembre, Marx le declara a Kugelmann: "Sea cual fuere el desenlace de la guerra, habrá ejercitado al proletariado francés en el manejo de las armas, y ésa es la mejor garantía para el porvenir". Siempre apasionado por las batallas, Engels arde en deseos de ir a defender París de los invasores<sup>213</sup> "para preservar tanto como sea posible las fuerzas del proletariado". Karl lo convence de que renuncie a ello porque ante el primer revés de las fuerzas francesas sería considerado por ellos como un traidor.<sup>213</sup>

Precipitándose a Lyon desde Ginebra, Bakunin, el 26 de septiembre, llama a los obreros lioneses, de quienes es su delegado en la Internacional, a tomar las armas contra la República, reclamando "la caducidad del Estado, la supresión de los tribunales, la suspensión del pago de impuestos, las hipotecas y las deudas privadas, y la reunión de una convención nacional encargada de rechazar la invasión".<sup>70</sup> Una pequeña multitud se apodera con él del Ayuntamiento, expulsa por un breve momento a las autoridades, y luego debe retroceder ante la tropa. Bakunin huye entonces a Marsella, luego a Ginebra, por último a Locarno, donde un amigo rico lo aloja.

El 19 de septiembre, las tropas prusianas rodean París y establecen su cuartel general en Versalles. Una parte del gobierno se repliega entonces en Tours. El 7 de octubre, Gambetta logra abandonar en globo la París sitiada y se une a la delegación del gobierno en Tours. Llama al levantamiento masivo y a la guerra hasta las últimas consecuencias. Organiza un ejército del Loria, que libera Orleans y lanza una ofensiva para liberar París antes de ser vencido en Montargis y retroceder hasta Laval. La delegación del gobierno en Tours se repliega entonces sobre Burdeos. Otro ejército, llamado del Norte, comandado por Faidherbe, logra una victoria efímera en Bapaume. Los prusianos bombardean la capital. Se organiza el mercado negro. Tras haberse comido los caballos, luego los animales del Jardín Zoológico, los parisinos ricos se conforman con los gatos, y los pobres, se dice, con las ratas. El 20 de enero, los parisinos, sostenidos todavía por el gobierno republicano en Burdeos, intentan una primera salida que no tiene éxito. Thiers se esfuerza por movilizar a los otros países europeos en favor de su gobierno. A iniciativa de la Internacional, se celebran en Londres grandes mítines que exhortan al gobierno inglés a reconocer a la República y a oponerse a una fragmentación de Francia.

El 18 de enero de 1871 se proclama el Imperio Alemán en la Galería de los Espejos. El 28, el gobierno provisional capitula. El ministro de Relaciones Exteriores, Jules Favre, firma el armisticio. La guerra termina. Bismarck exige que inmediatamente se organicen elecciones para firmar la paz con un gobierno legítimo, porque está informado del rechazo de los parisinos a rendirse.

Karl no se entera de que Laura Lafargue se encuentra entonces en Burdeos y da a luz a un segundo niño.

El 8 de febrero, una asamblea elegida en la Francia ocupada reúne en Burdeos a una mayoría de monárquicos (un tercio de los elegidos son nobles) que aspiran al retorno lo más rápido posible a la paz. Pese a todo, los más favorecidos por los votos son Victor Hugo y Louis Blanc. Esta asamblea designa a Thiers, el 17 de febrero, como "jefe del Poder Ejecutivo provisional de la República Francesa". Francia abandona Alsacia y una parte de Lorena a Alemania, "a perpetuidad, en total soberanía y propiedad". Logra conservar el territorio de Belfort, pero debe pagar una indemnización de 5 mil millones de francos oro. Marx observa entonces que la República Francesa "no había derrocado el trono, sino sólo tomado su lugar, que había quedado vacante", y que prosigue la misma política.

En la París sitiada, muchos rehúsan ese armisticio y pretenden continuar la lucha. Algunos piensan incluso en formar un gobierno parisino, una "federación". Marx es hostil a esa idea: "La clase obrera francesa se [encuentra] ubicada en circunstancias extremadamente difíciles", y la insurrección "sería una locura desesperada". Como desde hace veinte años, piensa que la revolución no tendrá éxito sin la alianza entre los obreros y los campesinos, los parisinos y los provincianos. Pero éstos son bonapartistas o están a favor del gobierno y la Asamblea de Burdeos, dispuestos a colaborar con el ocupante para conseguir la paz a cualquier precio.

Mientras Jules Ferry solicita al gobierno que vuelva a la capital, algunos parisinos se organizan en una "federación" que elige un comité central y constituye un "ejército". Thiers ordena entonces a sus tropas que entren a París para poner fin a la insurrección, confiscar todas las armas y, sobre todo, arrebatar los cañones de la comuna de Montmartre, cuyo alcalde es un tal Georges Clemenceau.

Para ayudar a Thiers, Bismarck le suministra armas y todas las informaciones necesarias, entre ellas las que acumuló sobre los rebel-

des y las que obtuvo sobre Marx gracias a Stieber, el viejo espía que fue a la casa del autor de *El capital* quince años atrás y que luego se convirtió en el jefe de su policía. Así, hace que los diarios hostiles a la Comuna, en las provincias y en París, denuncien el papel que la Internacional supuestamente tuvo en los acontecimientos, diciendo o haciendo decir por unos que Marx es un agente de los prusianos, y por otros, que fomenta una revolución comunista...

El 14 de marzo, con el título "El gran jefe de la Internacional", un periódico parisino todavía bonapartista, *Paris-Journal*, designa a Marx como el responsable de la resistencia de los parisinos. Este artículo, inspirado por la propaganda bismarckiana, tiene un impacto tanto mayor cuanto que, transmitido por telégrafo, es inmediatamente reproducido por el *Times*. A través de la coalición de Thiers y de Bismarck, Marx, que en vano trata de dar un mentís, se vuelve entonces en algunos días mundialmente famoso: es visto como el inspirador, hasta como el organizador de lo que, cuatro días más tarde, se va a convertir en la "Comuna".

En efecto, el 18 de marzo estalla la insurrección parisina que Marx temía: la población se opone a la retirada de los cañones de Montmartre y fraterniza con la tropa. Se levantan barricadas. El movimiento se propaga a Lyon, Saint-Étienne, Marsella, Tolosa, Narbona. El ejército de Versalles aplasta las rebeliones en provincias y sitia a París ocupando los puestos que acaban de dejar los prusianos. Para tener los medios de negociar, la Comuna toma entonces como rehenes a algunos notables y, reivindicándose como gobierno legítimo, también organiza elecciones en París.

En Londres, los Marx están aterrorizados: Laura está tal vez todavía en París con su marido Paul Lafargue y no dan señales de vida. Jennychen también se inquieta por Longuet y por Flourens. A los 17 años, Eleanor, por su parte, todavía no conoció a ese otro comunero importante de quien pronto se va a enamorar: Lissagaray. Los cuatro pretendientes de las tres chicas Marx se ven envueltos en el torbellino de los acontecimientos parisinos.

El 26 de marzo, la Comuna organiza elecciones: de 485 mil electores inscriptos en la capital, votan 229 mil –proporción considerable, habida cuenta de las circunstancias-. Entre los 92 elegidos, 17 son miembros de la Internacional socialista, entre ellos: Gustave Flourens, Charles Longuet, Eugène Pottier (futuro autor de la can-

ción llamada *La Internacional*), Édouard Vaillant, Eugène Varlin y Pierre Vésinier (abiertamente hostil a Marx). Los otros, en cuanto a lo esencial son prouthonianos o blanquistas. Hugo dimite de la Asamblea de Burdeos; toma partido por la Comuna y vuelve a partir para Bruselas.

Marx se atormenta de inquietud por su hija y su nieto, el joven "Fouchtra": acaba de enterarse de que Lafargue fue designado delegado ante la Comuna de la ciudad de Burdeos. Entonces está inmovilizado en la cama por una bronquitis y una nueva crisis de hígado. Al tiempo que simpatiza con el movimiento, no se siente representado: echa pestes al ver que los insurrectos pierden un tiempo precioso en procedimientos electorales en vez de ejercer el poder, apoderarse del tesoro del Banco de Francia, aflojar el abrazo de las tropas de Thiers y arremeter sobre Versalles. Se desespera al ver que no viene ningún apoyo de una provincia sometida y atemorizada. Es informado de la ayuda que los prusianos dan a los versalleses; se enteró de que un acuerdo firmado entre Bismarck y Jules Favre, ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de la defensa nacional, ofrecía a los versalleses "todas las facilidades posibles" para ocupar París. Colaboración contra Resistencia...

El sitio se convierte en un infierno. El hambre se vuelve terrible. El 30 de marzo, dos dirigentes de la Comuna, el comunista húngaro Leo Franckel y el prouthoniano Eugène Varlin, logran hacer pasar a Marx una misiva secreta para solicitar sus consejos sobre "las reformas sociales que se deben aplicar". Hurgando en las Tullerías, la Comuna descubre en los papeles y correspondencias de la familia imperial, en la letra V: "Vogt: en agosto de 1859 se le entregan 40.000 francos". ¡La prueba que Karl busca desde hace diez años! Había sido calumniado por orden de "Plon-Plon". Ahora lo es por Bismarck.

Varios diarios, entre ellos *La Province* y un diario clerical belga, publican entonces el mismo artículo dictado por Stieber:

París, 2 de abril. Un descubrimiento procedente de Alemania causó sensación aquí. Se comprobó de manera auténtica ahora que Karl Marx, uno de los jefes más influyentes de la *Internacional*, fue el secretario privado del conde de Bismarck en 1857, y desde entonces no dejó de estar en relaciones con su antiguo jefe.

El 3 de abril, algunos parisinos intentan una nueva salida. Entre ellos, Gustave Flourens, el amigo de Jennychen, es hecho prisionero por los versalleses y muerto. Cuando se enteren de ese final, más tarde, el impacto será terrible para la familia Marx.

Para luchar contra la propaganda que hace de él el jefe de la Comuna, Marx escribe a Liebknecht, el 10 de abril:

En Alemania, el gobierno de Bismarck [...] busca, en Francia, hacer pesar sobre mis espaldas una sospecha (y, a través de mí, sobre la Internacional en París, porque ése es el objetivo de toda la maniobra), o sea, que yo soy un agente del señor Bismarck. La tentativa es producto de elementos de la vieja policía bonapartista que —más que nunca bajo el régimen de Thiers— siguen manteniendo una relación internacional con la policía de Stieber. Así, me vi obligado a desmentir en el *Times* diversas mentiras de *Paris-Journal*, del *Gaulois*, etc., porque esas imbecilidades eran transmitidas por telégrafo a los diarios ingleses. La última viene del *Soir* (diario de About, partidario muy conocido de Plon-Plon), que la Comuna acaba muy recientemente de prohibir. Del *Soir*, pasó a todos los diarios reaccionarios de la provincia. [...] ¡Ese Stieber se vuelve realmente "terrible"!<sup>47</sup>

Marx ahora toma partido por la Comuna, en la que comienza a ver la realización de recomendaciones hechas en el libro que escribió veinte años antes sobre *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*; él, que desde el inicio de los combates se había mostrado muy reticente, piensa ahora que la Comuna podría convertirse en una primera encarnación de lo que entonces había llamado "dictadura del proletariado".

El 12 de abril escribe a Kugelmann:

Si relees el último capítulo de mi *Dieciocho brumario*, verás que afirmo que en la próxima tentativa de revolución en Francia, ya no será posible hacer pasar de una mano a otra la máquina burocrático militar, sino que habrá que quebrarla, y que ésa es la condición previa de toda revolución realmente popular en el continente. Es también lo que intentaron nuestros heroicos camaradas de partido de París.<sup>27</sup>

En realidad, los parisinos se atienden a cierto formalismo democrático, sin adueñarse de las palancas del Estado. El 16 de abril, para tener en

cuenta la dimisión de moderados y la ejecución de Duval y Flourens, organizan elecciones complementarias donde eligen a Serrailler, delegado de Marx en París.

El mismo día, de Suiza, donde se replegó tras su derrota lionesa, Bakunin describe su alegría a su amigo Ogarev:

Por fin salimos del período de la "frase" para entrar en el de la "acción". Sea cual fuere la salida, están creando un hecho histórico inmenso. Y, si ocurre un fracaso, lo único que deseo son dos cosas: 1) que los versalleses no lleguen a vencer a París sino con la abierta ayuda de los prusianos; 2) que los parisinos, al perecer, hagan perecer con ellos por lo menos a la mitad de París. Entonces, a pesar de todas las victorias militares, la cuestión social será planteada como un hecho enorme e indiscutible.<sup>70</sup>

Al día siguiente, Marx dirige a Kugelmann otra misiva entusiasta: piensa que, cualquiera que sea su desenlace, los acontecimientos serán favorables a la clase obrera. Saluda con lirismo la iniciativa revolucionaria de las masas "que suben al asalto del cielo", y observa que

evidentemente sería muy cómodo hacer la Historia si no se debiera emprender la lucha sino con posibilidades infaliblemente favorables [...]. La desmoralización de la clase obrera sería una desgracia mucho mayor que la pérdida de cualquier cantidad de "jefes". Gracias al combate librado por París, la lucha de la clase obrera contra la clase capitalista y su Estado capitalista entró en una nueva fase. Pero, cualquiera que sea su desenlace, obtuvimos un nuevo punto de partida de una importancia histórica universal.<sup>27</sup>

Los Marx están cada vez más inquietos por Laura y su familia, de la que todavía carecen de noticias. Jennychen se angustia por Longuet y por Flourens, de cuyo fallecimiento no se ha enterado todavía. Karl se entera entonces de que los Lafargue con sus niños llegaron a Burdeos. Jennychen y Eleanor deciden dirigirse hacia allí para ayudar a su hermana, y llegan el 1º de mayo.

El 10 de mayo se firma en Fráncfort el tratado de paz que cede Alsacia y Lorena a Prusia. El 13, Marx responde a la carta de Leo Franckel y Eugène Varlin. Echa pestes al ver que no toman las medi-

das que habrían permitido conservar el poder: apoderarse del oro del Banco de Francia y atacar Versalles. La Comuna, les explica, no debe perder tiempo en querellas personales, sino que debe tener cuidado: en Londres corre el rumor de que un acuerdo secreto firmado con los prusianos da a los versalleses todos los medios para ocupar París. Marx es pesimista; comienza a pensar que una alianza de los parisinos con la provincia ya no es posible. La Comuna está condenada; los papeles comprometedores deben ser puestos a salvo... Su carta llegará demasiado tarde.

Porque, como lo previó Karl, Thiers ordena endurecer el bloqueo y rechaza toda tentativa de mediación. Las baterías versallescas bombardean cada vez más intensamente la capital. El Consejo General de la Internacional encarga entonces a Marx que redacte un tercer *Llamamiento* para establecer la posición de la Internacional sobre la situación. Él vacila. Enfermo, no puede decidirse a escribir sobre un tema tan trágico, que no domina bien, cuando la situación sobre el terreno cambia vertiginosamente sin que lo informen, por falta de periodistas libres que dispongan en París de medios de comunicación rápidos con Londres.

El 21 de mayo, 50 mil soldados versalleses penetran en la capital por la puerta de Saint-Cloud; los federados retroceden incendiando los edificios públicos, sobre todo las Tullerías y el Ayuntamiento. Los combates son terribles. El 27, la reconquista de París ha terminado. Produjo 877 muertos y 6.500 heridos del lado versalles; más de 4.000 muertos en el combate del lado federado, a los que hay que añadir 17.000 parisinos ejecutados sin juicio, entre ellos Eugène Varlin, detenido en la plaza Cadet; 43.522 arrestos desembocan en 13.450 condenas, 270 de ellas a muerte, 410 a trabajos forzados y 7.496 a la deportación.

Al mismo tiempo, en el suburbio de París a sangre y fuego, el ebanista belga Zénobe-Théophile Gramme prosigue imperturbablemente sus trabajos. Tras haber fabricado la primera dinamo de corriente continua, punto de partida de la industria eléctrica moderna, registra la patente que se refiere a su teoría de la "máquina magneto-eléctrica productora de corrientes continuas", funda la Sociedad de las Máquinas Magnetoeléctricas Gramme, y presenta su primer modelo, confecionado en los talleres de la casa Breguet, en la Academia de Ciencias. La electricidad tan esperada y anunciada por Marx se convierte en una fuente de energía real.

Cuatro textos llevarán la marca de la tragedia de los comuneros. Victor Hugo escribe en *L'Anné terrible*: "¡Ah! La trampa es abyecta, la tela es miserable; y nada detendrá el porvenir venerable". Arthur Rimbaud echa pestes en el *Canto de guerra parisino*: "¡Oh Mayo! ¡Qué delirantes culos desnudos! [...] Thiers y Picard son Eros, / Arrebatadores de heliotropos [...] ¡Entre los rojos antagonismos!". *Le Temps des cerises*, de Jean-Baptiste Clément, el que "aguantó" la última barricada en el ángulo de la calle de la Folie-Méricourt, se convierte en el himno en memoria de la Comuna. Por último, un cuarto texto, el que Marx escribe en ese momento, es un tercer llamamiento titulado *La guerra civil en Francia*, que presenta a la Comuna, "antítesis del Segundo Imperio", como la primera tentativa de un "Estado nuevo". Lo redactó sin conocer en detalle las condiciones del fin de la insurrección, totalmente ocupado en buscar y obtener noticias de su hija.

El 30 de mayo lee ese llamamiento al Consejo General. Para él, fue el aislamiento de París y la demasiado breve duración de la Comuna los que impidieron que los campesinos adhirieran a la "revolución proletaria", como fue su principal recomendación desde 1848. Retoma sus predicciones de veinte años antes:

El campesino fue bonapartista porque confundía la Gran Revolución y las ventajas que le trajo con el nombre de Napoleón. Bajo el Segundo Imperio, este error casi había desaparecido por completo. Este prejuicio de tiempos antiguos no habría podido resistir el llamado de la Comuna, que concernía intereses vitales, necesidades inmediatas de los campesinos. Los señores rurales comprendían perfectamente que si el París de la Comuna se comunicaba libremente con los departamentos, el conjunto del campesinado se sublevaría al cabo de unos tres meses [...]. La Comuna fue la representación auténtica de todos los elementos sanos de la sociedad francesa; por esta razón fue realmente un gobierno nacional [...]. Era la primera revolución donde la clase obrera hubiera sido reconocida como la única capaz de llevar a cabo una iniciativa social: fue reconocida como tal por el tercer estado de París -pequeños negociantes, artesanos, comerciantes-, por todos, con excepción de los ricos capitalistas. Esta masa, perteneciente al tercer estado, había participado en 1848 en el aplastamiento de la insurrección obrera e, inmediatamente después, sin el menor escrúpulo, la Asamblea Constituyente

la había arrojado como un hueso a sus acreedores [...]. Esta masa tenía la intuición de que ahora debía escoger entre la Comuna y el Imperio [...]. Luego de que la banda errante de los viejos cortesanos bonapartistas y los capitalistas hubo escapado de París, el verdadero “partido del orden” del tercer estado, que se llamó “Unión Republicana”, se enroló en las filas de la Comuna y la defendió contra las calumnias de Thiers.<sup>8</sup>

Para Marx, el gobierno de la Comuna fue sin lugar a dudas elegido democráticamente, y por tanto legítimo:

La Comuna estaba formada de consejeros municipales elegidos en las circunscripciones parisinas por sufragio universal [...]. Al suprimir aquellos órganos del antiguo poder gubernamental que sólo servían para oprimir al pueblo, la Comuna despojó de sus funciones legales al poder que pretendía mantenerse por encima de la sociedad y los transmitió a los servidores responsables de ésta [...]. De ahí en más, el pueblo organizado en comunas era llamado a utilizar el sufragio universal exactamente como cualquier empleador que utiliza su derecho individual de escoger a los obreros, los vigilantes, los contadores para sus empresas.<sup>8</sup>

En suma, para Marx, la Comuna es la mejor ilustración de lo que llamó una “dictadura del proletariado”, que utiliza todos los poderes que le delega el sufragio universal. Sin contar que no se “contentó con tomar tal cual la máquina estatal y hacerla funcionar por su propia cuenta”,<sup>8</sup> sino que se ocupó de reformarla tras haber sido elegida democráticamente para ello. Marx enumera las características de esas reformas institucionales necesarias para la transición al socialismo: la “supresión del ejército permanente y su reemplazo por el pueblo en armas”;<sup>8</sup> la supresión del cuerpo de los funcionarios y de las instituciones parlamentarias, reemplazadas por “obreros o representantes conocidos de la clase obrera [...] responsables y revocables en cualquier momento”, que cobren por su función “salarios de obreros” y que constituyan “un cuerpo activo, ejecutivo y legislativo a la vez”.<sup>8</sup> La Comuna también despoja a la Justicia de su “independencia fingida” y comienza a “quebrar la herramienta espiritual de la opresión” emprendiéndola con la Iglesia. Pero ese gobierno fracasó en pasar a la

siguiente etapa, el socialismo, porque no supo administrar correctamente esa dictadura del proletariado.

Marx formula entonces por primera vez el detalle de su concepción de la transición del capitalismo a la sociedad sin clases. Para él, debe desarrollarse en cuatro etapas: la fase "revolucionaria y violenta" para despojar de un golpe a la burguesía de su autoridad (como en la toma del poder por los parisinos); la "dictadura del proletariado" (o sea, la Comuna), destinada a evitar las acciones contrarrevolucionarias (es decir, las de los versalleses) mediante reformas radicales como las que acaba de evocar; el "socialismo", para relanzar la producción según el principio "a cada cual según su trabajo"; por último, el "comunismo", que permitirá la distribución igualitaria de los productos y la libre organización de las colectividades: "a cada cual según sus necesidades".

La Comuna, concluye Marx, fracasó en el pasaje de la segunda a la tercera fase, pero fue la forma más consumada de revolución proletaria; por tanto, va a abrir otros focos insurreccionales en Europa. Karl termina con una pequeña maniobra de aparato: para garantizar el éxito de esas futuras revoluciones, para pasar de la dictadura del proletariado al socialismo, habrá que poder apoyarse en una fuerte solidaridad internacional, y, para ello, reforzar el Consejo General de la Internacional y separar a los anarquistas.

Este texto es aprobado por la mayoría de la organización, blanquistas y prudhonianos inclusive, lo que precipita la partida de los sindicalistas ingleses, entre ellos Odger, fundador de la Internacional, que no puede aceptar lo que percibe como una apología de la violencia, denunciada por toda la prensa británica, aunque no fue sino legítima defensa.

Los tres mil primeros ejemplares de la edición inglesa de este llamamiento se agotan en quince días, al igual que los de las ediciones alemana y francesa.<sup>105</sup> ¡Éste será el mayor éxito editorial que conocerá Marx en su vida! Pero es un éxito que huele a azufre, porque la Internacional aparece entonces ante los gobiernos de toda Europa como la promotora del derrocamiento de las instituciones establecidas, y en consecuencia, como el enemigo que hay que vencer a cualquier precio, a la manera de aquellos que ella sostiene. En Francia es prohibida por la República y sus miembros son ejecutados, deportados o desterrados.<sup>105</sup> En Alemania, Liebknecht y Bebel son encarcelados por Bis-

marck, y muchos otros con ellos. En Rusia, la represión es despiadada. En Viena, en Budapest, en Italia, en Bélgica, las secciones de la Internacional son estrechamente vigiladas y sus márgenes de acción severamente restringidos.

Marx es considerado entonces a través de toda Europa como el principal inspirador, el organizador mismo de esa Comuna deshonrada que todos los poderes establecidos presentan como una dictadura sanguinaria.<sup>277</sup> El embajador alemán en Londres ruega otra vez a las autoridades británicas que lo traten como a un criminal de derecho común, cosa que el derecho inglés —que Marx no ha infringido— no autoriza.<sup>277</sup> No obstante, debe desmentir las locas intenciones que le adjudican:<sup>277</sup> abolir la realeza en Inglaterra, suprimir la Cámara de los Lores...

Entonces concede varias entrevistas a diarios estadounidenses. Una es publicada por el *Woodhull & Claflin's Weekly*, un curioso diario bautizado con el nombre de dos hermanas, Tennessee Claflin y una tal Victoria Woodhull, cuyo amante, Cornelius Vanderbilt, rey de los ferrocarriles, financia la publicación. Por otra parte, Victoria se presentará en la elección presidencial, el siguiente año, con un periodista negro, Frederick Douglass, como compañero de lista, ¡en una época en que las mujeres no tienen derecho a voto y en que la segregación está en todo su apogeo! Esta entrevista es un texto muy interesante, donde Karl deja oír su voz mordaz y en que se ven ya reunidos todos los obstáculos que debe enfrentar el periodismo moderno frente a la propaganda y el rumor. Cuando el periodista lo interroga sobre la índole secreta de la Internacional, Karl responde:

No hay que aclarar ningún misterio, salvo quizá el de la necesidad humana de aquellos que persisten en no tener en cuenta el hecho de que nuestra asociación es pública, al igual que su acción, y que sus debates están consignados en detalle en actas que cualquiera puede leer. Usted puede conseguir nuestros estatutos por un penique, y si compra folletos por valor de un chelín, pronto sabrá sobre nosotros tanto como nosotros mismos.

Y prosigue con ironía:

La insurrección también podría haber sido un complot de francmasones, porque su participación, como individuos, no fue desdeñable.

No me sorprendería si el papa les cargara sobre sus espaldas toda la insurrección [...]. La Internacional no pretende dictar sus voluntades en la materia: bastante trabajo le cuesta ya dar algunos consejos. [...] La clase obrera no tiene nada que esperar de otra clase. Por eso es absolutamente necesario que defienda su causa ella misma.

Cuando el periodista le pregunta qué piensa de la prensa, responde:

En el diario belga *La Situation* se dice: "El doctor Karl Marx, de la Internacional, fue detenido en Bélgica cuando trataba de pasar a Francia. Desde hace largo tiempo la policía londinense había puesto el ojo en la Asociación a la que está vinculado, y en este momento toma medidas enérgicas para suprimirla". ¡Dos frases, dos mentiras! Usted puede comprobar la veracidad de la primera gracias al testimonio de sus sentidos: fíjese que no estoy en una prisión belga sino realmente en mi domicilio, en Inglaterra. Por otro lado, no ignora usted que la policía inglesa tiene tan poco poder para mezclarse en los asuntos de la Internacional como el que tiene nuestra Asociación para mezclarse en los asuntos de la policía. Y sin embargo, una cosa es segura: ese informe recorrerá la prensa del continente sin recibir el menor desmentido, y se abriría camino aunque yo enviara desde aquí, a cada uno de los diarios de Europa, una circular.

Decididamente, las cosas no cambiaron mucho desde esa época...

El 3 de julio, respondiendo a otras preguntas que emanaban de otro diario estadounidense, el *New York World*, Marx declara: "La burguesía inglesa siempre se mostró dispuesta a aceptar el veredicto de la mayoría, mientras las elecciones garanticen su monopolio. Pero tengan la seguridad de que nos enfrentaremos a una nueva guerra de Secesión en cuanto esté en minoría sobre cuestiones que para ella sean de importancia vital". Cuando el periodista lo interroga sobre las formas, democráticas o violentas, que debe adoptar la conquista del poder, responde que la revolución es inútil en una situación democrática; que por otra parte depende de lo que decida la clase obrera, y sólo ella, del país considerado:

En Inglaterra, por ejemplo, la vía que lleva al poder político está abierta a la clase obrera. Una insurrección sería una locura allí donde

la agitación pacífica puede realizarlo todo con prontitud y seguridad. Francia posee cien leyes represivas; un antagonismo mortal opone a las clases, y no se ve cómo escapar a esa solución violenta que es la guerra social. La elección de esa solución concierne a la clase obrera de ese país.

Más tarde, muy pocos partidarios de Marx destacarán que él recomendó, allí donde fuera posible, emplear la vía democrática para conquistar el poder. Por cierto, jamás dijo que ese poder deberá ser devuelto si es perdido en las urnas...

Cuando la Internacional es acusada en Francia, por la prensa, de inteligencia con el enemigo prusiano, Marx responde, el 10 de agosto de 1871, con un largo alegato que apunta a establecer la neutralidad de la organización en la guerra:

En su primer llamamiento del 23 de julio de 1870, el Consejo General declaraba que la guerra no era hecha por el pueblo francés sino por el Imperio, y que en el fondo Bismarck era tan responsable de ella como Bonaparte. Al mismo tiempo, el Consejo General llamaba a los obreros alemanes a no permitir que el gobierno prusiano transformara la guerra de defensa en guerra de conquista. El segundo llamamiento del 9 de septiembre de 1870 (cinco días después de la proclamación de la República) condena muy firmemente los objetivos de conquista del gobierno prusiano. Ese llamamiento invita a los obreros alemanes e ingleses a tomar partido por la República Francesa. De hecho, los obreros pertenecientes a la Asociación Internacional se opusieron en Alemania con tal energía a la política de Bismarck que él hizo detener ilegalmente a los principales representantes alemanes de la Internacional bajo la mentirosa acusación de "conspiración" con el enemigo, y los arrojó en fortalezas prusianas. [...] ¿Ignora hoy en día el gobierno francés que la Internacional suministró su apoyo a Francia en el curso de la guerra? De ninguna manera. El cónsul del señor Jules Favre en Viena, el señor Lefavre, cometió la indiscreción –en nombre del gobierno francés– de publicar una carta de agradecimiento a los señores Liebknecht y Bebel, los dos representantes de la Internacional en el Reichstag alemán. Esa carta figura en los documentos del proceso por alta traición que el gobierno sajón, bajo la presión de Bismarck, intentó contra Liebknecht y Bebel, pro-

ceso que actualmente todavía está en curso. [...] En el mismo momento en que algunos diarios infames me denunciaban a Thiers como agente de Bismarck, ese mismo Bismarck encarcelaba a mis amigos por alta traición para con Alemania y daba la orden de hacerme detener no bien pusiera los pies en Alemania. Todo eso prueba que el mismo gobierno francés consideraba a la Internacional como la aliada de la República Francesa contra los conquistadores prusianos; y, de hecho, era la única aliada de Francia durante la guerra. Saludos fraternos.<sup>47</sup>

Karl comienza también a ocuparse de los refugiados franceses, que afluyen en masa a Londres. Los sobrevivientes más importantes, como Vaillant, Randier o Vésinier, que milagrosamente escaparon a las balas versallescas, son admitidos en el Consejo General de la Internacional. Muchos son ayudados por el Comité de Ayuda a los Refugiados. Jenny, Eleanor y los Lafargue están en Burdeos, con la familia de Paul, con sus dos hijos, el más joven de los cuales, un niño nacido en enero, muere el 26 de julio de 1871. Es el segundo niño que pierde Laura. No le queda más que el pequeño "Fouchtra", además llamado "Schnaps", enfermo también.

No hay noticias de Longuet. Lafargue hace saber a Jennychen y a Eleanor la muerte de Flourens. La primera lleva todavía en su poder una carta del fusilado.

Las tres hermanas Marx, "Schnaps" y Paul Lafargue huyen para ocultarse en Luchon, donde el aire es mejor para la tuberculosis del niño. Allí, un policía viene a avisarles que Lafargue fue denunciado y que pronto va a ser detenido. Los Lafargue pasan entonces a España (Paul tiene un pasaporte español) con su hijo, donde son detenidos en Huesca, luego liberados el 21 de agosto, mientras que las otras dos hermanas vuelven a partir para Londres. En la ruta de regreso, Jennychen y Eleanor son detenidas, registradas, retenidas varios días e interrogadas durante por el fiscal de la República de Tolosa, el juez de paz y el prefecto, un tal conde de Keratry. Jenny lleva encima la carta de Flourens, que jamás la abandonó y que hubiera bastado para enviarla a la cárcel de haber sido descubierta.

La Internacional se disgrega. Entonces no cuenta más que con 385 miembros, 254 de los cuales están en Inglaterra. Su secretario general sigue siendo el viejo Georg Eccarius, a quien le pagan 15 chelines por

semana —y todavía, no regularmente—. Por eso, para sobrevivir, ahora saca dinero de las informaciones a la prensa sobre las actividades de la organización, lo que suscita la indignación general. Como una vez más es imposible reunir un congreso, el 8 de septiembre Karl convoca a una "conferencia preparatoria" en Londres. Se alía a los blanquistas y, como un poco antes lo dijo a los periodistas estadounidenses, propone salir de la clandestinidad y, en cualquier país donde esto resulte posible, reemplazar las sociedades secretas tan del gusto de los anarquistas por "partidos comunistas", que deberán tratar de adueñarse legalmente del poder. En particular, exhorta a los "jurásicos", vale decir, a Bakunin, a volver a filas. Esta confirmación de su legalismo y de su rechazo de la revolución violenta en democracia es aceptada por los dirigentes de la Internacional.

Ha nacido la socialdemocracia. Esa reunión de Londres quedará en la Historia como el momento en que, a iniciativa de Marx y contra las ideas de la época, el movimiento socialista escoge claramente la vía parlamentaria, aunque todavía no diga tan claramente que el poder adquirido por las urnas puede también ser perdido por ellas.

El 12 de noviembre de 1871, Bakunin vuelve a reclamar la convocatoria de un congreso "para mantener el principio de la autonomía de las secciones y hacer volver al Consejo General a su función normal, la de una simple oficina de correspondencia y estadística".

En el mismo momento, Thiers se convierte en jefe del Poder Ejecutivo, sin que eso prejuzgue sobre la forma futura de gobierno, y Zola publica *La fortuna de los Rougon*.

En ocasión del séptimo aniversario de la fundación en Londres de la Asociación Internacional de los Trabajadores, Marx pronuncia un discurso que traduce claramente su estado de ánimo; éste es su tenor, consignado por un corresponsal del mismo diario estadounidense:

Hablando de la Internacional, dice que el gran éxito que hasta entonces había coronado sus esfuerzos se debía a circunstancias sobre las cuales los mismos miembros no poseían ningún poder. [...] Su tarea era organizar las fuerzas de la clase obrera, unir y armonizar los diversos movimientos obreros. Las circunstancias que tanto habían ayudado a desarrollar la Asociación eran las condiciones en las cuales los trabajadores eran cada vez más oprimidos a través del mundo. Ése era el secreto del éxito...

En otras palabras, el martirio que ella acaba de padecer ayudará al desarrollo de la Internacional.

De hecho, Marx no cree ni una palabra: a su manera de ver, la Internacional ya pasó a la historia. Pronto va a extraer las consecuencias de esto.

El 21 de octubre, Engels, que vivió los acontecimientos de Londres al lado de Marx al tiempo que rabiaba por no poder ir a luchar y morir en las barricadas parisinas, escribe a su madre, su confidente, en Barmen, una carta magnífica que resume muy bien el clima del momento y cierra este dramático período:

Querida madre, si no te escribí nada desde hace tanto tiempo es porque deseaba responder a tus observaciones sobre mi actividad política de una manera que no te lastimara. Y además, cuando leía esa avalancha de mentiras injuriosas en el *Kölner Zeitung*, en particular las abyecciones de ese bribón de Wochenusen, cuando observaba a esa misma gente que, durante toda la guerra, sólo veía mentiras en toda la prensa francesa, pregonar en Alemania, como palabra santa, cualquier invención policial, cualquier calumnia del periodicucho más venal de París contra la Comuna, eso no me ponía en disposición de escribirte. Mucho ruido se hace de los pocos rehenes que fueron fusilados a la moda prusiana, de los pocos palacios que fueron quemados a ejemplo prusiano, porque todo el resto es mentira. ¡Pero de los 40 mil hombres, mujeres y niños que los versalleses diezmaron con ametralladoras luego del desarme, de eso nadie habla! Sin embargo, ustedes no pueden saber todo eso, ustedes se ven reducidos al *Kölner Zeitung* y al *Elberfelder Zeitung*; literalmente, les administran las mentiras. Sin embargo, ya oíste tratar a gente de caníbal con bastante frecuencia en tu vida: la gente del Tugenbúd bajo el viejo Napoleón, los demagogos de 1817 y de 1831, la gente de 1848, y, después, siempre se encontró que no eran tan malos y que un furor interesado de persecución les había echado sobre la espalda, desde el comienzo, todas esas historias de bandoleros que siempre terminaron por ser llevadas por el viento. Espero, querida madre, que te acuerdes de esto, y que apliques esto también a la gente de 1871 cuando leas en el diario esas infamias imaginarias. Tú sabes que nada cambié de mis opiniones desde hará pronto treinta años. Y tampoco debe ser una sorpresa para ti que, no bien los acontecimientos me obligan, no sólo

los defiendo, sino que también lo convierto en mi deber. Si Marx no estuviera ahí, o no existiera, nada de todo eso habría cambiado. Por lo tanto es muy injusto echarle eso sobre las espaldas. Evidentemente, también me acuerdo de que antaño la familia de Marx pretendía que era yo el que lo había pervertido. Pero basta ya de todo esto. No hay nada que cambiar de eso y hay que acostumbrarse. Que haya un poco de tranquilidad durante algún tiempo y, de todos modos, el clamor se amortiguará, y tú misma encararás el asunto más tranquilamente. De todo corazón, tu Friedrich.<sup>113</sup>

## VI. ÚLTIMAS BATALLAS (diciembre de 1871-marzo de 1883)

KARL PARECE llegar a la meta; tiene 54 años. Cuando el fragor de la Comuna todavía resuena en Europa, de pronto se ha vuelto mundialmente famoso. Considerado por los diarios como omnipotente, se encuentra a la cabeza de la única organización política multinacional; partidos o grupos secretos que lo reivindican se ponen de manifiesto en Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia, los Estados Unidos y Rusia. Su último *Llamamiento a la Internacional*, escrito a fines de la Comuna, fue retomado por toda la prensa occidental, y los periodistas de todo el mundo hacen cola para interrogarlo. El *Manifiesto comunista*, leído por centenares de miles de obreros y estudiantes alemanes, está siendo traducido al francés, el ruso y el inglés, así como su libro faro, *El capital*, que comienza a atraer las miradas de los universitarios, los políticos, los revolucionarios. Por fin dispone de ingresos suficientes para vivir y hacer vivir decentemente a su mujer y sus hijas, con quienes forma una familia muy unida, contrariamente a todos los chismes que circulan.

Sin embargo, no es feliz ni está sereno: enfermo, sufriendo a veces hasta el martirio, nunca repuesto de la pérdida de tres de sus hijos; vigilado, espiado, hostigado por adversarios procedentes tanto de la derecha como de su propio campo; acribillado de críticas y de calumnias que no hablan de él más que como si fuera el diablo; consciente de las lagunas de su obra y de la dificultad que tendrá para culminarla; comprendiendo que sólo interesa en virtud de la influencia política que le adjudican; denigrado por la universidad alemana, de la que tanto hubiera querido formar parte; presintiendo que el capitalismo, asociado al Estado benefactor, podría resultar capaz de mejorar lo suficiente el nivel de vida de los obreros para que rechacen el comunismo; se ve tentado de interrumpirlo todo en una suerte de suicidio intelectual, político y físico. Está fatigado de todo; exactamente como lo estaba algunos años atrás otro gran observador de su tiempo con opiniones muy diferentes, Alexis de Tocqueville, fati-

gado de "tomar sucesivamente como la ribera a vapores engañosos y preguntar[se] con frecuencia si esa tierra firme que desde hace tanto tiempo buscamos en efecto existe, o si nuestro destino más bien no es recorrer eternamente el mar".<sup>269</sup>

De hecho, la primera víctima política de los acontecimientos de 1870 y 1871 es la Internacional: cantidad de sobrevivientes son proscritos tras las matanzas parisinas y las represiones alemana, austriaca y rusa. En cuanto a los otros, tratan de entrar en el juego democrático como lo hicieron antes que ellos los dirigentes de los sindicatos ingleses. Raros son aquellos que todavía quieren cambiar radicalmente la sociedad. Y, entre ellos, más raros todavía los que, como él, aspiran a hacer la revolución por la vía electoral, allí donde es posible.

Al final de 1871, la primera prioridad para Karl es encontrar un resguardo y un empleo a los comuneros que desembarcan en Londres, víctimas del odio de todos: hasta sus amigos de la izquierda británica los consideran como monstruos sanguinarios. El 21 de diciembre, en una carta a los Kugelmann, Jennychen, que acaba de volver a Londres con Eleanor de su periplo francés tras haber dejado a Laura en la frontera española, resume así los deseares que experimenta cuando busca apoyos para los refugiados:

Durante todas estas tres últimas semanas corrí de un suburbio de Londres a otro (y no es una pequeña empresa atravesar toda esta inmensa ciudad) y luego escribí cartas a menudo hasta la una de la mañana. El objetivo de esos desplazamientos y esas cartas es encontrar dinero para los refugiados. Hasta ahora, todos nuestros esfuerzos no fueron muy fructíferos. Las calumnias repugnantes de una prensa venal y desvergonzada insuflaron a los ingleses tantos prejuicios contra los comuneros que en general son considerados con un asco no disimulado. Los empresarios no quieren saber nada de nosotros. Los hombres que lograron conseguir un empleo bajo un nombre prestado son despedidos en cuanto se descubre su identidad. Los pobres señor y señora Serrailler [él, representante de Marx en París, elegido en la dirección de la Comuna al morir Flourens], por ejemplo, habían encontrado trabajo como profesores de francés. Pero hace unos días les informaron que ya no necesitaban los servicios de un ex miembro de la Comuna y de su mujer. Puedo hablar de esto por experiencia personal. Los Monroe [amigos ingleses de los Marx, miem-

bros de los movimientos de izquierda], por ejemplo, rompieron toda relación conmigo porque hicieron el horrible descubrimiento de que yo era la hija del "forajido en jefe" que defiende a ese maldito movimiento de la Comuna.<sup>49</sup>

De hecho, Marx se ha convertido en la mayor referencia de los últimos sobrevivientes entre los rebeldes. Sus obras finalmente salen del gueto en que las encerraba la lengua alemana. En diciembre de 1871 aparece en Nueva York la primera traducción inglesa del *Manifiesto* en el *Woodhull and Claflin's*, ese diario extraño al que acaba de conceder una entrevista.<sup>273</sup> Un mes más tarde, siempre en Nueva York, en *Le Socialiste* –semanario publicado por inmigrantes franceses, sucesor del *Bulletin* de la Unión Republicana de Lengua Francesa (asociación fundada por dos antiguos discípulos de Cabet refugiados con él treinta años antes en Norteamérica: Mercadier y Loiseau)–, aparece la primera traducción francesa del *Manifiesto*. Está hecha no a partir del original alemán, sino de la traducción inglesa aparecida un mes antes en la misma ciudad.<sup>273</sup>

Por entonces, Marx es tan unánimemente reconocido como el modelo de pensamiento de la izquierda mundial que el propio Bakunin, el 23 de enero de 1872, ante la sección de Suiza de habla francesa de la Internacional, debe conceder:

Marx es el primer sabio economista y socialista de nuestros días. Conocí a muchos sabios en mi vida, pero nunca a uno tan sabio ni tan profundo como él [...]. Fue Marx quien redactó los considerandos, tan profundos y bellos, de los estatutos generales, y quien dio cuerpo a las aspiraciones instintivas, unánimes, del proletariado de casi todos los países de Europa, concibiendo la idea y proponiendo la institución de la Internacional.<sup>70</sup>

En ese año de 1872, la economía mundial vuelve a despegar; la costa este de los Estados Unidos se convierte en su corazón, en lugar de Londres. La industria de la máquina-herramienta se desarrolla. El motor eléctrico comienza a despuntar.<sup>66</sup> Tras una huelga obrera de seis semanas en Nueva York, la jornada de ocho horas se convierte en la ley, inaplicada, en los Estados Unidos. Ese año, en Londres, un amigo de la familia Marx, el escritor Samuel Butler, publica su uto-

pía, *Erewhon o allende las montañas*,<sup>83</sup> que marca mucho a Karl por su descripción de un mundo donde el tratamiento de la enfermedad y el del crimen estarían invertidos. Aunque durante toda su vida trató de reemplazar el socialismo utópico por una doctrina científica, es consciente de la importancia de la descripción de una sociedad ideal, cosa que sin embargo nunca quiso hacer. En la misma época, Cézanne y Pissarro trabajan en Auvers-sur-Oise, vuela el primer dirigible con hélice, y Jules Verne publica *La vuelta al mundo en 80 días*: la globalización continúa su marcha.

Es entonces cuando el editor francés de Eugène Sue, Maurice La Châtre, condenado por rebeldía a veinte años de reclusión por su participación en la Comuna, retoma, en España y luego en Bélgica, el proyecto de traducir al francés *El capital*. El primero que lo encaró, Élie Reclus, a quien, como vimos, Marx conoció en París en 1869, acaba de renunciar a ello para ir a trabajar a Suiza con su hermano Élise, el futuro famoso geógrafo, en la Federación Jurásica de Bakunin. Como falta dinero, el nuevo editor propone a Marx publicar su libro en varios fascículos, con unos derechos de autor irrisorios. El 18 de marzo de 1872, éste le da su acuerdo: "En esta forma, la obra será más accesible a la clase obrera y, para mí, esa consideración prevalece sobre cualquier otra". Karl consagra entonces lo esencial de su tiempo a reescribir el libro I, añadiendo, tachando, reescribiendo con el pretexto de trabajar en la versión francesa, refunfuñando contra todos los traductores propuestos, "incapaces que le hacen perder el tiempo; [iría] más rápido haciéndolo él mismo". Y, a decir verdad, lo hace él mismo en su francés aproximativo.

Ya no ve de dónde podría saltar la chispa que desencadenara la revolución mundial. Jamás creyó que vendría de Inglaterra, aunque todavía es un centro del capitalismo y el refugio de las grandes figuras del movimiento internacional. Allí afluyen entonces los rusos Kropotkin y Stepniak, el italiano Malatesta, el austriaco Max Nettlau, el alemán Rudolf Rocker y sobrevivientes franceses de la Comuna como Vaillant, Serrailler y Franckel; el barrio de Soho, el más pobre de la ciudad, donde Marx vivió durante seis años, es incluso apodado ahora "la Pequeña Francia".

Francia, por su parte, está por mucho tiempo fuera del juego político luego de las matanzas de mayo de 1871; de hecho, el 3 de mayo de 1872, un primer grupo de comuneros condenados es deportado a

Nueva Caledonia; otros parten a Argelia, a unirse a una gran cantidad de alsacianos y lorenenses deseosos de seguir siendo franceses. Para atribuirles un campo, el ejército incauta las propiedades de argelinos bajo el pretexto más o menos justificado de su participación en insurrecciones.

En cuanto a Rusia, tampoco puede ser, según Marx, el país donde se desencadene la revolución, porque sigue siendo un Estado feudal, administrado con mano de hierro por Alejandro II desde que se multiplican los atentados. Karl siempre pensó y escribió que el socialismo vendría luego del capitalismo y no en su lugar; pero la avanzada del capitalismo es irrisoria en Rusia. Por añadidura, allí las fuerzas revolucionarias, en cuanto a lo esencial, están compuestas de anarquistas y de populistas que nada comprenden de su trabajo y para quienes tanto el capitalismo como el socialismo son perversiones occidentales; los *narodniki* (populistas), en particular, refutan sus tesis como producto de países "paganos". Sin embargo, es en ruso como, en abril de 1872, aparece la primera traducción extranjera de *El capital*, hecha a marcha forzada por dos rusos emigrados a Londres, Lopatin y Danielson (a quien Karl aprecia particularmente, aunque este último haya sido al comienzo un *narodnik*). Con una tirada de tres mil ejemplares, el libro es autorizado en Rusia: el censor zarista que da su imprimátur, Skuratov, escribe:

Aunque las convicciones políticas del autor sean exclusivamente socialistas, y todo el libro sea claramente de naturaleza socialista, con seguridad su concepción no lo convierte en un libro accesible a todos; además, su estilo es estrictamente matemático y científico; por eso el comité declara al libro exento de toda persecución.

Y agrega: "Pocas personas lo leerán en Rusia. Menos todavía lo comprenderán". El 28 de mayo de 1872, Marx, que todavía lee mal el ruso, felicita a Danielson: "La traducción está hecha con mano maestra". El primer mes se venden novecientos ejemplares, lo que es apreciable pero por cierto no constituye un éxito masivo.

Queda Alemania, donde Karl todavía deposita una esperanza en el partido de Liebknecht y Bebel, llamado "partido de Eisenach", a condición de que se nieguen a colaborar con los herederos de Lassalle, fascinados, como lo estaba el joven y brillante abogado, por el poder estatal.

En el seno de la Internacional, que ahora es esquelética, la lucha por el poder es tanto más intensa a pesar de que en ella los desafíos se han vuelto ínfimos. Karl está convencido de que Bakunin, que siempre pretende ser anarquista, en realidad quiere utilizar lo que queda del movimiento para organizar en todas partes la "reconstitución de todos los elementos del Estado autoritario bajo el nombre de 'comunas revolucionarias'",<sup>46</sup> escribe entonces a Engels. En una fórmula notable, se inquieta incluso de ver que el anarquista ruso se esfuerza por convertir al "órgano ejecutivo en un estado mayor revolucionario formado por una minoría [...] cuya unidad de pensamiento y de acción no significa otra cosa que ortodoxia y obediencia ciega. *Perinde ac cadaver*: ¡estamos en plena Compañía de Jesús!".<sup>46</sup> No existe mejor requisitoria contra el "partido único" que será construido más tarde –justamente en Rusia– en su nombre, y del que nunca se dirá partidario. Incluso, nunca sostendrá el concepto de partido de vanguardia, de élite minoritaria, que tanto daño hará tras él. Marx piensa que la acción eficaz pasa por un partido de masas, en un contexto parlamentario, en todas partes donde sea posible.

En consecuencia, para él no se trata de abandonar la Internacional entre tales manos. En junio de 1872, en un nuevo llamamiento del Consejo General (*Las supuestas escisiones en la Internacional*),<sup>3</sup> una vez más acusa a Bakunin de querer dividir al movimiento obrero.

Pero también tiene otras preocupaciones, porque el verano de 1872 está marcado por la conjugación de tres acontecimientos familiares importantes, todos ligados de cerca con la Comuna: sus tres hijas están enamoradas de tres franceses, tres periodistas, tres comuneros, tres sobrevivientes milagrosos de las matanzas del Père-Lachaise.

Laura está todavía en España en el verano de 1872; ella y su marido, Paul Lafargue, animan el combate de los revolucionarios españoles perseguidos por un poder aterrorizado por lo que las autoridades francesas dicen de la Comuna; ese combate desembocará pronto en la creación, con Pablo Iglesias, del Partido Obrero español.

Jennychen encuentra en el mismo momento, entre los refugiados de la Comuna de quienes se ocupa, a Charles Longuet, ese periodista que Paul Lafargue le había presentado cinco años antes. Director de *La Rive gauche*, convertido en una suerte de diario oficial de la Comuna, habiendo escapado a las balas que mataron a Flourens –el otro

amor de Jennychen—, Longuet acaba de refugiarse en Londres y le hace una corte asidua. Se ponen de novios.

Eleanor, por último, también se enamora de un comunero, el cuarto en la familia: el conde Prosper Olivier Lissagaray. Militante republicano muy activo bajo el Imperio, comisario de guerra en Tolosa y jefe de escuadrón en el ejército de Chanzy, periodista y combatiente bajo la Comuna, renunció a su título y publica bajo los obuses seis números de *L'Action*, luego del *Tribun du peuple*. Salvado también de las balas de los versalleses, refugiado luego en Londres, en ese verano de 1872 va a visitar a Marx para explicarle que la obra de su vida será narrar la historia de los setenta y dos días de la Comuna, testimoniar a los ojos de la Historia esa espantosa matanza, caricaturizada en su opinión por la prensa y los relatos oficiales; hará una investigación, explica, entre todos los sobrevivientes, en Londres, en Suiza, en todas partes donde pueda encontrar proscritos, y consultará todos los documentos que pueda desenterrar. Quiere dejar una huella como periodista, historiador y actor: establecer el auténtico relato de esa horrible carnicería de resistentes por un gobierno reaccionario y derrotista. Porque las jornadas de mayo, dice, "hasta ahora sólo fueron narradas por los vencedores".<sup>177</sup> Muestra a Karl el diario que llevó durante los acontecimientos: *Las ocho jornadas de mayo tras las barricadas*; quiere terminar su libro con: "La última barricada de las jornadas de mayo es en la calle Ramponeau. Durante un cuarto de hora, un solo federado la defiende. Tres veces rompe el asta de la bandera versallesa. Como precio de su coraje, el último soldado de la Comuna logra escaparse".<sup>177</sup> Este último combatiente anónimo es el propio Lissagaray, que, por un increíble cúmulo de circunstancias, escapó a las últimas matanzas, como Longuet y Lafargue.

Karl está seducido. El hombre es tranquilo, fuerte y preciso. Ciertamente, comprende que "Lissa" es demasiado independiente, demasiado cercano a los anarquistas para convertirse en uno de sus fieles; pero piensa que el "conde rojo" está en condiciones de escribir uno de esos testimonios sin los cuales ninguna teoría social vale; y Karl está seguro de encontrar ahí la confirmación de su propia teoría sobre la Comuna tal como la expuso en su último texto, el tercer *Llamamiento*. En él ve también —y tal vez sobre todo— una ocasión de restablecer la verdad contra una propaganda que apunta a su persona, en la primera fila, que lo designa alternativamente como un agente prusiano o

como el jefe clandestino de la Comuna. Quiere publicar esa verdad lo antes posible, no sólo en francés sino también en alemán y en inglés. Por eso propone a Lissagaray, pasmado, supervisar él mismo la traducción alemana de su futuro libro, y confiar su traducción inglesa a su hija menor, Eleanor, totalmente bilingüe. Las dos traducciones, dice, se harán al mismo tiempo que avance la escritura del manuscrito. Por entonces, Eleanor sólo tiene 17 años; con su aspecto masculino, no es tan linda como Laura pero sí más que Jennychen. Todavía es alumna en el colegio de su barrio, el de South Hampstead, donde se apasiona por el teatro y la política. Rebelde en todo, también es la única en la familia que se interesa en el judaísmo, que comienza a reivindicar "para recuperar sus raíces", para el gran perjuicio de su madre, que se ha vuelto una atea particularmente decidida. Su padre –igualmente ateo– se entremece por todo lo que hace su hija menor, que tanto le recuerda a su hijo Edgar.

Encantado con la oferta, Lissagaray se pone a trabajar con el padre y la hija, en casa de Karl. Pero muy rápidamente, Eleanor cae perdidamente enamorada de "Lissa", que no la desalienta. Karl es hostil a esta relación: Lissagaray tiene el doble de edad que Eleanor. "Por el bien de la niña, debo actuar con mucha precaución y vigilancia", escribe a Engels. Sin contar que "el vasco flamígero", como lo llama Karl, tiene la reputación de ser un seductor.

Luego Marx se vuelve a meter en la acción política: ante la cercanía del comienzo del mes de septiembre, fecha en la que todos los años se celebra el congreso de la Internacional, la situación entre Bakunin y él se tensa en Londres.

El lugar de la reunión es un primer tema de fricción: las federaciones cercanas al jefe anarquista –los "jurásicos"– desean que el congreso se celebre en Suiza, donde se sienten en terreno conquistado, cosa que los otros rechazan por temor a "influencias locales nefastas". Finalmente, el congreso se celebra en La Haya, uno de los raros lugares del continente todavía abiertos a la izquierda. Los "jurásicos" comisionan allí a dos de los suyos para presentar su moción, con la consigna de retirarse si no es mayoritaria.

A Karl no se le escapa que éste es un congreso capital: a pesar de toda su irradiación, y sin duda a causa de ésta, la Internacional agoniza. Muchos de sus dirigentes murieron bajo las balas de los versalleses; la mayoría de los otros están en prisión en diversos países de

Europa –inclusive sus mejores amigos, Liebknecht y Bebel, en Alemania, por haber denunciado el expansionismo prusiano-. De hecho, sólo se anuncian 56 delegados. Algunos días antes de la apertura, Karl escribe a Kugelmann, que va a acudir como delegado alemán: "Está en juego la vida o la muerte de la Internacional".<sup>27</sup> Y por primera vez desde la creación de la organización, Marx decide asistir. Allí se encuentra con Paul Lafargue, delegado por España y Portugal, que, en ruta de regreso a Londres, llega a La Haya con su mujer, y sin duda sus hijos, el 1º de septiembre, cosa que establecen los registros de policía y del hotel, que hablan de la presencia de "Karl Marx y su mujer con su hija Laura y su marido Paul Lafargue".<sup>146</sup> ¿Tal vez también se trata para Karl de una ocasión de volver a ver, no lejos de La Haya, a dos de sus hermanas, a su tía Philips y a la querida prima Nanette, convertida en una militante de la Internacional? ¿Quizá es también por esa razón que Jenny quiso acompañarlo?

Desde el comienzo del Congreso –seguido por algunos periodistas–, Bakunin solicita la anulación de las decisiones de la reunión de Londres del año anterior que recomiendan a los miembros de la Internacional seguir la vía democrática. Para Bakunin, sólo la revolución tiene sentido, donde quiera que estalle. El anarquista ruso propone también otra vez retirar al Consejo General lo esencial de sus prerrogativas para confiarlas a las federaciones nacionales. Marx, a cambio, acusa a Bakunin de "infiltrar" la Internacional para derrocar a "los representantes legítimos de los trabajadores en el Consejo General". Luego de tres días de ásperas discusiones, se vota. Sostenido por los últimos dirigentes comuneros procedentes de Londres, Franckel y Vaillant, Karl obtiene primero la confirmación de la doctrina fijada en Londres: la conquista del poder se hará por la vía parlamentaria allí donde sea posible; por lo tanto, hay que constituirse como partido e ir a las elecciones bajo su propia bandera, sin aliarse con los partidos burgueses o liberales. El artículo 7 de los estatutos de la Internacional es modificado de este modo: "En su lucha contra el poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede actuar como clase salvo constituyéndose a su vez en partido político distinto, opuesto a todos los antiguos partidos formados por las clases poseedoras".<sup>147</sup> Las prerrogativas del Consejo General, por otra parte, son mantenidas. Sin embargo, los anarquistas no se retiran y empantanán los debates en interminables discusiones de procedimiento.

Una vez más, Karl no aprecia mucho sus propias victorias. Cansado de las escisiones, agotado por los esfuerzos que, desde hace siete años, las reuniones por lo menos semanales de la autoridad central exigen de él, deseoso de acabar los dos tomos faltantes de *El capital*, esa gran obra que siente que se le escapa de las manos, comprende que la Internacional ha llegado a su fin. Sin embargo, ni por un solo instante se imagina que va a dejar lo que queda en manos de otro, sobre todo en las de un anarquista. Por eso decide dejarla en suspenso y al mismo tiempo desacreditar a Bakunin para que no pueda apoderarse de ella. Y, como siempre, cuando actúa, es con una acción relámpago.

Poco antes del cierre del Congreso, ante la sorpresa general, lanza dos flechas mortales: una contra la propia Internacional, la otra contra Bakunin.

Primero, cuando la asamblea se dispone a votar, por octavo año consecutivo, el mantenimiento de la sede de la Internacional en Londres, Engels, en un discurso sorprendente, en gran parte escrito por Marx —que no está en la sala—, propone desplazarlo... ¡a Nueva York! Aunque el corazón del mundo capitalista se inclina en ese momento del otro lado del Atlántico, no ocurre lo mismo con el movimiento comunista, que casi no tiene ninguna realidad entre la clase obrera de los Estados Unidos. Todos comprenden en la sala que una mudanza semejante sería, de facto, el decreto de muerte de la Internacional y que se habría "podido igualmente transferirla a la Luna", como lo susurra uno de los participantes. Hasta los amigos de Karl vacilan ante esa proposición: ¿por qué está interesado en destruir la Internacional, cuando acaba de hacer votar el mantenimiento de su función central? Muchos se niegan a seguirlo. Debe encararlos uno a uno, con Friedrich, para convencerlos. Finalmente, su moción sólo es adoptada avanzada la noche, por 26 votos contra 23 y 6 abstenciones. Karl hace nombrar entonces a la cabeza del nuevo secretariado a uno de sus fieles, Friedrich Albert Sorge, a quien conoció en Colonia en 1849: un encantador... ¡profesor de música!

Pero lo que no quiere es que el alejamiento del secretariado sea provechoso para Bakunin. Por eso, la misma mañana que sigue a ese voto, el último día del Congreso, revela teatralmente, en sesión, que Bakunin había firmado en 1869 un contrato con miras a traducir *El capital* en lengua rusa por 300 rublos, y que se guardó el anticipo pagado por el editor sin efectuar la traducción.<sup>277</sup> Esto no sería más que

un pecado venial, cometido en todas las épocas por muchos autores, ¡si Bakunin no lo hubiera perpetrado amenazando de muerte a dicho editor! En efecto, Karl muestra al Congreso una carta firmada por Nечаiev, colaborador de Bakunin, dirigida a Liubavin, intermediario entre Bakunin y el editor, ¡amenazando a este último muy explícitamente de muerte, en nombre de un "comité revolucionario", si no entregaba a Bakunin, sin contrapartida, los 300 rublos pautados!<sup>277</sup> Bakunin asegura su buena fe, exclama que no está al tanto de esa carta, pero no convence a nadie; es excluido de la Internacional por 27 votos contra 7 y 21 abstenciones.

De hecho, Marx había oído hablar de esa historia después de julio de 1870 por Lopatin, uno de los dos traductores en ruso de *El capital*, que se había esforzado, durante una estadía en Ginebra, por convencer a Bakunin de que Nechaiev era un estafador; como no lo había logrado, había ido a ver a Liubavin, que le había hablado de una carta de amenazas despachada por Nechaiev;<sup>248</sup> Liubavin luego se la había enviado, acompañada de estas palabras impregnadas de prudencia:<sup>145</sup> "En esa época, me parecía innegable que Bakunin tenía su parte de responsabilidad en esta carta, pero hoy, que considero las cosas con más tranquilidad, me doy cuenta de que nada lo prueba y que la carta pudo ser enviada por Nechaiev totalmente a espaldas de Bakunin". Más tarde, el descubrimiento de una carta de Bakunin a Nechaiev confirmará que realmente fue con su acuerdo como Nechaiev había amenazado de muerte al editor.<sup>277</sup>

Al día siguiente del Congreso, Sorge parte para los Estados Unidos sin ningún medio, sin siquiera ningún archivo. No lleva con él más que un solo colaborador, Théodore Cuno, un ingeniero alemán, también él delegado en el Congreso de La Haya, que escribirá en sus recuerdos, publicados sesenta años más tarde:

Ignoro qué ocurrió con los documentos del Congreso de La Haya y con los del resto de los congresos que lo precedieron. Pero estoy seguro de que no estaban en la valijita de Sorge cuando nos embarcamos en el *Atlantic*, en Liverpool. Tampoco volví a verlos luego, cuando el Consejo General fue transferido a Nueva York.<sup>253</sup>

Por una extraña ironía, en ese mismo otoño de 1872, en el momento en que la sede de la Internacional se desplaza a Norteamérica, el can-

didato demócrata a la presidencia de los Estados Unidos es Horace Greeley, fundador del *New York Tribune*: ¡el diario del que Karl fue corresponsal en Londres! Dos meses más tarde será claramente vencido por Ulysses Grant, el magnánimo vencedor de la guerra de Secesión, fácilmente reelecto a pesar de los escándalos financieros que lo rodean.

Una semana después del Congreso de La Haya, cuando todos siguen meditando en esos golpes de efecto ampliamente referidos por la prensa mundial, la Federación Jurásica –siempre fiel a Bakunin, a pesar de su exclusión– se reúne en Saint-Imier, en Suiza, con las federaciones española e italiana, varias secciones francesas y dos secciones de los Estados Unidos, para crear una nueva organización internacional abiertamente anarquista, cuyo objetivo sería “la destrucción de todo poder político a través de la huelga revolucionaria”, pero sin violencia. La resolución final de esa reunión rechaza la “engañifa del voto” y agrega:

Las aspiraciones del proletariado no pueden tener otro objeto más que el establecimiento de una organización y una federación económicas absolutamente libres, fundadas en el trabajo y la igualdad de todos y absolutamente independientes de todo gobierno político [...]. La destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado.

Uno cree descubrir en esto un discurso de Proudhon o incluso de Stirner, ese precursor del anarquismo que Marx, treinta años antes, había atacado en *La ideología alemana*: la oposición entre la izquierda que sueña con tomar el poder y la que sueña con hacerlo desaparecer, ya presente en los debates de la Revolución Francesa, vuelve con todo.

Al día siguiente de esta reunión, el 15 de septiembre de 1872, muere en Nuremberg uno de los primeros modelos de pensamiento de Karl, también atacado en *La ideología alemana*: Ludwig Feuerbach. Algunos notables, pocos estudiantes, miles de obreros, en gran parte militantes del Partido de los Trabajadores, el de los herederos de Lassalle al que Feuerbach acababa de adherirse, lo acompañan al cementerio Saint-Jean.

El mismo día, Karl Marx publica en *La Liberté de Bruxelles* un texto que resume las conclusiones que extrae del Congreso de La Haya. Éste, dice, “proclamó la necesidad para las clases obreras de combatir,

tanto en el terreno político como en el social, la vieja sociedad que se derrumba". Sigue una última flecha descargada contra Bakunin: "Entre nosotros se había formado un grupo que preconizaba la abstención de los obreros en materia política. Para nosotros era importante decir hasta qué punto considerábamos esos principios como peligrosos y funestos para nuestra causa".

El 5 de octubre de 1872, en una respuesta enviada al mismo diario, escrita desde Zúrich, donde se refugió, Bakunin, que a pesar de su exclusión no cede, echa pestes contra Marx, presintiendo, como éste un poco antes, el advenimiento posible de la dictadura real de un partido único bajo el pretexto de "dictadura del proletariado":

Pretender que un grupo de individuos, incluso los más inteligentes y mejor intencionados, sea capaz de convertirse en el pensamiento, el alma, la voluntad dirigente y unificadora del movimiento revolucionario y la organización económica del proletariado de todos los países es una herejía tan grande contra el sentido común y la experiencia histórica que uno se pregunta con asombro cómo pudo concebirla un hombre tan inteligente como Marx.<sup>127</sup>

Así, Marx y Bakunin adivinan el peligro que encubre su combate, pero cada uno acusa al otro de ser el único responsable.

Justo a su regreso a Londres con los Marx, los Lafargue pierden al segundo de sus tres hijos, el último varón, llamado "Schnaps" o "Fouchtra", que tanto querían Karl y Jenny. La familia se siente abatida.

Algunas semanas más tarde, el 10 de octubre, en Londres, Jennychen se casa con Charles Longuet. Los jóvenes esposos se van a vivir a Oxford, mientras que los Lafargue se instalan en la capital británica, en South Hill Park 27. Hacen tabla rasa sobre su exilio español. Eleanor, a quien llaman todavía "Tussy", ahora la única que vive con sus padres en la gran casa, sigue insistiendo ante ellos para que le permitan ponerse de novia con Lissagaray; Jenny y Karl se niegan. La joven echa pestes, se enoja, se deprime. Nada que hacer. Karl piensa entonces que el teatro podría distraerla, así como por un tiempo distrajo a Jennychen. Eleanor se precipita con pasión y se interesa en Ibsen. Pero no por eso deja de encontrarse con "Lissa", mal visto por el resto de la familia. En noviembre, en una carta a Jennychen, Eleanor se

queja de la desagradable actitud de Paul Lafargue para con el hombre de quien está enamorada.

Lafargue hace descubrir a su suegro una máquina para policopiar los manuscritos inventada por uno de sus amigos –uno de los primeros fotostatos–. Según algunas fuentes,<sup>248</sup> Karl se habría interesado en ella: ¡cuánto tiempo ganado para él si eso funcionara! Hasta habría invertido en ella, pero la empresa desaparece rápidamente como consecuencia de disensos alrededor de la propiedad de la patente.<sup>248</sup> Vemos que, veinte años más tarde, una máquina semejante representará un papel mayúsculo en el control de los manuscritos de Marx...

Al regreso de La Haya, Karl desea volver a sus manuscritos. Más que nunca es consciente de las lagunas del libro primero de *El capital*. Sabe que el valor trabajo de una mercancía no está reflejado por su precio en el mercado, y que hasta "la determinación del precio de las mercancías se aleja sistemáticamente, y no en forma de oscilaciones, de su valor",<sup>1</sup> lo que hace imposible la verificación empírica de su teoría de la plusvalía. Vuelve a trabajar en eso, garabatea, tacha, rompe. Lee mucho y, como el Demócrito de su tesis, busca la verdad de su teoría en la observación empírica. Llena más de cincuenta cuadernos –o sea, cerca de tres mil páginas apretadas– de notas sobre diferentes temas.<sup>248</sup> Luego vuelve al libro I, que modifica todavía para una nueva edición alemana y para la traducción francesa, que será terminada por un tal Jules Roy, que soporta las chifladuras de Karl.

Una vez más, en 1873, una crisis financiera, desencadenada esta vez en los Estados Unidos por la quiebra del banco de Jay Cook, lo convence de la inminencia posible de un derrumbe del capitalismo que vendrá a liberarlo de la necesidad de terminar los tres tomos de su obra. Por eso se concentra únicamente en la reedición alemana del libro I, que le parece urgente, para la que redacta un epílogo en el que se siente despuntar, a la vez, el deseo de tirar toda teoría al canasto cuando se perfila la acción y la rabia de no encontrar solución al problema del pasaje del valor al precio, que lo obsesiona desde hace tanto tiempo: "La economía política no puede ser una ciencia sino a condición de que la lucha de clases permanezca latente o sólo se manifieste en fenómenos aislados".<sup>1</sup> Cuando aparece una crisis política, "ya no se trata de saber si tal o cual teorema es verdadero, sino si suena bien o mal, si es agradable o no a la policía, útil o perjudicial al Capital".<sup>1</sup> En otras palabras, la verificación de una teoría no se hace

respecto de los datos del pasado, ni según su coherencia teórica, sino según su eficacia política. Una teoría sólo es verdadera si es eficaz: lo que le permite evadir de paso el atolladero en que se encuentra; su teoría es inverificable, no obstante puede ser verdadera si resulta ser útil a las clases a las que supuestamente sirve. Pero eso, únicamente la acción permitirá juzgarlo.<sup>66</sup>

Cuando aparece esta reedición del libro I, siempre en el mismo editor de Hamburgo, envía un ejemplar a Darwin, nueve años mayor que él,<sup>230</sup> que acaba de publicar *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*. Karl hace figurar en el libro una dedicatoria donde dice ser su "sincero admirador".<sup>230</sup> Darwin acusa la recepción del libro, por cortesía, disculpándose por no tener las habilidades requeridas para leerlo. Se encontrará su ejemplar con las páginas cortadas hasta el folio 14 solamente (sobre 802). Por lo tanto, Darwin ni siquiera observó las tres menciones hechas a su obra en las páginas 352, 385 y 386.<sup>230</sup>

Karl tiene entonces otras preocupaciones, porque su batalla contra los anarquistas no ha terminado. A pesar del descrédito de Bakunin, varias federaciones retiran una tras otra al nuevo secretariado, instalado en Nueva York, todo derecho de fiscalización sobre sus asuntos; algunas hasta votan la derogación de esta instancia. El 12 de febrero de 1873, Marx escribe: "Esa gente [los amigos de Bakunin] está en el centro de una conspiración que se extiende"; entonces intenta limitar los daños colocando a la cabeza de cada organización nacional, a veces contra la opinión de una mayoría de los miembros, a uno de sus fieles. El 27 de abril, en Neuchâtel, los jurásicos –ahora sin Bakunin– reúnen esta vez a siete federaciones europeas de la Internacional (las de Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suiza, España, Italia y Francia). Entre los delegados, un joven periodista francés, Jules Bazire, llamado "Jules Guesde", emigrado y refugiado en Suiza, que no vivió en París durante la Comuna. Una vez más proclaman la derogación del Consejo General de la Internacional y la autonomía de las federaciones. Mientras tanto, mortificado por su exclusión en La Haya, Bakunin redacta un panfleto, *Estatismo y anarquía*, más que nunca inspirado en Proudhon, donde ataca a quienes empieza a llamar con desprecio los "marxistas":<sup>127</sup>

Quien dice Estado dice necesariamente dominación y, por lo tanto, esclavitud [...]. Desde cualquier ángulo que uno se sitúe se llega al

mismo execrable resultado: el gobierno de la inmensa mayoría de las masas populares por una minoría privilegiada. Pero esta minoría, dicen los marxistas, se compondrá de obreros, por lo tanto, ciertamente, de ex obreros, pero que, desde que se hayan convertido en gobernantes, dejarán de ser obreros y se pondrán a mirar el mundo proletario desde lo alto del Estado; ya no representarán al pueblo sino a ellos mismos, y pretenderán gobernarlo.<sup>70</sup>

En el mismo momento, Marx vuelve a leer con rabia el manuscrito de la traducción francesa de *El capital* que acaba de terminar el último traductor, Jules Roy. No está contento con ella y le dice lo que siente a Jennychen, quien, el 3 de mayo de 1873, en una carta al doctor Kugelmann, dice que su padre la considera como demasiado literal, "amanerada y simplista".<sup>71</sup>

Pero entonces debe hacer frente a otra crisis: en mayo, cuando Jennychen, en Londres, da a luz a un primer niño, llamado Charles (Karl), Eleanor se compromete, sin el acuerdo de sus padres, con el conde Prosper Olivier Lissagaray, quien sigue rehusando llevar su título por solidaridad revolucionaria. Jenny pide a su marido que haga todo lo posible para oponerse a esa unión. Decididamente, piensa Karl con ira y orgullo a la vez, su hija menor, a quien cobijó más que al resto de sus hijas luego de la muerte de Edgar, porque le parecía un poco como su doble, se le escapa. En junio, para alejarla más de "Lissa", la obliga a acompañarlo de vacaciones a Brighton y la instala por algunos meses como profesora particular de francés de las grandes familias inglesas que allí pasan el verano. En ese lugar conoce a las tres hermanas Black (Clementina, Constance y Grace) y a la poetisa Amy Levy, pero no renuncia a Lissagaray.

En julio, la disputa con su hija lo pone tan enfermo que se corre el rumor de que está moribundo. Su defunción es anunciada incluso por diversos diarios. El doctor Edward Gumpert, médico de Engels, lo examina, diagnostica una infección del hígado, lo somete a un régimen estricto y le pide que limite a cuatro horas por día su actividad intelectual, que Marx reserva a la relectura de la traducción francesa del libro I de *El capital* y a la organización de lo que espera será pronto el libro II.

En septiembre de 1873, el congreso anual de la Internacional, reunido esta vez en Ginebra, constituye una verdadera parodia: de los 41 delegados, ¡39 son suizos! La federación inglesa ni siquiera logró reu-

nir el costo del viaje de un solo delegado; Karl no participa; tampoco hay ningún francés, portugués, alemán, español o italiano. Albert Sorge, el nuevo secretario general, vino desde Nueva York. El presidente del Congreso es el inamovible jefe del sindicato de la construcción de Ginebra, Jean-Pierre Becker; éste lee un breve informe redactado por Engels, que tampoco está presente, sobre la situación de la Internacional. Imperturbable y fantasmal, el Congreso discute acerca de los estatutos, confirma los poderes del Consejo General, y mantiene la sede en Nueva York. Su próxima celebración se difiere a dos años. El 12 de septiembre, cuando todos vuelven a sus casas, Engels escribe a Sorge: "La vieja Internacional está completamente acabada y ha dejado de existir"; cosa que Marx confirma dos semanas más tarde escribiendo al mismo Sorge:

Ese congreso fue un fiasco [...]. Los acontecimientos y la evolución de las cosas suministrarán por sí mismos una resurrección de la Internacional en una forma más perfecta. Mientras tanto, basta con no dejar que se nos escapen totalmente de las manos la relación con los mejores elementos en los diversos países, y, para el resto, no tiene que importar un ardite las decisiones locales de Ginebra, en suma hay que ignorarlas lisa y llanamente. La única buena resolución que se ha tomado es la de diferir el congreso a dos años, porque facilita esa manera de actuar. Además, permite tachar de un plumazo los cálculos de los gobiernos continentales, porque éstos no podrán utilizar el fantasma de la Internacional en su inminente cruzada reaccionaria. En efecto, es preferible que los burgueses consideren en todas partes a ese fantasma como felizmente enterrado.

En esta carta, Karl tiene el don de la clarividencia: mucho después de su propia muerte, en efecto, y hasta la actualidad, la Internacional Socialista resucitará bajo varias formas y varios nombres; formarán parte de ella innumerables partidos comunistas o socialistas que estarán –hasta siguen estando– en el poder.

Un mes más tarde, devastado por su expulsión, alejado por sus propios amigos, a quienes ahora molesta, Bakunin dimite de la Federación Jurásica dejando una carta extraña que, con el pretexto de salvar las apariencias, suena como el primer llamado a lo que se convertirá en la "revolución cultural proletaria":

Por mi nacimiento y mi posición personal, sin duda no por mis simpatías y mis tendencias, no soy más que un burgués y, como tal, no sabría hacer otra cosa entre ustedes más que la propaganda teórica. Y bien. Mi convicción es que el tiempo de los grandes discursos teóricos, impresos o hablados, ha pasado. En los últimos nueve años se desarrollaron en el seno de la Internacional más ideas de las que serían necesarias para salvar al mundo, si las ideas solas pudieran salvarlo, y desafío a cualquiera a que invente una nueva. Ya no es tiempo de ideas, sino de hechos y actos [...]. Si fuera joven me habría transportado a un medio obrero, y, compartiendo la vida laboriosa de mis hermanos, también habría participado con ellos en el gran trabajo de esta organización necesaria.<sup>70</sup>

Este texto, elegante manera de racionalizar su expulsión tras la acusación infamante que se le hizo, inspirará muchas vocaciones ulteriores de "retorno" al proletariado entre los intelectuales europeos, que querrán "establecerse" como obreros, y entre los protagonistas –éstos de mala gana– de la Revolución china.

A comienzos de 1874, cuando Monet revolucionó dos años antes la pintura con *Impresión, sol naciente*, Marx pasa mucho tiempo en compañía de Eleanor: trata de convencerla de que rompa con "Lissa", provocando las iras, la pena y las depresiones repetidas de "Tussy", dividida entre el inmenso amor que siente por su padre y aquel que, no menos devorador, consagra a ese francés que tanto se le parece.

El 10 de febrero, Karl aplaude la primera penetración política mayor de un partido comunista sobre el modelo que hizo ratificar en Londres tres años antes: en Alemania, en las elecciones en el Reichstag, el Partido Socialdemócrata Obrero Alemán fundado en 1867 en Eisenach, ahora conducido por Wilhelm Liebknecht, recién salido de prisión, se convierte en una organización mayor –incluso igual, en cantidad de electores, a la Asociación General de los Trabajadores Alemanes–, fundada cinco años antes que ella por Lassalle.<sup>104</sup> Así, el canciller Bismarck se ve confrontado con dos grandes partidos obreros que aspiran uno y otro a tomar el control del Estado para ponerlo al servicio de reformas más o menos radicales. Karl sigue considerando a los lassallianos como no socialistas. Reprocha entonces a los dirigentes del partido lassalliano el estar marcados<sup>104</sup> por "un humanismo burgués [...] incompatible con objetivos revolucionarios auténticos",<sup>39</sup> y

contentarse con reclamar una mejor distribución de las riquezas sin cuestionar la estructura de la producción. Para él, dice entonces, "la distribución de los ingresos no es más que una manifestación del modo de producción";<sup>39</sup> una redistribución equitativa de las riquezas, por tanto, es imposible en el interior del modo de producción capitalista.

El 23 de marzo, Eleanor, a la que una depresión obliga a guardar cama desde hace tres semanas, vuelve a suplicar a su padre que acepte su noviazgo con Lissagaray. Ese mismo mes muere en Londres la última hija de Laura. Jenny y Karl están desesperados, el autor de *El capital* deja descansar la pluma.

De mediados de abril al 5 de mayo, aquejado de insomnios y accesos de furunculosis, se va a Ramsgate, a una casa que posee Engels, con Jennychen y su hijo Charles-Félicien, el último sobreviviente de los nietos de Marx. A pesar del "aire maravilloso" y los baños, los paseos y los regímenes, Karl se inquieta por la salud del niño y se queja: "Su estado es peor que en Londres". En junio, el doctor Gumpert, enviado por Engels, le aconseja partir más lejos para hacer una cura, a Karlsbad, en la Bohemia austriaca. Se decide a ir y aprovecha para llevar a Eleanor, para alejarla de "Lissa". Jenny, en cambio, se quedará en Londres.

El 20 de julio, el hijo de Jennychen, Charles-Félicien Longuet, sucumbe a los once meses de edad. Karl ya no tiene más nietos. Sus propios dolores arrecian.

Con el temor de ser expulsado por apátrida por las autoridades austriacas, vuelve a solicitar –como ya lo había hecho en 1869– la nacionalidad británica.<sup>248</sup> Para ello, reúne "testimonios de moralidad" o "garantes" ante un oficial ministerial que transmite su solicitud de naturalización al ministerio del Interior, el 1º de agosto de 1874. Pero no espera la respuesta, ya que Austria le hizo saber que podría entrar en su suelo como apátrida; por eso, cuando la solicitud de naturalización es rechazada por el Home Office, el 26 de agosto, Marx y Eleanor ya partieron para Karlsbad, donde se les reúnen los Kugelmann.<sup>146</sup> Según los testimonios,<sup>146</sup> el padre y la hija observan escrupulosamente todas las prescripciones de la cura. Aristócratas y grandes burgueses, al enterarse de la presencia del tan temido jefe de la Internacional, del jefe de la Comuna que aterrorizó a toda Europa, se precipitan para verlo beber y comer como cualquier hijo de vecino... De todas partes, periodistas y políticos vienen a consultarlo; entre

ellos, Bebel, el obrero fundador, con Wilhelm Liebknecht, del partido de Eisenach, pasa a recibir su opinión sobre una Internacional cada vez más moribunda. En ese momento, Sorge dimite del puesto de secretario general y lo hace saber a Engels, quien le responde, el 12 de septiembre de 1874: "Con tu partida, la vieja Internacional dejó completamente de existir. Y es algo bueno. Pertenecía al período del Segundo Imperio". ¡Como si la situación en Francia todavía dictara el calendario revolucionario! Como si también Engels estuviera aliviado de ver desaparecer la única acción política que había emprendido Karl Marx sin él desde treinta años atrás... Friedrich agrega como una especie de aviso de defunción reforzado por un orden del día de batalla: "Creo que la próxima Internacional –cuando los escritos de Marx hayan producido su efecto durante algunos años– será totalmente comunista y enarbolará absolutamente nuestros principios". Lo que Engels no dice es que él mismo se consagrará activamente a eso, tras la muerte de Karl, como para tomarse la revancha sobre su propia ausencia durante el lanzamiento de la anterior...

El 21 de septiembre, Karl y Eleanor dejan Karlsbad en mejor estado. Se enojaron con los Kugelmann,<sup>146</sup> a quienes encontraron invasores. Eleanor promete a su padre obedecerle y no volver a ver a "Lissa". Al regreso pasan por Leipzig para conversar con Wilhelm Liebknecht.<sup>105</sup> Marx y éste caen en brazos el uno del otro: ¡casi diez años sin verse! El joven que había conocido casi veinte años antes, que hacía de *baby-sitter* a Eleanor cuando ella era una recién nacida en el tugurio de Soho, se ha convertido en el jefe indiscutido de la izquierda alemana. Wilhelm les presenta a su hijo, entonces de 3 años, devotamente llamado Karl (y que, cuarenta y cinco años más tarde, en Berlín, con Rosa Luxemburgo, se convertirá en el dirigente de la trágica revolución espartaquista de enero de 1919). Liebknecht habla a Marx del programa de su partido: la nacionalización de los monopolios y la instauración del socialismo estatal gracias a la potencia del Estado prusiano.<sup>105</sup> Karl le dice todo lo malo que piensa del partido de los lassallianos, cuyo programa se reduce a la instauración del sufragio universal, la creación de cooperativas obreras y la alianza con Bismarck; Karl los considera como cómplices de las calumnias que el canciller hizo correr sobre él mismo. Por eso Liebknecht no se atreve a hablarle de su proyecto más importante: fusionarse justamente con ellos...

Tres meses más tarde, cuando los Longuet abandonan Oxford para instalarse en Londres, en Fleet Road 58, y en París el voto de la enmienda Wallon instaura la República, Karl recibe en la capital inglesa –donde está de regreso– la inmensa sorpresa de saber que, los días 14 y 15 de febrero de 1875, 73 delegados de los lassallianos de la Unión Federal de los Trabajadores Alemanes (ADAT) y 56 del Partido Socialdemócrata Obrero Alemán (SDAP) se encontraron en la pequeña ciudad de Gotha, en Turingia, para elaborar un programa común y preparar la fusión de sus dos organizaciones en un Partido Socialista Obrero de Alemania (SAPD).

Marx está furioso: ¡aliarse con esa gente! ¡Hacerle eso a él! Ponerlo en situación, treinta años después, de encontrar a su más viejo enemigo, el que lo habrá perseguido durante toda su vida y cuya pérdida quiere desde siempre: el Estado prusiano. Si se tratara solamente de una alianza electoral, todavía; pero no, es una fusión alrededor de un texto cercano a las ideas de Lassalle, un programa que sólo apunta a tomar el Estado prusiano sin cambiar las relaciones de producción, sin siquiera prepararse para hacer desaparecer el Estado. Pero, como todo el mundo lo cree jefe de ese nuevo partido de izquierda, se subleva ante la idea de que le reprochen haber cargado con un programa tan alejado de sus ideas. Por eso envía en secreto al presidente del Partido Socialdemócrata, Wilhelm Bracke, una crítica en regla: lo que él llama por irrisión "Glosas marginales sobre el programa de Gotha". Mucho más tarde, el texto de la carta de envío y el de su anexo serán publicados bajo el título *Crítica del programa de Gotha*.<sup>39</sup>

En esta carta se siente transparentar la ira y la decepción del maestro: sus amigos del "partido de Eisenach", en particular ese mequetrefe de Liebknecht, se condujeron de manera oportunista, mendigando un compromiso inútil con un partido liberal. Desde hace veinte años que les explica que una alianza con los partidos burgueses sólo puede provocar el desastre, como él mismo lo vivió en 1849 en Colonia y en París. Y de pronto, en el primer país donde finalmente pudieron acceder a una existencia autónoma como comunistas, ¡se fusionan con los herederos de su enemigo! Es de una nulidad afligente, piensa. Vuelve a exponerles su concepción del papel de la política en la Historia y convierte a ese texto humorístico en su verdadero testamento político:

Tenga la amabilidad de llevar las glosas marginales que siguen, críticas al programa de unificación, luego de leerlas, a conocimiento de Bebel y de Liebknecht. Yo estoy sobrecargado de trabajo y ya hago mucho más de lo que los médicos me prescriben. Por eso en modo alguno es por placer por lo que garabateé este largo papel. Pero no era menos indispensable para que, luego, las gestiones que podría verme llevado a hacer no puedan ser mal interpretadas por los amigos del Partido a quienes está destinada esta comunicación [...]. Esto es indispensable, porque se difunde en el extranjero la opinión cuidadosamente mantenida por los enemigos del Partido –opinión absolutamente errónea– de que aquí, en secreto, dirigimos el movimiento del partido llamado de Eisenach [...]. Para mí es un deber no reconocer, siquiera por un silencio diplomático, un programa que, estoy convencido de ello, es absolutamente condenable y que desmoraliza al Partido [...]. Los jefes de los lassallianos venían a nosotros, llevados por las circunstancias. Si se les hubiese declarado desde el comienzo que nadie se comprometería en ninguna negociación de principio, realmente habrían debido contentarse con un programa de acción o con un plan de organización con miras a la acción común [...]. Por añadidura, el programa no vale nada, aunque se haga abstracción de la canonización de los artículos de fe lassallianos.<sup>39</sup>

Para él, un buen programa común debería reforzar la protección de los comerciantes, los artesanos, los campesinos y los obreros contra los industriales y los grandes terratenientes.<sup>74</sup> También debería acelerar la industrialización del país para permitir una extensión del asalariado y traer aparejada una mejora de la protección social. Y aunque “una prohibición general del trabajo de los niños es incompatible con la existencia de la gran industria y, por tanto, es un deseo piadoso y vacío”,<sup>39</sup> habrá que dispensar a todos los niños del pueblo una educación gratuita, porque “el hecho de combinar temprano el trabajo productivo con la instrucción es uno de los medios más poderosos de transformación de la sociedad actual”.<sup>39</sup>

Además, agrega, los comunistas no pueden aceptar un programa que no desemboca en la desaparición del Estado. Si él mismo combatió tanto a los anarquistas, no es porque pretendan acabar con el Estado, sino justamente porque no se dan los medios para hacerlo y porque sólo hablan de eso en su programa para conquistar el poder.

Por último, un programa semejante, en su opinión, debe inscribirse en una acción en tres fases, que retoma de su tercer *Llamamiento* escrito justo inmediatamente después de la Comuna. Suprime la fase preliminar mencionada en ese *Llamamiento*, la de la toma del poder por una revolución, porque en Alemania, de ahora en más, la izquierda puede tener la esperanza de acceder democráticamente a las responsabilidades.

En la primera fase de su programa, una vez logrado democráticamente el poder mediante las urnas, el Partido Socialista deberá respetar el "derecho igual para todos" que descansa en la igualdad de los individuos ("A cada cual según su trabajo").<sup>39</sup> Para que esta fase no conduzca a un aburguesamiento –como lo haría, piensa, la aplicación del programa común definido en Gotha–, rápidamente debe dejar sitio a una segunda fase, que apunta a dotar al proletariado de los medios de no perder las siguientes elecciones.

Esta segunda fase, la "dictadura del proletariado", debe extender muy ampliamente la alianza mayoritaria. Para ello, debe organizar –permaneciendo en el marco de la democracia parlamentaria– la transformación completa de las relaciones de producción mismas, en particular el fin de "la humillante subordinación de los individuos a la división del trabajo y, con ella, de la oposición entre trabajo intelectual y trabajo manual".<sup>39</sup> Para lograrlo, el Estado debe actuar de manera decidida, sin cuestionar ni la libertad individual ni la libertad de la prensa, ni la separación de los poderes, ni la designación de los dirigentes por elecciones libres y multipartidarias. Durante este período, la mayoría parlamentaria tiene el poder legítimo de cuestionar la legislación existente para pasar "de cada cual según sus capacidades a cada cual según sus necesidades".<sup>39</sup> Escribe:

Entre el pasaje de un sistema capitalista a un sistema comunista se extiende un período de transformación revolucionaria de un sistema al otro, que corresponde a un período de transición política durante el cual el Estado no puede hacer otra cosa que reinar como dictador revolucionario sobre el proletariado.<sup>39</sup>

Esta dictadura debe poner en funciones un Estado descentralizado, transparente, que actúe a plena luz, sin censura de la prensa ni burocracia, sin partido único, sin nombramiento jerárquico, sin ejército

permanente, con jueces elegidos, sin "órganos puramente represivos".<sup>39</sup> Por tanto, ese Estado estará en vías de extinción, pero será capaz de defenderse contra sus enemigos. Punto muy importante: para Marx, la dictadura del proletariado no debe cuestionar las libertades individuales sino que debe organizar la desaparición de los "órganos represivos del Estado". ¡Lejos estamos del sentido que Lenin dará tras él a ese concepto!

Para él, solamente la Comuna de París intentó una experiencia semejante, pero no supo organizar su propia defensa ni poner los instrumentos de producción al servicio de los trabajadores.

En la tercera fase del programa, una vez desaparecido el Estado represivo, se instala la sociedad comunista sin clases ni división del trabajo; en ella, los ciudadanos son libres de trabajar a su antojo, desarrollar sus capacidades en el respeto de las de los otros; disponen de los bienes de consumo en la medida de sus necesidades, sin estar sometidos a una ideología o a una moral religiosa. Las empresas son poseídas en forma colectiva, pero no necesariamente por el Estado.

Marx no aclara las condiciones de la transición de una fase a otra de su programa, ni lo que ocurre si una mayoría de electores rechaza esa transición y reclama el retorno al orden anterior; tampoco aclara la índole del Estado bajo la dictadura del proletariado, ni lo que queda de él en la sociedad comunista, ni la manera en que debe ser administrada la propiedad colectiva de las empresas en la sociedad ideal. Escribe: "¿Qué transformación padecerá el Estado en una sociedad comunista? En otras palabras, ¿qué funciones sociales se mantendrán análogas a las funciones actuales del Estado? Tan sólo la ciencia puede responder a este interrogante". Y agrega que los comunistas, por el momento, no tienen "que ocuparse [...] del Estado futuro en la sociedad comunista".<sup>39</sup> Esta última es un objetivo demasiado lejano para concernir a la generación actual.

Termina con una fórmula latina, como le gusta utilizar a menudo. Esta vez, son cinco palabras a propósito de las cuales se desarrollarán miles de páginas: *dixi et salvavi animam meam* ("he dicho, y he salvado mi alma").

Quince años más tarde, en una carta a Bebel –uno de los destinatarios de esta crítica–, Engels confirmará que Marx quería decir con eso qué había escrito ese texto "para salvar su conciencia, y sin esperanza de convencer". Como si renunciara definitivamente a que la re-

volución viniera de Alemania, donde tanto la había esperado. Como si definitivamente pusiera un punto y aparte a sus sueños de juventud. Como si la idea de "salvar su alma" lo devolviera a la religión de su madre, al Dios abstracto de su padre y de su hija.

Los hechos no tardan en darle la razón: si los debates entre marxistas y reformistas siguen causando estragos en el seno del nuevo partido, esta fusión de los dos movimientos socialistas alemanes no hace más que acelerar el refuerzo del Estado prusiano. Para ganar de mano a los progresistas así reunidos, en efecto, el canciller Bismarck pone en funcionamiento una protección social de los trabajadores y refuerza su dominio sobre la sociedad, censurando severamente a los socialistas, apenas tolerados.

En lo sucesivo, todo gira en Alemania alrededor de la toma del Estado. El nacionalsocialismo sabrá recordarlo, al igual que Lenin, que pronto hará de la Prusia bismarckiana el modelo que deseará imitar en la misma Rusia.

Justamente, frente a esa nueva decepción, Karl se interesa cada vez más en Rusia, país de régimen aborrecido, y en particular en su mundo campesino. Porque de ahí, y de ninguna otra parte en el mundo, llegan todavía algunas señales revolucionarias. Para comprenderlas mejor, vuelve a ponerse entonces seriamente a estudiar la lengua rusa, cosa que ya había hecho un poco. Lafargue, testigo de sus esfuerzos, escribe:

Sabía lo suficiente al cabo de seis meses para encontrar placer en la lectura de los poetas y escritores rusos que más quería: Pushkin, Gógol y Shchedrin. Lee los documentos redactados por las comisiones de investigación oficiales cuya divulgación impedía el gobierno del zar, a causa de sus terribles revelaciones. Algunos amigos fieles se los enviaban, y ciertamente fue el único economista de Europa occidental que pudo conocerlos.<sup>161</sup>

En junio de 1875, Karl se ocupa cada vez más de Eleanor, que, desde que le prometió no volver a ver a Lissagaray, se sumió en una profunda depresión anoréxica y sufre de los mismos males que su padre, que engaña como él con el tabaco.<sup>146</sup> Engels siempre está presente para pagar las facturas. Con Jenny, Eleanor y Hélène, Karl se muda al 41 de la misma calle, Maitland Park Road, a una casa un poco más pe-

queña; está feliz de ver por fin que la Librería del Progreso, en la calle Bertin-Poirée 11, publica en París *El capital*. La tirada de diez mil ejemplares se agota rápidamente.

En agosto de 1875, Karl vuelve con Eleanor a Karlsbad, donde conocen a Heinrich Graetz, gran historiador prusiano del judaísmo, el primero que tiene una visión histórica del pueblo judío. Los dos hombres, que tienen largas conversaciones sobre el judaísmo, mantendrán un intercambio epistolar. Eleanor, que se apasiona cada vez más por la religión de sus antepasados, se mezcla en sus discusiones. Feliz de ver que su hija se interesa en algo, Karl le habla largamente de su propia madre, de su padre, así como de sus antepasados, todos rabinos. La búsqueda de identidad de su hija lo impacta. Su teísmo lo commueve. En él encuentra el de su padre, que adoraba al dios de los sabios. Decididamente, Eleanor tiene todos los rasgos que esperaba encontrar en Edgar. Realmente, es como el hijo que habría deseado tener.

Poco después de su retorno a Londres, Karl vuelve a sufrir de los pulmones. Le cuesta trabajo respirar. Jenny, que no dejó Londres, como consecuencia de una fatiga cuyas causas nadie sabe analizar todavía muy bien, tiene dificultades para releer lo que él escribe. Entonces, él escribe menos.

En 1876, los signos de una nueva revolución industrial se multiplican: Graham Bell inventa el teléfono; Cros y Edison registran por separado una patente del fonógrafo; Nikolaus Otto registra la del primer motor de explosión de cuatro tiempos. Una extraordinaria y exuberante Exposición Universal se efectúa en París en el palacio del Trocadero y a lo largo del Sena. Los bancos estadounidenses se desarrollan, el capitalismo financiero prevalece poco a poco sobre el industrial. Algunas compañías de seguros comienzan a proteger a la burguesía urbana contra los dos males del siglo: la tuberculosis y los accidentes de ferrocarril; ciertas empresas prusianas organizan la cobertura de esos riesgos para sus asalariados; algunas compañías mineras alemanas e inglesas llegan incluso a contratar a médicos para atender a sus empleados.

Eleanor deja a sus padres para instalarse sola en Londres, prometiendo dedicarse solamente al teatro y no volver a ver a Lissagaray. Debuta exitosamente en una obra titulada *The Bridge of Sighs* [El puente de los suspiros], de un tal Thomas Hood, poniendo en escena a una joven que se suicida...<sup>248</sup> Hasta que su madre descubre que

sigue viendo al Vasco, que por fin publica en francés, en Bruselas, su magnífica *Historia de la Comuna*.<sup>177</sup> El libro es inmediatamente prohibido en París. Jenny envía entonces a su hija a Brighton, donde se encuentra con las tres hermanas Black y la poetisa Amy Levy, que había conocido en su primera estadía. Eleanor se vuelve entonces cada vez más explícitamente hacia el judaísmo, sin por ello convertirse ni cesar sus relaciones con "Lissa", que viene a verla a Brighton.

Extraña relación: al mismo tiempo, Marx termina la traducción alemana del libro de Lissagaray, al rechazar uno tras otro a los traductores propuestos. Hasta empieza a resignarse a la idea de que su hija podría casarse con quien ama y que parece siempre tan sinceramente enamorado de ella. Es uno de sus raros temas de discordia con Jenny, que se niega absolutamente a cambiar de opinión sobre el francés.

En mayo, Engels es solicitado por Bebel, en Berlín, para elaborar una doctrina de conjunto para el SAPD, contra la que elabora en el mismo momento un lassalliano, profesor de ciencias en la Universidad de Berlín, Eugen Dühring. Apasionado desde siempre por las ciencias físicas, Engels trabaja entonces en situar el pensamiento de Marx en el contexto de las ciencias de la naturaleza. El mismo Karl escribe el primer bosquejo de un capítulo de ese libro, donde resume sus ideas económicas y filosóficas. La obra se llamará *El Anti-Dühring*, y tras la muerte de Marx se convertirá en el catecismo del "marxismo".

Tras una larga exposición sobre las ciencias de la naturaleza de su tiempo, Engels propone una versión somera de la teoría económica de *El capital*; en nombre de Marx, aclara la naturaleza de la sociedad en transición hacia el socialismo: una "organización planificada" donde el "gobierno de los hombres deja lugar a la administración de las cosas". Añade: "El proletariado se adueña del poder del Estado y transforma los medios de producción en propiedad estatal. Así, él mismo se suprime como proletariado, niega todas las diferencias y los antagonismos de clases, y de ese modo suprime al Estado como tal".<sup>109</sup> Las respuestas que el mismo Marx no se aventuró a dar son aquí simplistas: el Estado toma el control de la economía. Luego de haber dado todos los poderes al Estado, ¡es difícil imaginar que más tarde se pueda organizar su decadencia!

En consecuencia, la desviación de la filosofía de la libertad que Marx elaboró en sus propios textos comienza precisamente a través

de este libro de Engels, *El Anti-Dühring*. ¿Está de acuerdo? ¿Está demasiado fatigado para contradecir a su viejo amigo? ¿Piensa que la propiedad estatal no prohíbe su decadencia? Sin duda, está más preocupado por sus propios libros, que no avanzan, que por ese texto del que jamás hablará y que le parece carente de importancia. Sin duda, sobre todo, desde el programa de Gotha, renunció a preocuparse de lo que ocurre en ese partido que lo traicionó fusionándose con los lassallianos. A su manera de ver, nada bueno puede ya venir de Alemania.

El 1º de julio de 1876, Bakunin muere en Berna, en la miseria, tras haber dilapidado la herencia de Carlo Cafiero, el amigo italiano que lo albergó en Locarno. El 15 de julio, en Filadelfia, en el mismo momento en que se escribe de este modo la futura vulgata marxista, el Consejo General de la Internacional, reunido en una habitación exigua, pronuncia la disolución de la organización, financieramente exangüe y olvidada tanto por Marx como por los alemanes y los franceses, únicas fuerzas verdaderas de la izquierda del momento.<sup>164</sup> Treinta y ocho años más tarde, Lenin escribirá:

La Primera Internacional había realizado su misión histórica y cedía el sitio a una época de crecimiento infinitamente más considerable del movimiento obrero en todos los países, caracterizada por su desarrollo en extensión, por la formación de partidos socialistas obreros de masa en el marco de los diversos Estados nacionales.<sup>165</sup>

Con la esperanza de recuperar en su seno a los representantes de las organizaciones “comunistas autoritarias”, los jurásicos se reúnen el 26 de octubre en Berna. Un tal Piotr Kropotkin, recién llegado de Rusia para unirse al movimiento anarquista, reclama “la rebelión permanente por la palabra, por el escrito, el puñal, el fusil, la dinamita”. Fascinados por los atentados de los nihilistas rusos que hostigan al zar, también los italianos proponen pasar a la acción violenta. Por el contrario, las federaciones belga, holandesa e inglesa, por su parte, quieren volver a las elecciones.

En 1877, Karl sigue trabajando en sus libros II y III de *El capital*. Entre otros temas, siempre en la misma cuestión del pasaje del valor trabajo al precio, cuestión no resuelta desde que la enfrentó el mismo año de la muerte de Edgar, veintidós años antes. Para eso vuelve a ocuparse del aprendizaje del álgebra, gracias a lo cual espera encon-

trar la solución a su problema, pero también porque las matemáticas, piensa, como Blaise Pascal, podrían alejar los dolores físicos. Lafargue, que es testigo de esto, observa:

El álgebra le ofrecía incluso un consuelo moral; lo sostuvo en los momentos más dolorosos de su existencia agitada [...]. En las matemáticas superiores Marx encontraba el movimiento dialéctico en su forma más lógica y sencilla. Una ciencia, decía, no está realmente desarrollada sino cuando puede utilizar las matemáticas.<sup>161</sup>

Karl está tan apasionado por ese nuevo campo que hasta está pensando, dice, en escribir una historia del cálculo diferencial, y para eso lee tratados de Descartes, Newton, Leibniz, Lagrange, Maclaurin y Euler. Toma notas: otro proyecto.

Es también para él el momento del reencuentro con un joven a quien jamás perdió totalmente de vista: Frédéric, el hijo de Hélène Demuth, declarado por Engels como su propio hijo. El joven, que trabaja como obrero, acaba de unirse a la Internacional; tiene una relación amistosa con Eleanor. Extraña pareja que no se adivina como hermano y hermana. En febrero de 1877, Karl, preocupado por lo que traman los anarquistas, pide a los dos jóvenes que se infiltren en las reuniones en Londres de los partidarios del difunto Bakunin.<sup>248</sup> Los dos se enteran de que los anarquistas preparan la constitución de una nueva Internacional para reemplazar la que acaba de desaparecer.

Del 1º de enero al 13 de mayo de 1877, los primeros capítulos de *El Anti-Dühring* aparecen en folletín en el *Vorwärts*, diario de Leipzig, que se ha convertido en el órgano oficial del nuevo Partido Socialdemócrata. Pero, como numerosos militantes consideran al profesor Dühring como el equivalente de Marx, muchos protestan, durante el congreso del partido reunido a fines de mayo, esta vez todavía en Gotha, contra esa publicación. Un diputado, un tal Julius Vahlteich, declara que

tanto Marx como Engels sirvieron mucho a la causa, y hay que desechar que sigan haciéndolo en el porvenir; pero lo mismo también es cierto para Dühring. Esta gente debe ser utilizada por el partido, pero las disputas profesionales no tienen sitio en el *Vorwärts*, deben ser trasladadas a otras publicaciones.<sup>252</sup>

August Bebel decide entonces publicar el fin de *El Anti-Dühring* en un suplemento científico del *Vorwärts*. Pero en el momento en que aparece en ese suplemento el capítulo de *El Anti-Dühring* sobre la "filosofía" y aquel sobre la "economía política", Dühring es echado de la universidad por la policía prusiana, lo que le depara un triunfo en el seno del partido, y el *Vorwärts* llega hasta publicar poesías en su honor.<sup>252</sup> Uno de los protectores de Dühring, un joven socialista berlinoés de quien tendremos mucho para decir, Eduard Bernstein, escribirá más tarde: "En vez del grito de batalla: '¡Marx aquí, Lassalle allá!', en 1875-1876 parecía anunciararse un nuevo grito de batalla: '¡Dühring aquí, Marx y Lassalle allá!'. Y mi modesta persona contribuyó no poco en esa evolución". Bernstein sigue siendo partidario de Dühring. Pronto cambiará de campo: pronto, ese Bernstein se convertirá en el secretario de Engels y hasta será su ejecutor testamentario...

Como siempre, Karl está más interesado en lo que ocurre en el mundo que en los debates internos del Partido Socialista Alemán: no cree que el partido surgido de Gotha pueda llegar a ser revolucionario. En particular, está fascinado por dos innovaciones mayores que permiten la industrialización de dos actividades económicas inmemoriales, y por tanto su entrada en el capitalismo: la cría, que, gracias al transporte de la carne en cámara fría inaugurado por un carguero, *El frigorífico*, entre Buenos Aires y Ruán (35 toneladas de carne), puede levantar vuelo; y la música, con el fonógrafo de Edison. También se interesa en las primeras experiencias de un profesor francés en el conservatorio de Artes y Oficios, Marcel Deprez, que muestra que pronto será posible transportar la electricidad a largas distancias, y por tanto utilizarla muy lejos del lugar donde es producida; se trata para él de una revolución mayor, y durante semanas no habla de otra cosa; enfermo, echa pestes ante la perspectiva de no estar ya presente, sin duda, cuando se plasme esa formidable promesa. También se apasiona por la huelga general, en Chicago, el 1º de mayo de 1877, de los sindicatos de la American Federation of Labour, que reclaman la aplicación real de la jornada de ocho horas; cuatro manifestantes son muertos, cinco anarcosindicalistas serán ejecutados. Es un espíritu del mundo precisamente por esa curiosidad incansable, universal, entusiasta, siempre disponible para lo nuevo.

Ese año, Jules Guesde finalmente es autorizado, con otros exiliados, a volver a Francia. Se instala en París y él, el anarquista, descu-

bre las ideas de Marx gracias a un círculo de jóvenes reunidos en el café Soufflot y a un periodista alemán, Karl Hirsch. Para él es una revelación. Funda el primer diario comunista francés, *L'Égalité*, y solicita artículos a Marx y a algunos de sus viejos amigos anarquistas, como Reclus.

Los Longuet, los Lafargue y Eleanor viven ahora en Londres cerca de Jenny y Karl. Ninguna de las hijas de Karl tiene hijos por entonces. Por tercera vez, éste decide llevar a su hija menor a una cura termal, con Jenny, que parece estar en condiciones de soportar el viaje. El 8 de agosto de 1877 se encuentran en ruta hacia Karlsbad cuando el gobierno austriaco hace saber a Marx que será rechazado en la frontera. Entonces se desvía hacia Neuenahr, otra estación termal, cerca de Colonia.<sup>215</sup>

En el otoño, así como se ha enterado algunos meses antes por Eleanor y Frédéric, algunos anarquistas de once países se reúnen en Verviers bajo la dirección de un habitante de Neuchâtel nacido en Londres, James Guillaume, que reemplazó a Bakunin. Se declaran decididos a acabar con el modelo mismo del partido:<sup>47</sup> "Todos los partidos forman una masa reaccionaria [...], hay que combatirlos a todos". Un poco más tarde, en Gand, treinta y cinco delegados –anarquistas, "marxistas" y "socialistas autoritarios"– forman un "congreso socialista universal", donde se hacen pedazos. Marx se mantiene al tanto de esas pequeñas batallas a puertas cerradas. "El congreso de Gand tuvo por lo menos de bueno que Guillaume y compañía fueron totalmente abandonados por sus antiguos aliados", escribe el 27 de septiembre a Sorge, convertido en profesor de música en Nueva York.<sup>47</sup> El 19 de octubre, en otra carta a Sorge, una vez más critica a "aquellos que quieren dar al socialismo un giro ideal más alto, vale decir, reemplazar la base materialista [...] por la mitología moderna, con sus diosas Justicia, Libertad, Igualdad y Fraternidad". Exactamente lo que ya decía en 1843.

En 1878, o sea, diecisiete años después de Lassalle en Alemania, Jules Guesde funda el primer partido socialista francés, la Federación de los Trabajadores Socialistas de Francia, inmediatamente más conocida con el nombre de "Partido Obrero". En la época en que Auguste Renoir pinta *El molino de la Galette*, Guesde se enfrenta a los tribunales por haber propuesto la apropiación colectiva del suelo y de los instrumentos de trabajo; es condenado a seis meses de prisión en firme, pena que purga en Sainte-Pélagie.

Ese año, en los Estados Unidos, donde causa estragos una nueva crisis económica severa, David Hughes inventa el micrófono; se comercializan en Boston las primeras bicicletas; se instala en Londres la primera iluminación eléctrica domiciliaria. En Alemania, Bismarck, en busca de una alianza con los conservadores para enfrentar la grave crisis económica que viene de Norteamérica, la emprende con la izquierda y disuelve el SAPD; es un traumatismo para la izquierda alemana, que se manifiesta violentamente para obtener su retorno a la escena política legal.

Este acontecimiento, que en otros tiempos habría provocado por lo menos la redacción por parte de Karl de un artículo vengador, lo deja casi indiferente: Alemania ya no está en su esfera de intereses.

¡Porque está escribiendo, como urgido por el tiempo! Ha vuelto a consagrarse a la redacción de los libros segundo y tercero de *El capital*. Naturalmente, como cada vez que se trata de culminar una obra, el miedo de no haber leído un libro o consultado un documento esencial hace que se sumerja en interminables investigaciones. Para estudiar la renta inmobiliaria, se interesa en la geología, la agronomía, la fisiología de las plantas, la teoría de los fertilizantes. Para comprender mejor todavía las sociedades antiguas, estudia libros de Lewis Henry Morgan, de John Lubbock, de Henry Maine. Trabaja en la sociedad rural, que, para él, convirtió en un éxito el golpe de Estado de Napoleón III e hizo fracasar la Comuna. Analiza su ideología, su influencia sobre las luchas de clases, que cada vez más piensa que no dependen exclusivamente de las relaciones de fuerzas económicas. Acumula notas sobre la India, estadísticas sobre Rusia, cuya estructura rural de base, el *mir*, lo intriga y fascina cada vez más: no es ni capitalista ni feudal, sino comunitaria. Por lo tanto, tal vez sea una base posible para una distribución comunitaria original de los medios de producción. Conoce en Londres a Maxim Kovalevski, quien le habla de su trabajo sobre los diferentes tipos de propiedad colectiva del suelo y las formas de vida comunitaria, en particular mediterráneas. Allí adivina una vía hacia un medio de lograr el comunismo a través de la agricultura, en la que hasta entonces no había pensado. De hecho, tras la decepción alemana, Rusia se convierte para él en una especie de obsesión, de punto focal de una nueva esperanza. Discute cada vez con más frecuencia con populistas rusos: Nikolái Frantsevich Danielson, Guerman Alexándrovich Lopatin, sus traductores,

y Piotr Lavrovich Lavrov. Es consultado por los revolucionarios más extremistas, como Nikolái Konstantínovich Mijailovski y Vera Zasúlich, que acaba de ser absuelta en Rusia tras haber asesinado al jefe de la policía, el general Trépov. Se interesa también en una organización revolucionaria llamada *Zemlia i Volia* (Tierra y Libertad), fundada cuatro años antes, en 1874, con el objeto de asesinar al viejo zar Alejandro II, que ahora está comprometido en una guerra despiadada para tomar el control de las márgenes del imperio y aplastar al sultán otomano. Karl sigue entonces dando libre curso a su aversión por el poder zarista. Así, el 4 de febrero de 1878, en una carta a Liebknecht, que trata de reconstituir su partido prohibido por Bismarck, en vez de interesarse en la suerte de sus amigos alemanes, Karl defiende a... los turcos, a quienes considera explícitamente como europeos. Y por primera vez habla de una eventual revolución comunista en Rusia, que no imagina sino como el desencadenante de una revolución más vasta en Europa:<sup>37</sup>

Tomamos partido decididamente por los turcos por dos razones: 1) porque estudiamos al campesinado turco -y por tanto, la masa del pueblo turco- y hemos visto en él al representante indudablemente más activo y más moral del campesinado europeo; 2) porque la derrota de los rusos aceleraría considerablemente la revolución social en Rusia y, por consiguiente, la revolución en toda Europa.

Sigue viendo agentes rusos hasta en el seno del gobierno británico. Como Palmerston dejó el sitio a Disraeli, cuya oposición al zar es indiscutible, sus nuevos blancos son el marqués de Salisbury, "amigo íntimo de Ignatiev, gran sacerdote de Common Place", el conde de Derby y el conde de Carnavon, "hoy destituido de sus funciones".<sup>18</sup> Pero se equivoca una vez más, porque Gran Bretaña, al amenazar a Rusia, con su intervención, obliga a Alejandro II a renunciar a la mayoría de las concesiones hechas por el sultán durante las preliminares de paz en San Stefano, en las puertas de Estambul.<sup>163</sup> El zar es entonces cada vez más amenazado por los nihilistas: una nueva organización secreta, *Narodnaïa Volia* (Voluntad del Pueblo), se fija incluso como objetivo único asesinarlo; ese año, 1879, escapa a varios disparos en los alrededores de su palacio; un atentado destruye su tren; una explosión destroza su comedor.

Al mismo tiempo, en Prusia, cuando la Asociación Profesional de los Impresores, con la bendición del poder, crea el primer seguro contra la desocupación, Bismarck persigue a los socialistas, prohíbe toda referencia a Marx en la prensa y los libros, e impide la aparición de la nueva edición alemana de *El capital*.

Nuevo pretexto:<sup>248</sup> el 10 de abril de 1879, Karl escribe a su amigo ruso Danielson que desea retrasar la publicación del libro II de *El capital* hasta el apogeo de una nueva crisis industrial inglesa; hasta entonces, va a integrar en su libro hechos nuevos procedentes de Rusia y de los Estados Unidos.<sup>248</sup> De hecho, sostiene el mismo discurso desde que, veinte años antes, preparaba la publicación de la *Contribución a la crítica de la economía política*, y, a trece años de esto, la del libro primero de *El capital*, con la única diferencia de que ya no espera nada de Francia y de Alemania.

Karl se siente cada vez más cansado. Se ha vuelto más pesado, tiene arrugas, camina con dificultad. Uno de los numerosos periodistas estadounidenses que han venido a entrevistarlo calcula su edad en más de 70 años, cuando apenas tiene 60. Del 21 de agosto al 16 de septiembre de 1879 va a descansar a Jersey con Jenny, cuya fatiga se agrava. Karl es entonces tan famoso que la corte de Inglaterra se interesa en él: la princesa Victoria, hija de la reina y futura mujer de Guillermo II de Prusia, envía a un diputado a almorzar con él para que le refiera el tenor y el desarrollo de la entrevista.<sup>277</sup>

De regreso de Jersey, Karl anuncia a Nikolái Danielson que pronto va a terminar el libro II.

Ese año, Francia se asienta en la República. Mac-Mahon dimite, Jules Grévy es elegido presidente, *La marsellesa* se convierte en el himno del país y el 14 de julio en su fiesta nacional. En octubre de 1879, el Partido Obrero francés se vuelve explícitamente colectivista sin ser ya considerado como ilegal. En su congreso de Marsella, la formación de Guesde adopta la nacionalización general como objetivo: "La apropiación colectiva de todos los instrumentos de trabajo y fuerzas de producción debe ser perseguida por todos los medios posibles". Una cantidad de sindicalistas y de blanquistas no se adhiere y permanecen independientes.

En Alemania, el poder sigue siendo dictatorial, y Bismarck persigue a los socialistas. Lo mismo ocurre en Rusia: por un decreto del 12 de febrero de 1880, Alejandro II, justo antes de escapar a un nuevo

atentado, confía plenos poderes al conde Loris-Melikov, frustrado en su victoria contra Turquía, con la misión de erradicar el nihilismo y culminar la reforma de las instituciones. Algunas semanas más tarde, cuando Victor Hugo, por su elocuencia, logra que Francia rechace la extradición del autor de otro atentado perpetrado contra el tren imperial, se rompen las relaciones entre los dos países. Progresivamente, la *intelligentsia* de la oposición rusa adopta el marxismo como signo de occidentalización; hasta los *narodniki*, que lo rechazaban como procedente de los países "paganos" del Oeste, en adelante aceptan discutirlo. Como si el marxismo apareciera ahora en Rusia como un sustituto del imposible capitalismo...

A comienzos de mayo de 1880, Jules Guesde se dirige a Londres, donde se encuentra con Marx, Longuet y Lafargue. Guesde interroga a Karl sobre la índole "marxista" del programa en el que trabaja para las elecciones legislativas venideras. Marx protesta: ¡él elaboró una ciencia, no una secta! "¡Lo que es seguro es que yo no soy marxista!", le dice. Lo ayuda a redactar los estatutos del partido, al que llama el "auténtico partido obrero". Hasta escribe un preámbulo al programa electoral de los franceses. Conviene citarlo largamente, porque es el último texto político de Marx, que parece tener resonancias del *Manifiesto*, elaborado treinta y dos años antes.<sup>47</sup>

Considerando que la emancipación de la clase productiva es la de todos los seres humanos sin distinción de sexo ni de raza; que los productores no pueden ser libres sino en la medida en que estén en posesión de los medios de producción; que no hay más que dos formas bajo las cuales los medios de producción pueden pertenecerles: 1) la forma individual, que jamás existió en el estado de hecho general, y que es cada vez más eliminada por el progreso industrial, y 2) la forma colectiva, cuyos elementos materiales e intelectuales están constituidos por el mismo desarrollo de la sociedad capitalista; considerando que esta apropiación colectiva sólo puede salir de la acción revolucionaria de la clase productiva –o proletariado– organizada en partido político; que una organización semejante debe serperseguida por todos los medios de que dispone el proletariado, inclusive el sufragio universal, transformado así de instrumento de engaño como fue hasta ahora en instrumento de emancipación; los trabajadores socialistas franceses, fijando como objetivo de sus esfuerzos, en el

orden económico, el retorno a la colectividad de todos los medios de producción, han decidido, como medio de organización y de lucha, entrar en las elecciones con el programa mínimo siguiente...

El socialismo, definitivamente, sólo puede venir de las urnas.

El 23 de mayo de 1880, una monstruosa manifestación organizada en París ante el muro de los federados obliga al gobierno a conceder la amnistía a los últimos comuneros. Lafargue decide permanecer en Londres; Longuet, volver a París.

En el mismo momento, en Berlín, el hijo de un pintor austriaco de decorados en el Teatro Imperial de Viena, Karl Kautsky, se convierte en el amigo de uno de los jóvenes dirigentes lassallianos del partido socialista disuelto, ya conocido a propósito de la defensa de Dühring: Eduard Bernstein, entonces secretario de un industrial socialista, Höchberg. Aconsejado por Bernstein, que cambió de opinión sobre Marx, Kautsky lee *El Anti-Dühring*; para él es una revelación. Pronto se convertirá en el principal epígono de Marx, el gerente de su herencia, el organizador del interés experimentado por los socialistas alemanes, el acaparador de sus manuscritos, que se disputará salvajemente con... Bernstein.

Karl reflexiona entonces en muchos proyectos de libros. Lafargue referirá que en ese momento "se proponía, entre otras cosas, escribir una lógica y una historia de la filosofía [...]. Y tenía tal admiración por Balzac que se proponía escribir una obra crítica sobre *La comedia humana* no bien hubiera terminado su *obra económica*".<sup>161</sup> Entonces utiliza los trabajos de Morgan sobre los lazos de parentesco en las comunidades arcaicas, y los de Kovalevski sobre la propiedad del suelo, para mostrar la diferencia entre las "comunidades agrícolas antiguas" y lo que será el comunismo, sistema nuevo, forma superior de vida común, gracias a las técnicas modernas, que podrá apoyarse en el *mir*, forma original de propiedad colectiva del suelo. Decididamente, Rusia es el único país que le interesa...

Ése es el momento que escoge Lafargue para revelarle que está trabajando en un libro radicalmente hostil a toda su historia política pasada: *El derecho a la pereza*.<sup>160</sup> Discute sobre él con su suegro, que le abre su biblioteca. En el fondo, Karl siempre odió el trabajo, que, desde el comienzo de su obra, convirtió en la causa principal de la alienación, mucho más allá de los marcos del capitalismo. Jamás hizo

suyo el derecho al trabajo, el pleno empleo, que le parecen medios para los trabajadores de reclamar su alienación. La idea de que se pueda reflexionar acerca de la mejor manera de librarse del trabajo, pues, no le resulta indiferente. Lafargue se percata entonces de que Karl leyó todo sobre el tema, como sobre tantos otros. Descubre con asombro las anotaciones de su suegro en un ejemplar de *Du Droit à l'oisiveté et de l'organisation du travail servile dans les républiques grecque et romaine* [Acerca del derecho al ocio y la organización del trabajo servil en las repúblicas griega y romana], de Moreau-Christophe, publicado en París en 1849. También encuentra en su biblioteca un folleto de Maurice Cristal publicado en 1861 y titulado *Les Délassements du travail* [Los descansos del trabajo].<sup>216</sup> Lafargue escribe en ruptura con los valores tradicionales del movimiento obrero. Critica a aquellos que, desde Louis Blanc, reclaman el "derecho al trabajo", y se atreve a escribir: "¡Vergüenza para el proletariado francés!... En presencia de esa doble locura de los trabajadores, de matarse en el sobre-trabajo y vegetar en la abstinencia, el gran problema de la producción capitalista no es ya encontrar productores y decuplicar sus fuerzas sino descubrir consumidores, excitar sus apetitos y crearles necesidades ficticias". Su libro es un llamado al "goce",<sup>160</sup> una denuncia de la "religión del capital"<sup>160</sup> y de todos los sistemas sociales que glorifican el trabajo como valor social e individual. Tiene esperanzas en una liberación del asalariado ("la peor de las esclavitudes")<sup>160</sup> por la máquina, y el acceso cercano de todos a los "esparcimientos".<sup>160</sup> El libro, que tendrá un éxito enorme, no alejará sin embargo a Lafargue de su compromiso socialista.

Pero ocurre que la depresión de Eleanor se agrava al punto de amenazar su vida; habla cada vez más de suicidio... Karl se enloquece y obtiene de Jenny que la autoricen a casarse con Prosper Olivier Lissagaray, que la espera desde hace ocho años. Entonces, ganada por las contradicciones, Eleanor vacila. El 4 de julio de 1880, Lissagaray elige aprovechar la amnistía y vuelve a París. Su relación con Eleanor ha terminado.

Al mismo tiempo, cuando finalmente se termina la primera traducción inglesa del libro primero de *El capital*, Marx, según algunas fuentes,<sup>230</sup> habría escrito a Darwin para proponerle dedicársela. Darwin habría declinado ese honor en una carta cortés y reservada, así como había acogido con frialdad el envío de la edición alemana, algu-

nos años antes. En su respuesta, incluso habría calificado de paso la propaganda atea o anticristiana de "perjudicial para la liberación del espíritu".<sup>230</sup> En realidad, esta historia repetida por todos los biógrafos no es exacta. Darwin responde en esa carta a otro libro,<sup>277</sup> y Marx no cree que las ideas de Darwin sean transferibles al análisis social.

Sin embargo, ¡cuántos puntos comunes entre la teoría de la selección natural (que desemboca en la mutación de las especies vivas), la teoría de la lucha de clases (que desemboca en la mutación de las especies sociales) y la otra gran teoría del siglo xix, la de la termodinámica (que desemboca en la mutación de los estados de la materia)! Las tres hablan de variaciones infinitesimales y de saltos mayores; las tres hablan también de un tiempo que transcurre irreversiblemente: hacia el desorden, dice Carnot; hacia la libertad, dice Marx; hacia el mejor adaptado, dice Darwin. Adaptarse a los desórdenes de la libertad: eso es lo que reúne a Carnot, Marx, Darwin, los tres gigantes de este siglo.

*El Anti-Dühring* aparece entonces en francés, en forma de folletín, en el diario de Guesde, del 16 de junio al 4 de agosto de 1880. Tiene un gran éxito. En el mismo momento en que la doctrina que empiezan a llamar "marxismo" se cristaliza así en decenas de diarios y libros que la comentan, la propia persona de Marx comienza a ser deificada: su amigo Friedrich hace imprimir ese año mil doscientas copias de una foto de Marx y se la hace firmar con la mención "Salud y fraternidad. Karl Marx, 27 de junio de 1880". "Marx, escribe Engels, es representado en ella en toda su olímpica calma, y con sus acostumbradas alegría de vivir y confianza en la victoria." Lenin poseerá un ejemplar. La propaganda iconográfica se instala. Se bosqueja una nueva religión, a la que Marx se presta.

En el otoño de 1880, Longuet vuelve a instalarse en París, primero sin Jennychen y sus hijos. (Entonces tienen tres.) En noviembre asiste a la reunión del congreso del Partido Obrero francés de Jules Guesde, en El Havre.

A fines de ese mismo año, algunos anarquistas reunidos en Suiza en La Chaux-de-Fonds proponen una vez más "salir del terreno legal para llevar la acción al de la ilegalidad". Nechaiev, que, al igual que Guillaume, afirma ser el delfín de Bakunin, exclama que un revolucionario debe ser "amoral, ladrón, asesino, oportunista y corruptor".

En Rusia ocurre lo que debía ocurrir: cuatro lanzadores de bombas, a las órdenes de Sofía Perovskaia, jefa de *Narodnaia Volia*, logran

asesinar a Alejandro II, el domingo 13 de marzo de 1881, durante el relevo de la guardia. Su hijo, ahora Alejandro III, tiene 36 años, deroga las últimas reformas liberales, exacerba el antisemitismo y rusa-fica por la fuerza las provincias periféricas del imperio.

En una importante carta escrita en ese momento a la revolucionaria rusa Vera Zasúlich, carta extremadamente meditada, de la que se conservaron tres borradores sucesivos, Marx pone por escrito lo que está rumiando desde hace algún tiempo: en Rusia y sólo en Rusia tal vez no sea necesario el desvío por el capitalismo, cuando siempre sostuvo lo contrario.

Rusia es el único país en Europa donde la propiedad comunal se mantuvo nacional en una amplia escala. Pero, simultáneamente, Rusia existe en un medio histórico moderno; es contemporánea de una cultura superior; se encuentra relacionada con un mercado mundial donde predomina la producción capitalista [...]. [En consecuencia, no es posible] metamorfosear mi bosquejo histórico de la génesis del capitalismo en la Europa Occidental en una teoría histórico-filosófica de la marcha general, fatalmente impuesta a todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas en que se encuentran ubicados, para llegar en último lugar a esa formación económica que, con el mayor progreso de los poderes productivos del trabajo social, garantiza el desarrollo integral del hombre.<sup>37</sup>

Es a esta carta –y solamente a esta carta– a la que se aferran todos aquellos que van a querer instaurar el comunismo “en un solo país” en lugar del capitalismo, y no después de él. Veremos que, dos años más tarde, Marx hará una precisión que echa por tierra esta interpretación: dirá que la revolución sólo podrá triunfar en Rusia si inmediatamente se vuelve mundial.

En el mismo momento, en Alemania, el partido socialista suspendido desde hace tres años es vuelto a autorizar. Renace bajo la dirección no ya solamente de Liebknecht sino de August Bebel, de quien el joven Kautsky se convierte en un allegado. Bernstein se ocupa en Zúrich de la jefatura de redacción del *Sozialdemokrat*, nuevo semanario del SPD, y predica la lucha de clases para acabar rápidamente con la sociedad burguesa: él, que era hostil a las tesis de Marx, ahora es su adulón.

En París se promulgan la ley sobre la gratuidad de la enseñanza primaria y la que autoriza las reuniones públicas, se publica *Bouvard y Pécuchet* poco después de la muerte de Flaubert; Bouvard y Pécuchet, cuya búsqueda desesperada de un saber universal evoca la de Marx, espíritu del mundo. Jenny Longuet se reúne con su marido. Un mes más tarde, Paul Lafargue también se instala en la capital francesa, primero sin Laura. Al mismo tiempo, el joven Kautsky se dirige a Londres, donde conoce a Karl, Eleanor, Laura y Engels. De regreso en Viena se pondrá de novio con una enfermera vienesa, una tal Louise Strasser, y se casará con ella. Pronto veremos que representarán un papel mayúsculo en la administración de la herencia de Marx.

Karl sigue con interés la fundación en Londres de la London Democratic Federation por un tal Henry Mayers Hyndman. Eleanor es entusiasta; se inscribe y presenta a su padre a Hyndman, quien describe este encuentro: "Al comienzo, su aspecto agresivo, intolerante y esencialmente intelectual tomaba la delantera; sólo después aparecían la simpatía y la buena naturaleza que ocultaba su apariencia áspera". Así, el marxismo hace una entrada discreta en la vida política inglesa. Veremos que su influencia sobre la izquierda británica será muy difusa.

Karl sigue interesándose en la India, y observa que en Europa todavía no se mide la gravedad y la amplitud de las hambrunas que allí causan estragos, cuando un siglo atrás, durante la hambruna de Bengala de 1770, la opinión pública en Londres y en París se había indignado. Explica esta indiferencia por el perfeccionamiento de la propaganda colonialista.

Trabaja en múltiples proyectos de libros sobre las ciencias naturales, las matemáticas, la historia de las tecnologías; llena cuatro gruesos cuadernos de notas para el bosquejo de una *Historia universal*. Siempre ese deseo de escribir sobre la historia de todo campo que lo apasiona para establecer sus fundamentos. También se ha consagrado no ya a dos, sino a tres tomos suplementarios de *El capital*; el último, dedicado a la historia de las doctrinas económicas. Su pasión por los progresos técnicos, que a su manera de ver siguen siendo las verdaderas revoluciones, permanece intacta; así, se interesa en la idea de Fernand Forest de utilizar el petróleo como carburante en el motor de cuatro tiempos, y en el primer tranvía eléctrico que funciona en Berlín.

En noviembre de 1881, la enfermedad de Jenny se agrava. El diagnóstico revela un cáncer de hígado. Karl también está tan enfermo

(una peritonitis reforzada por una pleuresía) que sólo una vez logra salir de su cama para ir a la habitación vecina donde se encuentra su esposa. Lafargue escribe:

Durante la enfermedad terminal de su mujer le fue imposible ocuparse de sus trabajos científicos ordinarios; no podía salir del estado lamentable en que lo ponían los sufrimientos de su compañera sino sumiéndose en las matemáticas. Fue durante este período de sufrimientos morales cuando escribió una obra sobre el cálculo infinitesimal, obra de gran valor, aseguran los matemáticos que la conocen.<sup>161</sup>

Obra jamás publicada y de la que nada queda, si alguna vez existió.

Jenny fallece el 2 de diciembre en presencia de Karl, de sus tres hijas y sus dos yernos, que habían regresado de París para cuidarla. "Se muere –dice Lafargue– como comunista y materialista, así como siempre había vivido. La muerte no le daba miedo. Cuando sintió que se aproximaba el fin, exclamó: 'Karl, mis fuerzas se han agotado'."<sup>161</sup>

Karl está demasiado enfermo para asistir al entierro, en el cementerio de Highgate, en la sección de los "réprobos", vale decir, los ateos. Otro funeral al que faltará, luego de los de su hermano, su padre, su suegro y su madre. Solamente algunos íntimos acompañan a Jenny al cementerio. Engels pronuncia un discurso. Paul Lafargue, que está junto a Laura y a Eleanor, a Jennychen y a Charles Longuet, escribirá:

Nadie más que ella tenía tal sentimiento de la igualdad, aunque hubiese nacido y sido criada en una familia de aristócratas alemanes. Para ella, las diferencias y las clasificaciones sociales no existían. En su casa y a su mesa, recibía a los obreros en ropa de trabajo con la misma cortesía, la misma deferencia que si se hubiese tratado de príncipes. [...]. Lo había abandonado todo para seguir a su Karl, y nunca, ni siquiera en los días de indigencia extrema, lamentó lo que había hecho.<sup>161</sup>

Al día siguiente de estos funerales, Jennychen, que también parece bruscamente enferma, vuelve a París con su marido y Paul Lafargue. Karl se queda solo con Laura y su hija menor, Eleanor, que en las reuniones del partido de Hyndman conoce a un periodista, Edward Aveling. Éste está casado, es mucho mayor que ella, y es socialista. Exactamente como su padre, una vez más.

Ese año Karl sigue trabajando. Aclara lo que piensa de la posibilidad de una revolución en Rusia. En un prefacio a la segunda edición rusa del *Manifiesto comunista* escribe:

Hoy [...], Rusia está a la vanguardia del movimiento revolucionario de Europa [...]. En Rusia, al lado del *bluff* capitalista en plena expansión, y de la propiedad burguesa de la tierra en vías de desarrollo, vemos que más de la mitad del suelo es la propiedad común de los campesinos. A partir de entonces se plantea el interrogante: ¿podrá la *obschina* rusa, forma de la arcaica propiedad común del suelo, cuando ya está fuertemente quebrantada, pasar directamente a la forma superior, a la forma comunista de la propiedad colectiva? ¿O, por el contrario, deberá antes recorrer el mismo proceso de disolución que caracteriza el desarrollo histórico del Occidente? La única respuesta que se puede dar actualmente a esta pregunta es: si la revolución rusa da la señal de una revolución proletaria en Occidente, y las dos se complementan, la actual propiedad colectiva de Rusia podrá servir como punto de partida para una evolución comunista.<sup>32</sup>

En consecuencia, eso es lo que permite superar la contradicción entre toda su obra y su carta del año precedente: una revolución rusa sólo podrá "servir como punto de partida para una evolución comunista" si "da la señal de una revolución proletaria en Occidente", vale decir, si se vuelve mundial. Ese fragmento de la frase, tan importante, será ocultado durante un siglo por Lenin y sus sucesores; como veremos, harán todo lo posible por dejar creer que Marx dio su firma en blanco a la idea de un pasaje directo al socialismo solamente en Rusia.

En julio de 1882, como Laura Lafargue se reunió con su marido en París, Karl ahora está solo con Eleanor, y también con Engels, que, en un prefacio a una edición del *Manifiesto*, reflexiona sobre la denominación "comunista". En 1848, escribe,

los charlatanes sociales de toda ralea, con ayuda de un montón de panaceas y con todo tipo de remiendos, querían suprimir las miserias sociales sin causar el menor perjuicio al capital y a la ganancia; y esa parte de los obreros que, convencida de la insuficiencia de las simples commociones políticas, reclamaban una transformación fundamental de la sociedad, se llamaba entonces comunista: no podía

mos vacilar un solo instante acerca de la denominación que debíamos escoger.<sup>114</sup>

Karl no sabe vivir sin Jenny. Se siente perdido. Las fotografías de su padre, de su mujer y de Jennychen, cada vez más enferma, ya no lo abandonan. Sufre de la garganta y de los pulmones. Los médicos le dicen que sólo un clima seco podría atenuar sus dolores. Por otra parte, entonces está de moda, entre los facultativos de Inglaterra, dirigir a los enfermos del pecho hacia la Costa Azul, Italia o Argelia. Y los médicos de Engels insisten en enviar a Karl del otro lado del Mediterráneo. Irá, solo. Largo viaje solitario.

Longuet le da la dirección de un amigo destacado en Argel, el juez Fermé, que está dispuesto a servirle de guía. Karl atraviesa Francia, toma el barco en Marsella, se queda en Argel del 20 de febrero al 2 de mayo de 1882. No es el único extranjero: 1.500 ingleses pasan entonces por Argel cada año, de lo cual dan fe los nombres de los hoteles Victoria, de Inglaterra, de Inglaterra y Oriente reunidos... Cuando desembarca Marx, Argel cuenta con 75 mil habitantes intramuros. Allí no se transparenta nada de la rebelión que se incubaba en el sur, donde se suceden las ejecuciones sumarias, donde el ganado es confiscado, incendiados los pueblos, saqueados los cultivos. Karl ignora también la sublevación del Oranesado, que comenzó en el verano de 1881, que se prolonga durante toda su estadía y hasta mayo de 1883 en los confines argelomarroquíes. Tampoco se entera de la muerte de Darwin, el 19 de abril de 1882. No ve nada de Argelia: llueve, hace frío, se queda encerrado todo el día en su hotel, el Victoria, en Mustafá, sobre las alturas de la Ciudad Blanca. Piensa en Jenny, en sus hijas. Lee un diario local, *Le Petit Colon*, hoja repleta de noticias falsas, que designa a las sublevaciones como "bandidismo", aunque es mucho más moderada que *Le Courrier d'Oran* o *Le Moniteur d'Alger*. El juez Fermé le explica la situación a través del filtro de la ideología colonial, que Karl sigue sin decodificar. No sale más que una vez y escribe dieciséis cartas, nueve de ellas a "Fred" y las otras a sus hijas. Sólo hablan de su salud y del tiempo que hace. Única mención de una crítica: en una carta del 8 de abril de 1882 a Engels, Karl observa: "Fermé me cuenta que [...] se practica (y esto 'regularmente') un modo de TORTURA [el destacado es suyo] para arrancar confesiones a los árabes; naturalmente, la que se encarga de esto es la 'policía'; se supone que el juez no sabe nada".<sup>115</sup>

Luego Karl se sofoca de soledad y de pena. Escribe a Laura, que acaba de instalarse con Paul Lafargue en Enghien, que va a ir a "descansar" a París; se instalará en su casa, para no molestar a Jennychen, enferma, que ahora vive al lado, en Argenteuil. En esa carta escribe esta frase extraordinaria y patética: "Llamo descanso a la 'vida de familia', las voces infantiles, todo ese 'pequeño mundo microscópico, mucho más interesante que el mundo macroscópico'".<sup>146</sup>

"Mucho más interesante que el mundo macroscópico" ... ¡Que juicio patético para quien lo sacrificó todo, inclusive a tres de sus hijos, al estudio y la acción sobre el mundo!

Desembarca en Marsella el 5 de mayo de 1882, en el momento en que un cuerpo expedicionario de setecientos hombres embarca allí para el Tonkín y en que Déroulède funda la Liga de los Patriotas.

Al llegar a casa de Laura se entera de que Jennychen está cada vez peor. Va de una a otra, y empieza a perder la vista.<sup>146</sup> Discute de política con Longuet y con Lafargue, que, en octubre, deja con Guesde el Partido Obrero para fundar el Partido Obrero Francés, el POF, en el Congreso de Roanne. Algunos disidentes del POF fundan la Federación de los Trabajadores Socialistas, que agrupa a anarquistas y reformistas, y son apodados los "posibilistas". Ese año aparece por primera vez en francés el término "marxismo", utilizado desde hace mucho en el seno de la Internacional; es empleado por Paul Brousse en *Le Marxisme dans l'Internationale*. Louis Blanc fallece en Cannes; la Tercera República le ofrece funerales nacionales. En lo sucesivo, el socialismo tiene derecho de ciudadanía.

Karl se entusiasma por las nuevas experiencias de Marcel Deprez, que realiza el primer transporte de energía eléctrica a distancia por línea de alta tensión entre Miesbach y Múnich. Ve en esto el futuro del socialismo, y se lo escribe a Engels. También se entera del descubrimiento del bacilo de la tuberculosis por Robert Koch. Sabe que para él es demasiado tarde.

A fines de octubre, Karl deja a sus dos hijas mayores para reunirse con la menor, deprimida, que se fue a descansar a Vevey. Abandona a Jennychen moribunda para encontrarse con Eleanor, predisposta al suicidio. El padre y la hija van juntos a la isla de Wight. El estado de Marx se deteriora al punto de que prácticamente no puede tragar nada y vomita todos los días, como a menudo desde su juventud. Está todavía en Wight cuando, en diciembre, Guesde y Lafargue son detenidos

una vez más por discursos subversivos. Vuelven a la cárcel por seis meses por "incitación a la guerra civil". Ante el tribunal, Guesde dice: "Fue una revolución la que nos dio la igualdad ante la ley; otra, el sufragio universal; otra, la forma republicana en el campo económico. Es pura lógica contar con una nueva revolución para obtener la igualdad en los medios de producción, el sufragio en el taller, la república en el campo económico". Lo que inspira a Karl una carta ditirámlica a Laura sobre su marido, alabando sus últimos artículos y "su valiente lucha contra los poderes establecidos, que deja una buena impresión del hombre".<sup>146</sup> Sigue en Wight con Eleanor cuando muere Jennychen, el 11 de enero de 1883, a los 38 años; deja cinco hijos, uno de los cuales, Harry, está muy enfermo. El mismo día, 11 de enero de 1883, Marx deja Wight con Eleanor y vuelve a Londres; Hélène Demuth está ahí para recibirla y anunciarle la muerte de Jennychen y la partida de Engels para su sepelio. Como lo hizo en los funerales de Jenny, Engels toma la palabra en el entierro de la mayor de las hijas Marx: "El proletariado perdió a una valiente luchadora. Su apesadumbrado padre tiene por lo menos el consuelo de saber que centenares de miles de trabajadores en Europa y Norteamérica comparten su pena".

El 20 de enero, Engels vuelve de París y ya no abandona a su amigo. Hablan de los libros venideros, de los manuscritos, de lo que falta publicar. De las dos hijas, Laura y Eleanor, a quienes Engels promete seguir sosteniendo financieramente.

El 14 de marzo, víctima de la tuberculosis, Karl Marx se recuesta en su sillón. Eleanor está presente, mientras que Engels se ha ausentado algunos instantes de la habitación. Se conocieron cuarenta años antes. Desde entonces no estuvieron ni un día uno sin otro, por lo menos por escrito.

El anciano toma del bolsillo de su amigo las fotos de su padre, de su mujer y de su hija mayor. Cuarenta y ocho horas más tarde las pondrá en su ataúd.

Karl es enterrado al lado de su mujer, en el cementerio de Highgate. Once personas asisten a sus funerales: sus dos últimas hijas, Eleanor y Laura; sus yernos, Paul Lafargue, recién salido de prisión, y Charles Longuet, uno de cuyos hijos está moribundo; Hélène Demuth y seis fieles, entre ellos Engels, que pronuncia una oración fúnebre, largo texto muy meditado que, más allá de la inmensa pena experimentada por el amigo inseparable, anuncia el marxismo.

El 14 de marzo, a las tres menos cuarto de la tarde, el más grande pensador vivo dejó de pensar. Estuvo nada más que dos minutos solo, y cuando volvimos lo encontramos dormido, en su último sueño, en su sillón. La muerte de este hombre es una pérdida incommensurable para el proletariado militante de Europa y América y para la ciencia histórica. Pronto se hará sentir el foso dejado por la partida de este espíritu poderoso. Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo natural, Marx descubrió la ley del desarrollo humano [...]. Además, Marx también descubrió la ley que dirige el movimiento del actual modo de producción capitalista y la sociedad burguesa que éste creó [...]. Estos dos descubrimientos hubiesen bastado para una vida. Y feliz del hombre que hubiera podido hacer uno solo. Pero en todos los campos que estudió Marx, y estudió muchos, ninguno superficialmente, en todos los campos, incluso las matemáticas, hizo descubrimientos. Así era el hombre de ciencia. Pero eso ni siquiera era la mitad de él. La ciencia era una dinámica histórica, una fuerza revolucionaria. Más allá de su dicha de descubrir leyes teóricas de consecuencias difícilmente previsibles, también fue actor del cambio revolucionario en la industria [...]. Porque primero y ante todo era un revolucionario. Su misión en la vida era contribuir, de una manera u otra, a derrocar la sociedad capitalista y las instituciones de Estado que éste creó, para liberar al proletariado moderno, cuyas condiciones de emancipación fue el primero en definir. Combatir era su elemento. Y combatía con una pasión, una tenacidad y un éxito sin rival [...]. Marx era el hombre más odiado y más calumniado de su época. Los gobiernos absolutistas o republicanos lo deportaron. Burgueses, conservadores o demócratas se unieron contra él. No se ocupó de nada de todo eso, salvo en caso de extrema necesidad. Y murió adorado, reverenciado y llorado por millones de camaradas revolucionarios, de las minas de Siberia a California, en Europa y en América. Aunque tenía muchos oponentes, carecía de enemigos personales. Su nombre durará a través de las edades, así como su obra.<sup>253</sup>

Cuatro días más tarde entierran en el mismo panteón a Harry Longuet, uno de los hijos de Jennychen, muerto a los 4 años de edad.

## VII. EL ESPÍRITU DEL MUNDO

EN *LIMBO*, gran novela de ciencia ficción escrita en 1952, Bernard Wolfe, ex guardespaldas de Trotski, cuenta la historia de un cirujano, el doctor Martine, especialista del cerebro.<sup>256</sup> Como director de un hospital de campaña durante una tercera guerra mundial que supuestamente se desarrolla en 1970 entre el Hinterland, su país, y el resto del mundo, el médico está asqueado de tener que amputar en serie a heridos de guerra. Por eso observa en su diario íntimo que no tendría que hacerlo si, de nacimiento, los hombres estuvieran privados de brazos y piernas, y de tal modo fueran incapaces de ejercer la violencia. Luego deserta y se refugia en una isla olvidada, habitada por los mandunjis, tribu que, desde el amanecer de los tiempos, practica una lobotomía ritual, la *Mandunga*. La guerra pendiente se exacerbaba tanto que se cortan los vínculos entre la isla y el resto del mundo. Dieciocho años más tarde, tropas del Hinterland, potencia dominante, desembarcan en la isla; están compuestas por extraños personajes con miembros reemplazados por prótesis. Martine descubre entonces que su país ahora está bajo la autoridad de pacifistas que predicaban la mutilación voluntaria para reprimir el instinto guerrero. Al volver anónimamente a su país, percibe que un retrato de él, de joven, adorna todos los lugares públicos: uno de sus ex colaboradores ha tomado el poder en el Hinterland presentándose como el profeta que vino a traer la palabra de un Mesías desaparecido, el doctor Martine; su diario íntimo se ha convertido en el libro sagrado de una ideología totalitaria en la que el valor de los hombres se mide en la cantidad de miembros que se hicieron amputar. Entonces emprende la tarea de luchar contra sus propias tesis en ese Hinterland totalitario, soñando con la isla de los mandunjis, que se ha vuelto la última esperanza en un renacimiento de la libertad.

*Limbo* es más que una gran novela demasiado desconocida. Es una requisitoria contra la manera en que los poderes recuperan los mitos, las religiones, las teorías científicas o las doctrinas filosóficas para convertirlas en ideologías; también una crítica del mito del hom-

bre nuevo, cada vez más "violentamente pacifista", que toda sociedad totalitaria aspira a engendrar; por último, es la novela de la rebelión contra la traición del espíritu por la fuerza.

Evidentemente, Wolfe habla aquí de Marx y de su doble caricaturesco, socio comanditario del asesinato de Trotski, Stalin, entonces en la cúspide del poder. Porque Marx, como el doctor Martine, no quiso ese horror, aunque a pesar de todo, por lo menos en parte, sea responsable.

Wolfe hubiera podido hablar también de Jesús, de Mahoma, de Darwin o de Nietzsche, muchos de cuyos émulos caricaturizaron sus enseñanzas –de los inquisidores a los jemers rojos, de los almohades a los nazis– para convertirlas en instrumentos de su poder.

Hoy en día, cuando los regímenes que reivindican al marxismo desaparecieron casi todos de la superficie del globo, se perfilan nuevas usurpaciones del mismo tipo. Por eso, más que nunca es importante comprender cómo Karl Marx, hombre solo, perseguido por todas las policías del Viejo Continente, detestado hasta en su propio campo, lo esencial de cuya obra a su muerte continuaba en el estado de borradores en desorden, se convirtió, cincuenta años después de sus funerales, en el ídolo absoluto e insoslayable de la mitad de la humanidad, obligada a venerar sus trabajos e inclinarse ante su retrato expuesto en todos los lugares públicos.

El estudio de esta glorificación póstuma permitirá comprobar que, para que un libro, una doctrina, una religión o un hombre llegue a constituir el basamento justificador de un sistema totalitario, es necesario que estén reunidas seis condiciones, como lo estuvieron para el doctor Martine y para Marx: una obra que ofrezca una visión global de la Historia que incluya una clara distinción entre un presente desastroso y un porvenir radiante; la suficiente complejidad y lagunas para permitir varias interpretaciones; una práctica lo bastante ambigua para hacer posible su recuperación política; un amigo (o varios) suficientemente legítimo para reducir la obra a principios simples; un líder carismático para llevar ese mensaje, más allá de los primeros discípulos, apoyándose en una organización incondicional; por último, una coyuntura política que permita tomar el poder.

La visión global del mundo es la del *Manifiesto* y *El capital*; las lagunas que ofrecen varias interpretaciones son las que jalona toda la obra de Marx. La práctica, libertaria y dictatorial a la vez, es también

la suya. Los amigos que lo sepultaron bajo varias capas sucesivas de simplificaciones, y luego de mentiras, fueron Engels y Kautsky. Los líderes carismáticos fueron Lenin y Stalin, que se apoyaron en el Partido Comunista Soviético y el Komintern. La coyuntura política que desencadenó la toma del poder por el marxismo fue la de la Primera Guerra Mundial, en Rusia y en Prusia, ambos países herederos desca-rríados de Hegel y de Marx, de un dirigismo nacionalista y de un socialismo internacionalista. Será allí donde nacerán las dos perversiones más espantosas del siglo xx: el nazismo y el estalinismo.

Al morir, Marx deja una obra considerable, clara y a la vez sembrada de ambigüedades.

Su visión del mundo está fundada ante todo en la denuncia del trabajo, de su abstracción, del desgarramiento de sí y de los otros que acarrea. Es el trabajo el que produce la Historia al engendrar la lucha de clases, que a su vez engendra el capitalismo; por su naturaleza se ve llevado a desarrollarse mundialmente, a explotar cada vez más el trabajo de los hombres, a transformar una parte cada vez mayor de los servicios en productos industriales, a agotarse en la búsqueda de una ganancia cada vez más difícil de obtener, a exigir una plusvalía cada vez más elevada para compensar el alza del costo de las inversiones requeridas por la competencia. Para Marx, el capitalismo es civilizador ("Las ideas de libertad religiosa y de libertad de conciencia no hicieron más que reflejar el reinado de la libre concurrencia en el dominio de la conciencia."<sup>41</sup>) Incluso, a su manera de ver, la burguesía representa un papel revolucionario, trastornando el potencial de la humanidad, rompiendo el aislamiento de las naciones, favoreciendo "enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, lo que constituye un formidable progreso, porque, de ese modo, sustrajo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural".<sup>41</sup>

El capitalismo es una condición previa obligada del comunismo, "absolutamente indispensable porque, sin él, lo que se volvería general es la escasez, y, con la necesidad, lo que volvería a empezar es también la lucha por lo necesario, y fatalmente se volvería a caer en el viejo barro".<sup>14</sup> El proletariado sólo podrá vencer verdaderamente sobre la burguesía cuando "la marcha de la Historia haya elaborado los factores materiales que crearán la necesidad de poner fin a los mé-

todos burgueses de producción y, por consiguiente, al dominio político de la burguesía".<sup>14</sup> Por lo tanto, es necesario acelerar la generalización del capitalismo, favorecer la globalización y el librecambio:

La situación más favorable para el trabajador es la del crecimiento del capital, hay que admitirlo [...]. En general, el sistema proteccionista de la actualidad es conservador, mientras que el librecambio es destructor. Rompe las viejas naciones y lleva al antagonismo entre el proletariado y la burguesía al extremo. En una palabra, el librecambio acelera la revolución y, señores, precisamente con un sentido revolucionario voto a favor del librecambio.<sup>31</sup>

El capitalismo cava su propia fosa alienando y explotando a los trabajadores. Los aliena por su exterioridad a los objetos que producen, por la fascinación que sobre ellos ejerce el dinero; por tanto, crea un mundo "desencantado" donde cada uno está alienado por la misma existencia de las mercancías que consume y produce.<sup>270</sup> Explota a los productores transformando su fuerza de trabajo en una mercancía cuyo precio (el salario, que corresponde al costo del mantenimiento y la renovación de la fuerza de trabajo) es inferior al valor que puede crear, y que únicamente la fuerza de trabajo puede crear, porque las máquinas no añaden al objeto que fabrican más valor del que contienen. La diferencia entre el valor creado por el trabajo y aquél gastado para producirlo –la plusvalía– pertenece al capital, que trata de aumentarla reduciendo la remuneración de los asalariados, constituyendo un "ejército de reserva industrial" hecho de los desocupados de los países industrializados y del mercado colonial, y aumentando la productividad del trabajo: "Sea cual fuere la tasa de los salarios, alta o baja, la condición del trabajador debe empeorar a medida que el capital se acumula".<sup>12</sup> Es la pauperización de la clase obrera.

Bajo estos golpes, las clases medias desaparecen. Las mismas empresas tienden a escasear debido a su competencia desenfrenada:

El monopolio del capital se vuelve una traba para el modo de producción que creció y prosperó con él. La socialización del trabajo y la centralización de sus resortes materiales llegan a un punto en que ya no pueden caber en su envoltorio capitalista. Este envoltorio se rompe en pedazos. Los expropiadores son expropiados a su vez.<sup>12</sup>

Cada vez más capitalistas se vuelven proletarios. Y aunque cada empresa se esfuerza por preservar individualmente la ganancia que consigue, la tasa de ganancia global sólo puede disminuir, en virtud del crecimiento de las inversiones, lo que por fuerza acarrea crisis, y después una revolución, única capaz de transformar la naturaleza de la sociedad y engendrar aquella donde desaparecerán a la vez la alienación y la explotación: la sociedad comunista.

La democracia parlamentaria permitirá engendrar y desarrollar la conciencia política del proletariado, necesaria para el advenimiento de la revolución y el pasaje al comunismo. Toda revolución brutal, como el Terror, sólo sirve a la burguesía. "En Inglaterra, por ejemplo, la vía que conduce al poder político está abierta a la clase obrera. Una insurrección sería una locura allí donde la agitación pacífica puede realizarlo todo con prontitud y seguridad." Una vez tomado el poder por la vía democrática, todavía es necesario que la mayoría lo conserve gracias a la "dictadura del proletariado"; ésta se reduce a la utilización de los medios de la democracia al servicio de la mayoría para "derrocar el aparato represivo"<sup>8</sup> manteniendo a la vez las libertades individuales, la separación de los poderes y la libertad de prensa. En los países donde no existen ni democracia ni capitalismo, en particular Rusia, ninguna revolución comunista puede triunfar si no se desencadena al mismo tiempo una revolución mundial: "Si la revolución rusa da la señal de una revolución proletaria en Occidente, y ambas se complementan, la actual propiedad colectiva de Rusia podrá servir como punto de partida para una evolución comunista".<sup>32</sup>

Para que ocurra una toma de conciencia semejante de las clases obreras, es necesario que los partidos que las representen se organicen, se presenten en las elecciones y las ganen; pueden lograrlo, aunque la ideología dominante sea la de los dueños de la economía, porque la acción y el pensamiento humanos no son prisioneros de las estructuras económicas. Así como puede haber obras de arte libres, sin relación con las relaciones de fuerzas económicas, también puede haber un pensamiento político libre. Los oprimidos pueden rebelarse abriendo a una "conciencia de clase". Son los individuos los que hacen la Historia, y no las masas.

Una vez desaparecido el Estado, se instalará el comunismo. En él, cada uno será libre de utilizar su tiempo a su gusto, los bienes estarán disponibles en abundancia, gratuitamente, los medios de producción

pertenecerán a la colectividad. Por tanto, el comunismo no será una sociedad congelada de una vez y para siempre, sino un "movimiento" incesante hacia una libertad individual constantemente por conquistar, por inventar, de modo que cada cual realice todas sus aspiraciones: por ejemplo, "en una sociedad comunista, ya no habrá pintores, sino a lo sumo gente que, entre otras cosas, harán pintura".<sup>14</sup> Allí, libertad e igualdad serán compatibles por la igualdad real, y no ya teórica, de los derechos y las libertades individuales.

El comunismo sólo puede tener una dimensión mundial; una revolución no puede triunfar en forma duradera en un solo país porque "el proletariado, así, sólo puede existir en el seno de la historia mundial; como el comunismo, sus actividades no pueden tener sino una existencia histórico-mundial".<sup>14</sup> De este modo, Marx hace del "socialismo" una nueva parusía planetaria donde se reconcilian el hombre y su obra, donde el hombre accede a la eternidad a través de su clase, que, al tomar el poder, se realiza al tiempo que se niega.

Todo el porvenir está en este temible malentendido. Porque la doctrina de Marx encubre bastantes ambigüedades para permitir muchas interpretaciones. Como cualquiera antes y después de él, Marx se equivoca en las fechas y los plazos. En cada nueva crisis, se ve obligado a intercalar una fase suplementaria entre la expansión inesperada y el apocalipsis inevitable. Tampoco especifica cómo medir plusvalía y tasa de ganancia. No dice cómo, ni por cuánto tiempo, podrá el capitalismo demorar su crisis final. No explica si, y cómo, la dictadura del proletariado podría ser reversible; en otras palabras: lo que ocurre cuando una mayoría popular –con una ambigüedad en la palabra popular– desea interrumpir el curso de una revolución. Nada dice tampoco de la naturaleza de la sociedad comunista, ni de la manera como serán apropiadas colectivamente las empresas, ni del papel que desempeñará el Estado residual: subordina la respuesta a estos interrogantes al estudio de cada caso particular. Finalmente, última ambigüedad, glorifica al trabajador al tiempo que considera que, por naturaleza, y sea cual fuere su propietario, el trabajo constituye en sí una alienación insoportable.

Por otra parte, su comportamiento personal, en general muy libertario, en ocasiones está a años luz de su propio ideal. Periodista ante todo, considera la libertad de pensamiento –y por tanto, la democracia parlamentaria donde éste se desarrolla– como el más sa-

grado de los derechos. Toda su vida elige privilegiar la libertad, enfrentar sus ideas con los hechos, rechazar el congelamiento de su doctrina, que se haga de él un ideólogo. Tiene conciencia de sus propios errores; pero él, que apuesta por la bondad del Hombre y que desea confiarle las llaves de una sociedad libre, sabe mostrarse despectivo y de una "arrogancia ofensiva, insoportable".<sup>58</sup> De este modo, denota (como en *Miseria de la filosofía*), excluye (como en la *Circular contra Kriege*), anatematiza (como en *La sagrada familia*). Insulta a sus compañeros, como August von Willich; renuncia, por causa de conflicto ideológico, a amistades (con Otto Bauer, Moses Hess o Arnold Ruge); llega hasta dirigir encuestas policiales sobre sus enemigos (como Bakunin o lord Palmerston). Deja morir de miserio a sus hijos sin hacerlo todo para ganarse mejor la vida.

Inserta deliberadamente su teoría en la lucha, concibiendo y construyendo su vida como un vaivén permanente entre la acción, que lo apasiona, y la escritura, que lo impacienta, haciendo de la economía política un instrumento de rebelión de los desguarnecidos, los oprimidos, los ofendidos; es un materialista que cree en las fuerzas del espíritu, un filósofo para quien la economía subyace a la Historia, y, a cuya manera de ver, la acción está antes que la teoría; es un pesimista que tiene confianza en el hombre. Pronto, otros caricaturizarán su teoría para ponerla en práctica tratando de remediar su comportamiento.

Esos otros son: Engels, que inventará el concepto de partido de vanguardia; Kautsky, que caricaturizará la teoría económica de Marx; Lenin, que importará el marxismo en Rusia como estrategia de occidentalización de un país atrasado; Stalin, que hará de la dictadura del proletariado una dictadura ejercida sobre el proletariado tras la liquidación de las otras clases.

Su acción se desarrolla en cuatro escenas: la Gran Bretaña, que no conservará de Marx más que la práctica socialdemócrata, sin el vocabulario; Francia, que sólo conservará el vocabulario, sin la práctica política; Alemania y Rusia, que pondrán en marcha dos caricaturas de su proyecto: Alemania optará por un totalitarismo nacional contra el internacionalismo comunista; Rusia reemplazará un totalitarismo nacional por otro, invocando las consignas del internacionalismo. Una y otra herederas de Bismarck y de Hegel (vale decir, de la dictadura prusiana) mucho más que de Marx (o sea, de la Renania y de la Revolución Francesa).

Para construir el instrumento de la toma del poder estatal del que Marx desconfiaba desde su juventud, esos epígonos deberán reescribir cuidadosamente su biografía; luego expurgar su obra para que corresponda a la caricatura que necesitan; por último, deberán tratar de elevar sus escritos al mismo nivel que los suyos, para arrogarse el derecho a expresarse en su nombre.

Una vez pasados los funerales de Marx, Friedrich Engels y las dos hijas de Karl son los únicos que pueden descifrar sus papeles, "esa escritura, esas abreviaciones de palabras y frases enteras".<sup>161</sup> Eleanor se pasa seis meses seleccionando los fajos de papeles, la multitud de cartas, de libros, de cajas y de paquetes. Felizmente, el arriendo de Maitland Road 41 corre todavía durante un año más y tiene tiempo de dedicarse a eso, aunque, en el mismo momento, se instala en casa de Edward Aveling, el periodista socialista a quien frecuenta desde hace un año y que sigue sin divorciarse. Su hermana Laura, que vive en París, la ayuda poco. Sobre todo se ocupa de los cinco hijos de su hermana Jennychen. Engels sigue sosteniendo financieramente a las dos hijas de Karl, así como había satisfecho las necesidades del padre, según la última promesa hecha a su amigo antes de su muerte.

Las cuatro hermanas de Karl viven entonces demasiado lejos para ocuparse del futuro de su obra: una está en África del Sur; otras dos, Louise y Sophie, viven en los Países Bajos; y la cuarta, Émilie, en Tréveris. Hélène Demuth abandona la casa para ser casera en casa de Engels. Su hijo Frédéric se acerca a Eleanor, que sigue sin saber nada de su filiación.

Ésta hace publicar en varios diarios londinenses e internacionales un anuncio pidiendo a las personas que poseyeran cartas o documentos de Marx que se los hagan llegar<sup>248</sup> "por duplicado con miras a una publicación". La hija de Sophie, la hermana mayor de Karl, una tal Lina Smith, de Maastricht, lee este anuncio en la prensa batava y encuentra entre los papeles de su madre, muerta justo después de Karl, una carta de su tío, la única que se conservó: es la carta tan importante de 1837 de Karl a su padre, la última, citada al comienzo de este libro. Sophie había obtenido esa carta de su madre, que se la había dejado al morir. Lo cual habla de la importancia que tenía para la familia. Y también que, a pesar de la aparente hostilidad de las hermanas de Marx a su acción, unas y otras sin duda, a la manera de su madre,

habían alimentado un secreto orgullo ante su hermano. Pero Eleanor se pregunta si a su padre le hubiera gustado que se publique ese género de correspondencia privada, y la conserva en su poder.

En medio de ese gran desorden, Engels recupera en casa de Marx, con el acuerdo de Eleanor, los manuscritos terminados de los libros II, III y IV de *El capital*, que pretende publicar, como quedó convenido con su amigo, justo antes de su muerte. No toca los otros manuscritos, los de las obras anteriores no publicadas. Pero le cuesta trabajo ordenar ese revoltijo. El 30 de agosto escribe al dirigente alemán Bebel, que está preocupado por esa situación: "De haberlo sabido, no lo habría dejado en paz ni a sol ni a sombra hasta que ese trabajo estuviera terminado e impreso".<sup>146</sup> ¿Por qué escribe de ese modo al presidente del Partido Socialdemócrata Alemán? Porque, inmediatamente después de la desaparición de Marx, los dirigentes del partido alemán se preocupan por su obra, de la que desean apropiarse y dar a conocer. El genio del socialismo científico es alemán; por tanto, debe reinar ante todo en Alemania.

Así pues, de entrada Marx es la moneda de cambio de una batalla ante todo alemana, antes de volverse rusa. Nunca será inglesa ni norteamericana. Sólo marginalmente será francesa.

En octubre de 1883, Engels, enfermo, guarda cama durante ocho semanas y se da cuenta de que necesitará ayuda para llevar la tarea a buen término. Precisamente en ese momento, en ocasión de su cumpleaños, Karl Kautsky va a visitarlo a Londres.<sup>146</sup> Por ese entonces, el joven es en Berlín un colaborador de Bebel. Kautsky acaba de fundar *Die Neue Zeit* [La nueva época], la revista teórica del partido alemán. Enemigo de los lassallianos, es un admirador de Marx y de Engels, un ferviente lector tanto de *El Anti-Dühring* como de *El capital*. ¿Va por su propia voluntad? ¿Lo envía Bebel? En todo caso, Engels lo "inicia" en la decodificación de los manuscritos de Marx y lo presenta a Eleanor, que le muestra la carta de 1837 de Karl a su padre. A Kautsky le gustaría publicarla en *Die Neue Zeit*. Eleanor se opone: demasiado íntima. Engels propone a Kautsky que vaya a trabajar con él en la publicación de las obras de Marx. Kautsky le promete pensar en eso y vuelve a Berlín.

Al siguiente año (1884), Eleanor, con su compañero Edward Aveling y los escritores William Morris y Samuel Butler, abandona la Federación Democrática de Henry Hyndman, que se convierte en la

Federación Socialdemócrata; fundan entonces la Liga Socialista. Al mismo tiempo se crea, con George Bernard Shaw, otro movimiento socialista inglés, la Sociedad Fabiana, por el general romano Fabio, llamado *Conducator* ("el Contemporizador") en virtud de su rechazo a toda batalla frontal frente a Aníbal. Hay entonces tres corrientes de izquierda en Inglaterra, todas inspiradas en Marx: socialdemócrata, socialista y fabiana. Esta Sociedad Fabiana, que predica la "impregnación" de la sociedad por las ideas marxistas sin revolución, veinte años más tarde dará nacimiento al actual Partido Laborista.

Ese año, en Ginebra, un emigrado ruso, Gueorgui Plejánov, funda el primer grupo marxista ruso, Liberación del Trabajo. Traduce y hace llegar a Rusia *Trabajo asalariado y capital*,<sup>35</sup> el pequeño texto de vulgarización redactado por Marx en Bruselas, en 1847, para los obreros.

Entonces, Engels hace transportar a su casa, por intermedio de Hélène, lo esencial de los manuscritos que quedaron en el domicilio de Marx. Eleanor sólo conserva las cartas personales y lo que está redactado en inglés.

En 1885, Kautsky, que ha pasado los meses precedentes recolectando recuerdos de testigos alemanes sobre Marx, acepta el ofrecimiento de Engels y va a instalarse a Londres con su mujer, Louise, la enfermera austriaca. De hecho, es comisionado por el partido alemán. Engels encuentra atractiva a Louise ("Tiene un lindo cuerpito", dice) y la convierte en su ama de llaves. La pareja no tarda en tomar a la vez el control del "viejo general" (Engels), de los manuscritos y, para terminar, del "marxismo". Más tarde, Kautsky hará aparecer en *Die Neue Zeit* los primeros relatos sobre Marx, contribuyendo a forjar su leyenda: *Souvenirs d'un ouvrier sur Karl Marx*, de un tal Friedrich Lessner, a quien conoció en Berlín; un artículo de Sorge sobre Karl Marx; y sobre todo, los *Souvenirs personnels* de Paul Lafargue,<sup>161</sup> muy citados aquí, que el propio Kautsky pidió al marido de Laura, y que constituyen el primer texto biográfico redactado sobre el autor de *El capital*.

Desde su llegada a Londres, durante el verano de 1885, Kautsky, con una terrorífica premonición, pone por escrito algunas observaciones sobre el Partido Socialista alemán para un libro de vulgarización sobre el marxismo que está preparando:

Casi todos los intelectuales del partido [...] sólo piensan en ideas nacionales, resurrección del viejo pasado germánico y las colonias, no

piensan más que en conversaciones con el gobierno, el reemplazo de la lucha de clases por el poder de la "Justicia", y en manifestar su aversión por la concepción materialista de la Historia: ese dogma marxista, como lo llaman.<sup>151</sup>

Lo cual participa en el desvío que, treinta años más tarde, conducirá a la constitución del Partido Nacionalsocialista.

Los dos hombres se ponen a trabajar inmediatamente, y a fin de año publican el libro II de *El capital* en Otto Meissner. El prefacio de Engels ya es mentiroso: "Marx fue el primero en descubrir la ley según la cual todas las luchas históricas, ya sean conducidas en el terreno político, religioso, filosófico o en cualquier otro terreno ideológico, de hecho no son sino la expresión más o menos clara de las luchas de clases sociales";<sup>47</sup> cuando Marx siempre especificó que las ideas y las artes estaban excluidas de la lucha de clases. Luego, esta segunda mentira: "Esa ley, para la Historia, tiene la misma importancia que la ley de la transformación de la energía para las ciencias naturales".<sup>47</sup> Así, bajo su pluma, el "marxismo" se convierte en una verdad indiscutible, mientras que, para Marx, como vimos, la teoría social es una ciencia abierta, un "movimiento" al servicio de la política que debe hacerse a un lado ante ella.

El mismo año, Engels se compromete en favor de la Liga de los Sindicatos Femeninos, que empieza a defender los propios intereses de las mujeres en el mundo del trabajo.

No es el único que distorsiona la verdad de Marx. La misma Eleanor no hace otra cosa. Así, el mismo año, publica los dos panfletos de su padre dirigidos contra Palmerston (*Historia de la diplomacia secreta en el siglo XVIII* e *Histoire de la vie de Lord Palmerston*), suprimiendo los pasajes más antirrusos para no disgustar a los amigos rusos de su padre. En París, Laura, más fiel, traduce por su parte en francés el *Manifiesto comunista*, esta vez directamente del alemán. Allí donde la primera traducción (del inglés al francés) decía: "Somos perseguidos por un fantasma, el fantasma del comunismo", Laura escribe: "Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo". Otra vez ese año, Laura también apoya a su marido y a Jules Guesde, que por tercera vez comparecen ante los tribunales, esta vez por haber hablado del "fusil liberador". A manera de defensa, Guesde declara:

No reniego de ninguna de mis palabras. Pero ese fusil no estaba dirigido contra un hombre, cuya piel no nos importa ni poco ni mucho [...]. Era el fusil de sus grandes jornadas, señores de la burguesía, el fusil del 14 de julio y del 10 de agosto, el fusil de 1830 y de 1848, el fusil del 4 de septiembre de 1870. El que llevó al poder al tercer estado. Y el que llevará –y con los mismos derechos– a la clase obrera.

A diferencia de lo que había pasado dos años antes, Jules Guesde y Paul Lafargue son absueltos por el jurado popular. Porque las cosas cambian; los socialistas pueden hablar más libremente. Hasta es totalmente posible, ahora, publicar a Marx en París sin temor a la censura. Ese año, por otra parte, un tal Gabriel Dreville publica un primer resumen en francés de *El capital* en un *Aperçu sur le socialisme scientifique*.

Engels sigue seleccionando sus propios manuscritos y los de Karl con la ayuda de los Kautsky, que tienen una idea fija: encontrar el momento idóneo para repatriar a Alemania los manuscritos de Marx, los borradores de sus libros y los que no publicó. El año siguiente, Engels hace editar las *Tesis sobre Feuerbach*<sup>16</sup> e introduce en un prefacio la expresión “materialismo dialéctico”, allí donde Marx, por su parte, hablaba de “dialéctica materialista”. La distinción no es menor: la dialéctica es un método, el materialismo una filosofía. Pero ahora la misma filosofía se vuelve dialéctica, vale decir, disponible para admitir todas las contradicciones internas. Cosa que el primer marxista ruso, Plejánov, tratará de teorizar en una fórmula suficientemente oscura para permitir todas las interpretaciones: el “materialismo dialéctico” es una teoría de la verdad según la cual hay “contradicción entre el carácter representado necesariamente como absoluto del pensamiento humano y su actualización únicamente en individuos de pensamiento limitado, contradicción que no puede resolverse sino en el progreso infinito”. En otras palabras, la contradicción en el pensamiento es legítima si apunta a reconciliar utopía y práctica... y todavía más, lo arbitrario es legítimo si sirve a la revolución. Ahí tenemos a Marx ya profundamente descarriado por ese ligero deslizamiento lexicográfico.

Siempre apasionada por el teatro, que percibe como un medio de propagar el socialismo, Eleanor traduce a Ibsen del noruego y a *Madame Bovary* del francés. Trabaja en una nueva traducción al inglés de *El capital*, a partir de la tercera edición alemana, con la ayuda de Ed-

ward Aveling, con quien vive, y de Samuel Moore (el jurista, amigo de Marx, que se había negado a recibir a los refugiados de la Comuna). Engels la releerá. Siempre depresiva, Eleanor, que no logra que su compañero se divorcie, hace entonces una tentativa de suicidio.

Engels cree que ha vuelto a llegar el momento, para todas las clases y todos los pueblos oprimidos, de "fundirse en una Internacional Socialista, nueva familia, nueva identidad de los pueblos, que reúna a obreros y minorías de toda naturaleza en un mismo combate contra la burguesía".<sup>62</sup> Inquieto por los destrozos que el antisemitismo (la palabra acaba de ser creada)<sup>62</sup> comienza a causar en el seno de la clase obrera alemana, lamenta que sea utilizado como "un arma de propaganda de la clase burguesa para desviar a las masas obreras del sentimiento anticapitalista".<sup>62</sup> Teme que "el odio a los judíos sirva de distracción a la justa ira de las clases explotadas contra los patrones, y los aleje de los partidos revolucionarios".<sup>62</sup> Y agrega: "Al suscitar entre los obreros hostilidad para con los judíos, las clases burguesas evitan que las reivindicaciones obreras sean dirigidas contra ellas".<sup>62</sup> Define a los partidos obreros como la vanguardia de la clase obrera.

En 1887, la nueva edición inglesa de *El capital*, que apareció en Swan Sonnenschein, Lowrey & Co., no tiene prácticamente ningún lector. Si se venden cinco mil ejemplares en los Estados Unidos, es, dicen algunas fuentes,<sup>277</sup> porque el editor ha lanzado el libro ante profesionales de la banca ¡presentándolo como un método destinado a hacer fortuna!

Ese mismo año, Kautsky, que sigue residiendo en Londres en la casa de Engels, publica su primer libro de vulgarización: *The Economic Doctrines of Karl Marx*.<sup>152</sup> También ese año, el 11 de mayo, un tal Alexandre Ulianov, hermano mayor del futuro Lenin, es colgado por orden del zar. El anarquista ruso Kropotkin escribe en Suiza en *Le Révolté*: "Es una ilusión creer que se pueden vencer las coaliciones de explotadores con algunas libras de explosivos".

Durante el año siguiente (1888) mueren a la vez el káiser Guillermo I y su sucesor, Federico III, que deja el trono de Prusia a su hijo, Guillermo II. El reinado de Bismarck se termina. El Partido Socialdemócrata de Bebel recupera toda libertad de acción y se dota de estructuras estables tras la derogación de las leyes que lo obligaban a la clandestinidad. Los militantes que conocieron el período anterior, que han resistido los procesos y la cárcel, acceden a puestos de res-

ponsabilidad, se convierten en permanentes y creen inminente la revolución. Todavía no es posible publicar a Marx en Alemania.

También ese año, la redacción del *Sozialdemokrat* es expulsada de Suiza; el joven que la dirige, Eduard Bernstein, es enviado entonces por Bebel a Londres para ayudar a Kautsky, de quien rápidamente se vuelve rival ante Engels, mientras que un médico que cuida a Engels, el doctor Freyberger, se vuelve el rival de Kautsky ante Louise... Engels, por su parte, está muy ocupado en la preparación de su revancha sobre el pasado: como los partidos socialistas están legalizados, pretende construir la Internacional y asumir el papel que ocupó Marx sin él en la primera...

En julio de 1889, algunos socialistas se reúnen en París en ocasión de las fiestas del centenario de la Revolución Francesa. Cada delegado describe la progresión de las ideas socialistas en su país. Plejánov, delegado del grupo marxista Liberación del Trabajo, expone la situación rusa:

Empujado por la necesidad de dinero, nuestro gobierno contribuye con todas sus fuerzas al progreso del capitalismo en Rusia. Y ese aspecto de su actividad sólo puede regocijar a los socialistas que somos, porque lo que de esa manera hace la autocracia es cavar su propia fosa. El proletariado, en vías de formación como consecuencia de la descomposición de la comuna agraria, dará el golpe mortal al absolutismo. Si la misión de nuestra *intelligentsia* revolucionaria, a los ojos de los socialdemócratas rusos, consiste en imbuirse de las teorías del socialismo científico moderno, difundirlas entre los obreros, y, con su ayuda, dar el asalto a la ciudadela del absolutismo, el movimiento revolucionario en Rusia sólo puede triunfar como movimiento revolucionario de los obreros. No hay ni podría haber otra solución.

En otras palabras, el marxismo, ciencia del socialismo, sólo abre el camino a la revolución si se instala el capitalismo.

Los delegados echan las bases de una nueva Internacional, que pronto será conocida con el nombre de Internacional Socialista.<sup>104</sup> Como la primera, reivindica la primacía de la acción parlamentaria y sostiene una inspiración marxista. Pretende reagrupar a los partidos, pero también a los sindicatos. A diferencia de la primera, en cambio,

cada sección nacional goza de una autonomía total; pretende ser una federación de partidos nacionales de estructuras ligeras, sin secretariado. Los anarquistas, que rechazan la acción política, son excluidos.

Los principales debates se refieren a la alternativa entre revolución y reforma, y al colonialismo. Retomando la campaña lanzada en los Estados Unidos por la Federación del Trabajo, para el 1º de mayo del año siguiente deciden organizar una manifestación internacional en favor de la jornada de ocho horas.

Decidido a seguir de cerca la constitución de los partidos socialistas y la formulación de los programas, Engels se hace elegir presidente honorario de esta nueva Internacional. El 18 de diciembre de ese año, 1889, reafirma la necesidad de crear, en particular en Alemania, partidos comunistas fuertes a la vanguardia de la clase obrera. Escribe a un amigo alemán:<sup>248</sup> "Para que el día de la decisión el proletariado sea lo suficientemente fuerte para vencer, es necesario que se constituya en un partido autónomo, un partido de clase consciente, separado de los demás. Es lo que Marx y yo no dejamos de defender desde el *Manifiesto de 1848*".

Kautsky, que prosigue con Bernstein el trabajo de desciframiento de los libros III y IV de *El capital*, se divorcia; Louise vuelve a Viena para retomar su oficio de enfermera. Bebel propone entonces a Kautsky que se vuelva permanente del SAPD, en el puesto administrativo más alto, el de secretario general. Vuelve a Alemania con el deseo de llevarse —"para seguir trabajando en él", dice— el manuscrito del libro IV, pero ningún otro: Engels se niega a deshacerse de él. Bernstein toma el relevo para asumir la misma misión: repatriar todos los manuscritos de Marx a Alemania.

En Berlín, ese año, el Partido Socialdemócrata de los Trabajadores Alemanes cambia de nombre: se convierte en el Partido Socialdemócrata (SPD), nombre que lleva todavía hoy; elabora entonces bajo la dirección de Liebknecht un programa en el que Engels, que se mete en todo, presta su ayuda: sufragio universal, seguridad social y jubilación para todos, protección de los desocupados y reconocimiento de los sindicatos; se proponen algunas colectivizaciones, pero no se las enumera en detalle. El 20 de marzo de 1890, el canciller Bismarck dimite; en las elecciones de ese año, el SPD logra algunos votos.

En una carta a Paul Lafargue del 27 de agosto, Engels refiere la fórmula que Marx utilizó varias veces al final de su vida: "Yo no soy

marxista". En Berlín, Kautsky se casa con otra Louise, a quien distingue de la primera llamándola Luise...

El 18 de noviembre de 1890, Hélène Demuth muere de un cáncer; como fue el deseo de Karl y Jenny, es inhumada en la misma tumba de los Marx, al lado de la pareja y del pequeño Harry, en el cementerio de Highgate. Cuatro días más tarde, Engels escribe sobre ella en el viejo diario de los cartistas: "Por lo que a mí respecta, el trabajo que pude ser capaz de hacer desde la muerte de Marx se debe ampliamente a la luz y el apoyo que representaba su presencia en la casa". Un testigo, F. Lessner, presenta la cosa de otro modo: "La pérdida de Hélène Demuth fue muy sentida por Engels. Por suerte, poco tiempo después, la señora Louise Kautsky, hoy señora Freyberger, tomó la decisión de cambiar Viena por Londres para ocuparse de la casa de Engels".<sup>253</sup> De hecho, las cosas son incluso de otro modo: fueron Bebel y Liebknecht los que mandaron a Louise a Londres porque quieren a "uno de los suyos" en ese lugar y ya no tienen total confianza en Bernstein, que para su gusto se permite criticar demasiado a Marx. "Para el Partido es su deber instalarse aquí", explican a Louise, como se lo repite ésta a su llegada a Eleanor, quien se lo hace partícipe a Laura en una carta del 19 de diciembre de 1890. La misión de Louise es la misma que la de Kautsky y Bernstein: repatriar en cuanto sea posible los manuscritos de Marx a Alemania.

En 1891, en el I Congreso de la Internacional Socialista reunido en Bruselas participan confederaciones sindicales, cooperativas obreras y partidos. Un poco más tarde en el mismo año, en el I Congreso del SDP, reunido en Erfurt, Karl Kautsky resume la opinión de los socialistas alemanes declarando que la evolución espontánea del capitalismo debe conducir a la explosión revolucionaria. Todos piensan que la victoria del socialismo en adelante no presenta ya dudas, que es inevitable; muy pronto les llegará el poder.

Los dirigentes liberales y cristianos también lo temen, y, el mismo año, el Papa León XIII, en la encíclica *Rerum novarum*, solicita a los Estados

proveer de una manera muy especial para que en ninguna época el obrero carezca de trabajo, que tenga un fondo de reserva destinado a hacer frente no sólo a los accidentes repentinos y fortuitos, inseparables del trabajo industrial, sino también a la enfermedad, la vejez y los golpes de mala suerte.

Como sus camaradas alemanes y sobre su modelo, los socialistas franceses organizan su partido y entran en el Parlamento. El Partido Obrero Francés, dirigido por Guesde y Lafargue, entonces no cuenta más que con dos mil miembros; su diario, *Le Socialiste*, es poco difundido. Su objetivo es ser "el instructor y el reclutador" del socialismo revolucionario, lo que supone diarios, folletos y mítines. Y tiempo. Guesde declara:

Sólo conocemos dos naciones: la nación de los capitalistas, de la burguesía, de la clase poseedora, por un lado; y, por el otro, la nación de los proletarios, de la masa de los desheredados, de la clase trabajadora. Y de esta segunda nación somos todos, nosotros, socialistas franceses, y ustedes, socialistas alemanes. Somos una misma nación: los obreros de todos los países forman una sola nación que se opone a la otra, que también es una y la misma en todos los países.

El 8 de noviembre de 1891, Paul Lafargue es elegido diputado de la primera circunscripción de Lille.

En 1893, se da vuelta una página: Prosper Olivier Lissagaray deja el diario *La Bataille* y se retira de la vida pública; su libro sobre la Comuna, desde su aparición, se ha convertido en un clásico.

Anécdota esclarecedora sobre el estado de ánimo de Engels ese año: en abril, un estudiante ruso emigrado a Lausana, Alexéi Voden,<sup>253</sup> desea dirigirse a Londres para trabajar en una historia de la "filosofía inglesa"; pide a Plejánov una carta de recomendación para Bernstein y Engels; el jefe de los marxistas rusos le hace pasar entonces "un examen en regla sobre la filosofía de la Historia de Marx y Hegel, los populistas subjetivistas, el libro II de *El capital*, Proudhon (sin recurrir a *Miseria de la filosofía*), Feuerbach, Bauer, Stirner...". Satisfecho de sus respuestas, le entrega su carta y le pide que copie para él en el British Museum largos extractos de *La sagrada familia*. A su llegada a Londres, Engels, que entonces trabaja en el libro III de *El capital*, lo interroga sobre los populistas rusos y sus desacuerdos con Plejánov; Engels explica que

hubiera querido ver a los rusos –y no sólo a ellos, por otra parte–, en vez de multiplicar las citas de Marx y de Engels, ponerse a pensar como Marx lo habría hecho en su lugar. Sólo con esa condición

la palabra "marxista" tenía su *raison d'être\** [...]. La vez siguiente, la entrevista estuvo dedicada a las primeras obras de Marx y de Engels [...]. ¿Cuáles eran las obras de juventud de Marx y de él mismo que interesaban a Plejánov y a sus amigos, y por qué razón? [Voden] alegó todos los argumentos en favor de la publicación tan rápida como fuera posible de toda la obra filosófica de Marx y de las obras en las que hubiesen trabajado juntos. Engels [le] dijo que más de una vez había oído lo mismo de algunos alemanes, pero [le] pedía que le dijera con total sinceridad lo que [él] consideraba como más importante: ¿que él, Engels, se pasara el resto de su vida publicando manuscritos abandonados, que databan de los años cuarenta, o que después de la aparición del tercer libro de *El capital* se ocupara de publicar los manuscritos de Marx que trataban de la historia de las teorías de la plusvalía [...]? [Él] incitó a Engels a sacar a pesar de todo de un olvido inmerecido por lo menos lo esencial de las primeras obras de Marx, porque era demasiado poco solamente con el *Feuerbach*. Dijo que para orientarse en toda esa historia antigua había que interesarse en Hegel, en quien nadie, o, para ser más preciso, "ni Kautsky ni Bernstein", se interesaban en la actualidad.

Se adivina al "viejo general" perfectamente consciente de la maniobra de quienes lo rodean, y que están esperando su muerte: ¡está muy decidido a hacerlos esperar el mayor tiempo posible!

Ese mismo año, 1893, el Congreso de la Internacional Socialista reunido en Zúrich decide disociar el combate político de las luchas sindicales. Funda el Partido Socialista Democrático Revolucionario Internacional y fija en estos términos las condiciones de admisión:

El Congreso reconoce como miembros del Partido Socialista Democrático Revolucionario Internacional a todas las organizaciones y sociedades que admitan la lucha de clases y la necesidad de socializar los medios de producción, y que acepten las bases de los congresos internacionales socialistas.

\* "Razón de ser", en francés en el original. [N. del T.]

El partido internacional no tendrá mucha realidad. Kautsky, a quien en Berlín ahora apodian "el Papa del marxismo" por su trabajo de vulgarización, anuncia que el socialismo es ineluctable y que no requiere de ninguna acción para que sobrevenga. Así, va a convertirse en el guardián de un "radicalismo pasivo". Escribe: "Sabemos que nuestros objetivos sólo pueden ser alcanzados por una revolución; también sabemos que no está en nuestro poder hacer esa revolución, así como tampoco en el de nuestros adversarios impedirla. Por eso no estamos preocupados por prepararla o ponerla en marcha".<sup>152</sup>

También el mismo año, algunas organizaciones sindicales, entre ellas las *trade-unions* inglesas, se reúnen por separado y ponen en funcionamiento una Internacional sindical distinta de la de los partidos. Allí se encuentran sindicatos reformistas y otros revolucionarios. Por su lado, el Partido Obrero Francés obtiene un decidido éxito electoral en las legislativas: tiene unos cincuenta diputados en la Cámara. Entre ellos, Guesde, Lafargue, Millerand y un nuevo diputado de la circunscripción minera de Carmaux: Jean Jaurès, futuro rival de Guesde.

En 1894, Engels publica el libro III de *El capital*, que retoma las tesis evocadas más arriba, y que preparó con Bernstein: en el prefacio aclara: "Los libros II y III de *El capital*, según Marx me dijo en varias oportunidades, debían estar dedicados a su mujer", y añade: "Obsérvese que, en todos estos escritos, y sobre todo en este último, jamás me califico de 'socialdemócrata' sino de 'comunista' [...]. Para Marx como para mí mismo, por lo tanto, es absolutamente imposible emplear una expresión tan elástica para designar nuestra concepción propia". La simplificación de Marx ya está en marcha.

En septiembre de 1894 estalla "el Caso", que va a dividir profundamente a la izquierda europea y representar un papel en los destinos del marxismo: Alfred Dreyfus, sospechado en octubre, juzgado en diciembre, es enviado a prisión en enero. Al mismo tiempo, en la "zona de establecimiento judío", en Ucrania, el inmenso gueto donde son encerrados los judíos de Rusia, Kremer, el principal dirigente de un partido socialista propio de los judíos, el Partido Obrero Judío (el Bund), y otro socialista judío llamado Mártov publican un manifiesto, *Sobre la agitación*, que condensa la experiencia del proletariado judío. Mártov abandona entonces Rusia, y se convertirá en uno de los primeros dirigentes marxistas rusos y luego en el principal opositor a Lenin.

Eleanor parece aislada. Teme la influencia de Louise Kautsky y de su nuevo marido, el doctor Freyberger, sobre el viejo Engels, enfermo, y sobre lo que ella llama el *Nachlass* (el tesoro de los manuscritos paternos). Ahora los Freyberger ocupan una parte de la casa de Engels, donde hasta han hecho fijar una placa con su nombre, y parecen tenerlo bajo su férula, así como antes los Kautsky. Eleanor se confía a su hermana, pero Laura (que todos los meses se beneficia con la generosidad de Engels) no le hace caso y deja sin respuesta su pedido urgente de ir a darse cuenta por sí misma de la situación. Así, Eleanor se queda sola rumiando sus temores, que a su lado comparte Eduard Bernstein. Kautsky, siempre en buenos términos con su primera esposa, la exhorta a desconfiar de aquel a quien envió en su lugar; ese Bernstein le da la impresión de ser un espíritu demasiado libre...

Engels se siente mal. Adivina que su fin está cercano. Reclama a Kautsky el manuscrito del libro IV, llevado a Berlín "para verificar algunos puntos del libro III". El 14 de noviembre de 1894 escribe a Laura y a Eleanor para informarles que piensa legar toda su biblioteca, incluidos los libros que recibió al morir Marx y los manuscritos adjuntos, al Partido Socialdemócrata Alemán.

El 26 de marzo de 1895, Engels redacta un codicilo a su testamento por el cual todas las cartas en su posesión escritas a Marx o por él (con excepción de aquellas que éste intercambió con el propio Engels) deberán ser restituidas a Eleanor. Lega a Bernstein en Londres y a Bebel en Berlín, para el partido, sus propios manuscritos, su correspondencia con Marx y sus propios derechos de autor.<sup>147</sup> Sus bienes personales, decide, serán repartidos entre Laura, Eleanor y Louise, que de tal modo habrá logrado deslizarse entre los legatarios; la linda enfermera, además, recibirá los muebles y los efectos del difunto, así como una opción sobre el arriendo de su casa, que en verdad pretende habitar. Engels lega 250 libras a sus ejecutores testamentarios, entre los cuales está Bernstein, y 1.000 libras a Bebel para financiar las campañas electorales del SPD. Una vez más, Louise tratará de manipular al anciano para echar mano de los manuscritos de Marx, pero éste se rehusará a intervenir ante las hijas de Marx para que se los confíen.

Antes de morir, Engels todavía desea publicar bajo su control algunos manuscritos de Marx. Pero, por una elección extraña y reveladora, decide hacer publicar en primer lugar, en el diario oficial del

partido, el *Vorwärts*, el texto de Marx sobre la revolución de 1848, precedido de una larga introducción de Engels que insiste en la importancia de la revolución en la acción política. Teniendo en cuenta las amenazas de la censura, en esta presentación distingue entre la revolución, modalidad de acción general del proletariado, y la prudencia, que recomienda al proletariado alemán. A Kautsky el texto le parece todavía demasiado radical y le practica algunos cortes. Furioso, Engels le escribe el 1º de abril de 1895:

Para mi asombro, veo hoy en el *Vorwärts* un fragmento de mi introducción reproducido a mis espaldas y arreglado de tal manera que en él aparezco como un apacible adorador de la legalidad a cualquier precio. Por eso me gustaría con mayor razón que la introducción aparezca sin cortes en la *Neue*, para que esa impresión vergonzosa sea borrada. Diré muy claramente a Liebknecht, que sigue presidiendo el Partido, mi opinión al respecto, así como a aquellos, sean quienes fueren, que le dieron esa ocasión de desnaturalizar mi opinión.

El mismo día escribe a Paul Lafargue sobre el mismo tema:

W... [Liebknecht] acaba de hacerme una linda jugarreta. De mi introducción a los artículos de Marx sobre Francia 1848-1850 tomó todo lo que pudo servirle para sostener la táctica a cualquier precio apacible y antiviolenta que le gusta predicar desde hace algún tiempo, sobre todo en este momento en que se preparan leyes coercitivas en Berlín. Pero esa táctica yo sólo la predico para la Alemania de hoy, y todavía, con muchas reservas. Para Francia, Bélgica, Italia, Austria, esa táctica no puede ser seguida en su conjunto, y para Alemania mañana podrá volverse inaplicable.

Engels no cita a Rusia: a su manera de ver, no forma parte del paisaje porque allí no es concebible ninguna revolución.<sup>94</sup>

Tres meses más tarde, a comienzos de julio de 1895, Engels, entonces muy enfermo, se entusiasma con las primeras huelgas masivas en San Petersburgo. También se entera con emoción que, el 24 de julio, uno de los hijos de Jennychen –uno de los nietos de Karl–, Jean Longuet (“Johnny”), se encuentra, a los 23 años, entre los ciento veinte delegados franceses del Partido Obrero de su tío Lafargue y de

Guesde, representando a la federación regional de Baja Normandía en el IV Congreso de la Internacional en Londres. "Johnny" se aloja en casa de su tía Eleanor con su tío Lafargue, a quien frecuenta mucho desde la muerte de su madre; Laura se ha convertido para él en una especie de segunda madre. Todos vienen a ver al "viejo general", como lo llaman las chicas. Y todos están todavía en Londres cuando Engels muere, el 5 de agosto de 1895.

En adelante, la suerte del marxismo va a jugarse entre Alemania y Rusia. En Francia no será más que una pálida copia de lo que es en Alemania; Inglaterra no será otra cosa que el asilo donde algunos emigrados van a buscar refugio y descanso sin influir en la sociedad británica.

Doce días después de la muerte de Engels, Eleanor, que ha recuperado todos los manuscritos ingleses de su padre, pide a Kautsky que retome su trabajo sobre el libro iv. Inicia negociaciones con el editor Dietz, que propone a Meissner volver a comprar los derechos de los libros ya editados.<sup>248</sup>

Ésa es la época en que Louise revela a Eleanor que Marx es el verdadero padre de Freddy. Lo habría sabido de labios de Engels en su lecho de muerte. Sin lugar a dudas, Louise quiere obtener de Eleanor la custodia de los manuscritos. Eleanor se acerca entonces a su hermanastro, con quien cree compartir una suerte de predestinación en la desdicha.<sup>248</sup> Tal vez esta noticia tiene algo que ver en la decisión que adoptan en forma conjunta Laura y ella: deciden confiar los manuscritos de su padre a Kautsky, que les parece el más capaz de defender su memoria. Eleanor sólo conserva los artículos de su padre en lengua inglesa. Louise, que en Londres es la enviada de Bebel, hace saber a sus protectores que fue ella la que obtuvo lo que deseaban desde hace tanto tiempo. El partido se lo agradece, ¡sin tomarse el trabajo de agradecer a las propias hijas de Marx! Eleanor se siente ofendida, pero es demasiado tarde: el donativo ya está hecho.

Sin embargo, los manuscritos de Marx y de Engels no pueden abandonar Inglaterra en virtud de las viejas leyes alemanas antisocialistas que prohíben su retorno. En consecuencia, los papeles de Marx se quedan en casa de Eleanor. Los papeles de Engels, bajo la doble tutela de Bernstein y de Bebel, son colocados, a pedido de este último, en el sótano de un militante londinense, Julius Motteler, en dos cofres de madera equipados de un doble candado: Bernstein tiene un juego

de llaves, Louise Freyberger posee otro. Nadie puede abrirlos sin el acuerdo del otro. Reina la confianza...

Cada vez más ligada con su identidad judía, que no relaciona especialmente con la fe religiosa,<sup>248</sup> Eleanor se acerca todavía más a la dramaturga Amy Levy.<sup>248</sup> Ésta publica *Reuben Sachs*,<sup>172</sup> una novela sobre las dificultades de la asimilación de los judíos en la sociedad inglesa, luego pone fin a sus días cuando acaba de releer las pruebas de sus poemas más bellos, *The London Plane Tree*.<sup>172</sup> Otro golpe para Eleanor, que pierde a su mejor amiga.

La muerte de Engels libera a Bernstein, que se siente cada vez más reformista y que, en 1896, escribe a Kautsky desde Londres: "Prácticamente no formamos más que un partido radical; no hacemos otra cosa que lo que hacen todos los partidos burgueses radicales, salvo que lo disimulamos bajo un lenguaje totalmente desproporcionado a nuestras acciones y a nuestros medios". Bernstein piensa que el sistema económico capitalista en adelante va a adaptarse, que es capaz de mejorar. Por tanto, el socialismo puede realizarse gradualmente. Hasta se atreve a criticar a Marx, y sostiene que el autor de *El capital* subestimó las capacidades de adaptación de la sociedad industrial por la extensión del mercado, por la circulación más rápida de las mercancías y por la constitución de grandes empresas (cosa que, de hecho, como vimos, Marx previó muy bien). Bernstein rechaza tanto la idea de la lucha de clases como la del derrocamiento del capitalismo. Retomando la interpelación de la María Estuardo de Schiller: "¡Que se atreva a parecer lo que es!", pide que el Partido Socialista reconozca que es un partido reformista.

En consecuencia, ¡ahí tenemos al legatario de Engels, y por tanto de algunos manuscritos de Marx, que se ha pasado al enemigo! En Berlín, los socialistas se inquietan. Kautsky está furioso, al igual que una joven polaca que acaba de unirse al partido y que aparece como la jefa indiscutida de los más radicales: Rosa Luxemburgo. Ésta acusa a Bernstein de cometer el mismo error que denunciaba Marx en Proudhon: "No ve que la aparente irracionalidad del sistema está en el corazón de éste, y trata de reemplazarlo por la vía de las reformas por un capital 'más justo' o 'más racional'".<sup>183</sup> Al contrario de Bernstein, Rosa Luxemburgo considera que las soluciones que encuentra el capitalismo para sobrevivir son inaceptables, en particular la expropiación por el capitalismo de los países colonizados. Para

ella, esta expansión no puede continuar indefinidamente "porque la Tierra es redonda", y por lo tanto finita, y el modo de producción capitalista corre a una catástrofe final.

El marxismo se instala en todas partes en Europa como la doctrina de la izquierda. En todas partes es esquematizado, caricaturizado, reducido poco a poco a un maniqueísmo simplista: el poder no puede tolerar las dudas del sabio.

En París, el vulgarizador de Marx, Dreville, escribe en sus *Principes socialistes*:<sup>86</sup> "En Francia como en todas partes en el momento actual, el socialismo que se impone es el socialismo surgido de la crítica económica de Marx. Se lo quiera o no, todo cuanto hoy es socialismo está a remolque de la teoría marxista".

En la misma época, el 10 de noviembre de 1896, *Le Matin* produce un facsímil de la minuta que reconoce la inocencia de Dreyfus.

Eleanor sigue seleccionando los borradores de las cartas en inglés de su padre que recuperó de casa de Engels. En una correspondencia del 12 de noviembre a su hermana,<sup>147</sup> escribe: "Todas las cartas están desordenadas. Quiero decir que los paquetes hechos por el querido viejo general no están para nada seleccionados, y no sólo por lo que respecta a las fechas: ocurre que las hojas de una misma carta se encuentran en paquetes diferentes".<sup>147</sup> No se ocupa de los manuscritos, cuya suerte queda en suspenso; allí están todos los borradores que escribió Marx y que jamás publicó ni tiró.

En Rusia, el joven Lenin sueña para ese país con un Estado de tipo prusiano y con un partido como el Partido Socialista Alemán. Vladimir Ulianov, que ahora vive al borde del Léna (de donde viene su apodo de "Lenin"), critica a Plejánov, el marxista exiliado en Suiza, por "su subestimación del carácter revolucionario del campesinado, su sobreestimación del papel de la burguesía liberal, y una falta de relación con el movimiento obrero". Siempre la misma cuestión: ¿es posible puentear en Rusia la edificación del capitalismo y el desarrollo del asalariado, para que sobrevenga el socialismo apoyándose en el campesinado?

A fines de 1897, en París, el teniente Picquart hace saber que cree en la inocencia de Dreyfus y en la culpabilidad de otro oficial francés, el comandante Esterhazy. El 13 de enero de 1898, Zola publica "Yo acuso" en la primera página de *L'Aurore*, el diario de Clemenceau, para defender a Dreyfus. La izquierda europea se divide por "el Caso". Para Guesde, que piensa, como Zola, que Dreyfus es una víc-

tima de la justicia militar, ese combate no concierne a los socialistas. Rosa Luxemburgo es de la misma opinión: "el Caso" es un conflicto interno de la burguesía, no es asunto de la clase obrera. Para Jaurès, hay que combatir la injusticia de donde venga. Ese año, el líder socialista retoma la frase de Marx en marzo de 1850 para llamar a una "evolución revolucionaria".

El 23 de junio de 1898, cuando Bismarck se apaga, moroso y olvidado, Eleanor hace un descubrimiento sorprendente: su compañero, Edward Aveling, con quien vive desde hace quince años, que desde hace largo tiempo está enfermo y a quien ella cuida, ¡se casó con otra en secreto, dos años antes, bajo un nombre falso! No se había atrevido a dejarla por miedo a que se suicidara.

Eleanor, la pequeña "Tussy", la hija menor de Karl, ésa a quien tanto protegió porque veía en ella el doble de su hijo Edgar, ésa que toda su vida tanto habló del suicidio, pasa al acto. Y no falla.

Tres días más tarde, Laura acude a Londres para enterrar a su hermana en el panteón de sus progenitores. Se lleva a Francia algunos manuscritos de su padre. Los que poseía Engels quedan bajo el control de Bernstein y de Louise, que cada vez se odian más y ven escaparse a Francia unos manuscritos codiciados.

Edward Aveling muere cinco meses después que Eleanor.

El quincuagésimo aniversario de la publicación en 1848 del *Manifiesto comunista* es la ocasión de cuantiosas reflexiones en el seno de la izquierda europea. En Berlín, Rosa Luxemburgo explica en *Reforma social o revolución* que el "gran problema del movimiento socialdemócrata"<sup>182</sup> es asociar "la batalla de cada día con la gran reforma del mundo [...]. Las armas teóricas suministradas medio siglo antes" por Marx deben permitir evitar los dos escollos "del estado de secta y del movimiento reformista burgués".<sup>182</sup> En París, sobre el mismo tema, Jean Jaurès escribe *Comment se réalisera le socialisme?*: "Repetir las respuestas que dieron hace medio siglo nuestros mayores y nuestros maestros es engañarse a uno mismo [...]. Haber acercado y confundido la idea socialista y el movimiento obrero es el mérito decisivo de Marx".<sup>145</sup> A diferencia de Guesde, el mismo Jaurès, el 11 de octubre, publica en *La Petite République* un artículo titulado "Las preuves", en el cual toma la defensa de Dreyfus.

El 2 de septiembre de 1898, Louise Freyberger hace conocer a August Bebel las revelaciones que le habría hecho Engels sobre su lecho de

muerte acerca de la vida privada de Marx, en particular la paternidad del hijo de Hélène Demuth.<sup>78</sup> La historiadora inglesa Yvonne Kapp, que pudo leer esa carta, piensa que no es creíble porque revela "variaciones fantasiosas que se permite Louise Freyberger sobre las relaciones conjugales de los Marx en una época en que no pudo conocerlas".<sup>146</sup> Sin embargo, la paternidad de Marx parece hoy en día innegable.

Ese mismo año, el marxismo es presentado por el conjunto de los dirigentes socialistas franceses como la base de su ideología y de su programa. Para uno de ellos, Georges Sorel, "lo que hay de esencial en la teoría de Marx es su concepción de un mecanismo social formado por las clases, que sirve para transformar la sociedad moderna de pies a cabeza bajo la influencia de las ideas y las pasiones hoy dominantes".<sup>206</sup> De igual modo, Jaurès, en "Socialisme et liberté", que aparece el 1º de diciembre de 1898 en *La Revue de Paris*, hace todavía de la colectivización de los medios de producción su ideal, y de Marx su referencia, al tiempo que permanece fiel al pie de la letra al texto de este último; en Francia, la revolución debe pasar por la acción parlamentaria y sólo por ella. Siempre según las palabras de Marx, debe ser una "evolución revolucionaria".

En junio de 1899, el presidente Loubet indulta a Dreyfus, que sin embargo no es declarado inocente. "El Caso" continúa. Jaurès y Guesde ahora se oponen en todo. Ser socialista, para el primero, es estar a favor del Marx democrática y de la intervención en "el Caso". Ser socialista, para el segundo, es escoger el Marx revolucionario y la no intervención en "el Caso". En octubre de 1899, el congreso socialista convocado en la sala Japy, en París, da la razón más bien a Jaurès y hasta admite el principio de la participación en el poder del Partido Socialista al lado de los partidos de derecha "en circunstancias excepcionales". Para decirlo claramente: en caso de guerra contra Alemania, que todos desean para recuperar Alsacia y Lorena.

Ese año, Eduard Bernstein, siempre en Londres, se atreve a enfrentar abiertamente a Bebel y a Kautsky. Publica en Alemania *Socialismo evolucionista: las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*,<sup>75</sup> donde propone transformar al Partido Socialista en una formación reformista. Kautsky replica con *Le marxisme et son critique Bernstein*.<sup>150</sup>

En Londres, el *narodnik* marxista Danielson, ahora llamado "Nikolai-on", traductor ruso de *El capital*, renuncia a la idea populista de

"la imposibilidad 'absoluta' del capitalismo en Rusia" y adhiere a la idea, que leyó en los escritos de Marx, de "la imposibilidad de un desarrollo capitalista 'orgánico normal' en Rusia". En otras palabras, para él, el capitalismo ruso existe, y por tanto allí es posible una revolución, a condición de que ocurra simultáneamente en otras partes y a escala internacional. Eso mismo piensa Lenin, que lo escribe en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*.

Lenin emigra entonces a Suiza. En el pequeño medio de los emigrados marxistas se encuentra con Mártov, ese joven salido del Bund ucraniano, de quien hablamos más arriba. Juntos crean un diario, el *Iskra* [La chispa]. Allí conoce también a David B. Riazanov, marxista aliado a Plejánov, que trabaja en un grupo de intelectuales rusos y colabora en el *Iskra*. Este Riazanov, joven intelectual de alto nivel, hombre de carácter, estudia entonces los escritos de Marx sobre Rusia y la historia de la Primera Internacional. Veinte años más tarde será quien lleve los manuscritos de Marx a la Rusia entonces soviética.

El año siguiente (1900), Riazanov se dirige a Berlín, a la sede del Partido Socialdemócrata; va a buscar archivos para su trabajo de investigación. Allí descubre con estupor manuscritos de Marx en desorden y la biblioteca de Engels que acaban de llegar: finalmente fueron autorizados a dejar Londres, pero sólo parcialmente, ¡ya que Bernstein logró conservar una parte en su poder! Allí hay tesoros cuya existencia nadie conocía y que él no sabe descifrar, por falta de tiempo y de la autorización para hacerlo.

Más tarde, Riazanov contará:

Me acuerdo de que en 1900 yo había visto en Berlín esa biblioteca dispersa sin ningún orden en varias habitaciones [...]. Así es como desaparecieron varios miles de obras pertenecientes a los creadores del socialismo científico. Ni siquiera se tomaron el trabajo de verificar si no contenían, al margen, notas de lectura o comentarios, algunas huellas de un trabajo intelectual de Marx o de Engels.<sup>232</sup>

Y agrega:

Una parte de los manuscritos que, normalmente, habría debido ser despachada a los archivos del Partido Socialdemócrata en Berlín fue conservada por Bernstein, y la correspondencia de Engels y la parte

más importante de las obras que permanecen desconocidas hasta la actualidad quedaron en Londres.<sup>232</sup>

Más tarde se sabrá que una parte de la biblioteca de Marx y de Engels, así como innumerables manuscritos, en efecto, quedaron en manos de los Freyberger, que restituyeron una fracción y sacaron dinero por otra.

En ese mismo año (1900), cuando en Alemania muere Wilhelm Liebknecht, a quien reemplaza su joven hijo Karl, en Francia Jean Jaurès, en sus *Questions de méthode*, se apoya en Bernstein, todavía en Londres, para rechazar la dictadura del proletariado y la idea de una toma del poder por una minoría activa consciente de su papel histórico. Un joven que pronto hará hablar de él, Léon Blum, asiente: "Nadie ignora [...] que la metafísica de Marx es mediocre, [...] que su doctrina económica se va deshaciendo un poquito todos los días", escribe en enero en *La Revue blanche*.

En el mismo momento, en Inglaterra, mientras los fabianos se unen al Partido Laborista Independiente, el Congreso de los Sindicatos y el Partido Independiente del Trabajo crean el Comité para la Representación del Trabajo, con Ramsay MacDonald como primer secretario, y como programa, la voluntad de promover los intereses de la clase obrera, de rechazar la lucha de clases, de afirmar el papel positivo de las clases medias.

El 28 de noviembre, ante ocho mil personas reunidas en el hipódromo de Lille, sacando el balance del caso Dreyfus y de la evolución de la izquierda, tironeada entre reforma y revolución, Jaurès y Guesde se enfrentan duramente; las divisiones entre los socialistas se agravan. Tras un congreso reunido en Lyon, el Partido Socialista Francés (PSF) agrupa a los "independientes", como Jaurès, mientras que el Partido Socialista de Francia (PSDF) reúne a los partidarios de Guesde y de Vaillant.

1901 asiste a un nuevo desarrollo de la ciencia económica liberal. En lugar de partir de la producción, como Marx, parte del intercambio. En vez de partir de la fábrica, parte del mercado. Del comerciante, no del industrial, mucho menos del asalariado, que ya sólo está presente como consumidor. Léon Walras, luego Vilfredo Pareto, su sucesor en la cátedra de economía en Lausana, desarrollan un modelo de equilibrio económico de donde surge que el mundo puede

funcionar de manera equilibrada. Pareto la emprende contra Marx, a quien se refiere en *Les systèmes socialistes*, denunciando la falsa verdad de la ideología, que no es más que defensa del interés de una clase, mientras que la teoría económica, a su manera de ver, sólo tiene valor si obedece a las reglas de validez aplicables a los modelos matemáticos de la ciencia física.<sup>217</sup>

En las legislativas de 1902, en Francia, el PSF obtiene 37 representantes, y el RSDF, 14. La izquierda francesa está en vías de ser aniquilada. La Internacional no tiene mandato para inmiscuirse.

En el mismo momento, Bernstein vuelve a Alemania con los manuscritos de Engels, que las autoridades alemanas finalmente permiten entrar. En 1902 es elegido diputado del SPD precisamente cuando ha dejado de creer en las teorías de su partido, en la escisión de la sociedad en dos clases y en la caída del capitalismo.

Mientras los marxistas alemanes vuelven a su casa, los rusos, siempre en el exilio, fundan en Suiza el Partido Socialdemócrata Obrero Ruso (PSDOR). Lenin, siempre instalado en Zúrich, publica el *¿Qué hacer?* Aquí retoma el título de una novela utópica rusa publicada cuarenta años antes, de Nikolái Chernishevski, con el subtítulo de "Los nuevos hombres" –una novela que marcó profundamente a todos los revolucionarios rusos-. Allí aparecen los principios leninistas que hacen de la clase obrera la vanguardia del proletariado con todos los poderes. Predica la necesidad de una vanguardia revolucionaria, de un partido de vanguardia, porque, dice, los obreros no piensan en una commoción revolucionaria. Ese partido debe dotarse de un conocimiento científico de la sociedad para convertirse en la única fuente legítima de la iniciativa política y organizar "la dictadura de un partido sobre la clase obrera y sobre la sociedad en su conjunto".<sup>167</sup> Toda fracción o divergencia de opinión en el seno del partido es un síntoma de debilidad. No se trata ya de la dictadura de un proletariado sino de la de un partido.<sup>167</sup> Y de la de un hombre sobre ese partido para garantizar su unidad.<sup>158</sup> Vladimir Ulianov quiere organizar la revolución rusa sobre el modelo de la Comuna. Para prepararse, estudia los textos de Marx sobre la revolución de 1848 y sobre 1870. De ahí extrae una enseñanza mayúscula: la importancia de la alianza con los campesinos. Hacerlo todo para tenerlos a su lado, no hacer nada sin ellos. Reúne a sus amigos alrededor de un semanario, *Le Socialisme*, que atrae cada vez a más revolucionarios rusos hacia el marxismo.

El 30 de julio de 1903, en Bruselas, en el curso del I Congreso del nuevo partido marxista ruso, el PSDOR, Mártov y Trotski explican que la revolución proletaria es imposible en Rusia y que conviene dejar que la burguesía dirija el cambio de régimen porque el campesinado no es capaz de comprender dónde están sus verdaderos intereses y la clase obrera es todavía demasiado débil para dirigir el país. Por el contrario, Lenin sostiene que la burguesía de Rusia es incapaz de llevar a cabo una revolución democrática porque no puede desear la destrucción de las grandes propiedades rurales ni crear las condiciones de la entrada de la agricultura en la economía de mercado. Para él, una alianza de los campesinos y los obreros es posible. "Una dictadura democrática del proletariado y del campesinado" es un objetivo que permite la puesta en marcha de un "programa mínimo": república democrática, nacionalización de la tierra, abolición del ejército permanente. Escribe:

El marxismo enseña al proletario, no a distanciarse de la revolución burguesa, a mostrarse indiferente a su respecto, a abandonar su dirección a la burguesía, sino, por el contrario, a participar en ello de la manera más energética, a llevar a cabo la lucha más decidida por la democracia proletaria consecuente, para la culminación de la revolución. No podemos apartarnos del marco democrático burgués de la revolución rusa, pero podemos ampliarlo en proporciones enormes; podemos y debemos, en ese marco, combatir por los intereses del proletariado, por sus necesidades inmediatas y por garantizar las condiciones en las que podrá prepararse para la victoria total.<sup>167</sup>

A la salida del Congreso, la lucha es severa. Se vota en medio de la confusión. Los partidarios de Lenin se otorgan el nombre de "bolcheviques" ("mayoritarios", en ruso) y califican a sus rivales (Mártov y Trotski) de "mencheviques" ("minoritarios"). Así, Lenin logra dar a su acción una connotación democrática.

Ese año, Charles Longuet, socialista y periodista durante toda su vida, muere dejando cuatro niños, educados, en cuanto a lo esencial, por Laura Lafargue, su cuñada: Jenny, Marcel, Edgar y Jean; este último es el único de los cuatro que llegó a ser un militante socialista muy activo.

En 1904, la casa natal de Marx en Tréveris es identificada por algunos socialistas, que crean una sociedad cooperativa socialdemó-

crata y compran el inmueble vecino para convertirlo en un local destinado al partido y al sindicato. En Francia, los disensos entre socialistas no disminuyen, y debilitan la Internacional Socialista, que, en agosto, en su VI Congreso reunido en Ámsterdam, repreueba toda colaboración con los partidos "burgueses" y recomienda a los franceses reunir sus fuerzas "en interés del proletariado internacional, frente al cual son responsables de las consecuencias funestas de la continuación de sus divisiones".<sup>47</sup> Victoria para Jules Guesde contra Jaurès.

El 22 de enero de 1905 será llamado en Rusia "el Domingo Rojo": decenas de miles de huelguistas manifiestan en silencio en San Petersburgo ante el palacio de Invierno, llevando íconos para dirigir una súplica al zar, cuando el ejército tira sobre la muchedumbre, produciendo centenares de muertos. Nicolás II promete inmediatamente elecciones, libertad de prensa, sufragio universal y una Constitución; pero nada de eso ocurre. A fines de año, los pocos marxistas y revolucionarios del país son encarcelados y la Duma (el Parlamento), disuelta. Lenin ha permanecido en el exilio: ni hablar todavía para él de la "conquista del poder para la revolución socialista". Pero esta insurrección fallida lo incita a reflexionar en el papel de la huelga general en la conquista del poder.

Los días 23 a 25 de abril de 1905, en la sala del Globo, bulevar de Estrasburgo, en París, se reúne un congreso de unificación de los socialistas franceses, en aplicación de la exhortación de la Internacional. Los 286 delegados adoptan una "Carta de unidad" con un vocabulario explícitamente marxista:<sup>158</sup>

El Partido Socialista es un partido de clase cuyo objetivo es socializar los medios de producción y de intercambio, vale decir, transformar la sociedad capitalista en una sociedad colectivista o comunista, y cuyo medio es la organización económica y política del proletariado. Por su objetivo, por su ideal, por los medios que emplea, la sección francesa de la Internacional obrera, al tiempo que persigue la realización de las reformas inmediatas reivindicadas por la clase obrera, no es un partido reformista sino un partido de lucha de clases y de revolución.

*L'Humanité* se convierte en su órgano.

En Alemania, Kautsky, que obtuvo de Bernstein que confié al partido algunos manuscritos de los que tiene la custodia conjunta, hace aparecer entonces, habiendo conseguido previamente el acuerdo de Eleanor, el libro iv de *El capital*, que agrupa las teorías de Marx sobre la plusvalía bajo el título *Historia de las doctrinas económicas*.<sup>36</sup>

En 1906, en Londres, el Comité para la Representación del Trabajo creado seis años antes toma el nombre de Partido Laborista; predomina en su seno la inspiración fabiana, la de una impregnación marxista progresiva de la sociedad.

El 12 de julio, la Corte de casación anula "sin remisión" el juicio que condena a Dreyfus. "El Caso" ha terminado. Jaurès, que fue quien lo sostuvo, se convierte en el líder de los socialistas franceses. Pero no por eso deja de aparecer, en un diario del Partido Socialista, *Le Mouvement socialiste*, un artículo titulado "La faillite du dreyfusisme ou le triomphe du parti juif" [La bancarrota del dreyfusismo o el triunfo del partido judío]...

En 1908, en ocasión del vigésimo quinto aniversario de la muerte de Marx, Rosa Luxemburgo, que cree en una próxima revolución en Alemania, publica en *Le Socialisme* un texto que anuncia que Rusia, a pesar del fracaso de la revolución de 1905, también se convierte en un posible terreno de conquista del poder:

Por lo general, sólo después de su muerte el valor científico de la mayoría de los grandes sabios es reconocido plenamente. El tiempo le da todo su alcance. Hoy, un cuarto de siglo después de la muerte de Marx, el trueno de la revolución rusa anuncia que un nuevo y vasto territorio, gracias al capitalismo, acaba de ser anexado al pensamiento marxista.

En 1910, hurgando en los archivos traídos por Bernstein, Kautsky, que sigue dirigiendo la revista *Die Neue Zeit*, descubre unos manuscritos de Marx cuya existencia nadie conocía y que Bernstein ocultaba: su trabajo preparatorio a la *Critica de la filosofía del derecho de Hegel*, los *Manuscritos de 1844* y los *Grundrisse. Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*. Considerable descubrimiento, que enlaza la *Ideología alemana* y las obras de la madurez. Kautsky conoce a Riazanov. El joven emigrado ruso, que estudia los textos de Marx, viene a interro-garlo, así como ya lo ha hecho con Bebel y Bernstein. No tardó mucho

en darse cuenta de la actitud ambigua de Bernstein, lo que lo acerca *ipso facto* a Kautsky, a quien impresiona por su conocimiento de la obra de Marx y su alto nivel intelectual. Kautsky le habla de sus asombrosos descubrimientos y lo convierte en su secretario; le confía la tarea de reconstituir la correspondencia de Marx con miras a su publicación. Riazanov acepta. ¿Qué mejor, cuando uno es revolucionario, que trabajar en dar a conocer los textos del maestro? Riazanov escribirá:

Algunas palabras sobre el estado en que muy recientemente encontré este fondo. Se encuentra en el abandono desde la muerte de Engels. Engels no habría podido tener peor suerte en las disposiciones testamentarias relativas a este fondo. De no haber existido ningún testamento, sin duda el fondo habría sido mejor protegido [...]. Fue tan maltratado que la imponente biblioteca de Marx y Engels ha sido casi totalmente perdida [...]. Los herederos ni siquiera se tomaron el trabajo, para empezar, de tratar de saber si todo el fondo les había sido realmente transmitido.<sup>232</sup>

De tal modo, los archivos de Marx pasan de manos alemanas a las de rusos, o más exactamente, de manos de algunos alemanes que no se interesan ya realmente en ellos a las de un ruso que sí se interesa, y mucho.

Tanto y tan bien se interesa Riazanov que, durante el verano de 1910, se pasa varias semanas en Draveil, no lejos de París, en casa de los Lafargue, que "muy servicialmente habían puesto a mi disposición los papeles y cartas dejados por Marx".<sup>232</sup> Allí encuentra innumerables correspondencias, manuscritos políticos, textos de menor importancia, como las respuestas que Marx había hecho al cuestionario de "confesiones", al que había respondido para Nanette en los Países Bajos, sesenta años antes. Los copia. No presiente nada del drama que se está preparando entre sus anfitriones, y vuelve a Berlín.

El domingo 26 de noviembre de 1911, Laura se suicida, como su hermana doce años atrás. Tiene 65 años; su marido, Paul Lafargue, tiene 70, y la sigue en su gesto. Es la edad que escogieron para darse muerte, "antes de la despiadada vejez", por inyección de ácido cianhídrico, en Draveil. Laura lega los papeles de su padre a la socialdemocracia alemana. Lenin asiste a sus funerales y pronuncia su oración fúnebre.

Riazanov vuelve de inmediato a Draveil, pero una vez allí, cuenta, "al recibir de manos de los herederos los papeles de Marx que hoy pertenecen a la socialdemocracia alemana, no logra encontrar esas confesiones ni algunos otros documentos: manos ajenas ya habían caído sobre ellos".<sup>232</sup>

En 1913, o sea, tres años después de haber iniciado su trabajo, Riazanov publica en Berlín un primer conjunto de cartas de Marx que incluyen abundantes cortes que Bernstein y Mehring, otro dirigente socialista, lo obligan a practicar "porque no todo puede ser puesto en todas las manos".

El 28 de junio de 1914, el heredero del Imperio Austro-Húngaro es asesinado en Sarajevo por un terrorista servio, Gavrilo Princip. Austria declara la guerra a Serbia el martes 28 de julio. Al día siguiente, el emperador alemán Guillermo II, que siente sobrevenir el desastre, telegrafía en varias oportunidades al zar para disuadirlo de apoyar, por solidaridad eslava, a Serbia. El juego de las alianzas precipita la catástrofe. El 30, el zar Nicolás II, que recibió en Moscú, tres días antes, el apoyo del presidente de la República Francesa, Raymond Poincaré, y del presidente del Consejo, René Viviani, decreta la movilización general. A su regreso, Poincaré y Viviani son aclamados a los gritos de "¡Viva la guerra!". Toda Francia –fuera de una ínfima minoría, entre ellos Jaurès y Caillaux– está a favor de la entrada en guerra. Un mes más tarde, el 31 de julio, en un café de París, el Croissant, un anarquista, Raoul Villain, asesina a Jaurès (será absuelto cinco años más tarde).

El sábado 1º de agosto de 1914, en Berlín, el káiser y su canciller Bethmann-Hollweg declaran la guerra al zar. La capital imperial, fundada por Pedro el Grande bajo el nombre alemán de *Sankt Petersburg*, se convierte en Petrogrado. A su vez, Francia decreta la movilización general, pero Poincaré, que todavía pretende tener un gesto tranquilizador, declara: "La movilización no es la guerra". En todas partes, los dirigentes socialistas disputan sobre la actitud que deben adoptar. Con excepción de los rusos y los serbios, sin embargo los primeros involucrados, votan los créditos militares solicitados por sus gobiernos respectivos.

El 3 de agosto, Alemania declara la guerra a Francia. El 4, el SPD vota los créditos militares; el jefe de su grupo parlamentario, Hugo

Haase, declara: "No abandonaremos la Patria en la hora del peligro". Kautsky sigue los pasos a la dirección de su partido y apoya la guerra. Algunos militantes del SPD siguen siendo fieles a la paz. Entre ellos, Rosa Luxemburgo, Julian Borchardt, el vulgarizador de Marx, y Karl Liebknecht, el hijo de Wilhelm. Para Rosa Luxemburgo, Europa debe escoger entre "socialismo o barbarie". Extraña ironía: los pacifistas son excluidos de la II Internacional, ¡que sin embargo ya no reúne más que a partidos en guerra unos contra otros! Entonces son llamados "comunistas", por oposición a sus ex camaradas "socialistas", que siguen refiriéndose a Marx. La Internacional Socialista pierde a partir de entonces toda razón de ser. Los comunistas fundan un grupo aparte, *die Internationale*.

El mismo día, el canciller alemán califica de "papel mojado" el protocolo de 1831 que garantiza la neutralidad belga, lo que precipita a Inglaterra en la guerra, para la gran sorpresa de Guillermo II.

En París, el belicismo está en su punto culminante: el 10 de agosto de 1914, el periódico socialista *L'Humanité*, fundado por Jean Jaurès, escribe: "De las entrañas del pueblo como de las profundidades de la pequeña y la gran burguesía, miles de jóvenes, unos más ardientes que otros, abandonando su familia, sin debilidad ni vacilación, se unieron a sus regimientos, poniendo su vida al servicio de la Patria en peligro". A pesar de su oposición a toda participación de los socialistas en el gobierno burgués, Jules Guesde participa en la "Unión Sagrada" y se convierte en ministro sin cartera del gobierno de Unión Nacional.

El 23 de agosto, Japón, aliado de Inglaterra, declara la guerra a Alemania. El 29 de noviembre, el sultán Mahoma V entra en guerra al lado de su aliado, Alemania.

Entonces se pone de manifiesto la tercera mentira que desvía el pensamiento de Marx: tras Engels y Kautsky, ahí está Lenin, quien, recuperando el trabajo de los alemanes, se pone a su vez a trucar esa herencia. Después de la invención del partido-guía en el *¿Qué hacer?*, escribe en su exilio suizo, de julio a noviembre de 1914, para el *Diccionario enciclopédico de la Sociedad de los hermanos Granat*, cuarenta y cinco páginas sobre Karl Marx, o más bien sobre el "marxismo".<sup>169</sup> Todo en este texto es falsificación, o por lo menos caricatura, que acerca al autor de *El capital* al sentido de la revolución que está prepa-

rando. Para Lenin se trata de demostrar que la revolución en Rusia, asociando a campesinos y obreros bajo la dirección del partido obrero, constituirá la clave de la revolución mundial:

El marxismo abrió el camino para el estudio global y universal del proceso del nacimiento, desarrollo y decadencia de las formaciones económicas y sociales, examinando el conjunto de las tendencias contradictorias, retrotrayéndolas a las condiciones de existencia y de producción, claramente especificadas, de las diversas clases de la sociedad, apartando el subjetivismo y lo arbitrario en la elección de las ideas "directrices" o en su interpretación, descubriendo el origen de todas las ideas y de las diferentes tendencias, sin excepción, en el estado de las fuerzas productivas materiales. El marxismo puso el hilo conductor que, en este laberinto y este caos aparentes, permite descubrir la existencia de leyes: la teoría de la lucha de clases.<sup>169</sup>

Lenin deja en el tintero las dificultades que Marx detectó en su propia teoría: "La diferencia entre el precio y el valor y la igualación de la ganancia, hechos indiscutibles y por todos conocidos, son perfectamente explicados por Marx gracias a la ley del valor, porque la suma de los valores de todas las mercancías es igual a la suma de sus precios".<sup>169</sup> En consecuencia, remata, el socialismo es económicamente ineludible:

Marx deduce de esto la transformación inevitable de la sociedad capitalista en sociedad socialista, total y exclusivamente a partir de las leyes económicas del movimiento de la sociedad moderna. La socialización del trabajo, que progresó cada vez más rápido bajo mil formas diversas y que, durante el medio siglo transcurrido desde la muerte de Marx, sobre todo se manifestó por la extensión de la gran producción, los carteles, los sindicatos y los trusts capitalistas, así como por el inmenso incremento de las proporciones y la potencia del capital financiero.<sup>169</sup>

Lenin comienza a defender la idea del socialismo en un solo país: es preciso –dice– dejar de pensar a escala mundial; los obreros pertenecen a una nación y es en el marco de su nación como tienen que hacer la revolución, porque "las naciones son un producto y una forma ine-

vitables de la época burguesa de la evolución de las sociedades. La clase obrera no habría podido fortificarse, curtirse, formarse sin 'organizarse en el marco de la nación', sin ser 'nacional' (aunque de ninguna manera en el sentido burgués de la palabra)".<sup>169</sup> Para los obreros, pretende, el mejor lugar para actuar es, según Marx, Rusia:

Señalemos algunos pensamientos profundos de Marx (particularmente importantes para los países atrasados como Rusia) sobre la evolución del capitalismo en la agricultura. Con la transformación de la renta en especies en renta en dinero, necesariamente se constituye al mismo tiempo, y hasta anteriormente, una clase de jornaleros no poseedores y que trabajan a cambio de un salario [...]. Las cooperativas, es decir, las asociaciones de pequeños campesinos, que representan un papel progresista burgués de los más considerables, sólo pueden debilitar esta tendencia, pero no suprimirla; no hay que olvidar tampoco que esas cooperativas dan mucho a los campesinos acomodados, y muy poco o casi nada a la masa de los campesinos pobres, y que luego esas asociaciones terminan por explotar ellas mismas el trabajo asalariado.<sup>169</sup>

La jugarreta está hecha: la revolución debe hacerse en Rusia asociando a obreros y campesinos, con un partido único al frente. Pero como hay que justificar ese partido, Lenin hace de Engels el igual de Marx, o por lo menos aquel que traduce el pensamiento de Marx: "En lo que concierne a la posición del socialismo de Marx respecto del pequeño campesinado, que existirá todavía en la época en que los expropiadores sean expropiados, es importante mencionar esta declaración de Engels, que expresa el pensamiento de Marx".<sup>169</sup> Sigue un texto de Engels sin relación con el pensamiento de Marx.

En una corta biografía que le consagra, Lenin completa esta corona tejida a Friedrich Engels:

Gran combatiente y educador del proletariado, que vivirá eternamente [...]. Después de su amigo Karl Marx, [...] Engels fue el sabio más notable y el educador del proletariado contemporáneo de todo el mundo civilizado. A partir del día en que el destino reunió a Karl Marx y Friedrich Engels, la obra de toda la vida de los dos amigos se convirtió en el fruto de su actividad común [...]. En sus obras científicas

ficas, Marx y Engels fueron los primeros en explicar que el socialismo no es una quimera sino el objetivo final y el resultado necesario del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad actual.<sup>169</sup>

Mientras tanto, a fines de 1914, los ejércitos rusos retroceden más de 500 kilómetros en el interior de las tierras y pierden más de dos millones de hombres. La guerra se instala para durar cuando el ejército alemán, que hizo una incursión en Francia por el norte, es detenido en Verdún.

Rosa Luxemburgo es arrestada en Berlín el 18 de febrero de 1915 por sus escritos hostiles a la guerra que lleva a cabo Alemania. El 15 se funda la revista *Internationale*, "revista mensual para la práctica y la teoría del marxismo", que publica, bajo el seudónimo de Junius, cartas de prisión de Rosa a su grupo, que acaba de tomar el nombre de Espartaco: "La Internacional, que expresa los intereses del proletariado, sólo puede nacer de la autocritica del proletariado, en la conciencia de su propio poder, ese poder que, el 4 de agosto, se ha doblado como una caña vacilante".<sup>184</sup>

En 1916, cuando la guerra se empantana en las trincheras y el ejército zarista del general Brusílov retoma la ofensiva en Polonia frente a las tropas de Hindenburg, Lenin escribe que el imperialismo es la "fase suprema del capitalismo". En una nueva edición aparecida cuatro años más tarde, aclarará:

Este libro muestra que la guerra de 1914-1918 fue por ambos lados una guerra imperialista (o sea, una guerra de conquista, de saqueo, de bandolerismo), una guerra para el reparto del mundo, para la distribución y la redistribución de las colonias, de las "zonas de influencia" del capital financiero, etc. Porque la prueba del verdadero carácter social o, más exactamente, del verdadero carácter de clase de la guerra evidentemente no radica en la historia diplomática de ésta sino en el análisis de la situación objetiva de las clases dirigentes de todas las potencias beligerantes. Para mostrar esta situación objetiva no hay que tomar ejemplos, datos aislados (la extremada complejidad de los fenómenos de la vida social siempre permite encontrar tantos ejemplos o datos aislados como se quiera en apoyo de cualquier tesis), sino todo el conjunto de los datos sobre los fundamentos de la vida económica de todas las potencias beligerantes y de todo el mundo.<sup>170</sup>

El 24 de marzo de 1916, la dirección de la socialdemocracia decide excluir a quienes se oponen a la guerra. El 30 de marzo, en una de sus cartas, Rosa Luxemburgo escribe:

Está todo en juego: la lucha por el partido, no contra el partido. La consigna no es división o unidad, ni partido viejo o nuevo, sino la reconquista del partido por abajo, por la rebelión de las masas que deben tomar en propias manos las organizaciones y sus medios, no con palabras, sino con los actos de la rebelión. La lucha decisiva por el partido ha comenzado.<sup>184</sup>

Llega hasta escribir que, con la dirección socialdemócrata, ¡"Hindenburg [que dirige las operaciones militares] se ha convertido en el ejecutor testamentario de Marx y Engels"! Es la ruptura: una parte del SPD, dirigida por Bernstein, Karl Liebknecht, Franz Mehring y la rusa Clara Zetkin, se une a ella y funda el Partido Socialdemócrata (USPD), ligado al grupo Espartaco, cuyo programa redacta Rosa Luxemburgo desde su prisión. Bernstein, pacifista pero no revolucionario, no pierde tiempo en romper con ellos y se entristece de que "una persona que posee las dotes intelectuales y la formación científica de Rosa Luxemburgo [ella realizó estudios brillantes en el liceo de Varsovia] haya podido participar en la redacción" de ese programa, "libelo maligno, tan confuso como demagógico y provocativo".

La guerra es cada vez más difícil de sostener. Cuando en Francia la clase obrera está casi en su totalidad alistada en el ejército (salvo raras excepciones), en Alemania se desarrolla una ola revolucionaria apoyada y estimulada por Espartaco. Los metalúrgicos de Berlín y Leipzig van a la huelga para protestar contra la guerra y el hambre.

En la misma época, en una hazaña extraordinaria, en febrero de 1917, en plena guerra entre Rusia y Alemania, cuando el frente se extiende a lo largo de varios miles de kilómetros, Riazanov deja Berlín y llega a Rusia llevando en su equipaje algunos manuscritos de Marx y de Engels, colecciones del *Vorwärts* y del *Rheinische Zeitung* de 1842-1843, del *New York Daily Tribune* de los años en que Marx escribía allí, así como fotostatos de piezas de archivos alemanes. Sin duda lo hace con la autorización tácita de los dirigentes socialdemócratas, que no se ofuscan al ver partir viejos papeles... Y todo cuanto puede desestabilizar al zar es útil para el ejército alemán.

El 8 de marzo de 1917, los obreros de las fábricas Putilov, en Petrogrado, hacen huelga para protestar contra el hambre y se unen a un desfile organizado en ocasión de la jornada de las Mujeres. Raros son los que gritan: "¡Abajo el zar!". Las manifestaciones se renuevan los siguientes días. El domingo 11, el ejército dispara, produciendo cuarenta muertos.<sup>163</sup> Soldados y obreros no tardan en fraternizar y crean el *soviet* ("consejo") de los obreros y soldados de Petrogrado. Los pocos diputados mencheviques de la Duma, conducidos por un abogado, Alexandre Kerenski, se unen a ellos y el 15 solicitan a un noble liberal, el príncipe Lvov, y a Miliukov, tomar la dirección del gobierno.<sup>163</sup> La misma noche el zar abdica, pero la guerra continúa. Los mencheviques de Mártov participan en el nuevo gobierno.

El 27 de marzo, en pleno motín comunista en Berlín y en Petrogrado, el gobierno del káiser fleta un tren blindado y garantiza el tránsito de Lenin y de algunos de sus camaradas procedentes de Suiza hasta Rusia, así como un poco antes ha garantizado el pasaje de Riazanov, descontando que los bolcheviques van a desestabilizar al nuevo gobierno instalado en Petrogrado.

Y en efecto, el 29 de junio de 1917, Kerenski no logra calmar rápidamente los motines que Lenin fomenta contra él. Hace detener a los dirigentes bolcheviques, prohíbe sus diarios, como el *Pravda*, y despacha al frente a los regimientos demasiado cercanos a los bolcheviques. Perseguido, Lenin huye a Finlandia. A comienzos de julio, la situación les parece bastante madura a algunos comunistas para desencadenar una revolución; Lenin se opone a ellos. El gobierno de Kerenski anuncia elecciones cercanas con miras a designar una Asamblea Constituyente.

Kerenski, que tomó las riendas del gobierno de manos de Miliukov, vuelve a impulsar la guerra; el general Brusílov, siempre a la cabeza de los ejércitos rusos, vence a los alemanes el 1º de julio, cerca de Brzezany. Kornílov, que lo reemplaza, sigue logrando victorias. Luego, el ejército ruso se deshace. En septiembre, los alemanes atacan en el norte. El 3 ocupan Riga; el 21, Jakobstadt.

Los s-r (socialistas revolucionarios), en quienes se reconocen los campesinos, son mayoritarios en la Asamblea Constituyente, donde obtienen 419 bancas contra 168 de los bolcheviques, 18 de los mencheviques, 17 de los k-d y 81 de otros.

Riazanov, que en abril fue nombrado comisario del pueblo a las Comunicaciones en Odesa, es elegido representante de ese puerto

de Ucrania en la Asamblea y miembro del ejecutivo de la Unión de Ferroviarios.

Desde Finlandia, Lenin escribe el 28 de septiembre al comité central de su partido, que había permanecido en Petrogrado, para pedir que preparen en secreto la insurrección. Obsesionado por lo que ocurrió con la Comuna —que sólo aguantó setenta y dos días— y por su lectura tanto del tercer *Llamamiento* de Marx como de su texto sobre el golpe de Estado de Napoleón III, sabe que no conquistará ni conservará el poder a menos que sepa hacer una alianza con los campesinos. Pero, para él, dictadura del proletariado realmente significa dictadura duradera. Entonces redacta una carta a su comité central, texto fundador de la Revolución de Octubre, por la cual intenta fundar un análisis táctico preciso de la acción que debe llevarse a cabo sobre una interpretación falseada de Marx, a quien adjudica una apología de la revolución a cualquier precio (“la revolución como un arte”) que no figura en ninguno de sus textos.

El gran maestro del oportunismo, Bernstein, ya adquirió una triste celebridad elevando contra el marxismo la acusación de blanquismo [...]. ¡Acusar a los marxistas de blanquismo porque consideran la insurrección como un arte! ¿Puede haber una deformación de la verdad más escandalosa, cuando ningún marxista negará que fue justamente Marx el que se expresó sobre este punto de la manera más precisa, más clara y más perentoria, declarando precisamente que la insurrección es un arte, al decir que hay que tratarla como un arte, que hay que *conquistar* los primeros éxitos y avanzar de éxito en éxito sin interrumpir la *marcha* contra el enemigo, aprovechando su desconcierto? Para triunfar, la insurrección no debe apoyarse en un complot, ni en un partido, sino en la clase de vanguardia. La insurrección debe surgir de un *giro* de la Historia de la revolución ascendente donde la actividad de la vanguardia del pueblo es la más fuerte, donde las vacilaciones son las más fuertes en las filas del enemigo y débiles, indecisas, llenas de contradicciones en aquellas de los amigos de la revolución. A partir de entonces [...], negarse a considerar la insurrección como un *arte* es traicionar el marxismo, traicionar la revolución. Por eso, los días 3 y 4 de julio, la insurrección habría sido una falta: no habríamos podido conservar el poder ni física ni políticamente. Físicamente, aunque Petrogrado estuviera por momentos

entre nuestras manos, porque nuestros obreros y nuestros soldados entonces no habrían aceptado luchar, morir por la posesión de Petrogrado, pues no había entonces esa "exasperación", ese odio implacable [...]. Nuestra gente todavía no habría sido templada por la experiencia de las persecuciones contra los bolcheviques con la participación de los socialistas-revolucionarios y los mencheviques [...]. Hoy, la situación es muy diferente. Tenemos con nosotros a la mayoría de la clase que es la vanguardia de la revolución, la vanguardia del pueblo, capaz de arrastrar a las masas. También tenemos con nosotros a la mayoría del pueblo, porque [...] el campesinado no recibirá la tierra del bloque socialista revolucionario (ni de los socialistas revolucionarios mismos). Ése es el punto esencial, el que da a la revolución su carácter nacional. Tenemos para nosotros la ventaja de una situación en que el partido conoce con seguridad su camino frente a las vacilaciones inauditas de todo el imperialismo y de todo el bloque de los mencheviques y los socialistas revolucionarios. Tenemos para nosotros una victoria asegurada.<sup>47</sup>

Para hacer adoptar este punto de vista, Lenin vuelve a Petrogrado el 23 de octubre, y hace aceptar el principio de una insurrección armada destinada a poner en marcha una "dictadura del proletariado". Obtiene que los bolcheviques desarrollen tres consignas: "paz inmediata", para que se les unan los soldados; "la tierra para los campesinos", para los rurales; "todo el poder a los soviets", para los obreros. Luego vuelve a partir de inmediato a Finlandia, dejando a Trotski, a quien puso como su adjunto, la responsabilidad de preparar la sublevación. Vuelve el 29 de octubre, logra que prevalezca la decisión contra Kámenev y Zinóviev, que temen un fracaso y quieren demorar el asalto. En la noche del 6 al 7 de noviembre de 1917 (según el calendario gregoriano), los bolcheviques se adueñan de los principales centros de decisión de Petrogrado y detienen a los ministros que entonces residen en el palacio de Verano. Lenin toma las riendas del gobierno y proclama que el movimiento obrero ruso es la "vanguardia del proletariado mundial". Nombra a Trotski comisario del pueblo para las Relaciones Exteriores. Realmente espera conservar el poder por lo menos setenta y dos días, como la Comuna. Repite la fórmula de Marx: "Los principios de la Comuna son eternos y no pueden ser destruidos. Siempre volverán a resurgir hasta que la clase obrera

sea emancipada".<sup>8</sup> Pero desde entonces va a imponer una concepción de la dictadura del proletariado diferente a más no poder de la de Marx: mientras que, para Marx, es el reino provisional de una amplia mayoría, que respeta el derecho de gentes, la libertad de prensa, los partidos de oposición y la separación de poderes, Lenin la encara como la dictadura definitiva de una minoría determinada.

Al día siguiente, el líder bolchevique solicita la paz. Está dispuesto a todas las concesiones porque está convencido de que los alemanes no tardarán en seguir a los rusos en el camino de la revolución proletaria.

En Rusia, la prensa "burguesa" es sofocada. La policía política (Checa) es creada el 7 de diciembre; la huelga, prohibida el 20. El partido moderado K-D (o "cadete", constitucional demócrata) es prohibido.

El 19 de enero de 1918, a partir del día siguiente de su entrada en funciones, Lenin disuelve la Asamblea Constituyente. El 30 de agosto, como una militante s-R, Dora Kaplan, fue acusada de haber fomentado un atentado, el último partido de oposición a los bolcheviques es prohibido; sus miembros, los socialistas revolucionarios, perseguidos y enviados a campos. Riazanov crea el Centro de Archivos del país, se convierte en profesor en la Universidad Sverdlov y participa en la fundación de la Academia Socialista.

El 3 de marzo de 1918 se firma un armisticio en Brest-Litovsk entre Rusia y las potencias centrales. Éstas conceden su independencia a Ucrania, que se apura en dar asilo a las tropas "blancas" hostiles al gobierno comunista.

El partido bolchevique, que todavía se llama Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, se convierte en Partido Comunista en el congreso de marzo de 1918.

Los socialistas alemanes están muy divididos por los acontecimientos de Rusia. Rosa Luxemburgo recibe con entusiasmo la Revolución de Octubre, al tiempo que se inquieta por la concepción leninista de la dictadura del proletariado. En un texto lúcido escribe:

La libertad solamente para los partidarios del gobierno, para los miembros de un partido, por numerosos que sean, no es la libertad.

La libertad es siempre la libertad de quien piensa de otro modo [...]. La tarea histórica que incumbe al proletariado una vez en el poder es crear, en lugar de la democracia burguesa, la democracia socialista, y no suprimir toda democracia.<sup>184</sup>

Al igual que Marx, encara la dictadura del proletariado como

la manera de aplicar la democracia, no en su abolición, [sino] en intervenciones energéticas, decididas, en los derechos adquiridos y las relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin las cuales la transformación socialista no puede ser realizada. Pero esta dictadura debe ser obra de la clase y no de una pequeña minoría dirigente en nombre de la clase; en otras palabras, debe salir paso a paso de la participación activa de las masas, estar bajo su influencia directa, sometida al control de la opinión pública, producto de la educación política creciente de las masas populares.<sup>184</sup>

En el mismo momento, Karl Kautsky se une a su viejo enemigo Bernstein para denunciar lo que se está poniendo en marcha en Rusia. Para él, la estatización de la economía conduce a un poder despótico de tipo oriental. "Esta loca experiencia no puede culminar sino en una caída violenta", y el modelo bolchevique sólo puede "traer la contrarrevolución".

En *La Revolución proletaria y el renegado Kautsky*,<sup>170</sup> Lenin le responde con una cita falsa de Marx: "Esa violencia es sobre todo necesaria, como Marx y Engels lo explicaron muchas veces, y de la manera más explícita (sobre todo en *La guerra civil en Francia* y en el prefacio a esta obra), por la existencia del militarismo y la burocracia".<sup>170</sup> Pero Marx, como vimos más arriba, dice exactamente lo contrario. Consciente de esta deformación, Lenin añade otra mentira: "Justamente son esas instituciones, sin embargo, justamente en Inglaterra y en Norteamérica, las que, justamente, en los años setenta del siglo xix, época en que Marx hizo su observación, no existían. Ahora existen tanto en Inglaterra como en Norteamérica".<sup>170</sup> Y continúa con su desarrollo:

Los dos [Bernstein y Kautsky] son revolucionarios y marxistas de palabra, renegados de hecho: se esfuerzan por sustraerse a la revolución. Ni en uno ni en otro se encuentra la menor huella de lo que inspira toda la obra de Marx y de Engels, y que distingue al socialismo real de su caricatura burguesa, es decir, el análisis de la revolución en oposición a las tareas reformistas, el análisis de la táctica revolucionaria en oposición a la táctica reformista, el análisis del papel del

proletariado en la aniquilación del sistema o del orden, del régimen de esclavitud asalariada, en oposición al papel del proletariado de las grandes potencias, que comparte con la burguesía una parcela de la sobreganancia y del sobrebotín imperialistas de esta última.<sup>170</sup>

En mayo de 1918, en Moscú, convertida en capital, Lenin instaura un monopolio estatal sobre la agricultura y la industria, nacionaliza las grandes empresas y colectiviza la agricultura.

Al mismo tiempo, en Berlín, cuando el ejército comandado por Ludendorff se encamina a la derrota<sup>1</sup> bajo los golpes no sólo de los militantes marxistas sino también de los cañones franceses, el historiador Oswald Spengler, en un texto capital y demasiado desconocido, *Prussianité et Socialisme*,<sup>254</sup> denuncia el socialismo de Marx como antialemán por ser judío, mientras que el "verdadero" socialismo, a su manera de ver, es prusiano y nacional. Así, suministra una base ideológica a la derecha alemana –luego, más tarde, a la extrema derecha y al nacionalsocialismo– para resistir tanto a los comunistas como a los anglosajones, porque acusa a marxistas y capitalistas de haberse puesto de acuerdo en contra de Alemania. Este texto debe ser citado en extenso porque suministra la articulación de aquello que, en ese terrible año de 1918, conduce al nacimiento de las dos peores barbaries de todos los tiempos, ambas nacidas en Prusia.

"Fue Federico Guillermo I y no Marx el primer socialista, conscientemente. Fue de él, personalidad ejemplar, de donde partió ese movimiento mundial..." Mientras que, dice Spengler, el capitalismo es inglés.

En el súmmum de la cultura del oeste de Europa se desarrollaron dos grandes escuelas de filosofía, la inglesa, escuela del egoísmo y el sensualismo, y la prusiana, escuela del idealismo [...]. Mientras que para nosotros, prusianos, la oposición constructiva siempre será ordenar y obedecer en el seno de una comunidad rigurosamente disciplinada, ya se llame Estado, Partido, clase obrera, cuerpo de oficiales o funcionariado, comunidad de la que cada miembro es sin excepción el servidor [...], el pueblo insular, por su instinto de pirata, comprende la vida económica de manera muy diferente. Allí se trata de lucha y de botín; más precisamente, de la parte de botín que corresponderá a cada uno [...]. Su objetivo es edificar fortunas individuales, riquezas

privadas, eliminar la competencia privada, explotar al público a través de la publicidad, la política [...]. Todas las luchas entre patrones y obreros en la industria inglesa de 1850 conciernen a la mercancía "trabajo", de la que uno quiere apoderarse barato mientras que el otro quiere negociarla caro.<sup>254</sup>

Marx es el producto del capitalismo inglés, y su teoría no puede aplicarse en Alemania.

Todo lo que dice Marx, con una ira admirativa, de los resultados de la "sociedad capitalista" es válido para el instinto económico inglés y no para el del hombre en general [...]. Únicamente el capitalismo de estilo inglés hace juego con el socialismo de estilo marxista. La idea prusiana de una gestión de la vida económica en una perspectiva supraindividual transformó sin quererlo, a partir de la legislación proteccionista de 1879, al capitalismo alemán en formas socialistas en el sentido de un orden estatal [...]. Así, dos grandes principios económicos hoy se encuentran enfrentados cara a cara. El Vikingo se ha vuelto defensor del libre cambio; el Caballero, por su parte, es funcionario en la administración. Ninguna reconciliación es posible entre ellos; y porque ambos, germanos y hombres faustianos de primer orden, no conocen ningún límite a su deseo, y sólo creerán haber llegado al objetivo cuando el mundo entero esté sometido a su Idea, habrá guerra hasta que uno de ellos prevalezca definitivamente.<sup>254</sup>

Texto espantoso y profético que termina de este modo: "¿Debe la economía mundial ser una explotación o una organización del mundo? Los césares de ese futuro imperio ¿deben ser multimillonarios o funcionarios? Los pueblos de la Tierra, mientras los una ese imperio de la civilización faustiana, ¿deben ser objeto de la política de los trusts o de la de los hombres, así como lo deja entender el fin del segundo Fausto? Porque está en juego el destino del mundo".<sup>254</sup>

Sin saberlo, Spengler hace aquí el elogio de la URSS, donde los "zares serán funcionarios", y el del futuro Tercer Reich, donde el káiser será un *Führer*, un guía.

Mientras que en las trincheras prosigue la hecatombe, el 7 de octubre de 1918 el grupo Espartaco y radicales de izquierda de Brema llaman a la creación de una "República Socialista Alemana que sea so-

lidaria de la República Soviética Rusa". El 1º de noviembre se desencadena la revolución, la monarquía se derrumba, el káiser abdica, se declara la república. La guerra termina. Espartaco se convierte en una liga bajo el nombre de Partido Comunista Alemán-Liga Espartaco, y se alía al ala izquierda del USPD. En su boletín, *Rote Fahne* [Bandera roja], puede leerse que "la Historia es la única que sabe dar lecciones de verdad; la revolución es la mejor escuela del proletariado".

Mientras los franceses festejan, tras la horrible carnicería, Lenin, por su parte, comienza a estructurar su Estado, a colectivizar las empresas y a dotarse de los medios de represión, olvidando que, muy al contrario, la primera misión que Marx asignaba a la dictadura del proletariado era "hacer desaparecer los aparatos represivos". Para la economía, el camino es decisivo. Es el colectivismo industrial. Lenin dice entonces que el socialismo es: "los soviets más la electrificación". El economista Preobrajenski forja el concepto de "acumulación socialista primitiva" para reconstruir un país en ruinas,<sup>270</sup> bajo la forma de un capitalismo estatal, mientras que, leyendo a Marx, los socialistas rusos habrían debido inspirarse en la comunidad campesina eslava (*obschina*).

Sin embargo, para escapar tanto a la democracia parlamentaria como a los populistas, en la definición de los fundamentos ideológicos del nuevo régimen, para mostrar su valor "científico y apoyarlo en toda la historia europea de la liberación de los pueblos", Lenin necesita citar a Marx como referencia.

Por eso, uno de los primeros actos de la Revolución de Octubre –asediada por sus enemigos interiores y exteriores, enfrentada con la tarea gigantesca de adueñarse de un poder estatal en plena guerra y de tener que luchar contra una fracción del ejército entonces en disidencia– es hacer erigir a través de todo el país monumentos... ¡a la gloria de dos alemanes –vale decir, dos enemigos– desconocidos por el pueblo ruso: Marx y Engels! Extraña prioridad en un país en ruinas que debe reconstruir a partir de la nada un Estado y un sistema social colectivista sin equivalentes en el mundo...

El 9 de noviembre de 1918, o sea, dos días antes de la firma del armisticio franco-alemán en Rethondes, cuando los comunistas alemanes tratan de tomar el poder en Baviera, cuya secesión organizan, el propio Lenin inaugura el primero de esos monumentos a Marx y Engels en Moscú, convertida en la capital rusa en marzo de 1918. En esta

ocasión pronuncia un discurso importante cuyo informe aparece *in extenso* en el número 242 de *Pravda*:

Inauguramos un monumento a los jefes de la revolución obrera mundial, Marx y Engels [...]. El gran mérito de Marx y Engels, de un alcance histórico mundial, es que, a través de un análisis científico, probaron la quiebra ineludible del capitalismo y el pasaje inevitable al comunismo, donde no habrá más explotación del hombre por el hombre; [...] que mostraron a los proletarios de todos los países su función, su tarea, su misión, a saber: ser los primeros en emprender la lucha revolucionaria contra el capital, reunir a su alrededor, en esta lucha, a todos los trabajadores y todos los explotados. Vivimos un tiempo feliz donde esta previsión de los grandes socialistas comenzó a realizarse. Todos vemos cómo, en un conjunto de países, se alza la aurora de la revolución socialista internacional del proletariado. Los horrores sin nombre de la matanza imperialista de los pueblos provocan en todas partes el impulso heroico de las masas oprimidas, decuplican sus fuerzas en la lucha por su emancipación. Ojalá los monumentos erigidos a Marx y Engels puedan recordar todavía y siempre a los millones de obreros y campesinos que no estamos solos en nuestra lucha. Junto a nosotros se levantan los obreros de los países más adelantados. Ásperas batallas nos esperan todavía, a ellos y a nosotros. ¡El yugo del capital será quebrado, y el socialismo definitivamente conquistado en la lucha común!<sup>170</sup>

La frase clave es: "no estamos solos en esta lucha". A través de Marx, Lenin quiere relacionarse con la ciencia, con la Historia, pero también con la esperanza que siente despuntar de una revolución en Alemania.

Sobre el obelisco erigido por los Romanov en 1913 para el tricentenario de su dinastía, Lenin hace figurar, con los de Marx y Engels, los nombres de una veintena de precursores del comunismo, entre ellos: Thomas More, Campanella, Fourier y Chernishevski. Rusia está sola en el espacio; se busca aliados en el tiempo.

En la misma época, Riazanov vuelve a su oficio: estudiar a Marx. Tras haber fundado el Centro de Archivos, donde están reunidos los documentos del socialismo ruso y alemán, y haber participado en la fundación de la Academia Socialista, dirige allí una "sección del marxismo" que transforma rápido en Instituto Marx-Engels, donde

deposita lo que trajo de Alemania y de Francia en lo más álgido de la guerra: manuscritos de Marx y de Engels y fotostatos de documentos de los archivos alemanes. Luego vuelve a Alemania por un mes y trata de conseguir los manuscritos de Marx y de Engels que quedaron todavía en el Partido Socialdemócrata o en casa de Bernstein. A pesar del caos que entonces prevalece, cada uno defiende sus intereses entre los socialistas. Bernstein no quiere soltar lo que tiene y pretende haber prestado un capítulo de *La ideología alemana*, no publicado, que Riazanov le reclama, a otro dirigente socialista, Mehring, que no se lo habría devuelto. Los comunistas tienen algunos textos; los socialistas independientes, otros. Riazanov sabe que el manuscrito de *La ideología alemana* está ahí. Lo quiere. El ruso se quejará más tarde de

todo el trabajo que tuve que hacer para sacar un manuscrito tras otro de los archivos de Bernstein en el curso de esas cuatro semanas. Tuve que invocar todas las fuentes impresas que conocía, y sólo tras varios días de discusión me mostró la segunda parte del manuscrito. El resultado de mi viaje a Berlín efectuado con ese fin es el siguiente: con mucho trabajo finalmente logré sacar a la luz toda *La ideología alemana*, y tengo una copia.<sup>233</sup>

Riazanov vuelve a hurgar en los archivos del Partido Socialdemócrata Alemán y allí descubre "un manuscrito bastante importante que comienza en la página 5" –es la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, la primera obra de Marx, que se creía perdida!–, otro manuscrito sobre el trabajo asalariado y "el fragmento de un estudio de Marx que se refiere a la filosofía griega"<sup>233</sup> vale decir, su tesis. ¡También están allí los manuscritos económicos de fines de los años 1850, y los veintitrés cuadernos que sirvieron para la redacción de *El capital*! "El enorme trabajo de copia del fondo poseído por Bernstein y de los manuscritos económicos más importantes me impidió copiar los cuadernos de notas y de extractos de Marx. Pero de todos modos habrá que hacerlo".<sup>233</sup> Luego se dirige a Fráncfort, al Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad, dependiente, desde fines de la guerra, de la socialdemocracia alemana, para tratar de negociar con ellos la publicación conjunta de las obras completas de Marx y de Engels. Los alemanes aceptan. Los acontecimientos se opondrán.

Es la hora de todas las audacias teóricas; varios economistas tratan de aplicar al pie de la letra las teorías marxistas. Así, dos economistas soviéticos, llamados Smit y Klepirov, intentan, con el apoyo de Lenin en persona, elaborar un método de fijación de los salarios según el contenido energético del trabajo suministrado. En este sentido, Lenin declara: "Al seguir el camino trazado por la teoría de Marx, nos acercaremos cada vez más a la verdad objetiva (pero sin agotarla jamás); por cualquier otro camino que sigamos sólo podremos llegar a la confusión y a la mentira".<sup>170</sup>

En China, ese mismo año, Li Dazhao y Chen Duxiu organizan grupos de estudios científicos alrededor de la obra de Marx, que descubrieron en Francia durante su exilio. Mao Tsé-tung es miembro de uno de esos grupos en el Hunan. El pensador alemán realmente se ha vuelto el espíritu del mundo.

En Alemania, en diciembre de 1918, los dos partidos socialdemócratas, el SPD y el USPD, se unen para poner al jefe del SPD, Friedrich Ebert, en el puesto de canciller y oponerse al ascenso del Partido Comunista (KPD), que también se convierte en el blanco principal de la extrema derecha. Los principales dirigentes socialdemócratas Kautsky, Bernstein, Hilferding, Noske y Scheidemann ocupan los puestos clave del primer gobierno alemán democrático.

A comienzos de enero de 1919, los espartaquistas se lanzan a una insurrección a la manera de la que acaba de triunfar en Rusia. Rosa Luxemburgo se opone a ese movimiento, al sentir que la relación de fuerzas en el país no es conveniente. La insurrección es reprimida bajo las órdenes de dos socialistas, Noske y Scheidemann. Rosa es detenida. El 15 de enero es asesinada junto a Karl Liebknecht, sobre los muelles de la Speer, por oficiales de los cuerpos francos. Los dos tienen unos 40 años. Bernstein protesta contra ese "cobarde y brutal asesinato" del hijo de su amigo y de Rosa. Sobre todo se inquieta por el revanchismo de los militares, que consideran que no perdieron la guerra sino que fueron apuñalados por la espalda por los comunistas. Pronto se unirán a las filas nazis.

Riazanov vuelve a Moscú y, ese mismo año 1919, funda dos revistas: *Los archivos Marx-Engels* y *Los anales del marxismo*. También publica varios compendios de artículos marxistas: *Le Proletariat international et la guerre*, Georges Plekhanov et la Ligue pour l'émancipation du travail, *Sketches in the History of Marxism*, *Les Tâches des syndicats avant*

*et pendant la dictature du prolétariat y Marx y Engels.* Comienza a editar la Biblioteca marxista, la Biblioteca del materialismo (Gassendi, Hobbes, La Mettrie, Helvetius, D'Holbach, Diderot, Toland, Priestley y Feuerbach) y diversos trabajos filosóficos de Hegel. Todo eso traducido a marcha forzada.

En marzo de 1919, siempre preocupado por evitar el aislamiento de Rusia, Lenin, cuyo partido ahora se ha vuelto "comunista", funda la III Internacional, pronto llamada "Komintern", para unir a los comunistas aplicando, según el modelo bolchevique, una lógica de depuración de toda disidencia y para sostener la revolución rusa. Lenin escribe entonces que "la misión de esta Internacional es aplicar, traducir en la vida los preceptos del marxismo, y realizar el ideal secular del socialismo y el movimiento obrero".<sup>70</sup> El artículo 1 de los estatutos de la IC estipula: "La nueva AIT une a los partidos comunistas en un partido mundial mediante la fundación de una unión mundial de las repúblicas socialistas de los soviets".<sup>70</sup> Y como hay que ser claro, agrega: "La tercera Asociación Internacional de los Trabajadores coincide desde ahora en cierta medida con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas".<sup>170</sup> Dicho de otra manera: los otros partidos comunistas deben primero ponerse al servicio de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, nuevo nombre que pronto va a tomar el país.

La III Internacional está estructurada alrededor de un congreso mundial, "órgano supremo", dotado de un comité ejecutivo fuerte que se reúne todos los meses y de una asamblea plenaria. El comité ejecutivo se apoya en "secciones de trabajo". Se pone en marcha una propaganda masiva. Los servicios de edición traducen, imprimen y difunden los clásicos del marxismo. Algunos servicios de prensa editan en cuatro lenguas *La Internacional comunista*; algunas escuelas del Komintern forman los cuadros dirigentes de los partidos comunistas. Para adherir, cada partido debe cumplir con veintiún condiciones. La III Internacional, primero abundante en debates, progresivamente se alinea sobre el aparato soviético<sup>174</sup> y reduce el marxismo a un catecismo. La secta que Marx denunciaba justamente en Bakunin.

En todas partes, los socialistas se ven intimados a elegir. En Alemania, el KPD elige adherirse a la nueva Internacional, el SPD no. En Francia, la disputa causa estragos entre los partidarios de la II y la III Internacional. Léon Blum, elegido por primera vez diputado de París

en 1919, escribe en *L'Humanité*: "Seguimos siendo socialistas revolucionarios. Yo no elijo ni a Wilson ni a Lenin. Elijo a Jaurès".

En mayo de 1919, cuando en Baviera se derrumba la República de los Consejos, con el asesinato de su jefe, Kurt Eisner, cae la ola revolucionaria. El KPD refluye a pesar de su fusión con el ala izquierda del USPD. Cuando, en enero de 1920, el KPD intenta una nueva sublevación, el gobierno socialdemócrata ordena disparar sobre la muchedumbre, provocando unos cuarenta muertos, y prohíbe su prensa. Entonces el Partido Comunista sienta cabeza; entra en el Parlamento nacional, así como en los parlamentos regionales. Lo que no impide que Moscú espere todavía un sostén de Alemania a su revolución.

En 1920, el Instituto Marx-Engels de Riazanov publica, bajo el título "Libro v de *El capital*", notas dispersas que nada tienen que ver con esa obra y fragmentos de la correspondencia entre Marx y Engels muy cuidadosamente escogidos. Riazanov recorre Europa para reunir, arrancar, hasta robar, un máximo de manuscritos de Marx, originales o copiados. Crea un Instituto de los Profesores Rojos que forma a profesores de filosofía marxista, de economía política, de historia del partido, para el aparato y los altos funcionarios. Sobre ese modelo, varias universidades forman ahora a los cuadros comunistas: la de Sverdlov, en Moscú (donde enseñó Riazanov); la de Zinóviev, en Leningrado; la Universidad Sun Yat-sen de los pueblos de Oriente y la Universidad Marchlewski de los pueblos de Occidente para los comunistas extranjeros. Riazanov lanza incluso, muy libremente, trabajos de investigación sobre la vida de Marx, y hasta sobre sus ingresos. En particular, manda confeccionar un balance de las sumas recibidas que pueden localizarse en la correspondencia de Marx. Mientras tanto, en Rusia, la colectivización avanza a marcha forzada; para administrar la escasez a través del racionamiento y no ya por los precios, Lenin incluso suprime la moneda.

El Partido Socialista Francés se reúne en congreso en Tours el 25 de diciembre de 1920 para debatir acerca de su adhesión a esa nueva Internacional. La moción llamada "Cachin-Frossard" predica la adhesión; los partidarios de aquella defendida por Jean Longuet, nieto de Marx, se resignan con reservas, antes de unirse a Blum, que, con una minoría de militantes, rechaza la concepción del partido modelada por las veintiún condiciones de admisión a la Internacional Comunista. En un discurso que se hizo famoso, declara que el bolchevismo

descansa en ideas erróneas en sí mismas y contrarias a los principios esenciales e invariables del socialismo marxista [...]. Si ustedes consideran que el objetivo es la transformación y que la transformación es la revolución, entonces todo aquello que, incluso en el marco de la sociedad burguesa, puede preparar esa transformación se convierte en trabajo revolucionario. Si ahí está la revolución, el esfuerzo cotidiano de propaganda que realiza el militante es la revolución que avanza un poco cada día. Todo cuanto es organización y propaganda socialistas, todo cuanto es extensión en el interior de la sociedad capitalista [...], todo eso es revolucionario. Y las mismas reformas [...], si sirven para consolidar las influencias de la clase obrera sobre la sociedad capitalista [...], son revolucionarias [...]. Ese socialismo nuevo [que es el bolchevismo] descansa en un amplio error de hecho que consistió en generalizar [...] cierta cantidad de nociones sacadas de la experiencia de la propia Revolución Rusa [...]. En lugar de la voluntad popular que se forma en la base y asciende de grado en grado, el régimen de centralización que ustedes proponen implica la subordinación de cada organismo al que le es jerárquicamente superior; en la cima, es un comité directivo del que todo debe depender, una suerte de comando militar formulado desde arriba y que se transmite de grado en grado hasta los simples militantes, hasta las simples secciones [...]. Lo que ustedes buscan no es ya la unidad en ese sentido sino la uniformidad, la homogeneidad absolutas [...]. Moscú exige una depuración completa y radical de todo lo que hasta ahora es el Partido Socialista.<sup>47</sup>

Blum concluye: "Estamos convencidos de que mientras ustedes van a correr la aventura, es necesario que alguien cuide la vieja casa".

En ese momento, en Rusia, donde todavía no se ha ganado la batalla contra los ejércitos blancos, la situación se degrada. Víctimas de las hambrunas y las epidemias, los ciudadanos abandonan las ciudades. Los bolcheviques ya no están firmes en el país. El 3 de marzo de 1921, los marineros de Cronstadt se sublevan al grito de: "¡Vivan los soviets! ¡Abajo los bolcheviques!". El régimen reacciona con la represión, pero, en el X Congreso del Partido Comunista, Lenin extrae las lecciones de la situación anunciando la nueva política económica (NEP), contra Trotski, que predica la prosecución del "comunismo de guerra". Para Lenin, "somos estúpidos y débiles; hemos tomado la costumbre de decirnos que el socialismo es un bien y el capitalismo

un mal. Pero el capitalismo sólo es un mal respecto del socialismo; ¡respecto de la Edad Media, donde se demora Rusia, el capitalismo es un bien!”.<sup>170</sup> Por fin se acordó de Marx, después de haberlo ocultado tanto tiempo. Lenin pretende reconstruir en “ciertos” sectores (agricultura, artesanado, comercio minorista, pequeña industria), y por una duración “limitada”, una economía de tipo capitalista (privatizaciones), y, paralelamente, construir un sector socialista en los transportes, la banca, la gran industria, el comercio mayorista y los intercambios exteriores.<sup>163</sup> Es el fin de las requisas en el campo, reemplazadas por un impuesto en especies; también el de las distribuciones de tierras. El comercio interior vuelve a liberarse; se apela a los capitales, a los métodos y técnicos extranjeros.<sup>163</sup> La Checa es reemplazada por la GPU, con poderes más limitados.

El 23 de julio de 1921, en Shangai, el Partido Comunista Chino convoca a su primer congreso, que hace de Marx su punto de referencia y se fijan como objetivo “la realización del comunismo a través de la dictadura del proletariado”. Ahora, Marx es omnipresente en los espíritus revolucionarios del planeta. Bastó que un gran país agrícola, Rusia, lo adoptase como ícono de la modernización para que los otros hicieran otro tanto, predicando una doctrina anticapitalista por no poder acceder todavía a las realidades del capitalismo. En consecuencia, el marxismo es un sustituto del capitalismo.

En 1922, cuando Lenin comienza a ser atacado por el mal que se lo va a llevar, Rusia, convertida en la URSS, organiza su democracia como un teatro de sombras. Decreta la igualdad de las nacionalidades y el reconocimiento de su derecho a la autodeterminación, pero a todas luces es un derecho absolutamente ficticio. El poder legislativo, también ficticio, supuestamente es confiado a un Congreso de los Soviets de la Unión (compuesto de dos cámaras: Consejo de la Unión, Consejo de las Nacionalidades), que designa un Comité Ejecutivo. Según esos textos, el Poder Ejecutivo es ejercido por el Comité Ejecutivo y el Consejo de los Comisarios del Pueblo. En realidad, uno de los adjuntos de Lenin, el georgiano Stalin, promovido al secretariado general del partido tras la muerte de Lenin, lo convierte en el puesto más importante del país, eliminando progresivamente a todos sus rivales.

Riazanov, que entonces publica íntegramente los textos de las cartas que recuperó, como si se sintiera apremiado de actuar antes de que vengan a detenerlo, en un discurso que data de comienzos de

1923 (*Sobre la herencia literaria de Marx y Engels*), que no será publicado en la URSS sino dos años más tarde, clandestinamente, en Leipzig, en los *Archive für die Geschichte des Socialismus und der Arbeiterbewegung*, cuenta la historia de las tribulaciones de los manuscritos de Marx. Habla de su orgullo del trabajo al que acaba de consagrar cerca de treinta años de su vida, contra viento y marea.

La edición que es responsabilidad de Bernstein y Mehring es indigna. Ahora, los innumerables pasajes que ellos habían eliminado de la correspondencia, sin suministrar la menor indicación, son vueltos a poner en su lugar, [...] en todo caso para las cartas que yo mismo pude comparar con el original. No había ni una sola letra que esas manos sacrílegas no hayan modificado. Las expresiones un poco fuertes de Marx y Engels habían sido edulcoradas o bien tachadas del texto. Cuando Marx trata a alguien de "asno", nuestras dos mosquitas muertas experimentan la necesidad de reemplazar esa palabra por "animal" o "necio".

#### Así, esta correspondencia

se parece a unas epístolas de hermanitas de la caridad. En cambio, no se omitió un chelín, ni siquiera un penique, que Engels envió a Marx desde Manchester. No dejaron pasar ningún detalle susceptible de presentar a Marx bajo un aspecto desfavorable para el filisteo. Si los editores de la correspondencia lo hicieron todo para salvar el prestigio del viejo Liebknecht o de Lassalle, reformulando las expresiones un poco fuertes, no tuvieron ningún miramiento por la vida privada de Marx. Antes de la guerra, yo ya había podido obtener de Bebel la correspondencia de Marx y de Engels de los años relativos a mi *Histoire de l'Internationale*. Había dicho a Bebel que me resultaba imposible proseguir mi trabajo sin esas cartas, porque era indigno utilizar una correspondencia expurgada. Bajo la presión de Bebel, Bernstein tuvo que confiármelas. Antes de devolverlas hice una copia, sin prevenir a nadie. También fue lo que tuvimos que hacer con el resto de la correspondencia.<sup>233</sup>

Riazanov se expresa de este modo porque sabe que sus días están contados. Que otro falsificador está en la puerta. Aquí no está ha-

blando de Bernstein sino, con medias palabras, trágicamente, de Stalin, que va a arrastrar al país en su locura, siempre usurpando el nombre de Marx y presentándose a sí mismo como su mejor exégeta, y luego como un pensador superior.

En 1923, la II Internacional, en suspenso desde el comienzo de la guerra, se reconstituye con los socialdemócratas de Europa y los socialistas austriacos, que fundaron por sí solos lo que por irrisión se llamó la "Internacional dos y medio". Todavía no pierden las esperanzas de una democratización de la URSS ni rechazan la alianza con los comunistas en el seno de cada país.

Sin embargo, en Alemania, comienza una guerra fraticida entre socialistas y comunistas, unos y otros herederos de Marx. Ésta sólo beneficia a la extrema derecha.

Conviene describir brevemente esta historia, porque explica el motivo por el cual el marxismo resultará descarrilado y la manera como va a engendrar dos monstruos, ambos anunciados y temidos por el propio Marx.

Mientras que en 1843 él señalaba a todas las religiones (entre ellas, el judaísmo) y al capitalismo como la causa de la desdicha de los hombres, de pronto dos dictaduras se ponen simultáneamente en marcha para eliminar, no el capitalismo, sino a los capitalistas; no las religiones, sino a los judíos. Ambas hunden sus raíces en la Prusia de Hegel y de Bismarck que tanto denunció Marx.

En la URSS, comienza la batalla, alrededor de Lenin moribundo, entre Stalin y Trotski, vale decir, entre aquellos que quieren seguir conduciendo la revolución hacia los horizontes de la Internacional y el que pretende profundizarla únicamente en Rusia. Los precios agrícolas bajan; los industriales trepan. Los días de los *nepmen* en las ciudades y los de los *kulaks* en el campo están contados.

En Alemania, en 1923, el Partido Comunista (KPD) logra formar en Turingia y en Sajonia un gobierno de unión de los partidos obreros. El gobierno central alemán, del que acaban de irse los socialistas, rehúsa tolerar semejante situación y envía al ejército a echar a los comunistas de los gobiernos locales. Esto produce una revuelta, rápidamente aplastada, mientras que Hitler aprovecha para tratar de tomar el poder en Baviera contra los comunistas. Así, Hitler aparece como la realización de la profecía de Spengler: él también pretende

hacer la felicidad de los hombres gracias a la acción del Estado, eliminando a los parásitos, los enemigos del pueblo, los explotadores. En su libro *Mein Kampf* condena al marxismo, que, dice, es ajeno a la entidad comunitaria; el marxismo debilita la nación, es el "sepulturero" del pueblo y del Imperio Alemán. El "problema más importante para resolver" es, por tanto, aniquilar el marxismo, "absceso que roe la carne de la nación".<sup>99</sup> "El día en que se quiebre el marxismo en Alemania, ésta verá que sus cadenas se rompen para siempre." *El capital* de Marx es para Hitler una emanación del capital internacional, ligado con la democracia, que "afirma que un hombre es igual a otro".<sup>99</sup> El futuro Führer mezcla en el mismo oprobio judaísmo, democracia, capitalismo, comunismo y marxismo:

La doctrina judía del marxismo rechaza el principio aristocrático observado por la naturaleza, y en lugar del privilegio eterno de la fuerza y la energía, pone el predominio del número y su peso muerto. El marxismo niega el valor individual del Hombre, impugna la importancia de la entidad étnica y de la raza, y así priva a la humanidad de la condición previa a su existencia y a su civilización.<sup>99</sup>

Encontramos aquí las ideas de Spengler, que rechazan a la vez capitalismo y marxismo como una herencia anglosajona.

Hitler es entonces detenido y llevado a la cárcel, donde recibe visitas como si estuviera instalado en un hotel. El KPD, del que Ernst Thälmann se vuelve presidente, está cada vez más bajo la influencia del Komintern, que lo lleva a alinearse en todo a los dictámenes de la URSS.

En la Alemania en plena crisis financiera, el diario socialdemócrata *Volkswacht* compra en Tréveris el fondo de comercio en la planta baja de la casa natal de Marx; luego el propio partido adquiere la vivienda propiamente dicha.

En enero de 1924, muere Lenin. Trotski predica la "revolución mundial"; Stalin, la consolidación del socialismo en un solo país. Trotski es hostil a la continuación de la NEP que su rival sostiene, por el momento. Stalin, Zinóviev y Kámenev constituyen una dirección colegiada ("troika"), pero los dos últimos se alinean detrás de Trotski. Stalin permite que prosiga la experiencia de la NEP. Necesita deificar a Lenin, así como éste había necesitado deificar a Marx y a Engels. Así, hace colocar en todas partes la efigie del fundador de la URSS al lado

de la de los fundadores del marxismo, y en el siguiente orden: Lenin-Engels-Marx. Para glorificarlo todavía más (mientras echa a todos cuantos lo rodearon), publica obras que teorizan su acción: *Los fundamentos del leninismo*, luego *La Revolución de Octubre y la táctica de los comunistas rusos*, *Cuestiones del leninismo*, los resultados del trabajo de la XIV Conferencia del PCR, *Preguntas y respuestas*, etcétera.

Utiliza la Internacional para lograr apoyos a través de Europa. En Alemania, en Francia, en Austria, en todas partes donde existen partidos comunistas, el Komintern abre escuelas de cuadros. Intelectuales, científicos, artistas y escritores miembros del partido son invitados a mostrar que sus descubrimientos, sus ideas o sus obras están de acuerdo con las leyes de la dialéctica. Se publican y se machaca con conferencias llamadas "filosóficas" de Stalin sobre el leninismo.

En Italia, donde Mussolini venció a los comunistas en 1922, el filósofo Gramsci redacta en 1926 las *Cartas desde la cárcel*, en las que critica el desconocimiento de la economía de que son culpables los comunistas, y la emprende en particular con un teórico de moda en la URSS de la época, Bujarin. También denuncia con medias palabras los desvíos estalinistas.

De noviembre de 1923 a junio de 1929, el SPD, dirigido en Alemania por Hermann Müller, permanece fuera del gobierno pero lo apoya. Agrupa más del tercio de los votos en las elecciones y puede apoyarse en un poderoso sindicato obrero (el ADGB) y en un movimiento de ex combatientes, la Bandera del Reich. Opta por una línea reformista y acepta que el país pague el precio de la derrota. El canciller en esa época es un hombre de centro llamado Wilhelm... ¡Marx!

En 1927, los partidarios de Trotski hacen una manifestación en Moscú. Stalin, apoyado por Molótov y Kalinin, excluye entonces a Trotski y a Zinóviev del PCUS. El primero es exiliado a Alma-Ata y luego desterrado. El segundo es eliminado. Stalin se librará luego de Ríkov y de Bujarin. Riazanov, que dirige todavía el Instituto Marx-Engels, publica los dos primeros volúmenes de los archivos Marx-Engels; luego los cinco primeros tomos de la *MEGA*, es decir, las obras completas de Marx y Engels, en adelante definitivamente puestos en igualdad, en el mismo plano que Lenin y pronto que... Stalin.

A fines de la década de 1920, Stalin despacha en masa a los opositores a los campos de trabajo, pone fin a la nueva política económica e inicia una política de nacionalizaciones sistemáticas. Teoriza su línea

bajo el apelativo de "marxismo leninismo", que no tiene nada que ver con Marx: construcción del socialismo en un solo país, prioridad en el desarrollo de la industria pesada y el armamento, "centralismo democrático" en el seno del partido, o sea, dictadura absoluta de un hombre sobre el conjunto de la sociedad y poder efectivo igualmente implacable sobre los dirigentes de los "partidos hermanos". Así, por ejemplo, en Alemania, cuando la situación económica se estabiliza con el fin de las exigencias de remboslos de las deudas de guerra, el Komintern, en una carta abierta del 19 de diciembre de 1928, denuncia el "peligro de derecha" en el seno del KPD, una de cuyas fracciones protestó contra el alineamiento incondicional del partido sobre la URSS. Los líderes de ese grupo, Thalmeier y Brandler, son acusados de "liquidacionismo de izquierda", de "desviacionismo menchevique", de ser "conciliadores", "oportunistas", y de "romper con los principios del leninismo". Ellos mismos miembros del Partido Comunista de la Unión Soviética, son repatriados a la URSS y eliminados.

Ese año, en Londres, un obrero socialista, Frédéric Demuth, muere a los 78 años sin haber sabido jamás que Karl Marx podría haber sido su padre.

En Alemania, el Partido Socialdemócrata vuelve al poder y anuncia que la casa natal de Marx pronto se convertirá en un museo Marx-Engels. La virulencia de los ataques de los comunistas contra los socialistas carece entonces de límites. El diario del KPD, *Rote Fahne*, el 13 de abril de 1929 escribe en un llamamiento a los obreros:

La socialdemocracia es vuestro enemigo [...]. La socialdemocracia abrió las hostilidades contra las organizaciones revolucionarias del proletariado. La socialdemocracia aumenta el peso de los impuestos, golpeando al pueblo trabajador, y los regalos al Estado capitalista con bolsas llenas de dinero. La socialdemocracia permite que el ministerio de ustedes construya acorazados. La socialdemocracia es la mejor tropa de defensa de la burguesía alemana, es el ariete más robusto del fascismo y el imperialismo.

El 1º de mayo de 1929, el jefe de la policía berlinesa, el socialdemócrata Zörgiebel, ordena disparar sobre cien mil manifestantes comunistas. En su congreso de junio de 1929, el KPD acusa a la socialdemocracia de "preparar la instauración de la dictadura fascista", y le reprocha ser

"el sostén más fuerte del desarrollo fascista". Para el KPD, los socialistas, pues, hacen el papel de enemigos mucho más peligrosos que los nazis. La crisis financiera que estalla en los Estados Unidos en octubre de 1929 pone fin a la relativa estabilidad de la economía en Europa y reactiva desocupación y manifestaciones: en Berlín, el socialista Hilferding dimite de su puesto de ministro de Finanzas a fin de año.

Para justificar el concepto de construcción del socialismo en un solo país, Stalin distingue entonces, en un artículo titulado "La cuestión nacional y el leninismo", las naciones socialistas en el interior de las naciones burguesas que desaparecerán con el capitalismo. A partir de 1930, el georgiano se proclama el único intérprete autorizado de Marx.<sup>58</sup> En febrero de 1931, Riazanov es detenido. Él lo espera desde hace unos ocho años. Al año siguiente, el Instituto que él creó publica las obras de juventud de Marx, que había preparado hasta el último día.

En el Oeste, donde se inicia una crisis muy profunda, algunos ven el comienzo de la agonía del capitalismo en el keynesianismo y la intervención del Estado. John Maynard Keynes califica *El capital* de Marx de "manual económico caduco [...], no sólo erróneo desde el punto de vista económico, sino también sin interés ni aplicación en el mundo moderno".<sup>154</sup> Algunos, pocos, comienzan a pensar que el socialismo no debe buscarse *más allá* del capitalismo, sino *al lado* de él. No como un súmmum de la abundancia material, sino como un cuestionamiento de la noción misma de progreso mercantil. En 1930, Walter Benjamin propone elaborar "un materialismo histórico que haya aniquilado en sí la idea de progreso".<sup>270</sup> En lugar de ser una "locomotora de la Historia", la revolución debe actuar, a su juicio, como un "freno de alarma" que desviaría al mundo de la catástrofe.<sup>270</sup>

En 1931, el partido nazi logra sus primeros triunfos electorales significativos, mientras que la desocupación no deja de aumentar. El KPD no mide la exacerbación del sentimiento nacionalista en la pequeña burguesía en fase de desclasamiento, y persiste en considerar que su principal enemigo es el Partido Socialdemócrata. En julio de 1931, el líder comunista, Thälmann, escribe:

Debido a que los nazis pudieron lograr un importante éxito electoral, algunos camaradas subestiman nuestra lucha contra el socialfascismo [...]. Indudablemente, en esto se expresan indicios de una des-

viación de nuestra línea política, que hace un deber dirigir el golpe principal contra el Partido Socialdemócrata [...]. Todas las fuerzas del Partido deben ser lanzadas a la lucha contra la socialdemocracia; mientras no estén liberados de la influencia de los socialfascistas, esos millones de obreros [socialistas] están perdidos para la lucha antifascista [...]. En la fase actual del proceso de fascistización progresiva, toda atenuación de nuestra lucha contra la socialdemocracia se convierte en una pesada falta.

El KPD organiza el Frente Rojo, la unión de los combatientes rojos, y persiste en oponerse a los socialistas, mientras que las SA del partido nazi se desarrollan gracias al apoyo financiero de los industriales. En febrero de 1932, los desocupados suman seis millones. El KPD organiza centenares de huelgas. Los nazis ganan las elecciones de marzo de 1932, luego pierden votos en las de noviembre siguiente. El SPD no recibe más que el 18,3% de los votos y rechaza la huelga general unitaria propuesta por el KPD.

Hitler es llamado al poder por Hindenburg el 30 de enero de 1933. En la misma época, la casa natal de Marx sufre un vandálico ataque de los nazis. Ni hablar ahora de convertirla en museo. El incendio del Reichstag sirve de pretexto al partido nazi para prohibir el KPD y el SPD, hermanos enemigos, así como el resto de las organizaciones obreras. El 7 de febrero, Thälmann, que por fin ha comprendido su error, declara en una reunión clandestina del comité central del Partido Comunista:

No es solamente la liquidación de lo que queda de derechos a los trabajadores, no es solamente la prohibición del Partido, no es solamente la justicia de clase fascista, sino también todas las formas del terror fascista, y, más allá, el internamiento en masa de los comunistas en los campos de concentración, el linchamiento y el asesinato de nuestros valientes combatientes antifascistas, en particular de los dirigentes comunistas: éas son las armas que la dictadura fascista utilizará contra nosotros.

Tiene razón: será detenido, y con él, miles de militantes comunistas. Todos serán ejecutados en 1944.

Porque, contando a partir de esa época, los comunistas son asesinados tanto en la Alemania nazi como en la Rusia estalinista. Dete-

nidos y fusilados en Alemania por haber defendido su libertad, también lo son en la Rusia soviética, donde el desvío estalinista se inclina al delirio. En ambos países, los campos se llenan de sabios, de profesores, de intelectuales, de dirigentes del partido. La ciencia es descarrizada por el miedo. Grandes figuras de la investigación, de la literatura o del arte se abren camino en uno u otro régimen: unos glorificando una caricatura de Marx, otros criticándolo de manera caricaturesca.

En febrero de 1935, en el II Congreso de los "granjeros de choque que representan a las granjas colectivas", un tal Lysenko, que dice ser agrónomo, declara que "los *kulaks* de la ciencia son los enemigos del comunismo". Y añade: "Un enemigo de clase siempre es un enemigo, sea o no sea un sabio". Stalin, presente en la sala, exclama: "¡Bravo, camarada Lisenko! ¡Bravo!", y le da poder total para desarrollar sus teorías: Lisenko afirma así que los caracteres adquiridos son hereditarios, y niega toda función de los genes y los cromosomas en la transmisión.

En Alemania, las matanzas continúan. En 1936, 11 mil personas son detenidas por "actividades comunistas ilegales"; lo mismo ocurre con otras 8 mil el siguiente año.

En la primavera de 1937, tanto en Rusia como en Alemania se lanza la última caza a los enemigos del partido único. Stalin denuncia los "desfallecimientos en el interior del partido y las medidas que deben tomarse para liquidar a los trotskistas y a los traidores". Lisenko y su brazo derecho, el filósofo Prezent, denuncian a los "genetistas como saboteadores, incapaces o enemigos del proletariado [...], que se arrastran de rodillas ante las últimas frases reaccionarias de sabios extranjeros".

En 1938, Riazanov es fusilado en el campo de Sarátov. Ese año, Kautsky muere en Ámsterdam y Trotski funda la IV Internacional. La Internacional Socialista, por lo que a ella respecta, deja entonces de existir, socavada por las divergencias entre los partidos neutralistas de Europa del Norte y los franco-británicos, adheridos a la política de reclutamiento. Molótov y Ribbentrop firman un pacto de no agresión entre las dos dictaduras.

En marzo de 1939, en su informe al XVIII Congreso del PCUS, Stalin llega incluso a mandar al olvido a Marx para no hablar más que de los "clásicos del marxismo":

No se puede exigir de los clásicos del marxismo, separados de nuestra época por cuarenta y cinco a cincuenta y cinco años, que hayan previsto para un porvenir alejado todos los zigzags de la Historia en cada país tomado por separado. Sería ridículo exigir de los clásicos del marxismo que hayan elaborado para nosotros soluciones, listas para su uso, sobre todos los problemas teóricos que puedan surgir en cada país tomado por separado dentro de cincuenta o cien años, para que nosotros, descendientes de los clásicos del marxismo, tranquilamente podamos quedarnos acostados y masticar soluciones ya preparadas.<sup>256</sup>

Después viene la guerra y, con ella, la Shoá, desenlace de un largo proceso de "destrucción de la Razón"<sup>270</sup> que nadie supo prever a la luz de la lucha de clases.<sup>181</sup>

En 1940, Trotski es asesinado por un agente de Stalin, mientras en la URSS, que se prepara para entrar en guerra, se publica *Fundamentos de la crítica de la economía política*, escrito por Marx cerca de un siglo antes. En 1942, en Alemania, 9.916 personas son todavía detenidas como comunistas y despachadas a los campos, así como sucede con los judíos en Alemania, los campesinos y los intelectuales en Rusia.

Las dos dictaduras se enfrentan con violencia tras la ruptura, el 22 de junio de 1941, del pacto firmado por Molótov y Ribbentrop. Sin lugar a dudas, las democracias jamás habrían podido vencer en 1945 al enemigo jurado del marxismo sin su alianza con la patria del estalinismo...

Al final de la guerra, en Tréveris, en la zona de Alemania ocupada por Francia, se encuentra intacta la casa actual de Marx. Un comité internacional presidido por Léon Blum reúne fondos para su restauración. El Partido Comunista sigue prohibido en la parte occidental de Alemania, mientras que se convierte en la ideología estatal en el este, de Berlín a Sofía.

Tras el descubrimiento de los campos nazis, Adorno y Horkheimer tratan de replantear el marxismo a la luz de Auschwitz en *Dialektik der Aufklärung* [Dialéctica de la razón], mientras que Herbert Marcuse, en *Eros y civilización* y en *El hombre unidimensional*, trata de reanalizarlo en el contexto del advenimiento del psicoanálisis. Ni unos ni otros llegan a encontrar en la lucha de clases el fundamento de la barbarie nazi ni a alojar en ella los resortes del psicoanálisis.

En 1946, Aragon escribe: "El hombre comunista no es una imagen del espíritu, existe porque derramó su sangre". La idea de un hombre nuevo, procedente de la Revolución Francesa, todavía causa estragos.

En la URSS, la demencia estalinista alcanza su paroxismo. La enseñanza es expurgada, siempre en nombre de Marx. Se cierran institutos de investigación. Lisenko y sus partidarios acceden a los puestos clave de la burocracia científica soviética. La genética es prácticamente prohibida. Lisenko se compromete, "gracias a Marx", a transformar el trigo en centeno, la cebada en avena, los repollo en nabas; asegura que el comunismo va a triunfar sobre la naturaleza, y que los pueblos que tienen la suerte de tener a Stalin por jefe van a conocer una nueva edad dorada, una "abundancia ilimitada".

En 1947, Stalin reconstituye la III Internacional bajo el nombre de "Kominform". En el otoño de 1948 revela un plan que apunta a trasplantar los cultivos del sur hacia el norte "transformando su naturaleza", aumentar las cosechas de primavera en detrimento de las de invierno y crear amplios cinturones forestales en las regiones meridionales para protegerlas contra los vientos secos procedentes del este. En un discurso pronunciado en la sesión solemne del soviet de Moscú el 6 de noviembre de 1948, Molótov, ministro de Relaciones Exteriores desde 1939, saluda el triunfo de una "ciencia verdadera basada en los principios del materialismo, contra las supervivencias reaccionarias e idealistas en el trabajo científico". En el mismo momento, en Francia, Aragon escribe a propósito de Lisenko en la revista *Europe*:

Jamás, en ningún país, en ningún momento de la historia humana, una discusión científica se habrá beneficiado con una publicidad semejante, habrá podido ser seguida de tal modo por millones de hombres y mujeres [...]. Por primera vez, el trabajo de un pueblo entero está asociado a la investigación científica".

El 21 de septiembre de 1949, los comunistas toman el poder en China, y también ellos reivindican a Marx, a quien ven como el padre del socialismo científico universal. El 26 de diciembre, en ocasión del septuagésimo aniversario de Stalin, en el curso de una ceremonia inverosímil, se alcanza el paroxismo del delirio marxista, según un informe

oficial de la época, en la sala de conferencias de la sección de Historia y Filosofía [...], el académico M. B. Mitin declara:

I. V. Stalin, discípulo leal de Lenin, continuador de su causa, ha aportado una inestimable contribución al desarrollo del leninismo. [...] El camarada Stalin subraya la unidad, la continuidad, la integridad y la progresión de las enseñanzas de Marx y de Lenin. Él ha resaltado que la base del leninismo es el marxismo, que, sin empezar por el marxismo, sin comprenderlo, es imposible comprender el leninismo. [...] Por otra parte, es completamente falso considerar la filosofía clásica rusa como la base teórica del leninismo al lado del marxismo. El leninismo, como lo recalcó en varias oportunidades el camarada Stalin, tiene una sola base teórica, y esa base es el marxismo [...]. El camarada Stalin destaca la continuidad, la integridad y la progresividad de las enseñanzas de Marx y de Lenin. Él ha insistido en el hecho de que la base del leninismo es el marxismo, que si no se empieza por el marxismo, si no se lo comprende, es imposible comprender el leninismo. De esta manera, el camarada Stalin ha llamado la atención sobre lo que es nuevo, sobre lo que está ligado con el nombre de Lenin; él ha mostrado en qué Lenin ha contribuido al desarrollo de la teoría marxista a partir de la generalización de la nueva experiencia en la lucha de clases del proletariado en la época del imperialismo y de la revolución proletaria. [...] I. V. Stalin llevó más adelante, elevó a un nivel más alto la enseñanza del materialismo dialéctico e histórico. Se inscribe al lado de los trabajos de los clásicos del marxismo leninismo como *El capital*, de Marx; *El Anti-Dühring*, de Engels, y *Materialismo y empiriocriticismo*, de Lenin. Con este trabajo genial entrega las bases del materialismo dialéctico e histórico de manera extremadamente concisa y condensada. El camarada Stalin procedió en este trabajo a una generalización de las contribuciones de Marx, de Engels y de Lenin sobre la enseñanza del método dialéctico y de la teoría materialista. Desarrolló todo eso sobre la base de los resultados más nuevos de la ciencia y de la práctica revolucionaria [...]. En nuestra época, las enseñanzas de Marx y Engels, elevadas por Lenin y Stalin a un nivel todavía jamás alcanzado, se han convertido en la base científica de la transformación de las relaciones sociales, de la tecnología y de la misma naturaleza. Iósif Visariónovich Stalin, continuador del inmortal trabajo de Marx y Engels, amigo y compañero de

armas de Vladimir Illich Lenin y continuador de sus trabajos geniales, es el más grande pensador de nuestra época moderna, un tesoro de la ciencia marxista leninista.

El delirio está en su apogeo.

En Alemania del Este comienza la publicación, que quedará inconclusa, de las obras completas de Marx.

En 1951, en el Congreso de Fráncfort, los laboristas británicos recrean la II Internacional Socialista, que admite al marxismo como una referencia socialista entre otras, pero que excluye al comunismo, "incompatible con el espíritu crítico del marxismo". Opta por el atlantismo: los partidos miembros, esencialmente europeos, son aquellos países miembros de la OTAN, solamente opuestos entre sí en el tema de la descolonización.

Cuando muere Stalin, en 1953, su sistema fundado en el terror muere con él. Los partidos comunistas de Europa del Este renuncian uno tras otro a la teoría de la pauperización absoluta del proletariado y hasta destierran, en 1956, toda referencia a Stalin, en el momento en que es aplastada una revuelta en Hungría sin que el Occidente intervenga. Para algunos insurrectos, Marx es entonces una fuente de inspiración, mientras que otros lo maldicen. Ese año, un busto de Marx es colocado en su tumba, en el cementerio de Highgate, en Londres. Los gulags, donde murieron centenares de miles de *zeks*, en nombre de Marx y de Lenin, poco a poco son abiertos.

La China de Mao Tsé-tung y la Albania de Enver Hodja siguen reivindicando a Stalin. En Pekín, los estatutos del partido enuncian: "El Partido Comunista Chino toma el marxismo leninismo y el pensamiento de Mao Tsé-tung como guías de sus actividades". De Vietnam a Ghana, de Guinea a Argelia, la mayoría de los movimientos de liberación reivindican el marxismo o una de sus encarnaciones modernas, de Ho Chi Minh al Che Guevara. Sin embargo, el marxismo en el sentido literal ya no existe. Y Marx mucho menos. Ya casi nadie se refiere a los textos originales, sepultados bajo sucesivas capas de mentiras y disfraces.

El "deshielo" se manifiesta en todas partes; Marx es su víctima indirecta, considerado como responsable de las monstruosidades perpetradas en su nombre.

En 1959, en Bad Godesberg, la socialdemocracia alemana abandona, a la manera de sus homólogos escandinavos, toda referencia al

marxismo. Renuncia a las nacionalizaciones y a la planificación para promover la cogestión. Su programa especifica: "Competencia tanto como sea posible, planificación tanto como sea necesario".

En la URSS, la situación sigue siendo muy inestable. En junio de 1964, en Moscú, la candidatura del lisenkista N. N. Nujdin es admitida todavía por la sección de Biología de la Academia de Ciencias. Pero, durante la Asamblea General de esta instancia, un joven físico, Andréi Sajárov, protesta: "Por mi parte, invito a las personas presentes a votar de manera que los únicos votos 'a favor' sean aquellos que, con Nujdin, con Lisenko, soporten la responsabilidad de este abominable y doloroso período de la historia de la ciencia soviética que felizmente llega a su fin". La dictadura sobre el espíritu, promovida por los epígonos de Marx, parece llegar a su término...

Guevara abandona Cuba en 1964 porque ya no cree en la revolución en un solo país. En febrero de 1965, Lisenko es destituido de sus funciones de director del Instituto de Genética de la Academia y se retira a su granja. En mayo de 1968, la casa natal de Marx en Tréveris se convierte en museo, en el mismo momento en que la rebelión se levanta en su nombre en París, en Berlín, en Roma y en Praga. En 1971, en el Congreso de Épinay, los socialistas franceses conservan su referencia al marxismo, y el propio François Mitterrand se dice de buena gana marxista, pero no leninista, explicando que la construcción de Europa, a su manera de ver, está antes que los avances del socialismo en un solo país. Tras la muerte de Mao (1976), China y luego Albania renuncian a tomar como punto de referencia el leninismo.

En la URSS, en 1983, cuando algunos regímenes que reivindican al marxismo cubren todavía más de la mitad del planeta, los autores de una edición ilustrada de una parte de la obra de Karl Marx, publicada para el centenario de su muerte por el Instituto del Marxismo leninismo del Comité Central del PCUS, escriben todavía a propósito de Lenin:

Se había convertido en una regla inflexible "escuchar" a Marx, estudiar en un espíritu creativo las obras de Marx y de Engels. Sus obras desarrollan en todos los puntos la ciencia marxista: la filosofía, la doctrina económica, el socialismo científico. Él creó una doctrina coherente del Partido, y lo armó con una teoría del Estado socialista. Para resolver todas esas cuestiones, Lenin partía de la teoría de Marx y de Engels.

El marxismo leninismo subsiste entonces todavía en la Camboya de los jemers rojos; en Perú, en las filas de Sendero Luminoso; en Nepal y en Francia, en agrupamientos como el Partido Comunista Marxista Leninista de Francia (PCMLF). El marxismo, por su parte, está muy vivo en Occidente. Los alemanes de la escuela de Fráncfort (como Marcuse y Adorno), los franceses (con Althusser) insisten en la dimensión ideológica del control ejercido por el capital sobre la sociedad; vuelven al que llaman el "primer Marx", tratando de crear una distinción –ficticia, como vimos– entre sus obras de juventud y las que siguieron. El marxismo está entonces vivo en economía, en historia, en filosofía. Algunos economistas comprenden la importancia de la teoría de la acumulación, el papel que representan los monopolios en la formación de los precios; algunos logran conciliar la teoría de los precios y su teoría de la plusvalía.<sup>66</sup> Otros fundamentan en su trabajo teorías del capitalismo moderno, donde prevalecen las enormes empresas, en las cuales dominan las tecnoestructuras. Otros más desarrollan teorías que intentan fundar en los trabajos de Marx un análisis de las relaciones Norte-Sur ("el intercambio desigual" de Samir Amin),<sup>66</sup> una teoría de la historia (los "corazones" de Wallerstein)<sup>275</sup> o una denuncia del "complejo" militar-industrial (Baran y Sweezy);<sup>263</sup> otros encuentran cómo resolver el problema de la transformación del valor en precio, que tanto obsesionó a Marx.<sup>66</sup> Otros, por último, intentan fundar en sus libros una práctica política de un partido comunista en un país moderno (teoría del capitalismo monopolista de Estado de Boccarra).<sup>79</sup> La mayoría de los economistas estadounidenses y europeos critican su teoría como no fundada científicamente y meramente ideológica. Para ellos, el marxismo no es más que mera ideología, sin un fundamento científico ni de principio.

Mientras que en el Este algunos dictadores reinventan a Marx para legitimar sus caprichos, en Occidente, algunos reinventan también su biografía para convertirlo en diablo y desacreditar sus ideas. Se lo presenta alternativamente como abominablemente egoísta, insoportablemente mezquino, inmensamente perezoso, espantosamente duro con sus hijos, irresistiblemente burgués;<sup>173</sup> se le reprocha ser ateo o, a la inversa, un creyente enmascarado. Otros, incluso,<sup>259</sup> ser un satélite de Satán que quiere vengarse de Dios y destruir a la humanidad: encuentran sus marcas en su barba, en sus escritos y en la trágica desaparición de sus hijos (tres de ellos muertos de miseria y otras dos

que se suicidan). A la inversa, algunos, como Paul Lafargue, Friedrich Engels, Karl Liebknecht, Franz Mehring, Boris Nicolaiski, Lenin, cuentan su vida como la de un quasi Mesías.

En los Estados Unidos, después del macartismo, que al mismo tiempo le dio caza e imaginó en todas partes, el marxismo se instala en los campus universitarios, donde algunos miles de profesores lo reivindican y prefieren calificarse como "radicales". Los historiadores marxistas Eugen Genovese y William A. Williams toman el control de la Organization of American Historians. En las filas de la Iglesia católica, la influencia de la doctrina marxista es entonces notable; una fracción del clero de base la suscribe todavía y el Consejo Ecuménico de las Iglesias (donde no ocupa un lugar la Iglesia Católica) es incluso un instrumento de la política de las izquierdas locales con algunos "teólogos de la liberación". El proletariado, cuyo nacimiento vio Marx y cuyo advenimiento predijo, es para ellos también como un nuevo Mesías.

Mientras tanto, la sociedad soviética postestalinista no logra conciliar dictadura y progreso: democracia, mercado e innovación resultan necesarios entre sí. La URSS, aunque se abra un poco, no puede liberar la suficiente productividad para ser competitiva; las necesidades de su ejército monopolizan lo esencial de los recursos del país bajo la presión de la carrera armamentista y, en particular, de la "guerra de las galaxias" lanzada por el presidente Reagan en 1984. En 1989, socavado por gastos militares considerables, por un derroche desenfrenado de los recursos, por una planificación absurda, el sistema edificado por Lenin y sus sucesores desaparece por la voluntad del último de estos, Mijaíl Gorbachov, que elige no oponerse por la fuerza a la voluntad de emancipación polaca conducida por el movimiento Solidarnosc [Solidaridad]. En 1991 deja el poder a Boris Yeltsin y a otros catorce dirigentes comunistas legales tras una tentativa desesperada de golpe militar. Es el fin de la Unión Soviética.

En todas partes, en el este de Europa, las estatuas de Marx, de Engels y de Lenin son desmontadas. En la actualidad no hay casi un solo país en el mundo que los tome como punto de referencia, salvo –de manera más o menos simbólica y episódica– China, Corea del Norte y Cuba. Todos reemplazan poco a poco el socialismo por el nacionalismo de mercado.

Así culmina el largo paréntesis abierto al morir Marx.

En 1883, el mundo estaba lleno de promesas: se anunciaba la democracia, se bosquejaba la globalización, estallaba el progreso técnico. Luego, los hombres se asustaron del porvenir; entonces algunos utilizaron la obra del pensador más globalista, del espíritu del mundo, como una coartada para construir fortalezas salvajes. Hoy en día, no sólo las prácticas de la URSS, de Camboya, de China, de Cuba y de muchos otros lo han desacreditado, sino que los fundamentos de su teoría parecen superados.

Ya no es posible definir a las clases sociales; burguesía y proletariado no son ya dos grupos sociales en oposición absoluta; los propios asalariados están divididos en grupos cada vez más matizados; algunos de ellos son ahora accionistas; los cuadros administran empresas sin ser sus propietarios y se apropián de una parte de la ganancia; los innovadores, los artistas adquieren importancia financiera. Al lado del dinero, el saber se convierte en un capital determinante; una parte importante de la ganancia pasa por él, y es imposible medir el costo de producción de un objeto por las horas de trabajo necesarias para producirlo. Por último, la medida de la plusvalía es cada vez más incierta.

A pesar de esto, la teoría de Marx recupera todo su sentido en el marco de la globalización actual, que él había previsto. Estamos asistiendo a la explosión del capitalismo, a la conmoción de las sociedades tradicionales, al ascenso del individualismo, a la pauperización absoluta de un tercio del mundo, a la concentración del capital, a las deslocalizaciones, a la mercantilización, a la expansión de la precariedad, al fetichismo de las mercancías, a la creación de riquezas sólo por la industria, a la proliferación de la industria financiera que apunta a precaverse contra los riesgos de la precariedad. Marx había previsto todo eso. Como él lo había indicado, el costo del trabajo sigue siendo la variable clave de la economía; la tasa de rentabilidad sigue siendo el objetivo mayor; para preservarla, hasta incrementarla, los salarios siguen aumentando menos rápidamente que la productividad, y el Estado sigue tomando a su cargo una parte creciente de los gastos sociales y de investigación.

Mañana –si la globalización no es cuestionada una vez más–, el mantenimiento de la rentabilidad del capital no podrá pasar por una socialización global de las pérdidas, por falta de un Estado global; por tanto, pasará por la reducción del costo del trabajo, o sea, por des-

localizaciones, desmantelamiento de la protección social y el reemplazo acelerado de ciertos servicios por productos industriales para reducir el costo de la reproducción de la fuerza de trabajo. En otras palabras, por la automatización de los servicios de espaciamientos, salud y educación.

Si de este modo el hombre se convierte en mercancía, en su debido momento será clonado, como tal, pese a las ilusiones barreras jurídicas que se desvelan por interponer algunos países; ya nadie querrá ser otra cosa que una mercancía. La tiranía de lo nuevo, el fetichismo del consumo del que tanto habló Marx, retrasará entonces —caso para siempre—, en la fascinación del espectáculo indefinidamente renovado de las mercancías, el advenimiento de la revolución, convertida a su vez en un espectáculo ofrecido por algunos terroristas al resto del mundo.

Cuando haya agotado de tal forma la mercantilización de las relaciones sociales y utilizado todos sus recursos, el capitalismo, si no destruyó a la humanidad, también podría dar paso a un socialismo global. Para decirlo de otro modo, el mercado podría hacer sitio a la fraternidad. Para imaginarlo, habría que volver a los principios que Marx evocaba ya cuando soñaba con un socialismo universal: la gratuidad, el arte del "hacer" y no del producir, la distribución comunitaria y gratuita de los bienes necesarios para el ejercicio de las libertades y las responsabilidades ("bienes esenciales"). Como no hay un Estado global que pueda tomarse, esto no puede pasar por el ejercicio de un poder a escala planetaria, sino por una transición en el espíritu del mundo, esa "evolución revolucionaria" tan del gusto de Marx. Por un pasaje a la responsabilidad y a la gratuidad.<sup>63</sup> Todo hombre se convertiría en ciudadano del mundo, y finalmente el mundo estaría hecho para el hombre.<sup>63</sup>

Entonces habrá que releer a Karl Marx; de ahí se extraerán las razones para no repetir los errores del siglo pasado, para no ceder a las falsas certezas; para admitir que todo poder debe ser reversible, que toda teoría está hecha para ser refutada, que toda verdad está destinada a ser superada, que lo arbitrario es certeza de muerte, que el bien absoluto es la fuente del mal absoluto; que un pensamiento debe permanecer abierto, no explicarlo todo, admitir puntos de vista contrarios, no confundir una causa con responsables, mecanismos con actores, clases con personas. Dejar al hombre en el centro de todo.

Para lograrlo, las generaciones venideras se acordarán del proscrito Karl Marx, que, en su miseria londinense, llorando a sus hijos muertos, soñó con una humanidad mejor. Entonces volverán hacia el espíritu del mundo y su principal mensaje: el hombre merece que se tengan esperanzas en él.

"Ningún autor tuvo más lectores, ningún revolucionario concitó más esperanzas, ningún ideólogo suscitó más exégesis y, fuera de algunos fundadores de religiones, ningún hombre ejerció sobre el mundo una influencia comparable a la que tuvo Karl Marx en el siglo XX.

"Cuando se lee su obra de cerca, se descubre que, mucho antes que todo el mundo, vio en qué el capitalismo constituía una liberación de las alienaciones anteriores. Se descubre también que jamás lo consideró en agonía y que nunca creyó posible el socialismo en un solo país, sino que, por el contrario, hizo la apología del librecambio y de la globalización, y previó que la revolución, si llegaba, sólo lo haría como la superación de un capitalismo universal.

"Ha llegado el momento de contar, sin falsos pretextos, en forma moderna, su increíble destino y su extraordinaria trayectoria intelectual y política. De comprender cómo pudo redactar, cuando tenía menos de 30 años, el texto político más leído de toda la historia de la humanidad; de revelar sus relaciones singulares con el dinero, el trabajo, las mujeres; de descubrir al gran periodista, al excepcional panfletario, al inmenso teórico. De reinterpretar al mismo tiempo ese siglo XIX del que somos herederos directos, hecho de violencias y de luchas, de desamparos y de matanzas, de dictaduras y de opresión, de miseria y de epidemias, tan ajeno a los resplandores del romanticismo, a los aromas de la novela burguesa, a los dorados de la ópera y a los arcanos de la *belle époque*."

De este modo, Jacques Attali presenta una exhaustiva e iluminadora biografía intelectual, política y personal de quien fue el primer pensador "mundial", portador del "espíritu del mundo", cuyo pensamiento cobra nuevamente una gran actualidad.



Ningún autor tuvo más lectores, ningún ideólogo más exégesis, ningún heredero de religiones más herederos directos, hecho de violencias y de luchas, de desamparos y de matanzas, de dictaduras y de opresión, de miseria y de epidemias, tan ajeno a los resplandores del romanticismo, a los aromas de la novela burguesa, a los dorados de la ópera y a los arcanos de la belle époque.

ISBN 978-150-557-708-8



9 789505 1577088